

Luvina 73

Universidad de Guadalajara

Revista literaria

Invierno 2013

\$80

ISRAELÍ

AMOS OZ ■ DAVID GROSSMAN

HAIM GOURI ■ YORAM KANIUK

A. B. YEHOSHUA ■ AHARON APPELFELD

YOEL HOFFMANN ■ HAMUTAL BAR-YOSEF

URI ORLEV ■ AGI MISHOL ■ ALONA FRANKEL

ETGAR KERET ■ GILA ALMAGOR ■ EYAL MEGGED

RONNY SOMECK ■ SAVYON LIEBRECHT

TAL NITZAN ■ BENNY BARBASH

JUDITH KATZIR ■ ESHKOL NEVO

SHIMON ADAF ■ ZERUYA SHALEV

YVES BONNEFOY

Gerardo Deniz ■ Luis Zapata

IN MEMORIAM † ÁLVARO MUTIS

● ADI NES ●



UNIVERSIDAD DE GUADALAJARA

Universidad de Guadalajara

Rector General: Itzcóatl Tonatiuh Bravo Padilla
Vicerrector Ejecutivo: Miguel Ángel Navarro Navarro
Secretario General: José Alfredo Peña Ramos
Rector del Centro Universitario de Arte, Arquitectura y Diseño: Ernesto Flores Gallo
Secretario de Vinculación y Difusión Cultural: Ángel Igor Lozada Rivera Melo

Luvina

Directora: Silvia Eugenia Castellero < scastillero@luvina.com.mx >
Editor: José Israel Carranza < jicarranza@luvina.com.mx >
Coeditor: Víctor Ortiz Partida < vortiz@luvina.com.mx >
Corrección: Sofía Rodríguez Benítez < srodriguez@luvina.com.mx >
Administración: Griselda Olmedo Torres < golmedo@luvina.com.mx >
Diseño y dirección de arte: Peggy Espinosa
Viñetas: Montse Larios

Consejo editorial: Luis Armenta Malpica, Jorge Esquinca, Verónica Grossi, Josu Landa, Baudelio Lara, Ernesto Lumbrreras, Ángel Ortuño, Antonio Ortuño, León Plascencia Ñol, Laura Solórzano, Sergio Téllez-Pon, Jorge Zepeda Patterson.

Consejo consultivo: José Balza, Adolfo Castañón, Gonzalo Celorio, Eduardo Chirinos, Luis Cortés Bargalló, Antonio Deltoro, François-Michel Durazzo, José María Espinosa, Hugo Gutiérrez Vega, José Homero, Christina Lembrecht, Tedi López Mills, Luis Medina Gutiérrez, Jaime Moreno Villarreal, José Miguel Oviedo, Luis Panini, Felipe Ponce, Vicente Quirarte, Jesús Rábago, Daniel Sada[†], Julio Trujillo, Minerva Margarita Villarreal, Carmen Villoro, Miguel Ángel Zapata.

PROGRAMA LUVINA JOVEN (talleres de lectura y creación literaria en el nivel de educación media superior): Sofía Rodríguez Benítez < ljuven@luvina.com.mx >

Luvina, revista trimestral (Invierno de 2013)

Editora responsable: Silvia Eugenia Castellero.
Número de Reserva de Derechos al Uso Exclusivo del Título: 04-2006-112713455400-102.
Número de certificado de licitud del título: 10984.
Número de certificado de licitud del contenido: 7630.
ISSN: 1665-1340. LUVINA es una revista indizada en el Sistema de Información Cultural de CONACULTA y en el Sistema Regional de Información en Línea para Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal (Latindex).
Año de la primera publicación: 1996.

D. R. © Universidad de Guadalajara

Domicilio: Av. Hidalgo 919, Sector Hidalgo, Guadalajara, Jalisco, México, C. P. 44100.
Teléfonos: (33) 3827-2105 y (33) 3134-2222, ext. 11735.

Diagramación y producción electrónica: Petra Ediciones

Impresión: Editorial Pandora, S. A. de C. V., Caña 3657, col. La Nogalera, Guadalajara, Jalisco, C.P. 46170.

Nuestro agradecimiento para el Instituto para la Traducción de la Literatura Hebrea por su generosa asistencia y ayuda profesional.



Luvina agradece al Departamento de Cooperación del Ministerio de Asuntos Extranjeros de Jerusalén y a la Embajada de Israel en México por su apoyo para conocer y tener acceso a los escritores israelíes, así como para haber logrado la traducción de sus obras literarias.

Se terminó de imprimir el 29 de noviembre de 2013.

www.luvina.com.mx

Hebreo, del latín *hebræus* y de su raíz *hibrit* (*ivrit*), significa «cruce al otro lado». La cuna literaria de esta lengua se encuentra en los libros bíblicos sagrados compendiados en el Antiguo Testamento, con su antes y después del exilio en Babilonia. Luego recibió el influjo de la dominación persa, y más tarde de la helenística y la romana. La sistematización de la ley escrita de Moisés en la Torá, y el desarrollo de la ley oral Mishná y su comentario, fueron compilados en el Talmud, obra colectiva en sus dos versiones, la palestina y la babilónica. Aunque fueron redactadas en arameo, su transmisión en los ritos rabínicos se mantuvo en hebreo, conservándose éste como lengua para la liturgia. El hebreo primitivo, sumamente poético, comenzó una evolución acompañando a la diáspora judía a partir de la destrucción de Jerusalén por el emperador Tito en el año 70, y los centros del movimiento literario hebreo estuvieron en Egipto, Palestina y Babilonia. La convivencia con los árabes produjo un fuerte impacto en la cultura judía, a tal grado que los grandes pensadores de la España musulmana de los siglos X, XI y XII redactaron sus obras en árabe. La poesía hebraica compuesta en España logró grandes cumbres y una larga tradición literaria que conocemos como sefardí.

Confinado a la liturgia, el hebreo dejó de hablarse desde el siglo IV y se consideró lengua muerta hasta que, en pleno siglo XX, se asume como idioma oficial del Estado de Israel y de esa manera nace una nueva literatura, con gran fuerza, una propuesta formal cercana a la europea y con búsquedas contemporáneas.

En este número, **Luvina** publica una amplia muestra de literatura israelí venida de una raíz vernácula pero renovada por voces originales. Esta muestra abarca los diversos géneros literarios y generaciones distintas y distantes. En la literatura israelí recogida en las páginas de **Luvina** se trasmina la problemática de una sociedad sitiada por las guerras, la absorción de los inmigrantes, un ideal colectivo que tuvo pleno desarrollo en el kibutz —oasis en medio del desierto—, donde se resolvían no sólo los avatares de una economía sostenida en el desarrollo de la agricultura, sino también formas sociales diferentes que cobijaron a niños huérfanos y a personas sin familia después del Holocausto. Esta herida atraviesa la literatura de Israel y, sin embargo, es una literatura que hace honor a la etimología de la lengua hebrea al resolverse del otro lado de la herida: la ficción.

Índice

- 10** • **Entre amigos** •
AMOS OZ (Jerusalén, 1939). Su más reciente libro de relatos, *Entre amigos*, acaba de ser publicado en español (Siruela, Madrid, 2013).
- 20** • **Corredor [fragmento]** •
DAVID GROSSMAN (Jerusalén, 1954). Este año comenzó a circular la traducción de su novela *Frenzy* (DeBolsillo, Barcelona). El presente relato es uno de los primeros que publicó, en 1979.
- 31** • **Poemas** • El negocio del **chocolate [fragmento]** •
Haim Gouri (Tel Aviv, 1923). Se ha publicado en español su poemario *Flores de fuego, años de fuego*, de 1949 (Universidad de Granada, Granada, 1990). El poema «Apenas un soplo» está tomado del libro *Meujarim (Tardíos)* (Hakibutz Hameujad, Tel Aviv, 2002); «La buena nueva» está tomado del libro *Eival (Monte Ebal)* (Hakibutz Hamujad, Tel Aviv, 2009). *El negocio del chocolate*, publicada en 1965, es su primera novela.
- 39** • **Mi vida en América [fragmento]** •
YORAM KANIUK (Tel Aviv, 1930-2013). Entre sus libros traducidos al español se encuentra *1948* (Asteroide, Barcelona, 2012).
- 50** • **Amigo del alma (apunte)** •
A. B. YEHOSHUA (Jerusalén, 1936). Este cuento cierra el libro de ensayos *Home-land Grasp: 20 Articles and One Story (Ahizat moledet)*, en el original en hebreo, inédito en español (Hakibbutz Hameuchad, Tel Aviv, 2008).
- 57** • **Bronda** •
AHARON APPELFELD (Chernivtsi, Rumania, 1932). Uno de sus últimos títulos traducidos al español es *Flores de sombra* (Galaxia Gutenberg / Círculo de Lectores, Barcelona, 2012).
- 61** • **Estados de ánimo [fragmentos]** •
YOEL HOFFMANN (Braşov, Rumania, 1937). Su primer libro, de 1988, fue traducido al francés este año bajo el título *Le tailleur d'Alexanderplatz* (Galaade, París, 2013).

- 70** • **Poemas** •
Hamutal Bar-Yosef (kibutz Tel Yosef, 1940). Está por aparecer la traducción al español de sus *Selected Poems* bajo el sello Vaso Roto, de Monterrey.
- 77** • **El retrato de la señora Moskowicz [fragmento]** •
YEHOSHUA KENAZ (Petah-Tikva, 1937). La editorial Leviatán, de Buenos Aires, acaba de publicar la traducción de su novela *El retrato de la señora Moskowicz*.
- 85** • **Pensamientos de sed** •
URI ORLEV (Varsovia, 1931). Acaba de aparecer la traducción de su libro para niños *El monstruo en la oscuridad* (Ediciones Castillo, México, 2013).
- 87** • **POEMAS** •
AGI MISHOL (Transilvania, 1946). Poemas suyos se han traducido al francés, en el volumen *Journal du verger* (Caractères, París, 2008).
- 91** • **Victoria [fragmento]** •
SAMI MICHAEL (Bagdad, 1926). Uno de sus últimos libros traducidos al inglés es *Trumpet in the Wad* (Simon & Schuster, Nueva York, 2003).
- 105** • **Niña [fragmento]** •
ALONA FRANKEL (Cracovia, 1937). Su novela autobiográfica *A Girl* fue publicada en 2004 (Mapa, Tel Aviv).
- 113** • **YAD VASHEM** •
ETGAR KERET (Ramat Gan, 1967). *De repente un toquido en la puerta* es su libro más recientemente traducido al español (Sexto Piso, México, 2012).
- 117** • **El chico de las semillas** •
GILA ALMAGOR (Petah-Tikva, 1939). En 1994 se publicó la traducción al español de su novela *El verano de Aviya* (Loguez, Salamanca).
- 122** • **Luz temprana [fragmento]** •
EYAL MEGGED (Nueva York, 1948). Su novela *Luz temprana* acaba de aparecer en la editorial Suma de Letras (México).
- 130** • **POEMAS** •
RONNY SOMECK (Bagdad, 1951). Recientemente se publicaron sus *Poemas selectos* en Buenos Aires (Leviatán).
- 135** • **Seis cuentos** •
ORLY CASTEL-BLOOM (Tel Aviv, 1960). Este año comenzó a circular la traducción al francés de sus *Cuentos selectos* (Actes Sud, Arles).
- 150** • **Tan lejos como sea posible** •
ALON HILU (Jaffa, 1972). Su novela *The House of Raffani* (Yedioth Sfarim, Tel Aviv, 2008; Random House, Londres, 2009) obtuvo en 2009 el Premio Sapir en Israel.
- 155** • **La banalidad del amor [fragmento]** •
SAVYON LIEBRECHT (Múnich, 1948). Ediciones El Milagro acaba de publicar, en México, su obra teatral *La banalidad del amor*.

163 • **Dos osas** [fragmento] •

MEIR SHALEV (Nahalal, 1948). Su título más reciente traducido al español es *El chico de las palomas* (Ático de los Libros, Barcelona, 2011).

172 • **Shakshuka y el terrible gato** •

GALIA OZ (kibutz Hulda, 1964). Este año se publicó en español su libro *Saki ha vuelta* (Siruela, Madrid).

190 • LA SANGRE ÁRABE APARENTEMENTE **no deja rastros** •

OUDEH BISHARAT (Ma'alul, 1958). Su libro *The Streets of Zatunia* se publicó originalmente en árabe, en 2007, y en 2010 en hebreo.

192 • **POEMAS** •

TAL NITZAN (Jaffa). Uno de sus últimos libros de poesía es *Lishkoakh rishona* (Am Oved, Tel Aviv, 2009).

195 • **Mi primer Sony** [fragmento] •

BENNY BARBASH (Beersheva, 1951). La novela *Mi primer Sony* acaba de ser publicada por Blackie Books (Barcelona).

202 • **Queridísima Ana** [fragmento] •

JUDITH KATZIR (Haifa, 1963). Se ha traducido al español su volumen de relatos *Cerrando el mar* (Lumen, Barcelona, 1996).

209 • La simetría de los **deseos** [fragmento] •

ESHKOL NEVO (Jerusalén, 1971). Su novela *La simetría de los deseos* acaba de publicarla Duomo Ediciones (Barcelona).

216 • **Los hijos de la memoria** •

NAVA SEMEL (Tel Aviv, 1954). En 1998 se publicó la traducción al español de su libro *Clases de vuelo* (Loguez, Barcelona).

223 • **Árabes** danzantes [fragmentos] •

SAYED KASHUA (Tira, 1975). Su libro *Árabes danzantes* se publicó en español en 2006 (Tropismos, Salamanca).

233 • **Ladrones** [fragmento] •

IORAM MELCER (Haifa, 1963). Su último libro es *El hombre que fue enterrado dos veces* (Carmel, Jerusalén, 2008).

236 • **Muy pequeño** •

SHIRA GEFFEN (Tel Aviv, 1971). En 2009, el Fondo de Cultura Económica en México publicó su libro *Noches sin luna* (en colaboración con Etgar Keret).

240 **POEMAS** •

SHIMON ADAF (Sderot, 1972). Estos poemas pertenecen al libro *Lo que creí sombra es el verdadero cuerpo* (Trilce, México, 2013).

245 • **El resto de la vida** [fragmento] •

ZERUYA SHALEV (kibutz Kinneret, 1959). Acaba de publicarse la traducción al español de su novela *El resto de la vida* (Siruela, Madrid, 2013).

255 • **POEMAS** •

ELI ELIAHU (Tel Aviv, 1969). Su poemario más reciente es *City and Fears* (Am Oved, Tel Aviv, 2011).

258 • **La mariposa de cristal** [fragmento] •

MIRA MAGEN (Kfar Saba, 1950). En 2012 apareció su novela *The Bluest Eyes* (Zmora-Bitan, Tel Aviv).

272 • **Historia del porvenir** •

SHACHAR MARIO-MORDECHAI (Haifa, 1975). Este año se publicó su nuevo poemario, *Who's on Our Side* (Am Oved, Tel Aviv).

275 • **La lengua del bridge** •

NOAM PARTOM (Tel Aviv, 1986). Acaba de aparecer su libro *Setting the Water on Fire* (Xargon / Am Oved, Tel Aviv, 2013).

280 • **Himno a la alegría** [fragmento] •

SHIFRA HORN (Jerusalén, 1951). Su libro más reciente es *Promenade à deux* (Zmora-Bitan, Tel Aviv, 2012).

294 • **Poemas** •

ADI ASSIS (Tel Aviv, 1967). Su segundo libro de poemas, *Child*, ganó en 2012 el Premio de la Sociedad Israelí de Autores y Músicos y será publicado este año.

297 • **La familia Yassin y Lucy en el cielo** [fragmento] •

DANIELLA CARMÍ (Tel Aviv, 1956). Su libro *Samir y Yonatan en el planeta Marte* apareció en español en 1997 (Loguez, Salamanca) y lo publicará este año Ediciones Castillo en México.

310 • **Poemas** •

NURIT ZARCHI (Jerusalén, 1941). Este año se publicó la traducción al español de su libro *See You at the South Pole* (Adriana Hidalgo, Buenos Aires).

312 • **Oh madre** •

ANAT LEVIN (Tel Aviv, 1973). Los presentes poemas están tomados de su libro *Me-pe le-pe* (Keshev, Tel Aviv, 2013), que en 2012 recibió el Premio de la Sociedad Israelí de Autores y Músicos.

315 • **POEMAS** •

ANAT ZECHARIA (Tel Aviv, 1974). Su primer poemario es *As soon as Beautiful* (Helicon, Tel Aviv, 2008).

318 • **El poeta de Gaza** [fragmento] •

YISHAI SARID (Tel Aviv, 1965). Su novela *El poeta de Gaza* acaba de ser publicada por Random House (México).

326 • **La prosa hebrea actual: una gran literatura en formación** •

MARIO WAINSTEIN (La Plata, Argentina, 1947).

332 • **Jerusalén en el imaginario de intelectuales iberoamericanos** •

LEONARDO SENKMAN (Paraná, Argentina, 1941). Es coautor, entre otros libros, de *Los intelectuales mexicanos y su relación hacia el judaísmo e Israel* (con Judith Liwerant y Angelina Muñoz-Huberman). (Colibrí, México, 2002).

Premio FIL 2013

345 • POEMAS •

YVES BONNEFOY (Tours, 1923). Ganador del Premio FIL de Literatura en Lenguas Romances 2013; en 2007 apareció su antología *Tarea de esperanza* (Pre-Textos, Valencia).

IN MEMORIAM † ÁLVARO MUTIS

349 • Adiós a Álvaro Mutis / ¡Salve, Maqroll el Gaviero! •

MARTHA L. CANFIELD (Montevideo, 1949). Su poemario más reciente en español es *Corazón Abismo* (Editorial La Otra y Escritores de Cajeme A. C., México D.F., 2013).

355 • Álvaro Mutis, las tierras bajas (Bogotá, 1923-Ciudad de México, 2013) •

JUAN MANUEL ROCA (Medellín, 1946). Su libro más reciente es *Tres caras de la luna* (Sílabo Editores, Medellín, 2013).

359 • POEMAS •

GERARDO DENIZ (Madrid, 1934). El año pasado comenzó a circular su libro *Red de agujeritos* (Ficticia / Universidad Veracruzana, México).

362 • El llamado palestino •

LINA MERUANE (Santiago de Chile, 1970). Esta crónica forma parte del libro *Volverse Palestina*, recientemente publicado por Literal Publishing y el Conaculta (México).

367 • POEMA •

JULIO EUTIQUIO SARABIA (Oaxaca, 1957). Su libro más reciente es *Tesitura* (Monte Carmelo, Comalcalco, 2008).

369 • Autobiografía póstuma [fragmento] •

LUIS ZAPATA (Chilpancingo, 1951). El presente fragmento forma parte de la novela inédita *Autobiografía póstuma*.

PLÁSTICA

• **ADI NES** (Kiryat Gat, 1966). Ha presentado exposiciones individuales en el Centro para las Artes de Toronto, el Instituto Nacional de la Gráfica en Roma, el Museo de Arte de Tel Aviv y el Museo de Bellas Artes de San Francisco, entre otros. Obra suya forma parte de las colecciones de la Galería de Arte Corcoran (Washington), el Museo de Israel (Jerusalén), el Museo de Arte de Tel Aviv, el Museo Judío de Nueva York, el Museo de Arte Contemporáneo de San Diego y el Museo de Bellas Artes de Montreal.

SERGIO TÉLLEZ-PON (Ciudad de México, 1981). Es coautor del libro *México se escribe con jota. Historia de la cultura gay mexicana* (Planeta, México, 2010).

• P Á R A M O •

Cine • Cine israelí para principiantes • HUGO HERNÁNDEZ VALDIVIA 373

Libros • ¿Adónde van las ilusiones, Lucha? • SANDRA LORENZANO 375

• *Aparece un instante, Nevermore, de Malva Flores •* MAYCO OSIRIS RUIZ 379

• *Desterrados, de Eduardo Antonio Parra •* HUGO VALDÉS 381

• *Homosexualidad, literatura y decadencia hace cien años •* JOSÉ MARIANO LEYVA 383

• *Eduardo Chirinos y sus novedades antárticas •* VÍCTOR CORAL 386

• *Del asombro al espanto: un juego de azar •* LUIS ARMENTA MALPICA 388

Lecturas • De lo que hablamos cuando hablamos de edición • JUAN PATRICIO RIVEROLL 390

Zona intermedia • Ciudades y palabras: una bitácora literaria de Israel

• SILVIA EUGENIA CASTILLERO 395

Visitaciones • La Lotería de Arturo Rivera • JORGE ESQUINCA 400

Polifemo bifocal • La mano y el cerebro • ERNESTO LUMBRERAS 401

Nodos • Una sola solución: un solo Estado en Israel-Palestina • NAIIEF YEHYA 403

www.luvina.com.mx

Entre amigos

AMOS OZ

AL AMANECER comenzaron a caer las primeras lluvias sobre las casas del kibutz y sobre los campos y las plantaciones. Un olor fresco a tierra mojada y a hojas limpias de polvo llenó el aire. La lluvia lavó los tejados rojos y los cobertizos de zinc e hizo sonar los canalones. Con las primeras luces, un ligero vapor de niebla se quedó detenido entre las casas y sobre las flores de los jardines brillaron gotas de agua. Un aspersor inútil seguía dando vueltas y regando el césped. Algunas bicicletas rojas y mojadas permanecían inclinadas en diagonal en medio del camino. Desde las copas de los árboles ornamentales, pájaros sorprendidos emitían sonidos agudos y apremiantes.

La lluvia despertó a Nahum Asherov de una pesadilla. Por unos instantes, en duermevela, le pareció que alguien estaba golpeando las contraventanas. Alguien había ido a informarle de que algo estaba ocurriendo fuera. Se incorporó en la cama y escuchó atentamente hasta que comprendió que habían llegado las primeras lluvias. Hoy mismo iría allí, haría sentar a Edna en una silla frente a él, la miraría directamente a los ojos y hablaría con ella. De todo. Y también con David Dagan. No podía pasarlo por alto.

Pero, de hecho, ¿qué podía decirle a él? ¿O a ella?

Nahum Asherov era el electricista del kibutz Yikhat, un viudo de unos cincuenta años. Edna era la única hija que le quedaba después de que su primogénito, Yishai, muriera algunos años antes en una de las acciones de represalia. Era una joven decidida, de ojos negros y piel oscura como la aceituna, en primavera había cumplido diecisiete años y estaba haciendo el último curso en el colegio del kibutz. Al atardecer iba a verle desde la habitación que compartía con tres chicas en el centro educativo y se sentaba frente a él en un sillón, rodeándose los hombros con los brazos como si siempre tuviese algo de frío. Hasta en pleno verano se rodeaba los hombros con los brazos. Casi cada tarde pasaba con él cerca de una hora. Él preparaba café y un plato de fruta pelada y cortada, y ella, con su voz queda, hablaba con él de las noticias

de la radio o de sus estudios, luego se despedía y se iba a pasar el resto de la tarde con sus amigos y amigas o tal vez sin ellos. Por las noches, ella y los de su quinta pernoctaban en el centro educativo. Nahum no sabía nada de sus relaciones sociales, y tampoco le preguntaba, y ella no se ofrecía a contarle nada. Le parecía que los chicos aún no le interesaban especialmente, pero no estaba seguro de ello y no se molestó en averiguarlo. Una vez oyó algo sobre una relación fugaz con Dubi, el socorrista, pero luego el rumor se desvaneció. Su hija y él jamás hablaban de sí mismos, tan sólo de cosas externas. Edna decía, por ejemplo:

—Tienes que ir al ambulatorio. Esa tos no me gusta nada.

Nahum decía:

—Ya veremos. Tal vez la semana que viene. Esta semana vamos a poner un nuevo generador en las incubadoras de pollos.

A veces hablaban de música que les gustaba a los dos, y otras veces, en lugar de hablar, ponían un disco en el viejo gramófono y escuchaban a Schubert. De la muerte de la madre y del hermano de Edna no hablaban nunca. Tampoco de los recuerdos de infancia ni de los proyectos de futuro. Ambos acordaron tácitamente no tocar los sentimientos ni tocarse el uno al otro. Ni un ligero roce, ni una mano en el hombro, ni un dedo en el brazo. Al salir, decía Edna desde la puerta: «Adiós, papá. Acuérdate de ir al ambulatorio. Volveré mañana o pasado». Y Nahum decía: «Sí. Ven. Y cuídate. Adiós».

En unos meses, Edna iba a ser llamada a filas con toda su promoción, y ya le habían informado de que serviría en el cuerpo de inteligencia, porque había estudiado por su cuenta la lengua árabe. Y resulta que unos días antes de las primeras lluvias, el kibutz Yikhat se quedó consternado al enterarse de que Edna Asherov había cogido su ropa y sus enseres y se había ido a vivir con David Dagan, un maestro y educador de la edad de su padre. David Dagan era uno de los veteranos y líderes del kibutz, un hombre elocuente con un cuerpo fuerte y robusto, unos hombros recios y un cuello corto, ancho y nervudo. En su bigote espeso y recortado ya despuntaban algunas canas. Solía discutir con ironía, con ingenio y con una serena voz de bajo. Casi todos aceptábamos su autoridad en asuntos ideológicos y también en cuestiones cotidianas, porque estaba dotado de una aguda lógica y de una fuerza de convicción inapelable. Te interrumpía a mitad de la frase, te ponía la mano en el hombro y te decía con cariño y con firmeza: «Permíteme sólo un instante, pongamos juntos un poco de orden». Era un marxista convencido, pero amaba profundamente el canto sinagoga. Hacía muchos años que David Dagan era profesor de Historia en el centro educativo. Cambiaba con frecuencia de pareja y había tenido seis hijos con cuatro mujeres distintas, de nuestro kibutz y de otros dos de los alrededores.

David Dagan tenía unos cincuenta años y Edna, que había sido alumna suya el año anterior, sólo tenía diecisiete. No es de extrañar que los chismorreos alrededor de la mesa de Roni Shindlin en el comedor crecieran como la espuma. Dijeron, Abisag la Sunamita,¹ Lolita, Barba Azul. Yoske M. dijo que esa ignominia hacía temblar los cimientos del centro educativo, cómo era posible, un profesor y una alumna joven, había que convocar con urgencia al comité de educación. Joschka discrepó: «No podemos enfrentarnos al amor. ¿Acaso no hemos abanderado siempre el amor libre?». Y Rivka Risch dijo: «Cómo ha podido hacerle algo así a su padre después de todas las pérdidas que ha sufrido. Lo siento mucho por Nahum, sencillamente no podrá soportarlo».

—De repente, las jóvenes generaciones quieren ir a estudiar a la universidad —dijo David Dagan con su profunda voz de bajo junto a su mesa del comedor—, ya nadie quiere trabajar en el campo ni en las plantaciones —y añadió en un tono muy duro—: debemos marcar unos límites en el asunto de los estudios superiores. ¿Alguien tiene alguna otra sugerencia?

Nadie discutió con él, pero el kibutz se compadeció de Nahum Asherov. A espaldas de Edna y de David Dagan decían: Esto no acabará bien. Y decían: Él es un auténtico canalla. Siempre ha sido un canalla con las mujeres. Y ella sencillamente nos ha dejado atónitos.

Nahum guardó silencio. Le parecía que todo aquel que se cruzaba con él por los caminos del kibutz se sorprendía de su actitud o se burlaba de él: Han seducido a tu hija, ¿es que no tienes nada que decir? En vano intentaba apelar a sus ideas progresistas en cuestiones de amor y de libertad. La pena, el desconcierto y la vergüenza llenaban su corazón. Cada mañana se levantaba y se dirigía al taller de electricidad, arreglaba lámparas y hornillos, sustituía enchufes viejos por otros nuevos, reemplazaba piezas estropeadas y salía con una larga escalera al hombro y una caja de herramientas en la mano a tender una nueva línea eléctrica hasta la guardería. Por la mañana, al mediodía y por la tarde aparecía en el comedor, se ponía en silencio en la cola del autoservicio, cargaba una bandeja con varios platos y se sentaba a comer con mesura y en silencio en un rincón. Siempre se sentaba en el mismo rincón. La gente le hablaba con delicadeza, como se le habla a un enfermo grave, sin mencionar ni por asomo su enfermedad, y él respondía parcamente con su voz grave, monótona, un poco ronca. Se decía: Hoy mismo iré a hablar con ella. Y también con él. Al fin y al cabo, aún es sólo una niña.

¹ Joven que, según el relato del primer libro de Reyes, cuidó del rey David cuando éste ya era un anciano y le quedaban pocos años de vida. (*N. de la T.*)

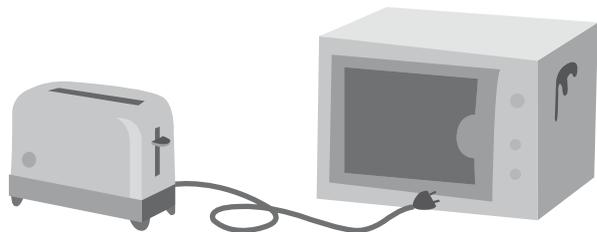
Pero los días fueron pasando. Nahum Asherov se sentaba cada día en el taller de electricidad, encorvado, con las gafas en la punta de la nariz, y arreglaba los aparatos que los miembros del kibutz le iban llevando: teteras eléctricas, radios, ventiladores. Una y otra vez se decía a sí mismo: Hoy después del trabajo iré allí sin falta. Iré a hablar con los dos. Entraré allí y diré sólo una frase o dos, y luego agarraré con fuerza a Edna por el brazo y me la traeré a casa a rastras. No a su habitación del centro educativo sino aquí, a casa. Pero ¿qué palabras podía utilizar? ¿Cuál sería la primera frase que diría allí? ¿Llegaría dando alaridos de ira o se contendría e intentaría apelar a la lógica y al sentido del deber? Buscó y no encontró en su interior ira ni resentimiento, tan sólo dolor y decepción. Los hijos mayores de David Dagan eran varios años mayores que Edna y ambos habían terminado ya el servicio militar. ¿Y si, en vez de ir allí, hablaba con uno de ellos? Pero ¿qué le diría exactamente?

Desde pequeña, Edna había estado más cerca de Nahum que de su madre. Esa cercanía apenas se expresaba con palabras, más bien con un profundo entendimiento mutuo que hacía que Nahum siempre supiera con certeza qué convenía preguntarle y qué no, cuándo dejarla tranquila y cuándo insistir. Desde la muerte de su madre, Edna se encargaba de llevar todos los lunes la ropa de su padre a la lavandería y de devolverle todos los viernes la colada limpia y planchada, o de coserle un botón. Desde la muerte de su hermano, iba a su casa casi todos los días al atardecer. Él corría las cortinas y servía café, y ella permanecía con él durante una hora o algo más. Hablaban bastante poco, sobre los estudios de ella y el trabajo de él. A veces hablaban sobre algún libro. Escuchaban música juntos. Pelaban fruta y se la comían. Pasado ese tiempo Edna se levantaba, llevaba las tazas al fregadero, aunque las dejaba para que su padre las fregase, y se iba al centro educativo. De sus relaciones sociales Nahum apenas sabía nada. Sólo sabía que los profesores estaban contentos con ella y se alegraba de que hubiese estudiado árabe por su cuenta. Una joven tranquila, decían de ella en el kibutz, no caprichosa como su madre, sino diligente y aplicada como su padre. Lástima que se cortase las trenzas y las cambiara por ese pelo corto a lo *garçon*. Antes, con las trenzas y la raya en medio, era igualita que las jóvenes pioneras de otra generación.

Un día, hacía ya algunos meses, Nahum fue a buscarla al atardecer a su habitación del centro educativo para llevarle un jersey que se había dejado en su casa. La encontró con dos de sus compañeras, cada una sentada en su cama, tocando la flauta y repitiendo una y otra vez la misma pieza, que no era más que una sencilla escala. Al entrar se disculpó ante las chicas por la interrupción, dejó el jersey doblado al borde de la cama, quitó una

imperceptible mota de polvo de la mesa, se disculpó de nuevo y salió de puntillas, para no molestar. Una vez fuera, se quedó en la oscuridad bajo su ventana unos cinco minutos más escuchando cómo volvían a tocar las flautas: en esa ocasión se trataba de un estudio musical fácil, que se alargaba y se repetía con tristeza, y de pronto sintió que se le encogía el corazón. Después se fue a su casa y se quedó escuchando la radio hasta que se le cerraron los ojos. Por la noche, en duermevela, oyó chacaes muy cerca, como si hubiesen llegado justo hasta los pies de su ventana.

El martes, al volver del trabajo, Nahum se lavó, se puso unos pantalones planchados color caqui y una camisa celeste, se abrigó con su viejo chaquetón, que le daba un aspecto de intelectual pobre de principios del siglo pasado, limpió con la punta del pañuelo los cristales de sus gafas y se dispuso a salir. En el último momento se acordó del libro de árabe para principiantes que Edna había dejado en su casa. Envolvió el libro con mucho cuidado en plástico semitransparente, se lo puso bajo el brazo, se colocó una gorra gris y salió de casa. Las huellas de la lluvia aún se notaban en algunos charcos pequeños y en las hojas de los árboles, que estaban limpias y olorosas. Como no tenía prisa, dio un rodeo por un camino que pasaba por la casa de los niños. Aún no sabía qué le iba a decir a su hija y qué podía decirle a David Dagan, pero esperaba que en el último momento, cuando los tuviera delante, se le ocurriera algo. Por un instante le pareció que todo ese asunto entre Edna y David Dagan tan sólo existía en la imaginación calenturienta de Roni Shindlin y el resto de los cotillas del kibutz, y que cuando llegase a casa de David lo encontraría como siempre, tomando el café de la tarde con alguna mujer completamente distinta, una de sus exmujeres, o la maestra Ziva, o tal vez una chica nueva que él no conocía. Edna no estaría allí y él tan sólo intercambiaría con David unas cuantas frases en la puerta, sobre la situación, sobre el gobierno, rechazaría quedarse a tomar café y a jugar al ajedrez, se despediría y se marcharía, tal vez iría a la habitación de Edna en el centro educativo, allí la encontraría leyendo, tocando la flauta o haciendo los deberes. Como siempre. Y le devolvería el libro.



El olor a tierra mojada lo acompañó por el camino junto con un lejano olor a cáscaras de naranja fermentadas y a estiércol de vaca procedente del patio y los establos. Se detuvo ante el monumento a los caídos y vio el nombre de su hijo, Yishai Asherov, que había muerto hacía seis años durante la incursión de nuestras fuerzas en el pueblo de Dir al-Nashaf. Los once nombres del monumento estaban grabados con letras de bronce en relieve y Yishai era el séptimo o el octavo de la lista. Nahum recordó que, de pequeño, Yishai decía «era» en vez de «pera» y «ana» en vez de «rana». Alargó la mano y pasó la yema de los dedos por las frías letras de bronce. Luego se marchó de allí sin saber aún lo que iba a decir, pero de pronto sintió angustia porque desde su juventud había un lugar reservado en su corazón para David Dagan e incluso ahora, después de lo que había ocurrido, no estaba enfadado sino confuso y sobre todo decepcionado y triste. Mientras se alejaba del monumento comenzó a llover de nuevo, no con fuerza pero sí de forma persistente. Esa lluvia le mojó las mejillas y la frente y le empañó las gafas, así que protegió el libro envuelto en plástico bajo el gastado chaquetón de estudiante apretándolo con el brazo contra su pecho. Por tanto, parecía que se llevaba la mano al corazón como si se sintiese mal. Pero no se cruzó con nadie por el camino que pudiera ver ese gesto de su mano apretada contra el chaquetón. ¿Y si esa relación sin fundamento entre Edna y David Dagan terminaba por sí sola en unos cuantos días? ¿Y si ella recapacitaba y volvía a su vida de antes? ¿O David se hartaba de ella pronto como solía hartarse de todas sus amantes? Al fin y al cabo ella era una joven que no había tenido nunca novio, salvo, según decían, una historia de dos o tres semanas con Dubi, el socorrista de la piscina, mientras que David Dagan era famoso por cambiar continuamente de esposas y de amantes.

Nahum Asherov recordó cómo había empezado su amistad con David Dagan: cuando el kibutz se levantó sobre el suelo, durante los primeros años eran tan pobres que todos vivían en tiendas de campaña suministradas por la Agencia Judía y sólo los cinco recién nacidos se alojaban en el único barracón existente. En el joven kibutz estalló un debate ideológico sobre quiénes debían pernoctar por turnos en el barracón de los niños: ¿los padres o todos los miembros del kibutz? El debate surgió por un desacuerdo aún más profundo: ¿los niños pertenecían, por principio, a sus padres o a toda la comunidad del kibutz? David Dagan luchó a favor de la segunda postura, mientras que Nahum Asherov abogó por el derecho natural de los padres. Durante tres días, a lo largo de la tarde y hasta bien entrada la noche, los miembros del kibutz estuvieron discutiendo la cuestión de si zanjar el debate con una votación pública o secreta. David Dagan condujo la lucha a favor de la votación pública, mientras que Nahum Asherov fue uno de los defensores de la votación secreta. Al final se acordó constituir un comité en el que participarían David y Nahum junto

con tres compañeras que aún no fuesen madres. En el comité se decidió por mayoría de votos que los niños pertenecían al kibutz, pero que en los turnos para pernoctar en el barracón participarían primero todos los padres. Nahum admiraba la postura ideológica firme y coherente de David Dagan, aunque discrepaba de él. Mientras que David apreciaba la delicadeza y la paciencia de Nahum, y le impresionó que Nahum, gracias a su tranquila tenacidad, hubiera conseguido vencerle. Cuando Yishai murió durante la incursión en Dir al-Nashaf, David Dagan pasó varias noches en casa de Nahum. Desde entonces habían conservado su amistad y a veces se veían al atardecer para jugar al ajedrez y charlar sobre los principios que regían el kibutz, sobre cómo eran y cómo deberían ser.

David Dagan vivía en una casa junto al muro de cipreses en un extremo del sector 3. Entró en esa casa tras abandonar a su cuarta esposa, y todos sabían que lo había hecho porque mantenía relaciones con Ziva, una joven maestra de la ciudad que se quedaba tres noches por semana en nuestro kibutz. Hacía unos días que había roto la relación con Ziva, porque Edna se había llevado sus cosas de la habitación del centro educativo y se había ido a vivir con él a su nueva casa. Otra persona en mi lugar, pensó Nahum Asherov, puede que irrumpiese allí hecha una furia, propinase a David dos bofetones, la agarrase a ella del brazo y se la llevase a casa a la fuerza. O al contrario, que entrase en silencio y se plantase ante ellos rota y exhausta como diciendo cómo habéis podido, cómo no os da vergüenza. Vergüenza de qué, se preguntó Nahum.

Y mientras tanto permaneció unos instantes más bajo la fina lluvia delante de la casa, apretando contra su corazón el libro que llevaba debajo del abrigo y con las gafas empañadas por las gotas de lluvia. Un trueno lejano se oyó en el horizonte y la lluvia arreció. Nahum se detuvo bajo la marquesina de la entrada de la casa y esperó. Aún no tenía ni idea de lo que iba a decir cuando David le abriese la puerta. ¿Y si lo hacía Edna? El pequeño jardín de David Dagan estaba descuidado, lleno de cardos y de hierbas, y sobre los cardos había multitud de caracoles blancos. En el alféizar de la ventana se veían tres macetas con geranios marchitos. Y en la casa no se oía nada, era como si estuviese abandonada. Nahum se limpió las suelas de los zapatos en el felpudo, sacó un pañuelo arrugado del bolsillo y se limpió las gafas, volvió a meterse el pañuelo en el bolsillo y llamó dos veces a la puerta.

—Eres tú —dijo David en tono cordial mientras hacía pasar a Nahum—, genial. Entra. No te quedes ahí. Está lloviendo. Llevo varios días esperándote. No tenía la menor duda de que vendrías a vernos. Tenemos que hablar. Edna —gritó hacia la otra habitación—, prepara café para tu padre. Tu padre ha venido por fin a vernos. Nahum, quítate el abrigo. Siéntate. Calientate. Edna ya se temía que estuviese enfadado con nosotros, pero yo le dije: Ya verás como

viene. Hace media hora que he encendido la estufa en tu honor. El invierno ha llegado de repente, ¿eh? ¿Dónde te ha pillado la lluvia?

Posó sus grandes dedos sobre la manga del abrigo de Nahum y dijo:

—Realmente tenemos que hablar sobre ese enojoso asunto de los jóvenes que terminan el servicio militar y de repente quieren ir enseguida a la universidad en vez de trabajar. A lo mejor, en la próxima asamblea general, hay que establecer al menos que todos los jóvenes, al volver del servicio militar, trabajen durante tres años en el kibutz y sólo después de esos tres años puedan cursar una solicitud para acceder a los estudios superiores. ¿Qué opinas tú, Nahum?

Nahum dijo con un hilo de voz:

—Pero no comprendo cómo...

David le interrumpió, le puso su mano ancha sobre el hombro y sentenció:

—Permíteme sólo un instante para poner un poco de orden. No estoy en contra de los estudios universitarios. Llegado el día, no me opongo a que las jóvenes generaciones tengan títulos académicos. Al contrario: algún día todos nuestros granjeros serán doctores en filosofía. Por qué no. Pero no a costa del trabajo en el corral y en el campo, eso es indispensable.

Nahum dudó. Aún estaba de pie con el viejo chaquetón mojado y con la mano izquierda apretada contra su pecho para que no se cayera el libro que protegía su corazón. Al final se sentó sin quitarse el abrigo y sin desprenderse del libro. David se rió y dijo:

—Seguro que discrepas de mí. ¿Ha habido alguna vez, en todos estos años, algún asunto en el que no hayas discrepado de mí? Y a pesar de todo hemos seguido siendo siempre amigos.

Nahum odió de pronto el bigote espeso y recortado de David Dagan, en el que ya despuntaban algunas canas, y odió su costumbre de interrumpirte y pedirte sólo un instante para poner un poco de orden. Dijo:

—Pero es tu alumna.

—Ya no —cortó David con su voz autoritaria—, y dentro de unos meses será una recluta. Edna, ven aquí. Por favor, dile a tu padre que nadie te ha raptado.

Edna entró en la habitación vestida con unos pantalones de pana marrones y un jersey azul que le quedaba grande. Su pelo negro estaba atado con una cinta clara. Llevaba una bandeja con dos tazas de café, un azucarero y una jarrita de leche. Se inclinó, lo dejó todo encima de la mesa y se mantuvo a cierta distancia de los dos hombres, rodeándose los hombros con los brazos como si también allí tuviese frío, a pesar de la estufa de queroseno que ardía con una hermosa llama azul. Nahum la miró, pero enseguida apartó la vista y se sonrojó, como si, sin querer, la hubiese visto medio desnuda. Ella dijo:

—También hay galletas.

Luego, con retraso, añadió, aún de pie, con su voz suave y serena:

—Hola, papá.

Nahum no encontró en su corazón ira ni resentimiento, tan sólo una punzante añoranza de aquella niña, como si no estuviera ahí, en la habitación, a tres pasos de él, sino que se hubiese marchado a un lugar lejano y desconocido. Dijo con inquietud, y con tono interrogativo al final de la frase:

—He venido a ¿llevarte a casa?

David Dagan posó la mano en la nuca de Edna, acarició su espalda, jugó un poco con su cabello y dijo con calma:

—Edna no es un cacharro. No se la coge y se la deja. ¿Verdad, Edna?

Ella no dijo nada. Permaneció junto a la estufa, con los brazos alrededor de los hombros, sin prestar atención a los dedos de David Dagan que le acariciaban el cabello, y mirando la lluvia en la ventana. Nahum levantó la vista y la observó. Le pareció serena y concentrada, como si sus pensamientos estuviesen inmersos en asuntos completamente distintos. Como si hubiese desviado su atención para no elegir entre esos dos hombres unos treinta años mayores que ella. O como si esa elección apenas le concerniese. Sólo se oía el azote de la lluvia en los cristales y el correr del agua en los canales. La estufa ardía con una agradable llama y de vez en cuando se sentía el gorgoteo de queroseno en la goma. ¿Por qué has venido aquí?, se preguntó Nahum. ¿Realmente creías que ibas a matar al dragón y a liberar a la princesa raptada? Tendrías que haberte quedado en casa y esperar con calma a que ella fuese a verte. Al fin y al cabo, tan sólo ha cambiado momentáneamente la figura de un padre débil por la de un padre fuerte y decidido. Pero la fuerza del padre fuerte muy pronto empezará a agobiarla. En su casa, como en la mía, ella prepara café, lleva la ropa a la lavandería y trae la colada planchada. Todo esto ya lo sabías. Si no te hubieses apresurado a venir con esta lluvia, si hubieras conseguido quedarte tranquilamente en casa a esperarla, más tarde o más temprano habría vuelto a ti, ya fuera para explicar sus actos o porque este amor se habría acabado. El amor es una especie de infección: se contrae y se pasa.

David dijo:

—Permíteme sólo un instante, pongamos juntos un poco de orden. Tú y yo, Nahum, siempre hemos estado unidos por una estrecha relación de amistad y compañerismo, a pesar de las constantes discrepancias sobre los principios que deben regir el kibutz. Y desde ahora hay otro fuerte nexo de unión entre nosotros. Eso es todo. No ha pasado nada. La idea de los tres años de trabajo antes de los estudios pretendo llevarla el sábado por la tarde a la asamblea general. Sin duda tú no me apoyarás, pero en tu fuero interno

sabes perfectamente que también esta vez llevo razón. Al menos no me impidas obtener mayoría en la asamblea. Tómate el café, se está enfriando.

Edna dijo:

—No te vayas, papá. Espera hasta que deje de llover.

Y luego dijo:

—No te preocupes por mí. Estoy bien aquí.

A lo que Nahum decidió no responder. No tocó el café que le había servido su hija. Se arrepintió de haber ido. En el fondo, ¿qué querías, vencer al amor? Un fuerte destello de luz de la lámpara se reflejó por un instante en sus gafas. De pronto el amor le pareció uno de tantos golpes que da la vida ante los que hay que agachar la cabeza y aguantar hasta que pase el dolor. Y seguro que David Dagan iba a empezar a hablar del gobierno o de los beneficios de la lluvia. Ese escaso coraje que muy raramente el sufrimiento hace brotar desde lo más profundo de las personas débiles le confirió a la voz ronca de Nahum Asherov un matiz estridente y amargo:

—Pero ¿cómo es posible?

Y a continuación se levantó bruscamente y sacó de debajo de su viejo chaquetón el libro de árabe para principiantes con intención de estamparlo sobre la mesa de modo que las cucharillas resonasen en las tazas; pero en el último momento retuvo el movimiento de su mano y lo dejó suavemente, como para no hacer daño al libro, a la mesa cubierta con un hule ni a las tazas que estaban encima. Y se dirigió hacia la puerta. Mientras se marchaba giró la cabeza, vio a su hija de pie, mirándole con tristeza y rodeándose los hombros con los brazos, y a su buen amigo sentado, con las piernas cruzadas, con su bigote bien recortado y salpicado de canas, con sus fuertes manos rodeando la taza y una expresión de compasión, clemencia e ironía en el rostro. Nahum dirigió la cabeza hacia delante y se encaminó a la entrada como si fuese a embestir. Pero no dio un portazo, tan sólo cerró con cuidado, como si temiese hacerle daño a la puerta o a las jambas, se caló la gorra y se la bajó casi hasta los ojos, se levantó el cuello del abrigo y se dirigió hacia el bosque de pinos por el camino mojado que iba oscureciéndose. Los cristales de sus gafas se cubrieron en un instante de gotas de lluvia. Se abrochó el primer botón y apretó con fuerza el brazo izquierdo contra su pecho, como si el libro aún estuviese abrazado a él bajo el abrigo. Y entre tanto se hizo de noche ●

TRADUCCIÓN DEL HEBREO DE RAQUEL GARCÍA LOZANO

Corredor

[fragmento]

DAVID GROSSMAN

YA DEJASTE atrás medio kilómetro y aún no se distingue en ti ninguna señal corporal de la veloz carrera, el pulso es todavía rítmico y golpea con prudencia, el sudor es muy ligero y, a pesar de que calzas las pesadas botas militares, no tus zapatillas, y de que el frío y el hambre también pueden dificultarte la continuación del trayecto, debes seguir corriendo así, sin detenerte ni por un instante, mientras los golpes de tus pies en el asfalto se oirán toda la noche a lo largo del camino, desde aquí hasta las luces amarillas de la entrada a Jerusalén, y podrás escucharlos con el sabido alivio de que son tus pies. También ella, la familiar tranquilidad de la carrera, o, mejor dicho, el letargo de la conocida carrera, te facilitará la carga de las próximas horas, el miedo a los rincones ocultos de las aldeas ubicadas a ambos lados de la ruta, y el frescor húmedo, pegajoso, del viento, y el ardor de la brasa rojiza en tus entrañas. Ya sabes cómo será traducido el ritmo preciso de tus pasos en sílabas, palabras y melodías; ya conoces todo esto de las centenas de carreras y competencias y corridas por placer, y a pesar de que esta noche las condiciones son muy difíciles, las más difíciles tal vez, no hay duda de tu victoria, porque esta noche vencerás al deseo mismo de la corrida o, por lo menos, descuartizarás, con el cuchillo filoso del aire nocturno que apuñala tus pulmones, el nudo viperino cuya fuerza te impulsa a correr desde hace ya tres años. Y todo lo que tienes que hacer es seguir corriendo con el seguro y masculino ritmo del cinco, y deslizarte a ti mismo, tu cabeza y tu fusil, hacia abajo, hacia el movimiento que embota el muslo y la pantorrilla, e invertir así, en la fuerza del movimiento centrífugo, los pensamientos-agujas y los pensamientos-alfileres, y el latido rítmico de la brasa, para que se eleve en el espacio acuoso de tu cerebro, flote como diluida la visión de los ojos compasivos-azulados de ella, o el recuerdo de sus dedos ardientes en tu piel hace solamente diez minutos. Y presionarás una y otra vez las plantas de tus pies contra el suelo y salpicarás tu cuerpo con un paso amplio,

pero medido, y serás riguroso con tu respiración y el ritmo del cinco, para no detenerte ni por un instante en el largo camino que serpentea entre aldeas árabes y pequeños terrenos verdes, y setos de parras y, más allá, a través del pueblo dormido Shoafat, cuyos ojos están despiertos. Y continuarás corriendo por la senda angosta, afligida, hasta Jerusalén, que parpadeará para ti, con asombro, con sus semáforos nocturnos anaranjados, y volarás silencioso por las anchas avenidas carentes de árboles —únicamente camino y piedra— y bordearás la muralla que se aclara en la oscuridad, hasta encontrar el cauce del río que llega al mar. Y aunque no alcances ni la mitad del camino, eso no tiene importancia, porque esta noche eres, al mismo tiempo, el corredor y la línea de llegada, y los resultados están fijados con antelación, y son previsibles y, a pesar de ello, seguirás corriendo con toda la fuerza de tus pulmones. Ya pasaste, en los últimos minutos, más de un kilómetro y medio, y al comienzo, cuando recién habías salido de la casa del niño, te movías con una ceguera total, y te tambaleabas sobre tus piernas mareadas, que no te obedecían en absoluto, pero después encontraron su ritmo natural y tomaron tu cuerpo desde abajo, y fuiste llevado, como un naípe dibujado que derrama lágrimas completas de cristal, sobre tus músculos fuertes que te liberaron eficazmente del ojo de la angustia —se hubiesen necesitado tres para cargarla— y acomodaron tus músculos al ritmo y tu sangre al golpe adecuado y fueron ellas las que te condujeron, con una bendita seguridad física, a través de las barracas de la oficialidad, la explanada de la formación y el comedor y, desde allí, con un salto silencioso y mecánico por sobre la soga floja de la entrada del campamento, hacia la ruta principal, que llega hasta Jerusalén. Y necesitarías largos minutos para acostumbarte al pensamiento de que era tu cuerpo, expuesto en ese momento al viento nocturno y a los olores a combustible y caucho quemado que son transportados hasta ti por la ruta que se precipita vagamente bajo tus botas, y a los débiles susurros que se escuchan desde las aldeas y se enrollan a tu paso, pero como este pensamiento obstaculiza y afloja, lo alejarás de tu cabeza y seguirás corriendo a lo largo de la línea amarilla en el borde de la ruta y fijarás tus ojos en las gotas de luz también amarillas que asoman a través de las malditas lágrimas, hasta que no puedas saber si son las luces de los faroles de la aldea o la fractura de la línea de la ruta a través de las lágrimas; en realidad, eso no tiene importancia, mientras puedas inundarlas de descargas rítmicas y extendidas de color azul, con el que te miró la prima del niño, y eso fue lo que te precipitó de la habitación de él hace sólo unos minutos, remando con pesadez en la pesadilla densa que irrumpió repentinamente en tu cabeza, escapando, como una mariposa autómatas, seducido por las luces eléctricas y atraído, en cada uno de tus pasos, por el imán

inteligente, que sabe, que te espera permanentemente, con paciencia, por detrás y por dentro. Planta del pie ruta pantorrilla respiración pausa aire inspirado recargado uno dos tres cuatro cinco, respira, todo bajo control, también la punzada fija de dolor, corre, agita palabras y vuela en ellas, también están permitidas sílabas quebradas sin sentido, como las que espetó Ioash en su último intento por atraparte, o tal vez las palabras secretas del niño, que en general no tenían un significado determinado, y cuanto más te hables a ti mismo, se apaciguarán las voces extrañas de afuera, el rebuzno amargo de un asno o el motor lejano de un automóvil, y podrás escuchar mejor su voz, hasta la repugnante risa contenida del principio, solamente para comprender sus ojos, aunque el precio del dolor rítmico de la brasa rojiza que titila en tu interior desde hace ya tres años y medio —a veces crees distinguir su pálida melancolía a través de las capas de carne y piel—, ese lugar que ya existía en los años anteriores y que únicamente los ojos radiográficos de tu madre avistaron, cuando te dijo explícitamente, después de silenciar el motor junto al cerco de la casa de Ioash, mirándote a través del espejo retrovisor que, a pesar de que ella e Ioash creían que no era más que una crisis temporal en la que estabas inmerso, también era conveniente sacar provecho de esta situación desagradable, porque «nosotros somos seres pensantes y es nuestra obligación asaltar con toda energía cualquier obstáculo e incertidumbre que se nos presenta, y extraer su aguijón por medio de un blanqueo penetrante, a veces doloroso, de los sucesos y las acciones». Y puede ser, por favor, presta atención, pues ella dice estas palabras con vacilación: que el ritmo de tu desarrollo hasta ese momento, en el que todos tus logros y éxitos en tus quince años fueron demasiado rápidos, quizás, de algún modo peligrosos, para tu verdadero ritmo interno, para la estructura de una personalidad como la tuya, y esas palabras difíciles —ella sospechaba, sabía, las había preservado en su mente desde hacía muchos años, y no quería decirlas, pero tuvo lugar esta crisis temporal, tonta, y había llegado el momento de decirlas—, y eso también te lo dirá en ese momento, porque esa tarde ella veía que estabas dispuesto a escucharla, y quizás eso era una buena señal hacia el futuro, «ya que la vida, hijo, es una carrera de fondo y, tal vez, no supiste repartir las fuerzas y por eso trastabillaste un poco, y qué bueno es que tienes padres que te aman, se preocupan por ti, te comprenden y están dispuestos a ofrecerte todo tipo de ayuda, y si nos permites ayudarte... Por lo tanto, baja del vehículo y ve a la casa de Ioash y no lo engañes ni apagues la luz que él enciende para ti, porque yo me quedaré sentada acá, en el automóvil, como cada domingo y cada jueves del último año, semana tras semana, desde ahora y hasta las nueve de la noche, durante una hora completa, esperando tu regreso y observaré la casa y no quiero ver

las luces amarillas apagándose inmediatamente después de tu ingreso, y no solamente porque no es adecuado para Ioash, que cree que la luz reina en la habitación, sino porque la luz te obligará a pensar, hijo, a estar despierto y alerta, ella es también parte del blanqueo penetrante sobre el que hablé, y ahora, anda, te espero».

En este momento mi madre duerme. Cada noche, a las doce en punto, cierra su máquina de escribir, se estira y escucho desde mi habitación su corto gemido de satisfacción. A continuación, llegará el jadeo rítmico. Diez flexiones para fortalecer la espalda. Algunos segundos de relajación. He aquí los sonidos opacos del golpeteo. Dedo tras dedo, ella permanece atrinchada en su estudio. Mi padre lo llama «cerrar el ataúd del día que pasó», pero ella dice que es solamente el mantenimiento diario de sus herramientas de trabajo. También a partir de ese momento todo es previsible, y por lo tanto, atrapa mi atención, de por sí alerta: el zumbido del cepillo de dientes eléctrico, la gárgara profunda del agua en su garganta, el sonido decisivo de su nariz. Fin de las ceremonias de la noche. A las doce y media ya estará durmiendo, totalmente indiferente a los ecos entrecortados, errantes, que dejaron sus acciones habituales entre las paredes de la casa.

Hace unos años, un periodista radial le preguntó si ella escribía por la noche, «tan bella para la meditación». Mi madre respondió: «La noche está hecha para dormir». Desde mi habitación, yo solía contar, según los latidos del corazón, el tiempo transcurrido entre el momento en que ellos se decían «Buenas noches» y cuando oía el sonido ligero del ronquido de ella. Entonces mi padre apagaba la luz y comenzaba a dar vueltas en la cama. Unas horas después, en mi visita fija al servicio, los observaba. Dos granos de habas, con su cáscara blancuzca, a ambos lados de la cama. Podría entrar y dormir entre ellos, sin que se dieran cuenta. Yo, y otro niño más. Pero siempre, estando yo de pie, desconcertado, mi madre murmuraba de repente en la oscuridad, sin abrir los ojos, que regresara inmediatamente a mi cama. Siempre me veía y yo ni siquiera dudaba, ya que me había dicho más de una vez, y solía advertirlo: «Mamá te verá en todas partes, hijo».



Ahora es necesario simular, imaginarse que esto es una carrera, podría ser la «Carrera por la copa del Jefe del Ejército» que se llevará a cabo la semana próxima, o una carrera en el marco de la competencia de atletismo interregional que tendrá lugar dentro de cuatro semanas, y sea la que sea, el silencio reinante será muy intenso cuando en una u otra los rugidos del público y el alboroto de los dirigentes y la disonancia de las canciones en los altavoces, todos se vayan apagando rápidamente después de la tercera o cuarta vuelta alrededor de la pista y su lugar sea ocupado por el latido permanente y machacante de la sangre en los oídos, y brille la luz de la tierna carne de las ostras del pensamiento, los sucesos observados desde su lado interno, todo el susurro ardiente, y, durante todo ese tiempo, la dureza de tus piernas en el ritmo constante, un pie tras otro en el quinto paso, donde se termina la inspiración, te esperará siempre un segundo hendido, sin aire exterior, y nuevamente los cinco pasos de la exhalación y también ahora, en el diáfano silencio de alrededor, no hay quien adivine que no se trata de una de tus carreras públicas, que los arbustos bajos, intrincados, no son entrenadores encorvados a los costados de la pista, que las piedras claras no son jueces y secretarios con abdomen prominente, un poco divertidos, y qué bueno que hasta ahora —ya transcurrieron más de quince minutos— no haya pasado ni un automóvil para alterar la oscuridad y que puedas seguir corriendo tranquilamente, rodeando la noche con tus telarañas transparentes, como solías hacer cuando recién habías conocido la paz que te produce correr y, junto con tu padre, recorrías cada noche el barrio de tu infancia, pisando sus calles con tus zapatos, envolviéndolas con los delgados filamentos que tejían las arañas de tu cerebro, y después de que dejabas a tu padre junto a la puerta de la casa, cansado, sonriente y rendido, aún volvías a atacar, como un silencioso murciélago nocturno, las calles laterales y las callejuelas recelosas, atravesando patios, hombres, mujeres y niños, ahogándote en las apretujadas burbujas de sus sueños y sus gemidos esforzados, y ni siquiera por un instante te preguntabas por qué lo hacías y cuál era el significado de esa nueva satisfacción, sino que cada noche, a una hora casi fija, no podías soportar el golpeteo de la máquina de escribir otra vez más, ni los dedos de tu padre tamborileando sobre sus rodillas cuando escuchaba —sus orejas cubiertas con auriculares— los discos de sus coros, e inmediatamente debías salir de allí, correr antes de atarte totalmente las zapatillas, conquistar otra vez tus recorridos secretos y este tema no lograba convencer a tu madre, que reflexionaba una y otra vez, y decía que, a pesar de que ella no invalidaba la actividad deportiva, saludable de por sí, por algún motivo, le parecía que tu nuevo placer físico o tu adicción física, como sería más preciso decir, estaba totalmente alejada de la salud pura y, si bien

ella no quería juzgar sin un conocimiento cabal, se sentía obligada a expresar que «hay una cierta brutalidad en la satisfacción que obtienes del movimiento de tus piernas, aunque, como ya he dicho, tal vez simplemente no entiendo». Y si alguna vez logras explicarte claramente, sin titubear, quizás logres convencerla, porque, como ya sabes, ella siempre reconoce su error.

Aquí viene el primer automóvil, aparece silenciosamente por una de las curvas alejadas, sus luces se sacuden contra el cielo y las colinas, por lo tanto, hay que aminorar un poco, y estar preparado para escabullirse por un momento al costado de la ruta, congelarse allí como piedra o chatarra oxidada, pero mientras tanto, mientras esté alejado y callado, es conveniente seguir corriendo, porque la noche es corta y abundante su labor, y la luz del día, eso ya lo sabes, te aniquilará con sus malévolos rayos, dispersará tu vigor nocturno con su calor, atontará tus embestidas dolorosas de la noche nebulosa hacia la oscuridad corporal interna, donde todavía puedes conservar lo existente y la brasa rojiza no te molesta con ardores desconocidos, porque en los últimos tres años y medio la sacudiste contra cientos de franjas asfálticas y pistas de atletismo y playas arenosas, y moliste sus aguijones contra la línea elíptica imaginaria a lo largo de la cual serpenteaste en estadios y grandes campos deportivos, y mezclaste su intensidad con torbellinos de alegría emanada de tus compañeros de curso, el orgullo de los soldados desconocidos de tu campamento y el palmoreo de estímulo de los hombres de deporte. Y así podrás ahora engañarte a ti mismo, creer que dentro de ti reina una tiniebla como la que encontrabas entre las palmas unidas de tu padre, que te permitía clavar allí un ojo excitado, o como aquella en la que se sumergió el niño en el armario de su cuarto, y en el que te introdujo también a ti para que aprendieses el juego de los espejos dobles, y hasta cuando las imágenes vidriadas de ambos se entusiasmaban ante ustedes y los convertían en una visión irreal, tampoco entonces le preguntaste nada sobre lo que le sucedía, y, en verdad, nunca le preguntaste nada, porque comprendías muy bien cuánto hería el tono de la pregunta, ya que a lo largo de los últimos tres años y medio estuviste defendiéndote, irritada y agotadoramente, de los pinchazos de las preguntas que te clavaban y ésa es una de las sordas melodías de las que no puedes liberarte en este momento, sobre las que vuelves en el ritmo del cinco, en cada una de tus carreras: ¿qué te pasa? ¿Qué sucedió de repente? ¿Dónde nos equivocamos? ¿Quién es el culpable? Una y otra vez esas palabras, ese movimiento de descuartizamiento. Ellas despegan; metálicas, las astutas se golpean contra tu obstinación, recogen tercamente los restos de su derrota y planean de nuevo hacia arriba, cargando esta vez sobre sus alas la demanda y el rencor. Tú eres el culpable, únicamente tú, te ocultas, mientes y, por un instante extraviado, te dejan

tranquilo, esas personas buenas y misericordiosas clavan sus miradas unas en otras, y su insolencia es tan grande que no te ocultan sus intenciones, sino que te muestran amablemente sus métodos y enfoques —todo con el afecto y la ligereza de la cercanía—, como si fueras su socio y su batalla fuese una, porque, ¿qué es lo que quieren? No desean dañarte o herirte, Dios no lo permita, sólo quieren ayudarte, perforar la angustia atrapada en ti, permitirle fluir hacia afuera, para que puedas volver a ser como eras, y una y otra vez ellos suspiran sin querer, cuando recuerdan al niño que fuiste, un niño tan talentoso que seducía a adultos y a compañeros con su agudeza particular, con su sentido del humor, que no era en absoluto infantil, su percepción rápida hasta el asombro, pero no estamos hablando ahora de eso, de ningún modo, seguramente ya llegaremos —se atreven a decirte— a lo largo de nuestras interesantes conversaciones contigo, pero en esta etapa estamos dispuestos a satisfacernos con lo mínimo: que nos hables, que nos des un indicio sobre aquello que te pasó o que te produce tanto miedo, y, en realidad, queremos que dejes de deambular entre nosotros como una incógnita amarga y angustiante.

Presta atención, los faros amarillos aparecen rápidamente más allá de la curva, lánzate al costado, ten cuidado, casi te golpeas contra una piedra, lo hiciste muy bien, y ahora sigue corriendo, no te detengas ni un instante, ni mires hacia atrás, ¡cárguenme, piernas! Uno, dos, tres, cuatro, cinco, inspiración. Como una lechuza silenciosa y brillante, el Mercedes atravesó la noche y viste en la cabina iluminada a un árabe gordo con un cigarro en la boca, y a su lado una mujer no muy joven, tal vez un poco perfumada, que se reía con una voz inaudible, y en este momento la solitaria molécula de luz se diluye en las montañas, en su navegación brillante, dejando olores a combustible quemado, humo de cigarro y aroma imaginario de mujer.

Si no pensase, sería más fácil. Si exhalase el hambre, el frío y lo que pasó hace veinte minutos en la habitación del niño, sería mucho más fácil. Solamente debo hacer un conteo del ritmo. Se pueden duplicar las respiraciones. Dividir por el pulso. Soy piernas. Así me llamaban al principio, «autómata de la carrera». Eso escribió un periodista tonto. Dijo también que si yo perseverase y desarrollase mi destreza, me convertiría en un corredor perfecto y que ya en ese momento no había quien pudiese alcanzarme en determinadas carreras. Sin intención, el necio tenía razón. Sigue contando.

En realidad, nunca fuiste un deportista sobresaliente, tampoco te hallabas entre los jóvenes musculosos, y hasta que cumpliste los dieciséis nunca fuiste incluido en ninguna selección de atletismo. Pero, a pesar de eso, tampoco estabas entre los débiles, los que se arrastran en la cola de la caravana, sino que encontraste tu lugar en ese punto moderado y móvil en la mitad de

cada fila y te movías con él, cuidándote mucho de no salirte de su ritmo silencioso, y cuando uno de los profesores de Educación Física te dijo una vez que eras capaz de alcanzar mejores logros si te entrenaras sistemáticamente, pensaste que eso no tenía mucho sentido. Además, cómo podrías imponerte algún tipo de régimen —por eso tu madre se afligía mucho y no te lo ocultaba—, sino que lo sorprendente del asunto hubiese sido que esa pereza famosa —mejor dicho, incidental, con la que recogías lo que sucedía a tu alrededor— nunca te impidió ser uno de los primeros en otras áreas competitivas, muy apreciado por tus maestros, que se asombraban de tu madurez, de la seriedad firme con la que hilabas tus pensamientos, galanteado tímidamente por tus compañeras y con incómoda agresividad por las alumnas de años superiores, que giraban ridículamente alrededor de tu rostro bonito y tu cuerpo robusto, seducidas por tu encanto indiferente, despertando un miedo alerta en el núcleo infantil escondido en ti, que seguía los movimientos escurridizos de ellas a tu alrededor, sin que nadie supusiese su existencia, ni tus compañeros que no envidiaban tus triunfos, porque no tenías nada de soberbia ni producías irritación, y te sentías muy cómodo en el lugar que volvías a ocupar en cada grupo de muchachos, el lugar del segundo del líder, segundo, tras este o aquel joven, más salvaje y estridente que tú, con el ojo alerta para captar la onda de tus reacciones tranquilas, y todas esas cosas eran consideradas «triumfo». Pero tú no solías pensar en ellas, porque estabas más atento al clamor del lado interno de los acontecimientos, a su forro oscuro, en el que hay hilachas y costuras tirantes y ésa era la competencia en la que agotabas la mayor parte de tus fuerzas. Como tu madre ignoraba todo eso, te apremiaba para que salieses de tu letargo y concretases lo que había en tu interior, ya que «tienes talento y capacidad, y si fueras más perseverante y ambicioso podrías obtener logros honorables en algún área y no contentarte con los nebulosos indicios de logros que todos encuentran en ti», y se quejaba de que tú mismo estabas cautivo del encanto de ese éxito insinuado, sin hacer nada para llenarlo de contenido y sólo te satisfacías con irrupciones repentinas al mundo de los hechos, como los certámenes de escritura para jóvenes en los que participabas cada tanto, o la conferencia sobre filosofía en la universidad, a la que asististe como oyente solamente durante un trimestre, o el laboratorio de fotografía que armaste en el sótano de la casa en una erupción de entusiasmo y que fue abandonado un mes más tarde. Y ella, como ya sabes, no se asombra de los halagos que te llueven desde todas partes, en cada área a la que te acercas, porque ya conoce el final de cada una de esas embestidas a corto plazo y siempre finaliza sus palabras con una profecía tenebrosa o una frase común y corriente, como «llegará el día en el que el milagro desaparecerá y el niño

quedará». Todo eso te lo descerrajaba con un enojo que no comprendías totalmente, así como no entiendes el desprecio que el amor por correr despierta en ella y la amarga obstinación con que golpeó tus alas para llevarte en su vuelo inflexible durante todos estos últimos tres años y medio con las huellas de sus uñas en tu espalda.

El gran acuario era como un ojo verdoso, iluminado, en la oscuridad de la habitación. Tu padre, bajo y regordete, solía entrar, en camiseta y pantalones cortos, y sentarse a tu lado. Su intenso olor a sudor atenuaba inmediatamente el embrujo que te mantenía estupefacto. Los peces se desalojaban unos a otros, con un desprecio permanente e inesperado. Otros estaban ocupados en la cópula o hurgaban en el fondo pedregoso. Tu padre decía que eran una máquina de alimento y reproducción. En la oscuridad del cuarto, el acuario era una burbuja verdosa, que brillaba como un sueño tropical, mientras a ti te invadían unas añoranzas inexplicables.

Un día como ése le contaste a tu padre acerca de Shlufi. «Shlufi es esa cosa secreta que hace volar las hojas de la mesa cuando nadie ve, el que tira el abrigo del perchero y por las noches cambia el lugar de los muebles; Shlufi se ensancha y se comprime según su voluntad; también salva vidas en momentos de terremoto. A veces también es muy malo. Da vergüenza contarlo». Tenías seis o siete años y el acuario centelleó dos veces en sus gafas. Él tenía entonces casi cincuenta y nunca habían hablado así. Después, el silencio que siguió te inquietó y te arrepentiste de habérselo revelado. «Nono...», dijo de repente y sonrió. Lo llamaban Nono. «¿A quién?», preguntaste. «Yo tenía un perro de peluche, con el que dormía cuando tenía tu edad. De tanto apretarlo ya estaba deformado y tenía un olor intenso a orina, pero solamente con él podía dormirme». «¿Nono?», preguntaste, e hiciste rodar el nombre en tu boca. «Sí, sí», dijo, «entonces tenía tu edad, y mi madre me dijo que era cosa de bebé, pero yo no acepté entregarlo y me lo llevaba al colegio en el bolso para que no me lo tirasen en mi ausencia. Todo el tiempo tenía miedo de que mis compañeros lo descubriesen». «¿Y el final?», pregunté. «El final», se rió, «el final fue que el médico dijo que un trapo tan sucio traía microbios, mi madre lo lavó y lo sumergió en agua hirviendo y lo roció con un polvo especial, entonces... Ya comprendes...».

Tenías seis o siete años y el acuario centelleó dos veces en sus gafas. Él tenía entonces casi cincuenta y nunca habían hablado así.

Es una lástima que él no sepa contar historias. Mi madre las escribe, pero no es lo mismo. (Una vez, había una vez, hace muchos muchos años... De repente comenzó a ir a tu cama antes de dormir y te relataba cuentos en capítulos. Era muy lindo, pero no te dejaba dormir. También solía preguntar si te interesaba y qué habías entendido y, a veces, anotaba en sus hojas. Mi padre entraba y le decía: «El niño está cansado», y después volvía a entrar y agregaba: «Nu, Dvora, de verdad». Ella juntaba las hojas a desgano. «Ya eras un soñador», y los movimientos de su cuerpo y de sus manos eran rápidos, y el picoteo en tu mejilla enérgico).

¿Y qué recuerdas en esta fresca noche? Envuelto como estabas en el edredón de plumas del aturdimiento, desde tu primera noche en la habitación del niño, el hijo del comandante del campamento, en la que fuiste arrojado —no en tu beneficio—, después de que te espió, como era su costumbre antes de irse a dormir y, como en cada noche, vio en ti a su fiel guardián, secreto, o a su peligroso asesino, que lo acechaba pacientemente, y se fue tejiendo entre ustedes un entendimiento resignado, como el que se produce entre viejos enemigos, cansados, o cualquier otra cosa que su cerebro torcido pensaba en la oscuridad del ropero, en el que se escabullía después de apagar la luz y desde donde regresaba al amanecer, somnoliento y con dolores musculares, para que la luz, su madre y él mismo, lo encontrasen en su cama. Pero no sabías todas estas cosas en esa noche, hace cuatro semanas y tres días, cuando te despertaste en tu puesto de guardia fijo, frente a la casa del comandante, ante la cara filosa del niño, que parecía una pequeña nube blanca nocturna, con su pijama claro, y tuviste una sensación angustiosa, amarga, más allá de toda comprensión, cuando escuchaste su voz fina, esforzada, reprochándote, con un susurro, por haberte dormido en tu guardia. Sólo miraste preocupado sus ojos empequeñecidos y pensaste cuánto se parecían a los de su padre, el comandante, que se había acostumbrado a convocarte a una charla de instrucción y estímulo cada vez que estabas por representar al campamento o al comando en alguna competencia, y daba vueltas alrededor de ti en su oficina, hablando con entusiasmo sobre las expectativas que él, personalmente, y el jefe del comando, también personalmente, depositaban en ti, palmeándote la espalda sorpresivamente, como un amigo. Hablaba de tu maravillosa capacidad y se quejaba porque no participabas de la vida social de la base y siempre, cuando pronunciaba estas palabras, se detenía, se sentaba frente a ti, del otro lado de su gran escritorio, te atemorizaba por la potencia de las historias que se contaban sobre su crueldad y su maldad y te clavaba, por encima de sus puños cerrados, sus ojos estrechos. Se quedaba callado mucho tiempo, dejándote transpirando, bajo su mirada omnisciente, hasta que se apiadaba de ti y te liberaba diciendo:

«Ojalá supiese correr como tú». Y por un instante te parecía comprender su intención y por qué sus ojos eran tan opacos cuando decía esto, pero él se sacudía de su sitio, se levantaba y recurría a las arrugas engañosas de la risa alrededor de sus ojos, te saludaba y te despachaba diciendo que de todos modos no entenderías. Tú salías de allí con el conocido alivio: también él creía que eras un absoluto tonto. Volviste a encontrar esos ojos inteligentes en la cara blanca del niño, que se parecía más que nada a un zorro, cuando volvió a decirte que te habías dormido y que se lo contaría a su padre, mientras un torrente de arena marina húmeda caía adentro del cuello de tu camisa desde una de las bolsas de tu puesto. Aún no habías encontrado las palabras para responderle al niño, parado delante —sus manos sobre las rodillas y la espalda encorvada hacia ti—, y él ya olía a cólera adulta, algo tan poco apropiado para una noche cálida y suave de final de verano. No supiste inventarle alguna mentira simpática, o comprarlo con una sonrisa, o alguna promesa ingeniosa, y casi te perdiste nuevamente en el sueño, tan enclenque estabas, pero su mirada te sacudió sin pausa, te obligó a levantar los párpados, exactamente cuando lanzó una chispa desde sus ojos y acercó mucho su rostro al tuyo y su aliento caliente arrojó a tu cara su opinión acerca de ti y la arena marina húmeda seguía cayendo con moderación permanente dentro de tu cuello. Ése fue el momento —si es posible determinar dónde comienza una cosa y dónde termina, en un mundo en el que la corriente musical del tiempo queda atrapada en finas trampas— en el que comprendiste que algo, una acción cualquiera, sale decididamente de las suaves tinieblas de lo permitido y se materializa frente a tus ojos, porque percibiste repentinamente el poder del niño, cuyo ardor y cólera y la ansiedad que tenía eran demasiado fuertes como para que se diluyesen por sí mismas. Por primera vez se despertó en ti el temor y tu cuerpo se contrajo un poco —también mientras corres en este momento, veloz e inteligente, recuerdas la pesada gota de aflicción que caía cuando comprendiste que nuevamente estabas por ser enajenado de ti mismo—, y no querías eso, no querías de ningún modo, pero carecías de fuerza para rehusarte y solamente fuiste como sonámbulo tras los delgados talones y el pijama claro y cumpliste su orden breve y asesina, mientras tu única esperanza era que todo fuera un sueño y así fue de verdad, y eso deberás creer desde ahora en más en tu carrera permanente, que golpea el pie contra la ruta con precisión quíntuple en la subida que conduce a Jerusalén, y en los senderos sinuosos que tienes en tus salones oscuros y amplios, o en cualquier otro lugar apropiado. Y en los caminos que lleguen después [...] •

TRADUCCIÓN DEL HEBREO DE TAMARA RAJCYK

POEMAS

HAIM GOURI

APENAS UN SOPLO

Y, entonces, hubo apenas un soplo.
Tan sólo después percibimos su paso
en la oscilación de las hojas.
Difícil evaluarlo,
apenas un temblor.

Pero algo se insinuó en el silencio,
y sonrieron los que esperaban una nube
pequeña como la palma de la mano
que subiera desde el mar,
sin necesidad de muertos.
Porque entre los pinos sentimos señales de frescura
y ya había llegado el tiempo de las nubes.

El poema alude al pasaje bíblico en que, tras la muerte de los falsos profetas paganos cuya impureza había causado una sequía, el profeta Elías anuncia el retorno de la lluvia (1 Reyes 18: 44-45). (N. de la T.).

LA BUENA NUEVA

Porque nos ceñirá un aire distinto y penetrará también en ti.
Y tendrás un mesías tal como te prometí.
Porque aunque se demore ha de llegar hasta ti,
trayendo bálsamo y salud, curación y remedio.
Porque él sabe para siempre que ya no se vale,
que el escándalo no cesa, que ya basta, que estás hartos.
Y al llegar preguntará: «¿Cómo estás, Giezi, y por qué esa cara?».
Y le hablarás en detalle, a tu manera,
de tu cuerpo enfermo y torpe, y de tu alma de bribón.
Y te escuchará, a su manera, con paciencia,
su mano sobre tu hombro.

Ocurrirá muy pronto y ante tus propios ojos,
como el final-feliz que remata un cuento triste.
Éstas no son palabras vacuas,
no es un vano truco forjado por dolientes
en sueños que se desvanecen con la noche.
Porque de todos los rumbos acudirán los que lo anhelan,
los maltrechos y los suplicantes y los golpeados y los oprimidos.
Y te digo que a muchos alcanzará la celestial misericordia,
no estoy bromeando, Dios me guarde.

Porque nos ceñirá un aire nuevo y penetrará también en ti.
Y tendrás un mesías, tal como te lo digo.
Y aunque se demore ha de llegar hasta ti,
pues ha oído tu voz y registró tu llamado.
Vendrá a ti con tesoros de redención y consuelo,
recordará tu nombre y tu apellido.

Con el sol llegará, pasará junto a Tur Malka,
bajará a Getsemaní, ascenderá hacia la Puerta de la Misericordia,
que se abrirá ante él como el alba desciende de las nubes
—lo verán también los descreídos crónicos y los que no saben
[confiar—,
cruzarán lentamente entre los que acudirán desde todas partes
y llegará hasta ti y se detendrá un buen rato,
preguntará, ya te dije, cómo estás y cómo están los tuyos,
hasta que sus escoltas lo insten a seguir adelante
hacia la larga fila de miserables y gimientes,
y aun los muertos, despertados entretanto,
engrosarán la apretujada multitud.

Según las tradiciones judías, el Mesías llegará a Jerusalén desde el oriente, bajará al valle que separa el Huerto de los Olivos (Getsemaní) del Monte del Templo, y entrará a éste por la Puerta de la Misericordia o Puerta Dorada (clausurada desde hace siglos, a la espera de su arribo).

Tur Malka («Colina del Rey») era un populoso suburbio al este de Jerusalén, que fue arrasado por los romanos en el siglo I EC.

Giezi era el sirviente del profeta Eliseo. Por haberse dejado llevar por la codicia, fue castigado con la lepra (II Reyes 5). (*N. de la T.*)

VERSIONES DEL HEBREO DE FLORINDA F. GOLDBERG

El negocio del chocolate

[fragmento]

LLEGA POR FIN EL TREN, más grande y más lento a medida que se acerca, aquí está por fin. Los vagones se vacían y el andén alquitranado se llena, la multitud arrastra bultos, se saluda y se apura hacia las puertas de salida visibles a lo lejos. Iluminadas. Como antes. Como siempre.

Un hombre desciende. Él también. Lleva una pequeña maleta en la mano. Alto. Algo encorvado. De traje gris. Es el último en bajar. ¿Espera a alguien? ¿Tiene un reloj en la mano? Luego da vuelta a la derecha y camina lentamente detrás de los que se apuran, retaguardia solitaria, bajo la inmensa bóveda de cristal y metal, rota aquí y allá.

Sale. Ante él, la plaza inundada de sol. Cierra los ojos. Los abre. Su nombre no es conocido para ninguna de las personas que van y vienen por la explanada pavimentada con piedras oscuras.

En general, los nombres no se leen en las caras, salvo en las de la gente más o menos importante.

Él no es nadie importante. En su rostro, que ha cambiado mucho debido al tiempo que pasa y a las penas, se conservan algunos rasgos notables. En él se distinguen algunos restos de dignidad, la esperanza de cualquier reconocimiento. Lleva ropa que le han regalado. ¿Qué se esconde en la pequeña maleta? ¿Qué podría estar escondido en ella?

Saca del bolsillo de su abrigo una cajetilla de cigarrillos, baratos, evidentemente, y prende uno. Y permanece plantado ahí como un extranjero, o como si se encontrara ahí por error, ensordecido por el tráfico. Permanece inmóvil. Lo que inclina a pensar que no está locamente feliz ni adormecido. Aparentemente, todavía no ha decidido qué dirección tomará. Aprovecha su derecho a oscilar entre diversas posibilidades. Los edificios grises, los árboles en flor, los hombres, sus esposas, la palidez azul del cielo.

¿Cuánto tiempo puede, un hombre como él, permanecer plantado así, sin suscitar asombro o desconfianza? Pero la ciudad es grande, atareada. Él no es

más que un punto perdido.

El tiempo pasa. A menos que no haya decidido transformarse en estatua o monumento, se espera de su parte un movimiento, una acción, sin la cual se arriesga a desmoronarse, a atraer en unos segundos un círculo de curiosos dubitativos que se dispersará a la llegada de los camilleros.

Aprovecha hasta el límite de lo posible su derecho a permanecer ahí, silencioso, hasta el momento en que se decida. Se desplaza entonces hacia el puesto de periódicos, cerca de la vieja muralla gris, carcomida por el tiempo. Compra cigarros y un diario. Buena señal. Luego gira a la izquierda, camina y continúa caminando en el aire embriagador, a esta hora tardía de la mañana. Y desaparece.

Regresa seguido ahí. Sin duda busca a alguien. ¿Será el hombre que no lo esperaba en el andén? ¿Por qué regresa, qué hace? Sus gestos al hojear el periódico parecen más lentos.

Se salta los gruesos titulares de la primera plana, las noticias concernientes al destino del mundo, y se demora largamente en las numerosas páginas de anuncios y las columnas de objetos perdidos en letras diminutas.

A juzgar por la hora y la siguiente que transcurren y pasan sobre el lector silencioso inclinado sobre su periódico, él lo encuentra de gran interés.

Ahí está. En este momento, por ejemplo, está sentado en una banca de piedra. No pide nada, nadie le pide nada. Pasa una hora. Otro hombre se acerca al puesto de periódicos —gorra, gabardina gris—, compra una cajetilla de Admiral. Paga. Toma un cigarro. Voltea a la izquierda. El hombre que tiene un periódico en las manos dejó de leer. Deja que le caiga en las rodillas y mira. El otro hombre se detiene, vagamente intrigado. Se paraliza: un segundo, espera... pasa un largo momento.

Se acerca a quien deja la banca de piedra y viene a su encuentro. Está muy pálido. Pregunta con una voz en sordina:

—Perdóneme, señor, ¿de casualidad no es usted Robi Kraus?

Antes de que los transeúntes comprendan qué es lo que sucede, los dos desconocidos se abrazan como dos poderosos luchadores. Forman un bloque enlazado, petrificado. Que se podría titular «El reencuentro».

—Robi —dice llorando el que no tiene nombre.

Luego de un silencio largo como una vía, el desconocido pregunta:

—Robi, ¿estás vivo?

Y el que se supone que se llama Robi, responde:

—Lo estás viendo.

El desconocido quiere cerciorarse, asegurarse de lo que ve, de lo que le parece increíble. Al mirarlo, uno creería que sueña. Hace una rápida investigación. Se despierta y se aparta ligeramente, da un pequeño paso para atrás.

No se permite hacer más.

Examina al hombre que esta frente a él como si no lo hubiera visto desde hace mucho tiempo. Lo sabe. Cierra los ojos por un instante. Los vuelve a abrir. El hombre sigue delante de él. Ve otra cara en lugar de la suya. Pero el nombre es el mismo. Entonces es él. Sin duda es él. Después de todo, él. Yo pasaba por casualidad. Quise comprar cigarros: qué buena suerte. Él leía el periódico. Mostró su rostro por azar. Yo podría haber seguido mi camino. Qué buena suerte. Verdaderamente. Quién lo hubiera creído. Aquí. Así. En esta banca. ¿Qué hacía él? ¿Cómo había llegado a esta banca? Es curioso. Un verdadero milagro. Te lo aseguro. Pasaba por casualidad.

Robi espera a que su interlocutor regrese de su largo viaje.

—¿Cómo te va? —pregunta el desconocido.

—Me va —dice Robi.

El reloj de la estación marca las doce treinta.

—¿Cuándo llegaste?

—Hace como un mes.

—¿Qué vas a hacer ahorita?

—Nada.

—¿Vamos a comer algo?

—Por qué no.

Se levantan y se van juntos. Así es. Juntos. Conversan entre ellos. Uno aún no ha hecho preguntas, el otro no responde nada que lo evidencie, todo a su debido tiempo.

—Hay un restaurante no muy lejos de aquí —dice el amigo.

—Lo conozco.

—¿Has ido ahí?

—Lo conozco.

Cuando ha tenido suficiente de esto, el amigo dice:

—He pasado por casualidad.

Luego agrega algo así como «el dedo de Dios».

—Un buen restaurancito.

—Sí.

—*Kosher*.

—Poco importa.

Más tarde, se dice el amigo, más tarde.

ENTRAN JUNTOS al pequeño comedor popular de la calle de Los Murciélagos, no lejos de la estatua de la Peste Negra, obra de arte y de la memoria erigida en la calle principal de la ciudad real.

El restaurante es una gran sala llena de mesas y de gente. A primera vista

se parece a cualquier restaurante, pero de hecho muy pocos lugares se le pueden parecer: los meseros saben de antemano lo que los comensales desean. Lo que les evita el desplazamiento superfluo para tomar la orden, y el de regreso para gritarla en la ventanilla que da a la cocina.

Se ve una única y enorme olla humeante, de color azul y oro, y a su lado una chica de mejillas enrojecidas. Y un tráfico en un solo sentido cargado de sopa y pan en dirección de los que esperan en silencio o platican en voz baja. No, hay que decirlo con pesar, no se ven las siluetas nobles, alargadas y estrechas de las botellas de vino sobre manteles blancos como la nieve.

Los comensales no se demoran. Aparentemente tienen un lapso que se les concede, más o menos, eficaz, y que hace pensar en instituciones parecidas para los necesitados.

A los parroquianos no les gusta demorarse aquí más que en invierno, cuando un viento glacial barre la ciudad, los transeúntes resbalan en la superficie helada y sucia, el cielo está negro y la penumbra gris no se deja penetrar por la luminosidad de los arbotantes.

Debido a la estufa de carbón puesta en el centro de la sala, debido al vapor.

Pero ahora está comenzando el verano.

LA CUCHARA de Robi se pasea distraídamente en el plato de sopa. Aparentemente no quiere. Su cabeza reposa en su puño.

—Come —le dice su buen amigo—, ¿no tienes hambre?

—Frío —dice Robi—. La sopa está fría.

El amigo sonríe.

Robi enciende un Admiral.

Se escucha entonces el fiero clamor de las trompetas, preámbulo desgarrador del majestuoso himno de los vencedores. Instante de terror sagrado.

—Llegamos tarde. La sopa se enfrió —dice el amigo—. Debimos venir a mediodía. Ya casi son las dos.

Robi empuja el plato de sopa. Luego apaga su cigarro en él y la colilla ennegrecida flota en la papilla espesa y fría de alubias y tallarines.

—Bueno, ¿y cómo te va, Mordi?

Pero Mordi está hechizado. Los himnos se extinguen a lo lejos, majestuosos en el silencio. El asombro permanece. Levanta los ojos y ve a Robi.

Algunos piensan que a partir de este punto comienza la otra era. A decir verdad, no es así. Un hombre se permite rechazar un plato de sopa porque se enfrió. La cultura, dicen los especialistas, se mide entre otras cosas con el rasero de lo superfluo que ella puede ofrecer. Lo que es seguramente un logro loable. La mirada penetrante del amigo descubre lo que sucede y sus ojos se velan.

ÉL MISMO FRECUENTA desde hace poco esa zona que autoriza un principio de rechazo o de elección. Apenas en abril dejó de lamerse las heridas y de estar infinitamente agradecido por todo lo que se le ha concedido. En un primer momento, él se limita a lo esencial, trata de poner un poco de carne entre piel y huesos, de enriquecer aunque sea un poco la pobre composición de su sangre.

Apenas alcanza el nivel de los pudientes que se permiten rehusar o preferir. Se repite en silencio una especie de *cogito* personal: «Escojo, luego soy Mordi».

Después llega la calma. El adormecimiento continúa, interrumpido por repentinos rayos que florecen y se extinguen en seguida. Después llega otra calma cuya consecuencia es el comienzo de la zona peligrosa. El día que, por primera vez, él se permite rehusar una parte del menú destinado a incluirle entre aquellos que continúan caminando, él también comienza a caminar.

Como los testigos mudos de una soberbia victoria, él deja tras de sí el séptimo paso, el octavo paso. Incluso si la hazaña es digna de alabanza, él no es hijo único y no recibe un rosario de cumplidos. Después se adosa al muro húmedo y musgoso, al pie del gran edificio de piedra maciza como un cuartel. Por piedad, se permite rechazar las preguntas que suben muy lentamente en él. Atravesé las altas montañas nevadas.

Finalmente, algo en él decide con lasitud que tiene la fuerza de hacer espacio para los otros, para aquellos que en esta desdichada lista son más débiles que él. Se levanta y comienza a caminar. Ahora él es suficientemente fuerte para no desfallecer. Por eso no desfallece. Él sabe de dónde viene y dónde está. Le es difícil responder la pregunta fatídica: adónde va. Pero camina y se va. Y así llega a esta ciudad.

Al poco tiempo, como una infiltración militar, Robi también llega a la región. Él mira a Robi con cierta fraternidad particular propia de los inválidos o de los convalecientes y con lo que le queda de corazón: «Qué suerte tienes».

—Cerramos —dice el viejo mesero.

—Vámonos —dice Mordi

El comedor popular está vacío. Las mesas, un campo de batalla desierto. Las sillas tienen las patas al aire.

—¿Conoces la ciudad? —pregunta Robi.

—Más o menos.

—¿La calle de los Pequeños Hermanos está lejos de aquí?

—¿Por qué?

—Un familiar mío vive ahí.

—¿Cómo lo sabes?

—Acabo de recordarlo. Es un familiar mío. El abogado Salomón. ¿Lo conoces?

—No

—Es abogado famoso. ¿Nunca has escuchado hablar de él?

—No.

—Su mujer es la hija del doctor Hirsch. Debes conocerlo.

—No.

—Es verdad, tú no eres de aquí. Si tú fueras de aquí, lo sabrías. Todo el mundo los conocía.

—¿Quieres ir ahí?

—Es un pariente, su mujer es la hermana de mi padre.

—¿Un tío, pues?

—Sí. Pero hace mucho tiempo que no nos vemos. Espero que me reconozcan. Algunas veces íbamos a su casa, otras iban ellos a la nuestra. Tenían una hija que se llamaba Rosi y un hijo, Yosi. Rosi era de la edad de mi hermana, y Yosi tenía mi edad. ¿Su calle está lejos de aquí? ¿Crees que me reconocerán?

—¿Por qué me lo preguntas?

—Porque quiero ir.

—No vayas. No es el momento. No vayas.

—¿Por qué?

—Espera un poco más. Mándales un recado. Diles que estás en la ciudad, que te gustaría visitarlos. Pregúntales cuál es el momento propicio. Te responderán en uno o dos días, tú sabrás cuándo ir, qué día y a qué hora. No se toca así la puerta de la gente. Tanto tiempo ha pasado desde entonces.

—¿A qué dirección quieres que me respondan? No tengo domicilio ni apartado postal.

—Pueden responder a mi dirección.

—¿Tienes dirección?

—Sí.

—Tengo una dirección.

—No creo que tú tengas una dirección.

—Tengo una dirección.

—No digo que no tengas dónde dormir, pero una dirección es otra cosa.

—La tengo, la tengo. [...] ●

TRADUCCIÓN DE VÍCTOR ORTIZ PARTIDA,
A PARTIR DE LA TRADUCCIÓN DEL HEBREO
AL FRANCÉS DE ROSIE PINHAS-DELPUECH

Mi vida en América

[fragmento]

YORAM KANIUK

«LUCK BE A LADY»

1948. La guerra. Fui herido. De regreso a casa, quedé postrado durante días y luego comencé a pintar. Sobre los muros. Porque había matado a las gentes antes de haber besado a una muchacha. Un día, después de haber bebido una copa en el café Pilz con mi amigo Ménachké Baharav, que tocaba allí y me dedicó la triste canción «En las llanuras de Neguev», salí a dar una vuelta sobre el antiguo paseo del malecón. De pronto, una presencia muy próxima me detuvo. Un olor fuerte y edulcorado. Arriesgué una mirada de reojo, que se topó con un perfil de mujer. Lentamente, nos fuimos acercando y, sin decir una palabra, nos abrazamos. Como yo tenía todavía la pierna enyesada, tuve que arrastrarme detrás de ella a lo largo del parque London hasta el Excélsior, un sombrío hotel para soldados. Subimos a un cuarto donde había una pequeña cama y algunas manzanas podridas. En la ventana, el mar. La luna llena. Ella gritó en alemán, abrazó mis zapatos, me confundió con la Gestapo. Fue amable, esta mujer. Me enseñó de todo. En la mañana nos miramos. Preguntarnos de repente cómo nos llamábamos se había hecho imposible, así que nos quedamos ahí, de pie, cara a cara, calle Ben Yehouda. Comimos un *beiquélé*. Ella me cubría con una mirada llena de amor, yo la contemplaba sin saber qué decir. Enseguida, atravesé la calle Bougrashov y volví a subir hacia el norte, hacia el domicilio de mis padres, la calle se llenó de carretas, de autobuses, de bicis, muy pocos autos, y de pronto comprendí que yo quería a esta mujer. De lejos, ella me seguía con la mirada, dolorosamente, luego volteó los talones y se fue, vencida entonces por este nuevo país que era el mío. El olor que emanaba de ella, de su ropa, un olor de otra parte, remontaba mis fosas nasales. Traté de alcanzarla, pero cojeaba. Desapareció en la agitación matinal, párpados caídos, como de culpabilidad. Después encontré a una chica. Antes de mí, ella había frecuentado a un tipo que se había muerto entretanto, pero ella se encontraba sin embargo con que tenía que mantener el rol de

novia desconsolada cerca de la familia en duelo. Desaparecíamos en el parque público para estar juntos, ella se sentía terriblemente culpable y acabó por abandonarme... por uno de mis amigos.

¡Qué arrogancia ir a golpearse la cabeza contra el Muro de los Lamentos! Yo dejo ese placer a otros.

Simha dio nacimiento a Sarah, Yossef y Alexander. Mordekhai engendró a Moshé y Bluma. Su abuela, una reina judía, se había lanzado al galope, en ropas de Eva, en un caballo para traer la salvación.

En 1970 H. dijo, Dani está muerto, Bill está muerto, he ahí que nuestra generación vuelve a empezar a morir.

Cada vez que iba a enterrar a un amigo al antiguo cementerio, Sarah, mi madre, evocaba ese día de 1921 cuando fueron depositados en el patio de su escuela los cuerpos despedazados de Yossef Haim Brenner y sus amigos. Eran veintidós, habían sido torturados. Yo, me decía ella, cubrí con sábanas sus cadáveres lacerados. Fueron enterrados juntos porque había sido imposible determinar cuál pedazo pertenecía a quién. Aquí tienes la herencia que te dejo, perdóname.

Luego, me inscribí en un barco de inmigrantes. Al llegar a Nápoles, fui víctima de burlas porque, en lugar de precipitarme como todo el mundo a la Sesenta y Nueve, el mejor burdel de la ciudad, preferí ir al museo. Por doquier, ofrecían los niños el paseo por diez cigarros. *My sister, clean, shaved young*, me dijo una joven que llevaba de la mano a su hija. Le di dinero pero yo preferí continuar hasta el museo, la vi caer de rodillas frente a una Madona, un cura descalzo, que recogía excremento de caballo para calentarse, había puesto al lado de la estatua una lámpara de alcohol, y la Madona lloraba. En el museo, después de haber admirado los frescos de Pompeya, sentí que tenía hambre, divisé a un hombre muy flaco, una gran cacerola colgada al cuello, que vendía espaguetis. Le pedí una porción ¿Con o sin?, inquirió él. Con, respondí. Sacó dos botellas de su bolsa, tomó un trago de cada una, los mezcló haciendo gárgaras y lo escupió sobre la pasta. Yo me alejé varios pasos, y en cuanto estuve fuera de su vista me deshice del paquete. Una nube de niños se arrojó encima. Tragaron hasta el papel periódico. Tomé un taxi viejo, alcancé a mis amigos en la Sesenta y Nueve, fui recibido con las mismas burlas, imira, un socialista que desembarca en plena podredumbre capitalista! Había una mujer desnuda que giraba, sentada sobre un taburete de piano, y muchachas excesivamente maquilladas que proponían sus encantos haciendo muecas. Un amigo me presentó a una joven señorita, flaca y asustada. Está aquí desde el martes, me aseguró. La llevé afuera y le pagué las joyas de pacotilla de la vitrina delante de la cual ella se detuvo. Le compré incluso zapatos y un abrigo. En esa época la lira valía cuatro dólares, todos nos sentíamos ricos como *Crésus*.

Fui con ella a un restaurante a Santa Lucía donde decenas de establecimientos vacíos atendían hipotéticos clientes, la invité a comer, ella se arrojó sobre la comida como una tigresa. Noté que los meseros, cuyas mangas estaban manchadas, vigilaban nuestra comida masticando el vacío, entonces los invité a ellos también. El chef apareció, lo invité junto con su aprendiz. Invité también al patrón del restaurante, un tipo que, sentado en su silla, aterrorizaba a todo el mundo supervisando los lugares como un caporal, pero como tenía hambre se juntó con nosotros. Bebimos. El Vesubio resplandecía bajo los proyectores de un barco. Di un paseo con la chica. Me llamo Angelina, me dijo antes de pedirme que le comprara agujetas para zapatos, lo hice. Se las amarró entonces de extremo a extremo, luego ató un extremo a mi mano, soy tu perro, declaró, no me abandones. Los migrantes esperaban ya en el barco. Yo regresé al *Pan York* y Angelina permaneció sobre el muelle, en lágrimas. Después mi abuela murió. Los otros abuelos murieron. Pasé un año en Jerusalén ocupando ilegalmente el techo de la escuela antigua de un convento en el patio del cual crecía un inmenso árbol. San Jerónimo, a saber, se sentaba bajo su follaje.

Luego un año en París. A pintar. A frecuentar el Café du Dôme. Algunas aventuras amorosas, una relación con Flora. ¿Por qué justamente *Palomas blancas y señores villanos* (en inglés, *Guys and Dolls*), esa película que volví a ver en mayo de 2002, calle Bilu en Tel Aviv, en un edificio apenas un año más viejo que yo? ¿Por qué justamente esa película donde cantan «Luck Be a Lady» jugó el rol de catalizador que me ha empujado a emprender el presente viaje en el tiempo?

En 1952, en la inauguración de mi primera exposición organizada por la galería Feigl en Nueva York, calle 57, una mujer llamada Beulah compró una de mis telas. Nos hicimos muy amigos desde entonces, pero en esa época yo no la conocía. Exaltado por los doscientos dólares que tenía en la bolsa, persuadido también de que, si había vendido un cuadro el día de la inauguración, vendería muchos otros durante las dos semanas de la exposición, esperé el final de la velada, me encontraba con una decena de amigos, todos ebrios con el vino que la adorable señora Feigl (la misma galerista que descubrió a Kokoschka en Praga) había generosamente servido e invitaba al grupo a un restaurante libanés, vació la mayor parte del tiempo. Si los clientes entraban, el dueño, Anton, aportaba el menú, escuchaba el pedido, lo anotaba con cuidado, iba a plantarse delante de la ventanilla abovedada que atravesaba el muro, gritaba la lista de los platillos, entraba enseguida a la cocina, pasaba detrás de los hornos, gritaba el pedido a medida que lo preparaba, después volvía a salir, tomaba el platón que había puesto de antemano sobre el borde de la ventanilla, venía a servir luego, discretamente, regresaba a lavar la vajilla. Al final del servicio, era él quien limpiaba las mesas. Cenamos, enseguida yo compré los boletos para

Palomas blancas y señores villanos, que era la última, después de años en cartelera. Esta velada me costó todo lo que había recibido por la venta de mi cuadro. ¿Pero la vida no es una comedia musical? Divertida, tiernamente humana, tramposa. A las once y media de la noche, nos encontramos en la calle 42. Había un cine que sólo proyectaba películas cómicas. En el vestíbulo, justo frente a la entrada, una serie de espejos deformantes recibía a los espectadores. Hicimos primero una ronda con la botella de *bourbon* que Cyril Johnson, el percusionista, había comprado, luego nos paramos frente a la inmensa sinfonola mecánica que ahí se encontraba. La máquina chirriaba, giraba sobre ella misma, había flechas que la traspasaban arriba, ella petardeaba y lanzaba terribles carcajadas, pese a que Cyril exclamó, soy un Marciano, ¿qué hace una chica tan hermosa en un lugar como éste? No me acuerdo qué película vimos, en realidad dos películas, pero yo no recuerdo nada de la segunda. Hacía frío, la nieve comenzó a caer, nos fuimos todos a nuestra casa —lo que no quiere decir en absoluto que tuviéramos una verdadera «casa nuestra». Sé que cantamos «Luck Be a Lady», después me metí a la cama con o sin pareja, olvidé esta parte de la historia.

Al día siguiente en la mañana, bajé a comer en un *drugstore*, en la esquina de la Sexta Avenida y la calle 8. Tomé huevos *overeasy* preguntándome quien pudo haber inventado un nombre tan original para definir el significado de los huevos estrellados volteados sobre sí mismos. Observé a un hombre viejo sentado en otra mesa, bebido a pesar de la hora matinal, se esforzaba en vano por encontrar su boca con su mano para meterse su pequeño pan. Le ayudé a comer. Me pidió un cigarro, que le di después de habérselo prendido. La sinfonola tocaba «Moonlight in Vermont». El hombre me dijo que seguramente yo era un pintor de mierda. Yo le conté de la inauguración de la víspera porque no tenía a nadie más a quien contárselo. Había tenido una pareja, había ella compartido mi cama, lo que haya sido, incluso si yo hubiera tenido una, ella se evaporó en la madrugada sin que nos hayamos podido hablar. Él trataba de interesarse en mi historia, me preguntó cuánto dinero había despilfarrado, doscientos dólares, le respondí, y de pronto, recordé que tres años antes, en París, Katia Granoff, dedicada en cuerpo y alma a Soutine, había expuesto varios de mis cuadros en su galería, calle Seine. Un norteamericano había entrado y había comprado una tela. En esta época, pasábamos días enteros en el Dôme en torno a un vaso de agua y a dos miserables tazas de café. De improviso, me encontré con treinta mil viejos francos en la bolsa, lo que equivalía al salario mensual de un funcionario. Me acerqué a un taxi estacionado a medio bulevar Montparnasse y, una vez instalado sobre el asiento trasero, le dije al chofer, ¡en marcha! Lancé la frase como un gran señor. Perplejo, me preguntó a dónde quería ir. Lo tomo por todo el día, le respondí. Circulamos y vi París

con los ojos de un millonario norteamericano. Compré vino y queso para el chofer. Me cantó canciones con una voz áspera de dudosa musicalidad, pero era simpático y generoso. Le pagué las horas de corrido. Nos detuvimos frente a Maxime y empujamos la puerta. El botones trató de impedirnos la entrada —no nos parecíamos a su clientela habitual— pero París era entonces una ciudad pobre, no había más que un solo semáforo (en Trocadero), deslicé un billete de cien francos en la mano del mesero, nos hizo sentar y comimos por algunos miles de francos más la comida más fastuosa de mi vida. El chofer del taxi rozaba la apoplejía, cuando veía pasar a sus colegas en la calle, gritaba, ¡eso es, América, América! Pasamos sobre y bajo los puentes, hicimos una parada en el Café de la Ópera, donde se nos sirvió café y pasteles y no regresamos al Dôme sino hasta entrada la noche. Salí del coche, el chofer me apretó calurosamente entre sus brazos bajo los ojos atónitos de mis amigos y, una vez sentado con ellos, me di cuenta de que no me quedaban ni siquiera cinco céntimos para pagarme un *espresso*. Mi comprador era un norteamericano rico. Había desembarcado en París con un Cadillac importado de los Estados Unidos, el primero que pudieron ver los franceses. Trajo con él a su mujer y a su hija, la grande Risa.

Al día siguiente, fue ella quien vino a recoger el cuadro de su padre. Viendo el estado de deterioro de mi cuarto, bajó a conversar con la conserje, quien vociferó, no hay cobija para él, ¡no tiene que taparse más que con las chicas que trae! Risa, que me tomaba por uno de esos artistas que uno veía en el cine, fue a comprar vino y algo de comer, pasamos juntos un día y una noche, su cuerpo expresaba a la vez una gran dulzura y rabia, una especie de rabia retroactiva. Hice su retrato en carboncillo. Su padre no supo nada de esta relación. Su madre, sí. Una mujer con el rostro anguloso, con una nariz pequeña, una cabellera opulenta y una mirada de lechuza. No tuve que esperar mucho tiempo para encontrarme también compartiendo su cama. Durante muchos días, alterné a la madre y la hija. No es que yo no tuviera cierto orgullo, pero en esta época (y durante muchos años), mis escrúpulos eran siempre suplantados por una necesidad aguda de estar con mujeres, solteras, viudas, jóvenes y menos jóvenes. Madre e hija acabaron por cruzarse en mi casa, hubo gritos y lágrimas, lo que no les impidió unirse para obligar al padre a comprarme otro cuadro. Ese hombre atravesaba la ciudad al volante de su Cadillac, únicamente para saborear el placer de ver a esos franceses (que él detestaba y llamaba «collabos» desde que había estado en la armada norteamericana en París) babear frente a su coche.

Encontré el rastro de la grande Risa (era muy grande, como casi todas mis mujeres) en Nueva York, pero ella rechazó verme, por el contrario su madre aceptó, aunque me hizo comprender bien que ella me consideraba como a un

joven tierno y sin nada en común con ella. Decía que sentía por mí un profundo dolor, un gran apetito y un deseo de aventura. Tuvimos algunas citas en hoteles que ella escogía, nos injuriábamos, ella me detestaba, a mí me agradaba su compañía, me compró tres camisas bonitas y un abrigo de invierno, luego, un buen día, desapareció. Su hija no quiso ni siquiera contestarme el teléfono.

En París también estuvo Flora, que me hacía pensar, por su aspecto y su manera de moverse, a Arletty en *Les enfants du paradis*. Arletty, increíble actriz (no de las más virtuosas, ciertamente), quien, en el curso del proceso que intentaron esos hipócritas de los franceses, declaró, en un arranque de cólera porque se le reprochaba sus relaciones con los alemanes, mi corazón es francés, pero mi culo no pertenece más que a mí.

Un día, entré a un bar en Montparnasse, un bar en el cual sólo quien estaba triste tenía el derecho de eternizarse. Flora parecía ciega a su propia belleza. Yo la miré. Ella me miró. Algunos días después, ya sabía que se apellidaba Flora. Tenía una sonrisa tímida pero una especie de frialdad escondida marcaba su rostro. Las simientes de una tristeza desconocida salpicaban sus ojos y entre nosotros se levantaba un muro de problemas. Hice varias tentativas torpes, por lo que fue ella quien salvó nuestra historia arreglándoselas para que nos encontráramos en los brazos uno del otro sobre el muelle del Sena. Luego a mi cuarto. Venía en el día, desaparecía en la noche. Mientras estaba conmigo, un Rolls Royce esperaba abajo del edificio con un hombre viejo sentado en el interior, con arrugas marcadas, vestido con un abrigo de piel. A intervalos regulares, un chofer con una gorra salía del vehículo, levantaba la cabeza hacia la ventana de mi cuarto, luego se volvía a sentar dentro del coche. Ella me explicaba que el señor era su prometido, que debía casarse con él a causa de algo que se remontaba a un pasado lejano, no cesaba de pedirme que le ordenara quedarse, invocaba secretos, lazos oscuros, hablaba de golpes, de heridos, de muerte.

Me cantó un himno nacional (ucraniano quizá), declaró que lamentaba amarme, mencionó también un lugar donde se disparaban balas reales, perros de caza, un hombre que la habría comprado. En cuanto a mí, no comprendía nada porque estaba persuadido, tras mi pasaje en el movimiento de la juventud laborista, de que el amor debía ser explicado, de lo contrario cantado. ¿Cómo podía yo darle órdenes? ¿Qué sabía de los secretos que crecían en el drenaje de una historia tumultuosa y oscura? Le dije que yo no podría amarla nunca, aun menos darle órdenes. Me pidió enseñarle a decir en hebreo «mi lobo» (*zeevi*) y «No pondrás bozal al buey que trilla» (*Al tahsom shor bedisho*).

El París de 1950 consagraba un verdadero culto a la Unión Soviética. «Cuando se cortan los árboles, hay siempre virtutas que caen», se justificaba muy seriamente cada vez que alguien se sumaba al medio millón de víctimas

masacrados por el pequeño padre de los pueblos. Representábamos a Thorez como el líder que traería la revolución a Francia, a Stalin como paloma de la paz y al realismo socialista como la cultura de vanguardia. Flora, ella, creía en la astrología, mentira fatal de un capitalismo depravado cuyo fin no podía más que estar cerca. Desprendía un olor a podredumbre, los gatos negros traían desgracia, no había que sentarse sobre una maleta, ensayaba sin cesar la palabra *zeevi*, y repetía el versículo sensual que le había enseñado, *Al tahsom shor bedisho*. Un buen día, se plantó vestida con prendas gruesas y un abrigo de piel, zapatos de charol, se puso a hablar del destino, del dinero como garantía de libertad, de su aversión por las masas trabajadoras, de su desprecio por los ociosos, exigió una respuesta, parada ahí al centro de mi pequeña habitación en forma de buhardilla, dijo que era el momento de mandarla. ¿Estás loca? ¿Cómo quieres que humille a alguien? Todo ser humano es la imagen de la creación, traté de hacerla entrar en razón. La sentí de pronto desconcertada, luego el desprecio brotó de sus ojos y se apartó de mí. Estaba demasiado abrigada para este día de verano, julio, partió, descendió las escaleras, salió a la calle Rennes y comenzó a caminar. El Rolls Royce la siguió, ella aventó su abrigo de piel al interior. Y mirándola así desde arriba, tuve una revelación, recordé el poema más triste de Bialik:

**Una planta creció en la ventana
Todo el día contempla el jardín
Donde crecen sus amigos
sólo ella permanece arriba atrapada**

En un destello de lucidez, sentí un olor mezclado de cebolla y rosas, vi como un velo y comprendí súbitamente que la amaba. Que sí, podría yo explicarle el porqué. Entendí que ella era el buey al que no se podía estorbar mientras trillaba. Bajé rápidamente las escaleras pero ya la había perdido de vista, corrí hasta Saint-Germain-des-Prés, como con la joven inmigrante encontrada en Tel Aviv cerca del mar, como en la última escena de *Les enfants du paradis*, esa escena trágica e inolvidable donde Jean-Louis Barrault pierde a Arletty entre la muchedumbre. La vi finalmente y grité, pero un desfile colorido arrancó en boulevard Saint-Michel, era el 14 de julio, ella no me escuchó y desapareció. La busqué enseguida por todo París, incapaz de olvidar su mueca de desprecio divino. Como el de Arletty. Ella no tocaba las cosas, no, quedaba siempre un espacio entre ella y el objeto sobre el cual ponía la mano, me amó con resignación y cólera.

Hubo otros episodios. Un día en que estaba en el taller de Manne Katz, lo vi pintar con modelo, una mujer a la Rubens, gorda, la piel de una blancura resplandeciente, que llevaba una cruz sobre el pecho y posaba desnuda,

sentada sobre una tela, que, me explicó él, era en realidad una cortina sagrada, puesta a salvo de las llamas que habían devastado una sinagoga de Lodz. Yo, que no soy religioso, no pude impedir golpearla, la mujer desnuda se puso a gritar, llegó un gran Negro, me echó a la puerta y yo me fui derecho a la casa de la escultora Channa Orloff quien vivía al lado de la Grand Chaumière. Ella trabajaba en un yeso de mi rostro, del que hizo luego un bronce. Le conté mi percance, ella se rió con toda el alma, luego me mostró un dibujo que Modigliani le había regalado, con una dedicatoria en hebreo. Ese invierno fue duro, tuve algunos malestares a causa de mi herida de guerra aún no totalmente cicatrizada, me aconsejaron ir a Nueva York porque allá, me aseguraron, esperaban todos ver a su primer soldado hebreo. Había guardado, de los tiempos cuando trabajaba en el *Pan York*, una tarjeta de O.S. (*Ordinary Seaman*: marinero de tercera clase) y me hice contratar en un barco italiano que navegaba bajo el pabellón panameño y transportaba campesinos alemanes a Alberta, en Canadá. El trabajo era duro, el mar picado. Había una veintena de pasajeros en los camarotes pues era un barco de flete, en las bodegas habíamos metido las tropas, los toros y las vacas alemanas, los marinos, italianos en su mayoría, subían por el puente superior, gritaban y orinaban sobre los alemanes ebrios, acurrucados sobre el puente inferior. En el camarote vecino al mío dormía una joven norteamericana que regresaba de París después de un amor fracasado y comía chocolate todo el día. Nos tumbábamos frente a la portilla, a ella le encantaba ver las olas romperse contra el vidrio. No era ni bella ni fea, tenía un tatuaje en las nalgas, de esas con las que uno se siente bien pero a las que se olvida rápido. Era originaria de Minot, Dakota del Norte. El nombre de Minot, me explicaba ella, venía de la primera cabaña que había sido construida allá, con nueve orificios para defenderse mientras que ellos eran diez pioneros. Cuando los indios atacaron, uno de los hombres gritó *where's my knot* (¿dónde está mi nudo?). Nunca la volví a ver, pero un día, después de haber leído en el periódico la crítica de una de mis exposiciones, ella me mandó una foto suya, rodeada de un hombre y cinco niños. Extrañamente, tuve la impresión de que no era su familia sino gente que ella había invitado para posar. Quizá le hice mal, lo que sea, me parecía que ella tenía perfectamente su lugar frente a las olas que rompían contra la portilla sin poder entrar en el camarote. Desembarqué en Tierra Nueva, me hice contratar por un barco de pesca que iba a Nueva York y llegamos a Hedboken, Nueva Jersey.

Ahí me esperaba Gandy Brodie, un norteamericano que había conocido en París. Es él quien me había hecho descubrir el Chez Inez (por el nombre de la propietaria del lugar, una cantante casada con un danés), un club de jazz donde él trabajaba. Se ganaba la vida garabateando caricaturas de gentes a quienes, la mayoría, se les hacía que el resultado no se les parecía y exigían

un reembolso, pero como en el conjunto había siempre uno o dos que no se atrevían a quejarse, eso le permitía ir viviendo.

Es en ese club que descubrí el jazz. Un día, él me hizo escuchar un disco de Billie Holiday, diciendo que la voz de esta mujer era como el agua seca. Yo no comprendí esta expresión pero ella me gustó. Más tarde, él me envió una carta, en cuyo sobre había escrito: «A la atención de Yoram Kaniuk, ciudadano israelí en París», en la que insistía que lo alcanzara en Norteamérica. Me acogió a mi llegada y su primera pregunta fue cuánto dinero traía. Ocho dólares y cuarenta centavos, respondí, lo que lo desilusionó profundamente, pues, aunque judío él mismo, era de esos que creen que todos los judíos (menos él) son ricos. Tomamos un camión a Manhattan y de ahí a los alrededores de la calle 100 o algo así, continuamos a pie, el sol brillaba, era un bello día de otoño. Delicioso olor de café tostado y de flores. De todas las sinfonías de los almacenes y de los restaurantes se elevaban dos canciones: «Somewhere Over the Rainbow» y «Stormy Weather». Sentí inmediatamente que había llegado a mi destino. En efecto, tuve un enamoramiento instantáneo por esta ciudad donde iba a vivir por diez años. Gandy llevaba una bufanda colorida alrededor del cuello, un joven guapo con la cabellera enmarañada y movimientos bruscos pero que, justamente por su torpeza, desprendía un estilo particular. En la época en que nació, en el Bronx, Solomon Gabriel Brodie, la miseria reducía a su padre a fajarse el cinturón, a masticarlo, a hacerlo masticar a su familia y era todo, decía Gandy, terminado el buen tiempo, la gran crisis. Niño, había sido abandonado muy pronto a sí mismo, lo que le había enseñado la fuerza, y conocía los mejores rutas de Nueva York, sobre todo las direcciones donde se podía comer barato. Tenía aventuras con mujeres mayores que le ayudaban, en consideración a su estatus de artista, y mantenía también lazos extraños, de los que no comprendí nunca la naturaleza, con un japonés que venía de vez en vez a esconderse a su casa por algunos días. Sus mejores amigos eran todos músicos de jazz. Antes de nuestro primer encuentro en París, su grupo de amigos tenía la costumbre de organizar regularmente fiestas durante las cuales hacían una colecta para enviarlo a París, la ciudad de sus sueños. Pero Gandy derrochaba sistemáticamente el dinero recolectado y no partía, hasta la fiesta siguiente... Y luego un buen día, se fue de cualquier manera, llegó a París, una mochila en la espalda, y no había ni siquiera puesto un pie en tierra cuando quiso regresarse. En ese momento fue cuando nos encontramos. Él repetía que, después de Nueva York, París era pan comido, le llamábamos Gandy por esa especie de baile simiesco que les ha valido ese apodo a los instaladores de las vías del tren. Nadie en Nueva York ejecutaba el Gandy como Gandy, un *hassid* preso en el cuerpo de un griego salido de algún pueblo apartado, había incluso bailado una temporada en casa de Martha Graham, pero ella le había

aconsejado parar porque estaba muy pesado. Entonces había comenzado a pintar, sin saber dibujar, aunque sus cuadros eran como su gestualidad, como su increíble personalidad, con espesor, inspirados, mezclaba los colores con un suave torbellino pero con mano firme, pegaba arena sobre las telas, agregaba capas y capas de pintura. Gandy era alguien muy abierto, pero al mismo tiempo guardaba en él los secretos de un pasado del cual evitaba hablar. Se contaba que un día había estado metido en una pelea y que lo habían tratado de matar. Contaban que había tocado en la calle, que le gustaba pagar los tragos (café o whisky) a la gente. Una profunda amistad nos unió largo tiempo. Es él quien me guió a través de los subterfugios de la abyección humana y económica de Nueva York, él me llevó a todos los rincones apartados, hasta con los cabecillas de Little Italy a quienes les gustaba verlo bailar y arrojarle monedas. Un día, sintió la imperiosa necesidad de entrevistarse con Charlie Chaplin, y he ahí que toma un autobús Greyhound para Los Ángeles, va a Sunset, encuentra la casa de Chaplin, timbra, hola, soy Gandy Brodie de Nueva York. La sirvienta le cierra la puerta en las narices. De regreso sobre la banqueta, se siente sucio de haber caminado tanto bajo el sol, entra en un patio, se lava con un regador que se encuentra ahí, un vecino llama a la policía, en Sunset nadie se pasea a pie ni se asea en un jardín, Gandy se sorprende de ser detenido porque se lava los dientes, explica a los policías que él es Gandy Brodie de Nueva York y que tiene algo que decirle a Chaplin. Regresó a su casa contento. Pasearse a sus anchas en la calle, era como penetrar en el bar del pueblo, todo el mundo lo conocía. Si alguien le lanzaba un *Hi Gandy*, él trataba rápidamente de gorronearle cinco dólares, resulta, explicaba, que tengo grandes deudas en este momento. Y a veces eso funcionaba. Trabajar era un valor que no compartía, ya que no había jamás trabajado en su vida, más que en una ocasión, durante un mes. Nunca pude hacerme una idea de sus medios de subsistencia, pero lo que es seguro es que él estimaba que se le debía dar dinero dado que era un artista. El día de mi llegada, Gandy me llevó a Greenwich Village, me hizo sentar en una banca de Washington Square, me explicó que tenía obligaciones pero, no te preocupes, regreso a buscarte hoy o mañana. Me senté entonces completamente solo con un bolso que contenía las cosas que había traído conmigo de París y esperé. No conocía a nadie. La noche cayó. No estaba nervioso.

Un pequeño caniche chillón vino a frotarse contra mi pierna. Lo acaricié. El perro estaba vinculado a una joven de la que no recuerdo si era bella o no, pero me parece que se llamaba Gloria. Me lanzó de inmediato una mirada despreciativa, yo parecía un andrajoso, no me quedaba un centavo en la bolsa. Dije cualquier cosa, ella también, *taketh me to thy pad*, continué, porque en la casa de Inez en París yo había aprendido lo que llamaban en la época el *bop talk*, jerigonza que se fue convirtiendo posteriormente en el

argot norteamericano pero era todavía el código secreto de los músicos de jazz. Dado que en el colegio había leído *Julio César* en inglés, mezclaba los dos registros. Mi frase agradó a Gloria, quien me preguntó qué era un *pad*, un departamento, le expliqué. Nunca había escuchado esa palabra, parecía divertida, platicamos un poco, nuevamente acaricié a su perro, ella me llevó a su casa, vivía cerca del parque, en la Quinta Avenida, en el número 1, piso veinte, me dio de comer, le conté cualquier cosa, que yo venía del desierto, que mi madre era pastora y que yo me desplazaba a lomo de camello: Gandy me había explicado, cuando aún estábamos en París, que los camellos eran muy cotizados en Nueva York. Le hablé de una chica que había amado en Israel y que me había dejado plantado, le dije que los miembros de mi familia trabajaban la tierra en el valle del Jordán, que habían conocido personalmente a nuestros ancestros Abraham, Isaac y Jacob, nos deslizamos en su inmensa cama, e hicimos lo que generalmente se hace en una cama, luego aseveró de pronto, podrías tomar un cuchillo y matarme, y yo debí admitir que objetivamente ella tenía razón. Subjetivamente, replicó, tú no me conoces. Tú tampoco, le dije. Se levantó, caminó hacia atrás con los ojos cerrados y no se golpeó con ninguno de los objetos que se encontraban en su recámara, a pesar del desorden de la ropa, las pelotas del perro, las sillas, el caniche amenazando, un número incalculable de zapatos desperdigados sobre el bello parquet, había una plancha, el teléfono estaba también sobre el suelo, ella continuó su caminar hacia atrás con los ojos cerrados, sin cesar de interpelarme, imira cómo yo soy genial! Se durmió antes que yo y estuve contemplándola. En su sueño, estaba como un soldado listo para la revisión, obediente, sin la menor rebelión, las manos a lo largo del cuerpo, y sin embargo, sobre su rostro percibí una expresión de destreza impotente que me afectó. Mi propia desesperanza me era más que suficiente. Estuve a punto de irme, pero había en ella una soledad extraña, una soledad de vigésimo, trigésimo o de quincuagésimo piso de edificio señorial, de esas soledades que yo no conocía todavía, el teléfono sonó, ella descolgó, se sobresaltó, respondió con odio en los ojos, me pasó un billete de veinte dólares y me puso en la puerta. Entré en un *drugstore* en la esquina de la calle 8 y de la Quinta Avenida, pedí un desayuno, luego regresé a sentarme en la banca, en el parque. Gandy regresó, sin una palabra de disculpa, diciendo sólo que sabía que yo estaría ahí [...] ●

TRADUCCIÓN DE SILVIA EUGENIA CASTILLERO,
A PARTIR DE LA TRADUCCIÓN DEL HEBREO AL
FRANCÉS DE LAURENCE SENDROWICZ

Amigo del alma (apunte)

A. B. YEHOSHUA

MI ÚNICO HIJO tiene un amigo del alma que no es de mi agrado. Pero, ¿qué puedo hacer yo? Dos espíritus jóvenes se unieron durante el servicio militar obligatorio y, a pesar de que ha transcurrido ya cierto tiempo, su relación no hace más que fortalecerse.

¿Será como la camella que en el desierto se nutre de su joroba como esa amistad se alimenta de la fuerza que le confirió el servicio militar? ¿O tendrá nuevas fuentes?

¿Por qué me sentiré yo amenazado por esa amistad? El amigo del alma de mi hijo es un ser culto, delicado y de buenos modales que tiene la acariciadora voz de una mujer lejana. Siempre que me lo encuentro en la habitación de mi hijo se yergue como un cervatillo asustado y me dirige una mirada esperanzada. ¿Será posible —me digo a media noche, dando vueltas en la cama— que sea precisamente ese refinamiento cultural, que se mueve entre el temor y la esperanza, lo que enciende en mí la fuerte animosidad que siento hacia él? Y es que por puro empeño me niego a borrar de la memoria el rostro moreno y agradable de la chica de pueblo que murió una noche de luna, cuando unos jóvenes soldados, con la leche del periodo de campamentos todavía en la comisura de los labios, cercaron con sigilo el pueblo de ella.

Pero resulta que lo mismo mi hijo que su amigo del alma juran y vuelven a jurar que fue sólo porque temieron por sus vidas por lo que abrieron fuego contra la «figura» que apareció ante ellos a la entrada del pueblo. Y aunque hasta ahora no han conseguido explicarles ni a sus comandantes, ni a los investigadores del caso, ni tan siquiera a sus padres, qué características exactamente tenía esa «figura» que tanto los preocupó, todos nos vemos obligados a creer que no fue por diversión ni por un instinto animal por lo que acribillaron a tiros la casa en penumbra de la muchacha.

Cuando pusieron en funcionamiento sus fusiles apenas si se conocían. Eran dos simples reclutas que habían coincidido en la misma guardia. Así es que

quién sabe, pienso torturándome, mientras la suave luz de la aurora acaricia la ventana de mi dormitorio: si esa joven del pueblo no hubiera muerto en su cama, puede que una amistad tan fuerte como ésta no se habría llegado a dar de una forma tan duradera, ni seguiría ahora fortaleciéndose día a día.

Además de que nunca llegaremos a saber quién de los dos era el dueño del fusil desde el cual fue disparada la crítica bala. Los aldeanos se apresuraron a enterrar a la chica y no accedieron a que el enemigo que la había asesinado fuera encima a serrarle el cuerpo para hurgar en él, y después quién sabe si incluso a aprovechar la ocasión para poderla difamar y decir que uno de ellos la había matado por una cuestión de honor familiar. Y así, a los pocos días de que se hubiera abierto el expediente judicial, éste se cerró. ¡Qué se le va a hacer! En estos casos, respetar la voluntad de nuestro enemigo supone también respetar su honorabilidad. Sólo que en lugar de ir silenciando poco a poco el asunto y ser fieles a su creencia de que nuestras investigaciones no iban a ser limpias, los testarudos dolientes enviaron una fotografía de la chica enterrada a uno de nuestros periódicos matutinos más importantes. De modo que una mañana, en primera página, en medio del artículo de uno de nuestros más furibundos «alertadores de conciencias», apareció de repente la cara morena y hermosa de una joven vestida con el típico vestido bordado de los pueblos, y en lugar de llevar la cabeza cubierta con el esperado pañuelo, la cabellera le caía sobre los hombros al tiempo que sus ojos de gacela seguían sonriéndole confiadamente a un mundo que ya había perdido.

Incluso a mí, que sé muy bien lo astutas que pueden llegar a ser las personas, me sorprende la rapidez y la eficacia con las que nuestro terco y atolondrado enemigo prepara las fotografías de sus muertos. Todavía no se ha secado la sangre derramada cuando ya las fotos de los muertos, grandes y a todo color, resplandecientemente enmarcadas con su cristal y todo, son llevadas en sentida procesión y agitadas ante las cámaras. A veces hasta se diría que allí, en los pueblos y las aldeas del otro lado de la frontera, los jóvenes preparan con antelación unas fotografías bien grandes y buenas de sí mismos, que las enmarcan con tiempo para que las lleven con orgullo en sus entierros, con la esperanza de que esos retratos puedan llegar a hacer mella en el corazón del enemigo que, mientras cena, le lanza una fatigada mirada al televisor.

El periódico lo dejé en mi estudio. No por la foto, sino por el nombre de mi hijo, que era citado allí como uno de los sospechosos de aquella muerte. Aunque la publicación no nos hacía quedar nada bien que digamos, también es cierto que no todos los días aparece el nombre del hijo de uno en el periódico.

El amigo del alma de mi hijo vio el periódico en mi mesa de trabajo y me pidió permiso para llevárselo prestado con el fin de enseñarle a su padre enfermo la foto de la hermosa muchacha que había visto interrumpido su

sueño por una bala anónima. Pero yo me negué a que el periódico saliera de mi estudio.

—¿Tan enfermo está tu padre que no puede salir a comprarse un ejemplar? —le espeté con dureza, sin obtener respuesta.

Y, al cabo de unos pocos días, el periódico desapareció. Aunque el amigo del alma de mi hijo jura y perjura que él no lo tocó, todas mis sospechas recaen sobre él. Además, ¿qué es eso de entrar en mi estudio y fisgonear lo que tengo encima de la mesa, como si fuera uno más de la familia?

El caso es que el periódico desapareció, lo robaron o fue destruido, y aunque podría conseguirme otro, ya no estoy con ánimos, y sólo me esfuerzo por conservar en la memoria la imagen de la muerta, pero no su nombre. Hasta ahí podíamos llegar. Si olvidamos los nombres de los nuestros, cuando tan cruelmente son asesinados, ¿por qué vamos a tener que recordar los nombres de los muertos del enemigo? Aunque el nombre del pueblito cercado sí lo guardo en la memoria, si no por mí, por los nietos que puedan venir. Pero por mucho que me esfuerzo en enseñarles la pronunciación correcta del nombre del pueblo a los dos amigos, ellos, envueltos en una especie de extraña arrogancia, se empeñan en pronunciarlo mal, según parece, a propósito, ya que cada vez lo llaman de una manera diferente.

¿Creerán que así podrán borrar de su memoria la muerte de esa joven virgen, que, aunque asesinada en su lecho, quién sabe si no tendría oculto bajo la almohada el dulce sueño de cometer un atentado suicida contra nosotros? Pero el expediente ha sido cerrado sin que tampoco se haya descifrado la identidad de la «figura» aparecida aquella noche de luna, y mientras, aquí sigue floreciendo con fuerza esta íntima amistad.

Una amistad que me intranquiliza. Por las noches, en lugar de torturarme con preocupaciones de mayor importancia, me dejo arrastrar por la confabulación de cómo destruirla, ahora que mi único hijo ya no vive bajo mi potestad porque se ha mudado con su amigo del alma a otro piso.

Por eso no les advierto de antemano de mis visitas, sino que me presento a las horas más intempestivas. Pero como mi hijo es vigilante en un centro comercial la mayor parte del día para poderse pagar en un futuro los estudios de Derecho, en el piso me encuentro solo al amigo del alma. La delicada y sensible criatura parece preferir pasarse el día encerrado entre cuatro paredes, quizá por miedo a encontrarse por la calle a un interrogador militar que no lo haya investigado todavía.



Sea como fuere, ahí está ante mí en el pequeño piso, con un delantal, envuelto en una suave y excelente música mientras se ocupa de las tareas del hogar. Friega los suelos, guisa, lava los platos, hace la colada, plancha, y cuando se siente iluminado, hasta cose los botones que hayan podido caer-se a la ropa de mi hijo.

Me recibe con un entusiasmo asfixiante. Tanto, que resulta difícil saber si me teme o si más bien se alegra de verme. Al instante extiende un mantel sobre la mesa y se apresura a querer hacerme probar el guiso que le ha preparado a mi hijo. Pero yo rechazo la invitación, y no sólo por temor a ser envenenado, sino para que no vaya a creerse que su mediocre talento como ama de casa me puede llegar a parecer sustitutivo de una nuera para mi hijo.

No es de extrañar, pues, que tras una de esas visitas me despierte a media noche, me ponga el abrigo y salga corriendo hacia la entrada del centro comercial para sacarle al vigilante la respuesta a una sencilla pregunta:

—Por favor, dime, ¿tu amigo del alma es, además, tu amante?

Pero mi único hijo, que tiene junto a los libros de Historia del Derecho una metralleta y un cargador, me tranquiliza con voz cansada:

—No, papá, mi amigo del alma es sólo un amigo.

Además, no van a vivir siempre juntos, bajo el mismo techo, porque su amigo, como cualquier otro soldado que se haya licenciado, quiere purificar su alma en países lejanos, sólo que su padre está muy enfermo y va a esperar a que muera antes de marcharse.

Me da miedo indagar sobre la enfermedad de su padre porque me supongo cuál es la pena que la ha provocado. Pero como no hay que confiar en que ese tipo de enfermedades acaben en muerte, me propongo, en la siguiente visita al piso, animar al amigo del alma a que salga de viaje sin esperar a que su padre muera.

—Allí, al otro lado del mar, en esos lejanos países, todavía no te conocen —le digo, paseándome muy nervioso de un extremo al otro del salón mientras señalo con el dedo hacia el crepúsculo en el horizonte—, y por eso tu existencia allí será mucho más fácil y segura, incluso sin el consuelo que te proporciona la música que ahora te pones. Si te quedas aquí esperando que tu padre muera, quién sabe si la figura que se te escapó aquella noche de luna no se volverá a acordar de ti y te persiga luego hasta el Himalaya.

Me da miedo indagar sobre la enfermedad de su padre porque me supongo cuál es la pena que la ha provocado.

El sonrojo virginal que resplandece en el rostro del amigo del alma de mi hijo testimonia lo mismo que mil testigos lo bien que mi fusil sabe dar en el blanco. No pasan más que unos pocos días hasta que llena una gran mochila, se la echa a la espalda y sale hacia lugares lejanos.

Su partida me da una gran tranquilidad. El mundo de la moralidad se recompone y recobra su equilibrio, hasta el punto de que incluso mi único hijo decide cambiar de rumbo y dejar los estudios de Derecho por los de las Ciencias del Comportamiento. Aunque en mi opinión, más le valdría aprender a defenderse a sí mismo en un juicio, por si se le ocurriera volver a abrir fuego indiscriminadamente contra cualquier figura que se le pueda aparecer. Y eso que quizá en la nueva facultad le enseñen a dominar mejor sus instintos y sus miedos. Además de que seguro que allí, en las aulas, acabará por entablar amistad con alguna estudiante de espíritu más complejo y rico que el de su amigo del alma, que se acuerda muy de tarde en tarde de enviarle a su amigo una que otra tarjeta postal.

—¿Y qué te escribe tu amigo? —tanteo con cautela a mi hijo.

Pero resulta que es muy poco lo que aquél le escribe en esas postales en las que por lo general aparecen unas impresionantes a la vez que espantosas imágenes de dioses y diosas locales.

—¿Y el padre enfermo? —continúo con el interrogatorio, como quien no quiere la cosa—. ¿No ha mejorado desde que se fue su hijo?

Parece ser que no, que ha empeorado y que echa de menos al hijo.

Pero yo no lo echo de menos. La vida amorosa de mi hijo me tiene ahora en vilo. Tal y como era de esperar, el lugar que ha dejado vacío su desaparecido amigo del alma se lo disputan ahora varias estudiantes a cual más espabiladas, y una de ellas hasta se muda a vivir con él, medio de compañera de piso medio de novia, y a pesar de los muchos exámenes y trabajos de los que debe rendir cuentas, incluso tiene tiempo de dar a luz en el piso a una especie de niña que según parece es de mi único hijo, ya que de vez en cuando me llaman para que les haga de canguro por la noche.

Se trata de una criatura diminuta que me observa con una mirada luminosa e inteligente, hasta el punto de que a veces me parece, y eso sí que es una completa alucinación, que me guiña un ojo como si compartiéramos algún secreto. Por eso, cuando rompe a llorar a gritos con la esperanza de que le den leche, me la llevo a la terraza y levanto su cuerpecito hacia la luna para que se calme con su luz. Y la verdad que al sentirse bañada por la pálida luz del astro se queda petrificada como si intentara recordar algo.

¿Pero de qué va a poder acordarse, teniendo una vida tan corta? Yo me admiro y le meto el biberón en la boca, más pendiente de ella que de la televisión, que lo llena todo de muertos, de destrucción y sobre todo de engeñidos

charlatanes. Y como la bebé no tiene todavía respuesta para mis preguntas, envuelvo el silencio que nos rodea con la música que ha dejado allí el amigo del alma de mi hijo. Así, a pesar de que no lo añoro, me cuesta no pensar en él últimamente. Su padre ha empeorado mucho, me cuenta mi hijo, así que estará de vuelta en cualquier momento para despedirse definitivamente de él.

Enjugo las gotitas de leche sobrante de los labios de la bebé, la acuesto en la cuna y le pongo una almohada en la cabecera. ¿Estará soñando con lo que experimentó en el vientre de su madre, que se ha ido, porque al día siguiente tiene un examen, a buscar los resúmenes de unos artículos y unos libros que nunca ha leído? Y yo, que ya he hecho todos los exámenes que debía hacer en la vida, vuelvo a verme asaltado por la preocupación: ¿y si al amigo que regresa a la patria le resulta desagradable ver a su padre tan enfermo y triste y prefiere por ello aterrizar aquí, en el piso, convencido erróneamente de que todavía goza de un estatus en casa de su amigo?

Y ya la respiración se me corta al oír el ruido de la llave que ha vagado por países lejanos, cruzado ciudades, ríos y pantanos, que ha subido y bajado por los montes hasta penetrar y clavarse en este momento en la cerradura de la puerta de entrada de mi hijo. ¿Pero será la figura que se escabulle callada ante mí la misma que la del amigo del alma de antes, o no estará asomando aquí una figura distinta, jovencísima, delicada y esbelta, cubierta por una especie de túnica oriental bordada, de tez oscura y morena por el viaje, con el cabello muy crecido cayéndole sobre los hombros y los ojos de gacela abiertos de par en par, requiriendo con confianza un mundo que no ha perdido sino que existe?

En lugar de la mochila de viaje, deja caer el amigo del alma a los pies de la cuna un macuto pesado y alargado, me lanza una mirada arrebatada y con una voz que se ha hecho todavía más matizada y culta acaricia mi tembloroso ser:

—Ya ve, he vuelto a usted con vida.

—¿A mí? ¿Por qué a mí? ¿Allí, en el lejano y amplio mundo, ya no les interesas?

—No —responde él con una carcajada entre desesperada y arrogante—, allí están ya hasta arriba de diosas y dioses que se han inventado a sí mismos. No necesitan ningún dios nuevo.

Enjugo las gotitas de leche sobrante de los labios de la bebé, la acuesto en la cuna y le pongo una almohada en la cabecera.

—¿Y tu padre? —prosigo yo con ansiedad.

—Ha dejado este mundo antes de que me haya dado tiempo a despedirme de él, y usted tiene la culpa de ello. Me tentó para que saliera de viaje sin advertirme de que mi padre podía llegar a morir en mi ausencia. Por eso, ahora, ocupe su lugar y hágame de padre.

Por fin ha desenfundado el cuchillo de la vaina de la maldita amistad del alma. Ahora sé qué era lo que me torturaba durante mis insomnios nocturnos.

—¿Que te haga de padre también a ti?

Le observo horrorizado la delicada cara que se ha vuelto muy oscura, la larga cabellera que le cae sobre los hombros, el bordado del vestido de pueblo que le cubre el cuerpo hasta los pies.

—Jamás. Me basta con un hijo asesino.

Él se queda lívido, hasta el punto de que temo por su vida. Y como nunca habría imaginado que yo fuera a ser capaz de pronunciar finalmente la verdadera palabra, permanece mudo y quieto. Cuando comprende por mi silencio que no me voy a retractar, levanta lentamente el macuto cerrado que ha dejado caer antes a los pies de la cuna, se lo carga al hombro, recula y se marcha. Y a pesar de que sus movimientos son silenciosos y educados, la bebé se despierta y abre los resplandecientes ojos, todavía sin llanto, sólo pensativos, como si hubiera oído nuestra conversación y ahora fuera a intentar también llegar a entenderla •

TRADUCCIÓN DEL HEBREO DE ANA MARÍA BEJARANO



Bronda

AHARON APPELFELD

Apareció el gran desfile, el desfile esplendoroso, colmando la calle entera. La muchedumbre fluía desde las callejuelas y se aglomeraba en las esquinas. Los jóvenes iban con atuendos de colores y las muchachas llevaban vestidos de verano. Se movían como siguiendo el compás. El acto estaba a punto de comenzar y el tráfico se dirigía hacia el norte, por debajo de los arcos luminosos.

El coro de niños, vestidos de azul, entonó la canción «Jerusalén Celestial» y los ancianos que los contemplaban desde los balcones suspiraban a escondidas como si los tocara el espíritu de la extinción. A continuación apareció la banda, los tambores, las trompetas doradas. El séquito de autoridades ya había pasado por la calle principal. La gente los aclamaba y las fanfarrias anunciaban su llegada.

Qué abandonadas estaban las cafeterías. La gente se amontonaba junto a las máquinas de *espresso*, apretujados unos con otros, como si acabaran de descubrir el secreto de su temporalidad. El prestamista Kandel sintió de pronto que todo a su alrededor era grandioso y que él se escondía en sí mismo como un topo. Sólo de noche, cuando todo se silenciaba, salía de su escondite. También en las noches claras la gente huía de él como de la mala sombra.

Tiempo atrás encontraba solaz con Bronda, la ciega. Ella lo metía sigilosamente en su habitación, en el sótano, y él se atrincheraba en su ceguera. Era un cuarto estrecho, iluminado con una oscuridad tenue, con una mesa a lo largo junto a un banco de madera que parecía robado de una iglesia abandonada. La amplia cama era bajita. Ella salía poco de su alcoba. Los vecinos le habían puesto un grifo con el que solía bañarse en una gran batea de madera.

Hace años, él le había prometido que la haría su esposa, le compraría una casa y que podría sentarse en la terraza. Y cada vez que él le hacía esas promesas, Bronda lo ridiculizaba, no le creía. Él se quejaba: los comerciantes lo estaban agotando. Cuando él se acercaba, le cerraban las tiendas. No sabía qué hacer.

Bronda no se lo creía. Solía decirle que Dios se había extinguido en sus entrañas, que se había vendido al diablo. Kandel le juraba que todo se le había destrozado. Los comerciantes huyen hacia sus casas, cierran las persianas. Con el paso de los días cesaron sus promesas y ella dejó de ofenderlo. Ahora lo martirizaba diciéndole que era un pecador sin perdón.

En su fuero interno la engañaba: ella no podía ver. Si los comerciantes le devolvieran lo que le debían, huiría de ella. Pero la realidad era lo más amargo de todo: no le pagarían nada. Kandel solía acecharlos en los callejones. Se abalanzaba sobre uno de ellos requiriendo la devolución, pero casi siempre volvía maltrecho y con las manos vacías.

A veces se quedaba retenido en Tel Aviv por alguna festividad. Ahí tampoco lo querían. Cuando regresaba extenuado, quemado, Bronda le decía que era su merecido. Que nadie es castigado por nada que no fueran sus pecados. De sí misma no le contaba nada, como si hubiera nacido del olvido.

—Cada uno con su carga de pecados —le dijo en una ocasión—. Y tú, Kandel, vas por la vida como si la justicia no existiera.

Otros comerciantes lo hacen todo a través de los bancos. Van a las cafeterías y ahí esperan. Kandel mantenía los hábitos antiguos y arriesgados. Los comerciantes huían de él como de un incendio. Bronda le decía que probablemente había errado y ahora tenía que subsanar esos errores.

Llevaba el dinero en efectivo cosido dentro de las mangas, que se veían pesadas. Por la noche, Bronda rebuscaba en ellas y él pellizcaba sus manos ciegas. A veces la lucha continuaba, generalmente entre sueños, durante toda la noche. En alguna ocasión conseguía deshacer una costura, pero siempre se trataba de poca cosa. Él distribuía el dinero por todo el largo de las mangas, para no gastar demasiado y especialmente para que ella no lo descubriera todo. Algunas veces las manos de ella vagaban por debajo de la camisa y él se sometía al sueño como quien cae en la profundidad del mar.

La idea de tener una tara no le daba tregua. Bronda le decía que tenía que pedir misericordia y perdón. Al oír esas palabras, él intentaba recordar. Había nacido en Lodz. Durante la guerra se había escondido en casa de una gentil. Inmediatamente después huyó a Alemania, donde comenzó sus negocios. Bronda barajaba los pocos datos que le había contado. Cuidaste siempre de tu madre. Tenías hermanos. Por qué no los cuidaste. Dices por ellos *kadish*. Cada una de esas palabras le cortaba las carnes. Quién sabe qué más hiciste.

En Yom Kipur lo echaba de su madriguera. Él recorría las calles ruidosas, iluminadas, pegado a las paredes. Volvía por la tarde. ¿Has pedido perdón de Dios?, arremetía contra él. Este año te perseguirán los comerciantes como a un perro. Más de una vez se prometió a sí mismo que no volvería a esa casa. Sería más fácil dormir en un banco, que someterse a los reproches de Bronda.

Pero volvía. Ella abandonaba su cuerpo ciego en sus manos. Él la sobaba a escondidas. Pero ella era tacaña en cumplidos. Envenenaba el escaso placer con su crueldad.

De esa manera iban pasando los días difíciles. Los comerciantes no saldaban deudas y por las noches él los seguía persiguiendo. Los niños le arrojaban piedras. Y cuando volvía, al amanecer, a atrincherarse junto a Bronda, ella le gruñía entre sueños, otra vez has venido. Te lo mereces. Si hubieras dejado el dinero en mis manos, ya serías rico.

Como no sabía a quién pedirle clemencia, se la pedía a Bronda. Ten piedad de mí, Bronda.

—Yo te puedo absolver de todo. A mí no me lo tienes que pedir.

—¿Entonces a quién?

—A Dios.

No tenía duda: era malvada. Y su maldad tenía fuerza. Como si no fuera ella, sino algo que ella albergaba. Al lado de su ceguera, era minúsculo como un topo. Si pierdes la vista te enterarás de lo que es, le decía. Le parecía como si ella abarcara algo más que este mundo.

Absorbía su voz en silencio, como una droga. No le daba tregua la idea de que todo a su alrededor, los comerciantes, las personas, eran fruto de la imaginación, y que sólo Bronda era real. Si sólo le dijera Dame tu dinero, se lo daría. Pero ahora se había vuelto a quedar sin nada. Por las noches, Bronda le revisaba las mangas, mas no encontraba nada. Aún le quedaba una pequeña suma cosida dentro de los zapatos.

Pero Bronda no se apiadaba de él. La noche del Día de la Independencia, mientras todos seguían festejando, se fue. El entierro fue raudo, como si hubieran estado esperando que muriera. El cielo resplandeciente de la celebración se abrió sobre la ciudad. La gente se desplazaba en grupos por las calles, hacia los actos. El azul descendió desde lo alto y los que estaban en las cafeterías parecían escarabajos ahuyentados por la luz.

Y apareció el desfile. Un desfile que era todo vigor. La banda fluía por debajo de los arcos de luz y los niños entonaban «Jerusalén Celestial». No había ni un retazo de sombra. La luz del mediodía brotaba del interior de las trompetas. La música potente se volcaba sobre la calzada como una miel espesa, como una vía abierta hacia las alturas.

La gente siguió pasando una larga hora. La luminosidad se fue agrisando y largas sombras se desplegaron por las aceras. El pesado portal, el portal de la luz, se fue cerrando. La gente sacó la cabeza de las cafeterías: por dónde va el desfile. Se arrastraron de nuevo al interior y se escondieron junto a la máquina de *espresso*.

Un vacío, como al final de todo, bajó sobre las amplias calles. Dos banderas

olvidadas ondeaban en la brisa mientras la sombra vespertina se filtraba hacia el interior de los rincones. De pronto vio que su gran enemigo, el comerciante Drimer, iba descalzo. De la cara demacrada salía una mirada hueca, una especie de sospecha, como dentro de una nueva cárcel. Pareció como que se reconocían. Algunos intentaban ocultar, esconderse, buscar refugio junto a las columnas, pero todo era diáfano y transparente. Un calor extenuado quemaba el rostro de la gente como si se hubiesen agotado todas las fuentes de agua.

Es que nunca me redimiré, le preguntó en una ocasión a Bronda. Ella cerró sus ojos ciegos y le dijo: eres un tacaño, te lo has cosido todo dentro de las mangas y a mí me das como un ladrón. Si me das dinero, seré tu defensora; pero para entonces ya no tenía dinero.

Sintió ahora el peso de sus zapatos. Se los quiso quitar e ir descalzo. Bronda también iba descalza antes de morir. Le pesaban las piernas y solía untárselas con margarina. Dos personas marchaban por la acera de enfrente. Los conocía. El año anterior les había prestado mil liras. No le devolvieron ni un céntimo. Ahora los podía atrapar. Eran altos como sombras que el viento está a punto de dispersar.

Las viviendas se elevaban hacia la noche. Los carteles publicitarios se hacían entre sí señales, como si un tren estuviera por irrumpir dentro. Los comerciantes se iban a encontrar junto a la estafeta de correos vacía. Podía levantarse y precipitarse sobre ellos, arrancarles la piel. Se sentaron en las escaleras como aves de retaguardia que perdieron la bandada. La palidez reptaba por la cara de Drimer. Los dos comerciantes, sus enemigos y enemigos de Drimer, se sentaron a su lado. Tenían el cuello rojo, como si los hubiera quemado el fuego. El comerciante alegó que había quebrado años atrás a causa de los cobros de Drimer, que también estaba ahí.

—Kandel, venga y siéntese con nosotros —lo llamó Drimer.

Quería calmar a Bronda, pero, a decir verdad, cuál era su voluntad. Una vez le dijo que si tuviera dinero alquilaría una terraza alargada. Sin darse cuenta, sus pies lo arrastraron. Se marchó. Una brisa fresca vino a su encuentro al bajar la cuesta. Y dio con el sótano de Bronda. La puerta estaba abierta. Una tenue oscuridad iluminaba la mesa y el banco. Entró lentamente sin quitarse los zapatos. Se acurrucó envuelto en la manta desflecada de lana de oveja. Y un plácido frío, como la nieve, se arrastró por su cuello. Tiró de la manta hasta cubrirse la cabeza y quedó envuelto.

TRADUCCIÓN DEL HEBREO DE MARTA LAPIDES

Publicado con autorización de The Wylie Agency (UK) Limited.

Estados de ánimo

[fragmentos]

YOEL HOFFMANN

[91]

A propósito de Bélgica. Había una mujer impasible que vendía *latkes* en el mercado de Amberes. Le pedimos uno y sostuvo el *latke* en la mano sin extender la mano hacia nosotros. Nos quedamos un momento así, como en una película de pronto detenida, hasta que entendimos que teníamos primero que entregarle la moneda y sólo entonces recibiríamos el *latke*.

No cabe duda de que había ladrones de *latkes* entonces en Amberes, y la mujer era cuidadosa. De hecho, la tentación de robar *latkes* en el mercado de Amberes es muy grande. Como también lo es extender la pierna (cuando alguien pasa por ahí despreocupado), por el mercado de Amberes o en algún otro lugar.

O de abofetear a alguien sin ningún motivo. Pero nada más allá de eso. Las navajas son ajenas a nuestra índole. También las pistolas y los fusiles.

Pero nos alegramos si derraman sopa en alguien, especialmente si hay patas de pollo en ella. En términos generales, nos alegra ver la desgracia ajena.

[92]

Un periodista llamado Kashkhanski escribió lo que escribió acerca de otro libro nuestro en el cual hablábamos con franqueza de nuestras vidas.

Había en él algo de la bondad característica de los forjadores de este país. Muy probablemente le costaba trabajo contener las lágrimas y observaba los edificios blancos de Tel Aviv como a través de una niebla.

La credulidad de estas personas nos rompe el corazón. Tienen los pies firmemente plantados en los lamentos de Yosef Haim Brenner, pero su espíritu es libre y ven qué corresponde, y qué no, empezando con la *sefira* Ayin (Nada) y terminando en la *sefira* Malkhut (Reino), es decir, aquí. Donde dice Kashkhanski en la puerta.

A veces extrañamos a esas personas, como el tordo añora la paloma. Si pudiéramos reunirnos con ellas en los cafés de Tel Aviv, lo haríamos.

Por la noche, nos damos vueltas sobre la cama y a veces soñamos que estamos de pie en una enorme sinagoga, pero, en vez de leer el libro de oraciones, todo el mundo lee el diario vespertino.

[93]

Nuestro Perro de Montaña de los Pirineos nunca tiene crítica alguna que dirigirnos. Va derecho al grano. Si hay tristeza, ve tristeza. Si se trata de alegría, ve la alegría. Los perros más pequeños huyen de él, y no voltean siquiera a verlos. Los gatos de los basureros lo observan tranquilos y ni se inmutan, aunque su pelaje casi los roce al pasar.

Su corazón late como la campana de un gran templo, y en sus ojos puedes ver el residuo de las primeras eras del universo (antes de la gran ruptura de la creación).

Y también hay una *persona* así. En una panadería. En la aldea árabe de Tarshiha. Éstas son las ideas de las que hablaba Platón. Perro. Hombre.

[94]

Por donde se le vea, los fragmentos de las cosas también son enteros a su manera. Una vez conocimos a una crítica literaria que escribió un poema triste.

Sin duda anhelaba un mundo sin libros o un mundo en el cual los libros encerraran una sola palabra, repetida al infinito.

Era claro que en su habitación (seguramente en un apartamento alquilado) había cuatro o cinco pomos de crema para el rostro en una repisa de vidrio sucia. Y casetes de esa cantante, ¿cuál es su nombre? Mercedes Sosa.

Y el mismo vestido cada vez que salía, puesto que los demás vestidos trataban con crueldad su figura. Y los libros. Algo sobre las revoluciones. Y la psicología. Y la novela más reciente de Saramago.

No sabemos si se rasuraba las piernas, pero, si lo hacía, sugeriríamos que encontrara a un director de publicaciones, en una editorial, dispuesto a acariciarlas.

[95]

Ésta también es la respuesta a la pregunta del Zen acerca del sonido de una sola mano, y también la respuesta a los tormentos de los cuales habla

Freud. Es decir, que alguien debería tocar a alguien, y así sucesivamente.

Pensamos que nuestros lectores deberían utilizar este libro para buscar a otra persona. Por ejemplo, debería dejarlo caer al suelo en un bar o un *pub* y luego recogerlo y preguntarle a una mujer: ¿Es tuyo? O colocar dos copas de vino encima de él (nos aseguraremos de que sea suficientemente grande) o clavar una navaja en él y decir, si la navaja alcanza la palabra *amor*, te irás conmigo (nos aseguraremos de esparcir la palabra por todo el libro), o, si te duele la espalda, deberías poner algo duro bajo la cabeza, entonces sacaremos una edición especial con pasta dura.

En el pasado (recordamos) solíamos amontonar libros en una silla para alcanzar los sitios altos.

[96]

Conocemos a un hombre que se llevó a la tumba uno de los libros del poeta Shneur Zalman (es decir, lo *conocimos*).

Tal vez nuestros lectores no lo sepan, pero Shneur Zalman luchó contra Shmuel Yosef Agnon para que él, y no Agnon, pudiera ganar el premio sueco. Cada uno de ellos (Shneur Zalman y Agnon) tenían partidarios, y buscaron socavarse uno al otro y escribieron cartas y convocaron a embajadores y reunieron a comités que eran hostiles unos a los otros.

Ahora, estos dos escritores (y la mayoría de sus lectores) están muertos y otros escritores (y lectores) han tomado sus lugares, pero no hemos oído hablar de nadie (además de aquel hombre) que se llevara consigo un libro a la tumba.

En el cementerio vimos lápidas sin inscripción y entendimos que la mayoría de estas personas esperaba a sus cónyuges. Pero si acaso te vas a llevar un libro contigo cuando te vayas, deberías llevarte *Cómo ganar amigos*, de Dale Carnegie...

[97]

No sabemos por qué la felicidad es tan triste. Tal vez porque vemos pedazos de cosas, como una mano o una mezuzá, y queremos la cosa entera.

Mi madrastra Francesca ya tenía noventa y tres años y sus ojos habían perdido fuerza. Apenas podía distinguir —y sólo con mucha dificultad y con lentes especiales— formas muy grandes, y no obstante jugaba *bridge*. Llevaba las cartas muy cerca de sus ojos. Al mismo tiempo hablaba muy emocionada con la Sra. Shtiasny y la Sra. Minoff de una cosa u otra.

Lo que no veía, lo sentía, y lo que no podía sentir, lo imaginaba, y nunca

dijo (o pensó) que algo faltaba. Si hubiera escalado el Himalaya, los Rishis la habrían cargado en alto en sus palmas y habrían quemado incienso a sus pies.

Lo que nos molestaba era su forma de hablar siempre sólo de asuntos prácticos. Pero éste es uno de nuestros defectos.

[98]

Hay personas que devuelven la Divina Presencia en Tel Aviv cuando fuman *cannabis*. Un nubarrón flota sobre esta ciudad de pecado, y todo en un santiamén queda perdonado.

La gente que suele ser muy aguda (periodistas, etcétera) considera un reto distinguir un cuchillo de un tenedor, pero un espíritu benévolo entra en sus huesos, y en el transcurso de una hora o dos olvidan (algo tan impropio en ellos) todas las maneras decentes de comportarse.

Conocimos a un hombre que tenía un nombre y un apellido modernos. Algo como Yaron Yar-Ad o Ran Ziv-Or (en la época de las sandalias de kibutz que costaban cuatrocientos shékels). Tenía una alta conciencia política y, por consiguiente, pedía a veces *sashimi* en el menú del mediodía. Ahora (bajo su nube de hachís) ama hasta a los colonos.

Necesitamos revisar en Génesis qué día Dios creó las hierbas (en estos momentos parece demasiado difícil de recordar) y ofrecer una oración de acción de gracias.

[99]

Hay gente en cuyo cuerpo siempre se puede encontrar *cannabis*, y no necesitan mezclarlo con tabaco y encender un cigarrillo, como ese mismo pariente lejano (nacido en 1921) al que llamábamos Tío Shamu.

Primero, saltó de un barco de inmigrantes ilegales en el mar, frente a la costa de Cesarea, con un sombrero de ala ancha en su cabeza.

Segundo, de inmediato trabajó amistad (tras dos o tres días) con una viuda árabe a la que había conocido en Jaffa y se instaló en su casa. Esa viuda en su momento se convirtió en la única persona capaz de hablar húngaro clásico en todo el mundo musulmán.

Tercero, vendió plumas fuente con tapas hechas de oro. Se consiguió una tiendita en la frontera entre Tel Aviv y Jaffa y colocó encima el letrero «Plumas Shamu».

Cuarto, se fue a una mezquita envuelto en un *talit*.

Pero, sobre todo, cuando recorría el camino (de Tel Aviv a Jaffa, ida y

vuelta) sus zapatos tenían la altura de las ventanas de arriba y su sombrero de ala ancha rebasaba los techos.

[100]

En términos generales, lo que flota flota. No hay nada que hacer al respecto. Las noticias están divididas en componentes gramaticales. Sílabas aquí y consonantes allá. A veces oyes, como si fuera checo, una palabra con diecisiete consonantes.

Cada mujer abre los brazos. Sábanas blancas ondean en la brisa. De repente llega el doctor Semmelweis (descubridor de las causas de la fiebre puerperal). Tomas un *espresso* y piensas en una ensalada de repollo. Los signos hebreos de entonación son homosexuales. Vas al Home Center y pides audífonos y te dan aves. Es como si fluyera el agua bajo las calles. Ves los rayos del sol, uno a uno, como un dibujo infantil. Nadie es más adorable que el plomero. Yoel Hoffmann es una marca de talco. Oyes al almuédano por todas partes.

La tarde es la mañana, aunque sea de tarde y la mañana sea la mañana, y no obstante no nos confundimos.

[101]

Aún no hemos hablado de las grandes teorías de la humanidad. A veces el espíritu gira sobre sí como un torbellino en el mar, y el alma se hunde.

Algunas personas no se doblan ante nada. O ruegan a lo que está más allá del mundo que venga y las salve.

Quien vaya al infierno va al infierno. Quien es salvado es salvado. ¿Qué sabemos? Tal vez mucho más allá del mundo, en un lugar al que la luz de las estrellas más antigua no ha alcanzado, un Oso de Peluche está sentado sin que nadie sepa. O un narciso. ¿Quién no se embriaga con su perfume?

Ahora podemos revelar un profundo secreto a los lectores de este libro, pero no tienen derecho de revelarlo a los lectores de otros libros.

Los pies se siguen uno al otro. Las manos parten el aire. La boca se abre y se cierra. Los órganos internos se expanden y se contraen, de acuerdo a su índole. Lo que está fuera se queda parado o camina.

Las oraciones se oyen por todas partes, ya sea que alguien las recite en voz alta o no. Las ranas sólo se necesitan a sí mismas. Los juncos del pantano conocen la dirección correcta.

Y porque estas cosas se estipulan aquí, es un prodigio que este libro se venda por tan poco.

[102]

Aquí nos gustaría presentar a un nuevo personaje. El dueño de calle Nahalat Shiva 7, en Tel Aviv.

Le dieron su nombre uno o dos días después de que naciera. Prepararon albóndigas y recibieron a los invitados. Sacaron la cristalería de la vitrina.

Cuando creció tomó el tranvía y en el Gymnasia llevaba puesto un sombrero con visera. Ahora que está viejo gime cada vez que baja escaleras.

Éste es el hombre. Su vecina del edificio contiguo (el número 9) conviene mejor a este capítulo. Los lectores pueden ver (si se esconden en el patio) cómo baja las escaleras para sacar la basura. Cuando vuelve a su apartamento coloca diferentes ollas sobre la estufa.

Estos dos, concuerdo, son personajes menores. Pero son importantes personajes menores.

[103]

Las palabras «falsificación de documentos corporativos» nos asustan. Tal vez también cometamos semejante crimen. Por otro lado, libros como éstos difícilmente pueden considerarse documentos corporativos y hacemos todo lo posible para no mentir. Lo evidencia el capítulo anterior.

Otros escritores mienten todo el tiempo. Juguetean con nombres y cambian las fechas y demás. Nosotros, en cambio, sólo mentimos respecto a las chicas con las que estábamos encaprichados en quinto y en sexto grado, porque ahora están casadas (aunque algunas sean viudas) y ya hemos visto cómo se quedó viéndonos el marido de una de ellas.

Los escritores deberían ser enjuiciados no por cosas como éstas sino por infligir aburrimiento. Debería haber una cláusula así en el código penal. Nosotros a veces también somos culpables de esto.

Imagina un instante que nos culpen de infligir aburrimiento a nuestros lectores y que nos arrojen a la cárcel y estemos sentados ahí en medio de las familias criminales. Pensándolo bien, es mejor que estar sentados en elegantes librerías de Tel Aviv como el Ratón de Biblioteca.

[104]

Aquí podemos narrar las taimadas actividades de la Sra. Shtiasny y su esposo italiano y la Sra. Minoff y mi madrastra Francesca, y cómo viajaron a la Pensión Rukenshtein en las colinas de Safed.

En esa época nadie recorría en taxi más de unas cuantas calles, y aun así, sólo cuando hubiera algo terrible de por medio. No obstante, se fueron

en taxi, algo que causó revuelo en el hospicio de ancianos austriaco. (Fueron acusados de ser altaneros, despilfarrar y cosas así).

A modo de castigo del cielo (así lo vieron los demás), el esposo italiano de la Sra. Shtiasny casi se cayó del taxi al tratar de azotar la puerta cuando éste rodaba. A la fecha, algunos de los ancianos árabes de Acre recuerdan el espectáculo prodigioso de un taxi pasando por la Ciudad Antigua y la puerta trasera abriéndose de repente y un judío alto arrojado de él cual obús disparado por un cañón mientras dos mujeres lo sujetaban por las piernas y lo jalaban de nuevo hacia adentro.

En el Crucero de Meron, la Sra. Minoff trató de azotar la puerta descompuesta y lo mismo volvió a ocurrir. Es decir, la puerta se abrió de par en par a causa del viento y la Sra. Minoff salió disparada y fue detenida por la Sra. Shtiasny y su marido italiano.

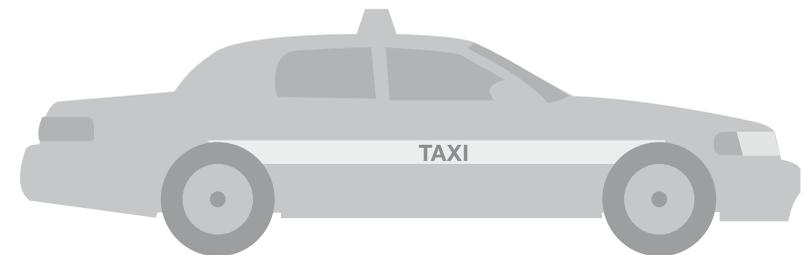
En la pensión en sí el marido italiano de la Sra. Shtiasny sufrió un episodio de sonambulismo y andanza en la habitación de la Sra. Minoff. Pero ya hemos aludido a esto en otro lugar.

[105]

Este incidente con el taxi permite que los lectores aprendan la diferencia entre fabricación (lo que llamamos ficción) y vida.

En literatura (es decir, fabricación), el incidente de la puerta de taxi abierta sólo habría ocurrido una vez, porque el autor sólo quería renovar la fe de los lectores en el realismo de la narrativa. ¿Pero en la vida? La vida está llena de grandes prodigios, y cosas como éstas ocurren dos o tres veces, para consternación y desaliento de escritores de inclinación realista.

Y otra cosa. Un escritor realista no habría mencionado a mi madrastra Francesca, ya que no estuvo realmente involucrada en estos sucesos. ¿Pero en la vida? En la vida se sentaba al lado del conductor (cuyo nombre era Abramov) el viaje entero, y las puertas delanteras del taxi estaban en perfecto estado. No se mencionan detalles como éstos en las historias.



[106]

Y otra cosa. Hemos oído hablar de estudiosos de la literatura, pero no hemos oído hablar de estudiosos de la vida. Es decir que la gente estudia una cosa u otra (como los tejidos o la conducta). ¿Pero la vida?

Los estudiosos de la literatura, por ejemplo, deambulan en el interior de la vida. Tal vez uno necesite examinar la vida desde la perspectiva de esos estudiosos. Una vez conocimos a un estudioso que tomaba medicinas por diferentes enfermedades. Necesitamos llegar a la raíz de todas las enfermedades para entender la vida, y no examinarlas una por una. Tal vez sean una grieta abriéndose entre el alma viviente y la corteza que la rodea.

A veces los estudiosos de la literatura organizan comités y allí puedes ver destellos (como el parpadeo de la aurora boreal) de cosas muy tristes. Una corbata. Lápiz labial. O el orden del día del comité abandonado en el pasillo después de que se fuera todo el mundo.

[107]

A la fecha seguimos sin entender por qué arriba de la carnicería de una aldea galesa dice CARNICERO DE FAMILIA. Tal vez se refiera a una tienda común (que les vende carne a las amas de casa). Sea como sea, leemos el letrero como si fuera la tienda de alguien que masacra a familias.

Y a propósito de carniceros. En la Nazaret árabe vimos un letrero en el escaparate de un carnicero donde estaba escrito HABLAMOS NORUEGO.

Letreros como éstos nos levantan los ánimos. Como los nombres de los bancos en Portugal y España: BANCO ESPIRITO SANTO o incluso el letrero YOSEF AZRIEL ABOGADO Y NOTARIO PÚBLICO. Una vez en Herzliya, al lado de la carretera, vimos un letrero grande que decía FUNN & CO.—CORREDURÍA EN BIENES RAÍCES.

En términos generales, el gobierno debería poner letreros en todo. Deberían colocar el rótulo CASA en cada casa y ÁRBOL en cada árbol y así sucesivamente. De esta manera nos orientaríamos mejor. Tal vez debería enviar un avión al cielo y escribir, con humo blanco, la palabra MUNDO.

[108]

Nos gustaría recomendar Undencil. Se trata de una excelente crema fungicida (para la piel irritada). Puedes aplicarla entre tus dedos de pie o en el área genital y la comezón desaparece instantáneamente.

Si lectores pueden darnos consejos sobre cómo tratar la irritación de vejiga, se lo agradeceríamos. Pueden escribirnos a través de la editorial o el municipio de Ma'alot y las cartas serán transmitidas. Igualmente podemos

recomendar a los lectores cómo bajar su presión arterial gracias al espíritu humano (no aquel que se cierne sobre la faz de la tierra).

En términos generales, los autores deberían hacer muestra de más generosidad hacia sus lectores. Pero generosidad real. No como en ciertos lugares, donde las computadoras están atiborradas con las fechas de cumpleaños y escupen bendiciones el día indicado.

Nos gustaría abrazar a todos nuestros lectores. Hombres, mujeres, los ancianos y niños.

[109]

Porque, ¿qué será el hombre, si no el Tío Shamu? ¿Acaso no todos, de una manera u otra, llevamos puestos un sombrero de ala ancha y saltamos al mar?

Deberíamos llamar todas las cosas por su nombre de pila. Todos los perros. Todas las ranas. Todos los árboles. Una vez nos apiadamos de una calabaza que el jardinero quería arrancar y la llamamos Simcha.

¿Cómo es posible que caminemos debajo del cielo y tengamos no obstante un inconsciente? No creas estas mentiras. El mundo es amplio y ancho y no tiene medida. Y todo es revelado.

[110]

Uno es fuertemente tentado con terminar el libro con estas palabras, pero necesitamos cuidarnos de una franqueza excesiva.

No queremos escribir (como los místicos) cosas que desprendan un olorillo a mojjigatería. Tratamos de escribir una suerte de horario de trenes.

O un manual del usuario. El tipo de cosa que entregan con aparatos (como teléfonos celulares u ollas de presión), con instrucciones acerca de cómo operarlos. O algo como el *Kama Sutra*.

Es cierto, todo es revelado. ¿Pero *cómo* es revelado? Es revelado bajo la forma de cierta mujer, u otra mujer, y en todos tipos de colores y todos tipos de ropa y tipos de clósets, y todo esto es interminable.

Una vez, en una posada campestre, en Irlanda, esperábamos que nos llevaran el desayuno y no llegó nadie. Tras alrededor de una hora fuimos a la cocina y encontramos al dueño profundamente dormido en una silla con una botella de whisky frente a él en la mesa ●

TRADUCCIÓN DE OLIVIER TAFOIRY,
A PARTIR DE LA TRADUCCIÓN DEL HEBREO AL INGLÉS DE PETER COLE

Hamutal Bar-Yosef

OBSEQUIO

Tenía yo nueve años cuando decidí hacerle un regalo a mamá en su cumpleaños, hacerlo sola, y por lo tanto en secreto, algo que yo pueda, algo que haya hecho yo misma, darle la sorpresa, que le guste, que le dé una alegría.

En secreto cosí un pañuelo, una servilleta, un paño, algo parecido a una billetera.

En secreto corté la manta de la muñeca en tiras multicolor y las cosí en punto perro y punto atrás que habíamos aprendido.

Mamá recibió de papá un broche de plata de Bezalel, de filigrana, con forma de montañas gemelas. Ella lo colocó entre sus senos, sobre el vestido azul.

Acerca de mi regalo dijo: Hubiera sido mejor hacer uno grande. Más de cincuenta años me duró el impacto. No supe qué responder. «Hubiera sido mejor hacer uno grande», fui entendiendo.

Ella murió hace pocos años sin que lo hayamos hablado. Pero hoy me enteré que dentro de poco me reuniré con ella y le diré: Mamá, eso es lo que hice. Es lo que pude.

Un pañuelo, una servilleta, un paño y algo parecido a una billetera.

אמי הכלה מאבי סבה מסכה שלי "בעלאל".
עשויה חשוי פיליטנו, קצויות לפני כרזים קאלים.
היא הניקה אותם ביו ענדית, על השקלה הכחלה.

על הסמנה שלי היא אסכה: יותר טוב כנה לעשות נקר אקר גדול
יותר סמנשים ענה נשארתי בטוקת. לא כנה לי מה לעשות.
"יותר טוב כנה לעשות נקר אקר גדול", הבנתי יותר יותר.

היא סכה לפני ענים לא הכות קלי עשכתי אקה על זה.
אכל היום טנדע לי סקאם עקקרוכ אקגש אוקה נאקר:
אקא, זה מה עשיתי. זה מה עשיתי.

מסמנה. ספית. סמלית ומעשה עדוקה לארנה.

סמנה

הייתי בת תשע כשהחלטתי לעשות סמנה לאמי ליום הולדת.
לעשות לבדי ולכן בספר, מעשה שאני יכולה.
מעשה עשיתי לבד, עניעשה לה הסמנה.
עניעשה נהקר בענייני, עניעשה לה קצת עסקה.

בספר תפכתי מסמנה. ספית אכל, סמלית, מעשה עדוקה לארנה.
בספר נזרתי את עמיכת הבנה לפסות בד עכעוני
והספתי אותם בספר סמנה וקשר סמנה עילטנו.

UNA VIEJA CANCIÓN

Y 12 REFLEXIONES SOBRE LA PALOMA

*Una paloma salvaje abre su pico en el siroco
junto a los residuos de carne que dejó el perro.*

*Picotea, picotea, con las hormigas
como un halcón más.*

1

Eras un encanto
cuando tenías pestañas temblorosas
y un cuello delicado
y toda cubierta en plata
pura.

2

¿Has sido más que nada un ángel?
Es cómodo
agitar así
la somnolienta mano
shalom, paz.
¿Por qué quisiste salir por la ventana?
¿Querías traer a casa una condecoración?
¿Te atrajo el azulado desierto
semejante a la pureza?
¿Quisiste desmayarte de absoluto?

3

Tu piel es demasiado blanca.
El sol de Jerusalén
te acariciará un día entero.
No podrás dormir una semana
por las quemaduras.

4

De dos en dos salieron del arca
pestañeando.
No se apresuraron a depredar.

5

Has demostrado que el diluvio no destruyó
las raíces de olivo.
Las raíces del mal están más profundas en esta tierra.
¿En qué manzana sodomita haces el amor?
¿Y sobre qué construyes?

6

Construir un nido
cuidar a los pichones
del búho
del águila
del rayo
de la abeja
del mal de ojo
de la epidemia
de la plaga de primogénitos
de la muerte en guerra
de otras palomas
de sus hermanos pichones
y de sí mismos.

7

Y la tierra está llena de hormigas
negras, blancas y que escriben,
algunas vuelan, otras hacen hormigueros.
Entra, extenderán sobre ti sus alas,
participarás de su envenenada charla
buscando familia.

8

Cuenta cuántos te han quedado en casa.
Aprende a gritar.
Querrás vengarte.
Tu garganta se fortalecerá y endurecerá.
Tu voz se hará grave.

9

Decían que conservó la imagen aploma
incluso en la sala de emergencias, pese a
las radiaciones, las agujas y todo lo demás.
Otros contaban de los gritos
precisamente después del tratamiento.

10

¡Sal ya de ti misma, paloma consentida!
Sé original de pico lacerante.
¡Baila al nuevo ritmo!
¡Alíate a una fuerza de consuelo!
Vota con la cabeza contra la pared
así
te han enseñado a confiar sólo en la locura.

11

Y ahora enciende el televisor:
mujeres de todo el mundo te condenan
gritan a coro *arabieh falastin*.
Son más jóvenes y más nobles de alma que tú.
Allí estás tú, como en un espejo parlante,
hablando sobre paz y amor con voz ronca
picando, picoteando, un halcón entre halcones.

12

Cuando me senté en las cálidas escaleras al viento,
el aire lleno de semillas de diente de león,
el perro echado a mi lado satisfecho y acariciado,
y una paloma salvaje, de pico abierto,
mueve con él el plato de lata
muy cerca de mí.

EL TIEMPO

¡El tiempo! El tiempo que te lleva entender
que ello sucedió.

Que no hay, que no está, estuvo y ya no está.
¡Está muerto, muerto! Y no resucitará.
No aparecerá con displicencia.
No sorprenderá retornando imprevistamente.
Es tiempo de veneno
adentro y afuera.
Tiempo de morir todo el tiempo.
Tiempo de que todo sea piedra
grande, gris, sospechosa, conspiradora.
Tiempo de ser ciego a las diferencias
entre los matices de rosa,
tiempo de ser sordo al aullido del gatito callejero
y al grito del pichón de cuervo desmayado.

Tiempo de decidir sobrevivir.
Con los dientes. Con las uñas.
Tiempo del grito acallado. Tiempo de sangre.

¿Cuánto, un año? ¿Diez? ¿Cien? ¿Mil?
A mí me llevó treinta.
La segunda vez sólo diez.
Después comencé a vivir,
a amar, a escuchar.

SI LOGRAS RECORDAR

Si logras recordar cómo me diste de comer
mitades de cerezas de tu boca
con la habilidad de un actor de cine
y cómo al cabo de un año te propuse probar
la tibia leche que emanaba de mis pechos duros
y cuál fue la expresión de tu rostro cuando lo hiciste
y cómo comiste y elogiaste el primer arroz mal cocido
y el pollo cocinado con sus vísceras el primer otoño
cuando comimos mi primera comida previa al ayuno*

* La comida previa al ayuno es la que se come antes de que comience el Yom Kipur, Día del Perdón (*N. de la T.*).

y cómo me compraste con las primeras regalías
un vestido de gamuza gris y guantes de gamuza violeta
y cómo a escondidas y en cuotas te compré
la bata de lana con el cuello chino
y si logras recordar mi tapado de cuero
y el pantalón pijama celeste tuyo
que extendimos en el jardín del hospital
entre arbustos no muy altos
cuando me escabullí a visitarte de noche porque habías
llamado para decir que tenías necesidad
y yo ya era madre de cuatro hijos
y cómo volviste a casa de la reserva en plena noche
y qué feliz y orgullosa estaba yo de que fueses mío
y si logras recordar cómo pusiste tu cabeza en mi regazo
y cerraste bien los ojos frente al lago
que rutilaba entre los árboles
en el banco en la avenida enseguida
después de firmar el contrato
y entendí que ahora eras realmente feliz
y si logras recordar cómo te retuve con todas las fuerzas
que pude juntar en mi enclenque cintura
mientras gemías en la bañera con el llanto de un oso herido
y cómo aferrabas mi hombro y mi preñado
vientre en el funeral de mi padre
y que me había puesto el vestido al revés
y no podía dejar de llorar
y me perdonaste heroicamente las mentiras
y las actitudes vengativas
y si logras recordar la espinosa planta de zarzamoras
que se empeñó en crecer pese a que los
obreros le echaron cemento

entonces recuérdame, por favor
porque tiendo a olvidar cosas últimamente.

VERSIONES DEL HEBREO DE YORAM WEINSTEIN

El retrato de la señora Moskowicz [fragmento]

YEHOSHUA KENAZ

DESDE LA ENTRADA lateral veía la señora Moskowicz un rectángulo de césped, y en el centro se alzaba, alto y frondoso, un árbol de grandes hojas de tono verde oscuro. Un sendero asfaltado atravesaba el jardín, separando el césped de la superficie cubierta con baldosones cuadrados, sobre los cuales se hallaban diseminadas sillas y mesas blancas sombreadas por claros toldos. Unos diez visitantes se hallaban sentados, conversando suave y agradablemente con sus enfermos. Al parecer eran pacientes de un sector más elegante, distinguido y secreto, se dijo, allegados a la jerarquía, a quienes estaba destinado ese jardín en exclusividad. Hasta la forma de vestir de los pacientes le pareció aquí más agradable que en su sector. Los rostros de sus visitantes, su atuendo y su conducta eran fiel testimonio de su posición. El ambiente parecía el del jardín de un café en Europa o el de un refinado hotel en una ciudad con baños termales, más que el de ese tipo de hospital. Todos hablaban pausada y cortésmente, en el jardín reinaba un silencio de reposo y respeto, sin niños pequeños que correteaban constantemente por los pasillos de su sector, riendo, gritando, peleando ruidosamente, aun a la hora de la siesta, que desobedecían a sus padres, entraban a las habitaciones de los pacientes, se acercaban a sus camas y les clavaban curiosas miradas, malintencionadas.

Para salir a ese jardín, la señora Moskowicz debía pasar por la puerta estrecha y subir un peldaño hacia la superficie plana de la que partía en declive el sendero de cemento. A ambos lados del sendero había arbustos de flores anaranjadas. Intentó hacer girar las ruedas de la silla, avanzar, subir el escalón, lo intentó una y otra vez y no lo logró. Casi desesperaba y se resignaba a desistir, pensando ya en retroceder y volver a su sector, cuando de pronto sintió que alguien detrás de ella inclinaba la silla y lentamente la hacía subir el escalón. Antes de entender lo que estaba sucediendo y alcanzar a volver su rostro para ver de quién se trataba y agradecer la ayuda, percibió

que su silla de ruedas, ya en el sendero, era impulsada desde lo alto de la pendiente hacia abajo e iniciaba el descenso, suave primero y vertiginoso después. El sendero no parecía particularmente largo, pero el descenso se prolongó tanto tiempo, sospechosos largos segundos, hasta que la silla volcó al final del sendero y ella perdió el conocimiento. Es imposible precisar cuánto tiempo estuvo en el piso hasta que volvió en sí. Trató de deshacerse del peso de la silla sobre su espalda pero no pudo. Gritó pidiendo ayuda, sin saber si alguien la oyó. Transcurrió un largo rato hasta que la silla le fue quitada, dos manos fuertes la levantaron, la sentaron en la silla y la empujaron por el sendero cuesta arriba. Ella abrió los ojos. En el jardín no había nadie. Nadie en el terreno embaldosado, las sillas blancas estaban vacías y los toldos recogidos. Sólo ella pasaba por allí ahora. Ella, y la enfermera Satana, a quien odiaba, empujaba la silla reprendiéndola desde atrás con su voz áspera, como si le rasguñara la nuca con sus uñas: «¿Qué has venido a buscar aquí? Merecías haberte muerto. Éste no es lugar para ti, es para otra gente. Vivirás otras siete veces y aun entonces no llegarás aquí». Había tanto odio en la voz de la jefa de enfermeras. A la señora Moskowicz ya no le cabían dudas de que había sido Satana quien antes la empujara a su muerte, de la que se había salvado milagrosamente. Y tampoco le cabían dudas de que volvería a intentar asesinarla.

Pasó mucho tiempo hasta que su memoria le devolvió este suceso. Entonces ya se había incorporado de la silla de ruedas y caminaba con un andador. Todas las noches después de la cena se sentaban, la señora Moskowicz y sus amigas, en las sillas a lo largo de la pared del extenso corredor, y echaban una mirada a los programas vespertinos de la televisión. Una de esas noches les contó acerca del intento de Satana de ponerle fin a su vida de manera tan cruenta. Hablaba en voz muy baja y miraba reiteradamente al corredor, por si aparecía Satana, que conocía su idioma y podía llegar a oír lo que contaba. Las amigas respondieron desapasionada e incrédulamente. La señora Moskowicz insistió en su versión y defendió la veracidad de su juicio.

Frida terció con su voz grave, de tésitura masculina: «Si en verdad esto sucedió la primera semana de tu llegada aquí, ¿por qué esperaste todos estos meses, por qué es la primera vez que nos lo cuentas?».

Ciertamente la señora Moskowicz no sabía por qué. ¿Por qué olvidó el suceso durante tanto tiempo y sólo anoche, al despertar, lo recordó vívido y punzante como nuevo? Pero bien sabe que sucedió realmente, no se trata de un sueño ni de una ficción, todo revive en ella como si hubiera sido ayer. ¿Y por qué no le creen?

Clara dijo: «Parece una película de la tele», y rió silenciosamente. «Quizás lo soñaste», bramó Frida.

«Ningún sueño, fue verdad, sucedió realmente. Fue en invierno, yo todavía andaba en silla de ruedas. Tengo el recuerdo vívido como si hubiera sido ayer».

«Supongamos que realmente sucedió», dijo Alegre con su voz tenue, siempre ronca, «¿cómo sabes que fue Satana? Tú misma dices que no alcanzaste a mirar atrás cuando eso pasó...».

La señora Moskowicz le lanzó una mirada incrédula, indignada: ¡Cómo se atreve! ¿Qué es eso de «supongamos»? ¿Acaso la considera una mentirosa? Nunca hubiera esperado de ella una reacción así, dado que la apreciaba por ser «un alma simple». No lo iba a tolerar, sobre todo viniendo de ella. ¡Qué desagradecida! Siendo que era ella quien la mantenía. Si bien no era mucho dinero, como es usual en estos días, pero ella tampoco era una persona rica y vivía de su jubilación (había sido profesora de francés en una escuela de los barrios duros de los suburbios). Pero si se tomaban en cuenta las pocas necesidades de Alegre y su difícil situación, algunos *shkhalim* diarios no eran de despreciar a cambio de la pequeña ayuda que se requería de ella, que le alcanzara algo o lo volviera a poner en su lugar, y más aún cuando Alegre de todos modos andaba sin rumbo fijo de aquí para allá. El lavado de ropa interior fue Alegre misma quien se lo propuso cuando vio las dificultades que tenía para agacharse. En cierta oportunidad Alegre la encontró en el baño inclinada sobre la tina en que lavaban la ropa, gritando de dolor. Se arrodilló a su lado, tomó la ropa de sus manos y sin decir palabra completó la tarea. Desde entonces lavaba siempre la ropa interior de la señora Moskowicz y luego se resarcía: untaba la piel reseca de sus manos, agrietada, sufrida por el jabón abrasivo, con la crema de manos que pagaba la señora Moskowicz. Alegre la usaba a menudo, aun después de sus propios lavados, y en cualquier otro momento —y la señora Moskowicz nunca le dijo nada al respecto. Y ahora ella decía: «Supongamos que sucedió...».

«Y aun si fuera cierto», insistió Frida, formulando sus dudas, «¿quién se muere por caer de una silla de ruedas? A lo sumo se puede lastimar. ¡Pero todo ese cuento suena tirado de los pelos!».

Frida tenía familia. Su hijo, su hija y sus nietos venían a visitarla a diario. Los médicos y las enfermeras los atendían afablemente, escuchaban sus deseos y trataban de satisfacerlos. Toda queja de Frida hallaba eco en el personal. Ella no les contaba nada a sus amigas acerca de la situación económica de su familia, y, cuando le preguntaban, evitaba responder. La señora Moskowicz suponía que eran muy adinerados y de buena posición.

«¿Qué te pasa, Yolanda? ¿Qué cosas nos cuentas?», dijo Alegre.

En las palabras de su amiga se notaba una seguridad inédita, un tono de igual a igual. Se oía en el ambiente un aire de complot. La humillación por

la traición de Alegra le carcomía el alma como un insecto molesto, pero no dijo nada, ni esa tarde ni después.

La señora Moskowicz era grande y robusta, su rostro muy gastado, y entre los párpados caídos y la piel enrojecida en la concavidad bajo los ojos, a través de estrechas grietas, aparecían angostas líneas de sorprendente celeste, un celeste primigenio, límpido y claro, cual lejanos, perdidos, jirones de cielo. Enmarcando su rostro caído, sufrido, su cabello siempre teñido de castaño opaco, sin brillo, sin vitalidad, quizás por exceso de cuidado, recogido y batido, semejando más una peluca que cabello natural. Trataba su cabello con unción casi religiosa, como si ejerciera una suerte de protección sobre ella; no lo hacía para guardar las apariencias, sino en virtud de algún compromiso interno inexplicable incluso para sí misma. Hacía años ya que sus piernas enfermas se resistían a sacarla de su departamento en el cuarto piso. Vecinos y mandaderos de tiendas a las que telefoneaba atendían sus pocas necesidades. Pero la peluquera encargada de su cabello durante todos los años que pudo ir a la peluquería, una mujer insensible y codiciosa, no había aceptado venir a domicilio una vez que el estado de sus piernas se agravó, a pesar de la generosa compensación que le propuso y de sus reiterados ruegos y vanos esfuerzos por despertar su compasión. Sin embargo, la señora Moskowicz no se atrevía aún a poner en manos ajenas la corona de su cabeza. Tan era así que las únicas salidas de su casa eran esforzadas peregrinaciones al altar de la cruel déspota que pesaba sobre su cabeza, que año a año se volvían más arduas.

Cada dos semanas se fatigaba torturando sus piernas al bajar por la escalera desde el cuarto piso para abordar el taxi que había pedido y la esperaba frente a su domicilio, para llevarla hasta la peluquería de la esquina de la cuadra siguiente. Y cuando los vecinos la oían quejarse, suspirar y respirar pesadamente en los rellanos de las escaleras, sabían que la señora Moskowicz iba a la peluquería. Sacaban una silla al descanso para que se repusiera y reuniera fuerzas y bebiera un vaso de agua, mientras alguno se comedía a tranquilizar al taxista, que no cesaba de tocar la bocina impacientemente. Ella se sentaba en la silla, pálida y agitada, con su cartera colgada del brazo, llena de ungüentos y esprays para acondicionar su cabello, mostrando sus gruesos muslos, pesados, y balbuceando a media voz, quizás para sí misma o para los vecinos a su alrededor: «Como cuchillos adentro, como mil cuchillos».

En una de aquellas salidas trastabilló y cayó. Y se quebró la pierna.

Cuando despertó después de la operación, ni bien volvió en sí, su primer pensamiento fue: de haber aceptado la propuesta de la peluquera la última vez que la visitó y haberse hecho la permanente, se habría liberado de la preocupación por su cabello, por lo menos las primeras semanas de

internación. La salvación sobrevino recién en el hospital G., al que fue trasladada algunas semanas después de la operación para su rehabilitación: del barrio vecino llegaba una vez por semana una peluquera equipada con todos los ungüentos y los materiales necesarios, pasaba por todas las secciones y por todas las camas de los pacientes, hombres y mujeres, cortando, afeitando, peinando y haciendo, además, de manicura y pedicura. La señora Moskowicz se había enterado por las pacientes más veteranas de que la jefa de enfermeras, Rosa, era quien había traído a la peluquera al hospital y preservaba celosamente su exclusividad allí. Hubo también quienes dijeron que la enfermera Rosa recibía un porcentaje de las ganancias de la peluquera. Pero esos rumores sólo reforzaron la confianza que la señora Moskowicz depositara en Pnina, la peluquera, una vez que hubo comprobado las bondades de su oficio, quedando tan satisfecha que le propuso que aun después de rehabilitada, cuando volviera a su casa, siguiera atendiendo su cabello en Tel Aviv. En la sección de la señora Moskowicz no eran muchas las clientas que requerían los servicios de Pnina. Algunas de las pacientes estaban parálíticas, otras tenían las piernas amputadas, y la mayoría estaban totalmente desquiciadas o ya tan arruinadas que no prestaban atención al peinado. De modo que, semanalmente, Pnina, la peluquera, le dedicaba varias horas a la señora Moskowicz.

La noche siguiente volvió a recordar la caída con la silla de ruedas por la pendiente del sendero del jardín elegante. El sonido de la risa de León en el pasillo la despertó de su sueño leve. Se alivió al comprobar que nada le sucedía ahora, que lo acontecido en el jardín había sido hacía tiempo y sólo los resabios de su recuerdo le jugaban ahora una mala pasada. Hizo un esfuerzo por desentenderse del ruido proveniente del corredor y dormirse, porque estaba muy cansada. Pero las voces se tornaron más fuertes. La señora Moskowicz podía reconocer cada una de las voces de quienes oía hablar en el corredor. Junto al mostrador de la enfermera de turno, frente a la entrada a las habitaciones, se reunían varios de ellos a mirar televisión, reír y divertirse. La voz de León masculló algo, y las enfermeras le respondieron a carcajadas. Por la risa no era difícil suponer que había dicho algo soez, les había insinuado alguna grosería o había contado algún chiste subido de tono. Muchas veces se había arrepentido la señora Moskowicz de haber confiado en León, y, en momentos en que se había ilusionado con un lazo de cercanía afectiva, hasta le había contado su vida. Él era un muchacho tosco, sin edad, de calvicie avanzada y cara redonda, grandes ojos saltones de mirada huidiza, de tez morena y mucha fuerza en sus gruesas y velludas manos. Ella supuso que, así como ella misma, también las enfermeras se sentían perversamente atraídas por lo que había en él de animal, de oscuro y de dudoso.

Varias veces ha cambiado de parecer con respecto a León, siempre sintió rechazo ante sus groserías y la intimidaba su violencia contenida, pero siempre que él venía a ayudarla a levantarse, le extendía sus vigorosas manos, la sostenía de los codos y con un alarido de aliento la alzaba hasta que ella se paraba sobre sus pies y se apoyaba en el andador, la embargaba un sentimiento cálido hacia él y se apenaba por haberse apresurado a condenarlo, se sentía culpable (le adelantaba la mensualidad que le daba) y temía que él la odiara. Las pacientes sospechaban que estaba relacionado con los robos de dinero que ocurrían en la sección, y ella tendía a creerles, pero no tenía ninguna prueba concreta de ello. Era de ánimo cambiante. A veces incluso cambiaba delante de su vista, en un santiamén pasaba de ser un hombre jovial y de buen corazón, a otro sombrío y reservado. Más o menos así eran todos los hombres que había conocido en su vida. Al principio pensaba que tenía que ver con la suma que le había dado, después entendió que no era lo único que incidía en sus estados de ánimo, sino también cosas que surgían de su alma y de las circunstancias de su vida que ella desconocía.

«¡Por mi vida que ahora te mato! ¡Uy, no te imaginas lo que te hago!», se oyó el chillido de la jefa de enfermeras, Rosa —a quien la señora Moskowicz llamaba para sí y entre sus amigas Satana—, un grito ronco, burdo, cargado de deseo. También la voz fina y suave de Shulamit, la menuda etíope a quien la señora Moskowicz consideraba un alma pura aprisionada en una vasija negra, se oía ahora diciendo, ahogada por la risa: «¡Déjame, León, déjame!».

En esos momentos León despectaba en ella rechazo y amargura. Y así como en otras oportunidades, también esta vez decidió que en el futuro se abstendría de hacerle confesiones y mantendría mayor distancia en su relación con él.

En la cama contigua a la suya suspiró su amiga Alegre, se incorporó lentamente, meneó la cabeza de lado a lado como diciendo «No, no», se levantó y fue al baño. Alguien en el corredor dijo: «Shshsh...», y las voces se silenciaron, vaya uno a saber por qué, pero seguramente no fue porque vieran pasar a Alegre rumbo al baño. La señora Moskowicz aguardó a que Alegre regresara, y cuando se acercó a su cama la llamó en voz muy baja, le extendió el vaso vacío que tenía sobre la cajonera y le susurró un pedido. Alegre se volvió y fue hasta el baño, tardó más de lo necesario y de pronto se oyó desde allí el ruido de un vidrio al romperse, un golpe y una caída. La voz de Alegre no se oyó. La señora Moskowicz quedó alelada. Sólo tras una pausa muy prolongada logró pronunciar palabra y gritó: «¡Enfermera! ¡Enfermera! ¿Qué le pasó a Alegre allá en el baño? ¡Rápido!».

Aún le costaba levantarse sin ayuda. La dificultad estribaba en pasar de sentada a parada. Los dos aros que pendían a la cabecera de su cama la

ayudaban a incorporarse, pero sus débiles rodillas no lograban sostener el peso de su cuerpo. Nadie acudió a su llamado. El bullicio procaz que se oía hasta hacía un rato se había tornado sospechoso silencio. La señora Moskowicz volvió a llamar: «¡Enfermera! ¡Enfermera! ¡Alegra se cayó! ¡Pronto!».

Se tomó de los dos aros, se sentó en la cama, hizo un gran esfuerzo e intentó ponerse de pie. Por un momento le pareció que podría dominar el maldito peso, pero inmediatamente su cuerpo se desplomó sobre la cama. Por fin entró la enfermera Susi a la sala:

«¿Por qué gritas? ¡Despertarás a todo el hospital!».

«Alegra se cayó en el baño».

La enfermera fue al baño, y al salir llevaba a Alegre en sus brazos.

Una vez que la hubo acostado en la cama, encendió la luz junto a ella, y la señora Moskowicz vio a Alegre acostada de espaldas y en silencio, y su cara bañada en sangre. La enfermera salió a traer lo necesario para atender a Alegre y la señora Moskowicz estalló en llanto. De susto, pero también por compasión. Por primera vez desde hacía muchos años no se compadecía de sí misma ni lloraba su amargo destino, sino el de su prójimo. Lloraba de amor por esa mujer, que la atendía por pocos pesos, que le servía de piernas en lugar de las suyas endurecidas. El llanto borró todo dejo del rencor que guardaba en su corazón contra Alegre, que había osado poner en duda su relato.

La enfermera volvió trayendo algodón y un frasco lleno de alcohol u otro líquido transparente que la señora Moskowicz no conocía, y comenzó a enjugar la sangre del rostro de Alegre. Al ver que la señora Moskowicz lloraba, le dijo: «No es nada, es sólo el vidrio que se le rompió en la cara. Se le va a pasar. No tengas miedo, de esto no se va a morir».

Alegra no se movió ni mostró señales de vida cuando el algodón humedecido tocaba sus mejillas y su frente. Su sangre enferma corría por su rostro. Su cuerpo escuálido, su cabeza calva por el tratamiento de su enfermedad, la hacían parecer un muchacho repentinamente envejecido. Nunca la quiso tanto como en esos momentos.

La jefa de enfermeras entró a la sala y revisó a Alegre. Miró a la señora Moskowicz y dijo: «Yolanda, ¿tienes miedo de quedarte sin sirvienta que te alcance todo lo que necesitas?». «Ella no es una sirvienta», protestó la señora Moskowicz, elevando la voz; «No sabes de qué hablas. Nosotras somos amigas y nos ayudamos mutuamente. ¿Qué no lo entiendes? ¿No sabes que soy una persona enferma de las piernas?».

«¿Y de quién es el vaso que le cortó la cara, no es tuyo? Seguramente la mandaste a traerte agua», dijo la enfermera.

«No», dijo la señora Moskowicz, «no es cierto».

Alegra empezó a moverse, abrió los ojos, miró hacia ambos lados, puso la mano en su frente y miró con extraña indiferencia la mancha de sangre en la palma de su mano. Luego miró a la llorosa señora Moskowicz y le mostró su mano manchada con sangre, anverso y reverso, y nuevamente anverso y reverso, como diciendo: «¿Qué me pasó?». Entretanto la enfermera terminó la curación, apagó la luz y volvió a su puesto en el mostrador del corredor.

«No me duele nada», se oyó decir a Alegra con su voz ronca, hablando en el idioma de ellas. «No es nada, no es nada». E inmediatamente agregó, como sorprendida: «No sé qué fue lo que me pasó. De pronto me caí. Quizá me desmayé. Nada inusual. Realmente nada». Y dado que no recibió respuesta alguna de parte de la señora Moskowicz, siguió hablando en la misma tesitura: «Ya te dije una y mil veces que no me importa morir, ni cuándo me voy a morir. Tampoco me importa si en ese momento sufro algún dolor. Sólo una cosa me aterra: morir sola, en la oscuridad, en una habitación vacía, sin una persona a mi lado. ¡Oh! Diosito mío, sólo que no me muera sola. Sola no. Sola no. Sola no...». Así repetía y susurraba en la oscuridad con una voz exenta de todo temor. Cuando se trataba de la muerte, Alegra mezclaba palabras en ladino. Según los médicos le quedaban pocos meses de vida. Ya no se le administraba ningún tratamiento médico y en el hospital querían darle el alta dado que ya no podían ayudarla y considerando que, a pesar de su debilidad, podía manejarse sola. Por eso trataba con todas sus fuerzas de concitar la compasión de todos de modo de conjurar esa decisión, postergarla de semana en semana, porque quería morir en el hospital, junto a sus amigas. Una mujer de unos cincuenta años de edad, que conocía el idioma en que hablaban, de nombre Adela, la cuidaba y la ayudaba en todo tipo de tareas cuando Alegra aún estaba en su casa (una habitación bajo las escaleras de un viejo edificio en Ramala). Cada dos o tres días venía Adela al hospital a visitar a Alegra, le traía cocidos que eran de su gusto, le compraba lo que necesitaba, le dejaba algo de dinero del Seguro Social que se le depositaba en su cuenta bancaria y luego masajeaba largo rato, y con una suavidad indescriptible, el cuerpo enjuto, dolorido, y untaba con aceite para bebé la piel reseca, áspera, agrietada por la enfermedad [...] •

TRADUCCIÓN DEL HEBREO DE MARGALIT MENDELSON

Pensamientos de sed

URI ORLEV

EN EL ÚLTIMO AÑO de escuela llegó un niño nuevo que no me dejaba beber agua. Cuando un grupo de nosotros rodeaba el grifo del agua fría se paraba junto a mí y me apresuraba para que terminara de beber: «¿Todavía no acabas? ¿Por qué no te tomas toda la llave? ¿Qué no ves que hay más gente esperando para beber?». Y si no me hubiera importado tanto no arruinar el placer que me daba tomar agua, le habría dado un buen golpe.

Además, tuve la mala suerte de compartir habitación con él. Por la noche yo apagaba la luz y él se levantaba a prenderla. Entonces me levantaba y la apagaba, pero él de nuevo se levantaba y la prendía. Así que me levantaba, la apagaba y me quedaba parado junto al apagador. Entonces él se paraba, me empujaba y la volvía a prender. Y yo lo empujaba de vuelta y entonces nos olvidábamos por completo acerca del asunto de la luz y comenzábamos una pelea a golpes, sin importar si la luz estaba prendida o apagada. Daniel gritaba groserías para hacernos parar, pero Miki no decía ni una palabra. Miki también había llegado en el último año de escuela, pero nadie le prestaba mucha atención. Era pequeño, flaco y callado. Era pensativo y no siempre escuchaba cuando las personas le hablaban. Escribía poemas y era mal estudiante. Yo reparé en él un día y tuvo que ver con tomar agua.

Yo era quien llegaba al último al grifo de agua fría, para que los niños antes que yo hubieran terminado de beber y estuvieran en otra cosa. Si hubiera llegado al mismo tiempo que los demás niños, habría tenido que esperar un rato, arreglar mis sandalias o fingir que estaba ocupado haciendo algo para poder beber a solas. El agua, cuando fluye, y especialmente cuando está siendo servida a una jarra de cristal, me parece tremendamente impresionante. Dejaba que el agua goteara y escurriera por mis manos. Luego cerraba los ojos y veía una tormenta de arena en el desierto, como las que ves en el cine. Me veía a mí mismo caminando, tropezando y volviéndome a levantar, con la boca seca y los granos de arena raspándose contra mis dientes, con los labios partidos y ardidos, y la

lengua hinchada. Y en medio de ese delirio de calor trataba de susurrar: «¡Agua! ¡Agua!...». O, si no, flotaba en el mar sobre una lancha, sobre una puerta de un barco hundido. A la deriva en el mar salado y azul, con el sol quemando sin piedad desde lo alto, ahí estaba yo muriendo de sed. Y sólo entonces abría yo el grifo y bebía. Pero alguien aparecía al instante, Eldad o Daniel, o ese Rami, y me tocaban el hombro y decían:

«¿Te puedes apurar?! ¡Hay otras personas que quieren beber también, hoy, de ser posible!». ¿Qué no pueden dejar que una persona mitigue su sed? Después de que me hacía a un lado, abrían el grifo, daban un sorbo y se iban.

Entonces llegó Miki.

Y le dije: «Pásale».

«Está bien», me dijo, «bebo después de ti».

«Está bien», le dije, «bebe».

«Bebe, bebe», me dijo, «está bien».

Enfadado, cerré el grifo. Él lo abrió y se acercó a beber. ¡No lo podía creer! Estaba pensando en la sed. De todas las personas, Miki. Podía verlo claramente: cerraba los ojos y el agua escurría por su cara, por su cuello. Me senté en el pasto. Después de terminar, regresé al grifo y él se sentó y me miró.

Le pregunté: «Miki, ¿piensas en la sed?».

Movió la cabeza para decir que sí.

No volvimos a hablar del asunto. Cada vez que teníamos sed, bajábamos al patio y bebíamos del grifo del agua fría. No importaba quién lo hiciera primero.

Un día caminamos hasta la orilla del Mar de Galilea y nadamos en el lago hasta que el agua nos llegaba hasta la barbilla. Nos quedamos parados ahí durante una hora —casi morí sobre la puerta de aquel barco hundido— y luego abrí la boca y bebí. Cuando volteé a mirar a Miki vi que su boca estaba completamente abierta; también estaba bebiendo el agua.

«Sabes», me dijo, «estoy enamorado de esta chica».

Me sorprendió. Después de todo, nunca antes habíamos hablado.

Continuó diciendo: «Sabes, bebe limonada con los ojos cerrados y piensa en la sed».

Cerré los ojos y pensé que me gustaría conocer a una chica como ésa. Le preguntaría: «¿Estás pensando en la sed?». Y luego cada quien viajaría desde lugares distintos del mundo para encontrarnos en cierto lugar, consumidos por nuestra añoranza, y beberíamos con los ojos cerrados.

Abrimos la boca de nuevo. El agua del lago se agitó y la tragamos, azul y suave, y el sol nos quemaba. Era mediodía •

TRADUCCIÓN DE PABLO DUARTE, A PARTIR
DE LA TRADUCCIÓN DEL HEBREO AL INGLÉS DE LEANNE RADAY

AGI MISHOL

GANSOS

A mi maestro de matemáticas, Epstein,
le gustaba que yo pasara al pizarrón.
Decía que mi cabeza sólo servía para llevar sombrero
y que un pájaro con un cerebro como el mío
volaría al revés.
Me mandaba a cuidar gansos.

Hoy, a años de distancia de su sentencia,
cuando me siento bajo la palmera
con mis tres preciosos gansos,
pienso que mi maestro de matemáticas era visionario.
Tenía razón,

אווזים

אפסטיין, המורה שלי למתימטיקה,
אהב להוציא אותי ללוח.
אמר שהראש שלי מתאים רק למכונת
אמר שצפור עם שקל כמו שלי
היתה עשה אוויר.
שלה אותי לרעות אנונים.

עכשיו, במרחק שנים מן המעשט הזה,
כשאני יושבת תחת הדקל
עם שלושת האנונים הנסים שלי,
אני חושבת שאולי הכוונה אז לקאות,
המורה שלי למתימטיקה,
והענק היה עמו.

porque nada me hace más feliz
que mirarlos
abalanzarse sobre las migas de pan,
sus alegres colas meneándose,
o congeladas por un momento
bajo las gotas de agua
cuando los rocío
con una manguera,
sus cabezas erguidas,
sus cuerpos estirados
como si recordaran lagos lejanos.

Mi maestro de matemáticas ya murió,
junto con los problemas de matemáticas
que nunca pude resolver.
Me gustan los sombreros
y todas las tardes
cuando los pájaros regresan a los árboles
busco al que vuela al revés.

כי אין מה שמשעמק אותי יותר
מאשר לראות אותם קצת
עפים על הלחם המפורר,
מבעבעים בזנבם השמח,
קופאים כגע דום
מתחת לרסיסי הגשם
שאני מתייזה עליהם
מן הצינור,
זוקפים את ראשם ונוקם
נקמת אי כוזב
אגמים רחוקים.
מאז מת כבר המורה שלי למתימטיקה
ומהו גם בעיותיו שאף פעם לא עלה בנדי
לקרור.
אני אהבת סוככים,
והמיד בערב
קשהעפרים חוזרות אל תוך העץ.
אני מחפשת את זאת שקשה אחורה.

MÁRTIR MUJER

La tarde se queda ciega, y sólo tienes veinte años.

NATAN ALTERMAN

Sólo tienes veinte años
y tu primer embarazo es una bomba.
Bajo tu amplia falda estás embarazada de dinamita
y trizas de metal. Así es como entras al mercado,
haciendo tictac entre la gente, tú, Andaleeb Takatka.

Alguien aflojó los tornillos en tu cabeza
y te lanzó hacia la ciudad;
aunque vienes de Belén,
la Casa del Pan, escogiste una panadería.
Y ahí jalaste la escoleta fuera de ti misma,
y junto con el pan trenzado del Sabbath,
semillas de sésamo y amapola,
tú misma te volaste hacia el cielo.

Junto con Rebecca Fink volaste
con Yelena Konre'ev del Cáucaso
y Nissim Cohen de Afganistán
y Suhila Houshy de Irán
y dos chinos que te llevaste hacia
la muerte.

Desde entonces, otros asuntos
han ocultado tu historia,
acerca de la cual hablo siempre
sin tener nada que decir.

LUNES

¿Y qué hubo?
El dulce perfume del jazmín,
el pintado sol naranja
descubierto de pronto
al cortar a la mitad el pérsimo
bajo el primer torrente de luz.
El azul matinal
de las flores de achicoria,
el prado entero,
un racimo de caracoles
en la punta del tallo de una cebolla albarrana
y también hubo la palabra «motacilla».
¿Qué más hubo?
El réquiem de las cigarras,
ovejas color de rosa en el cielo declinante,
y los suaves, muchos besos
en la oreja del gato
y eso es todo, creo
que eso es lo que hubo
hoy.

VERSIONES DE VÍCTOR ORTIZ PARTIDA,
A PARTIR DE LAS VERSIONES DEL HEBREO
AL INGLÉS DE LISA KATZ

Victoria

[fragmento]

SAMI MICHAEL

NUNCA SE HABÍA ATREVIDO a alejarse tanto de su casa sin la compañía de un hombre. El ímpetu desbordante del río embravecido hacía temblar el puente colgante bajo sus pies de tal modo que le pareció que se desprendería de sus cadenas para entregarse a la turbia correntada. Cuando se izó la bandera verde en lo alto de la torre en la lejana orilla, se interrumpió el paso de vehículos que venían de atrás y durante un breve lapso se vació la calzada, y, movidos por una momentánea sensación de libertad, casi de libertinaje, bajaron las masas de transeúntes congregados en sus márgenes y no volvieron a apretujarse sobre la acera sino hasta que tronó la bocina del primer automóvil que venía enfrente. Victoria no se atrevió a bajar de la acera. Los conductores de los vehículos se veían ansiosos por atravesar el ondulante piso del puente, y obligaban a las diligencias y a los carros de carga que venían en dirección contraria a azuzar a los caballos espantados, hasta que la circulación se confundía con una azarosa huida. Los carreros se veían obligados a bajar y tomar a los caballos por el freno, dejándose llevar por su desbocada carrera. Victoria oía el clamor de las herraduras y la velocidad de los pies descalzos al ritmo de la agitada respiración de los fornidos carreros, y veía las cabezas de los caballos en franco retroceso y la blanca espuma que salía de sus fauces, y tuvo que frenar el impulso de dejarse llevar junto a ellos. Volvió a sentirse mareada, y su *burka* de seda negra se empapó de transpiración. Y el rugiente río seguía golpeando contra las balsas. Unos pocos subieron al puente porque realmente debían llegar a la otra orilla; la mayoría venían a vivenciar la excitación. Efectivamente, se respiraba en el aire una creciente tensión de desastre próximo. Ese puente frágil no resistiría el embate del iracundo río. Victoria estaba convencida de que ella era la única mujer que atravesaba el puente sola. De hecho no pensaba llegar al final. Antes de salir de su casa se puso la *burka* y se cubrió la cara con un velo negro, y sobre ése, otro velo más para que nadie viera sus

lágrimas. Ciertamente no pensó que se toparía con tanta gente. Creyó que el puente estaría vacío, cual sogas de ropa sobre una terraza desierta. Siempre la habían fascinado los pájaros solitarios que esconden sus cabezas sobre las sogas como sopesando la posibilidad de batir sus alas y volar, o estrechar sus plumas y caer al suelo. Jamás había visto un pájaro cayendo por propia voluntad. Pero había oído decir que hay personas que lo hacen.

Varios hombres ya se habían percatado de que estaba sola, y, amparados por el hacinamiento, metían los dedos en su carne, uno de ellos le clavó en el culo sus hábiles dedos, curvados como ganchos, y su áspera voz se hizo oír a oídos de su compañero: «La partí». El dolor fue punzante, pero en esa aglomeración no podía zafarse de las manos atrevidas.

Pero más le temía precisamente al río, y hacia él se dirigía.

Otros dedos ávidos se introdujeron buscando sacar tajada de su carne. Ella temía reaccionar. Si giraba la cabeza estaría desafiando a sus atacantes. He aquí uno que apretaba su miembro contra ella. Un grupo de gente espantada por un caballo empujó y lo arrancó de encima de ella. De reojo vio la sonrisa con que la miraba. Precisamente un judío, borrado sea su nombre. ¿Acaso Rafael también mete mano así? La respuesta era clara. Si gozaba dándole palmadas en el traste, cuyo alegre sonido le obnubilaba los sentidos, y si había mujeres que se atrevían con él y a veces volvía al patio lleno de moretones y rasguños como si hubiera salido de una maraña de yuyos, ¿por qué pensar que guardaba las manos en los bolsillos? Con lágrimas renovadas lo maldijo para sus adentros. Su carne dolorida por los pellizcos de ajenos añoró el estremecimiento ardiente que él sabía despertar en ella. Agoniza, se dijo, y no está bien blasfemar contra él. Quizás ya haya muerto ayer, y si no, probablemente hoy. Seguramente mañana. Hombres más recios que él vomitaron sus pulmones hasta desvanecerse. El esmirriado Rafael es presa fácil para el codicioso mal.

No sabía qué hacer. Había salido de su casa para ahogarse en el río y ahora sus instintos clamaban por el contacto de un traidor. La masa de gente no le permitía pararse y apoyarse sobre la baranda para pensar un momento, y se preguntaba qué habría de hacer una vez que se acabara el puente. Desde el momento en que el automóvil que conducía a Rafael hacia el Monte del Líbano desapareció en el polvo de la nada, la acuciaron los interrogantes. Las respuestas en boca de su madre, Nagia, eran malvadas. Ella odiaba a Rafael desde que era mozo, a pesar de que él nunca había reparado en ella. Su madre se apartaba de todos los vecinos del patio con hondo desprecio. A su marido, Azuri, el padre de Victoria, le temía como un alumno apocado teme a su severo maestro. Ese gigante prepotente, que disfrutaba de su condición de autoridad solvente, administraba honesta y abnegadamente

la tienda de comercio de la familia. Su hermano mayor, Yehuda, que era observante y se dejaba crecer la barba, era demasiado enfermizo para cargar con el yugo del sustento. Eliahu, el padre de Rafael y el menor de los hijos de Mijal, no se adaptaba a la rutina gris. Después de haberse extralimitado subrepticamente en el uso del dinero de caja, sus dos hermanos cancelaron la sociedad con él y le ayudaron a abrir un modesto taller de encuadernación de libros. Cuando hubo acumulado algo de dinero contante y sonante, se alquiló una cabaña en una de las plantaciones y se encerró allí con el hermano de Nagia, Dahud, el intérprete de *qanun*, y ambos perdían la noción del tiempo en el regazo de las prostitutas hasta el último centavo. Al cabo de varias semanas, volvía al patio agotado y con los ojos enrojecidos. En la víspera de Pesaj, a veces llegaba casi hasta Shavuot, quebraba y huía de sus acreedores. Cuando lo atraparon, asumió su castigo y abandonó la amplia habitación contigua a la habitación de servicios de la familia de Victoria. Él, su mujer y sus hijos se trasladaron a una piecita sin ventana en la planta baja. Una tela de arpillera de bolsas hacía las veces de puerta. Muchos años antes, la piecita había servido de depósito de telas, en la época en que Mijal, la madre de los tres hermanos, mantenía un exitoso taller de costura de uniformes para el ejército turco. Eliahu sucumbía. Cuando se enteraron de que había hecho causa común con el sereno del negocio para robar varios rollos de seda cara, Azuri y Yehuda lo trataron misericordiosamente. Él volvió a asumir su falta y dejó la humilde piecita para mudarse con su familia al sótano. Sus hijos pasaban hambre junto a los ratones, en invierno se congelaban y en verano salían despedidos del ambiente asfixiante al implacable sol de la calle. Sus hijos e hijas estaban marcados por la deshonra y se movían en la casa como inmigrantes en tierras hostiles.

Un día ascendió Rafael de las oprobiosas tinieblas del sótano con un extraño disfraz, y pasmó a mujeres y niños. Llevaba la cabeza descubierta y su cabello lucía con un brillo metálico, peinado con raya al medio a la manera de los asesores alemanes de las autoridades otomanas. El traje blanco también era una extravagancia. Debajo del cuello de lana de camello y capa a rayas usaba el saco corto y los pantalones ajustando sus miembros delicados con la misma blancura de las mortajas que hacía tiempo ya se había preparado la abuela Mijal. Los bolsillos del traje eran evidentes y quedaban al albedrío de cualquier mano avezada, contra la usanza de los judíos observantes, que disimulaban sus bolsillos entre los pliegues de sus túnicas. En otras circunstancias, las mujeres jóvenes del patio compartido se habrían reído a carcajadas al ver el fulgurante bastón que izaba en su mano, pero quedaron perplejas y algunas deslizaron sus manos instintivamente a su bajo vientre a pesar de que aún no era un hombre hecho y derecho. Entonces

exigió que se le sirviera el desayuno en el balcón que mira hacia el patio interno, y a pesar de que aún no era víspera de Pesaj, sino un día de verano como cualquier otro, ordenó que lavaran y cepillaran la mesa y utilizaran utensilios refulgentes. Cuando advirtió una mancha sospechosa en el borde del plato que su madre le pusiera delante, se levantó y vació su contenido en la basura. El tío Yehuda solía levantar migas enmohecidas del polvo de las callejas, las besaba y las guardaba en las grietas de las paredes para que no fueran a ser pisadas por pie alguno. Por eso los ojos se detuvieron fijamente en Rafael, arrojando comida consagrada a la basura, y quedaron expectantes de que lo partiera un rayo. Cuando su hermano Asher se atrevió a protestar y su hermana dejó oír un aullido, Rafael los condujo a ambos al medio del patio y los paró descalzos bajo el abrasante sol sin quitarles los ojos de encima hasta que sangraron.

El patio de la casa, siempre colmado del bullicio de mujeres y niños, se silenció. Nagia, la madre de Victoria, oyó los gritos del alfarero de la calleja, pero quedó paralizada con los trozos rotos de la fuente de porcelana china en sus manos, con los ojos fijos en el albo traje de Rafael. La abuela Mijal, recostada en su alfombra junto a la baranda del segundo piso, llamó al muchacho del peinado de asesor alemán. Ella no era una anciana cualquiera a quien se le reserva una banquetta en el rincón, destino de las criaturas que se empeñan en vivir más de la cuenta. Los vecinos de la calleja recordaban sus días de gloria y los llamaban genéricamente «familia de Mijal». Yehuda también se sometía a su mando y sembró en el corazón de todos un respeto reverencial hacia ella. Cuando llamó a Rafael para que subiera hasta donde ella estaba, se oyó el zumbido de las moscas en el silencio. La abuela y el nieto conversaron en voz baja, y después el muchacho bajó las angostas escaleras con los ojos brillantes. Victoria y Miriam, la hija de Yehuda, estaban paradas una al lado de la otra. Tenían alrededor de diez años. Algo intenso poseyó a Victoria y notó que lo mismo conmocionaba a Miriam. *Amor* era una mala palabra incluso entre marido y mujer, pero de pie sobre las gastadas baldosas del viejo patio en que la propia abuela Mijal había crecido, y luego los tres progenitores, el patio que supo de muertes repentinas y tantos nacimientos, de pie allí, hombro a hombro con Miriam, supo que había madurado y era una mujer.

Durante todo ese lapso, la piel y las plantas de los pies de Asher y su hermana se calcinaban al sol. Nagia estaba parada detrás de Victoria y de Miriam. A pesar de ser la esposa del sostén principal del patio, se conducía como una sirvienta marginada. Las grietas de las palmas de sus manos, llenas del hollín del humo de la cocina, sus pantuflas rotas y su vestido gastado. En sus lindos ojitos corría la mirada oscura de los perseguidos. En cambio

Aziza, la mujer de Yehuda y madre de Miriam, era la bella del patio, es decir, de piel clara y entrada en carnes. Cuanto más se abocaba Yehuda al estudio de los libros sagrados, a medida que su barba plateaba y le otorgaba un halo espiritual mucho más elevado que las banalidades del patio, más se dejaba tentar Aziza por los placeres de la vida. No reprimía su risa estentórea como las mujeres decentes, le gustaban los chistes subidos de tono y las comidas que ostentaba en su mesa eran una tentación para los ojos. De no haber sido por las sustanciosas comidas con que alimentaba a Yehuda, se comentaba en el patio, ese hombre enfermizo habría muerto hacía rato. La mesa de Nagia era pobre y sucia, las cucharas torcidas y la carne chamuscada. A veces se olvidaba la ropa en la soga, de modo que las camisas de Azuri se rasgaban con el viento, y alguna mano codiciosa robaba las túnicas de los niños. En vísperas de Sabbat, Azuri, que gustaba vestir con elegancia, le pegaba en la cabeza y se iba a la sinagoga con la ropa agria de sudor. Las sábanas bordadas de Aziza despedían aroma de jabón y sol, y las de Nagia, desordenadas y arrugadas como si hubiera correteado sobre ellas una familia de ratas.

Los primeros días de la enfermedad de Yehuda, los de la casa supusieron que su suerte estaba echada. Durante meses se oían sus gemidos que no dejaban descansar a los vecinos. Él rezó a su Creador que lo redimiera de sus tormentos. La náusea llevaba a Aziza a vomitar sobre el techo intermedio, y la gente se compadecía de ella y le agradecía su abnegado sacrificio junto al hediondo lecho de enfermo de su inmaculado marido. Nagia no se conmovió. Tenía una especie de sonrisa profética dibujada en sus labios, y la gente pensó que estaba débil mental, atolondrada por los golpes que soportaba, primero de parte de su padre, que en paz descansa, luego de su hermano Dahud, el intérprete de *qanun*, y ahora de su marido. Otras mujeres estaban convencidas de que su sonrisa tenía poderes. Mientras Yehuda sobrellevaba su sufrimiento, el vientre de Aziza se iba hinchando. Nagia no lo decía con todas las letras, pero dio a entender que su marido tenía que ver con eso. Las malas lenguas no le quitaron el ojo de encima al vientre que Aziza ostentaba orgullosa, hasta que dio a luz a Miriam tras los yermos años transcurridos desde el nacimiento de Ezra. Nagia no ocultaba su desdén por la bebé. Ese mismo mes ella dio a luz a Victoria. Los rumores no opacaron la radiante alegría del semblante de Aziza. Cuando Nagia se demoraba en el mercado, ella tomaba a ambas criaturas, las prendía de sus blanquísimos y cargados pechos y alimentaba a ambas con su abundancia. Las dos niñas crecieron como mellizas, muy unidas, y con los años la relación entre ambas se fue estrechando y fortaleciendo a través de amores y enconos. Las dos rechazaban con una sonrisa la suposición de que fueran hermanas, y aun cuando fueron ancianas seguían ambas amando a su primo. Cuando aquel día Nagia

estaba parada detrás de las dos y vio a Rafael bajando de la alfombrita de su abuela, era ya una mujer gastada como las que viven en tiendas beduinas. Mijal consideró al desgraciado matrimonio el error de su vida. Veía con preocupación los amargos días de su hijo Azuri. Pero mientras Eliahu se escabullía a orgías en otros lechos lujuriosos y Yehuda se refugiaba más y más en los libros sagrados, el lecho desordenado y descuidado de Azuri era como una cueva volcánica. Hasta el día de hoy, al caer la noche, él se sienta en el colchón duro y ruge desvergonzadamente «Nagia, Nagia», con tono de amo y señor, ordenando desde la profundidad de su portentoso pecho, y Nagia, atemorizada y mascullando bronca, arrastra sus pies sucios a su lecho.

Hasta que Rafael volvió a bajar al patio escuchó Nagia, apenada, el llamado cada vez más débil del alfarero, y no por no haber hecho arreglar el utensilio roto que llevaba, sino porque le gustaba ver a los artesanos ambulantes en su trabajo. Era capaz de quedarse parada observando largo rato al afilador de cuchillos, que sacaba chispas con su rueda. Contra su voluntad, estaba pendiente de Rafael, el muchacho que se había hecho hombre, y al ver la situación entendió que Rafael se había apresurado a madurar, y concluyó que de todos modos se declararía en rebeldía, y haría daño.

Del mismo modo que la existencia de Nagia exacerbaba los instintos de Azuri con alguna característica no revelada, así también su cuerpo era fructífero para recibir su simiente. Aziza, la mujer de Yehuda, dio a luz a Ezra y a Miriam y ya no volvió a concebir. Nagia pasó dos guerras mundiales, logró emigrar a Israel y ser enterrada allí, y hasta entonces alcanzó a parir dieciocho hijos, diez murieron antes de destetarse y el resto crecieron sanos y fuertes.

Mijal no tuvo satisfacciones de ningún nieto de sus tres hijos. El siglo pasado, la familia era solvente y de ella había surgido un Gran Rabino para la comunidad. Mucho tiempo abrigó Mijal sueños de florecimiento familiar. Su actitud con Rafael ahora, con la vestimenta ajena que lucía, no era sino una resignación para con la realidad. De las mujeres no esperaba mucho. Sentía afecto por Victoria, que se preocupaba por cubrir con la inteligencia de sus manos la infelicidad inoperante de su madre.

Victoria evadía los signos del cariño que Mijal, su anciana abuela, le profesaba, pero su madre veía en ella a una odiada competidora. Las lágrimas y rotundas negativas de la hija no le sirvieron de nada. La madre sostenía que su suegra Mijal la despreciaba porque Victoria desplegaba arteramente su zalamería ante ella, así como buscaba congraciarse con su padre mostrando sus tentadoras rodillas cual incipientes pechos. Dos veces le tiró bencina, y varias derramó té hirviendo sobre su cabeza, y todo de modo supuestamente involuntario, nadie podía acusarla de atentar alevosamente contra su hija,

dado que siempre se le caían las cosas de las manos. Y cuando nadie las veía, sus dedos tomaron un atado de hierbas espinosas con las que azotó la cara de Victoria, que en ese momento la ayudaba en las tareas culinarias.

Rafael fue quien salvó a la familia de Eliahu del hambre y la indigencia. Gracias a él había qué servir en los platos. Mientras su padre vivía su vida alocada y despreocupadamente, él los vistió y les prometió a sus hermanas que no envejecerían vírgenes por falta de dote.

VICTORIA ESTABA SENTADA AL CALOR abochornante en la puerta de la cocina, quitando con un cuchillo los tallos de bamia. Los hilos pegajosos del vegetal le irritaban los dedos. «¿Qué piensas que hace por las noches en el teatro ese?», susurró.

Miriam agitó el ruedo de su vestido para refrescar sus traspirados muslos. «Desviste con los ojos a mujeres y piensa cómo joderlas... ah, apoyar la cabeza en su hombro y jabonarle despacito los huevos cuando se baña en la tina».

«Shshsh», se sonrojó Victoria, «te van a oír».

Sesenta años después no recordaba aquellos años como una etapa desgraciada. Es más, la añoraba y consideraba días de tranquilidad y felicidad. El profundo cariño que se tenía con Miriam las protegía y neutralizaba toda vulnerabilidad ante las agresiones de los adultos. Las muchachas crecían generalmente como siervas sumisas de sus padres y hermanos. Incluso Miriam, la niña de los ojos de Aziza, había soportado trompadas de mano de su hermano Ezra cuando tardaba en servirle. Victoria irradiaba inconscientemente una cierta autoridad soberbia, como su padre. Como la mayoría de las muchachas, también ella se había desarrollado temprano como mujer, y caballos salvajes galopaban en sus fantasías. En el hacinamiento en que vivían casi no había divisiones entre niños y adultos. Seis meses al año se extendían colchonetas en la terraza, una junto a la otra. A la luz de la luna y las estrellas, hombres y mujeres se acostaban a dormir. Miriam y ella oían todo, y veían mucho. Mujeres renuentes eran violadas noche a noche mientras les proferían un sinfín de maldiciones. Otras se sometían obedientes, como bestias indiferentes. Frágiles jovencitas aullaban de dolor, y fornidas y voluminosas arrojaban de sí las arremetidas de sus esmirriados maridos. Había tigresas que acechaban a sus presas y sus lenguas destilaban veneno si sus canteros quedaban áridos. Y había tigresas que recibían a sus tigres y juntos hacían temblar el techo con todas sus decenas de habitantes encima. Lo que más le impactaba era el arrullo conmovedor de las palomas. Se las imaginaba sumidas en una seda de susurros, nadando en acariciante agua de rosas, y le pareció que ellas esparcían por el aire del techo el aroma de las palmeras florecidas en primavera. Entonces las palmas de sus manos trepaban y acariciaban el despuntar de sus senos.

Cuando andaba en la terraza trataba de no levantar la vista del suelo para no atisbar la terraza prohibida de la familia Nunu. Al principio, se encontraban allí tendidos sólo el padre y la hija, y una corte de silenciosos sirvientes se afanaban a su alrededor, y los rumores subían de tono a medida que pasaban entre los vecinos de la calleja. Victoria prefería bajar la mirada hacia la terraza intermedia donde se extendía el lecho de Rafael, alejado de los de sus padres y hermanos. Siempre estaba apartado, aun durante el sueño. Ya había transcurrido un año desde que emergiera del sótano con el traje impactante. Ahora se hablaba de una guerra escatológica que quizá acelerara la venida del Mesías, y mientras tanto su negocio prosperaba y él seguía sustentando a su familia. Noche tras noche salía al recóndito sitio que en el patio denominaban «teatro», y que nadie sabía cuál era su índole. A veces volvía de la oscuridad de las callejuelas muy entrada la noche. Azuri lo veía con reprimido desasosiego. Un judío que no teme a los demonios, a los fantasmas y a los gendarmes turcos no puede ser devoto. Y, como cumpliendo el presentimiento de su padre, Rafael dejó de asistir con los demás hombres a la sinagoga en días hábiles, y aun en las festividades. Volvía más temprano de su tienda, y tras un baño ligero se sentaba a la mesa y comía relajado, sin bendecir. Después se enfundaba el traje con una corbata de mariposa y el bastón ornamentado, y salía a la hora en que los demás hombres regresaban a sus casas. Desde su colchoneta nocturna, Victoria observaba su lecho vacío y fantaseaba con aquel teatro, que se le antojaba una enorme piscina humeante, parecida a las piscinas reservadas para los distinguidos en el baño público, que emanan vahos perfumados y burbujas de jabones aromáticos, de los ardientes vapores asoman trastes y zonas pudendas, y en la superficie del agua se desgrana esa risa estremecedora que se oye en la casa de Abdalla y Nuna Nunu. Tenebrosas palabras sobrevuelan como mariposas y carne se golpea contra carne con el bullicio propio de los peces abortados en las redes a la orilla del Tigris. Sintió que se atragantaba y le corría un temblor por todo el cuerpo, y el placer fue tan intenso que le dio vergüenza mirar a las estrellas en el cielo.

Había una especie de acuerdo entre los tres padres: que, llegado el momento, Rafael tomaría a Miriam o a ella. Yehuda, el padre de Miriam, no ocultaba su afecto por el sagaz jovencito, y a pesar de su observancia, hacía caso omiso a la manifiesta inobservancia de Rafael. Aziza gozaba su aspecto irreverente y respetaba su conducta reservada que encerraba fuerza viril. Su hijo Ezra, que al cabo de cierto tiempo lograría elevarse del polvo de la calleja y ser el dueño de una floreciente farmacia en la calle Al Rashid, se sentía atraído por Rafael. Por eso Victoria estaba convencida de que Miriam sería la elegida por Rafael. Sobre todo porque al encono de Nagia se sumaba

la muralla de frialdad que cada día se elevaba más y más entre el padre de Victoria y el muchacho.

Azuri sospechaba que él desafiaba su posición en el patio.

Miriam observó la fuente que se iba llenando de bamia descabezada y dijo: «En el teatro no copulan, sólo estimulan el apetito. Se emborrachan y van a Calachia. Imagínate un barrio entero, casas, cafés y restaurantes, y hacia donde mires ves sólo putas. Rachma Afetza trabaja allí. Mi padre es como una vela a la que se olvidaron de ponerle mecha. No enciende. Y mi madre, la llama ahí debajo de la olla. Ella va seguido a lo de J'amila. Una vez la oí enseñarle a mi madre cómo orinar. Cosa de locos. Ven, subamos al techo. Deja esa bamia mugrienta. Ahora no hay nadie allí. Te enseñaré».

Victoria se asomó y vio a su madre dormida en la terraza con la boca abierta y la bebé adormecida sobre su pecho. Las moscas mamaban la humedad de sus oscuras fauces. A Victoria le dio escalofríos la sola idea de que de esa boca oscura saltaran insectos, calcetines rotos, cáscaras de sandía, maldiciones y guedejas de cabello sucio.

«Ven de una buena vez», insistió su prima.

«No», se amedrentó.

Miriam suspiró, pero no renunció a la explicación. «Hay que orinar y parar de golpe, orinar y frenar. Verás cómo te retozan gacelas en la entrepierna».

Al atardecer, Victoria subió al techo para extender las colchonetas de la familia de modo de quitarles el calor del sol acumulado. Se arrodilló junto a la baranda metálica ondulada que daba al techo de la familia Nunu. El suelo de la terraza absorbió sus aguas, y en el penetrante olor que despidió no retozó ninguna gacela. Sonrió y perdonó a Miriam el despliegue de su imaginación.

Esa noche Rafael no volvió a su lecho. Por la mañana, se volvió a hablar de la guerra de Gog y Magog que terminaría hasta con el pasto del campo. En la terraza intermedia se demoraba Asher junto al lecho vacío de su hermano queriendo decir algo, pero se arrepintió y calló. Nagia recibió al sol naciente con su sonrisa de pitonisa, y le sirvió presurosa a Azuri el té matinal. Se movía enérgica y alegremente y no dejaba que Victoria se afanara junto a la mesa, como si su hija hubiera enfermado y correspondiera relevarla de las tareas cotidianas.

Victoria deseaba estar sola. Temprano se retiró y se recostó en la cocina. Desde el día que se construyó la casa, nadie se había ocupado de cepillar las paredes ni el techo de la cocina, ennegrecido por miles de fuegos de cocer. Esa oscuridad encerraba una especie de magia. La cocina no tenía ventanas ni luz, de modo que parecía no tener cielo raso. Los niños solían

decir que esa cocina era una larga chimenea que conducía al mundo de los difuntos. Ciertamente, los escépticos no acertaron a encontrar la salida de la chimenea y nadie podía explicar por dónde salía el humo de la cocina. Años antes habían estado sentadas allí Victoria y Miriam aplastando limones con las manos, les hicieron un orificio en la cáscara con un fósforo y succionaron el jugo fresco mirando con los demás niños a Rafael, decidido a descifrar el enigma de la cocina. El valiente Ezra, hermano de Miriam, se dispuso a ayudarlo. Rafael intentó dar con el agujero en el techo golpeando con una larga vara, pero no dio con la salida, y recién cuando se montó en los hombros de Ezra, pareció que la vara se topaba con algo. Se oyó un grito, y todos los niños parados expectantes en la puerta retrocedieron. De la abertura del techo saltó un monstruo sin cabeza y su negro cabello se arrastraba por el suelo. Rafael, que se había golpeado al caer sobre las piedras de las hornillas, persiguió al monstruo, pateándolo y gritando: «Bestia, casi me matas». Ezra manoteaba desesperado con sus brazos para sacarse de encima las telarañas llenas del hollín graso de decenas de años. Rafael siguió convencido de que las telarañas eran las que ocultaban el cielo raso, de modo que encendió una antorcha de bencina y volvió a la cocina, pero aun después del destape el espacio superior de la cocina siguió atesorando su secreto, y el cielo raso no se descubrió.

En virtud de la posición detentada por Azuri, el principal sostenedor, la habitación de los servicios le pertenecía a su familia. Por ende, Nagia tenía prioridad para el uso del horno a la entrada de la cocina. Pero jamás hizo valer su posición, ni en la cocina ni fuera de ella. Año a año, las jóvenes la iban relegando hasta el final de la fila de hornos, en el rincón más oscuro de la cocina. Allí encontró refugio Victoria aquella mañana. Al cabo de cierto tiempo se recortó en la oscuridad la silueta de su madre. Tenía la voz ronca por la intensidad de su apasionamiento. «Huyó, el degenerado. Por qué habría sido distinto a su padre. Abandonó a su familia condenándola al hambre y se fue a disfrutar del puterío. Maatuk Nunu, el jorobado, es mejor que él. Acuérdate bien de lo que te dice tu madre».

Maatuk Nunu era hijo de Abdalla y hermano de Nuna. La puerta de su casa estaba al lado de la de la familia Mijal, los techos se tocaban. El tronco enhiesto de una palmera se elevaba del agujero en el techo de la casa vecina, y era el único árbol de la calleja. Abdalla Nunu se vanagloriaba como si toda la casa se hubiera construido alrededor del árbol. En el verano, las grandes palmas cubrían los albos mosquiteros y se mecían con el viento como una banda de alegres beodos. La mayoría de las habitaciones de la casa contigua permanecían vacías. Después de la bella Nuna vino al mundo Maatuk, con seis dedos en cada mano y la columna torcida. Abdalla, horrorizado, evadió

el lecho de la madre. Ya desde la niñez, Maatuk dejó de salir de la casa. Los pequeños lo acosaban por la joroba que le crecía cada vez más. Jana, hermana de Abdalla, había arrojado su ira sobre la madre, que la había ojeado. No era casual, sostenía, que ella hubiera enviudado en el sexto mes de su embarazo, y Elías, su hijo, sufría de epilepsia. Abdalla Nunu no necesitaba las insidias de su hermana. Dos defectos en un niño bastaban y sobaban para el exitoso comerciante de animales, que gustaba invitar gente y hacer banquetes. Desterró a su mujer y a su hijo a una habitación alquilada en los confines del barrio, donde ambos pasaron serias vicisitudes. Abdalla dejó de hacer convites. En una soledad profusa de felicidad prohibida criaba a la bebé Nuna. Muy de vez en cuando se veía a Nuna fuera de su casa. Cuando tenía diez años lucía perlas, se pintaba los labios con *rouge* francés y se maquillaba los ojos. Las casas Nunu y Mijal eran dos oasis de abundancia en una vasta extensión de pobreza. Los pobres admiraban a quienes Dios bendecía con la abundancia. Por eso, a ninguno de los habitantes de la calleja se le ocurría repudiar al padre y a la hija. Las muchachas envidiaban a Nuna. Su nombre sonaba como campanillas en sus lenguas. Cuando hubo cumplido los doce, se encerró para siempre en su casa y nadie la vio más. Algunos dijeron que la bella había muerto de una súbita enfermedad. Pero esa especulación fue refutada por el aspecto de Abdalla, que seguía saliendo dos veces por semana montado en una mula blanca adornada con aretes rojos y cuentas verdes, y el rostro radiante. Cuando rechazó a los casamenteros, su actitud fue considerada comprensible. Nuna estaba obviamente destinada a un matrimonio especial. Cuando los sirvientes de la casa manifestaron su alborozo, la calleja toda se conmovió. Pero la noche de la boda de Nuna fue desconcertante. El novio era desconocido en la calleja y en la ciudad. Hubo quien dijo que era de la lejana ciudad portuaria, y otros, que de la comunidad bagdadí de la India. Él y la novia estaban sentados en un escenario elevado, y él se veía mucho más desgraciado que los changadores que cargan las latas de agua desde el río hacia las casas. La orquesta, las velas y las lujosas alfombras lo habían paralizado. Nuna no le dedicó ni una mirada, y cuando sonrió, la ingenuidad de su semblante lastimó los corazones. Los hombres se embriagaron, y las mujeres salieron de la fiesta con la sensación de haber sido engañadas.

En aquellos tiempos empezó Nagia a subir al techo y espiar al patio vecino. Su hermano Dahud, el intérprete de *qanun*, fue quien reforzó la sospecha de que su hermana había perdido la razón, y era digna de ser perdonada por sus maldades. No así Victoria. Cierta vez la llevó su padre con otros niños del patio a una carpa de espejos deformantes que había instalado un circo ambulante. Los niños aullaban al ver sus imágenes monstruosas, pero

Victoria notó que los malvados espejos reflejaban siempre algo de enervante verdad. Ningún gigante se veía como un enano. Era muy pequeña cuando su madre la obligó a subirse a una pila de ropa de cama doblada, sin entender sus explicaciones acompañadas de chasquidos de labios. En eso, advirtió que algo estremecedor sucedía. Se vieron obligadas a alejarse de allí cuando Jana, la hermana de Abdalla, les gritó que metieran las caras en su mierda. Las mujeres hicieron correr rumores y de nada sirvió que Mijal las reprendiera diciendo que probablemente estaban acusando a inocentes. La casa del vecino siguió encendiendo la imaginación de Nagia. Con el mínimo sonido proveniente de allí, corría por las escaleras y arrastraba a Victoria a la fuerza hacia la baranda metálica ondulada. La niña miraba concentrada pero con el corazón angustiado, como si ella misma estuviera cometiendo un bochornoso pecado. Lentamente comprendió que los tres vecinos, el padre, el novio y la hija, volvían diariamente a quedar atrapados en el mismo remolino. Su madre seguía arrastrándola al techo hasta que la escena le provocó náuseas, como un postre que se convierte en medicina impuesta. Temió por su lucidez. Los tres personajes se colaban a sus sueños vistiendo máscaras de horror. La risa procaz de Nuna tras la puerta de su habitación cerrada se convertía en su propia risa. En vez del novio bajito llamando a la puerta de la renuente, veía a Maatuk, una criatura doblegada por una gran joroba a la manera de un tonel de arcilla, cuya boca balbuceaba interjecciones de un tipo enfermizo. En su sueño, Victoria ansiaba pisotear a la criatura contrahecha y oírla reventar, como si fuera una cucaracha. Abdalla contenía la risa en el sueño, y precisamente eso hacía que su risa sonara más envenenada. Ella despertaba de su sueño paralizada por un pánico sutil. Quien reía en su sueño era su propio padre, y no Abdalla Nunu. Y la puerta renuente que provocaba a los vecinos se desvanecía ante la risa estrepitosa del gigante conquistador.

Cierto día dejó de obedecer a su madre y ya no subía con ella al techo. Pero la lengua de Nagia no descansaba, y hasta se volvió más explícita, de modo que la sensación pecaminosa se hizo más pesada aún en el corazón de la niña. Dejó de compartir los juegos de maquillaje con Miriam y rechazaba suavemente las demostraciones de cariño de su padre. Cuando, sentado en la tina, le pedía que le jabonara la espalda, lo hacía con los ojos cerrados. Obsequios cariñosos como una manzana roja de Persia o un aro de oro, se los daba a su madre a modo de soborno, y también para acallar su conciencia. Ciertamente, amaba mucho a su padre. Era difícil no amarlo. El impresionante soberano del patio, generoso y cálido. En contraposición al enfermizo y asceta Yehuda, y a Eliahu, todos los años quebrado, su padre era una sólida garantía de abundancia permanente. Las mujeres del patio,

incluidas las jóvenes casaderas, no eran indiferentes a su conquistadora personalidad.

Ahora, en el puente tendido sobre el caudaloso río, tratando de defender su culo de los dedos de los hombres, se preguntaba cómo notó su madre inmediatamente el amor por Rafael que se encendía en su corazón. Cuando los niños varones tenían alrededor de ocho años, dejaban ya de jugar de igual a igual con las niñas. Sólo pocas parejas seguían tocándose en secreto. Rafael se desentendió tempranamente de las niñas. De hecho, dejó de jugar también con los varones de su edad, para decepción de Ezra. Se había vuelto extraño en el patio donde había nacido. Había madurado como para participar en travesuras de niños, y a diferencia de los hombres que alcanzaban la edad de merecer, evitaba todo contacto con ellos. Así plasmaba la tiranía amedrentadora y paralizante que reinaba en la casa y fuera de ella, creada y perfeccionada a lo largo de centenares de años. El temor era garantía de larga vida, sobre todo el miedo ante el extraño y el nuevo. Y Rafael, que había desafiado ese miedo, se erigía en desacreditador de todos sus contemporáneos. Yehuda y Azuri lo dejaban hacer. Ambos respiraron aliviados cuando comprobaron que sustentaba a su familia generosamente y asumió también salvar a su padre de la quiebra, de modo que Eliahu ya no necesitaba recurrir a las arcas de sus hermanos. Lentamente, Rafael obligó a sus dos tíos a dirigirse a él como a un igual. Si bien la frialdad de Azuri se mantuvo, Yehuda se mostraba fascinado con el joven pulido.

A Nagia no la conmovían sus encantos, estaba más allá de ellos. Su opinión sobre él no cambió. Era más peligroso que cualquier hombre violento, más manipulador que cualquier jovencito adulador, corrupto hasta los huesos a pesar de sus agradables modales. Obviamente, no se atrevía a decírselo en la cara. Destilaba su veneno a oídos de Victoria cuando cocinaban, lavaban ropa o amamantaba. Victoria hacía oídos sordos. Estaba feliz con su amor por el muchacho, incluso porque eso refrendaba su normalidad. Su padre dejó de imponer sus sueños a la familia Nunu. Era una especie de victoria sobre su madre, y ella se regodeaba en su amor y lo alimentaba. No le reveló su secreto a Miriam, ni, obviamente, tampoco a Rafael. Es más, cuanto más se intensificaban sus sentimientos, más evitaba a Rafael.



Pero su madre adivinó y supo. De allí su sonrisa de vaticinio aquella madrugada cuando el lecho de Rafael amaneció vacío. Durante cuatro días nadie supo qué había sido de él. Primero hubo corridas de ansiosa inquietud. Un habitante del extremo del barrio contó a los vecinos del patio que se había despertado con el silbido de un disparo de revólver. Otro sostuvo haber oído estertores de agonía de otra dirección. No se halló ningún cadáver. Los judíos no se dirigían a las autoridades para denunciar ni para preguntar por desaparecidos. Cuanto más crecía la desazón, más se extendía la sonrisa en la cara de Nagia. Almas codiciosas y curiosas insistieron ante el padre de Rafael que rompiera el candado del baúl grande en que su hijo guardaba sus ropas y demás pertenencias. Victoria subió al segundo piso. No lejos de ella estaba sentada Mijal sobre su alfombra y masculló enojada «Perros» cuando asestaron el golpe de martillo al candado. Para el dolor del padre y los hermanos, en el baúl no había tesoro alguno, lo cual reforzó la sensación de pérdida y duelo. El calzado liviano, los trajes, las camisas de seda, todo quedó expuesto sobre las banquetas del sótano a modo de botín carente de valor.

Gritos de terror se oyeron desde el sótano cuando irrumpió en él Rafael furioso, sano y entero. Empujó a su padre, reprendió a su madre que lloraba por él y la emprendió a puntapiés contra los profanadores de su baúl. Un changador con su burro de carga esperaba junto a la puerta de la casa.

«¿Adónde?», sollozó la madre.

«Me voy». Tenía el cabello desordenado, los ojos enrojecidos y el aspecto cansado.

Victoria, apoyada en la baranda del segundo piso, se sintió desmayar a pesar de que en ese momento Rafael lucía feo y repulsivo a sus ojos, como salido de un pozo ciego.

«¿Y el negocio?», preguntó su desilusionada hermana mayor.

«Lo vendí».

El cuerpo del changador desapareció bajo el gran baúl. Desde arriba, a Victoria le pareció que el baúl flotaba en el aire y se movía por sí solo. Rafael impartía órdenes tras de sí como aquel mago: «Un poco a la izquierda», «abajo», «más abajo, no vayas a tocar el marco», «a la derecha», y el baúl le obedecía hasta salir por la puerta, dejando atrás rostros demudados.

Aquel mediodía salió Rafael en un carro de carga, de quince años, amante de una cantante, hacia el desierto, rumbo a Damasco.

Y el hambre volvió a asolar el sótano [...] ●

TRADUCCIÓN DEL HEBREO DE MARGALIT MENDELSON

Niña [fragmento] ALONA FRANKEL

Siempre estuvieron conmigo. Las liendres, mis liendres.

Estaba familiarizada con dos tipos de liendres, las de la cabeza y las de la ropa. No fue sino hasta después cuando supe que existía otro tipo de liendres, las ladillas, leyendo la *Enciclopedia de Ciencias Sexuales* que sobrevivió entre los libros de la biblioteca del ginecólogo judío. El mismo doctor, su madre, su esposa, sus dos hijas y su bebé varón fueron asesinados por los alemanes. Eso fue al principio de la guerra.

Cuando Hania Seremet me sacó de la aldea donde me hallaba escondida, fingiendo que yo era una niña cristiana, y me botó en el escondite de mis padres, aprendí la diferencia que hay entre los piojos de la cabeza y los de la ropa —una diferencia importante y significativa.

Cuando estaba en la aldea, las liendres nunca me molestaron. Se me enjambaban, por supuesto, y yo no dejaba de rascarme. Pensaba que así era el mundo.

Más de una vez, un piojo desprevenido se quedaba atorado bajo mi uña. Más de una vez uno se me cayó del cabello cuando me agachaba. ¿Cuál era el destino de un piojo tan aventurero, que repentinamente pierde su lugar en la cabeza de su pequeña niña judía? Nada de eso me preocupaba, todo era natural. Dormir sobre la paja en un ataúd que de día era una banca y de noche una cama. El caballo, la vaca, el ganso estúpido que mordisqueaba mis tobillos. Las zanahorias, el maíz, el trigo, las flores. Los ratones, las liendres, los bichos. La sopa de papa hirviendo que quemaba la palma de mis manos y se cuajaba en un vómito grisáceo al enfriarse. El anciano, el abuelo, que escupió sus pulmones hasta que se murió, pero no antes de haberme sacado la muela con pinzas de carpintero oxidadas y haberme salvado así de un dolor terrible.

Era mi madre la que estaba tan, pero tan preocupada.

Era de noche cuando Hania Seremet me botó en el escondite de mis padres.

El cuarto donde se estaban escondiendo mis padres tenía dos puertas, una de las cuales daba a la escalera. Nunca usábamos esa puerta, y a nadie se le ocurría que se podía abrir, ni siquiera a los inquilinos del edificio. El cuarto, que había sido el consultorio de un ginecólogo judío antes de la guerra, estaba ahora disfrazado de taller de carpintería: el del señor Jozef Jozak, un carpintero alcohólico. La otra puerta daba al apartamento de los Jozak.

Cuando el gueto estaba a punto de ser liquidado, los Jozak tuvieron la amabilidad de esconder a mi madre y a mi padre, pero con una condición: de que llegaran sin la niña. O sea, sin mí.

Suavemente, Hania Seremet tocó a la puerta de la escalera como habían convenido que ella tocara. Sentí su ansiedad y me di cuenta de que el miedo tenía olor. A nadie se le permitía ver abierta esta puerta. Traería a la Gestapo corriendo, lo que significaría el fin de todos nosotros, incluyendo a los Jozak.

Mi madre, que debió de haber estado al acecho durante horas del otro lado de la puerta, la abrió en el acto. Hania Seremet me empujó bruscamente pasado el umbral. Arrojó un legajo de papeles y un hatillo de andrajos, mi ropa, detrás de mí. Mi vestido verde con las flores de satén, el que mi madre me había confeccionado para mandármelo a la aldea, el que yo llevaba puesto cuando me tomaron la foto con Hania Seremet en el estudio del fotógrafo para que ella pudiera mandársela a mi madre y a mi padre como prueba de que yo todavía estaba viva —además de mis dibujos, que ella mandaba de vez en cuando—, este vestido verde no estaba en el bulto de harapos. Hania Seremet, obviamente, lo había vendido.

Hania Seremet salió corriendo a toda velocidad después de haberse deshecho finalmente de mí. Debe de haber exhalado un suspiro de alivio, segura de que pronto estaríamos todos muertos. El olor del sudor que despedía su miedo tardó en esfumarse.

Hania Seremet había querido deshacerse de mí durante mucho tiempo, pero, aun así, no me había echado a la calle como lo hizo con Daniel, el niño dulce que dejó en la puerta del gueto después de que sus padres fueran asesinados en una *aktion* y no había nadie que pagara para quedarse con él en la aldea. El gueto ya había sido liquidado cuando Hania Seremet se libró de mí, pero, aun así, ella no me echó a la calle. Tal vez creía las mentiras de mi madre acerca de sus conexiones con el mundo clandestino —el mundo clandestino polaco, la A. K., el «Ejército Casero», cuyos miembros no eran conocidos por ser amantes de los judíos— y acerca de las promesas que hicieron ellos de que la matarían en cuanto descubrieran que yo había muerto, y que lo harían aunque yo fuera judía.

El encuentro había sido organizado en un intercambio de cartas que llegaban a nombre de los Jozak, escritas en un código convenido de antemano.

La puerta se cerró detrás de mí. La llave raspó en el ojo de la cerradura. El cerrojo cayó en su lugar.

Me quedé de pie ahí. Yo pensaba que así eran las cosas en el mundo.

Estaba parada de espaldas a la puerta, con mis valiosos documentos falsificados y mis harapos empacados en una alforja raída que yacía a mis pies.

Enfrente de mí estaba una mujer, mi madre, delgada y de piel clara, con los labios hinchados y sin sus coronas dentales de oro que habían sido arrancadas de su boca en una serie de intercambios —una corona de oro por una semana más en el pueblo, otra semana del lado ario, el lado de la vida, la vida de la niña, Ilonka, mi vida. Un hombre estaba de pie detrás de ella, mi padre. Yo no los recordaba.

Yo no recordaba quiénes eran ellos. Mi madre dijo: Ilonka, Ilussia.

Mi padre prendió un cerillo y con él una lámpara, o tal vez fue una vela.

Me miraban, no dejaban de mirarme. Mi madre lloraba en silencio. Mi padre se cubrió la cara con las manos y se alisó el cabello para atrás, dejando sus manos en la frente y en los ojos —un gesto que siguió haciendo hasta el día en que murió. Su frente pálida y alta invadía su lacia y oscura cabellera, dividiéndola en dos brechas profundas.

Mi madre me levantó, me puso encima de un escritorio macizo, me desvestió y dijo: Ilonka, Ilussia, Ilitska. Pero yo era Irenka. Yo sabía que era Irenka. Yo sabía que yo era Irenka Seremet.

Yo veía y era invisible.

A la luz de la vela o lámpara —recuerdo un olor nauseabundo—, la mujer empezó a examinarme, a revisar cada pequeña parte de mi cuerpo.

Mi madre y mi padre no me habían visto en meses, y a pesar de todas las pruebas, las fotos y los dibujos que les había mandado Hania Seremet, no habían creído que yo estuviera viva aún. Cada pequeña parte de mi cuerpo asombraba profundamente a mi madre. Lo sana que yo estaba, lo bronceada. Cuántas llagas tenía en mis manos, y lo profundas que eran —mis nudillos estaban raspados hasta el hueso de tanto rallar papas en el rallador afilado y oxidado. Lo lozanas que eran mis mejillas, tan redondas y tan rojas. Como dos manzanas, dijo ella. Lo dura que estaba la piel en las plantas de mis pies —había corrido descalzada por la aldea. Lo sucia que yo estaba.

Y cómo hervía yo de liendres.

Caminó a mi alrededor una y otra vez, y yo deseaba mucho no haber estado ahí.

Mi padre estaba de pie y miraba, poniendo ocasionalmente sus palmas de vuelta en su frente y en sus ojos.

Mi madre y mi padre, que habían estado en su escondite por mucho tiempo, estaban exhaustos y famélicos. Mi padre tenía ojos muy grandes, y mi madre ya no tenía dientes. Mi padre había arrancado todos sus puentes y coronas de oro, los que su hermano Leibek, un dentista, le había colocado después de que ella regresara enferma de su escapada pionera en Palestina.

Mi padre había sacado sus puentes y coronas con su navaja.

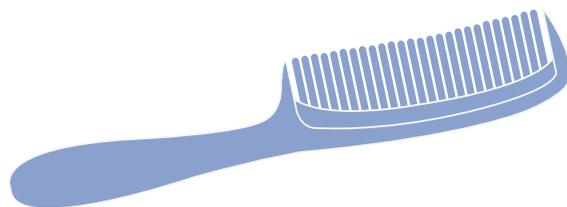
La navaja cara, asombrosa, ultramoderna de mi padre, esa navaja suiza de la que él estaba tan orgulloso, la primera cosa que él se había comprado con su propio dinero. Mi padre había trabajado desde niño, y otros siempre necesitaban más que él el dinero que ganaba: su madre viuda, Rachela Goldman, su hermano menor Henryk Goldman, y su hermanito bebé David.

Esa navaja era lo máximo en términos de sofisticación. Una herramienta excepcional que se me antojaba eternamente mágica. La palabra más maravillosa del mundo. Le brotaban incontables partes. Algunas tenían funciones de las que el mundo jamás se había enterado.

Desde niña, mi madre había tenido problemas con sus dientes, y éstos se agravaron mucho cuando fue pionera en Palestina. Emigró allí con otros miembros de la asociación juvenil Hashomer Hatsair. Pavimentó carreteras y vivió en los kibutz Mishmar Haemek y Beit Alpha hasta que tuvo que abandonar al hombre que ella amaba, Avreime'le, junto con su ideal y sus amigas Clara y Ziga porque tuvo que regresar a Polonia para recuperarse de la terrible fiebre que había contraído, y porque su sensible piel alabastrina, casi transparente, y su preciosa cabellera pelirroja digna de Tiziano, no podían sobrevivir a la trampa mortal del clima mediterráneo.

Su buena salud se restableció en Polonia, pero no así los dientes que había perdido en Palestina, y su hermano mayor, Leibek Gruber, que había asistido a la escuela de odontología de Berlín —¿o será que fue en Viena?—, hacía puentes y coronas de oro para ella. Los alemanes asesinaron a Leibek.

En Cracovia, después de la guerra, un dentista que había ido a la escuela de odontología con Leibek sacó los miserables tocones que le quedaban a mi madre en la boca e hizo dientes postizos para ella. Ese dentista era mi peor pesadilla, aun peor que la Inquisición española que había oído mencionar en algunos libros —pero eso fue después de la guerra, antes de que emigráramos a Palestina.



El oro de las coronas y de los puentes que el tío Leibek había hecho para mi madre le fue entregado a Hania Seremet, y ese oro me compró a mí una semana más en la aldea, respirando aire fresco, gozando de los espacios abiertos, de la luz del sol, del lado de la vida, el lado ario. Mi buena salud, mi bronceado, mis mejillas rojas como manzanas, mis nudillos lastimados, la piel dura en las plantas de mis pies, todo eso desapareció en un abrir y cerrar de ojos en el escondite de mis padres.

Quedaron las liendres.

No me gusta eso de hurgar así en el pasado.

Yo no quería en absoluto estar ahí con mi madre y mi padre, dos personas que no recordaba, casi unos extraños, que no me gustaban para nada.

Mi madre empezó a hacerme toda clase de preguntas, preguntaba y preguntaba sin parar. Yo no entendía su idioma. Lo había olvidado. Ellos no me entendían a mí. Yo había vuelto hablando un dialecto, un idioma rural en el que cada frase acababa en un maullido de sorpresa: *jijta-i-u!!!*

Yo no era alguien que hablara mucho de todos modos, y sólo contestaba las preguntas cuando no me quedaba de otra.

Mi madre tomó unos cuantos trapitos húmedos y empezó a limpiarme por todas partes, incluso dentro de mis oídos, incluso detrás de mis orejas, incluso entre los dedos de mis pies. Mis adorables deditos de los pies, mi familia. El dedo gordo de padre, el dedo medio de madre, y sus tres hijos: dos hijos un poco más grandes y un bebé tierno —mi dedo chiquito.

Esos dedos de los pies rosados eran como pajaritos. En la parte inferior de cada uno había un pequeño bulto, como un pico diminuto. A veces, cuando tenía con qué hacerlo, me ponía a dibujar caras pequeñas en las uñas de los dedos de mi pie. Me gustaba dibujarlas en mis palmas también y luego las distorsionaba para darles una expresión chistosa.

Pero cuando vi la hilera de números azules en el brazo del tío Isser Laufer —siempre llevaba un sombrero, y debajo, una suerte de platillo volteado hecho de terciopelo suave— dejé inmediatamente de dibujar sobre mi cuerpo.

Yo vi.

Yo la vi, esa hilera de números, cuando el tío Isser Laufer se arremangó la camisa y enrolló una tira de cuero negro alrededor de su brazo y amarró una caja negra a su frente, para luego envolver un chal blanco de rayas alrededor de sus hombros y mecerse para atrás y para adelante y de lado de una manera muy extraña, no

exactamente una forma de actuar que fuera respetable para gente adulta, mientras murmuraba y emitía sonidos extraños.

A diferencia de lo que yo dibujaba en las uñas de los dedos de mis pies y mis palmas, los números dibujados en el brazo del tío Isser Laufer no se podían borrar, aun después de que los lavara. Estaban ahí para siempre. Y de entonces en adelante, jamás volví a dibujar algo en mi piel o en mi cuerpo.

Eso era cuando ya no había guerra en el mundo y mi madre y padre y yo vivíamos en una habitación en un apartamento con otras personas y mi madre seguía diciendo y diciendo todo el tiempo que sin ella todos nosotros habríamos sido destruidos. Tenía razón. Gente de todo tipo empezó a visitarnos. El tío Isser Laufer también apareció de repente y vivió con nosotros por un rato. Mi madre dijo que antes de la guerra él tenía una familia, una esposa y un niño, pero que ahora sólo era él. Y la gente que llegaba, fea, gris, cansada y triste, tenía esos números. Se arremangaban las blusas y las camisas, y se los enseñaban a mi madre y a mi padre.

Yo no miraba, pero veía. Y ellos nos decían. Nos contaban todo. Historias increíbles que habían sucedido en el mundo. Yo no miraba, pero veía. No escuchaba, pero oía.

Yo odiaba a toda esa gente fea. El tío Isser Laufer era el único que me agradaba. Me encantaba respirar el olor que despedía, un olor triste y agradable, como la fragancia de las lilas.

Mi madre frotaba y limpiaba mi cuerpo entero con los trapos húmedos. No era muy grato estar con esas dos personas que yo no conocía, que yo no recordaba ni entendía, que estaban conmocionadas y asombradas por mi presencia, que estaban tan emocionadas de verme, que intentaban asearme y limpiarme y componerme. Yo sentía como si algo estuviera mal conmigo, terriblemente mal.

Yo no quería estar ahí.

Cuando me quitaron la suciedad que se había acumulado en mi cuerpo durante todos esos meses en la aldea —en la pocilga, en el ataúd forrado con paja en el que yo dormía—, cuando me quitaron toda esa suciedad aseándome, llegó el turno de los piojos. Y eso fue maravilloso: mi madre extendió un periódico en una silla, inclinó mi cabeza de tal manera que mi cabello fluyera hacia abajo y empezó a peinarlo con un peine de dientes finos. Al principio me dolió. Mi cabello estaba lleno de nudos. Pero en algún momento los piojos empezaron a caer. Una lluvia de piojos cayó sobre el periódico, miles de piojos, millones, y cada vez que un piojo caía sobre el periódico sonaba como un suave golpeteo. Una lluvia de golpeteos. Después de un rato, aquella lluvia amainó —el tiempo entre golpeteos fue creciendo— hasta que el

golpeteo cesó por completo. Y ya no cayó ningún piojo. Miré todo el tiempo, arrobada por las criaturas que crujían en el periódico justo en mis narices y ante mis ojos.

Cuando la lluvia de piojos se desvaneció, mi madre dobló el periódico que pululaba de vida y entró al apartamento hasta la parte donde habían vivido los Jozak —por supuesto, no sin antes haberse cerciorado de que no había moros en la costa— y arrojó el periódico en la abertura del horno debajo de la estufa de gas, en la cocina de la señora Rozalia Jozakowa.

Los piojos se quemaron en silencio.

El que peinaran mi cabello con un peine de dientes finos se volvió un ritual de todos los días. Lo disfrutaba mucho.

Me gustaba la cercanía con mi madre, que en otras circunstancias no se había ofrecido para brindar abrazos, besos y caricias, y me gustaba el alivio temporal y sorprendente de la comezón en mi cabeza, pero principalmente me gustaba leer.

Siempre he sabido leer. Sé leer por los piojos. Mientras mi madre extendía el periódico y peinaba el cabello de mi cabeza inclinada, miraba las marcas negras en el papel. Pronto aprendí a distinguir las que se movían corriendo por doquier y las que pacíficamente se quedaban quietas en su lugar. Ésas no eran las liendres, sino las letras.

También había imágenes. Para verlas bien tenía a veces que voltear el periódico. Así fue que me di cuenta de que las letras —igual que las imágenes— tenían una dirección. No se quedaban de cabeza; tampoco se recostaban de lado, tampoco decidían de repente voltearse y marcharse. Los piojos, en cambio, solían correr a toda velocidad, moviéndose de ida y vuelta en un caos total.

Supongo que mi madre y mi padre me ayudaron a distinguir entre los piojos que huían apresurados y las formas inanimadas, y me enseñaron a descifrar su significado. Deben de haberlo hecho, porque yo sabía leer. Siempre he sabido leer, y la lectura me mantuvo cuerda.

El Ejército Rojo y *batiuchka tovarich* Stalin me salvaron la vida, y los libros me salvaron de la vida.

Siempre he leído, todo, cada palabra: leyendas en el periódico, titulares, artículos, anuncios. Hasta leí la *Enciclopedia de Ciencias Sexuales* en cuatro tomos que sobrevivió en la biblioteca del ginecólogo judío. Más tarde, cuando nos liberaron y pudimos salir de nuestro escondite y caminar del lado de la vida, el lado ario, descubrí que mientras mis piernas habían olvidado cómo caminar, y sólo podía hablar escasamente y en un tenue murmullo, no me costaba trabajo leer —leer anuncios,

letreros, grafitis, leer todo: lo que estaba escrito en los boletos de autobús, en las cajas de cerillos, en los paquetes de cigarrillos, en las etiquetas, en los libros.

Libros, esos maravillosos libros. Esos héroes colosales —Victor Hugo, Charles Dickens, Romain Rolland, Chéjov, Dostoyevski, Kipling... Un terrible temor se deslizó en mi corazón: ¿siempre habría suficientes libros?

Y sí había, y siguió siendo así. No pararon los libros.

Más tarde, me esperaban en las bibliotecas. Encuadernados y vueltos a encuadernar, una y otra vez. A veces, un encuadernador descuidado rebanaba distraídamente las esquinas de las páginas, cortando un pedacito de texto. Entonces yo tenía que adivinar los comienzos o los finales de las palabras faltantes.

Y el olor. El olor de los libros. Las páginas amarillentas que se iban desmoronando, moteadas de manchas con formas extrañas, con sus esquinas dobladas en forma de orejas de burro. Marcadores que habían dejado los que los habían leído antes que yo.

Los amaba también, mis hermanos de lectura, mis hermanos en espíritu. Estaban ahí antes que yo.

Aquí hay una nota entre líneas escrita por una mano educada. Aquí hay una mancha. ¿Será café? ¿O, tal vez, un coñac fino y caro? O tal vez sea absenta, un veneno verdoso del color del celadón, del color del vestido con las flores de satín que mi madre bordó y me mandó cuando yo estaba en la aldea, el color de mi bata de lectura, el color del barniz caro de nuestros muebles nuevos en Cracovia, el color del Škoda de mi padre después de la guerra. Como el verde en las pinturas de Picasso. Nuestro Picasso. Él amaba a *tovarich* Stalin también, e incluso lo pintó —una pintura extraña.

Cosette, de *Les misérables*; el benévolo pequeño Lord; Tom Sawyer, Tom Thumb; Emilio y todos los detectives; Mowgli y Bagheera, la pantera negra; Jean Christophe, David Copperfield, D'Artagnan, David en *La casa de los Thibault* y Sergei en *La tempestad* de Iliá Erenburg; Levin y Pierre, el príncipe Myshkin de ojos azules y el valiente Oliver Twist.

Gracias a todos ustedes, mis héroes.

Ustedes son los maestros que nunca tuve.

¡Qué lástima tan grande que yo nunca tuviera un maestro!

Gracias por todos los mundos que crearon para mí, que se abrieron para mí cuando tanto los necesitaba. Ésos eran mis mundos verdaderos. Ésa era mi realidad escogida. No hubiera sobrevivido si no hubieran sido mi existencia paralela [...] ●

TRADUCCIÓN DE FRANÇOISE ROY, A PARTIR DE LA TRADUCCIÓN
DEL HEBREO AL INGLÉS DE SONDRÁ SILVERSTON

YAD VASHEM* ETGAR KERET

ENTRE LA EXHIBICIÓN de los judíos europeos antes del ascenso del nazismo y la de la *Kristallnacht* había una barrera de cristal transparente. Esta partición tenía un significado simbólico directo: para los no iniciados, la Europa de antes y la de después de la noche de ese pogromo histórico podían parecer la misma, pero en realidad una y otra eran universos totalmente distintos. Eugene, que caminaba rápido, con su guía jadeante unos pasos detrás, no había notado ni la partición ni el significado simbólico. El choque fue perturbador y doloroso. Un hilo de sangre salía de sus narices. Rachel murmuró que no se veía bien y que tal vez sería bueno que regresaran al hotel, pero él sólo se metió un trozo de papel higiénico en cada fosa nasal y dijo que no era nada y que debían continuar.

—Si no te ponemos hielo se va a hinchar —intentó de nuevo Rachel—. Vamos. No tienes que... —entonces se detuvo a media frase, tomó aire y agregó—: Es tu nariz. Si quieres que sigamos, seguiremos.

Eugene y Rachel alcanzaron al grupo en la esquina que explicaba las leyes raciales. Mientras escuchaba a la guía con su fuerte acento sudafricano, Eugene intentó figurarse qué era lo que Rachel había empezado a decir. «No tienes que convertir todo en un dramón, Eugene. Es muy aburrido». O: «No tienes que hacerlo por mí, corazón. De todos modos te amo». O tal vez simplemente: «No tienes que ponerle hielo, pero tal vez ayude». ¿Cuál de estas frases, si alguna,

*Yad Vashem: el museo histórico en recuerdo de las víctimas del Holocausto situado en la ciudad de Jerusalén. El nombre proviene del libro de Isaías (56:5) y significa «nombre perpetuo», según la traducción al español de la Biblia Reina-Valera (*N. del T.*).

había empezado a decir? Muchos pensamientos pasaron por la cabeza de Eugene la primera vez que se decidió a sorprender a Rachel con dos boletos a Israel. Él pensaba: Mediterráneo. Pensaba: Desierto. Pensaba: Rachel sonriendo otra vez. Pensaba: Hacer el amor en una *suite* del hotel mientras el sol empieza a ocultarse más allá de los muros de Jerusalén, tras ellos. Y en este océano de pensamientos no había habido ni el más mínimo sobre sangrados nasales ni sobre Rachel comenzando frases para no terminarlas de ese modo que a él siempre lo volvía loco. De estar en cualquier otro sitio del universo, probablemente habría comenzado a sentir compasión por sí mismo, pero aquí no. La guía sudafricana les mostraba fotos de judíos desnudándose en la nieve a punta de pistola. La temperatura, decía la guía, era de quince grados bajo cero. Un momento después de tomada la foto, la gente —todos y cada uno de ellos, las mujeres, los viejos, los niños— fue obligada a meterse en una zanja excavada en el suelo y fue muerta a tiros. Cuando terminó la frase, lo miró por un momento con una mirada vacía y no dijo más. Eugene no pudo entender por qué lo miraba a él, de entre toda la gente. Lo primero que le pasó por la cabeza fue que era el único en el grupo que no era judío, pero incluso antes de que ese pensamiento terminara de formarse en su mente él se dio cuenta de que no tenía sentido.

—Tiene sangre en la camisa —dijo la guía con una voz que a Eugene le sonó un poco distante. Él miró la pequeña mancha en su camisa azul claro y luego dirigió la vista de vuelta a la imagen de una pareja de ancianos, desnudos. La mujer se cubría las partes pudendas con la mano derecha, intentando mantener un poco de dignidad. El marido apretaba la mano izquierda de ella con su gran palma. ¿Cómo reaccionarían él y Rachel si los sacaran de su agradable departamento del Upper West Side, los llevaran al parque cercano y les ordenaran desnudarse y meterse en una zanja? ¿También terminarían sus vidas tomados de la mano?

—La sangre, señor —la guía interrumpió su línea de pensamiento—. Sigue goteando —Eugene metió más adentro de sus fosas nasales el papel de baño y trató de mostrar una de esas sonrisas de «Todo está bajo control».

Comenzó junto a una foto muy grande de seis mujeres con las cabezas rapadas. A decir verdad, había comenzado cuatro semanas

antes, cuando él había amenazado con demandar al ginecólogo de Rachel. Estaban sentados juntos en el consultorio del viejo doctor, y a la mitad de su monólogo medio amenazante ella le había dicho:

—Eugene, estás gritando.

La expresión en sus ojos era distante e indiferente. Era una mirada que no había visto antes. Realmente debía de haber estado hablando muy fuerte, porque la recepcionista entró en el consultorio sin llamar y preguntó al doctor si todo estaba bien. Había empezado entonces y las cosas empeoraron aún más mientras estaban ante la foto de las mujeres rapadas. La guía dijo que las mujeres que llegaban a Auschwitz embarazadas debían abortar antes de que comenzara a notarse, porque un embarazo en el campo de concentración significaba, siempre, la muerte. A media explicación, Rachel dio la espalda a la guía y se alejó del grupo. La guía la vio alejarse y entonces miró a Eugene, que balbuceó, casi instintivamente:

—Lo siento. Es que acabamos de perder un bebé.

Lo dijo lo bastante alto como para que la guía lo oyera y lo bastante bajo para que Rachel no. Rachel siguió alejándose del grupo, pero incluso desde lejos Eugene pudo detectar el temblor que corría por su espalda cuando él habló.

El sitio más conmovedor y poderoso del Yad Vashem era el Memorial de los Niños. El techo de esta caverna subterránea estaba repleto de incontables velas memoriales que intentaban —no con mucho éxito— disipar la oscuridad que parecía abrirse camino en todo. En el fondo estaba la banda sonora, recitando los nombres de niños que habían muerto en el Holocausto. La guía dijo que eran tantos que leer todos los nombres tomaba más de un año. El grupo empezó a salir, pero Rachel no se movió. Eugene se quedó de pie tras ella, congelado, escuchando los nombres que alguien leía, uno por uno, monótonamente. Dio una palmada en la espalda de ella, sobre su abrigo. Ella no reaccionó.

—Lo siento —dijo él—. No debí haberlo dicho como lo dije, enfrente de todo el mundo. Es algo privado. Algo sólo de nosotros.

—Eugene —dijo Rachel, y siguió mirando las débiles luces sobre ella—, no perdimos al bebé. Tuve un aborto. No es lo mismo.

—Fue un error terrible —dijo Eugene—. Estabas emocionalmente vulnerable y yo, en vez de tratar de

ayudarte, me hundí en mi trabajo. Te abandoné.

Rachel miró a Eugene. Sus ojos se veían como los de alguien que hubiese llorado, pero no había lágrimas.

—Estaba emocionalmente bien —dijo—. Tuve el aborto porque no quería al niño.

La voz en el fondo estaba diciendo «Shoshana Kaufman». Muchos años antes, cuando Eugene estaba en la primaria, había conocido a una niña pequeña y gorda con ese nombre. Sabía que no era la misma, pero la imagen de ella, muerta en la nieve, de cualquier manera apareció ante sus ojos por un segundo.

—Ahora dices cosas que no quieres decir de veras —le dijo a Rachel—. Las dices porque estás pasando por un momento difícil, porque estás deprimida. Nuestra relación no está yendo bien ahora, es cierto, y tengo mucha de la culpa, pero...

—No estoy deprimida, Eugene —lo interrumpió Rachel—. Simplemente no me siento feliz contigo.

Eugene se quedó en silencio. Escucharon algunos nombres más de niños asesinados y entonces Rachel dijo que iba a salir a fumar. El lugar era tan oscuro que era difícil determinar quién estaba allí. Fuera de una mujer mayor, japonesa, de pie muy cerca de él, Eugene no podía ver a nadie. Supo que Rachel había estado embarazada sólo hasta enterarse de que había abortado. Se había puesto furioso. Furioso de que ella no le hubiera dado ni un minuto para imaginar juntos a su bebé. De que no le hubiera dado la oportunidad de poner la cabeza en su vientre suave y tratar de escuchar lo que sucedía adentro. La rabia había sido tan abrumadora, recordó, que le había dado miedo. Rachel le dijo que era la primera vez que lo veía llorar. Si se hubiera quedado unos minutos más, lo habría visto llorar una segunda vez. Sintió una mano tibia en su cuello y cuando alzó la vista vio a la japonesa de pie justo al lado de él. A pesar de la oscuridad y de sus gruesos lentes pudo ver que ella también estaba llorando.

—Es horrible —dijo a Eugene con un espeso acento extranjero—. Es horrible lo que las personas son capaces de hacerse unas a otras •

TRADUCCIÓN DE ALBERTO CHIMAL,
A PARTIR DE LA TRADUCCIÓN DEL HEBREO
AL INGLÉS DE MIRIAM SHLESINGER

El chico de las semillas

GILA ALMAGOR

SE LLAMABA AARÓN, o Abraham o quizás tenía otro nombre, Amrán o Rubén, no recuerdo exactamente. Lo que sí recuerdo perfectamente es el apellido: Semillas.

Resultaba extraño que alguien se apellidara igual que el negocio de su padre.

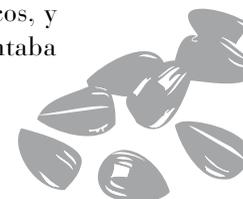
Lo llamábamos «Semillas» porque era el hijo del puestero que vendía semillas.

Era como si Pini o Tzvika, esos chicos de nuestro barrio, se llamaran «Pini y Tzvika Zapatos» porque el padre era zapatero. O que a Riva Feller la llamaran «Riva Aceros» porque el papá tenía un negocio de perfiles, tornillos, grifos y otros trastos horribles hechos de acero.

En todo caso, Aarón (o Abraham) Semillas era el hijo del dueño del negocio de semillas: un local enorme, pegado al cine Palace, que daba a la calle principal y que me encantaba visitar. Estaba abierto todos los días, iluminado. Las semillas colmaban los sacos hasta los bordes y algunas caían al piso.

Solía mirar las semillas dispersas en la entrada del local y pensaba: quizás algún día el chico de las semillas se mueva un poco de ese papel en el que estaba anclado y junte un montón de semillas, blancas o negras, así, gratis, sin pagar, como los pajaritos que aterrizaban entre los sacos y arrebataban en sus picos las semillas del piso. Yo, si hubiera logrado llenarme los bolsillos del pantalón con semillas, hubiera escapado hacia mi escondite en el contenedor de lata del refugio, donde las abriría para mi propio gusto y nadie vendría a pedirme: «¿Me convidas?».

El chico de las semillas solía estar allí de pie mirando hacia la calle, entre los sacos en los que me hacían guiños los maníes, las almendras y las semillas de girasol. Los transeúntes compraban allí los periódicos, y entonces Aarón o Abraham o como fuera que se llamara les preguntaba



«¿Un cono?». Él ya tenía en una mano el cono listo. Tomaba las hojas de los periódicos y con un movimiento de los dedos armaba una especie de embudo que llenaba de semillas.

El cliente, entre tanto, picoteaba de las bolsas de semillas. Perdía el tiempo adrede, para poder comer gratis un poco más, y de ese modo el cono con las semillas que había comprado llegaría a su casa intacto.

Aarón (o Abraham) le preguntaba: «¿Así está bien?». Hundía su mano en la montaña de semillas y se oía un murmullo que sólo muchas semillas juntas pueden producir.

Depositaba de inmediato el dinero obtenido en una caja de lata que estaba junto a su sitio de costumbre.

Tenían allí otros tesoros, desafiantes y coloridos: enormes frascos de vidrio transparente repletos de caramelos de todos los colores, redondos como globos. También había un gran frasco con paletas rojas, envueltas en papel de celofán. Hasta el frasco parecía rojo y tentador.

Cada vez que pasaba por allí me detenía por un rato para contemplar con ansias ese gran frasco, pensando y calculando cuándo llegaría a tener el dinero suficiente como para entrar en el local de las semillas y exigir: «¡Quiero una de las paletas de ese frasco!».

Un día fuimos al puesto de las semillas con Pini, Tzvika y Javi, la hermanita menor que siempre llevaban a la rastra.

Ellos compraron un cono de semillas y una paleta para Javi. Yo la atravesaba con los ojos mientras ella desenvolvía el celofán y chupeteaba sin pausa la paleta.

«Ven, te ayudaré», le propuse. Esperaba que me diera la paleta y me dejara arrancar el celofán con los dientes, de modo de poder darle una lamida.

Pero Javi no me la dio. Decidió hacerlo por sí misma.

Cuando la paleta quedó desnuda del celofán que la envolvía se la metió en su boca y comenzó a chuparla con lentitud, a pasarla de un lado al otro, y yo le suplicaba: «¡Déjame, una chupadita sola, no te la robo, sólo una chupadita!», y Javi me contestó: «¿Estás loca? No se puede de boca a boca».

Pini, Tzvika y Javi siguieron su camino y yo me quedé por un instante clavada ahí, en mi sitio, cuando el chico de las semillas me dijo: «Simpática niña, ¿deseas algo? ¿Quieres que te traiga un cono?».

Yo le respondí: «No quiero un cono. Quiero una paleta. ¡Pero no tengo dinero!», tartamudeé.

Él, un poco ofendido, alzó la voz para decir: «¿Dinero? ¿Yo te pedí dinero? ¿Quién dijo dinero?».

Hacía como si le hablara a la gente que pasaba por la calle, a pesar de que no había nadie.

«Ven», me dijo. «En unos instantes cerraré el negocio. Te daré lo que quieras, el local será todo para ti».

Me hizo una seña para que entrara. En el momento en que pisé el interior del puesto, bajó la enorme cortina de metal que daba a la calle, con un terrible estruendo. Nunca había visto esa cortina del lado de adentro. Los sábados estaba siempre cerrado, y cuando las cortinas de todos los negocios estaban bajas, no se podía distinguir entre un local y el otro ni se podía saber dónde vendían nada. De repente yo me encontraba del otro lado de la cortina, dentro del local y en la oscuridad.

Me asusté. Él me dijo: «Ya encenderemos la luz».

«Pero, ¿dónde está la llave?», pregunté, pues no conocía el lugar.

Él me tomó de la mano y me llevó hacia adentro, hacia el depósito que estaba al fondo del local. «Te prometí un cono, ¿no es cierto?». «No», contesté, «¡una paleta!», y él dijo: «Está bien, una paleta». Entonces supe que estábamos en el depósito: sacos llenos y vacíos colmaban los estantes, ya repletos con frascos y latas. Había en el aire olor a especias y estaba horriblemente oscuro. Daba miedo. Sólo se filtraba un rayo de luz desde un tragaluz cerca del techo y en la luz vi miles de motas de polvo danzando hasta marearse. Estaba hipnotizada por esa visión. Cuando alcé la vista él me tomó de la cintura, me alzó y me depositó en uno de los estantes superiores, sobre una pila de sacos. «Qué princesita eres», me dijo, «tú eres mi princesita». Se quedó allí, a mis pies, me acariciaba los zapatos y me decía: «Qué lindos zapatitos. ¿Quién te los compró?». Yo sabía que me estaba mintiendo, porque mis zapatos eran asquerosos, ni siquiera eran míos sino de Ruthi, mi prima. Ya desde el primer día en que los recibí me apretaban y mamá los cortó en un extremo, para que mis dedos pudieran asomar. Eran horribles. El barro de principios de invierno se me había pegado a las suelas y eso los volvía aún más feos.

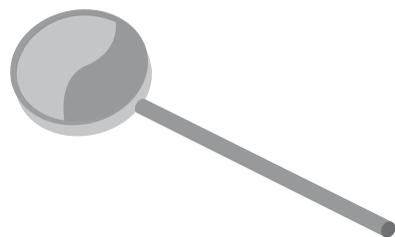
Esa mañana mamá me había obligado a ponerme justamente esos zapatos. «Ya hace frío», dijo, «quizás llueva, llévate también un suéter». El «suéter» era el chaleco más feo que tenía. Lo había recibido de Débora Sirkin, la hija de Menia Sirkin, que siempre me pasaba sus horribles ropas descoloridas, que nunca eran de mi talla. Yo sabía exactamente cómo me veía: feísima. Y él me decía «¡Qué linda eres, niña bonita, qué hermoso suéter tienes!». Sabía que mentía y que lo decía porque sí. Le pedí que me dejara, porque quería escaparme. Pero el olor de las especias me hacía cosquillas en la nariz y empecé a estornudar.

«Límpiate la nariz», me dijo, «¡estás moqueando!», pero no tenía con qué limpiarme la nariz y los ojos se me llenaron de lágrimas. Él me preguntó: «¿Qué fue lo que te hice? ¿Acaso te hice algo?», y yo negué con la cabeza y le dije: «Basta, quiero irme a casa, mi mamá va a salir a buscarme». Él dijo: «¿Qué apuro hay? Todavía no te di la paleta». Entonces se puso de pie y se fue hacia el local. Yo trataba de escaparme del lugar en el que me había sentado —el trono del reino de las semillas—, pero apenas pude moverme un poco y él ya estaba de regreso con la paleta. Le sacaba el celofán y me decía: «Quiero ver cómo la chupas, chúpala», pero yo ya no quería la paleta. El gusto amargo de las lágrimas se me mezclaba con lo salado de los mocos que chorreaban de mi nariz. «¡Chúpala!», me ordenaba, «¡quiero ver cómo la chupas!». Su voz había cambiado y me daba miedo. Se abalanzó sobre mí y me levantó la pollera. Sus manos comenzaron a acariciar mis pies y subían hacia mis rodillas. Vi que sus ojos brillaban en la oscuridad y me aterroricé de esa cara, que no se parecía para nada a la cara del chico de las semillas.

Entonces metió su cara entre mis rodillas. Yo retraje mis pies —con los zapatos de Ruthi— y lo pateé en el rostro. Cayó hacia atrás y comenzó a gritar: «¡Voy a matarte, perra, hija de puta, voy a matarte!». Yo caí de la pila de sacos de semillas. Escapé de allí como pude mientras gritaba: «¡Socorro, socorro, señores, el chico de las semillas se cayó!». La calle estaba ya oscura y yo corría tanto como me daban los pies. Cerca de casa me tropecé y caí de bruces, me lastimé la cara y las rodillas. Cuando entré en mi casa mi mamá me reprendió: «¿Dónde estuviste? Ya estaba pensando qué pudo haberte pasado...». No me preguntó si me dolía algo, sólo me gritaba cuánto se había preocupado y que me había portado mal.

No le conté que el chico de las semillas me había atemorizado, ni que lo pateé en la cara y se había caído.

Esa noche le tuve miedo a ella. Odiaba irme a la cama cuando mamá se enojaba conmigo.



NUNCA VOLVÍ a pasar por el local de las semillas. Evitaba el lugar, elegía otro camino: lo principal era no toparme con él, con Aarón o Abraham o como fuera que se llamase. Pasaron unos días. Mamá y yo salimos juntas a hacer algunos trámites y compras. Ella se empeñó en pasar por allí, nada menos. Vi que él se había puesto una gran venda que le cubría la nariz y casi toda la cara.

«¿Has visto al chico de las semillas?», preguntó mamá, «da miedo así, ¿no?». Yo me callé y no le dije que más miedo daba sin la venda ni que fui yo quien le había pateado la cara. Supe en ese momento que yo era una niña fuerte y que nadie, jamás, me haría nada que yo no quisiera. Yo les devolvería una por una, no me daría por vencida.

Por muchos años me alejé de Petaj Tikva.¹ Desde que mi madre falleció no tuve nada que buscar allí. En una de mis últimas visitas pasé, por casualidad, por el puesto de las semillas. Tenía un gran cartel: «Local en venta». El hombre sentado en la silla, con el rostro hacia la calle, era Aarón o Abraham o como fuera que se llamara. El chico de las semillas. Ahora era un señor mayor, un viejo. Ya no me daba miedo. Me detuve, lo miré directamente a sus acuosos ojos y le dije: «Quiero una paleta. ¿Tiene?». Él me respondió: «Paletas, hace tiempo que ya no me quedan. ¿De dónde sacó eso? Las paletas son de hace mil años. ¿Quiere un cono?». Yo me aclaré un poco la garganta y paseé mis ojos por su cara en busca de una cicatriz o de alguna marca. No había nada. «No, no quiero un cono. ¡Quería una paleta!». Bajé la vista, contemplé sus venosas y seniles manos y recordé el toque repulsivo y rugoso de esas manos en mis rodillas, el brillo de sus ojos en la oscuridad y mis piececitos que golpeaban en su cara, esa cara que ahora estaba surcada por arrugas. Él seguía allí, sentado en su reino de semillas, solo, abandonado. Ni siquiera tenía ya aquellas paletas rojas que agregaban un poco de color a la grisura del local. Quise preguntarle cómo se llamaba en realidad: Aarón o Abraham o Rubén o Amram, y si se apellidaba «Semillas». Pero de pronto él me dijo: «Señora, va a comprar algo o sólo vino a molestar. ¡Usted está molestando!».

Ya no quise comprar nada, ni molestarlo. Ni siquiera quise recordar. Y me fui ●

TRADUCCIÓN DEL HEBREO DE GERARDO LEWIN



¹ Una de las primeras ciudades judías, fundada en 1878 (*N. del T.*).

Luz temprana

[fragmento]

EYAL MEGGED

CAPÍTULO I

A la mitad del viaje anual de la clase, rodeado de plataneros gigantes cuyas sombras me recuerdan un lugar distante, recostado junto al río Amud, cierro los ojos para alejar el estruendo creciente del agua y me pregunto: ¿Qué pasará ahora? ¿Qué me falta por vivir? A mi edad, cuarenta y nueve años, todo es tan extraño e inesperado como el rifle que está a mi lado, un viejo rifle que aún me es familiar, de mis días en el ejército, quizás lo único que no ha cambiado desde entonces. Lo acaricio con la punta de los dedos, como un gesto de hermandad de los inadaptados que no pertenecen al New Age. De repente, la felicidad me inunda: si no hubiera partido, mi tiempo se habría agotado más rápido, pero ahora el futuro está lleno de sorpresas, casi como el futuro de mis ruidosos estudiantes, un nuevo rebaño que estalla en la pradera de la vida.

—¡Profesor, profesor! ¡Rotem se cayó del puente!

Me incorporo lentamente, como un turista que está de paso, sin nada que hacer. El niño está sollozando, con su brazo torcido, cojea hacia mí. Uno de los padres viene corriendo. Aliviado, mando al niño lastimado con él, estoy al pendiente de su recuperación desde lejos.

—¡Profesor Dror, venga al agua!

La diferencia entre ellos y yo es ilusoria. Me quito la ropa para quedarme en traje de baño, y como un niño flaco que evita con cuidado un charco de agua fría, avanzo despacio hacia las profundidades, mientras las ninfas en camisetas mojadas danzan a mi alrededor, gritando animadamente y zambulléndose al mismo tiempo. El frío provoca que se agudice la conciencia: todos llevamos un niño dentro, ella jamás saldrá de mi vida. Nunca me dejará vivir. En mi desesperación, ya no me importa moverme para mantenerme caliente; en silencio, absorbo más y más el frío, el cual transforma

mis pensamientos y sentidos en hielo, así encuentro confort en la ilusión de que algo cambia gradualmente en mi ser.

Quneitra estaba bañada por una luz fuerte, como si el día nunca terminara, a pesar de que ya eran las siete en punto. La directora me pidió, refiriéndose a mí, bromeando, como el más viejo de los profesores, que contara mis recuerdos de este lugar en tiempos de guerra. Por un instante me entusiasmo y trato de que me escuchen entre el ruido: «Siempre fue una ciudad melancólica. Como pueden ver, el color dominante es el negro».

—¿Quién sabe por qué? —la directora prorrumpe, el tormentoso ruido empieza a disminuir.

Clamor de nuevo.

—¡Por el basalto! ¡Por el basalto!

—Fue la primera ciudad enemiga que enfrentamos. Nuestras guerras siempre habían sido en el desierto, de repente nos encontramos con una especie de ciudad extranjera —mi voz suena extraña por el viento, mis palabras asemejan una confesión y parecen provenir de una guía de turistas al mismo tiempo.

—¡Una ciudad extranjera! —grita uno de ellos y los demás ríen.

—No, en serio —trato de convencerlos—, era tan extranjera como si estuviéramos en Nepal o el Tíbet. Muchachos, no estábamos tan mimados como ustedes, que tan pronto empiezan las vacaciones de verano ya están en el aeropuerto.

—¡Vamos! ¡A comer, tenemos hambre!

El extinto volcán hizo erupción de nuevo. Como piedras, se precipitan hacia los autobuses estacionados abajo.

—Es cierto que es melancólica, como el fin del mundo —susurra una voz sedosa. La veo de espaldas, sólo el brillante cabello suelto, e imagino la mirada lunática buscando la ciudad por la línea fronteriza—. Apuesto a que sólo fantasmas viven ahí. Quizás es la ciudad vacía del relato de Kafka.

—Y la torre, de hecho, es una mezquita —me apresuro a responder para no desperdiciar el momento en el que, por fin, alguien hace la conexión entre la literatura y la vida.

—Pero, ¿dónde está el reloj? —ella me mira, sus ojos verdes casi grises asoman detrás de unas gafas muy finas, un gris como la niebla que oculta un abismo, como una trampa escondida.

—No hay relojes en las mezquitas —digo hipnotizado.

—Vaya progreso —escucho la seductora voz—, el tiempo no sólo se paraliza, queda anulado por completo.

—¿Y luego? ¿Qué ganamos? —me convierto en el alumno.

—Podemos hacer lo que queramos —sonríe de forma indulgente, como si esa fuera la única respuesta.

—¡Omer! ¡Omer! ¡Profesor! ¡La clase terminó!

Toco su brazo y retrocedo, porque no es claro lo que he tocado, cuerpo o espíritu.

Así fue como la descubrí.

Ella baja por la pendiente delante de mí y tropieza, acelero y pongo mi brazo alrededor de su cintura para cargarla, su cuerpo oculto por un overol es más grande de lo que esperaba. El fresco aroma de su cabello color miel evoca una imagen de ensueño de una vida que apenas comienza, ráfagas oscuras que dispersan pequeñas hojas blancas en el camino, una falda agitándose sobre sus muslos que, con nervioso regocijo, reposan en el asiento de una brillante Lambretta. Cuando me preguntaron en la reunión de maestros cómo podía concentrarme si las chicas se visten así, no se referían a Omer. ¿Cómo?, pregunté, y todas las maestras se rieron, porque pensaban que me estaba haciendo el inocente. Con los pechos y el abdomen al descubierto, no finjas. Son sólo niñas. ¿De qué hablas? ¡Niñas! Saben cosas que ni en tus más salvajes sueños te imaginarías.

La estufa portátil de gas truena afuera de la tienda. Debo comer para dormir. Jamás podría describirla como una niña. El mar es tranquilo, sólo se ven nalgas, recuerdo una de sus frases en el taller de escritura creativa, la cual elogí. Se tardó seis meses para empezar a participar. La primera vez contó un sueño: una balsa navega a contracorriente a lo largo del río y éste se divide en dos afluentes. No me podía concentrar bien en la historia porque oía la marcha fúnebre en mi otro oído. No quiero pensar en eso. Todos dicen que fue producto de mi imaginación salvaje, pero sólo yo sabía lo que había detrás de las quejas de Semadar. Sentía que merecía ser más que una maestra de preparatoria que no iba a ningún lado. Ese maldito legado le llegó de repente cuando uno de sus tíos murió en Francia; le echó más leña al fuego, aunque el efecto debió ser el opuesto. Pero no para una *kibutznik* como ella, descendiente de una rebelde raza de ascetas. Para ella, el dinero era sagrado. Y no podía tolerar por mucho la discrepancia entre nosotros. Durante la noche se transformaba en una princesa y yo no tenía lugar en su palacio. Estás loco, todos me decían cuando salía, por lo menos ten piedad de Omer, eres tú quien no puede aceptar que ahora le vaya mejor. El dinero corrompe, argumento, siempre lo he sabido. El deslumbrante auto rojo que compró me deprimía, su extravagancia me enfurecía, daba regalos a todo el mundo. No sabes qué es la generosidad, se lanzó en mi contra, por eso estás tan furioso. Entonces, ¿por qué sólo conmigo haces cuentas todo el tiempo?, pregunté. ¿Por qué tu generosidad no está dirigida a mí? ¿La caridad no empieza en casa? Si al menos

formara parte de esa abundancia. ¿Sabes que no he ido a Londres en diez años? ¿Cómo te atreves a quejarte?, gritó. Cuando empieces a cumplir con tus obligaciones tendrás derecho a levantar la voz, la rutina te parece una grosería, haces algo útil sólo cuando se te antoja, si eres incapaz de desempeñarte en el mundo exterior, coopera más en casa, ¿por qué siempre tengo que comprar la comida? Porque tienes una manía por comprar, no puedes dormir en paz si el refrigerador no está lleno, este consumismo me parece asqueroso. Recuerdo una riña amarga, que ella describió como fea, pero que me liberó porque en el momento más álgido salí del departamento, como era mi costumbre; me calmé con el aire fresco del fracaso, fui directo a la iglesia de la Santa Sepultura en la Ciudad Vieja. Siempre había una misa donde podía estar, abstraerme, odiar a la mujer que amo y amar a Dios. Pero no quiero pensar en eso ahora, tengo que dormir un poco.

ALGUNAS VECES los odio y otras los amo. A veces me digo: les pondré a todos cinco, y otras quisiera ponerles un diez. Son traicioneros como yo. Le doy un trago a mi café negro y empiezo la clase: «Una pala se usa para la agricultura y para cavar. Ayuda a que las cosas crezcan y también se usa para cavar tumbas». Hablo en voz baja, desde lo más profundo, con una voz que me parece convincente, incluso hipnótica.

La clase empieza a murmurar.

—Profesor, ¿a qué se refiere con cavar?

—¿Tomamos apuntes sobre agricultura?

—No, sobre sepultureros —alguien responde gritando.

Fuertes carcajadas. Alboroto. Mueven las bancas, sacan la comida de las loncheras.

—Profesor, ¿puedo salir a tomar algo?

—¡Nadie va a ningún lado! —digo molesto.

—Sólo un momento para ir al baño.

—Escucharon lo que dije.

Cuando el tumulto disminuye, trato de regresar a esa voz, escriban lo que se les ocurra. Pueden buscar en el alma, ¿no?

El alboroto comienza de nuevo. ¿Qué tiene que ver el alma, profesor?

Una nueva ola de gritos y risas se convierte en mis adentros en un sólido bloque de ira. ¿Cuánto durará mi paciencia? ¿Cuánto tiempo puedo permanecer como una isla silenciosa en medio de un mar de ruido? Respiraciones profundas, ojos cerrados. No marques las arrugas, concéntrate, relájate. Veo a lo lejos con una mirada indiferente, molesta y resuelta. El ruido se dispersa como un tiroteo después de una batalla terminada. Sólo quedan estallidos

aislados de ruido, hasta que otra vez hay un silencio absoluto y comienzan a escribir. Vacío, me quedo en mi silla.

Y luego veo la sonrisa, una sonrisa a medias ilumina sus ojos serios. Oculta algo sinuoso, dulce, virginal y experimentado al mismo tiempo, la sensualidad se oculta en el borde de sus labios. Quizás es simplemente astucia. ¿Qué calificación pedirá a cambio de esta provocación?

Ella se levanta y se acerca, apoyando los codos en mi escritorio.

—Quiero mejorar mi calificación en lectura creativa.

¡Te tengo, dulce ladrona! Para mis adentros, repito una frase del video de Winnie Pooh que Omer es capaz de ver más de diez veces en una tarde. «¿Quneitra te ha inspirado?».

Se endereza sin gracia, su cuerpo torpe bajo los tirantes del overol.

—No estaba concentrada debidamente en el examen.

—Está bien, entonces te haré un examen oral mañana a la hora del *lunch*.

La felicidad me invade. A pesar de mi semblante indiferente, disfruto conquistarla. De inmediato dirijo mi inesperada alegría hacia la clase.

—Veamos qué han escrito, ¡al menos una obra maestra! —digo entusiasmado.

—Profesor, no tengo apuntes.

—¡Escriban, no tomen apuntes! —digo furioso—. Una historia no es un apunte. ¿Cuántas veces tengo que decirles que aquí escribimos, no apuntamos?

—Profesor, no entendí qué nos pidió que hiciéramos.

«Está bien, está bien, hagamos otra cosa». No permitiré que mi felicidad sea enterrada bajo una nueva conmoción. Me abro paso entre las filas de las bancas, pisando mochilas, puestas en el piso, entre envolturas de sándwiches, cáscaras de fruta, y pastelillos; me pongo al lado de Katia.

—Cava sin escribir —la sorprendo—, danos una imagen verbal de tu casa en Rusia.

—No entiendo. ¿Dónde la dibujo?

—En la mesa, no importa dónde —digo exasperado.

Ella se ríe. Con su uña larga, rasga la madera: «La casa estaba aquí, grande, amarilla, dos leones salían de las paredes, solíamos aventarles piedras pero siempre fallábamos, y aquí enfrente, al otro lado de la calle», mueve su uña, «estaba el bar con los borrachos, era muy peligroso pasar por ahí. Y aquí», dibuja un círculo, «estaban los juegos y al lado, aquí, la embajada, no recuerdo de qué país».

—¿Qué clase de ensayo es ése? —grita alguien.

—Es un relato, no un ensayo —corrijo tranquilamente—. Su descripción me parece muy viva, como si hubiera estado ahí. ¿Qué ciudad es?

—Taskent.

—¿Ven?, ya conseguimos algo, hemos estado unos minutos en Taskent —dije sin la esperanza de obtener algo de esta clase.

—Profesor, ya sonó la campana.

—**BUSQUEMOS** una sombra en la esquina, quizás bajo el olivo, así los jugadores de basquetbol no nos molestarán —la guío a través de la cancha de concreto que reverberaba por los golpes de la pelota y los gritos.

—No he leído todo el material, desde ahora se lo digo.

—No importa. Veamos cuánto has asimilado de lo que has leído.

Al sentarse, un pequeño demonio azul armado con un trinche se asoma bajo el tirante de su *brassiere* negro, el cual, sin querer, hace a un lado un mechón de pelo que le cae en el hombro.

—¿Es una estampa o un tatuaje?

Con una sonrisa en apariencia inocente: «¿Qué?».

—Ese demonio.

—No me lo puedo quitar.

—Ah.

El dibujito se esconde de nuevo en su cabello. Glóbulos transparentes de sudor entre sus labios rosas y su larga y recta nariz.

—¿Qué quiere que le diga?

—Tal vez podrías decirme si es posible imaginar un tipo específico de héroe a partir de los libros que hemos leído este año.

—¿Te molesta si fumo?

—No.

Saca un cigarro de su bolsa, inhala profundamente, inclina la cabeza hacia atrás y echa el humo hacia el monte Sion, en las afueras de la Ciudad Vieja. El humo se mezcla con la niebla de las montañas de Moab. «Un hombre sin Dios».

—¿Eso qué significa?

—Un hombre que no siente necesidad de rendirle cuentas a nadie —su voz es clara y decisiva.

—¿Estás diciendo que no tiene conciencia? —trato de ocultar mi curiosidad.

—¿Eso crees? No es que no tenga conciencia. Hay algo dentro que lo contiene.

—Un misionero podría decir que, si algo lo contiene, eso prueba la existencia de Dios.

—O que se trata de un ser humano.

—Bien. Ahora, en tu opinión, en el libro de Imre Kertész, *Sin destino*, ¿esa cualidad ayuda al héroe, el niño que describe sus experiencias como sobreviviente de los campos, o le estorba?

El cigarro permanece entre sus labios, lleva las manos a sus agujetas, ajusta una.

—Le ayuda, porque no le interesa quejarse, rezar o hacer cuentas con Dios. Es genial, ve el mundo como es.

—Un mundo sin recompensas ni castigos.

—Exacto, nadie puede ayudarlo, sólo él mismo. Está solo y es fuerte.

—¿Cómo llamarían Sartre o Camus a un hombre así?

—Fácil, es un ser humano auténtico.

—¿Qué?

—Un hombre que tiene su propio criterio, que no actúa según las convenciones.

—Entonces, ¿Meursault, de *El extranjero*, hubiera podido sobrevivir a un campo de concentración?

—Sin duda no le hubiera caído del cielo de forma inesperada.

—Porque el cielo, como lo leímos en el poema de Szimborska, es sólo el cielo, no la casa de Dios.

—¿Estás de acuerdo? Es sólo aire, átomos de agua. Ni siquiera es azul. Aunque a veces, durante los exámenes, miro hacia el cielo y espero que Dios me ayude.

—¿Te gustó *Sin destino*? —no le pregunto con el fin de calificar sus conocimientos, sino para escuchar su opinión.

—Es un libro estupendo. Creo que debería ser agregado a la Biblia.

—¿Qué tiene que ver con la Biblia?

—¿No le parece que el Holocausto es un acontecimiento que la justifica? Y también agregaría el libro de Kaczetnik, *Salamandra*, y el testimonio de ese asesino nazi en los juicios de Núremberg.

—¿Cuál testimonio? —me pareció una idea fantástica incluir en la Biblia descripciones apocalípticas que ni siquiera los profetas pudieron imaginar.

—El que describe a una familia parada al borde de la fosa. La abuela carga a un niño de un año y le canta, el padre lleva de la mano a un niño de diez años, apuntando al cielo y explicándole algo, y la madre los mira y llora. Pero, ¿sabe qué me impresionó más del libro que estudiamos?

—Puedo suponerlo —ahora es mi turno de sorprenderla.

—¿Y bien? —ella me lanza una mirada provocativa.

—Lo que dice al final, que incluso en torno a los hornos de Auschwitz había algo parecido a la felicidad —dije con orgullo infantil, como si fuera yo el examinado.

—¿Cómo lo supiste?

—Me asombró también en su momento —dije con cuidado. Ahora puedo ver a Omer como una aliada.

—Le preguntan cómo era el infierno y responde que no conocía el infierno, que ni siquiera podía imaginar cómo era —dice apasionadamente—. Puede describir un campo de concentración, porque lo conoce, pero no el infierno.

—¿Recuerdas cómo lo explicó?

—Cree que es imposible aburrirse en el infierno. Me parece increíble. Aun en Auschwitz, dice, había momentos de aburrimiento, después del trabajo y antes de la comida, temprano por la tarde incluso sentía nostalgia, ¿sabe? —duda, sus ojos se desvían más allá de la iglesia escocesa, hacia el desierto—, en cierto sentido, lo envidio. Tenía más o menos mi edad cuando estuvo ahí.

—¿Lo envidias? —estaba conmocionado.

—Sí, por estar en el infierno. Bueno, nunca aceptó esa definición, sin embargo, estuvo en el infierno, ¿no?

—Sí.

—Entonces, ¿no te parece fantástico, una experiencia trascendental única? Y el hecho es que habla de la nostalgia.

¿Una experiencia trascendental? Por un momento me desconcierto, contemplo esta susceptibilidad con sospecha. ¿Cómo puede decir algo así? ¿Qué clase de vida lleva para sentirse así? Pero luego empieza a reírse y me tranquilizo. Sólo es una niña y lo dijo para ser original a toda costa.

—Dime, ¿dónde has estado todo el año? —sonrío aliviado.

Se ríe y desvanece la risa con los dedos que aún conservan la gordura de la infancia. El rostro delicado y alargado, los ojos verdes se nublan como una ensoñación al estilo Modigliani.

—No entendí nada hasta que tuve un momento de introspección.

—¿Cuándo fue?

—Contigo, cerca de Quneitra.

—¿En serio? —me siento sorprendido.

—No, estoy bromeando. ¿Pasé?

—Por supuesto.

—¡No bromees! ¿Me pondrá un 9 en la boleta? [...] ●

TRADUCCIÓN DE NADIA MONDRAGÓN,
A PARTIR DE LA TRADUCCIÓN DEL HEBREO AL INGLÉS DE CHAYA GALAI

RONNY SOMECK

EL PARAÍSO DEL ARROZ

La abuela me prohibía dejar arroz en el plato.
En vez de hablarme del hambre de la India y de esos niños
de barriga hinchada y boca abierta de par en par a cada grano,
reunía los restos en el centro del plato arañándolo
con el tenedor, y con casi lágrimas en los ojos
me explicaba cómo el arroz no comido subiría
a quejarse ante Dios.
Ahora ella ya murió, y me imagino la alegría del encuentro
entre su dentadura postiza y los guardianes de espadas alzadas
en la puerta del Paraíso del Arroz.
Al pasar, le extenderían una alfombra de arroz rojo
y un sol de arroz amarillo teñiría
la blanca hasta de los cuerpos más bellos del Jardín.
Mi abuela frotaría con aceite de oliva la piel de cada grano
y los haría resbalar uno a uno a las cazuelas cósmicas de la cocina de Dios.
Abuela, me apetece decirle, el arroz es una concha bien cerrada
y tú te has escapado como ella
del mar de mi vivir.

JAZMÍN. UN POEMA DE PAPEL DE LIJA

Fairuz eleva los labios
hacia el cielo
para que una lluvia de jazmines caiga
sobre todos aquellos que conoció
y nunca supo que la amaban.
La escucho en el Fiat de Muhámmad,
por la noche en la calle Ibn Gabirol.
Una cantante libanesa en un coche italiano
de un poeta árabe de Baqa al-Garbía
en una calle que lleva el nombre de un poeta judío
que vivió en Sefarad.
¿Y el jazmín?
Caerá del cielo durante el fin del mundo,
pero podría ser por unos instantes
el semáforo
en verde
en el siguiente cruce.

יסמוין. שיר על ניר זכוכית

פירוז טריקה שקפצם
לקמים
למטוירי זסטון
על אלה שקפצם נפגשו
ולא ידעו שהם באהבה.
אני שומע אותה כפיאט על מוסקד
בעקרי החוב אבן גבירול.
זמרת לבנונית שקה במקצועית אישליקה
על משוכר ערבי מפקעה אל הרבנה
ברחוב על קפא על משוכר עקרי קשר בסקרה.
המקסיו?
אם ופל טקטי אחרית הנמים
הנה לקנע
הקוזר
ירק
בצקת הקא.

BAGDAD, FEBRERO DEL 91

Por estas calles donde ahora caen bombas, empujaban mi cochecito de bebé. Las chicas de Babel me pellizcaban las mejillas y hacían volar sus manos como hojas de palmera sobre el vello rubio de mi pelo.
Lo que ha quedado desde entonces, se ha oscurecido mucho, como Bagdad
y como el cochecito desalojado del refugio en estos días de espera antes de otra guerra.
Oh, Tigris, oh, Éufrates, serpientes amables en el primer mapa de mi vida, cómo habéis cambiado de piel hasta convertirlos en víboras.

POEMA DE AMOR PIRATA

Si con unas tijeras recortas las olas del mar descubrirás sólo agua
y los restos de una nave fenicia
donde una vez fui muchos esclavos.
El látigo que chasqueaba en mi espalda tenía la forma de tus manos,
y tu voz ordenando ¡rema! ¡rema! era afilada como un hacha partiendo los remos.
Entonces quería que el amor se izara como una calavera en una bandera negra, igual que en un barco pirata.
Alguna cosa robada,
alguna cosa arrancada de tu cuerpo.

BAGDAD

Con la misma tiza con que un policía marca un cadáver en la escena del crimen
yo marco los límites de la ciudad donde nací.
Interrogo testigos, exprimo de sus labios gotas de aguardiente, y espero que den un paso en falso en la danza del pan que mojan en el plato de la crema de garbanzos.
Cuando den conmigo, me rebajarán un tercio de la pena por buena conducta
y me encarcelarán en el pasillo de la voz de Salima Murad.
En la cocina de la prisión, mi madre freirá el pescado que la abuela pescó en el río y me explicará la palabra «Pescado» escrita en el letrero enorme que cuelga en la puerta de su nuevo restaurante.
El que venía a comer ahí recibía un pescado del tamaño de una aguja hasta que uno de los clientes pidió al amo del local que empequeñeciera el letrero o que agrandara el pescado que servían.
El pescado pinchará con sus espinas, estampará la mano que ha raspado sus escamas, y ni siquiera el aceite hirviendo en la paella de la investigación le arrancará una palabra de clemencia.
La memoria es un plato vacío con la piel llena de marcas de cuchillos.

CANCIÓN PATRIÓTICA

Soy un iraquí-pijama, mi mujer es rumana
y nuestra hija es el ladrón de Bagdad.
Mi madre continúa cocinando con agua del Tigris y del Éufrates,
mi hermana ha aprendido a hacer *pirushquis* de la madre rusa
de su esposo.
Nuestro amigo, un marroquí de navaja, clava un tenedor
de acero inglés en un salmón crecido en las costas de Noruega.
Todos somos obreros en el paro despedidos por los defectos
de la torre que quisimos construir en Babel.
Todos somos las lanzas afiladas que Don Quijote levantó
contra los molinos de viento.
Todos continuamos escupiendo a las estrellas deslumbrantes
un momento antes de que la Vía Láctea
se las trague.

VERSIONES DEL HEBREO DE MANUEL FORCANO

Seis *cuentos*

ORLY CASTEL-BLOOM

Mil shékels por nota

No estábamos en realidad a las puertas de la inanición, aunque hasta eso depende de cómo se le vea: la casa estaba en ruinas, faltaban ventanas, el sillón de la sala estaba hecho trizas, la pared cuarteada, la cocina destrozada, los armarios se caían a pedazos, otros muebles habían entregado el espíritu largo tiempo atrás... Yo podía olerla acercarse.

Aparte de lo cual, mi esposo me dijo:

—Eres un desastre.

Así las cosas, lo primero que hice en la mañana fue telefonar y pedir hablar con el editor en jefe a cargo de todos los editores y jefes y mencioné mi nombre completo, que es tan largo que resulta ridículo.

Le conté de mí misma y dije que tenía una oferta sin precedentes por la que deseaba una suma mensual de cuatro cifras.

Hice una cita con él en un café con aire acondicionado y me abrí paso a empujones entre multitudes que no conocía y por alguna razón me incomodaban grandemente. Cuando llegó el café le expliqué mi propuesta.

—Escúcheme —le dije—, y entonces diga lo que tenga que decir, que de todas maneras no lo escucharé. Sólo oír su tono y mis antenas captarán el sentido de su réplica, sí o no, y luego, señor, diremos adiós, para siempre o no.

—Soy todo oídos —dijo él.

—Déjeme tener un auto, déjeme tener dinero, no mucho ni poco (póngame un presupuesto), déjeme dar vueltas por el país. Sí, comenzaremos con vueltas. Déjeme ver lo que sucede. Créame, no he dejado la casa en años, tengo urgente necesidad de contacto con el mundo exterior. Y pagaré, al mundo exterior, describiéndolo con asombrosa exactitud, con asomos de brillantez. Déjeme viajar, déjeme vagabundear, y le traeré una nota a la semana, mil shékels por nota.

—¿Sí? —sus cejas se alzaron como dos colinas.
—¿Puede concentrarse, por favor?
—Ésa es mi parte del trato. ¿Yo qué gano?
—Una nota a la semana, ¿no me estaba oyendo?
—Ciertamente estaba oyendo, por eso pregunto qué me darás a cambio.
—No entiendo.
—Esa nota es para ti: desahogo, terapia, autoterapia. ¿Qué quieres de mí?

—¿Qué modo de hablar es éste?
—Lo siento —dijo él—. No necesitamos una nota semanal. Cada día hay cientos de notas y partes de notas en los periódicos. Tengo reporteros fisgando en el bolsillo de cada ministro en el gobierno. No necesito un ángulo literario de la simple realidad.

Llamé a otro periódico y repetí mi oferta por teléfono. La expandí. Después de todo no era mucho pedir y el rechazo me molestaba. Dije:

—Déjeme viajar alrededor del mundo con mi hija y mi marido. Soy Orly, soy un desastre. Pero tengo ojos, señor. Mil shékels por nota. Y ni un centavo menos. Ésa es mi última palabra.

Él dijo:

—Veamos un ejemplo. Ve a las refinerías por tu cuenta y tráeme un ejemplo. O no. Ve a donde quieras. Ve al valle del Jordán, a Masada, a Arad, al Mar Muerto. A donde gustes.

—Dígame, ¿qué es esto? No estoy preparada para que me ponga pruebas. O me acepta ahora como soy o me iré a Avigdor a cuenta del diario rival, o a otro lado. O me da un contrato en blanco sin cláusulas ocultas o si no... —y saqué un martillo y un rodillo y golpeé en la mesa.

—Okey, okey —suspiró—. Reunámonos.

Acordamos vernos en un café en el paseo, junto al mar. Repetí mi oferta y el camarero vino y retiró las cáscaras de melón y los restos de la ensalada.

El hombre sentado ante mí encendió un cigarro y pensó. Entre tanto unos cuantos pensamientos cruzaron mi mente y me pareció que eran muy ágiles, pero ahora sé que no me sirvieron.

—Escuche —dije—, todo lo que quiero es una página en su periódico y mil shékels por nota. Vamos, démelos.

Siguió mirando el mar en silencio. Mis arrugas se hicieron más pronunciadas. Eran las cinco de la tarde y el sol estaba justo ante mi cara. Me sequé el sudor con una servilleta.

—Bueno —dije.

Él se encogió de hombros.

—Yo qué sé.

Mis peores temores se hacían realidad. Lo había hecho sentirse miserable. Lo había deprimido. La idea completa, de principio a fin, súbitamente me pareció inútil. Le pedí que olvidara que la conversación había tenido lugar. Pero me dijo que de hecho le gustaba mi oferta, y que debíamos hablar de nuevo sobre ella en un par de días.

Subí las escaleras hasta la calle Hayarkon y comencé a recorrer todas las calles perpendiculares al mar en dirección de Ibn Gvirol, la calle desolada donde está la p.a.r.a.d.a. de autobús. Me quedé en la parada y esperé un autobús. Cuando llegué a casa vi a mi esposo mirando una película casera de 5x5.

—¿Dónde está nuestra hija? —pregunté.

—Durmiendo —contestó, y exigió un recuento completo de la conversación.

Falsifiqué todo a propósito, porque ya había olvidado lo sucedido, y me sumergí en el televisor. Mi marido me puso al corriente de la trama y yo hice preguntas y él respondió.

Pasaron unos pocos días y el hombre no llamaba. Personalmente no esperaba una llamada, pero la situación económica sí.

La empleada del banco llegó por café el miércoles a las seis y preguntó cuándo pensábamos arreglar nuestro sobregiro.

—Nunca —dijo mi marido y se acarició la mejilla.

—¿Por qué no se rasura? —preguntó ella.

—No me gusta.

—¿Sabe? —dijo ella—. Hace un café excelente.

Él me miró porque en realidad era yo quien había hecho el café.

—Ella lo hizo —dijo.

—¿Y qué? —dijo ella.

—¿Qué? —dije yo.

—Si hay aquí cualquier cosa que quieras —dijo mi marido con una sonrisa—, tómala. No seas tímida.

—¿De veras? —dijo la empleada del banco.

—Llévate lo que quieras.

—¿Tiene algunas cajas? —preguntó ella.

—Tal vez los vecinos tengan —dije yo.

—¿Por qué no pone su sueldo en el banco cada mes como todo el mundo? —preguntó ella.

—Se lo diré —mi marido empezó a decirle, y dio a entender que yo debía ahuecar el ala. Me llevó a mi hija a los bosques. De allí fuimos a un café y de allí a una cantina. La bebida calentó mi corazón y dejé de desear la muerte. Mi intranquilidad se desvaneció, me calmé, la abracé y la besé y le

explicué unas cuantas cosas desde un punto de vista objetivo. Ella me miró y yo seguí diciéndome que no había otro camino, ¿qué otro camino podía haber? Mi corazón era como una piel de camello, plano como una alfombra.

Cuando fuimos a casa vi el Fiat Uno '86 de la empleada del banco alejándose en dirección de la calle principal.

—*Salamaat* —le dije.

—*Salaamtek* —le dije de nuevo.

—*Tislam*, la paz sea contigo, señora.

Entré en la casa y vi a mi marido con sus tres hermanos, todos jugando *snooker*.

—Obtuve una prórroga de ocho años —dijo mi marido—. Entre tanto el interés subirá hasta las nubes, pero a quién le importa. En ocho años nos iremos del país.

Sus hermanos me miraron con ojos de pistola. Me acusaron de hipocresía, de santurronería, de mala literatura, de perversidad.

Les dije que estaba de acuerdo con cada palabra que decían, e hice tahina con mucho perejil. Todos comieron bien, se acabaron todo, dejaron los platos limpios, ni siquiera tuve que lavarlos. Los puse directo en el armario y al diablo con ellos.

Fue una larga noche. Miré las estrellas desperas por el cielo como sal sobre mis heridas. Oré pidiendo la redención, que viniera el Mesías. Qué está pasando, me pregunté. No soy una mujer, mi marido no es un hombre. Pronto moriré, me convertiré en una imagen. Todos me olvidarán y yo los olvidaré.

Me iré lejos, desapareceré, me largaré, me evaporaré. Moriré. Eso es todo. *Au revoir* y adiós. No más. Ya estuvo. *Finito la comedia*. En veinte años. Moriré. No existiré. Amo los momentos de compañerismo entre la gente, me conmueven hasta las lágrimas. Pero los momentos abiertos, como yo sentada aquí en el balcón, me enloquecen. Amo estos momentos abiertos, en los que la bóveda celeste realmente funciona como una bóveda. Son geniales.

La mujer que prefería buscar comida

Hubo una guerra, y no sólo una guerra, sino una sequía, y una plaga de langostas, y otras plagas también. En resumen, la gente estaba harta.

Los campos fueron destruidos. Lo que las langostas no destruyeron lo destruyeron los conejos. Y lo que los conejos no destruyeron lo destruyó la gente, y mientras estaban en eso destruyeron también a los conejos.

Una mujer, una bola enorme, caminaba por los senderos en los cam-

pos resecos buscando algo de comer, algo satisfactorio. Estaba realmente hambrienta: podría haberse manducado un pastel de espinacas, o un pastel de hongos, o unas seis papas con crema. Quería tragar algo, su estómago rugía como loco. Ya eran meses, desde el comienzo de la guerra, que ella no comía nada normal, satisfactorio, sólo galletas secas que sabían a mierda de pájaro.

Caminó por el sendero y miró a los vencejos negros que se elevaban y caían con terrible velocidad. Miró a los pajarillos blancos que volaban sobre el campo, buscando también algo de comer... ¿Pero dónde? El campo de girasoles estaba seco, como tras un incendio, y los pájaros blancos habían envejecido diez años de un día para otro, sus plumas blancas se habían puesto grises y se veían exactamente como la cara de esta mujer hambreada. Ella se detuvo luego junto a un río y vio que lo limpiaban, aclarando el agua o algo así. Muy en el fondo ella supo que el aclaramiento del agua era un resultado de la sequía y el calor, y las langostas y la guerra... Y avanzó hacia el corazón de los campos.

Llegó a un cruce de caminos con un poste que tenía señales con los nombres de diferentes platos en lugar de los de pueblos, en especial platos italianos, como *fettuccine* y otros tipos de pasta, con carne bañada en queso mozzarella. El pueblo más cercano estaba a veinte kilómetros de donde ella estaba, y la mujer gorda no sabía cómo diablos iba a llegar hasta allá, y si tendría la fuerza suficiente para abrir la boca y poner algo en ella cuando lo hiciera.

La Biblia prohíbe cocinar un cabrito en la leche de su madre, mezclar mierda de vaca con espinacas y hacer burla de Dios. Y decir que de ninguna manera sí es del todo indeseable e ilegal según la constitución.

La mujer llegó a un gran parque en el que aún quedaba un poco de pasto. En medio del parque vio a un pez enorme que se bronceaba en una banca. Quiso comérselo con unos cuantos hongos de verdad. Aunque sus pies estaban hinchados de tanto caminar, se acercó de puntitas a él, pero el pez saltó al agua y escapó.

Ella miró el lago en el que el pez había desaparecido. Tuvo ganas de tamiar el agua, secarla y poner las manos encima del maldito pez y comérselo, y hasta se puso de rodillas y empezó a beber, pero el agua apestaba a cadáveres podridos de soldados, y la mujer decía que allí pintaba su raya y no comía soldados podridos: de ninguna manera sí, o tal vez en realidad quería decir que no, y así comenzó a comer acedera y langostas, acedera y langostas, crudas, vivas, había una especie de retroalimentación entre la acedera y las langostas. Su vientre se hinchó, ella creció hasta parecer embarazada de diez meses.

Después de unas cuatro horas llegó a una posada y se metió para pedir algo caliente de comer (la velocidad a la que había digerido la accedera y las langostas la asombraba), tal vez tendrían aún algo de filete Stroganoff de antes de la guerra, pero no tenían ni madres.

La mujer se sentó y pensó qué será de mí, qué será de mí, y escuchó a gente gritando afuera de la posada, locos de ira. Salió y vio a cien mil personas gritando Rusia vete a casa, y no entendió a qué se referían. Tiró de la manga de uno que gritaba y dijo:

—¿Por qué hablan tan alto? Debe de haber gente tratando de dormir, soldados tratando de echarse una siesta antes de volver al trabajo.

Pero el hombre no le hizo caso.

Por una hora y media ella esperó a ver si alguien podía llevarla de aventón, pero los únicos vehículos en el camino eran camiones que llevaban equipo a los combatientes en los dos frentes principales, este y oeste. Al final, un Mini Minor '75 pasó a su lado, con un *kibbutznik* que huía de las tareas de la cocina a la gran ciudad, para broncearse y probar la vida de los cafés.

Junto a una cristalería había algunos payasos que intentaban ganar dinero construyendo torres con las voces activa, pasiva y reflexiva del verbo, o eso era lo que decían estar haciendo.

El Mini Minor avanzó unos metros más hasta que se le acabó la gasolina, y la mujer subió al autobús expreso 407 a Ra'anana, y bajó en la estación central de Herzliah a comprar un helado de chocolate cubierto de chocolate, que alguien en el autobús le dijo que se vendía allí.

Pero las tiendas estaban cerradas por ser hora de comer, y ella se puso roja de ira, y fue a buscar una panadería con algo realmente ligero y que se desmigajara. Todas las panaderías en Herzliah vendían puerco, y ella no pudo comer nada.

Se quedó de pie en el otro lado del camino y buscó que alguien la llevara de aventón al mar. En la playa comería algo, sandía, queso, un sándwich con huevo duro, jitomate y mayonesa. La gente conducía a la playa en bikini, se habían puesto sus trajes de baño en casa, y no había lugar para ella en ningún coche.

Caminó por la calle sin saber a dónde iba y buscó comida. De pronto vio el banco de las decepciones y recordó que tenía una cuenta allí, tal vez había un poco de comida en ella. Pero el cajero le dijo que se fuera al carajo, no había nada en su cuenta salvo dos algarrobas y una tachuela. Ella dijo:

—Estoy decepcionada pero puedo vivir con ello —y pidió las dos algarrobas y se fue.

Todo el camino del norte hasta el sur se comió las algarrobas despacio, porque no tenía nada más qué masticar. Tenía hambre, podría haberse zam-

pado siete pita-falafels de un solo golpe, pero había una guerra en marcha y la gente caía sobre las bolas de falafel, y todas las calles en donde se vendían bolas recicladas de falafel estaban llenas de personajes históricos tratando de joderse unos a otros dondequiera que pudiesen. No se podría decir que la mujer estuviera en gran forma, ni que Herzliah estuviese floreciendo, al contrario: éstos eran los peores días de su vida.

Hay cosas con las que no se puede jugar, sabía la mujer, como la comida, por ejemplo, y los ojos. Incluso si hay una guerra en marcha, y no hay comida, hay que cavar hasta el fondo de la tierra en busca de una zanahoria, y si no hay alternativa hay que ir al cementerio y desenterrar los huesos y hacer sopa con ellos, lo que sea para mantener vivo el espíritu humano. Y si no hay alternativa y todo lo que el gobierno da es azúcar de uva, entonces hay que comer azúcar de uva y sopa de huesos, por diez, veinte años, hasta que acabe la guerra, y las panaderías dejen de vender puerco, y las langostas se muden a Siria o a Jordania, pero mientras la guerra continúe, y todo el mundo sepa que continúa, hay que pelear, y comer mierda, incluso si es asquerosa y no satisface en absoluto.

La mujer que quería matar a alguien

Hubo una vez una mujer que quería matar a alguien, de preferencia gordo. No la malinterpreten: no quería matar a una persona gorda para que hubiera más comida para los niños pobres de Nueva Delhi. Tenía otros motivos: ocultos, oscuros. Pensaba que le gustaría sostener una pistola, tener a un perro *collie* a su lado con la lengua colgando, y dispararle a un gordo en el estómago y que la bala saliera por el otro lado, como las cosas que entran por un oído y salen por el otro. La bala mataría al gordo, o al menos le haría pedazos algunos órganos internos; digamos que crearía un nuevo orden en la parte inferior de su vientre, una restauración, una reforma, un reordenamiento, una renovación, una reorganización, una desorganización. El gordo la vería con una mirada de sorpresa cuando la bala lo golpeará, y entonces abriría la boca como una persona en una película, y diría algo como «¿Qué has hecho?» o «¿Por qué yo?», o «Dame otra oportunidad» o «Haz lo que tengas que hacer», y caería al suelo como una bolsa de arena color café.

Pero la mujer que quería matar no quería realmente que nadie muriese por ello. No quería ser responsable de acabar con la vida de alguien más, incluso si era gordo, comía mucho y le quitaba la comida de la boca a pequeños niños varados en las montañas. En todo caso, ella no podía hacer nada sin una pistola, un cuchillo, o algo letal, y no tenía nada de dinero. Sin embargo, caminó por la calle hasta que encontró a alguien muy gordo,

y le dijo que fuera con ella a un patio. Pero él no fue. Cuando se detiene a alguien a media calle y se le pide que vaya con uno a un patio, de inmediato saben que algo huele mal, y la mayoría se va corriendo a la velocidad de un *jet Phantom*.

No se puede tomar la ley en las propias manos. No es posible inclinarse, levantarla y abrazarla. La ley no es un bebé, nunca en la vida lo es, porque la ley, entre otras cosas, no nació ayer.

No hay modo de escapar de esto: si una ley cae o tropieza, hay que dejar que se las arregle sola. Si se sienta a descansar en una vieja banca de parque, está totalmente prohibido acercársele. No es que la ley sea una mala persona, o que odie a la gente a la que se le aplica, es simplemente que no le gusta que la consientan, no le gusta que le hagan carantoñas, o que se espere que le dé un beso en la mejilla a la tía que la carga.

La mujer que quería matar a alguien pensó que podría tomar la ley en sus manos, abrazarla, y si estaba de buen humor hasta cambiarle los pañales y darle un buen baño también. Hay algunas cosas en el mundo que gritan «¡Llévame!», como un niño abandonado, como un cachorro de lobo con una pata mala. Por otra parte, hay algunas cosas en el mundo que tienen guardespaldas que una vez fueron *beatniks*.

La mujer pensó que este mundo pertenecía a su padre, y que ella podría matar a algún gordo, si realmente no podía detenerse. Pero no se puede tomar la ley en las propias manos, simplemente la opción no está disponible, y si alguien quiere saber qué le pasa a la gente que toma la ley en sus manos, la respuesta es: los eliminaron, a los criminales; acabaron sus carreras en la cárcel.

Un montón de libros y películas tratan de corrupción y la denuncian, y hablan acerca del conflicto de si se debe o no tomar la ley en las propias manos, y qué pasa a cualquiera que la levanta y la besa en donde se le antoja, tal vez incluso en el trasero (lo que hacen algunas personas, en especial detectives).

¡Alabado sea el Señor! Hay libros, en especial la Biblia; hay otros libros también, pero la Biblia les muestra dónde bajarse.

La mujer quería saber qué pasaría si ella personalmente tomaba la ley en sus propias manos, si algo le pasaría a la ley, o a ella, si ella empezaría a vomitar o tendría de pronto un ataque de asma.

Se levantó temprano en la mañana y fue a comprar una pistola decente, balas decentes, y salió a dar la vuelta por la ciudad. Las caras de la gente pasaban a su lado y ella buscaba alguna en la que pudiera fijarse. Pero nada estaba enfocado, la gente caminaba como siempre camina, caminan al lado de uno y de pronto ya no se les puede ver más.

La mujer llegó a una gran plaza con muchas tiendas de vidrio roto y maniqués deprimentes en los aparadores. Sacó la pistola y estaba a punto de tomar la ley en sus manos, pero entonces, como si alguien hubiera usado una varita mágica, ella apuntó el cañón a su propia sien y disparó, pero no había balas en la recámara, y la sorprendida mujer tiró la pistola en la fuente en mitad de la plaza. En su ruta hacia la fuente la pistola se convirtió en un gorrión, o un pinzón, que se fue volando a la distancia, tal vez a algún lugar en el mundo donde se puede tomar la ley en las manos y mantenerla quieta, sin temblar, sin caer, y verla de muy cerca, y quizá preguntarle cuál es su historia.

La mujer que fue a buscar un walkie-talkie

Había una guerra en marcha, y todos querían sentirse parte de ella. Muchas personas compraban *walkie-talkies*, y algunas de ellas comenzaron incluso a conducir por ahí en *jeeps* de colores militares. Los caminos se volvieron peligrosos, sólo a gente que usaba banderas se la dejaba conducir en el carril izquierdo, o usar la autopista: los otros cerraban la boca y viajaban en autobús con boletos con cincuenta por ciento de descuento.

Incluso cuando la guerra terminó la gente siguió comprando *walkie-talkies*. Tenían bulimia, no podían controlarse.

Hubo una mujer, ni alta ni gorda, que se moría por tener un *walkie-talkie* en la casa. Sabía que no bastaba comprar un *walkie-talkie*, que se debía tener al menos dos para poder transmitir. A la mujer no le importaba, sólo quería un aparato, pero nadie quería venderle uno: decían que los *walkie-talkies* eran como calcetines, zapatos, o guantes, que venían en pares, y que sería mejor que ella se encontrara un compañero.

Nadie quería ser su compañero, porque tenían otras cosas que hacer. Por ejemplo, devolver el mercado a su estado normal de antes de la guerra. La mujer no sabía qué hacer. ¿Qué creen que debiera haber hecho? Cuando hay que comprar algo con un compañero, es un problema. No siempre se puede encontrar un compañero para conseguir una rebanada de pan en la tienda de abarrotes, así que ¿por qué se debería poder encontrar uno para un *walkie-talkie*? Pero había una guerra en marcha, y en tiempo de guerra la gente se acerca la una a la otra, algunos de ellos hasta se inclinan, y otros se levantan las faldas.

La mujer quería un *walkie-talkie* y no había nada que pudiera hacer al respecto.

Un día resultó que estaba en la calle Basel en Tel Aviv, y había un chino inescrutable allí que vendía calentadores solares con un descuento consi-

derable, y también *walkie-talkies* sencillos por cincuenta shékels, veinticinco nuevos shékels y veinticinco shekels viejos y obsoletos. La mujer aprovechó la oportunidad, y comenzó a revolver las cajas del chino en busca de un *walkie-talkie* con calidad de nuevo.

Tenía cuarenta nuevos shékels. El vendedor aceptó un acuerdo con ella y bajar el precio a treinta, y llegaron a un trato.

La mujer encendió el *walkie-talkie* y empezó a hablar. Abrió su boca y nunca volvió a cerrarla. Caminó por toda la costa, de Tel Aviv a Haifa, a veces en la playa y a veces en el agua, y habló y habló, y la gente con cuyas frecuencias se enlazó no sabía qué hacer, pues no podían avanzar nada en su trabajo. En Natanya paró por café, en esa plaza de cafés junto al parque que llega hasta el mar, donde venden pizza por veinte shékels, y ella ordenó *espresso au lait* aunque no hay tal cosa salvo en Herzliah Pituach. El encargado del café no sabía qué hacer con esa loca que ocupaba una mesa y pedía *espresso au lait*, hay un límite al absurdo que una persona puede soportar de sus semejantes, y la gente que tiene problemas debería hacerse revisar por profesionales.

La mujer no tenía nada más qué decir. Murmuró la historia de su vida en el aparato veinticinco veces, sus raíces, sus deseos, recitó pasajes de libros que se sabía de memoria, y entonces, cuando todo lo demás falló, comenzó a cantar canciones de las que conociera el estribillo y la primera estrofa. Pasó por todos los festivales, cantó canciones de mucho tiempo atrás, y dio a la gente cuyas frecuencias usaba tales dolores de cabeza que los forzó a transmitir en otros canales, en canales imposibles.

La mujer siguió parlotando —era increíble, la mujer debía de haberse tragado un radio— y su *walkie-talkie* empezó a echar chispas de tan sobrecargado, pero nada hizo ningún efecto en su sorprendente capacidad confesional.

Un poco después de Zichron Ya'akov el mismo *walkie-talkie* le pidió —con palabras, en fluido hebreo— que parara, porque estaba a punto de tener un ataque de nervios, ya no podía soportarlo, ¡por qué no dejaba de fastidiarlo, por piedad! Ella no era la única, él tenía otros clientes también, y la mujer tomó un descanso, hasta que alcanzó el Kishon.

En las riberas del Kishon siguió callada y tomó muestras del agua. Quería comparar el hedor de Haifa con el hedor de Tel Aviv, pero no había nada que comparar, ambos ríos eran asquerosos, y la mujer supo que tendrían que secarlos de una vez y para siempre. Ella hizo contacto con toda clase de empresas de lavado y secado y las invitó a traer sus ventiladores gigantes y secar los ríos Kishon y Yarkon y acabar ya con ese hedor. Por el *walkie-talkie* ordenó la operación entera, y también la pavimentación del Kishon

y el Yarkon con mármol italiano, y entonces, mientras todos los habitantes de Natanya llegaban para manifestarse y quejarse de por qué no hacían lo mismo al río Alexander, ella dijo que lo sentía, era imposible dejar a un país sin un solo río apestoso.

Después de que se logró la tarea, ella escuchó las sirenas de un carro de policía que llegaba a confiscar su *walkie-talkie*, en caso de que de pronto se le ocurriera empezar a inundar el valle de Hulleh y destruir la infraestructura agrícola de los *kibbutzim*.

La mujer entregó el *walkie-talkie* sin ningún problema, y dijo que estaba harta de él, estaba envejeciendo y se iba a casa.

La mujer cuya mano se atoró en el buzón

Hubo una vez una mujer que esperó durante años una carta importante. No sabía de quién era, y tal vez era en realidad un cheque por una suma bastante grande. La mujer esperaba ansiosamente esa carta, incluso aunque nadie le debía nada.

Estaba tan ansiosa de que la carta llegara que todos los días abría su buzón y sacaba todo de él, es decir, principalmente volantes baratos que anunciaban fumigaciones, o el número de teléfono de un plomero con faltas de ortografía.

Ella arrugaba todo hasta convertirlo en una bolsa de papel de colores, y lo echaba en el jardín, junto al arbusto floreciente de las rosas, y luego iba al piso de arriba. Esto siguió por años: ella se levantaba en la mañana, salía a correr, daba vuelta al vecindario, regresaba a casa, tal vez veía llegar al cartero y observaba y esperaba.

Un buen día el cartero dejó de venir y con él el correo. Esto duró una semana hasta que la mujer fue a la oficina postal local a preguntar qué pasaba. Le dijeron que el cartero había resultado herido en un accidente de tráfico y su estado era grave, pero estable.

La mujer no supo qué hacer. Sintió un vacío que bordeaba la desesperación, y regresó a tragar toda clase de cosas a las que ella se había prometido no volver a acercarse jamás. Por dos semanas no recibió nada salvo esos anuncios huecos, hasta que un día vio venir a un nuevo cartero.

El nuevo cartero era evidentemente nuevecito: no dejaba de confundirse y dejar cartas en buzones que nada tenían que ver con ellas y pertenecían a familias del otro lado de la calle.

Era como una pesadilla, era como soñar con monos quemados, y en realidad, desde el principio del desorden con el correo, la mujer comenzó a soñar con monos quemados, con un fuego en la jaula de los monos del zoo-

lógico municipal. En sus sueños ella miraba a los babuinos negros y pensaba que eran exactamente como sombras de babuinos, pero eran en realidad babuinos quemados.

Pasaron semanas, llegó el verano insoportable. No llegó carta interesante para la señora, sólo cartas sin sentido que no estaban dirigidas a ella en absoluto, y ella las pegó con desagrado en el tablero de avisos.

Un buen día ella caminó al lado de una charca y las llaves del buzón cayeron en ella y desaparecieron. La mujer buscó por hora y media, se arrojó al agua estancada, pero nada sirvió.

La mujer no sabía qué hacer. Le afectó tanto que la idea de abrir el buzón a la fuerza ni siquiera se le ocurrió.

Fue a su casa, miró en el buzón y vio algo blanco, que podía ser una carta, que podía contener un cheque o una carta de un pariente remoto en Uruguay, invitándola a ir y pasar allá el verano.

Pero su mano se atoró y no pudo sacarla. Sentía el borde del sobre con las puntas de sus dedos y trató de moverlos en su confinamiento, esperando atrapar la carta entre dos dedos y sacarla, y correr al piso de arriba a empacar.

No funcionó, y ella empezó a sudar, el sudor realmente se derramaba de ella, pero le daba vergüenza pedir ayuda, le daba vergüenza que la encontraran esperando al Mesías.

Por suerte para ella, su vecina pasó y dijo que debían ensanchar la abertura del buzón, y entonces ella sería capaz de quedar libre. La vecina trató con toda su fuerza, con unas pinzas, y con otras herramientas que trajo de su apartamento, pero nada sirvió.

De pronto el nuevo cartero llegó y les preguntó qué creían estar haciendo. La mujer dijo que había sido un accidente, y los accidentes sucedían, y había que encararlo y aprender de la experiencia. El cartero le hizo caso, y distribuyó el correo a todos los vecinos, salvo a ella.

—Escúcheme un minuto —dijo la mujer atorada—. Durante siete años he estado revisando el buzón cada día, y nunca he recibido una sola carta importante. Tengo familiares en Montevideo, y estoy segura de que no se opondrían a que yo me fuera a quedar con ellos por un mes o dos.

—Antes de ir a Montevideo —se burló el cartero— será mejor que se libre usted de su buzón.

—¿Qué sugiere? —preguntó la vecina.

Y el cartero se arremangó la camisa y liberó los dedos uno por uno. Le tomó cinco horas hasta que vio que la mano de ella estaba afuera y ella la apretaba y la relajaba para hacer que la sangre volviera a circular.

La vecina trajo otras pinzas, y los tres sacaron la carta que estaba en el

fondo del buzón. Sí, era una carta, y la mujer la abrió, temblando, y en efecto: había un boleto de avión a Montevideo y un cheque por varios miles de dólares.

—¿Lo ven? —dijo la mujer, llena de dicha.

La mujer que dio a luz gemelos y cayó en desgracia

Hubo una vez una mujer que tuvo fuertes dolores de parto y fue al hospital a parir. La pusieron en la sala de partos, y su marido quiso entrar también, pero la mujer y los doctores le dijeron que no debía, ¿para qué le iba a servir? Él no tenía que estar en todo lo que pasaba en el mundo.

El marido tomó una cajetilla de cigarros Noblesse y empezó a fumarla duramente. Toda la noche la mujer gritó por el dolor, pero no era la única. Así es como es en las salas de partos. La mujer tenía una fuerte contracción cada tres minutos, y el doctor vino y dijo que tenía una abertura de tantos y cuantos dedos, que estaba empezando a dar a luz, y que cuando le dijeran que pujara, ella debía pujar.

Entre una contracción y la siguiente la mujer yacía y escuchaba las maldiciones de sus colegas. Algunas maldecían a sus bebés, otras a sus maridos, y otras sólo maldecían para soltarlo todo.

La mujer no maldijo, pero tampoco cantó canciones alegres. Se mantuvo callada entre las contracciones, y cuando le dijeron que pujara, pujó. Después de que salió el primero, le dijeron que descansara, el segundo saldría en quince minutos, y así fue, el segundo salió solo y las enfermeras dijeron Felicidades, tiene usted dos hijos, y ella estaba terríficamente feliz, y se secó una lágrima, y empezó a sentir que su vientre se contraía.

Su marido la esperaba afuera, con los ojos brillantes de felicidad. Le besó la frente y le dijo que era fantástica, y la mujer dijo que lo pensaría, y decidió llamar a los niños Hammurabi y Nabucodonosor. Su marido la miró con asombro y le dijo que debía descansar.

La familia entera de la mujer y la del hombre también llenaron la maternidad, y cuando llegaron a felicitar a la mujer ella les dijo que los niños se llamaban Hammurabi y Nabucodonosor, y su esposo no supo dónde esconderse.

Las manos de la gente se congelaron cuando tendieron sus ramos de flores y escucharon los nombres que ella había elegido.

Su marido no sabía qué hacer. Sintió que estaba en un problema terrible. Hizo su mejor esfuerzo para persuadir a la mujer de darles a sus hijos nombres normales, como Itai y Daniel, pero la mujer era terca como una mula.

Después de unas cuantas horas el hombre estaba traspuesto de ira, y

siempre que alguien preguntaba cuáles eran los nombres de los niños él respondía Itai y Daniel, y la mujer respondía Hammurabi y Nabucodonosor. Esa noche el hombre lloró. Simplemente se quedó de pie en el corredor junto a los nombres de las madres y lloró. No había nadie junto a él, porque la gente prefería dejar que la pareja se las arreglara por su cuenta.

Toda la noche el marido caminó para un lado y para el otro y pensó en qué hacer. En la mañana fue con la mujer y le dijo —estaba inventando, por supuesto— que Dios se le había aparecido en una visión por la noche y le había dicho que si llamaba a sus niños Hammurabi y Nabucodonosor sería peor para ellos.

La mujer, cuyos labios estaban pálidos y secos, y cuya piel estaba amarilla, dijo que Dios se le había aparecido a ella en una visión por la noche y le había dicho que les pusiera a sus hijos Hammurabi y Nabucodonosor.

Tres días pasaron y la madre y los bebés dejaron el hospital. En contraste con el séquito que suele acompañar a una mujer que deja el hospital luego de parir, sólo el marido y su pequeño auto esperaban en el campo de juegos.

Todo el camino hacia casa en Nes Ziona los padres se quedaron en silencio, y los niños gritaron. Desde el minuto en que entraron a su apartamento en Nes Ziona sus vidas se convirtieron en una pesadilla. En las muñecas de los bebés, cada padre pegó sus nombres elegidos, y nadie iba a visitarlos. Era obvio que esto se debía a los nombres. Casi nadie llegó tampoco a la circuncisión, y el circuncidador pronunció los nombres que le dio el marido —Itai y Daniel— aun cuando la mujer murmuró que los niños se llamaban Hammurabi y Nabucodonosor.

Tras el degradante ritual, el hombre llevó a la mujer a casa y la puso en el dormitorio y cerró la puerta con llave. Entonces arrancó los nombres extraños de las muñecas de los niños y remarcó los suyos con tinta negra. Además, dio a cada niño una etiqueta de identificación y camisetas marcadas con esos nombres. Él pensaba que una vez que su mujer viera toda aquella producción se rendiría y estaría de acuerdo con Itai y Daniel.

Pero las cosas se pusieron peor, desde el punto de vista del marido. Todos sus amigos los abandonaron, y siempre que la mujer aparecía en el parque con aquel Hammurabi y aquel Nabucodonosor las otras madres y nanas huían corriendo.

Dios se le había aparecido a ella en una visión por la noche y le había dicho que les pusiera a sus hijos Hammurabi y Nabucodonosor.

Sin otra opción en el asunto, el marido regresó a su trabajo, pero su vida —sentía— no valía la pena vivirla.

Un día, a las dos de la tarde, decidió ir a casa y ver qué pasaba cuando él no estaba allí. De pronto se le había metido en la cabeza que su mujer se dedicaba a toda clase de magias mientras él estaba en el trabajo..., pero esto era absurdo: todo lo que ella hacía era dar pecho a los bebés y cambiarles los pañales, y el marido desesperado regresó a trabajar, más deprimido que nunca.

Un buen día, mientras el marido estaba en lo alto de la grúa, vio a su mujer y a los gemelos avanzando por el muelle hacia el puerto. Le pidió a su compañero que lo bajara, y corrió hacia ella.

—Buenos días —dijo ella—, olvidaste tu sándwich.

El marido se sintió terriblemente decepcionado y se echó a llorar. Había pensado que ella venía a decirle que estaba de acuerdo con Itai y Daniel, pero cuando oyó la verdadera razón se cuarteó y se cayó en pedacitos. Hizo una gran función en el muelle, gritó y se arrancó los pelos, sollozó, ventiló sus sentimientos, y todos los trabajadores del puerto, de pie, lo vieron revolcarse en el polvo, y su mujer lo vio también.

Luego de tres horas y media de saltos mortales, el marido se puso de pie y dijo:

—O llamas a los niños Itai y Daniel, o es el fin de ti y de ellos y de mí.

—Muy bien —accedió la mujer—, pero éste es Itai y éste Daniel, ¿de acuerdo?

El marido no podía creer lo que escuchaba, no podía creer que los nombres Hammurabi y Nabucodonosor hubieran desaparecido de su cabeza, ¡pero qué tal, había sucedido! ●

TRADUCCIÓN DE ALBERTO CHIMAL,
A PARTIR DE LA TRADUCCIÓN
DEL HEBREO AL INGLÉS DE DALYA BILU



Tan lejos como sea posible

ALON HILU

PARTE A

Hola, espero que ésta sea la dirección correcta de correo electrónico, el signo de arroba en la nota que Mamá me dio no está muy claro y cubre un poco las siguientes letras y no soy un experto en estos asuntos de internet, que ya me han causado muchos problemas (iéste es mi cuarto mensaje después de que el resto fuera borrado por los saltos de Simba en el teclado!) y adicionalmente a los problemas con la tecnología también estoy preocupado por las dificultades con las palabras porque me quedo pensando en cuál debe ser el encabezado apropiado (¿Querido Nadav? ¿Nadavi'leh? ¿Nudavi? ¡Cualquier forma inapropiada de saludo debe parecer ridícula a la generación más joven!) y no tengo tiempo de pensar porque el taxi se supone que llegará en cualquier momento: salgo de viaje en unos minutos y no sé si podré conectarme a través de mi laptop o de mi teléfono celular, o sabrá Dios cómo, porque lo que funciona fácil en casa inevitablemente sale mal en el extranjero.

De cualquier modo, Mamá me encontró por suerte en un evento y me dijo que entrarás al ejército pronto (¡espero que no todavía!, la nota tiene dos semanas y la encontré en mi pasaporte, entre todos los lugares posibles) y que estás un poco inquieto y triste y preocupado por el futuro y puedes necesitar una llamada o algunas palabras de ánimo, y perdona si estoy poniendo cosas por escrito que no debería haber revelado.

De cualquier modo, aquí estoy escribiéndote, y mientras escribo estoy en conflicto debido a que tengo la idea de que ya te llamé, y tal vez con eso ya te animé diciendo buenas y lindas palabras, y, si es así, acepta mi disculpa por la doble perturbación, o tal vez sólo soñé que ya te contacté. A veces tengo importantes conversaciones mientras duermo y luego no recuerdo que hayan sucedido.

Si no te he llamado, acepta por favor esta carta con las abundantes palabras de ánimo y apoyo y consuelo que podrías desear recibir con ella, y yo ———

(nueve minutos después)

Perdón, la carta anterior fue enviada por equivocación al calor de la escritura y como no la regresaron asumí que te llegó y que la dirección era la correcta, y desde ahí pude conjeturar que aparentemente nunca te llamé y que es bueno que te escriba este correo electrónico.

De cualquier modo, una pila grande de apoyo y de ánimo y de consuelo y de todo lo que quieras recibir, y espero que sea bueno el periodo venidero («Ten un servicio fácil», se decía en mis días) y me disculpo por anticipado porque no podré visitarte en el campo militar y no podré enviarte un paquete de galletas cubiertas de chocolate.

En unas pocas horas estaré lejos de aquí, en el extranjero, y parece que el taxi está pitando abajo para llevarme al aeropuerto, así que todo lo mejor y te mando recuerdos y deseo tu felicidad y alegría, tu cariñoso tío Michael

Tttt

(cuatro días después)

Hola, tío Michael.

Acabo de encender la computadora de Papá y de pronto encontré tu correo electrónico y no supe si reír o llorar. Es como, cierta agente toma un taxi al aeropuerto Ben-Gurión, despega y vuela lejos de este pozo de mierda, y hay quienes saldrán de la cama mañana, domingo, antes de que el sol siquiera cosquillee en su trasero, se pondrán estas botas negras tan apestosas que parece que te pones un hedor, subirán en el autobús a la Central Bus Station, y luego otro autobús y luego pedirán un aventón hasta el campamento de verano que las películas llaman dos cero de entrenamiento básico.

No quiero decirle a Mamá porque no entenderá, o se estresará, pero lo que sucede es que la peor cosa imaginable me pasó, todo sobre lo que estaba advertido me estalló en el rostro, todo lo que me preocupaba por meses antes de que entrara en el ejército me pasó, y en confianza he deseado morir desde hace algún tiempo, quiero terminarlo y dejar el mundo con una bala en la cabeza, porque en el pelotón de entrenamiento básico al que pertenezco hay un soldado al que

abofetean todos, que todos llaman tonto, despistado, de quien todos se burlan y hacen fila para verlo caer —y ese soldado soy yo. ☹

Ya sabía que en cada generación de reclutas hay uno que la lleva duro, que se vuelve disfuncional, que es destrozado, con salpicaduras de espuma en sus labios y con mirada perdida, pero ni en mis peores sueños imaginé que asumiría este jodido papel yo mismo.

Empezó en la base de reclutamiento, un poco después de que bajamos de los autobuses y nos sentamos en las tiendas, un grupo de graduados del doceavo que de pronto nos encontramos al inicio de la cadena de inducción. No conocía a nadie, no entré al ejército con amigos de la escuela preparatoria porque cuando ellos fueron al entrenamiento básico yo viajé al tour Bergen-Belsen con Papá (insistió en el viaje, que fue una pesadilla en todos los sentidos de la palabra).

Todos aquellos que entraron conmigo eran vándalos mayores, con brillos y canciones de dolor acerca de familias perdidas por un juego de cartas, y me acobardé en la esquina, tratando de desaparecer, para que no se rieran de mis lentes y mi aspecto de cerebritito.

Permanecí entero, pero cuando todos fueron por sus uniformes verdes, los pantalones de trabajo, los suéteres, las boinas, y nos cambiamos y nos transformamos súbitamente de graduados de doceavo riendo después de sus exámenes de ingreso al curso de literatura, y de chicos que pegan chicle bajo sus asientos, en jóvenes soldados todos luciendo igual, apestando al olor de la base de inducción, empecé a sentirme perdido, como si todo lo que hubiera logrado hasta hoy en mi vida, todas mis calificaciones sobresalientes, todas las chicas que han coqueteado conmigo, todo el amor de mi madre, todas mis grandes ambiciones, todo eso se desvaneciera con un pinchazo.

Sólo puedo describir el tiempo que ha pasado desde entonces con una palabra: infierno.

No porque de verdad hubiera sido arrojado dentro de lava ardiente, y no porque alguien me abriera la cabeza con la culata de un rifle M-16, sino por lo que estoy pasando, cómo el cerebro es masticado y digerido aquí, y por la manera en que comencé a creer lo que dicen de mí, que estoy jodido, que nací sin idea de nada, que éste es mi papel en la vida, y que ahora en el entrenamiento básico estoy por fin perdiendo el patético y ridículo disfraz con el que andaba por la vida, y estoy descubriendo mi verdadero ser.

Y los abominables bastardos jodidos saben que la pesadilla de alguien despistado como yo es que mi pistola sea robada en medio de la noche, y luego ser juzgado en corte marcial y tener que ir a la cárcel y tener

que volver y hacer el entrenamiento básico otra vez y otra, por siempre, en un ciclo interminable sin que cuente como tiempo en el servicio.

Ellos saben que eso me asusta más que cualquier cosa y por eso lo hicieron, disfrutaban este abuso, roban mi arma personal mientras duermo y luego la esconden bajo el colchón, o peor, en el espacio entre el piso prefabricado y la tierra debajo, y luego cuando estoy a gatas buscando mi pistola, se quedan parados ahí y ríen.

Me miro y no puedo creer que tuviera una vida anterior, que una vez fui un ser humano, que tuve sentido de mi valía, que la gente me escuchaba, que fui amado. Tengo solamente vagos recuerdos de un ilusorio pasado, que no estoy seguro de que haya sucedido de verdad. Siento que todos mis recuerdos, todo lo que fui, todo lo que soy, ha caído en un hoyo negro dentro de mi alma y se ha ido para siempre, cierro mis ojos y miro dentro y no veo nada, no puedo encontrarme ni el día de hoy ni en el pasado, como si no hubiera nada ahí, sólo miedo y malos pensamientos, no recuerdo siquiera la última vez que te vi, ¿cuándo fue eso?, ¿en el *bar-mitzvah* de Rotem? ¿O en la boda de la hija de Esther? ¿Estuve ahí, entre la gente, socializando, de verdad sonriendo, riendo, tomando sorbos de vino y diciendo chistes? ¿De verdad sé comportarme como un ser humano? Porque lo que ellos me dicen aquí todo el tiempo es que no pertenezco a la raza humana, que soy una especie de gusano a quien deberían robarle su pistola y a quien ellos le pasarán por encima.

Y lo peor y más horrible de todo es que la situación se pone más asquerosa cada día. Porque no sólo están estos cabrones neandertales acosándome, sino que también están los chicos comunes, aquellos que pudieron haber sido mis mejores amigos en otro tiempo, están también contaminados por esta suciedad y se unen al círculo de burlas, en medio de una gran sensación de alivio de que soy yo y no ellos, de que el papel de muchacho apaleado está representado exitosamente por este soldado flaco, con lentes, y por eso ellos saldrán ilesos.

Y la vaca gorda de la sargento, cuyo trasero podría llenar tres asientos en el autobús, ella está con ellos, y cada inspección, cada sesión de tiro, cada llamada a emergencia, es una oportunidad para que observe cómo responderá el chico despistado, qué olvidará esta vez, cómo caerá con sus agujetas, disparará directamente al costal de arena y no a la figura del blanco, cómo tirará la granada de prueba como una niña en vez de lanzarla apropiadamente.

Y por encima de todo estoy decepcionado de mí, porque aunque me jure cada mañana que volveré a la senda en la que estaba, el viejo y

buen Nadav que obtuvo un 98 en el examen de admisión en Francés, Nadav, el que es amado por su Mamá y su Abuela, Nadav de quien sus dibujos y caricaturas cuelgan en la oficina de Papá, a pesar de tener remanentes de recuerdos de otra realidad, o de mejores tiempos en los que me sentía amado y deseado, a pesar de todo eso, mi nueva y odiada persona se impone, como un demonio que no puedo exorcizar, y las miradas de diversión y escarnio de todo el pelotón me han sepultado.

Ahora estoy en el primer tercio del entrenamiento básico y apenas logro superarlo. No tengo un solo momento de calma en el que pueda descargarme con alguien aquí acerca de lo que estoy atravesando, justo lo opuesto: todos están vigilándome como halcones a la espera de poder reportar otra metida de pata del idiota de Jerusalén, o para unirse a la descarga de bofetadas recibidas sólo por diversión y ante las que, generalmente, me paralizo lleno de temor, como un venado ante las luces de los faros, pero en mi caso el final no está nada cerca, está aún muy lejos —y puedo esperar muchas más horas de dolor y sufrimiento, y no sé si tendré la fuerza emocional para soportarlas.

Tío Michael, estoy escribiéndote esta carta sin leerla, sólo desde el corazón, sin censura, pero siento que he vertido mucha mierda sobre ti y perdóname por eso. No es lo que quería. Sólo salió de esa forma, al calor del momento, tanto que estoy seguro que me arrepentiré al minuto de haberte mandado este correo electrónico. Pero no hay nadie con quien hablar de estas cosas. Mis padres no entenderán, y no tengo todavía una novia en cuyo pecho pueda descansar mi cabeza y estallar en llanto. Por supuesto no diré nada a mis amigos. Eso es lo que necesito, nunca me dejarían vivir con ello.

Como sea, estaré bien. Al final todos morimos y el sufrimiento se va, así como el sol se posa en la tumba del mar, y todo lo que ha ocurrido en el día es arrojado a la basura y se va para siempre.

Y por favor, no digas nada de lo que dije a Mamá, se moriría de temor y pena, la conoces.

NADAV

P D.: ¿A dónde viajas? ●

TRADUCCIÓN DE LUIS ALBERTO ARELLANO,
A PARTIR DE LA TRADUCCIÓN DEL HEBREO AL INGLÉS DE JOEL GREENBERG

La banalidad del amor

[fragmento]

SAVYON LIEBRECHT

PERSONAJES

HANNAH ARENDT JOVEN
de 18 a 27 años

MARTIN HEIDEGGER ADULTO
de 61 años

HANNAH ARENDT ADULTA
de 44 a 69 años

RAFAEL MENDELSSOHN
de 20 a 25 años

MARTIN HEIDEGGER JOVEN
de 35 a 44 años

MIJAEEL BEN-SHAKED
de 30 años, hijo de RAFAEL MENDELSSOHN

NOTA

RAFAEL MENDELSSOHN y MIJAEEL BEN-SHAKED son representados por el mismo actor. También MARTIN HEIDEGGER JOVEN y ADULTO pueden ser representados por el mismo actor. HANNAH ARENDT JOVEN y ADULTA son dos actrices.

ACTO I

El escenario está dividido en dos espacios:

—*La sala del departamento de HANNAH ARENDT en Riverside, número 370, en Nueva York en el año 1975.*

—*Una cabaña en el bosque. Es un cuarto de estudiante con muebles mínimos, un escritorio lleno de libros, una silla sobre la cual hay una maleta de color café claro con una franja anaranjada. El año es 1924.*

ESCENA 1

Diciembre de 1975. Departamento de HANNAH ARENDT en Nueva York. Hay un librero, un sillón, una mesita con un servicio de té listo, un escritorio con una máquina de escribir, un teléfono y un cenicero.

Suena el teléfono. Aparece HANNAH, vestida con una falda y un corpiño ligero, llevando dos blusas en sus perchas. Suena el teléfono y levanta el auricular. Mientras habla, menea las blusas.

HANNAH: Profesora Arendt al habla... ¡Oh, Mary! Gracias por regresarme la llamada, por fin... Estoy bien, todavía viva... Tomo las medicinas y no fumo... ¿De veras?... ¿Puedes oír mi agitación?... No pegué un ojo esta noche... Oye esto: ayer me llamó un estudiante israelí. Está interesado en entrevistarme... ¿Por qué crees que sobre Heidegger?!... ¿Acaso me tienes que recordar que tuve un grave ataque al corazón?... ¿Que no debo enojarme? ¡Pues no hagas que me enoje! ¡No doy entrevistas sobre Heidegger!... ¡Es sobre Eichmann! Escucha: es una entrevista filmada sobre el juicio de Eichmann para la Universidad Hebrea de Jerusalén. Para el archivo. ¡Claro que estoy interesada, sí, mucho! Quizá sea el fin del boicot...

Suena el interfono.

HANNAH: Espera un momento, Mary. Creo que ya llegó.

HANNAH se dirige al interfono y levanta el auricular.

HANNAH: Buenos días, Charlie... Todavía estoy viva... Permítele subir... ¿A quién?... ¿No ha llegado nadie?... El correo, comprendo... Ya sabes que no puedo bajar ahora...

HANNAH regresa al teléfono.

HANNAH: Espérame un minuto, Mary. Te necesito.

Regresa al interfono, susurrando, para que Mary no oiga.

HANNAH: Dime, Charlie, ¿podrías prestarme unos cigarrillos?... ¿Has dejado de fumar? ¿Cómo puede alguien con un trabajo como el tuyo no fumar, Charlie? Te vas a morir de aburrimiento... *(En voz más alta)*. Cuando llegue el joven, permítele subir... *(En voz baja)*. Y si encuentras un cigarrillo en algún lugar, mándalo también... *(En voz alta)*. Gracias, Charlie. Espero que aguantas sin fumar.

HANNAH regresa al teléfono.

HANNAH: ¡Claro que no fumo! ¡Me lo han prohibido!... ¿Dónde estábamos?... Sí, el israelí. Por fin podré hablar a los israelíes... Aclarar mis puntos de vista que, como sabes, fueron totalmente tergiversados... Dime, Mary, ¿qué blusa debo ponerme para la entrevista? ¿La negra que compramos juntas en Macy's o la violeta que me mandaste de París?... La violeta me queda mejor, tienes razón...

Se pone la blusa violeta. Suena el interfono.

HANNAH: Espera un momento, Mary.

Contesta el interfono.

HANNAH: *(En voz baja)*. ¿Lo encontraste? *(En voz alta)*. Llegó, bueno, que suba. *(En voz baja)*. Puedes mirar en el cajón de las cosas olvidadas... *(En voz alta)*. Claro, claro, mándame el correo con él... y si encuentras algo en algún cajón, mándame ese algo también... Para que me digan que no es bueno para mi salud tengo a mis médicos... Gracias, Charlie.

Regresa al teléfono.

HANNAH: Te lo prometo, Mary, voy a dominar la entrevista con mano de hierro. No me desvío de Eichmann ni un milímetro... ¡Claro que no! ¡Ni una palabra sobre Heidegger! Sería peligroso tentar mi corazón así... Adiós, Mary.

Pausa. HANNAH se paraliza, como si viera algo en su imaginación.

En un sendero del bosque, camino a la cabaña, aparece la JOVEN HANNAH en bicicleta. Adentro, RAFAEL está arreglando la pantalla de una lámpara. El cuarto es modesto. Hay una cama, una silla, una mesa y muchos libros. Sobre la silla, una maleta de color café claro con una franja anaranjada. El cuarto está en desorden. Hay ropa sobre la cama, cacharros sobre la mesa, hojas y periódicos por doquier.

HANNAH ADULTA cuelga el auricular y sigue mirando hacia la escena de su pasado.

ESCENA 2

La JOVEN HANNAH deja la bicicleta y entra en la cabaña. Encuentra a RAFAEL arreglando la pantalla de la lámpara.

HANNAH: ¡Rafael, no has ordenado nada!

RAFAEL: Estoy arreglando la lámpara.

HANNAH: Deja la lámpara. ¿Por qué no has limpiado?

Se quita el abrigo. Tiene puesto un suéter rojo.

RAFAEL: El rojo te sienta bien.

HANNAH: ¿Te parece? No me adules que estoy furiosa.

HANNAH comienza a barrer.

HANNAH: ¡Ponte a limpiar!

RAFAEL levanta unos libros del suelo y los amontona sobre la mesa.

HANNAH: No puedo creer que pensaras recibir a un respetable visitante en esta pocilga.

HANNAH le tiende un trapo.

HANNAH: Limpia la mesa.

HANNAH encuentra bajo el montón de libros un plato con restos de comida y un martillo.

HANNAH: ¿Qué hace aquí un martillo?

RAFAEL busca un lugar donde poner el martillo y, por fin, lo esconde en la cama, bajo la almohada.

RAFAEL: Te estás alterando en vano, querida, él no vendrá.

HANNAH: (Preocupada). ¿Él te lo dijo?

RAFAEL: No.

HANNAH: ¿Entonces quién?

RAFAEL: Cualquiera que tenga juicio. Un profesor no visita a sus alumnos. A menos que esté enamorado de uno de ellos, y no creo que sea de mí.

HANNAH: No dices más que tonterías.

RAFAEL: En la clase, no te quita ojo.

HANNAH: Si está enamorado de mí, ¿por qué se invitó a tu cabaña?

RAFAEL: Porque cree que tú también vives aquí.

HANNAH: Deja de hablar como si supieras lo que él piensa. ¿Preparaste algo de comer?

RAFAEL: ¿Acaso soy un restorán?

HANNAH: ¿Y qué tal si tiene hambre? ¿Y si pide algo de beber?

RAFAEL: Hannele, ¿estás enamorada de él?

HANNAH: Nunca has limpiado esta mesa, admítelo.

HANNAH restriega con energía las manchas. RAFAEL levanta la cabeza y su cara choca con el codo de ella. Grita de dolor.

HANNAH: Ése es tu castigo.

Él se retuerce de dolor.

HANNAH: Ya deja de hacer teatro.

Ella se ve preocupada.

HANNAH: Qué, ¿otra vez tu dolor de muelas?

RAFAEL: Desde hace dos días... pero ahora necesito algo para el dolor. Ya me palpitan las sienes. Iré a una farmacia y regresaré enseguida.

HANNAH: No irás a ningún lado. Te prepararé un té.

RAFAEL toma su abrigo.

HANNAH: No me dejes sola con él. Me moriré de vergüenza.

RAFAEL: Vuelvo enseguida.

HANNAH: ¿Tienes un poco de alcohol?

RAFAEL: ¿Para él?

HANNAH: Para tus dientes.

RAFAEL: Sólo una pastilla me ayudará, Hannele. Quizá un beso también me ayude.

Le acerca los labios. Ella le besa la mejilla.

RAFAEL: Eso no me ayudará.

HANNAH: Regresa pronto.

Le pone la bufanda al cuello.

RAFAEL: Espérenme. No empiecen sin mí.

Toma la bicicleta que ella dejó en la entrada.

HANNAH: ¡Rafael!

Se hacen el particular saludo que se repetirá más tarde: una mano que se cierra y se abre como haciendo señales. Él sale.

ESCENA 3

Siguen en la cabaña en el bosque. Noviembre de 1924. HEIDEGGER aparece en el sendero. Viste ropa campesina color café oscuro y un abrigo con cuello tipo militar. Se detiene en la entrada.

HANNAH: Buenas tardes, profesor Heidegger.

HEIDEGGER: Buenas tardes, *Fräulein* Arendt.

HANNAH: Rafael no se encuentra en este momento... vendrá, vendrá... vendrá más tarde... tuvo que ir a la farmacia... tenía dolor de muelas...

HEIDEGGER: Le esperaremos. Después de todo, fue idea mía vernos aquí.

HEIDEGGER entra.

HANNAH: Rafael y yo en realidad... nos asombramos...

HEIDEGGER: De que un profesor visite a sus alumnos si tiene una oficina en la universidad.

HANNAH: Algo así...

HEIDEGGER: Es que yo también tengo una cabaña en el bosque. Por cierto, menos lujosa. Sin electricidad, con un pozo de agua afuera. Lo reconozco: cuando me enteré de que somos vecinos me dio curiosidad por ver su cabaña.

HANNAH: De Rafael. Es la cabaña de Rafael.

HEIDEGGER: Creí... ¿ustedes no viven juntos aquí?...

HANNAH: Es Rafael quien vive aquí.

HEIDEGGER: Ustedes siempre andan juntos...

HANNAH: Sí, somos muy buenos amigos.

HEIDEGGER: Bien, bien.

HANNAH: Sí...

HEIDEGGER: Así que ustedes no comparten... y usted vive en otro lado... ¿comparte una habitación con otra persona?...

HANNAH: Tengo un cuarto en la ciudad. Lo comparto con un simpático ratón.

HEIDEGGER: Un ratón... ¿un ratón brillante y atrevido como usted?

HANNAH: (*Preocupada*). ¿Atrevido como yo? Espero que el profesor...

HEIDEGGER: Fue un cumplido... un atrevimiento intelectual como el suyo...

HANNAH: Yo, sencillamente, quiero entender las cosas hasta sus raíces.

HEIDEGGER: ¿Entender para influir?

HANNAH: No.

HANNAH ADULTA: (*Interviene*). Entender para entender.

HEIDEGGER: Bueno. Por eso le prometí en nuestra última clase... (*Desafiándola*). Recuérdemelo...

HANNAH ADULTA: (*Contesta*). El profesor prometió explicar qué es *enfrentamiento transparente*.

HANNAH: ¿Quizá deberíamos esperar a Rafael?...

HEIDEGGER observa a su alrededor, busca algo, levanta la almohada y descubre el martillo. Lo toma.

HEIDEGGER: Tenemos, por ejemplo, este martillo... (*HANNAH toma su cuaderno, dispuesta para anotar sus palabras*). Cuando un carpintero usa este martillo, el carpintero no es un sujeto y el martillo no es un objeto. Mientras trabaja, el carpintero no piensa necesariamente acerca del martillo. Puede que piense en la cena (*su voz se suaviza*) o en su bella amada...

Pausa. HANNAH luce desconcertada.

HEIDEGGER: Y puede trabajar sin pensar, ni siquiera por un minuto, en el martillo. ¿Está usted de acuerdo?

HANNAH: Sí, no es cuestión de sujeto y objeto.

HEIDEGGER: ¡Exacto! Esto es *enfrentamiento transparente*. ¿Cuándo termina la transparencia de este enfrentamiento?

HANNAH: Cuando algo se altera de pronto, supongo, y hace que el carpintero se vuelva consciente del martillo.

HEIDEGGER: Excelente suposición. El filósofo, *Fräulein* Arendt, trata siempre de saber la verdad, mas la realidad se nos oculta, y entonces intentamos dilucidar la realidad por medio de nuestras necesidades básicas: tengo que comer, que dormir, etcétera. Sólo entonces definimos estas cosas con palabras. Y aquí empieza un problema, porque las palabras ocultan. ¿Está usted de acuerdo conmigo, *Fräulein* Arendt?

HANNAH escribe algo en su cuaderno de notas. Su seriedad lo divierte.

HANNAH: Sí, pero entonces lo que se descubre vuelve a convertirse en oculto.
HEIDEGGER: ¡Excelente! Debo admitir que usted y Rafael son los alumnos más brillantes que he tenido jamás.
HANNAH: ¿En serio?
HEIDEGGER: El trabajo que escribieron juntos sobre Platón es extraordinario, de veras extraordinario. Evidencia comprensión profunda, gran conocimiento y pensamiento original.
HANNAH: Me alegra mucho que ésa sea su impresión sobre nuestro trabajo. Mucho, mucho...
HEIDEGGER: Pero un maestro no debe envidiar a un alumno. Es un viejo y sabio proverbio judío. Un amigo mío, el rabino Sturm, me dijo que está escrito en sus libros. ¿Había oído usted ese dicho?
HANNAH: No.

Ella toma su portafolio al revés y se caen sus libros.

HANNAH: Hay que... hay que esperar a Rafael...

Comienza a recoger los libros.

HEIDEGGER: Por supuesto...

HANNAH: Llegará pronto... en cualquier momento...

HEIDEGGER: No tengo ningún apuro.

HEIDEGGER ve un libro de poemas de Goethe en el suelo, lo levanta y lo hojea.

TRADUCCIÓN DEL HEBREO DE ALBERTO HUBERMAN
Y ANGELINA MUÑIZ-HUBERMAN

Dos osas

[fragmento]

MEIR SHALEV

CACHORRO DE LABRADOR

PARA LA BODA de Dalia y Dubik me puse un vestido blanco para enfadar a la novia, me calcé unos zapatos de tacones bajos para no ser más alta que el novio y me ajusté dos plumarias en la sien derecha. Me miré en el espejo y me dije: «Algún día, cuando dejes de ser el muchacho de los envíos y decidas ser una hermosa mujer, serás una mujer *mu*y hermosa». Tengo dieciséis años, y hasta el día de hoy no me había dado a mí misma tantas directivas escénicas, pero sí he hablado bastante conmigo misma. Es una pena que no haya tenido el don de la profecía, para conocer mi futuro.

«Te ves linda», me dijo Dubik. Volvió a recordarme que su nuevo y mejor amigo, Eitan, se sentaría con nosotros en la misma mesa y cuán importante era que estableciera con él contacto visual.

«Es un buen partido para ti», insistió. Hasta el día de hoy me pregunto si realmente quería que nos conociéramos o si me usó de carnada para conseguir a Eitan para él mismo.

Dubik es mi hermano mayor. A pesar de eso, siempre fui yo la más inteligente de los dos, y por eso mismo sé que soy la más inteligente y él por momentos lo olvida, aunque yo trato de adaptarme.

«¿De qué estúpido partido hablas?», me burlé. «Tengo sólo dieciséis y medio. ¿Qué es eso del contacto visual? Lo mejor sería que ni siquiera me mirara. Aún no tengo tetas».

Dubik rió. «Todos estamos esperando pacientemente que te salgan tetas. Que espere él también».

Eitan vino con una camisa blanca, unos pantalones caqui y su piel dorada, esa que yo llegaría a tocar sólo después de algunos años. Regresaría para comprobar si esa piel era tan cálida y suave como parecía. Al momento vi que era exactamente de mi estatura, cosa que me alegró, pues

sabía que él ya había dejado de crecer y yo aún no. Me gustan las parejas en las que la mujer es un poquito más alta. Incluso me divertí al pensar que así como él llegó a nuestro primer encuentro con la ropa y la piel a gusto mío, también lo hizo con la estatura apropiada.

En resumen, todo se veía muy prometedor, aunque nada sucedió. Vale decir, establecí el contacto visual que Dubik me había exigido y él me devolvió la mirada y me preguntó si yo era la hermanita pequeña del novio, de la que tanto le habían hablado. Pero yo no alcancé a sonreír con la suficiente velocidad y amplitud ni tampoco supe contestarle con alguna frase inolvidable. De hecho, fuera de muchas felicitaciones y alguna otra mirada al pasar que me concedió media hora después, no hubo nada. En la mesa éramos el novio y la novia, las dos suegras, el abuelo Zeev, Eitan y yo. No creerás qué fue lo que pasó: la madre de Dalia también estableció contacto visual con Eitan. Una mirada que duró en total un cuarto de segundo, pero que alcanzó para que él fuera con ella hasta su casa, bastante antes de que la ceremonia terminara. La madre de la novia. ¿Entiendes lo que es eso?

Esa familia era un mejunje. En el pueblo, como es costumbre, hablaban: sólo en la familia Tabori suceden este tipo de cosas. Miren, ahora se casan con gentes a su imagen y semejanza. Qué bueno que esta vez haya sido solamente un asco y no otro horror extraído del sótano de horrores familiares.

En cuanto a mí, me fascinó. Incluso diría que me entusiasmó. Sentía celos, cómo no, lo confieso. No creas que albergaba esperanzas de que lograría llevármelo de allí por mi cuenta. Yo no era más que una muchacha sin tetas. Pero, por debajo de los celos y más allá de la inexperiencia y la incomprensión, supe que Dubik lograría su objetivo, que algún día Eitan y yo nos casaríamos y que él formaría parte de la familia. Además, sólo el verle la cara a Dalia valió la pena. Qué placer ver su expresión. Su madre no sólo era más hermosa y elegante que ella, sino que también le había robado el centro de la escena: «Adiós a todos, me voy a casa con mi juguete nuevo. Chau. Abran los regalos solos y saluden a los padres en mi nombre».

Se llamaba Alice. Hablaba más inglés que hebreo y era todo un personaje. Verdaderamente. No tenía contemplaciones. Era *sexy* sólo como una mujer de cincuenta y un años puede serlo. Como lo seré yo, en unos años, si descubro qué hacer con los frenos que me detienen, con el dolor que me tuerce y con las pesas que arrastro en el alma. Sencillamente tomó a Eitan con una mano (*tú, zorrillo, has caído en mi red*) y con la otra se despidió de todos. Hasta el día de hoy me parece que a mí me miró de manera especial, como entendiéndome que se lo llevaba no sólo de la boda de su hija, sino también del primer encuentro con quien sería su futura esposa.

Dalia no se lo perdona hasta el día de hoy. Hoy, vale decir, aun después de que su madre falleció. El mismo discurso todos los años, en el aniversario de su muerte: «Ella arruinó mi boda... ella se lleva toda la atención... ella se comportó así desde que yo era una niña...». ¿Conoces a esas mujeres que siguen quejándose de sus madres durante toda la vida? Qué fue lo que no me hizo, que a los tres años me obligaba a tal cosa, que a los diez me dijo tal otra, que a los catorce no me permitió lo de más allá... Basta, chicas. Ya son grandes. Háganse cargo de sus vidas. Nuestra madre, de Dubik y mía, nos dejó cuando éramos niños y se fue a otro país. ¿Acaso me quejo? Yo lo veo de manera positiva: tuve una madre de mierda y así aprendí cómo no hay que ser.

Bien, detengámonos aquí. Tengo mucho para decir acerca de mi madre, y también de Dalia estoy hasta la coronilla. Pero Eitan, justamente, me pidió que dejara el asunto, una vez que se me fue la mano con las cosas que le dije. Me dijo que no servía para nada, que ésos no eran modos y que había que entenderla. Tenía razón. Debe de ser duro crecer con una madre como la Alice ésa, reluciente y pulida, la embajadora del clasicismo europeo en el maldito Medio Oriente.

Ya te lo dije: sentí celos. Mejor dicho, me dije a mí misma que lo que estaba sintiendo era, seguramente, lo que se acostumbra a designar con el nombre de celos. Pero no por el hecho que fuera ella y no yo la que se iría a la cama con él. A los dieciséis años y medio ese asunto no estaba en mi cabeza, aún. Sentía celos de su coraje, de lo emocionante que debía ser eso, de su estilo. Y en el fondo de mi pecho, en ese sitio en el que suelo hablar conmigo misma, me dije: No importa, amigo de Dubik, Eitan o comoquiera que te llames, si bien soy la hermanita menor que no tiene todavía nada, soy exitosa, mejoraré aún más y tengo tiempo y paciencia. De seguro, más tiempo del que dispone esa Alice que, con el debido respeto, ya se encamina hacia el fin de sus días, y yo apenas estoy por comenzar la campaña. A fin de cuentas serás mío y puedo esperar.

Tengo mucho para decir acerca de mi madre, y también de Dalia estoy hasta la coronilla.

Por lo que se dio que mis primeras palabras de galanteo dignas de mención no se las dije a mi amor, sino que las pronuncié en un monólogo interior y sólo varios años después, muy cerca de la boda, cuando ya estaba embarazada de Neta —que me endulzó todo el cuerpo, era como tener un caramelo en el útero—, le exigí saber por fin qué pasó cuando se escaparon de la boda.

Él me preguntó si realmente quería saberlo. Ambos reímos, porque él no quiere oír nada, ni siquiera de los chicos que fueron conmigo al jardín de infantes.

«Quiero saberlo».

«Si eso es lo que quieres», me dijo, «pues estuvimos un mes y medio *the two of us* juntos *all day*,¹ desnudos».

Esa apertura me puso un poco nerviosa, porque hasta ese momento había creído que «*the two of us* juntos desnudos» lo había inventado en honor a nosotros y que era algo nuestro, exclusivo. Él y yo, nadie más. Pero no importa, no es lo único bueno que aprendió con ella. Ella le recitaba poemas en inglés —más tarde supe que se trataba de las baladas y las canciones que Alterman había traducido y que Eitan me regaló unos años después. Lo hizo escuchar varios *requiem* y *stabat mater*, a Rossini, a Hasse, a Fauré. Aún hoy sigo oyéndolos. A Hasse ya no lo conoce nadie, pero en mi opinión es realmente bueno. También música egipcia y turca, y le enseñó además qué, cómo y cuándo beber. Le debo a ella el que, además del *limoncello* de Dubik, me guste tomar una copita de *kir* por las tardes y un *calvados* antes de dormir.

Espero que empieces a comprender quién se benefició de todo eso, a fin de cuentas. Eitan solía cocinar en su *potjie*² en el vivero, y a mí me servía en la cama las *delicatessen* de ella. Todo el asunto con el *potjie* es que cualquier cosa que arrojes adentro, hasta el trapo para limpiar el retrete, sale bien. Eitan mismo decía: «El *potjie* es una composta que se echa sobre el fuego». Es humor de jardinería. O sea que las porquerías que preparaba en el *potjie* se las comían los demás y a mí me traía los manjares que un señor civilizado debe prepararle a su esposa: las meriendas en las que él y yo constituíamos el aperitivo, y las cenas en las que éramos el postre. Ella sólo le permitió prepararle una única comida: los huevos del desayuno, porque él sabía hacer unos huevos fritos excelentes, con la yema blanda y las claras bien chamuscadas.

A los dos días él le dijo que debía darse una vuelta por su casa para

1 «Ambos, todo el día». En inglés en el original. (*Todas las notas son del traductor*).

2 Cacerola de hierro usada tradicionalmente en la cocina sudafricana.

cambiarse la ropa. Sólo se cambiaría la ropa y regresaría. Ella le contestó: «No irás a ninguna casa, Ethan». Así lo llamaba ella, *Í-th-an*, con la *í* y la *te-hache*, porque así es como una mujer pronuncia *Eitan* si es una inglesa que se lo llevó de la boda de su hija. «Nada de *a-casa*, Ethan, *no way*³, si sales afuera solo, y además con el olor que tienes encima y esa expresión en la cara, alguna simplemente te raptará. Las mujeres perciben si un hombre es amado por otra mujer».

Tenía razón. No sólo cuando un hombre es amado, lo cual no sería una gran ciencia, sino también cuando está enamorado. Si florecerá pronto, aun siendo mayor. O si dará frutos, aunque sea muy joven. Si está por morir, aunque crea que vivirá por siempre. Son como esos perros sobre los que leí en el diario, que pueden oler a los enfermos de cáncer. Ese olfato tienen las mujeres. No es necesario ver el blanco del ojo o las palmas de las manos. Ésas son tonterías. Puedes verlo en los ángulos de la boca, por cómo se pone de pie o cómo sirve agua de la jarra al vaso.

En resumen, lo llevó a un local de ropa donde le compró todo lo que según ella él necesitaba, y lo regresó a su casa para más sexo, música y comidas. Estuvo un mes y medio allí. Ella no le permitía salir, no sólo de la casa, sino de su lado. Todo se veía fantástico para un muchacho de veintitrés años, sólo que al mes y medio ella le comunicó que el asunto estaba finiquitado, *Ethan, ahora debes irte*.

«¿Qué pasó?», preguntó él. «¿Te cansaste de mí? ¿Así como así?».

No. No se había cansado. Pero sucedía que su novio oficial, un vejestorio inglés lleno de plata —que, por si hacían falta más complicaciones, era también su primo lejano—, trabajaba como capitán de un buque petrolero, de esos enormes que dan la vuelta al mundo, y había terminado de repartir petróleo en Filipinas, en Estocolmo o en Sudamérica y al otro día llegaba a Haifa.

Eitan le preguntó: «¿Por qué tan de sorpresa? ¿Por qué no me dijiste de antemano que sería sólo un mes y se acabó?».

«Porque prefiero la guillotina antes que el reloj de arena. Un solo golpe antes que una muerte lenta. Ahora lo haremos por una última y festiva ocasión y nos diremos adiós».

«Si crees», le dijo en la puerta, tras la última y festiva ocasión, «que después de que él zarpe podrás llamarme de regreso, te equivocas, Alice».

«Está bien», dijo ella. «Ya has probado que eres joven de muchas y agradables maneras. No es necesario que lo pruebes con declaraciones estúpidas».

Eso fue todo. Eitan salió. Brillaba el sol y había un cachorro de labra-

3 «De ningún modo». En inglés en el original.

dor, regordete y de pelambre clara, que lo miraba sonriente. Eitan se dijo a sí mismo en ese momento (y unos años después a mí) que «un cachorro de labrador es una buena señal». Recuerdo cómo otro día, muchos años después, justo cuando regresaba a casa de la visita semanal a Neta en el cementerio, lo vi más allá de la cerca del vivero, llevando de un lado a otro sus bolsas y sus piedras como el abuelo Zeev le había enseñado a hacer, con los ojos opacados y la piel que había sido dorada y que luego perdió su color. Sentí que yo ya no podía más. No podía verlo así, no soportaba más no entrar para estar con él, no contarle otra vez que había visitado la tumba de nuestro hijo y preguntarle cuándo se concedería a sí mismo un indulto y se permitiría acompañarla.

Me obligué a seguir. Pasé por la puerta de nuestra casa y continué. Junto a la casa de Elbaum vi a Ofer, mi exalumno. Venía hacia mí, caminando entre las manchas de penumbra de la acera. Traía en sus manos un cachorro de labrador regordete, de pelambre clara. Una buena señal.

Comenzamos a sonreírnos el uno al otro a la distancia. Sentí que una lágrima que había brotado del ojo izquierdo me surcaba la cara hasta las arrugas de la sonrisa. La sonrisa es algo maravilloso y muy sabio. La primera sonrisa de un bebé, por ejemplo, con muy poca inversión —en definitiva una pequeña mueca de los labios— esclaviza para siempre a sus padres. También la sonrisa de un hombre y una mujer que marchan uno hacia el otro como avizoraron en sus sueños y en sus esperanzas, por una calle que conocen hasta el cansancio y en la que sus pasos son lo único nuevo que sucede. Al principio, todo aquel que sonrío siente en su rostro su propia sonrisa y luego la sonrisa del prójimo.

«Ofer, hacía mucho que no te veía. ¿Qué es de tu vida? ¿Qué haces con ese cachorro?».

«Hola, maestra. Qué placer verla».

Charlamos un rato. Él me contó acerca de los niños que cuidaba en el marco de su servicio voluntario. Me dijo: «Incluso tratándose de una institución especial y aunque los chicos son problemáticos, mucho de lo que hago con ellos lo aprendí de usted». Dijo además que se ayudaba con animales, que ya había llevado un asno viejo que había tenido años malos y que ahora los niños lo cuidaban. «Tienen también un cuervo, amaestrado a medias. Y ahora les llevo este cachorro».



«Un cachorro de labrador», sonrió, «puede sacar lo mejor de las personas».

Me resultaba agradable conversar con él. Era más serio e interesante que todos esos combatientes que salieron de mi clase y que regresan a la escuela, en los francos de fin de semana, para pavonearse con sus insignias, sus armas y sus boinas.

Pasado un rato le propuse que quizás fuera mejor que entráramos en mi casa, en vez de quedarnos de pie en la calle. Preparé limonada fresca. No recuerdo quién fue el primero en tocar al otro, pero a los cinco minutos ya estaba con él en la cama, con el vestido subido y listo, pasó lo que tenía que pasar. Eitan cargaba bultos en el vivero, Dubik estaba en la oficina ocupado con sus asuntos, Dalia trabajaba en el Concejo, Neta yacía en su tumba del cementerio y el abuelo Zeev, la única persona que me aterraba, estaba juntando semillas en su *wadi*⁴, en el Carmel. Yo estaba abajo de Ofer y él tapaba mi boca con su mano para que no escucharan mi llanto, pero el cachorro lloriqueaba con dulzura y después vimos que dejó un charquito.

Así empezó. No lo llevé a un nidito de amor en Tel Aviv, porque no tengo nada por el estilo. No le hice escuchar música y no le serví pasteles y confituras. Tampoco lo eché al mes y medio, porque no tenía un novio capitán que hubiera regresado. Fue él quien decidió cortar conmigo al cabo de tres años, que fueron de vacas flacas y gordas al mismo tiempo.

¿Estás decepcionada? Lo siento, pero esto no es Tel Aviv, nuestra adorable Gomorra. Esto es un viejo *moshav*⁵, con familias, vecinos, asuntos y bocas que murmuran. Además, me falta el estilo de Alice. Un estilo así es algo que se mama con la leche materna, y en mi familia sólo mamamos sangre y veneno, ajeno y cicuta. Sólo ella poseía ese estilo. Cada vez que nos visitaba disfrutaba viéndola: vestidos siempre elegantes, tranquilos, casi no usaba maquillaje; una única joya, no un maniquí de bisutería. Una vez al mes venía a visitar a Dalia y después a sus hijas, las dos nietas gemelas, que eran idénticas hasta que apareció la abuela y supo que una se parecía a ella y la otra realmente no.

Siempre me sonrió con simpatía y charlaba conmigo, y como era la madre de mi cuñada estuvo invitada a mi boda con Eitan. Dalia dijo: «Espero que de esta boda ya no se lo lleve». Pero Alice se comportó de manera ejemplar y además nos hizo un regalo maravilloso: un dosel gigante con mosquitero de madera hindú tallada que su anciano novio le había traído

⁴ Vocablo de origen árabe utilizado para denominar los cauces secos o estacionales de ríos que discurren por regiones cálidas y áridas o desérticas (Wikipedia).

⁵ Tipo de comunidad rural israelí de carácter cooperativo (Wikipedia).

del Lejano Oriente. Te ríes. ¿Ves lo que hago? Digo que te ríes y me río. Cuando armo mi propio guión de escena todo duele menos. A veces, cuando todo se derrumba sobre mi cabeza, decido que yo no soy yo y que ésta no es mi vida. Soy una actriz en una obra que escribí, me doy a mí misma indicaciones de escena y las cumplo obedientemente. Es tan simple, tan eficaz y me alivia tanto cuando lo necesito.

No tiene importancia. Estábamos en la boda, cuando el novio capitán trajo el dosel. También él vino a nuestra boda, con sus canas y su roja nariz. Le sonrió a todo el mundo para un lado y para el otro, se balanceaba por tanto alcohol y por las olas y los años que se le fueron acumulando en el cuerpo. Me pregunté si ella le prepararía los mismos desayunos que le preparaba a Eitan o si lo hacía seguir alguna dieta especial que le redujera el colesterol malo y le aumentara el bueno, lo cual indica que una mujer se cansó ya de la entrepierna y prefiere jugar al hermanito y la hermanita. Cuando Alice nos hizo una *introduction* y me dijo buena suerte y *good choice* y me rozó apenas con un beso en la mejilla, puse mi mano inconscientemente sobre su cadera, del mismo modo en que Eitan solía poner una mano en mi cadera en aquellos días, antes de que Neta muriese. Le había puesto un nombre a mi cadera izquierda, la llamaba «cadrita». Me susurraba suavemente: «Qué agradable es tocarte, amor mío».

Así, distraídamente, puse mi mano sobre la cadera de Alice, y quizás no haya estado distraída, sino que fue adrede, porque quería sentir aquella carne que tanto le había gustado alguna vez a mi marido, para ver si quedaba aunque fuera una pizca de aquella magia. La toqué, y antes de entender lo que estaba haciendo ella me sonrió y me dijo: «Conozco ese toque. Ustedes serán una gran pareja». Lanzó una carcajada. «Ten cuidado de que esté en esta boda, no seas tú el muchacho que me lleve a casa». También yo reí. «No sé si la rechazaría». Me sentí tan pulida y adulta como ella, y no sólo por fin dejé de ser el muchacho de los envíos, sino que me transformé en la mujer que aguardaba en su interior.

También en ese momento vi cómo Dalia nos observaba. Estaba fuera del rango de audición, pero odió lo que estaba viendo. Ella pesaba ya veinte kilos más que su madre y aún no había terminado de culparla, no podía perdonarla: «Se ve bien, realmente. Pero lo que la mantiene tan bien es la maldad y el egoísmo. Duerme en un frasco de veneno».

Es una linda expresión: duerme en un frasco de veneno. Se le dio bien. Desde el momento en que la pronunció, busco todo el tiempo una oportunidad para repetirla, y no tengo en realidad en quién emplearla. La persona más mala de nuestra familia era el abuelo Zeev, pero su maldad era simple, sin una gota de sofisticación. Era malvado y violento, duro, un

asesino: como un golpe con una roca en la cabeza, en comparación con ahorcarte con un cordel de seda.

No importa. Alice murió hace un año y nosotros (Dalia, Dubik y yo) viajamos para su entierro. No es que me vuelva loca por los entierros, suficiente tuve con el de Neta, cuando tenía seis años y un poco más. Sólo quise ver si aparecían por allí otros Eitanes, muchachos que ella se hubiera llevado de otras bodas. Quizás me lleve yo alguno, para mí, en concepto de herencia. No hubo ninguno. Ni siquiera mi Eitan, el suyo. No fue, ni siquiera reaccionó cuando le anuncié, el día anterior, la muerte de Alice.

Le dije: «Eitan, ¿te acuerdas de Alice, la madre de Dalia?».

No contestó. Continuó cargando su bolsa con cincuenta kilos de grava. La abrazaba como si fuera su bebé.

«Falleció».

No contestó.

Lo seguí: «Alice. La que te sacó de la boda de Dubik y Dalia y te llevó a su casa».

Silencio.

Le dije: «Eitan, nosotros iremos a su entierro. ¿Quieres acompañarnos? Creo que se lo merece».

Dejó la bolsa junto a las otras que ya había cargado y regresó por otra. No vi en su rostro la mínima señal de cambio de expresión. Tenía la misma cara que adoptó desde el accidente. No era enojo, no era preocupación, no era alegría ni tristeza. Cara de cortina.

En resumen, él se quedó para cumplir su castigo de trabajos forzados y yo lo representé en su funeral. Era lo que correspondía. Ella sólo le había dado cosas buenas y le transmitió conocimientos útiles que nos sirvieron luego: cocinar para mí, servirme un desayuno, decirme cosas interesantes, acariciarme en los sitios y en los momentos correctos. Hay quien te dirá que cada mujer es un mundo, unas así y otras así, ésta con aleteos de mariposas y la otra con forcejeos de lucha libre, unas con «No te detengas» y otras con «Espera un minuto». Pero, en definitiva, todas nos parecemos bastante. Voy a decirlo de este modo: no existe mujer que haya tenido un orgasmo por el solo hecho de que alguien le acaricie la rodilla. Tal parece que me has concedido una sonrisa. Bien. Eso es todo por hoy [...] •

TRADUCCIÓN DEL HEBREO DE GERARDO LEWIN

Shakshuka y el terrible gato

GALIA OZ

UNO

Nadie se la creyó cuando Effie decidió de repente hacerse la mejor amiga de Donna Silver, pero eso es exactamente lo que pasó. Y nadie le creyó a Adán cuando nos dijo que la guardia de seguridad de nuestra escuela fue hace tiempo una profesora brillante pero ahora era miembro de una pandilla de ladrones de joyas, y todavía no me la creo, bueno, *OK*, quizá un poco más. Y nadie hubiera creído que mi perro Shakshuka traería un gato a casa, un gato asqueroso que no quiere a nadie, pero así lo hizo y lo adoptamos. Cometimos un grave error con ese gato, pero mi mamá dice que con los gatos no puedes cambiar de opinión, y si nos tocó un diablillo de gato simplemente tenemos que cuidarlo y quererlo tal como es, aun si tiene un cubo de hielo en lugar de corazón, porque uno no escoge a la familia, la familia es algo que le toca a uno, y así son las cosas.

Lo peor es que Effie se volvió amiga de Donna Silver. Cuando Donna Silver decide que alguien es su amigo, esa persona no tiene espacio para nadie más. A Donna Silver la rodea un círculo invisible y quien no pertenece no puede entrar, aun cuando la persona esté parada al lado de ella o se siente justamente al lado de ella en clase. Y los que pertenecen a su círculo invisible siempre están dentro de él, aun cuando se encuentren al otro extremo del edificio, y así fue desde el primer minuto, desde que se mudó y empezó a venir a nuestra escuela. No puede correr rápido como Effie, la tal Donna Silver, pero es la niña que todo mundo viene a ver cuando hace el salto de longitud, y el día que rompió el récord algunos de los niños de la otra clase empezaron a cantar:

*¡Es Silver, es Silver!
¡Silver, la ganadora!
Y es Donna,*

¡Donna!

¡Es a Donna a quien queremos!

Y así seguía la canción una y otra vez, y trajo a Effie justo a su lado, el lugar de las mejores niñas atletas, y durante el recreo caminan de la mano, y Donna siempre trae enormes frutas de su casa, duraznos del tamaño de una pelota de fútbol, y come y habla bajito porque así es ella, todo lo que dice suena a susurro, y Effie la escucha como si no hubiera nadie ni nada más en el mundo entero, y ni siquiera pestañea, y cuando le pido que venga conmigo a casa a comer espagueti rojo después de la escuela, nunca puede venir porque está llevando a Donna a su casa, pero eso no le parece suficiente a Donna, y a veces pone a cinco o seis niñas tan juntas que sus cabezas se tocan y ella se queda en el medio murmurando algo, que nunca alcanzo a escuchar, y las niñas se apiñan para quedar más cerca, y entonces, cuando se harta de eso, de repente las empuja para abrirse un espacio y poder irse. Primero empuja con rudeza el hombro de una de las niñas, diciendo que le falta aire mientras la empuja a un lado igual que empujas una silla que te estorba, pero como si todo fuera una broma, y entonces todas las demás niñas se apartan solas.

Una vez traté de hablar con Effie. «¿Qué quiere Donna Silver contigo?», le pregunté. «No haces ruido, casi no hablas. Estás en Babia. Y ella es una reina...».

Effie dijo: «También soy una reina. Soy la corredora más rápida de toda la escuela».

«Ella es mejor en el salto de longitud», le dije.

«Pero soy más fuerte que ella», dijo Effie.

«Exactamente», le dije. «Ella te quiere porque eres el mejor juguete que hay, el más fuerte».

«Ya es suficiente, Julie», dijo Effie, y sus ojos se veían como cuando corre como el viento, ojos que dicen: «Puedes hacer lo que quieras, pero no me puedes detener».

«Soy su amiga. Qué mala eres», me dijo.

Josh dice que estoy exagerando, que se le va a pasar; Donna se va a cansar de Effie y va a buscar a otra niña para usarla como juguete. «Y de cualquier manera, ¿qué te esperas?», me dice. «¿Crees que debe juntarse contigo simplemente porque es tu prima? Ni siquiera le haces caso la mayor parte del tiempo, ella es como Shakshuka para ti, pero ahora, de repente, simplemente porque se está juntando con Donna, se te empiezan a zafar los tornillos». Así es Josh, siempre dice las peores cosas, pero sigue siendo mi amigo y no hay nada que yo pueda hacer.

Le dije que no sabe de qué habla, que no puedes comparar a un perro con una prima. Es cierto que los dos corren muy rápido y no hablan mucho, pero aparte de eso no se parecen en nada.

Josh piensa que estoy celosa. Pero ¿por qué debería estarlo? ¿Debería estar celosa de las fresas increíblemente rojas que Donna Silver come durante el recreo, cada fresa como un corazón gordo y sonriente? Las fresas son solamente fruta. No, lo que realmente pasa es que me preocupa Effie, porque Donna Silver puede ser muy cruel, y una vez dijo que las piernas de Effie podrían correr rápido pero en cambio su cabeza corre lentamente, sólo que nadie se acuerda de eso más que yo.

Ni siquiera Effie se acuerda. Hoy pasó a mi lado al bajar las escaleras y además de un rápido *hola* no nos dijimos nada, simplemente nos vimos y rápidamente miramos hacia el otro lado. Josh no entiende nada si cree que Shakshuka y Effie son la misma cosa. Shakshuka nunca pasaría a mi lado como si no me conociera.

Salí al patio y miré hacia abajo para no tener que ver a nadie y traté de mirar solamente dónde ponía los pies, pero no pude evitarlo y miré hacia arriba una vez, y desde luego ahí estaba Danny, caminando hacia mí. Danny era antes uno de esos niños que golpean a los demás niños todo el tiempo, pero ya cambió porque nuestra directora, Azul Amanecer, lo ganó por cansancio con todas sus pláticas en contra de la violencia. Ahora la directora está metida en otro tema y siempre está hablando de cómo se debe respetar el espacio personal, lo que significa que no puedes empujar o amontonarte o abrazarte sin permiso, y de seguro no puedes pegarle a nadie.

Así que Danny casi ya no golpea, pero tiene que causar problemas de alguna manera, así que tira cosas de mi escritorio, y una vez puso una catarina en mi estuche de lápices, y ahora, cuando me vio, estiró la pierna en el aire como si estuviera a punto de patear una pelota de fútbol y logró pisarme el pie porque para él no existe tal cosa como el espacio personal. Y después me dijo: «Ups, lo siento, fue un accidente».

«Eres un latoso», le dije.

Danny preguntó: «¿Qué te pasó en las manos?».

«Mi gato me arañó», dije, y en eso volteé las manos para mostrarle todos los arañazos.

«Tienes un gato agresivo», dijo Danny. «¿Para qué quieres un gato así?».

Le expliqué que mi madre piensa que si tenemos un gato malvado es porque nos lo merecemos. Danny escuchó mi explicación y entonces me pisó de nuevo el pie, fingiendo que había sido otro accidente. «Ya basta, me duele», dije. «Tú eres el que merece tener semejante gato. ¿Quizá lo quieras?».

Danny no respondió. Vio a sus amigos en la distancia y ése fue el final de

la conversación. Mientras se alejaba le grité: «Ese gato iría perfectamente contigo. Tiene la cabeza tan hueca como una pelota de fútbol».

Y justamente en ese momento vi a Adán, parado con algunos muchachos cerca del bebedero, diciéndoles que la guardia de seguridad de la entrada de nuestra escuela fue una vez una profesora genio hasta que se dio cuenta de que tenía poderes especiales y renunció a todo por venir aquí. Adán siempre está contando historias locas, nunca se cansa de eso, y sus historias sí que ayudan a pasar el rato y siempre hay niños que quieren escucharlas, aunque tartamudee.

Traté de visualizar a la guardia de seguridad que se sienta en el cancel de la entrada de la escuela masticando chicle y jugueteando con un gran manojito de llaves, y pensé: «No parece para nada una profesora», pero Adán dijo que era cierto ciento por ciento, que ella había sido antes una gran profesora y que mucha gente decía que era la mujer más inteligente del país, pero entonces descubrió que podía ver a través de las paredes, y al principio esto la volvió completamente loca porque caminaba por la calle y sin proponérselo podía ver a la gente dentro de sus casas y para no espiarlos trataba de cerrar los ojos pero aun con los ojos cerrados podía ver todo, y al final se dio cuenta de que podía ser verdaderamente rica y se unió a una banda de ladrones y se dividieron el trabajo —ella veía a través de las paredes de las casas los lugares donde los diamantes y el oro estaban escondidos, y los ladrones entraban durante la noche y se los llevaban, y después se dividían lo que habían robado y ahora es en verdad una mujer rica, pero trabaja como guardia de seguridad para que nadie sospeche de ella.

«¿Así que, de todas las cosas, escogió trabajar como guardia?», dijo Josh, con sorpresa.

«Así es como se r-r-relaja», explicó Adán. «El ruido que hacen los niños la r-relaja».

Josh dijo que no creía una sola palabra y yo me sentía igual pero de todos modos fui a verla desde donde ella no me pudiera ver. Adán generalmente habla de cosas que pasan muy lejos, cosas que no puedes ver, pero esta vez podíamos ver a la guardia de seguridad con nuestros propios ojos.

«¿Crees tú que parece la mujer más inteligente del país?», le pregunté.

«Si Adán lo dice debe ser cierto», dijo Josh, pero de todos modos decidimos que mañana nos levantaríamos temprano en la mañana y echaríamos un vistazo cerca del cancel para ver lo que estaba haciendo la guardia de seguridad. No sabíamos exactamente qué buscábamos y Josh dijo que de seguro no escondería el oro y los diamantes en su pequeña caseta de madera junto al cancel y que parece una caja, pero resolvimos que le echaríamos un vistazo de todos modos, pues ¿qué podíamos perder?

Dos

Cuando llegué a casa di toda una vuelta para no tener que caminar frente al gato y le di a Shakshuka un abrazo. Tengo que admitir, el gato es verdaderamente hermoso y a veces ve todo a través de sus ojos entrecerrados y parece perfectamente feliz, como si nunca hubiera visto algo tan hermoso en toda su vida y como si no hubiera nada más bonito que los botes de basura de nuestro jardín, la maleza que llega a la altura de la cintura, la barda con la pintura descarapelada, y cuando está de ese humor hasta puedes acariciarlo y ronronea pero después de un rato empieza a rasguñarte sin razón alguna, y quizá por eso todavía no le hemos encontrado un nombre, porque para ponerle un nombre a alguien tienes que pasar tiempo con él y siempre nos escapamos de ese gato antes de que eso pueda pasar.

A veces Mateo no puede evitarlo y lo toca y al gato poco le importa que sea un bebé y lo araña también. Marco lo ve desde lejos e inmediatamente gatea lo más rápido posible para salirse de su camino y cuando lo hace parece un pequeño animal huyendo de un animal grande y fuerte. Y a veces, cuando el gato pasa frente a él, Marco se vuelve una piedra y mira al gato sin mover los ojos, convencido de que el gato es un tigre y de que él, Marco, es un pequeño niño en la jungla, o quizá sea su cuerpo de bebé el que entiende que es mejor no moverse y entonces el tigre no lo va a lastimar porque va a pensar que es un árbol o una roca.

Mateo y Marco son mis hermanos mellizos y a veces los llamo Munchkins para referirme a los dos. Mamá dice que desde pequeños los niños necesitan entender que el mundo no es un lugar perfecto, y que no todas las cosas en la vida son justas y por esa razón la gente decide tener gatos como mascotas. Y papá se ríe. Papá es el tipo de persona que aguanta todo. Es el único que se atreve a cargar al gato y no le importan los rasguños, y fue él quien le compró un collar rojo al que le puso la palabra «Gato» junto con nuestro número de teléfono para que si una vez se pierde y alguien se lo encuentra sepa qué tipo de animal ha encontrado.

Shakshuka también le tiene paciencia al gato. Parece que se le pegó un día en el jardín y la siguió a casa, y cuando abrimos la puerta ladró como para decirnos que lo cuidáramos porque era un gatito, pero también le ladró al gato para que no la molestara demasiado, porque no era su mamá. Al principio se enojaba con él cada vez que saltaba en la mesa o en los pretilos de la cocina, y así es como supo que no se le permite hacer eso, pero ahora juegan juntos como mejores amigos y cuando los ves es difícil saber si ella adoptó al gato o el gato a ella.

Así son las cosas. Todo mundo excepto yo parece saber cómo tomar las cosas con calma. Me senté en el piso abajo de la mesa para estar con Shak-

shuka, y le dije que probablemente es la mejor perra del mundo por haber adoptado a un gato tan malévolo, no podría ser tan bueno como ella, no soy tan bueno para sentir lástima por los demás, y, si me lo preguntaras, te diría que ese gato debería ser liquidado, devuelto a no sé dónde, pero no hay lugar adónde devolverlo y de cualquier manera nadie me lo ha preguntado.

En la mañana, Josh y yo llegamos a la escuela temprano y vimos que una tubería había explotado en medio del patio de los niños más pequeños y el agua fluía como un arroyo bajo los altos travesaños. Alguien que estaba parado junto a nosotros nos dijo que pronto los trabajadores vendrían a arreglarlo, pero entonces Josh me dio un codazo y dijo: «Mira», y miré y vi a la guardia de seguridad con una llave inglesa en la mano y las piernas empapadas hasta las rodillas, arreglando ella misma la tubería.

«N-n-no me sorprende», dijo Adán, quien llegó justamente en ese minuto y saltó sobre el nuevo arroyo y ya sabía exactamente qué estaba pasando: «Nuestra guardia de seguridad tiene manos de oro. Con esas manos puede forzar la entrada de las casas. Quizá sea ella quien hizo que la tubería explotara desde un principio, vete tú a saber. Quizá todo sea parte de un plan. Quizá ella y los demás ladrones pasan por las tuberías subterráneas para entrar al edificio del banco, que está al final de la cuadra».

«Espera un momento», dijo Josh. «Primero dijiste que ella solamente mira a través de las paredes para ver dónde está el oro y los otros ladrones van y se lo roban. Dijiste que ella misma no fuerza la entrada de las casas. Entonces, ¿cómo puede ser que repentinamente tenga manos de oro?».

Adán dijo que era cierto, así era como se dividían el trabajo al principio hasta que ella descubrió que la estaban engañando —ella les enseñaba dónde estaba el oro y se iba después a su casa y ellos llevaban a cabo el robo y se quedaban con todo sin dejarle nada. Fue entonces cuando ella decidió entrar a robar junto con ellos, y como es tan brillante profesora se convirtió en la mejor ladrona.

Durante el primer recreo, Donna Silver se nos puso enfrente. Al principio estaba parada sin decir nada, viendo a Adán sacar su sándwich del envoltorio de papel, y luego me preguntó que qué pasaba con este niño, así que Josh le dijo que Adán apenas comprende lo que pasa y que no habla bien y solamente puede murmurar, así que no se entiende bien lo que dice. Casi estallé en carcajadas pero hice que sonara como si tosiera, y Josh le explicó muy seriamente a Donna Silver que esta semana nos toca cuidar a Adán y que nos turnamos en nuestra clase porque siempre alguien tiene que vigilarlo porque si nadie lo cuida se la pasa chocando contra árboles y postes o empieza a llenarse los bolsillos de tierra y Adán hizo caras y miró hacia el cielo y fingió que estaba tratando de morderme el hombro y le di una pe-

queña cachetada como si estuviera enojada y terminamos por crear un muy buen espectáculo aun sin haberlo planeado y Donna Silver murmuró: «Ah, ya lo entiendo, es uno de esos niños raros», como si uno tuviera que sentir pena por los niños raros, y solamente después de que se alejó empezamos a reírnos. Ahí, finalmente pudimos vengarnos de ella por habernos robado a Effie.

Después vimos venir a Azul Amanecer, la directora, así que nos escondimos detrás del invernadero que construyó la maestra que enseña temas sobre la naturaleza porque no estábamos de humor para escucharla darnos de nuevo explicaciones sobre el espacio personal de nuestros amigos y cómo se tiene que respetar y proteger, y le dije a Josh y a Adán que el problema con nuestro nuevo gato es que le gusta demasiado su espacio personal, y a veces se acuesta en medio del pasillo y no deja a nadie pasar y araña a quienes se atreven a hacerlo.

«¿Ves cómo todo mundo respeta el espacio personal de la directora?», preguntó Josh. «Adonde vaya, todo mundo desaparece».

Pero no todo mundo desaparecía. De toda la gente, era la guardia de seguridad quien se quedaba parada, hablando con la directora. De repente, hubo un minuto de tranquilidad y pudimos escuchar a la directora decir: «¿A poco no son peligrosos? Se trepan y se meten en todo. Más vale que no entren en los salones». Y después de eso no pudimos escuchar nada.

Pero fue más que suficiente para Adán y dijo que todo quedaba perfectamente claro: «Azul Amanecer quiere saber todo sobre la pandilla de ladrones y por eso se ha asociado con la guardia de seguridad».

«¿Azul Amanecer es una ladrona de diamantes?», Josh se rió. «Ni por un pelo». Pero Adán explicó que a Azul Amanecer no podían interesarle menos las joyas, eso era obvio. Lo que pasa es que no quiere que haya ladrones peligrosos corriendo por la escuela. Lo único que quiere es que la guardia de seguridad mire a través de las paredes para que le diga qué está pasando en los salones cuando las puertas están cerradas, quién está poniendo atención y quién está causando problemas porque Azul Amanecer tiene que saberlo todo, así son las cosas, el mundo entero es su espacio personal.

Durante el periodo de estudio con nuestra maestra, la señora Brown, me hice una pequeña trenza, como las que le gusta hacer a Effie, y traté de amarrármela con una liga azul, pero Danny me la robó, por lo que le tiré un borrador y entonces escondió el borrador y tuve que gritarle para que me lo devolviera. No hay tal cosa como espacio personal en este mundo, pensé. Alguien se lo acaba de inventar.

Durante la siguiente hora de recreo vi a todas las niñas paradas en un círculo y a Donna Silver en el centro y vi cómo se hartó y las empujó de

una en una como si estuviera bromeando, mientras jalaba a Effie tras de sí y se alejaban con los brazos entrelazados. Y luego la vi parada en medio del patio, con los brazos estirados y dando vueltas más rápido y más rápido, exactamente como Shakshuka solía hacer cuando era cachorra, pero sin los brazos. Shakshuka solía perseguir su propia cola, pero Donna Silver no tiene cola y solamente gira y gira hasta que se marea y entonces se echa a volar hacia un lado y no tiene miedo de caerse porque por supuesto alguien la va a sujetar, y esta vez Josh y Adán estaban parados ahí de casualidad y cayó justamente arriba de ellos, y yo estaba parada al lado y vi cómo Josh la estaba sosteniendo y cómo tenía una pequeña sonrisa en la cara y cómo Donna Silver se rió y dijo: «Guau, apenas puedo respirar. Aire. ¿Por qué no hay aire aquí?».

Me trepé hasta la parte más alta de los travesaños del patio como a Effie le gusta hacerlo y me paré ahí y me comí una galleta y miré hacia abajo cómo caían las migajas sobre la arena y pensé: «Ay, no, qué tal si Azul Amanecer, la directora, me dice que tengo que bajarme ahorita mismo y que debo encontrar todas las migajas que se cayeron, ¿cómo voy a encontrar las migajas mezcladas con el polvo y la mugre, o las que el viento se llevó?».

Más tarde Josh pasó frente a mí por el pasillo y me dijo: «¿Pues dónde has andado?». Y yo ni siquiera tuve ganas de voltearme y solamente me senté en la banca que está afuera del Salón de Maestros, como si me hubieran castigado, como los niños que se tienen que sentar ahí y esperar a tener una plática con la directora, y durante todo el recreo hice círculos con los pies en el piso. ¿Qué fue lo que la directora le dijo a la guardia de seguridad? Son peligrosos, trepan y llegan a todas partes. Un rayo de luz entró por la ventana y pegó en el piso exactamente donde estaban mis pies y entonces descubrí que si hacía círculos con los pies podía en verdad ver cómo el polvo sube por los rayos de sol, y así es como pasé todo el recreo y supe que si te sientas tranquilamente oyes muchas cosas, por ejemplo, escuché a Adán contarles a algunos chicos cómo los científicos lograron criar un gusano de seda en un laboratorio, y que si lo pones en un libro de la escuela se arrastrará por las páginas y borrará todas las partes aburridas, y Donna Silver dijo: «Si me das un gusano igual a ése, te voy a traer lo que quieras».

Adán dijo: «¿L-l-lo que quiera?». Y Donna Silver dijo: «Lo que quieras».

Adán dijo: «Tráeme el gusano de seda, eso es lo que quiero». Y Donna Silver no pudo dejar de reírse, aunque cuando se ríe suena como si estuviera susurrando. A esa niña casi no la puedes escuchar y sin embargo toda la escuela está llena de ella.

TRES

Camino a casa, Josh dijo: «Ya deja en paz a Effie. No tiene por qué estar pegada a ti». Yo dije: «Ya me acostumbré a que venga a casa a comer espagueti. Estoy acostumbrada a que sea Effie y de repente ya no es Effie».

«No tiene por qué ser Effie solamente porque te hayas acostumbrado a eso», dijo Josh.

«Ahora también eres amigo de Donna Silver», dije. «La vi dando vueltas y luego te cayó encima».

«¿Qué quieres?», dijo Josh. «No tengo la culpa de que me haya caído encima».

«¡Aire, aire!» dije. «Apenas puedo respirar, ¿por qué no hay aire aquí?».

«No sabes hablar como ella», dijo Josh, quien empezó a susurrar: «Aire, muévanse a un lado, ¡necesito aire!».

Y empezó a desplomarse como en un desmayo pero se detuvo antes de pegarse en la banqueta. Me reí, pero eso de nada sirvió. Josh ha entrado ya al círculo invisible de Donna Silver y hasta Adán lograba llegarle con sus historias. Que se queden todos con ella. Quién los necesita.

En casa trataba de ser como papá, quien de alguna manera consigue ganarse al gato con caricias. Le di unas palmaditas y al principio estuvo bien pero entonces algo le molestó y me arañó y no me importó, seguí jugando con él y él me siguió arañando y también me mordió y al final me dolía demasiado y me acosté en el suelo y abracé a Shakshuka para que nadie viera que tenía lágrimas en los ojos y Shakshuka me lamió la mejilla y escondí mi cabeza en su pelaje, y Mateo vino y nos vio y empezó a aplaudir, le pareció chistosa la manera en que estábamos enredados y quizá estaba un poco preocupado por mí, y empezó a gritar «Cucú Julia», porque justo acaba de empezar a aprender a hablar y al final tuve que levantar la cabeza para decir «Cucú Mateito», y entonces tuve que esconder la cabeza otra vez, y Mateo se carcajeó con ganas y así fue como terminé de llorar aun antes de haber empezado.

Antes de ir a la cama, le pregunté a mamá si había algo en la vida que pudiera dolerle a uno para siempre, algo tan doloroso que nunca deja de doler. Un sentimiento de tristeza que nunca, nunca, te deja. Y mamá dijo que tendría que pensárselo porque era un tema de discusión muy serio. Y Mateo, que escuchaba todo con una expresión dulce y adormilada, dijo: «Quiero un 'sión».

«¡Duérmete!», dijo mamá.

Y Marco dijo: «Guácalas, no quiero un 'ión».

Después de eso Mateo se las agenció para bajar la cortina y trató de cubrir a Marco porque a Marco le gustan las cobijas y Marco no quería

acurrucarse bajo una cortina, porque una cortina no es una cobija, y le llevó a mamá como una hora volverla a colgar, y después tuvo que leerles ocho historias para dormir porque de otra manera Marco no se quedaría dormido y así terminó mi conversación con mamá antes de lograr entender qué es «un tema de discusión muy serio».

En la mañana Danny me trajo un guante afelpado, en realidad un guante de cocina, para que pudiera acariciar al gato sin sufrir arañes. No le quise preguntar de dónde lo había sacado o si se lo había traído a escondidas de su casa. Lo toqué y examiné por todos lados. «¿De qué te preocupas?», preguntó Danny. «No le puse un ratón. Pruébatelo».

Lo volteé hacia abajo y lo sacudí y era cierto que no había ningún ratón adentro. Solamente una hormiga bien grande.

«Eres tan tonto», le dije a Danny, «que deberías ganarte un premio». Pero caminé con el guante de horno puesto todo el día por todos lados y no me lo quité ni siquiera cuando Adán anunció que le recordaba a su tío que no puede aguantar el té verde chino.

«Qué pena da escuchar eso, Adán», comenté.

Pero cuando Adán empieza con una historia no hay quien lo pare, por lo que siguió hablando de cómo su tío odia con ganas el té verde más que cualquier otra cosa en el mundo, pero su tía piensa que es saludable y cada mañana le prepara una hirviente taza de té verde chino, y él, cuando la tía no lo ve, tira el té por la ventana y así todos los días hasta que una vez miraron afuera y descubrieron que ahí mismo crecía una extraña verdura china que nadie pudo reconocer y no hubo necesidad de cocinarla porque ya crecía precocida a causa del té humeante y cuando trataron de pelarla encontraron que estaba caliente por dentro como si en ese minuto acabara de salir del horno y la pusieron en el refri pero aun tres días después todavía estaba hirviendo.

Josh se acercó mientras Adán estaba hablando y caminamos en círculos alrededor del bebedero y pasamos bajo los travesaños del patio de los niños pequeños y nos metimos en el lodo blando, y de repente me sentí feliz, quizá Donna Silver no vendría hoy a la escuela y todo volvería a ser igual que antes, y seguimos caminando y dimos una vuelta por el campo de fútbol pero Danny no estaba ahí y de repente nos encontramos al lado de la caseta de madera de la guardia de seguridad que estaba sentada leyendo un libro y masticando chicle y jugando con su manojito de llaves, y Adán dijo que nos vigila a donde vayamos y que para nada le cuesta vernos justo a través de su libro.

«¿Pero por qué le importa lo que hagamos?», pregunté.

Escuchar una de las historias de Adán es como quedarse mirando fija-

mente las últimas migajas de un envoltorio de chocolate. Te gusten o no te gusten, simplemente te las tienes que tragar. Hay cosas que simplemente no puedes dejar inacabadas.

Adán explicó que la guardia de seguridad revisa a todos los que se acercan a su caseta, porque ahí es donde esconde sus diamantes. Y algunos niños le dijeron a Adán que ayer, después de que todos se fueron a casa, la vieron arrastrando un gran saco fuera de la caseta y que oyeron ruidos extraños.

Josh y yo dijimos que no tenía sentido esconder diamantes en un lugar así; cualquiera podría robárselos de ahí, sin ningún problema, pero Adán dijo que la guardia de seguridad es muy lista, sabe que ése es el lugar en donde a nadie se le ocurriría buscar.

«¿Y qué con Azul Amanecer?», pregunté.

«A-a-Azul Amanecer lo sabe todo», dijo Adán. «P-pero nunca la va a entregar. Eso es lo que se llama un crimen p-p-perfecto».

«Eso es lo que se llama una perfecta tontería», dijo Josh, quien estaba tratando de molestar a Adán, pero mientras hablaba fijaba la mirada en la caseta, como si de verdad pudiera alcanzar a ver ahí los diamantes. Y quizá también yo miré hacia allá para cerciorarme si podía atisbarlos, aunque definitivamente no soy del tipo que pueda ver a través de paredes.

Durante el recreo largo me salí al patio y vi a un gran grupo de niños parados en medio del patio, y en el centro del centro del grupo estaba Adán, y estaba hablando con Donna Silver, quien estaba parada con Effie y tenían los brazos entrelazados.

Donna se había olvidado completamente de que justamente ayer la engañamos con algo relacionado con Adán, y ella se olvidó que él es uno de esos niños raros por los que debes sentir pena y ahora ella cree que es el niño más mono de todo el grado, y Adán le dice que no es tan lindo, que hay niños mucho más lindos y por supuesto eso inmediatamente le recuerda una historia:

«Prácticamente todos los niños son lindos cuando están en primer grado. Pero hace unos años el niño más divino que te puedas imaginar entró a primer grado en nuestra escuela, y en segundo y tercer año siguió estando igual de precioso. Era tan increíblemente lindo que cuando los niños lo veían llegar lo perseguían y besaban y durante el recreo no tenía nunca la oportunidad de jugar porque todo el mundo le saltaba encima para abrazarlo y se sentía tan miserable que el único día que esperaba con gusto era Halloween para poder ponerse un disfraz y que nadie lo reconociera, y el día de Halloween vino a la escuela con la máscara más horrible y espantosa que te puedas imaginar y caminó por todos lados con ella puesta y nadie sabía que era él y nadie lo abrazaba, y se sentía tan feliz y contento que

incluso empezó a desear que la máscara de alguna manera se derritiera en su cara para que finalmente todos lo dejaran en paz, pero entonces hubo una competencia y su disfraz ganó el segundo lugar y le pidieron que se presentara ante todos en el escenario escolar, y la directora se inclinó para darle la mano y felicitarlo y por error le tiró la máscara, y de repente hubo un perfecto silencio y todo mundo le clavó la mirada, y se dio cuenta de que había funcionado —finalmente se había convertido en un niño feo y espantoso, y sonrió».

«¿Y qué pasó entonces?», gritaron algunos de los niños, porque Adán había dejado de hablar.

«¿Q-q-qué quieren?», preguntó Adán, con los ojos muy abiertos y cara de inocente.

«Dinos de una vez. ¿Funcionó? ¿Se volvió igual de feo que su máscara?».

Adán dijo que al principio, cuando vio la expresión en la cara de la gente que lo miraba fijamente, pensó que debía de verse absolutamente horrible porque todo mundo parecía tan en *shock*, pero entonces se dio cuenta de que todos estaban pasmados al ver lo tremendamente adorable que se veía, porque comparado con esa máscara se veía incluso más hermoso, fue un desastre, y ahora tiene treinta y siete años y la gente todavía lo persigue en las calles para besarlos en las mejillas y nunca se ha visto a un tipo más infeliz.

Hubo un silencio. Se quedaron todos pensando en la monada que tenía treinta y siete años y que tenía que escaparse de la gente en la calle.

Y entonces Donna Silver dijo: «No siento pena por él. Espero ser mona cuando envejezca».

Y entonces miró a su alrededor para ver si alguien se pondría a discutir con ella. Josh dijo: «Olvídalo, ni aunque lo sueñes. Vas a ser una vieja fea», y se agachó y empezó a cojear como si tuviera un dolor de espalda. «Ay, tienes razón. Así seré», murmuró Donna Silver, y todo mundo se rió; Effie también, aunque a veces parece tan despistada que no nota las cosas graciosas, y fue solamente entonces cuando noté de repente qué tan lejos de todos los demás estaba la banca en la que me apoyaba, y qué lejos me encontraba, y de lado casi logré ver, como en una caricatura, ese círculo invisible que repentinamente se parecía más al castillo invisible de Donna Silver.

CUATRO

Y entonces empezó a oírse un ruido horrible y ya no pude escuchar de qué estaban hablando en el castillo invisible. La guardia de seguridad estaba trabajando con un taladro en su caseta, con la puerta cerrada. No necesitaba a Adán para adivinar qué estaba pasando ahí —me di cuenta de que estaba cavando un túnel que la conduciría directamente al café que estaba al otro

lado de la calle, y una vez ahí taladraría un hoyo en la caja registradora y se llevaría todo el dinero y nadie se daría cuenta.

Para qué los necesito, pensé. Esperaré hasta que todo mundo se vaya a casa y me esconderé en algún lugar hasta que la guardia de seguridad saque su costal lleno de diamantes, y de esa manera la atraparé yo sola. Con tal de que sus peligrosos amigos no decidan repentinamente venir a visitarla. Pero después de que sonara el último timbre, después de educación física, cuando corrí a mi salón para recoger mi mochila, algo pasó que me hizo olvidar todo sobre la guardia de seguridad. Effie estaba sentada sola en el escalón más alto. Cuando me vio me preguntó si podía venir a mi casa a comer espagueti porque los martes son siempre días de espagueti en mi casa.

Dije: «¿Por qué quieres venir a casa así de repente? ¿Se le acabó el espagueti a Donna Silver?». Y aun mientras decía estas palabras sentí pena porque Effie se veía verdaderamente triste y cuando Effie está triste no llora pero eso es a veces aun peor y me alejé rápido para no verla así.

Una vez, hace mucho tiempo, Effie vino a dormir a mi casa y estábamos jugando y perdimos la noción del tiempo y al final nos quedamos despiertas toda la noche. En un momento dado, mamá entró en el cuarto y nos dijo que nos durmiéramos inmediatamente, y le dijimos que lo haríamos pronto y después de eso papá vino y nos trajo té y galletas y comimos y hablamos y jugamos y de alguna manera se pasó la noche. Hubo un momento en el que nos dimos cuenta que ya era casi de día y que no importara lo que hiciéramos la noche se había acabado, se había ido, no había manera de que nos fuéramos a dormir esa noche, y qué haríamos con el terrible cansancio que sentíamos, los pájaros empezaron a trinar y no había manera de detener eso, y nos paramos frente a la ventana y vimos que la luz empezaba a empujar a la oscuridad exactamente como Donna Silver empuja a las niñas en la escuela, con amabilidad, pero sabes quién se va a mover, e incliné la cabeza sobre el hombro de Effie y tuve la sensación de que algo grande estaba sucediendo, algo duro y dulce, como si estuviera a punto de comprender cosas y de ser mayor. Pero al final simplemente nos quedamos dormidas en el sofá.

Pensé: «Qué pena que no dejé a Effie venir a casa a comer espagueti rojo. Tenemos ese chocolate con nueces que es su favorito, y lo escondí muy en lo alto para que los Munchkins no lo encontraran. Le podría haber dado chocolate y podríamos habernos reconciliado». Arrastré un pie detrás del otro por el corredor y fingí que no me permitían levantar los pies del suelo y pensé en cómo todavía podía moverme de un lugar a otro, y traté de moverme como si alguien me estuviera jalando, como si cada una de mis rodillas pesara una tonelada, y me alegraba que nadie pudiera verme. El edificio estaba casi vacío. Los encargados de la limpieza no habían llegado

todavía. Un niño corrió rápidamente a su clase, se le habría olvidado algo. Desde el patio pude escuchar los sonidos de los niños que se iban a casa. El corredor era largo e inacabable, y me asomé a los salones y vi cáscaras de naranja, botellas vacías, una camisa tirada sobre una silla y cada clase parecía un país diferente.

Y de repente vi a Donna Silver. Se dirigió hacia mí por el pasillo, corriendo y bailando a la vez, lanzando sus largos brazos, uno hacia adelante y otro hacia atrás. Me quedé petrificada pero Donna Silver siguió bailando y se detuvo solamente después de haber caminado unos pasos más allá de mí.

«Ya sé quién eres», dijo, casi susurrando. «Eres la prima de Effie. ¡Toma!», y me aventó una manzana inmensa, del tamaño de una toronja. Apenas la pude cazar. Era roja y olía delicioso, como chicle y hojas y tierra y lluvia, como si ese mismo minuto hubiera sido cogida del árbol.

No tuve la oportunidad de darle las gracias. Donna Silver se fue flotando.

Afuera, cerca del cancel, me acordé. Me paré y me arrodillé para subirme uno de los calcetines que se me había escurrido en el zapato y me asomé a la caseta justo bajo los pies de la guardia, quien estaba sentada leyendo el periódico y jugando con sus llaves, y pude ver que realmente había adentro un gran saco rojo y sabía que había visto antes ese saco en otro lugar, pero no podía recordar dónde. Si tan sólo pudiera ver a través de las paredes o por lo menos a través de los sacos, pensé, y me enderecé rápidamente porque tenía miedo de que la guardia de seguridad me viera y adivinara mis pensamientos de la misma manera que veía los diamantes. ¿Que debía hacer ahora? Esconderme y esperar, me imagino. Pero sentía que la cabeza me daba vueltas y las piernas me llevaron a casa.

¿Qué pasaría si fuera amiga de Donna Silver? Durante el recreo me pondría la mano sobre el hombro o se inclinaría sobre mí y me diría cosas chistosas y sentiría como si le perteneciera sin hacer absolutamente nada.

«Hey, ¿qué te pasa?», dijo mamá tan pronto como entré por la puerta. Y antes de que me tocara la frente anunció que tenía fiebre y que lo notaba por el brillo de mis ojos. «Por favor, métete inmediatamente en la cama y en un minuto te llevo una taza de té con miel». Me acosté en la cama y Shakshuka vino para hacerme sentir mejor, y cuando mamá no estaba mirando la dejó treparse en la cobija y acostarse al lado de mis piernas, y dormí así por horas y horas; mamá dijo que por casi dos días seguidos, con unas pocas interrupciones, y no soñé nada, y no me importaron las cosas horribles que la guardia de seguridad estaría tramando mientras tanto, y una vez me desperté y jugué palitos chinos con papá hasta que el gato vino y los regó y ganó el juego, y otra vez abrí los ojos y me senté en la cama y no sabía si era de día o de noche o qué día era. Shakshuka estaba sentada en el suelo y me miró. «¿Qué pasó, Shakshuki?».

Shakshuka movió la cola y lloriqueó un poco, como si quisiera decirme algo. «Te cuento», le dije, dándole una palmada, «que tú también serías amiga de Donna Silver, te lo prometo. Ella te susurraría algo gracioso al oído y tú correrías tras de ella en seguida. Nadie la puede resistir».

Pero Shakshuka se enojó y dio un fuerte ladrido. Quería decir que no, que siempre me sería leal, porque así son las cosas con los perros. Y también me dijo que me levantara. Me levanté y la seguí, pero en el camino el gato vino y me bloqueó el paso, y me miró con sus ojos verde-amarillos, y movió de lado a lado la cola, que parece una serpiente nerviosa.

Quería rodearlo, pero en el momento en que me moví dijo: «Miau».

Y dije: «¿Qué? ¿De nuevo me sales con tu espacio personal?».

«Miau».

«Miau serás tú».

Y fue solamente entonces que escuché a alguien tocar a la puerta. Di dos pasos hacia atrás y luego corrí hacia adelante y volé sobre el gato en un salto gigante y corrí a abrirle la puerta a Danny porque la señora Brown, nuestra maestra de aula, lo había enviado a traerme la tarea.

«¿Te dijo a ti que vinieras?», le pregunté, sorprendido.

«Primero se lo pidió a Effie, pero Effie dijo que no quería o no podía o algo así», dijo Danny.

«Sí», dije. «Effie no tiene tiempo para mí».

«No sé qué problema tienes con este gato», dijo Danny. «Es muy lindo».

Y tenía razón. A ese gato malévolamente de repente no le importó su espacio personal y se enredó en las piernas de Danny, pidiendo que lo acariciara, y Danny lo palmeó sin ningún guante de cocina y el gato ronroneó tan fuerte que sonaba casi igual que el taladro de la guardia de seguridad.

«¡Ja!», me reí. «¡Sabía que los dos se llevarían bien!».

«Sí, soy un idiota igual que él».

«Dime, ¿qué se siente pegarle a alguien?».

«¿Qué? ¿Tienes ganas de pelear?».

«¿Qué es mejor?», proseguí, «¿Pegarle a alguien o tirarle algo?».

«No lo sé», dijo Danny. «Empujar a alguien es también bueno a veces».

«Bueno, pues», dije, «quizá no le pegue a nadie, pero a veces me hartó tanto de ellos. Ya no son mis amigos, y, de cualquier manera, últimamente todos me parecen tan aburridos».

Danny no dijo nada. No me preguntó de quién estaba hablando. Hasta Danny comprende cosas, a veces.

Dije: «Estoy harta de todas esas camarillas».

Danny dijo: «Entonces, ¿con quién te vas a juntar?».

«De seguro, no con los bestias que juegan fútbol», le dije.

«No te dejaríamos tampoco», dijo Danny.

«Claro que no. No soy tan tonta».

«Pero tu gato sí que es un bobo», dijo Danny, porque me la tenía que regresar.

«Pues sí, es cierto», le dije, para dejarlo ganar y me incliné y acaricié al gato malévolamente pero retiré la mano superrápido porque con él nunca se sabe.

CINCO

«Vamos a suponer que jugamos a las competencias», le dije a mamá antes de la hora de dormir, mientras papá les estaba dando un baño a Mateo y a Marcos, «y gana la peor criatura de la casa. El peor portado, el peor en ayudar en la casa... el que causa más problemas, básicamente».

«Estás presentando un tema de discusión muy serio», dijo mamá. «Eso no es algo fácil de decidir».

«Es algo fácil de decidir».

«Vamos a ver: Mateo destruye la casa, así que debe ser el ganador de la competencia. Por otro lado, quizá Marcos sea el ganador porque nunca come nada y le toma horas quedarse dormido. Causa muchos problemas. Y, en la primera cabeceada, Shakshuka empieza a ladrar y lo despierta. Shakshuka es la peor. ¡No! Tú eres el peor porque tienes el mayor número de hoyos en los calcetines», dijo mamá mientras me cogía los pies y me hacía cosquillas a través de los agujeros de los calcetines. Así es siempre mi mami. Bromea de todo.

La peor criatura de la casa caminó por el pasillo, con la cola parada hacia arriba, parecida a la escalofriante punta de la aleta de un tiburón que se ve saliendo del agua.

«Ya estás mejor», dijo mamá. «Mañana vas a la escuela».

En la mañana decidí: «Ahora no voy a hablarle a nadie. Nada, ni una sola palabra».

En el gimnasio cantaron:

Silver

Silver

Fluyendo como un río.

Y de nuevo:

Silver

Silver

Silver es nuestra ganadora.

*Sí, es Donna, Donna
Donna a quien queremos.*

Y así seguía y seguía y dio la casualidad que estaba parada al lado de Effie cuando Donna Silver rompió su propio récord en el salto de longitud.

«Tu amiga es realmente buena», dije.

Y me sorprendí hablando, después de todo.

«Ya no es mi amiga», dijo Effie, y saltó en el aire y aplaudió al igual que lo estaban haciendo los demás niños.

No dije nada. Recordé que el día antes de que me enfermara me encontré a Effie sentada en el escalón más alto, completamente sola, y que quería venir a mi casa a comer espagueti rojo y le dije que no.

Le dije: «Ella es la que sale perdiendo, esa Donna Silver».

Effie dijo: «Ella nunca pierde».

«Te perdió a ti», dije.

Donna Silver estaba abrazando a una niña pelirroja de la otra clase. Todo lo relacionado con ella está en el aire, pensé. No me sorprende que sea tan buena para el salto de longitud. «Y qué», dijo Effie, como si pudiera escuchar mis pensamientos, «yo también salgo perdiendo».

Cuando caminamos a casa ese día nos olvidamos completamente de la guardia de seguridad, porque Adán se encontraba en la mitad de una historia que trataba de una fábrica cerca de su casa que recicla chicle, y cualquiera que lleve ahí chicle usado consigue uno nuevo, y una vez Adán se asomó en la parte de atrás y vio una olla inmensa que ocupaba la mitad del cuarto y una pequeña llama ardía debajo de la olla, y había un hombre parado que estaba mezclando todo los chicles para reciclarlos y hacer así nuevos y, según Adán, con los trocitos de los trocitos que quedaban hacían llantas. Así que la próxima vez que toquemos un pedazo de chicle, sabremos que otro ya lo masticó.

Josh dijo que el reciclaje es definitivamente muy importante pero que de todos modos Adán debería dejar de reciclar sus historias, y le dije que en realidad con la historia me habían dado ganas de masticar chicle, y solamente Effie, quien en ese momento caminaba soñando despierta y no nos estaba escuchando, se detuvo de repente y dijo: «Mira».

Nos volteamos y vimos. El patio estaba vacío. Todos se habían ido a casa. Casi.

«Pero en silencio», dije y empecé a regresarme y ni siquiera me detuve para asegurarme de que me estaban siguiendo. En un minuto estábamos parados afuera del cancel, que estaba cerrado con candado y vimos un chorro de gatos en el patio. Aquí están, pensé. «Los peligrosos, los trepadores,

los que se meten en todo, más les vale no meterse en los salones», y conté siete gatos, cada uno en un lugar diferente. La guardia de seguridad ponía pequeños montones de comida para todos por todo el patio para que no se pelearan. Eran negros y blancos, rayados, uno completamente blanco y otro hermoso de color naranja que era exactamente igual a la nueva amiga de Donna Silver. A un lado vi un costal rojo lleno de comida que era exactamente igual al que tenemos en casa y que mamá le compró al gato. Sabía que había visto esa bolsa en algún otro sitio.

«Buen trabajo, Adán, hemos atrapado al criminal», dijo Josh. «Y aquí están los ladrones malvados almorzando». Adán no dijo nada, pero su cara parecía tan llena de felicidad como si alguien hubiera prendido una luz dentro de él, y si yo supiera ver dentro de las cabezas de los niños para ver sus pensamientos, como la guardia de seguridad puede ver a través de las paredes, quizá podría ver cómo inventaría la siguiente historia.

«¿Qué quieres con Adán?», le dije a Josh. «Tenía razón. No será una ladrona de diamantes, pero de cualquier modo es la mujer más inteligente del mundo». Y todos observamos mientras la guardia de seguridad acariciaba al hermoso gato rojo anaranjado.

Josh dijo: «Pensaba que no te gustaban los gatos desde que te encontraste a ese gato espantoso».

«¿Qué? ¿Tienes un gato?», Effie de repente despertó a la realidad.

«Tengo un tigre», dije, y le di un cabezazo a Effie en el hombro, pero no *de a de veras*, sino jugando. «¿Alguien quiere venir a mi casa a comer espagueti rojo?». Y supe que Effie vendría y no me importó más nada. Fuimos a mi casa Effie, Josh, Adán y yo, y les mostré a todos cómo podía usar el guante de cocina que Danny me había traído para darle palmaditas a nuestra criatura, a la cual todavía no le encontramos un nombre, que es verdaderamente malévola y tiene un corazón de hielo, no hay remedio, pero a veces ve el mundo con una expresión soñadora, como hechizada, como si no hubiera visto antes semejante belleza en toda su vida, y una vez me senté al lado de él y le expliqué que debería aprender de Shakshuka, a quien le importa un comino el espacio personal y a quien te le puedes acercar todo lo que quieras, y mamá me vio hablando con el gato y me preguntó si finalmente había hecho las paces con él y le dije que era un tema de discusión muy serio, y en verdad tengo que pensármela muy bien •

TRADUCCIÓN DE VERÓNICA GROSSI,
A PARTIR DE LA TRADUCCIÓN DEL HEBREO AL INGLÉS DE
GILAH KAHN-HOFFMANN

LA SANGRE ÁRABE APARENTEMENTE **no** deja rastros OUDEH BISHARAT

LA SEMANA PASADA, durante una triste pero inspiradora jornada, fue revelado el nombre del primer soldado caído de Israel: Aharon Hirschler. Fue asesinado en 1873. De acuerdo con el sitio *web Ynet*, los árabes irrumpieron en la casa de su familia aparentemente para robar, y Hirschler recibió disparos que le ocasionaron la muerte mientras era perseguido. Es difícil atribuir el homicidio a motivos nacionalistas, especialmente porque incluso hoy el movimiento sionista niega que los palestinos sean una nación.

Y cada víctima, por cualquier razón, que sea añadida a esa larga lista, reforzará la cruel afirmación de que la tierra de Israel fue adquirida a través de la pena. En vista de la excelente memoria que se tiene de nuestros hermanos judíos, que se remonta 150 años, sentí celos y corrí a revisar la lista de los palestinos caídos. También hay palestinos caídos, quienes, aunque usted no lo crea, tienen padres y madres, hermanos y hermanas, esposos y esposas. Y bueno, para mi sorpresa, después de unas cuantas búsquedas en Google, no pude encontrar lista alguna. Así, mientras los judíos se equiparan con una lista de nombres y fechas, los palestinos no tendrán nada que mostrar a las naciones durante las negociaciones sobre derechos a la tierra, a la tierra que fue adquirida a través de la pena. Otra derrota para los palestinos en la competencia de pérdida y sufrimiento.

La sangre árabe aparentemente no deja rastros. Cuando leí el libro *Una sombra azul y blanca*, de Yair Baumel, descubrí otro hecho sorprendente: que entre dos mil setecientos y cinco mil infiltradores fueron asesinados entre 1949 y 1956. Sobre este hecho, el político comunista Shmuel Mikunis señala en el libro que «éste no fue un caso de asesinato a sangre fría, sino una cosecha de sangre del gobierno». Baumel escribe que las víctimas eran «generalmente refugiados desarmados que

trataban de regresar a sus pueblos». Tampoco encontré registro de estas víctimas en Google. Víctimas sin nombres, quizá incluso sin tumbas.

Tengo algunas hipótesis respecto del fracaso árabe al documentar víctimas. Quizá la masacre fue demasiado grande, y el alma oriental estaba cansada, demasiado desesperada como para seguir contando y sintiendo dolor. O quizá la cultura de la acumulación de pérdidas no está tan profundamente enraizada. Quizá el trato con la muerte sea un lujo para el valiente, no para aquellos más preocupados por preservar las vidas de los vivos que por preservar las memorias de los muertos.

Según historias de mi pueblo, Ma'alul, sólo después de que el polvo se haya asentado y los refugiados hayan encontrado cobijo en Jaffa las mujeres se darán tiempo para llorar sobre los muertos y las casas destruidas. Cuando se sienten juntos, en círculo, sobre la cima de la montaña, vislumbrando su pueblo, llorarán y se arrancarán el cabello. De por sí, generación tras generación arrastra el pasado consigo, negándose a tomar un lugar central en el presente. El pobre pasado, si es que puedo hablar por él, ya ha tenido suficientes provocaciones sospechosas de este tipo. El pasado se queja con cualquiera que quiera escuchar. Si éste va a ser convocado para ayudar a alcanzar la paz, adelante, pero traerlo para intensificar la ruptura sería demasiado cruel.

El Día de los Caídos, que es un homenaje que se realiza en la mayor parte del Estado (pero no en todo), veinte por ciento de la población se pone de pie con sus semejantes al otro lado de las fronteras, fuera del círculo. Dos comunidades con sentimientos opuestos; el dolor de uno es la razón del dolor del otro. Y en medio, a lo largo de ocho años, un pequeño, extraño brote ha crecido. La gente lo ha regado y lo ha cuidado, y este año, con las benditas lluvias, se convertirá en un árbol florido con un intoxicante aroma a los «días aún por venir», cuando miles abarrotan los campos de Tel Aviv para ser parte del luto palestino-israelí. Ahí los niños de ambos pueblos cambiarán el calabozo sofocante por los alentadores valles, pululando entre aire fresco, limpio ●

TRADUCCIÓN DEL INGLÉS DE LUIS ALBERTO PÉREZ AMEZCUA Y ARTURO MOISÉS ROSALES ORNELAS (PUBLICADO ORIGINALMENTE EN *HAARETZ*)

Una breve historia

Ya no hay quien recuerde entre nosotros
cuánto tiempo estamos esperando
una blanca ola ciega que arrase con eso
cuya mera memoria basta
para oprimir el pecho en la mañana,
la tráquea en la noche

porque los enjambres de hormigas expulsados
vuelven a ennegrecer nuestras casas,
y el agua hirviendo salta de las tazas de porcelana
a nuestras caras
y cuchillos hartos de la carne de fresas
buscan nuestros dedos.

¿Cuándo se calmarán los pedazos de papel
que revolotean por el aire, bajarán al polvo
los trozos del hechizo inútil?

Lo que sonaba a lluvia eran escombros
apilándose en un montón.
Lo que sonaba a llanto era llanto.
Hace ya tiempo que necesitamos un nuevo desastre
que arrase con los restos de nuestro desastre.

Así

El gato que escapa en un arco perfecto
saltando por encima del seto,
los niños, riéndose tras la pared,
no sabrán cómo ataca la pena
como una voz cuyo lamento incesante
se oye de repente.
Qué heroica paciencia
tuvo aquel frágil profesor de piano,
cómo, cuando todos los demás se marcharon
uno por uno, desviando la mirada,
me quedé la última, a causa de la música,
o de la fragilidad. Las manos
todavía sujetan el libro
cuando se cierran los ojos, así
deberíamos aferrarnos al amor
porque al igual que una estrella
nos acoge de noche
aun después de muertos.

Nana

Imagínate, cada vez
que cierras los ojos
eres olvidada.

Imagínate, cada vez
que te duermes, cándida como un niño,
eres olvidada por algún alma.

Imagínate, cada vez
que te duermes sin duda sin miedos
sin guardia, eres olvidada por esa alma
en la cual quisiste ser recordada.

Cada vez que me es posible salir
me dedico a mirar las nubes
porque su color no tiene un nombre que debería recordar
porque no les importa quién comete qué cosa ahí abajo
porque me hacen inclinar la cabeza hacia atrás
y acarician mis sienes con sus bordes
porque se desprenden una de otra
sin culpa ni dolor
porque no respetan sus propios límites
o la ficción del cielo
porque no se puede mirar la misma nube dos veces
por tanto

miro las nubes
cada vez que me es permitido
salir al patio
de la gran, gran institución
que se extiende, según dicen,
hasta los confines de la tierra.

Possibilidades

- Supongamos que estás acostado sobre un lado mucho tiempo, ya es casi noviembre y todavía estás sobre el mismo lado, la mejilla ya te duele, la oreja te duele también, tu cuello está torcido, tus costillas aplastadas y todo tu cuerpo grita «basta».
- Me volveré al otro lado.
- Supongamos que no tienes otro lado.

VERSIONES DEL HEBREO DE TAL NITZAN

אפשרויות

נאמר שאיפה טובה על העד, הכון וכו'. עוד קצת טובה יותר (אולי) על אותו העד. הלחי כבר באיפה לה. גם
האזן באיפה. הנאמר ששקם. העלמות נקטעות וכל הגוף שולף צדקה די.
אסתרוב לצד העד.
נאמר שאין לה צד עדי.

Mi primer Sony *[fragmento]*

BENNY BARBASH

TAMBIÉN esa noche me desperté porque oí que mamá y papá discutían. Mamá le decía a papá que le estaba jodiendo la vida con todos esos polvos que echaba por ahí, su dejadez y su mal humor, que estaba harta, hartísima; y él le respondió que él también lo estaba pasando muy mal, que se sentía asfixiado, estancado, que el tiempo se le iba sin que fuera capaz de hacer nada; entonces ella le dijo que si lloriqueara un poco menos por el tiempo que perdía no perdería tanto el tiempo; y él le pidió que no fuera tan perversa. Después se quedaron callados y de repente papá dijo que no sabía lo que le pasaba. Que hacía meses que no era capaz de escribir. Y eso es verdad, porque no se le puede negar que no lo intente. A veces, cuando me voy a dormir, está sentado frente al ordenador; si me despierto a media noche, sigue ahí sentado, y por la mañana tiene la cabeza apoyada en el teclado, porque seguro que se ha quedado dormido intentando escribir algo, pero la pantalla está vacía, o llena de líneas y más líneas de dos puntos, o de la letra *t* tecleada un millón de veces. Una vez llenó diez páginas con SOS, SOS, en inglés, claro está, pero no conseguí saber a quién se los enviaba, porque esa llamada suele hacerse hacia fuera, para que alguien la capte y venga a ayudar, mientras que papá la enviaba hacia dentro, hacia la memoria del ordenador, y lo que no pude es preguntárselo, porque entonces habría descubierto que entro en su disco duro y leo todas sus cosas privadas, esas que ni siquiera le deja leer a mamá.

El problema que tenía, por lo visto, era que se le habían acabado las historias, y por eso sufría tanto. Ojalá yo supiera de dónde vienen las historias, porque entonces quizá habría podido ayudarlo un poco y él sería feliz, y es que cuando él es feliz también mamá está contenta. Pero esa noche, mientras papá seguía hablando, mamá gritó: ¡Caramba!¹ ¿Eso también es culpa mía? ¿Ahora también voy a ser yo la culpable de que no puedas escribir?

¹ *Caramba*: en español en el texto hebreo original. (Todas las notas son de la traductora).

Dijo «caramba», y es que cuando se enfada se le escapan palabras en castellano, porque mi madre es de Argentina y ese idioma es el que primero le viene a la cabeza cuando no piensa. Todo le toca a ella, le dijo, siempre se siente sola, como si todo estuviera en el aire, porque no sabe cuándo va a ser la próxima vez que papá se marche de repente, y en eso le doy toda la razón a mi madre, porque también nosotros sabemos que papá es de ese tipo de persona que desaparece en cualquier momento, y lo digo por experiencia, porque ya se ha largado de casa unas cuantas veces. Luego miré por la rendija de la puerta —hasta ahora sólo había estado grabando— y la vi intentando encender un cigarrillo. Pero como le temblaban tanto las manos no lo conseguí hasta la cuarta o la quinta cerilla, y papá le dijo Alma, porque así se llama mi madre, Alma, no con *'ayin*² sino con *alef*, que es un nombre español que significa eso, alma, espíritu, ¿no es una pena que fumes cuando acabas de terminar el curso para dejar de fumar?, le dijo mi padre, y ella le contestó con un «mierda»³ y añadió, ¿ahora va a resultar que te importa mucho?, y tiró al suelo una taza con todas sus fuerzas. Después se sentó en el sofá y se puso a llorar muy bajito, sin voz y sin lágrimas, sólo le temblaba el cuerpo, mientras estrujaba el cigarrillo entre los dedos sin darse cuenta. Mi padre se quedó allí de pie mirándola, hasta que ya no fue capaz de seguir así y se agachó y se puso a recoger del suelo los trozos de la taza, pero entonces ella le dijo con una voz muy temblorosa, déjalo. Déjalo. Mañana viene la asistenta. Pero mi padre, sin volver la cara hacia ella, porque se sentía incómodo, dijo que no pasaba nada, y entonces ella volvió a decirle, déjalo ya, déjalo, que no es tan difícil lo que te estoy pidiendo, idéjalo ya de una vez! Él dijo que sólo iba a traer una bayeta para limpiarlo, para que la mancha no se secase, porque si no a la asistenta le iba a costar mucho quitarla al día siguiente. Y entonces mi madre se puso a gritar, ideja de una vez la puta mancha, déjala ya!, ¿tanto te cuesta hacerme caso? Él, entonces, dejó encima de la mesa los pedazos que ya había recogido y se sentó en el otro extremo del sofá, y la mano que se le había ensuciado con los restos del café se la limpió en los pantalones, y después de comprobar que estuviera bien limpia, la estiró hacia ella con cuidadito, porque por lo visto quería acariciarle la mejilla, pero ella apartó la cara y dijo, ¡por favor!, déjame, déjame en paz de una vez, me estás matando, no aguanto más, y en ese momento sus temblorosos dedos llegaron a la punta encendida del cigarrillo, porque lo seguían estrujando, y como se quemó, gritó «¡mierda!».

2 Alma, escrito con la letra *'ayin*, es un vocablo hebreo que significa «doncella», «muchacha». Escrito con la letra *alef* es el nombre propio Alma. *'ayin* y *alef* han perdido su valor como fonemas guturales en el hebreo israelí y son fonema cero en el habla coloquial, por lo que el oído ya no las diferencia.

3 En español en el texto hebreo original.

y tiró espantada el cigarrillo para enseguida ponerse a hurgar entre los cojines y encontrar lo antes posible la colilla, antes de que quemara el sofá, y cuando la encontró la apagó en el cenicero mientras le decía a mi padre, mira lo que has hecho, y se metió el dedo quemado en la boca; los dos se quedaron allí sentados mirando hacia el frente, sin mirarse el uno al otro, y era como si estuvieran muy lejos aunque el sofá es bastante pequeño, y entonces yo susurré, y se puede oír en la grabación, ¡que no se vuelvan a separar, Dios mío!, aunque mi padre me había dicho que, en su opinión, Dios no existe. Pero si Dios no existe, ¿a quién vamos a poder pedirle todas estas cosas?

LA PRIMERA VEZ que papá se fue de casa estuvo viviendo con una putita del teatro. Eso es lo que dijo de ella Amalia, cuando mamá la interrogó sobre Yael. Y Amalia, que es la mejor amiga de mamá y la mayor enemiga de papá, y que se pasa el día malmetiendo a mamá en contra de él preguntándole cuánta mierda puede llegar a tragar una mujer de un solo hombre —porque por lo menos ella come mucha mierda, pero de muchos hombres—, le contó con todo detalle lo que hacían papá y Yael, porque ella es la relaciones públicas del teatro y sabe todo lo que allí pasa, pero por muchos detalles que le diera, a mi madre parecían no bastarle, porque le preguntaba más y más, como si intentara descubrir algún secreto que la ayudara a comprender cómo me ha podido pasar esto a mí. «A mí» era a mi madre, y «esto» era que papá se hubiera ido, y sobre eso también pensábamos mucho Shaul y yo, y Shaul dijo que quizá lo molestábamos demasiado con tanto grito y tantas tonterías y que por nuestra culpa papá no conseguía escribir nada, así es que le escribió una carta a papá con los diez mandamientos que nos habíamos jurado cumplir, y todos la firmamos, Shaul y yo con nuestro nombre y Naama, que todavía no sabía escribir, estampando el pulgar, y todos esos mandamientos eran a favor de papá, como por ejemplo, que no lo molestaríamos, que no le pediríamos que nos comprara nada, que no dejaríamos a mamá que comentara que no había dinero para ponerlo todavía más nervioso, todo con tal de que volviera a casa, pero papá nos explicó que no tenía nada que ver con todo lo que habíamos escrito, y cuando Shaul le preguntó con qué tenía que ver entonces, papá empezó a tartamudear hasta que se calló, porque por lo visto ni él sabía muy bien por qué se había ido, y sólo dijo que era muy difícil de explicar, que quizá cuando fuéramos más mayores llegaríamos a entenderlo un poco mejor, y eso es lo que también mamá intentaba entender, y por eso le hacía más y más preguntas a Amalia que al final dijo que no veía dónde estaba la complicación. Eso es lo que suelen hacer los hombres de cuarenta años que empiezan a olerse el principio del fin. Cualquier par de tetas les pone bien recta la polla,

y Yael, eso sí que no se le puede negar, tiene un par de tetas bien puestas, frescas, tersas, levantadas, porque es más joven que mamá y que Amalia, por lo menos doce años, y cuando lo dijo suspiró, porque las mujeres más jóvenes que ella siempre la ponen triste, aunque enseguida añadió con una sonrisa que no importaba, que muy pronto los años también le estropearían las tetas a Yael y que un pecho tan grande tendría una caída igual de grande, así que mamá no tenía por qué preocuparse porque esa pequeña furcia acabaría por echar a papá como los echaba a todos y que entonces papá volvería de rodillas, a lo que mamá dijo que aunque volviera a rastras ya no le iba a dejar entrar más en casa, y entonces me vieron y Amalia dijo, mmmm, qué rica está la tarta, tienes que darme la receta, pero mamá se sintió muy incómoda y no sabía qué hacer porque tenía miedo de que yo hubiera podido oír la conversación que acababan de tener, y cuando Amalia se fue me preguntó si había oído algo y yo, claro está, le dije que no, porque no la quería poner triste, pero por si acaso ella empezó a explicarme que papá sólo se había ido de casa pero que no nos había dejado, que nos seguía queriendo —no dijo «nos quiere», sino «os quiere», como si hubiera decidido que a ella ya no la quería y que por eso ya no podía seguir usando la primera persona del plural— y eso era lo mismo que él siempre nos decía cuando iba a buscarnos cuando le tocaba a él tenernos después de que hubiera arreglado con mamá cómo se repartían la semana.

Por mucho que esperábamos ilusionados los días que nos tocaba estar con él, al final no lo pasábamos demasiado bien, puede que porque todos intentábamos ser muy educados, portarnos bien, y como nadie decía realmente lo que pensaba, a papá se le notaba incómodo y aunque decía soy todo oídos, sigue contando, se le veía en los ojos que no entendía nada de lo que le decíamos, además de que no tenía una casa a la que llevarnos, y si la tenía no quería llevarnos con esas putas porque seguro que le daba vergüenza que viéramos que vivía en una casa de putas, porque ése no es que sea un sitio muy adecuado para unos niños.

Mamá nos preguntaba disimuladamente por el sitio nuevo en el que vivía papá, y se le notaba que se moría de curiosidad por saber cómo era. A Shaul no le gustaba contestar ni a mí tampoco, porque cuando yo le contestaba, Shaul me daba patadas por debajo de la mesa, así que la única que contaba algo era Naama, aunque era imposible entender nada de lo que decía porque la imaginación y la realidad se le mezclaban por completo y además aunque le hubiéramos querido contar algo a mamá tampoco habríamos podido porque como ya he dicho antes papá no nos llevaba al sitio nuevo en el que vivía, sino que dábamos vueltas por la ciudad como unos beduinos o íbamos a las camas elásticas del parque Ha-Yarkon adonde van todos los padres divorciados que no saben qué hacer con sus hijos, y a veces también van algunas madres

divorciadas, pero no porque no tengan casa, sino como nos explicó Ido, el amigo de Shaul, para cazar a algún divorciado, porque lo que más le pega a una divorciada es un divorciado, y es que eso se nota hasta en cómo suenan esas dos palabras, divorciada-divorciado, porque un soltero nunca se irá con una divorciada, porque ya está usada, mientras que a un divorciado, que ya está acostumbrado a las usadas, no le importa. Y la verdad es que había allí siempre una que no dejaba de mirar a papá, y su hija, que saltaba muy bien y que hacía unas piruetas increíbles para adelante y para atrás, le tenía que estar diciendo todo el rato que la mirara a ella, y entonces su madre le decía, muy bien, muy bien, aunque ni la miraba, porque sólo le preocupaba dónde estaba papá, que ni siquiera se había fijado en ella porque estaba cansado y triste y se le había puesto una cara muy delgada y muy pálida con los ojos muy rojos, y además, en cuanto se sentaba los cerraba, y muchas veces ni siquiera se había afeitado, si hasta casi parecía un terrorista, y cuando de repente se despertaba se abrazaba al primero que tuviera al lado, y susurraba Shaul, o Naama o Yotam, que así es como yo me llamo, dependiendo de a quién abrazara, y decía, cuánto os quiero; y a Naama, además, le decía cuánto exactamente, porque ella se lo preguntaba, y papá le decía que hasta las estrellas, o hasta el sol, o hasta el infinito, y en esos momentos me habría gustado preguntarle directamente a la cara, ¿pues cómo es que te has ido de casa si tanto nos quieres? ¿Sabes cómo llora mamá cuando cree que ya estamos dormidos y cómo se le caen las cosas de las manos en medio de la cena? Además de que ha vuelto a fumar como un carretero y se enfada por cualquier cosa, y ayer hasta le dio una bofetada a Shaul porque se puso a discutir con ella diciéndole que no podía llevar a casa a ningún otro hombre.

No es que le diera el tortazo de buenas a primeras. Al principio intentó hablar con él muy bien y explicarle que ella también tenía derecho a tener su vida y que no estaba de acuerdo con que Shaul hiciera de policía, pero Shaul le dijo que si llevaba a alguien a casa por la noche para él sería una puta y fue entonces cuando le dio la bofetada que le dejó a Shaul unas marcas muy rojas en la mejilla, pero él ni se llevó ahí la mano, ni lloró ni dijo nada, sino que se quedó mirando a mamá con esa mirada tan horrible que tiene que asusta hasta a los profesores del instituto, y mamá enseguida se arrepintió, no porque se asustara, y toda la noche intentó hacer las paces con él y explicarle que la situación no era difícil solamente para nosotros, sino también para ella, porque seguro que se acordaba de las cosas horribles que le habían pasado en Argentina y que nunca nos cuenta y de las que le ha quedado la foto de su primer marido al que los militares secuestraron y torturaron, aunque en la foto no se ve nada de todo eso porque se la hicieron antes de lo de los militares; sino que sólo se ve a mamá sentada en un pequeño escenario y a él al otro lado

con una marioneta, porque trabajaba en un teatro de títeres de San Telmo, que es una zona de teatros de Buenos Aires, y allí se conocieron, porque mamá era tramoyista cuando estudiaba arquitectura en la universidad; los dos son tan jóvenes, y él está muy sonriente, con bigote y con barba, el pelo largo y los ojos negros y muy brillantes, y se llamaba Raúl —el nombre que mamá le quería poner a Shaul cuando nació, pero papá la convenció para que no lo hiciera porque tenía miedo de que con ese nombre todos los niños se iban a reír de él,⁴ y por eso le propuso el nombre de Shaul, que es un nombre muy bonito que tiene casi las mismas letras, menos la erre, pero que se le parece mucho: Shaul-Raúl.

Yo nunca habría dejado a mamá, pienso, mientras papá nos compra unos polos cuando ya nos hemos hartado de tanto saltar en las camas elásticas y ya todo nos da lo mismo y estamos hasta tristes, y Shaul y yo tiramos los polos que nos acaba de comprar y le decimos que no están buenos, así que papá nos pregunta si los queremos de otro sabor, pero Shaul apenas toca el nuevo polo y también lo tira a la papelera diciendo que tampoco está bueno, y entonces Naama y yo hacemos lo mismo que él, así que papá se enfada y dice que eso es tirar el dinero, pero Shaul le dice que irse a Eilat de fin de semana con su novia es todavía más derroche, y papá le pregunta que de dónde se ha sacado eso, y Shaul le dice que qué importa cómo lo sepa, que lo principal es que es verdad; porque no le cuenta que el jueves Amalia ha ido a verlos con el periódico del viernes y le ha enseñado a mamá que la historia de su estúpido marido ha llegado hasta Tsipora; y papá le dice que no es tan sencillo —que es la manera que tienen los mayores de justificar algo feo que hayan hecho—, y Shaul le dice que puede que no sea tan sencillo pero que es lo que es, así es que que no nos hable de tirar el dinero, y papá le advierte que cuide la lengua, pero Shaul le contesta que ahora que papá se ha ido de casa ya no nos puede mandar, pero papá le dice, todavía soy tu padre, Shauli, y Shauli se enfada, no me vuelvas a llamar Shauli, y entonces papá ya se calla y nos lleva a la pizzería de siempre, pero nosotros estamos hartos de comer triángulos de pizza con sabor a cartón, porque eso es lo que comemos cuando estamos con él, y Naama se echa a llorar y dice que se quiere ir a casa con mamá, y Shaul está de acuerdo, sí, puede que ya sea hora de irnos, y Naama se baja de las rodillas de papá y se sienta encima de Shaul, que es como su segundo padre, y ahora yo también estoy en contra de él y me digo, no tengas pena de él, no te tiene que dar pena, no lo merece, aunque tiene una cara que da mucha pena; pero lo odio, y odio a Shaul, que lo castiga, y a Naama que sigue llorando y

4 Raúl no es un nombre hebreo, pero resulta homónimo de un vocablo hebreo que significa «enmascarado».

sorbiéndose los mocos, y al mundo entero, y las películas a las que nos lleva, porque ya se han acabado todas las películas para niños que dan en la ciudad, pero como no sabe cómo pasar el rato que tenemos que estar con él, nos ha empezado a llevar a películas de mayores, que son aburridísimas, además de que la gente no hace más que pedirle que haga callar a su hija y que qué hace llevando a unos niños a una película como ésa, y él, encima, se pone a discutir con ellos, aunque tienen toda la razón del mundo, y una vez hasta vino el acomodador y se pusieron a gritar, y Naama empezó a llorar, y Shaul a gritarles a todos que no le gritaran a su padre, hasta que al final el acomodador nos echó de la sala, pero papá no se movió de la entrada hasta que no nos devolvieron el dinero, y entonces salimos a la calle, Naama en brazos de papá, yo a su lado y Shaul un poco detrás, y como llovía mucho nos mojamos todos porque no encontrábamos un taxi, ni las ratas hubieran salido a la calle con una tormenta como ésa, como dijo mamá cuando llegamos a casa y nos vio tan empaados que nos preguntó qué es lo que había pasado. Papá se puso a tartamudear, pero Shaul enseguida se inventó una historia para salvar a papá de tener que pasar tanta vergüenza y para ahorrarle a mamá los cuentos de papá y también para que mamá no se enterara de la película a la que habíamos ido y le dijera a papá, ¿pero te has vuelto loco, o qué?, ¿a qué películas se te ocurre llevar a los niños?, aunque papá le habría dicho que en la tele veían la misma basura, y ya se habrían puesto a discutir, y yo me habría preguntado para qué se habían separado si seguían discutiendo por lo mismo por lo que discutían cuando estaban juntos; pero para ahorrarnos todo eso, Shaul se inventó un cuento y seguro que luego no pudo pegar ojo en toda la noche de los remordimientos de conciencia por haberle mentado a mamá [...] •

TRADUCCIÓN DEL HEBREO DE ANA MARÍA BEJARANO



Queridísima Ana [fragmento]

JUDITH KATZIR

Lunes, Semana de Pascua, 4 / 4 / 1977

Queridísima Ana:

Empiezo ya mismo. Así fue como comenzaste, el veinte de junio, año cuarenta y dos, tu diario en forma de cartas a Kitty, tu amiga imaginaria, a quien te llevaste al encierro poco tiempo después. El diario con tapas de tela a cuadros rojos y blancos, que recibiste de tu padre por tu cumpleaños número trece, se abrió ante ti como una mañana al inicio del verano, brillante y lleno de promesas, con olor del papel e interminables páginas que aguardan ser llenadas. Aquí estoy yo, Ana Frank, que empiezo a escribirte; aquí estoy comenzando la emocionante aventura que es mi vida; tú no podías haber sabido que tu comienzo no tendría una continuación, y que estaba tan cerca del final.

Y aquí, treinta y cinco años después, en una mañana dorada y azul de primavera, yo también estoy por comenzar; nuestra maestra de literatura y composición, Michaela Berg, joven, increíble y una fantástica maestra, nos encargó leer tu diario y escribirte una pequeña carta como tarea para las vacaciones de Pascua. Nos prometió que quien escriba la mejor carta la leerá frente a toda la escuela en la ceremonia del día de Conmemoración del Holocausto. El libro *El diario de Ana Frank* ha estado junto a mi cama desde que me lo dieron como regalo de *bat-mitzvah*, y aunque ya lo leí tres veces, lo leí ahora una vez más, y pasé dos días trabajando en la carta. No se la he mostrado a nadie todavía, pero creo que salió bastante bien, y estoy cruzando los dedos para que Michaela me elija a mí para leer en la ceremonia. (Si me dice que está bien, la copio para ti).

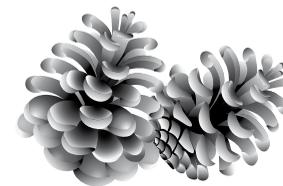
Cuando escribí la composición, descubrí que me gustaba escribirte, a tu rostro afilado y delicado, que no podría considerarse «bonito», pero que brilla como alumbrado por la luna; a tu sonrisa que es traviesa y algo tímida; y a tus ojos grandes y un poco saltones que brillan con curiosidad e inteligencia (en las fotografías

parecen negros, pero es difícil saberlo porque tus fotografías en el libro son en blanco y negro; quizá eran café oscuro, o verdes). Me gusta en especial dirigirme a tu alma valiente y tempestuosa, «un atado de contradicciones», como escribiste, porque también siento que hay tormentas y contradicciones dentro de mí, y principalmente el deseo apasionado por aquello que todavía no tiene nombre, que puede ser la naturaleza o puede ser el amor, o puede ser Dios o puede ser la vida misma.

Me encanta escribir también, y sueño con convertirme algún día en escritora o poeta. Cuando escribo un poema me siento llena de un tipo de emoción particular, una especie de calor interno y una intensa concentración, y luego siento que nada puede hacerme daño. Algunas veces parece como si el mundo me hablara en clave, el mar parpadea en clave Morse, el viento me susurra secretos, nada es lo que parece, todo es un signo de otra cosa oculta, y los poemas que leo o que escribo son las claves que sirven para entender esos indicios, para conectarlos y descifrarlos, y así revelar algo verdadero e importante acerca del alma.

Cuando era pequeña, antes de que aprendiera a escribir, solía sentarme durante horas en el bosque atrás de nuestra casa y acomodaba las pequeñas flores y las piñitas y las hojas de los pinos en las viejas baldosas que hallaba en nuestro almacén; creaba mundos completos para mí misma, cambiaba el orden una y otra vez, hasta que me parecía que era el más bello y el más preciso. Cuando tenía cinco años, mi madre me enseñó el alfabeto, y desde entonces me gusta acomodar palabras. Hace tiempo todavía le permitía leer mis poemas, pero más o menos hace un año ya no. Le mostré un poema llamado «Una rosa roja en una ciudad de hielo», en el que había trabajado mucho y del que estaba muy orgullosa, y ella lo leyó e inmediatamente me preguntó si era acerca de ella; yo no estaba pensando en ella para nada mientras lo escribía, ni en mí misma tampoco, sólo estaba escribiendo un poema y ella ni siquiera dijo que estaba bello.

En los poemas no puedo decir todo lo que me pasa ni lo que pienso, y como nada me parece real hasta que lo atrapo dentro de una red de palabras, he decidido escribir un diario. (Tal vez me estoy engañando a mí misma, porque ¿cómo es posible atrapar la profundidad del cielo después de la lluvia, el color preciso de la tarde, la sensación del viento en la piel? Algunas veces los agujeros en mi red son demasiado grandes, y muchas cosas se escapan...). El diario también me dará la oportunidad de practicar, será una especie de laboratorio donde realizaré experimentos y mejoraré mi estilo.



Sé que si fueras, por decir algo, una niña en mi clase, querría mucho mucho que fuéramos amigas. Tengo una buena amiga, Racheli Rubin, inteligente, sensible y algo retraída, como yo. Ambas somos un poco solitarias, y no nos importa en realidad lo que la gente piense de nosotras. Puedo contarle casi todo, pero contigo puedo ser completamente franca, y puedo estar segura de que no contarás mis secretos a nadie. Trato de no pensar en el hecho de que en realidad estás muerta, y que si te hubieran salvado y siguieras viva, tendrías casi cuarenta y ocho, serías mucho más grande que yo, más grande incluso que mi madre, que tiene cuarenta (aunque ella no me deja decirlo, porque quiere que la gente piense que es mucho más joven). En tu diario para siempre tendrás trece y hasta quince años y dos meses —mi edad exactamente. (Tengo trece años y medio. En noviembre tendré catorce).

Lo que más me gustaría —ahora respiro profundo y lo digo—, lo que más me gustaría sería ser tu Kitty, la de los ojos y el corazón a quien le escribiste tu diario. Al inicio del año en la clase de Michaela aprendimos el poema de Zelda «Cada hombre tiene un nombre». El poema comienza: «Cada hombre tiene un nombre dado por Dios y por su padre y por su madre», y sigue diciendo todos los que le dieron a esta persona un nombre: las montañas y el mar, sus pecados, su ceguera, y sus anhelos, sus vacaciones y su trabajo, sus enemigos y su amor, y demás. Yo no tengo un amor todavía, ni trabajo ni enemigos (espero), y por el momento no he pecado demasiado, así que elijo llamarme por el nombre que me diste. Así que para que puedas decidir si lo merezco, si soy digna de tu amistad y de tu confianza, necesito escribirte acerca de mí con total honestidad, sin adornos ni embellecimientos, como tú escribiste acerca de ti misma, «llana y sin adornos».

(Apenas comienzo y ya estoy exhibiendo el hebreo sofisticado que me ha hecho ser siempre la favorita de las maestras de literatura y composición, y claro que tú escribías y leías en holandés y sabías alemán y algo de francés e inglés también).

Así que aquí estoy ante ti: Rivi Shenhar, estudiante del octavo grado, que vive en Haifa en el Carmel, una niña con muchas fallas y muchos secretos.

Primero que nada, no soy bonita. Cuando era pequeña la gente decía que sí lo era. En primer año de la escuela las niñas de los grados superiores me acariciaban la cabeza en los recreos y me decían Blancanieves. Menahem, el amigo de mi abuelo, que es pintor *amateur*, siempre dijo que yo parecía como una niña en una pintura de Renoir. Cuando tenía seis años, me senté frente a él durante varios sábados, con mi vestido blanco de cuello de marinero y mis zapatos de piel negra, y me pintó en *gouache*, y cuando terminó me regaló la pintura, y escribió en la parte de atrás: «Para Rivi, una corona de pelo castaño rizado, sus ojos como dos lagos, abiertos y lindos, labios carmín con dientes aperlados, un hoyuelo en cada mejilla que son como manzanas, de parte del pintor Menahem, que escribe rimas terribles». Hace un año, a Menahem le dio un infarto cerebral, y desde entonces

tiene paralizada la mitad del cuerpo y no puede pintar; sólo se sienta en una silla de ruedas frente a la ventana y fuma su pipa y mira el cielo y las nubes. Pero la pintura todavía cuelga en la pared de mi cuarto encima de la cama. Algunas veces la miro y pienso que ya no soy así de bonita. En tercer año jugábamos a niños contra niñas en el patio de la escuela, y Avner, el bravucón, me persiguió hasta que me caí de boca y me rompí los dos dientes, los de en medio arriba —un hueco asimétrico en medio de mi boca. Desde entonces me acostumbré a sonreír con la boca cerrada. Cuando me río trato de cubrirme la boca con la mano. En cuarto año fracasé en mis esfuerzos por ocultar de la maestra Edna el hecho de que no podía ver lo que escribía en el pizarrón, ni siquiera desde el escritorio de adelante. Mi madre me llevó al optometrista al lado de su agencia de viajes en Hadar, y juntas elegimos un armazón cuadrado de plástico, azul grisáceo como el color de mis ojos. Y entonces los «dos lagos abiertos» se convirtieron en dos charcos enmarcados, y los «dientes aperlados» en la entrada de una caverna entre piedras escarpadas. Mi rostro franco se convirtió en un rostro oculto.

Ésas son las fallas externas. Además, tengo dos defectos internos: sólo escucho con un oído, el derecho (en el izquierdo mi nervio auditivo está dañado de nacimiento). Racheli ya se acostumbró a sentarse o a caminar al lado derecho mío, pero con los extraños me da pena decir nada, y cuando están a la izquierda tengo que girar la cabeza o hacer un esfuerzo para escucharlos, e incluso entonces no siempre puedo hacerlo, sólo finjo. Me he dado cuenta también de que cuando no uso mis lentes escucho mucho menos. ¿No está chistoso?

El último defecto es la taquicardia, que me sucede cuando tengo una fiebre alta, o cuando me sobreexcito, y algunas veces sucede sin razón. Cuando era pequeña tomaba medicina para desacelerar mi pulso, pero con el tiempo inventé ejercicios de respiración con los que ayudo a que regrese a lo normal. En cualquier caso, los doctores me han prohibido ir a clubes o a fiestas donde la música esté demasiado alta (para no perder la escucha en el otro oído), y no me permiten beber café, refrescos, alcohol ni fumar cigarros (porque el alcohol, la nicotina y la cafeína hacen que tu corazón lata más fuerte). Parece que pasaré mi juventud como una aburrida: bebiendo jugo de zanahoria (para mejorar mi vista) y leyendo libros. No me importa, he sido un ratón de biblioteca desde los cinco años de edad. Cuando era pequeña, mi padre sacaba para mí libros de la biblioteca Borohov en Hadar (aparentemente ahí todavía le importaba), y desde entonces me he devorado la biblioteca de mi primaria y otras dos bibliotecas en el Centro Carmel (el viejo en la calle Keller y el nuevo en la avenida Hanasi), que es bellissimo y espacioso e inundado de luz agradable en la tarde, como si saliera de los libros. Podía dormir sobre tres sillas juntas, o hacerme espacio en la amplia repisa de las enciclopedias y los diccionarios y confeccionarme una cama ahí. Incluso hay un pequeño refrigerador, y hay baños decentes en la biblioteca. Te reirás, pero cada que estoy buscando un

libro tengo que ir a hacer popó. Una vez, tan pronto como encontré el libro que estaba buscando (*Tres hombres en una barca*, de Jerome K. Jerome), no me pude aguantar, jalé el libro de la repisa y me lo llevé al baño. Comencé a leerlo y me adentré tanto en él que sin darme cuenta estaba riéndome en voz alta, porque cuando salí me topé con Tirza, la vieja y estricta bibliotecaria que me esperaba en la puerta. Me gritó y me amenazó con que si volvía a suceder cancelaríamembresía. Quería decirle que, comparada con todos los niños que rayaban los libros y escribían obscenidades y arrancaban las páginas en las partes más emocionantes, lo que yo hice no era tan terrible, cuando más sólo un poco de mal olor, pero sabía que en esta situación lo que menos me convenía era ponerme insolente. (Verás que te lo estoy contando todo...). Si viviera en la biblioteca podría leer toda la noche, incluidos los libros en la sección no apta para mi edad. Tirza nunca me deja sacar libros de esa sección altamente deseable, pero con Hava, la bibliotecaria joven que parece un topo medio ciego, me atrevo a mentir diciendo que son para mi madre y ella los apunta en mi carnet sin decir nada. Así fue como logré leer *El acuerdo* y *El exorcista* y *El miedo a volar*, que tienen pasajes bastante provocativos. Pero desafortunadamente no vivo en la biblioteca, sino en nuestra casa en la calle George Eliot, llamada así en honor a una escritora inglesa que escogió un pseudónimo masculino.

Nuestra casa está en el fondo de una colina empinada, enfrente de la escuela primaria a la que iba hasta hace dos años, en la esquina de la calle Yafeh Nof, que en algún momento se llamó calle Panorama. A través de las grandes ventanas de nuestra sala puedes ver toda la bahía, los barcos anclados en el puerto y las chimeneas de las refinerías de petróleo.

Vivo con Carmela, mi madre, y mis dos hermanos pequeños Oren y Noam. Yehuda, mi padre, quien enseña ciencia política en la universidad, no vive con nosotros. Se divorciaron hace un año, cuando estaba en séptimo grado. Mi abuelo, Emanuel, vive en el piso de abajo de nosotros, y algunas veces bajo a visitarlo por la tarde. Nos hace té con galletas y me cuenta sobre su madre, que era la mujer más bella de Petah Tikva, y sobre su infancia en Haifa durante los días de los turcos y en Alejandría durante la Primera Guerra Mundial, y sobre la preparatoria Reali, donde estudió cuando recién la inauguraron, y acerca de mi abuela Rivka, que tenía «una personalidad excepcional, era bella e inteligente e independiente». La abuela trabajaba como maestra en la escuela Leo Baeck, y fue la maestra de mi madre desde el primero hasta el cuarto grado. (Mi mamá me dijo alguna vez que la tenía que llamar «maestra» como todos los otros niños y que era muy estricta con ella). Murió en brazos de mi abuelo de cáncer de seno a los cincuenta y cinco años, un año antes de que yo naciera, y me heredó su nombre, que odio, y un miedo a su enfermedad. Sé que mi madre tiene miedo también —una vez la caché tocándose los pechos enfrente del espejo del baño—, y quizá por eso es que nunca habla de

su madre, y creo que también porque la extraña y los recuerdos son dolorosos para ella. Una vez al año, dos semanas antes de Purim, enciende una veladora enfrente de la fotografía de la abuela encima de la televisión y ella y mi abuelo van al cementerio y se encuentran con mi tía Tehiya, la hermana menor de mi abuela, y con Amos y Nathan, sus hermanos mayores, y después del servicio todos regresan a casa para beber café y comer pastel, pero incluso entonces no hablan de ella, sino sobre sus hijos y sus nietos y sobre sus viajes y, una vez, cuando quise ir con ellos y ver la tumba, mi madre me dijo cortante: «No hay nada que ver, sólo es una piedra».

Me gusta escuchar a mi abuelo, aunque tiene la voz ronca y su hebreo es muy florido, y algunas veces usa palabras en yidish o en árabe, que no entiendo y que tiene que traducirme; aunque no me habla a mí en realidad, sino que le gusta escucharse hablar. Después del té se pone su saco y una de sus boinas de lujo —tiene una colección de boinas para combinar con sus sacos, de lana cuadrada para el invierno y de algodón pálido para el verano, para proteger su calva de la lluvia y del sol—, y va a visitar a su novia Bracha, de quien mi madre dice que es vulgar, pero a mí me parece que es muy linda y está llena de vida. Bracha se ha divorciado dos veces y enviudó una, y mi madre no deja que mi abuelo se case con ella, quizá porque tiene miedo de que Bracha quiera redondear las veces que ha sido viuda con las de sus divorcios, y quizá porque piensa que estaría traicionando a mi abuela Rivka.

Mi abuelo me deja quedarme en su departamento y camino por sus cuartos, abro el bar en la alacena y respiro el olor del whisky, del coñac y de los licores, y el olor a madera y algunas veces me sirvo un trago de brandy en un pequeño vaso de cristal y tomo tragos pequeños, y mi cara se siente caliente y la vida de pronto me parece glamurosa. En el estudio miro los álbumes y huelo los libros viejos y algunas veces hojeo algún volumen de la *Enciclopedia Hebrea* y leo todo tipo de entradas; y en el baño me gusta oler su brocha para rasurar y la botella azul de loción. El único olor que no soporto es el de la recámara, huele a sábanas sin cambiar, a medicinas y a vejez.

Mi abuelo es dueño de una agencia de viajes en Hadar, que comenzó en los cincuenta como una agencia de turismo interno que organizaba viajes financiados por el gobierno para los asilos de sobrevivientes del Holocausto. Pero en años recientes, después de que mi madre comenzó a trabajar con él, la oficina se ha expandido y organiza viajes al extranjero, sobre todo a Europa, para sobrevivientes y para gente ordinaria. Los agentes de viaje están en el primer piso, junto a la entrada con pósteres brillantes de molinos y campos iluminados y cumbres nevadas en las paredes. Las oficinas de mi abuelo y de mi madre están en el segundo piso, y en el cuarto de junto están los archiveros de hierro con los grandes fólderes de cartón, blancos con negro, con nombres y direcciones de los clientes en el lomo. Entre los archiveros está la puerta del almacén donde hay una fotocopidora descompuesta,

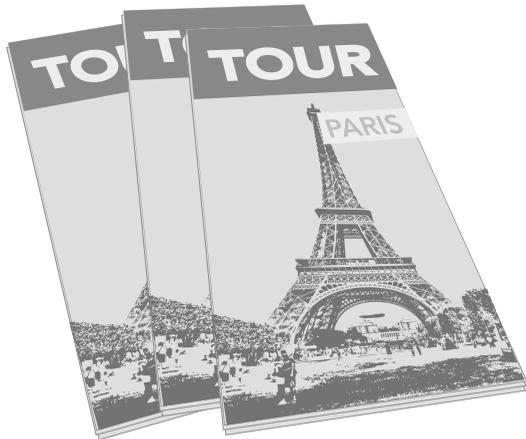
una aspiradora, una cubeta, una escoba y montones de viejos folletos que anuncian *tours* que sucedieron hace mucho tiempo. Después de leer tu diario, pensé que, en una emergencia, este almacén podría servir como escondite, con su puerta oculta por uno de los archiveros.

Mientras tanto, hasta que compre un cuaderno especial con candado, como tu diario, he comenzado a escribirte en la parte de atrás de los papeles que mi madre trae de la oficina, en los que se describen los distintos *tours*, «La Europa clásica en veintiún días», «Los Estados Unidos de costa a costa», «De los canales de Venecia a las luces de París» y demás. Mi madre y mi abuelo viajan bastante, pero yo nunca he estado fuera del país. Leo las descripciones de los *tours* y me imagino que estoy en un camión rojo de dos pisos en las calles neblinosas y grises de Londres, dando de comer a las palomas tradicionales en la plaza de San Marcos en Venecia —eso es lo que dice: ¿crees que usen pequeñas kipás en la cabeza?—, o visitando un molino holandés. En el *tour* de «La Europa clásica», una de las mañanas en Ámsterdam está dedicada a visitar tu escondite, y después de eso tienen tiempo libre para ir de compras.

Se está haciendo tarde y estoy cansada. Seguiré mañana •

Tuya, tu vieja-nueva amiga Kitty [...]

TRADUCCIÓN DE PABLO DUARTE,
A PARTIR DE LA TRADUCCIÓN DEL HEBREO
AL INGLÉS DE DALYA BILU



La simetría de los deseos

[fragmento]

ESHKOL NEVO

CAPÍTULO 1

Fue idea de Amijai. Siempre tenía ideas de esta clase aunque, entre nosotros, el ideólogo acostumbraba a ser Ofir. Pero Ofir malgastaba su creatividad en los bancos y los hojaldrillos Bisli en una agencia de publicidad, con lo cual, en las reuniones con la pandilla, aprovechaba la oportunidad para ser banal, para estar callado y hablar poco con el sencillo vocabulario de Haifa; y muchas veces, cuando estaba algo bebido, nos abrazaba y decía: Vaya suerte tenemos todos nosotros, no tenéis ni idea. En cambio, Amijai vendía pólizas para Mi Corazón, un fondo de previsión para enfermos cardíacos, y aunque muchas veces conseguía sacar de sus conversaciones de vendedor alguna anécdota sorprendente, generalmente de supervivientes del Holocausto, era imposible decir que el trabajo le proporcionara muchas satisfacciones. Cada pocos meses nos anunciaba que dejaría Mi Corazón en cuanto pudiera. Quería iniciarse en el *shihatsu*, pero siempre surgía algo para que lo aplazara: una vez le ofrecieron una prima; otra vez un vehículo; luego fue la boda con Ilana, la llorona; después los gemelos. Así que toda la alegría de vivir que bullía en él y que se expresaba con dificultad en las reuniones familiares o en la cama con Ilana, surgía con nosotros, sus-tres-mejores-amigos, en forma de iniciativas recurrentes, como viajar al Jof Golan en el décimo aniversario de nuestro primer viaje al parque acuático de Luna Gal, o inscribirse en el concurso de *karaoke* y antes entrenarse como Dios manda para cantar a *cappella* una canción de los Beatles. ¿Por qué precisamente de los Beatles?, preguntaba Churchill, y con el tono en que lo decía ya se podía adivinar cuál sería la suerte de la nueva peripecia. ¿Por qué no? Ellos son cuatro y nosotros también cuatro, trataba de convencernos Amijai, pero su voz traslucía que sabía que, como las anteriores, aquella iniciativa no se llevaría a cabo. Sin el apoyo de Churchill nos era difícil hacer algo. Cuando

él machacaba algo o a alguien, lo hacía de una forma tan casual y precisa que sentías lástima de los abogados a los que se enfrentaría en el tribunal. De todos modos, fue Churchill quien fundó nuestro grupo en secundaria. No lo fundó exactamente; sería más cierto decir que nos agrupamos alrededor suyo como ovejas extraviadas. Los rasgos de su ancho rostro, los cordones de sus zapatillas deportivas deshechos, incluso su forma de caminar, todo transmitía la sensación de que sabía lo que estaba bien. Que tenía una brújula interior que lo dirigía. Por supuesto que, en aquellos años, todos simulábamos ser autosuficientes, pero Churchill lo era de verdad. Las chicas retorcían sus rizos cuando pasaba delante de ellas, aunque no fuera especialmente guapo, en el sentido cinematográfico de la palabra. Y le votamos por mayoría como capitán del equipo de fútbol de la clase, a pesar de que había jugadores mejores que él. Fue allí, en el equipo, donde recibió su apodo. En las semifinales contra los de tercero de Bachillerato 3, nos reunió a todos y nos lanzó un discurso encendido, diciendo que teníamos que ofrecer a los adversarios de la 3 sangre, sudor y lágrimas. Al terminar su discurso casi lloramos; luego sencillamente nos suicidamos en el campo, con una presión incesante sobre la pelota y entradas asesinas sobre el asfalto, lo que no impidió que perdiéramos tres a cero a causa de tres enormes fallos del mismo Churchill: una vez pasó la pelota al líder enemigo; otra, perdió un buen pase en mitad del campo y, para colmo, al intentar alejar el balón, lo metió directo en propia meta, en la cual estaba yo.

Nadie se enfadó con él después del partido. ¿Cómo enfadarse con alguien que un segundo después del pitido final reúne a todos en medio del campo y, sin avergonzarse, se declara culpable? ¿Cómo enfadarse con alguien que, como compensación, invita a todo el equipo a un partido del Macabi Haifa, sabiendo todos que lo paga con dinero de su bolsillo porque sus padres no tienen? ¿Cómo es posible enfadarse con alguien que escribe felicitaciones de cumpleaños tan profundas, que sabe escuchar tan bien, que viaja en sábado hasta la base militar de Tsuké Ovda para visitarte cuando estás haciendo el servicio militar, que te hospeda durante tres meses en su casa hasta que puedas arreglártelas en Tel Aviv y se obstina en que duermas en su cama mientras él duerme en el sofá?

No pude enfadarme con él ni siquiera después de lo que ocurrió con Yaara. Todos estaban seguros de que yo estaría furioso, a reventar de rabia. Amijai me llamó en cuanto lo supo: Churchill es un hijo de puta, pero tengo una idea: vamos los cuatro al *paintball* de Bnei Zion y le disparamos con balas de pintura. Sencillamente, le acribillas sin piedad. Hablé con él y está de acuerdo. ¿Qué te parece?

Ofir salió en mitad de una reunión sobre la campaña de papel higiénico de tres capas sólo para decir: *Baba*, estoy contigo. Tienes toda la razón. Pero te lo ruego, no hagas nada que puedas lamentar. ¡Vaya suerte tenernos los unos a los otros, no tienes ni idea!

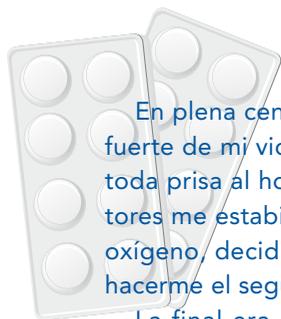
A decir verdad, sus súplicas fueron innecesarias. De todos modos, no habría conseguido acrecentar mi cólera. Incluso fui una noche a su casa con la esperanza de que este gesto dramático me aguijoneara; de camino me iba diciendo en voz alta: Hijo de puta, qué hijo de puta, pero al llegar al edificio no tuve ninguna prisa en subir. Si hubiera visto una esbelta silueta moviéndose por la casa, habría apretado los puños, pero me limité a sentarme en el coche, a rociar el parabrisas con agua y a activar el limpiaparabrisas; estuve repitiendo este gesto hasta que finalmente, cuando el primer rayo del sol fue a dar en las placas solares, me fui. No me imaginaba a mí mismo pegándole a Churchill. Sin embargo, en las notas que escribimos en el último Mundial, mis tres deseos estaban relacionados con Yaara.

LA IDEA DE LAS NOTAS fue de Amijai. Cuando Emmanuel Petit marcó el tercer gol y ya estaba claro que Francia ganaría el Mundial y en el aire se respiraba la decepción porque todos éramos hinchas del Brasil, después de que las burekas con sabor a lágrimas que Ilana había preparado se terminaran por completo, al igual que las nueces, y sólo quedara una raja de sandía con queso búlgaro, la que nadie se atrevía a tomar, después de todo esto Ofir dijo: Sabéis, de pronto me he dado cuenta de algo. Es el quinto Mundial que vemos juntos. Churchill dijo: ¿Qué dices, el quinto? ¡Cuarto, como mucho!

Entonces empezamos a recordar nuestros Mundiales.

El de México 1986 lo vimos en casa del padre de Ofir en Kiryat Tivon. Cuando la ingenua Dinamarca perdió cinco a cero contra España, Ofir lloró amargamente. Su padre dijo entre dientes que eso ocurre cuando un niño crece solamente con la madre. El Mundial de 1990 lo vimos cada uno en una ciudad distinta de los territorios, pero hubo un sábado en que todos nos fuimos de permiso y nos reunimos en casa de Amijai para ver las semifinales. Nadie recuerda qué pasó en el partido, porque su hermana pequeña rondaba por la casa con un *negligé* rojo y nosotros, que éramos soldados, babeábamos. En el de 1994 ya éramos estudiantes. Tel Aviv. Churchill fue el primero en mudarse allí y nosotros fuimos tras él a la gran ciudad, porque queríamos estar juntos y también porque Churchill dijo que sólo allí podríamos ser lo que queríamos ser.

¡Pero la final del 94 la vimos precisamente en el hospital Rambam!, recordó Ofir. Es verdad, dije.



En plena cena, en casa de mis padres, me dio el ataque de asma más fuerte de mi vida. Hubo momentos, mientras me llevaban de urgencia a toda prisa al hospital, en que creí en serio que me iba a morir. Los doctores me estabilizaron a base de inyecciones, pastillas y una máscara de oxígeno, decidieron que debía quedarme unos días en el hospital. Para hacerme el seguimiento.

La final era al día siguiente. Italia contra Brasil. Sin decirme nada, Churchill lo organizó, metió a todos en su viejo escarabajo y, de camino, se detuvieron en la crepería de Kfar Vitkin para comprarme un *ice tea* con sabor a albaricoque, que es mi debilidad, y vodka porque en aquel entonces nos iba el vodka, y diez minutos después de empezar el juego irrumpieron tumultuosamente en mi habitación, en el servicio de Medicina Interna 9 (al vigilante que intentaba perseguirles, alegando que la hora de visita había terminado, le sobornaron con una botella de Keglevich). En cuanto los vi, casi me dio otro ataque. Luego me tranquilicé, respiré profundamente, con el diafragma, y juntos vimos en la televisión en miniatura, colgada en lo alto de la cama, a Brasil ganando la copa al cabo de ciento veinte minutos. Y de penaltis. Y... así llegamos a 1998, concluyó Churchill.

Suerte que no hemos apostado, señaló Ofir.

Suerte que hay Mundiales, dije. Así el tiempo no se convierte en un gran bloque y cada cuatro años uno puede detenerse para ver qué ha cambiado.

¡Vaya!, dijo Churchill. Cuando yo decía frases de este tipo, él siempre era el primero en comprender. A veces el único.

¿Sabéis cuál es nuestra suerte? Tenemos los unos a los otros, dijo Ofir. No-te-néis-ni-i-dea-de-la-suer-te-que-es, repetimos la coletilla sabida.

Colega, no entiendo cómo te las arreglas con todos estos anuncios; eres una sentimental, dijo Churchill y Ofir se rió, bueno, es lo que ocurre si se crece sólo con la madre, y Amijai dijo: Tengo una idea.

Un momento, dejadme ver cómo alzan la copa, pidió Churchill, con la esperanza de que cuando acabase ya hubiera olvidado su idea.

Pero Amijai no la había olvidado.

¿Quizás intuía que su idea se convertiría en una auténtica profecía que nos decepcionaría una y otra vez los cuatro años siguientes, pero que por arte de magia mantendría su fuerza profética?

Parece ser que no. Bajo su predicción conciliadora se escondía una tenaz determinación que le permitía atender a los clientes de Mi Corazón durante horas, montar rompecabezas de mil piezas en su porche y correr diez kilómetros al día. Hiciera el tiempo que hiciera. Me parece que esta

determinación, más que otra cosa, le incitó a hablar después de que Didier Deschamps levantara la copa ante un público entregado.

Lo que he pensado, dijo, es que cada uno escriba en un papel dónde sueña encontrarse dentro de cuatro años. Desde el punto de vista personal, profesional. Todo. Y en el siguiente Mundial, abrimos los papeles y vemos qué nos ha pasado.

¡Qué magnífica idea!, gritó llana, la llorona, desde el estudio.

Nos volvimos hacia ella. En todos los años que la conocíamos nunca la habíamos visto entusiasmarse por algo. Su cara siempre tenía una expresión apesadumbrada (incluso el día de su boda: debido a esto, en el vídeo, se ve mucho a Amijai en su eterno movimiento de baile —pequeños golpes de estómago— y a ella mucho menos). Cuando nos reunimos en casa de Amijai, ella solía apartarse al cabo de unos minutos, abstraída en la lectura de un libro. Casi siempre era un libro de su área de investigación, la psicología, algo sobre la relación entre la depresión y la ansiedad. Ya nos habíamos acostumbrado a su presencia ausente en el salón y a su fría relación con Amijai. Así que ¿a qué venía ese entusiasmo?

Salió del estudio y se nos acercó dubitativa. Precisamente estaba leyendo un artículo de un psicólogo norteamericano que opinaba que la definición correcta del objetivo representa la mitad del camino para lograrlo. El nuevo Mundial será dentro de cuatro años, ¿verdad? O sea que tendréis treinta y dos. Son precisamente los... años de yeso.

¿Años de yeso?

Es el concepto que utiliza ese psicólogo. Se refiere a los años en que se consolida y cristaliza el carácter de las personas. Como el yeso.

Esperó unos segundos para comprobar el efecto de sus palabras, entonces, desilusionada, dio media vuelta y regresó al estudio.

Amijai nos miró.

No podíamos hacerle aquello. Ella se había entusiasmado. Una rendija de luz en sus esfuerzos por complacerla.

Bien, trae papel, Amijai, dije.

Pero vamos a hacerlo como Dios manda, propuso Churchill. Que cada uno escriba tres cosas. Tres frases cortas. Si no, no saldremos de ésta.

Amijai nos repartió sendos libros gruesos de psicología para tener algo sobre lo que apoyar el papel. Y bolígrafos.

LA PRIMERA FRASE no me dio problema. La tenía en la cabeza desde que Amijai lanzó la idea.

En el siguiente Mundial todavía quiero estar con Yaara, escribí.

Y me quedé estancado. Probé a pensar en cosas que deseara para mí, intenté ampliar mis aspiraciones, pero mis pensamientos iban todo el rato hacia ella, hacia ella; su pelo sedoso, luminoso, sus leves y finos hombros, sus ojos verdes tras las gafas; en el momento en que se las quitaba, entonces yo sabía que me daba el permiso.

Unos meses antes nos encontramos en la cafetería del edificio Naftali, en la universidad. Al inicio de la pausa entre dos clases, entró con dos chicos; llevaba una bandeja con una botella pequeña de zumo de pomelo. Iba erguida, decidida, con una cola de caballo brillante y saltarina, como si fuera a un lugar determinado mientras ellos trotaban a duras penas tras ella hasta la mesa. Le costaba destapar la botella, pero no pidió ayuda. Hablaban de la obra que habían visto la noche anterior. Es decir, ella hablaba, muy rápido, y ellos no dejaban de mirarla. Decía que aquel espectáculo podría haber sido mejor si el director hubiera estado un poco más inspirado. Los decorados, por ejemplo, dijo tomando un sorbo de zumo, ¿por qué los decorados en las representaciones de este país siempre parecen iguales? ¿No se podría pensar en algo más original que una mesa, un perchero y un sillón del rastro? Siguió hablando de la música del espectáculo y de que se podría sacar más de las actrices si el director hiciera su trabajo con verdadero amor a la profesión. Pronunciaba fuerte la letra eme que está en el centro de la palabra *amor*, de todo corazón, mientras colocaba la palma de la mano abierta sobre la blusa. Es toda la verdad, decía el chico sentado frente a ella sin quitar ojo del contorno de su blusa. Tienes toda la razón, Yaara, decía el otro chico. Luego se levantaron y fueron a sus clases, y ella se quedó sola en la mesa y de pronto, por una fracción de segundo, sola y perdida. Sacó unos papeles del bolso, se ajustó las gafas a la nariz con el meñique, cruzó las piernas y se sumergió en la lectura. Antes de pasar una hoja, tocaba siempre ligeramente un dedo con la lengua; yo la miraba y me parecía increíble que un movimiento como aquel que hacían los bibliotecarios fuera tan sexy cuando lo hacía la mujer adecuada. Y también pensé que sería interesante saber cómo sería aquella cara tan seria cuando estallara en carcajadas. Y en si tenía hoyuelos. También pensé que jamás llegaría a saberlo porque no tenía valor para abordarla.

Dime, dijo levantando la cabeza de los papeles, ¿tienes idea de lo que significa *revelation*?

Cada defecto tiene su instante de gloria. Así ocurrió con mi daltonismo, que a pesar de los numerosos trastornos que me provocó en la vida (Niños, ¿veis las amapolas? ¿Quién ha dicho «No»?!), me salvó de la intención que tenía el oficial de encuadrarme en el puesto de observación.

En aquel momento, cuando Yaara me miró, también fue así. Años de espartana educación anglosajona, cantidades excesivas de té con leche, estreñimiento emocional crónico, sensación básica de aislamiento, me habían conformado como consecuencia de que mis padres ni por un instante dejaron de sentirse extranjeros aquí, en el Levante, y de que siguieron hablando entre ellos anglohebreo treinta años después de desembarcar en Haifa procedentes de Brighton.

Todo aquello actuó en mi favor.

Revelation significa «descubrimiento», «exposición», respondí con autoridad, y cuando vi que ella iba a contentarse con aquello, me apresuré a añadir que también podía ser «desvelar». Dependía del contexto.

Me leyó la frase entera. Luego otra con la que se había hecho un lío. Después le di mi teléfono, por si necesitaba más ayuda, y sorprendentemente me llamó aquella misma noche; hablamos de otras cosas, una conversación muy fluida; más adelante salimos, nos besamos, hicimos el amor, en el césped, junto a la academia de música, apoyó la cabeza en mi vientre y tarareó sobre mi cadera una melodía de piano que se oía desde las salas de ensayo; me compró una camiseta azul cielo porque «basta ya con todo este negro»; durante todo aquel tiempo trataba de encontrar la trampa, cómo podía ser que alguien que contradijese la teoría de los tres cuartos de Churchill —«No hay ninguna chica que sea guapa, inteligente, cachonda y además libre. Siempre falta algún elemento»—, ¿cómo era posible que alguien así me hubiera elegido precisamente a mí? Ciertamente, unos meses antes de conocerme había roto con un guitarrista que la había hecho desgraciada y le había puesto los cuernos durante cinco años, pero en el campus había muchos chicos más altos que yo que estarían encantados de compensar sus problemas. La verdad es que aquella historia con el guitarrista traidor no sonaba creíble. ¿Quién querría engañar a alguien como ella? ¿Quién querría a alguien aparte de ella, sólo ella y siempre ella?

Amijai me apremiaba para que terminase. Todos menos yo habían devuelto ya los bolis. Miré la primera frase que había escrito y añadí apresuradamente:

2. *En el próximo Mundial quiero estar casado con Yaara.*
3. *En el próximo Mundial quiero tener un niño de Yaara. Prefiero una niña [...]*



TRADUCCIÓN DEL HEBREO
DE EULÀLIA SARIOLA

Los hijos de la memoria

NAVA SEMEL

PROVENGO de una familia silenciosa. Mi madre, Mimi Artzi, sobreviviente de Auschwitz, no hablaba de su terrible pasado. Aun en el Día de la Memoria de la Shoah apagaba radio y televisor y se atrincheraba detrás de un muro de silencio. La única historia que apenas si mencionaba era que Clarisa, la *Kapo* de su último campo de concentración en Alemania, la había salvado de una muerte segura. Mamá la llamaba «mi ángel».

Ni siquiera fui la destinataria directa de este fragmento de recuerdo tormentoso. Mi madre había optado por revelárselo a mi primo, un joven soldado, israelí desde hacía siete generaciones. Su familia se había librado de las heridas de la tragedia europea porque había emigrado a Palestina a inicios del siglo XX. Para mi madre, él representaba «el hijo inocente» de la Hagadá de Pesach (Pascua), mientras que yo era la hija «que no sabía hacer las preguntas». Fue así como escuché por primera vez el cumplimiento de un antiguo precepto que, en la tradición judía, ha sido transmitido de generación en generación: «Le contarás a tu hijo». Aquel eco de la memoria de mi madre apareció repentinamente, como un fantasma, invadiendo mi vida para siempre.

Años después, Clarissa me dio la inspiración para el libro *Il cappello di vetro* (El sombrero de vidrio),¹ que fue el primer intento en la literatura en prosa israelí de plantear públicamente un debate sobre la segunda generación de los sobrevivientes de la Shoah. Clarissa también me inspiró el personaje del padre Stanislao, el sacerdote católico que salva a una muchacha judía en *E il topo rise* (Y el ratón rió), escrito dos décadas después.

El pacto de silencio entre los padres sobrevivientes y sus hijos —«Tú no preguntas y nosotros no contamos»— no estaba limitado exclusivamente a

¹ Nava Semel, *Il cappello di vetro* (prefacio de G. Moscati Steindler, traducción al italiano de Alessandra Shomroni), Guida, Nápoles, 2002. (*Todas las notas son del traductor*).

mi familia. El holocausto personal de los sobrevivientes había estado oculto en los más recónditos rincones de sus almas, de manera tal que sólo la punta del iceberg continuaba emergiendo en sus pesadillas y en la rutina de la vida cotidiana israelí; una cáscara de papa, el ladrido de un perro, vestidos hechos jirones, un pie descalzo, una excursión escolar, los rieles del tren, cada detalle marginal o evento casual podían poner al descubierto la punta de un recuerdo detrás del frágil muro defensivo y derrumbar la casa.

Auschwitz. Esta palabra fue un gemido constante en el vacío de nuestra vida cotidiana. Ni siquiera logro recordar cuándo la escuché por primera vez. Era como si estuviese allí desde siempre, suspendida sobre mis jóvenes años. Nunca se me explicó su significado. Con total inocencia, le conté a la maestra de la guardería que Auschwitz era el lugar donde había nacido mi madre. No obstante, gracias al agudo instinto de los niños, siempre he sabido que Auschwitz era el pozo más profundo que podía existir, y que contenía todos los males, las crueldades y los horrores más inimaginables. Auschwitz, el nombre que nunca puedo pronunciar sin causar en mis seres queridos un daño y un dolor sin par.

Una generación entera de jóvenes nacidos en Israel recibió el mismo mensaje no dicho. «Tú no preguntas y yo no cuento». Tuvimos que convertirnos en los protectores de nuestros padres contra las insidias de la memoria. Nuestra tarea fue servirles de escudo a los sobrevivientes contra el sufrimiento causado por el trauma del recuerdo. Fui parte de todo ello hasta que me hice escritora y los textos me enseñaron algo distinto. Escribir me obligó a mirar directamente en el fondo del pozo oscuro.

Escribir se parece a una excavación arqueológica: descubrir, estrato tras estrato, el alma. En efecto, lleva al descubrimiento propio aquellos recuerdos que han estado reprimidos, poniendo al escritor en confrontación directa con todo eso de lo que desesperadamente está tratando de huir. Quizás me hice escritora precisamente porque era la única manera de comprender algo de la extraña realidad en la que me encontraba viviendo. No estaba lista para aceptarlo así como se me presentaba; esa misma realidad censurada de la cual habían sido borrados el más oscuro de todos los horrores y los pálidos fragmentos de luz. Cada cosa había sido suprimida a favor de la manifestación israelí de poder y determinación, no tocada por las cicatrices de los días pasados.

Sin embargo, niña aún, intentaba hacer frente a la incoherencia entre las dos realidades contradictorias de mi vida y encontrar una lógica que explicase la coexistencia de un frente israelí luminoso en el que se alargaban las sombras de un sombrío, inexplicable abismo. Mis personajes imaginarios me allanaron el camino y me indicaron que había llegado el momento de iniciar el doloroso viaje en los recuerdos, al precio que fuera.

En los años ochenta, cuando entramos a la edad adulta y nosotros mismos nos volvimos padres y, luego de que un determinado número de guerras había quedado grabado indeleblemente en nuestra conciencia israelí, encontramos por fin el valor para plantear la pregunta: ¿qué habríamos hecho si hubiésemos estado en el lugar de nuestros padres?

«Un sobreviviente de la Shoa» ya no era una imagen poco clara en una película en blanco y negro, ni mucho menos un concepto abstracto en un libro de texto o en un eslogan en el colegio.

El verdadero sobreviviente de la Shoa era mi madre, que estaba en nuestra modesta cocina, junto a la sartén para freír albóndigas y con mi cuaderno de matemáticas en sus manos. Más cerca no podía estar. Al final tuve el valor de pronunciar la pregunta prohibida. «Mamá, ¿qué te sucedió durante la Shoa?». Poco a poco, mi madre empezó a responder. La típica respuesta que se remontaba a mi infancia, «Eso no es algo que te importe», era ya una manera de empezar, aunque fuera con una negativa. El más frágil de los diálogos finalmente había empezado.

También mi novela *E il topo rise* empieza con una pregunta: «¿Cómo debe ser contada esta historia?». Es una vieja señora de Tel Aviv quien la hace. Es una abuela que en 1942, cuando era una niña, fue escondida en un depósito de papas en la bodega de unos campesinos polacos, donde sufrió un abuso brutal y una violación, perdiendo por completo su identidad. Su único amigo y protector fue un ratón que la salvó de la locura y le enseñó a reír.

En este momento la abuela está petrificada. Cómo puede abrir la puerta a este terrible recuerdo sin comprometer la serenidad de su nieta que está preparando una investigación escolar sobre «las raíces familiares». Esta historia de horror amenaza con destruir la familia, que es lo más preciado de la vida para los sobrevivientes, y el logro más grande de la abuela. La familia se había convertido en el fundamento de la rehabilitación de los sobrevivientes y, al mismo tiempo, en el propósito de su vida. El símbolo viviente del significado de haber sobrevivido. Su devoción a la familia, que habían hecho nacer de las cenizas, activó sus recursos mentales e hizo posible el proceso de autocuración.

Casi medio millón de sobrevivientes de la Shoa llegó a Israel justo en los primeros años que siguieron a la Guerra de Independencia de 1948. El novísimo país carecía de todo tipo de sistema de apoyo para garantizar ayuda, fuera física o mental. El mismo Israel, apenas creado, era frágil y convalecía de su primera guerra, de modo que el milagro de la rehabilitación fue realizado por los mismos sobrevivientes. Si sólo supiésemos de qué misteriosas cajas fuertes sacaron la increíble fuerza para reconstruir sus vidas y para

volver a empezar. Cada persona creó su mecanismo de reparación personal. No dejo nunca de admirarlos. Esto es de lo que escribo.

En *Il cappello di vetro*, la memoria de la Shoa es transmitida de primera a la segunda generación. Por el contrario, en *E il topo rise*, escrito dos décadas más tarde, la abuela se abre a un miembro de la tercera generación. Su nieta será la que llevará adelante el recuerdo y lo catapultará hasta el 2099, cuando ya no estarán los sobrevivientes de la Shoa ni sus descendientes directos. A esta cadena de personas, que recuerdan, que se pasan la antorcha de mano en mano como en una competencia olímpica de postas, en la novela se les llama «recordadores».²

¿Qué sucederá luego de la era de los sobrevivientes? ¿Qué ocurrirá una vez que todos hayamos partido? ¿Qué tipo de memoria será preservado en un mundo en que el número tatuado en el brazo se convertirá en una mera imagen fotográfica y no en una marca sangrante burilada en la carne? La herencia de la memoria va lejos, más allá del campo de acción de los sobrevivientes e incluso del Estado de Israel, establecido luego de la Shoa como un puerto protegido declarado para los judíos. Es una cuestión que cualquier israelí, cualquier ser humano, quienquiera que sea, debe plantearse con valentía. Es responsabilidad nuestra asegurar que el recuerdo sea mantenido con vida.

En el futuro podemos esperar que la Shoa se vuelva una imagen desenfocada, reducida a un oscuro mito. El mito tiene doble cara. De un lado, preserva el evento en el formaldehído de la historia, asegurando que no se pierda en el olvido, mientras que del otro debilita su complejidad y fija lo que no es más que un simple compendio codificado. Quiero creer con todo mi corazón que en el 2099 habrá aún personas que intenten descifrar la verdad en el vasto océano de documentos y testimonios, como Lima Energelly en mi novela.

Por cierto, es razonable imaginar que la mayor parte de la gente, en caso de que le prestara alguna atención, lo hará con la información más superficial y con la más simple de las explicaciones. Aun cuando la memoria de la Shoa será sin duda perpetuada, esto no estará motivado por la obediencia al sagrado precepto «Tú recordarás», celosamente custodiado en la religión judía, sino más bien en calidad de prosaicas observaciones que caracterizarán el enésimo evento que se produjo en el curso de un milenio muy distante. Tres elementos puntuales de la Shoa corren el riesgo de caer en el olvido:

² Nava Semel, *E il topo rise* (traducción al italiano de E. Carandina), Atmosphere, Roma, 2012.

1. Su naturaleza sin precedentes, o bien el hecho de que una sentencia de muerte fue decretada contra cada persona que, debido a su nacimiento, pertenecía a la colectividad judía.

2. El nivel de odio desplegado por los nazis y por los que los apoyaron, que no tiene parangón en la historia de la humanidad.

3. El intento de aniquilar un pueblo entero simplemente porque existía.

Entonces, ¿cómo recordaremos? Para tener una respuesta, me remito primero a los muertos. Janus Lorzak, un autor y un pedagogo de altísimo valor, que murió en Treblinka en una cámara de gas junto con sus alumnos, escribió: «Un hombre debe saber cómo, con un lápiz, conmemorar aquellas cosas que quiere preservar. Aquí un paisaje. Aquí un rostro, aquí un árbol. Todas esas cosas que, en un abrir y cerrar de ojos, desaparecerán del mundo».

Fui a donde mi madre y le pregunté: «¿Cómo quieres que continúe el recuerdo? ¿Debería ser bajo la forma de una ceremonia oficial o de un servicio litúrgico, con un sistema compartido de reglas y costumbres?».

La respuesta de mi madre fue una historilla que mi padre, a tardía edad, solía contar. Aconteció durante la campaña rusa de Napoleón. Al noveno día del mes judío de Av, el emperador francés llegó a un remoto *shtetl*. Se sorprendió al ver a todos los judíos sentados en el suelo y llorando, de modo que mandó a su oficial más veterano para que averiguara la razón de ello.

«Los judíos están llorando por la destrucción de su Templo», le informó al emperador.

«Averigüe cuándo sucedió ese hecho», ordenó Napoleón.

El general le dijo: «Sucedió hace dos mil años».

Napoleón declaró: «Una nación que llora algo que sucedió hace dos mil años nunca será borrada de la historia».

Empero, el olvido y la negación ya están a nuestras puertas. Incluso ahora que los últimos de los sobrevivientes se encuentran aún entre nosotros, hay quienes dicen abiertamente —y lo dicen desde podios legítimos de gira por el mundo— que el exterminio de los judíos nunca se produjo. Otros, en términos de una doctrina científica, arrojan dudas sobre los hechos históricos y cuestionan la enormidad del Holocausto o su unicidad. Y yo más bien, acaso por ingenuidad, me aferro a creer en el poder de las artes para luchar contra semejante negacionismo. El arte es capaz de transmitir la memoria emotiva a los que vienen después de nosotros. Homero, Sófocles, Shakespeare, son todos la prueba de esto. Una historia, un poema, un filme, una pieza teatral, la pintura, la música y la danza son los mejores «recordadores», que van más allá de los hechos y de los eventos por sí mismos. El arte encapsula el destino de un individuo y tiene la capacidad de

hacer resurgir su historia en un periodo totalmente distinto en la historia humana.

Quizás mis protagonistas, como Lima Energelly de *E il topo rise*, que en el 2099 salva del olvido la historia de la vida de una muchacha judía, serán los emisarios y los portavoces en el mundo del futuro. «Recordadores», así los llamo en el libro, porque deben llevar el peso de la memoria.

¿Será que todas las historias ya han sido contadas?, se preguntan los estetas. En mi última novela, *Girato al contrario* (Atornillado al revés)³, he escrito otra historia de la Shoa. El libro habla de un músico judío italiano, Salomone Levi, que es salvado por su amada de fe cristiana, en un pequeño pueblo de Piamonte durante la ocupación nazi. La novela responde, convalidando mis razones, a todos esos estetas: «La memoria debe ser cultivada hasta el final para que nunca se esfume».

Creo que aún hay bolsones de silencio que no han sido descifrados y fantasmas sin voz. Éste es el momento justo, pues el número de narradores disminuye día a día. Ésta es nuestra última fecha de vencimiento para que las últimas memorias vivientes sean salvadas del olvido, el verdadero camino hacia la perdición. «Una piedra fue arrojada en el pozo de la memoria y el sonido continúa expandiéndose hasta que nos alcance. Nadie puede saber en qué lugar se detendrá y a quién le abrirá el gemido de su propio corazón», escribí en *Girato al contrario*. Salomone Levi es escondido en la buhardilla de la pequeña fábrica de Piamonte, mientras que, en los cuartos de los pisos de abajo, Maddalena, su madre Domenica y Tomaso, un muchachito inocente, arriesgan la vida por él. A lo largo de toda la novela, elevo el precio pagado por mis valientes personajes, que con sus nobles actos demuestran que aún existen seres humanos dignos, incluso en las peores circunstancias imaginables. Para mí, ese pueblito de Piamonte es un lugar de pocos ángeles, como Clarissa, que salvó a mi madre. Los sometí a un examen que dudaba que aprobarían. El Holocausto es inigualable, me repito, y mientras más persisto en escribir sobre él, menos lo entiendo.

Al final de la novela *E il topo rise*, el padre Stanislaw, que salvó a la muchacha judía del depósito de papas, nos deja un testamento a todos nosotros, «recordadores» presentes y futuros, sin distinción:

Tal vez la historia es una especie de cuento, una especie de poema, una compilación de leyendas que la gente se cuenta por las noches. Y estos cuentos,

³ Traducción nuestra del texto en inglés de la conferencia («Screwed on Backwards»). El título hebreo de la novela es *Rosh'aqum* (Kinneret Zmora-Bitan Dvir, Tel Aviv, 2012).

leyendas y poemas encarnan la verdad, en un código que pocos querrán descifrar.

Algún día, en el futuro, la memoria será empaquetada como mercancía, transformándose en apenas una nubecilla sutil, y la historia de una muchachita durante el tiempo del horror será tragada por ella.

Esta memoria sobrevivirá, así como siempre existirá la risa del ratón. Es una risa que se desarrolla en una oscuridad tan inefable que dudamos incluso de que exista. Aun cuando nosotros mismos nunca nos reiremos de ese modo, esperaremos que siempre haya otro que sí pueda hacerlo, independientemente de lo que suceda, a pesar de todo. Entierro este recuerdo y lo sello.

Un día resurgirá de la muerte, como Lázaro.

Los judíos han existido.

La muchachita existe.

Contra cualquier olvido, este recuerdo prevalecerá •

Tel Aviv, octubre de 2012

TRADUCCIÓN DE RENATO SANDOVAL BACIGALUPO,
A PARTIR DE LA TRADUCCIÓN DEL HEBREO
AL ITALIANO DE ERICA BARICCI

Árabes danzantes

[fragmentos]

SAYED KASHUA

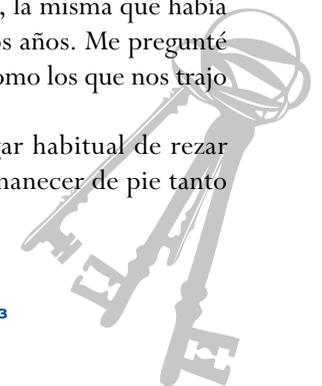
LAS LLAVES DEL ARMARIO

SIEMPRE ME HABÍA PASADO largos ratos buscando las llaves del armario. Las buscaba cada vez que la abuela salía a dar el pésame a casa de otra anciana del pueblo que hubiera muerto. El viejo armario marrón era como un enorme cofre cerrado con llave que contuviera un tesoro, diamantes y coronas reales. Una mañana, después de que todavía otra noche más me hubiera colado en la cama de la abuela, porque de tanto miedo como tenía no conseguía conciliar el sueño, la vi sacar la llave de un bolsillo secreto que había cosido a una de las almohadas. La abuela me tendió la llave al tiempo que me pedía que le sacara del armario la alfombra de la oración. Al instante salté de la cama. No entendía qué le había pasado a la abuela. ¿Sería verdad que iba a dejarme abrir el armario? Cogí la llave y, al introducirla en el ojo de la cerradura, la abuela me advirtió:

—Hazla girar con cuidado, que está muy oxidada.

Unos vestidos blancos colgaban de unas perchas a un lado del armario, mientras que en la parte de los estantes había toallas, unos bombachos de lencería doblados y medias. Bragas no. La abuela no se pone bragas, sólo bombachos. En el estante de abajo estaba la alfombra de la oración, hecha de una pelliza de cordero. Ella misma la había curtido: compró el animal para la Fiesta del Sacrificio, lo desolló, le echó sal a la piel y la puso a secar al sol. En el estante más alto había una gigantesca maleta azul, la misma que había llevado a la peregrinación a La Meca hacía unos cuantos años. Me pregunté qué contendría. Puede que más uniformes de policía, como los que nos trajo de la ciudad santa.

Cogí la alfombra del estante y la extendí en el lugar habitual de rezar de mi abuela. Rezó sentada, porque ya le costaba permanecer de pie tanto rato.



La abuela vive con nosotros. Aunque, a decir verdad, somos nosotros los que vivimos con ella. Tiene habitación propia, con un váter al lado y un grifo para las abluciones que preceden a la oración, y nunca va al salón ni a la cocina. Es de la opinión de que quien quiera algo de ella debe acudir a visitarla a la habitación. Ella jamás invadiría el territorio de mamá. Y si mis padres no quieren hablar con ella, ni falta que hace. Por su parte, no tiene intención alguna de tomar la iniciativa de entablar conversación. Un día ésta fue su casa, hasta que mi padre, su único hijo, la recibió en herencia, le añadió unas cuantas habitaciones, se casó y tuvo hijos. De los cuatro nietos varones de la abuela, yo era el único que tenía por costumbre colarme en su cama. Apenas si dormía con el resto de mis hermanos en nuestro dormitorio común. Siempre esperaba a que mis padres se hubieran quedado dormidos y, a hurtadillas, me pasaba a la habitación de la abuela, a su cama. Sabía que yo tenía miedo de los ladrones, de la oscuridad, de los monstruos, y que con ella me sentía a salvo, así que nunca me dijo que no, no vengas más a dormir conmigo, a pesar de que tenía una cama estrecha y muy vieja, de más de treinta años. Yo me despertaba cada mañana al amanecer, a la hora a la que mi abuela estaba rezando. Nunca, pues, había visto la llave y jamás me había pedido que le trajera nada del armario.

Cuando terminó la oración aquella mañana, se volvió hacia mí:

—¿Has visto dónde escondo la llave? Nada más te lo cuento a ti y quiero que me prometas que no se lo vas a decir a nadie hasta el día de mi muerte. Entonces abrirás el armario y les dirás a tus tías, que con toda seguridad vendrán en cuanto yo muera, que todo lo necesario para mi ajuar funerario se encuentra en la maleta azul. ¿Lo entiendes? Que utilicen solamente lo que encuentren ahí. ¿Me lo prometes?

—Te lo prometo.

—Y a ver si dejas ya esos miedos. Un niño tan listo como tú, ¿qué es lo que te asusta? Deprisa, corre a tu habitación antes de que tus padres se despierten.

DE MANERA QUE AHORA me siento responsable del entierro de mi abuela. Ella, por lo visto, sabe algo que yo no sé, porque si no, ¿para qué necesita un ajuar funerario?

Desde esa mañana en la que la abuela me reveló dónde estaba la llave, empecé a ir corriendo hasta casa entre clase y clase. Sólo disponía de cinco minutos para ir y volver, pero es que vivíamos justo al lado de la escuela. Cuando el timbre sonaba para indicar el fin del recreo, yo lo oía desde casa y siempre me daba tiempo a llegar al aula antes de que el profesor hiciera

el camino desde la sala de profesores hasta allí. Nunca llegué tarde. Era el primero de la clase, el mejor de todos los cuartos. Cada vez que corría a casa, me imaginaba a la abuela tendida en su estrecha cama rodeada de sus cuatro hijas llorando y cantando exactamente las mismas canciones que cantaron cuando murió Bashir, el marido de la tía Faten, o cuando murió el tío Shaker, el marido de la tía Ibtisam. Yo sabía muy bien que no tenía que perderme la muerte de la abuela, y siempre rezaba para que me diera tiempo a llegar antes de que la enterraran. Porque tenía que darme prisa en contarles lo de la maleta azul, tenía que explicarles lo del ajuar funerario. Nadie sabía dónde estaba la llave, ni siquiera mi padre, su único hijo varón.

Por las noches seguí colándome en la cama de la abuela para dormir junto a ella. Pero en vez de tener miedo de la oscuridad, de los ladrones y de los perros, empecé a tener miedo de la muerte de la mujer que tenía al lado.

La seguridad que había irradiado sobre mí su enorme cuerpo se esfumó. Desde un determinado momento empecé a dormir con ella para protegerla de la muerte. Me despertaba a menudo, contenía la respiración y acercaba el dorso de mi mano a su boca. Mientras notara el cálido aliento sabía que todavía no, que la muerte aún no había venido.

LA ABUELA NO VOLVIÓ a hablar conmigo ni del ajuar funerario ni de la maleta, como si se hubiera olvidado de todo ese asunto, como si la muerte ya no le preocupara. En algún momento a partir de quinto, entre las vacaciones de invierno y la primavera, corrí a casa durante uno de los recreos, tal y como era mi costumbre, para encontrarme con que la abuela no estaba allí. El hecho de que la abuela hubiera salido de su habitación constituía un verdadero acontecimiento, porque ella sólo salía de casa si alguien había fallecido y, entonces, tardaba mucho en volver.

Sin pensarlo dos veces fui hasta la almohada y con sumo cuidado, sin moverla ni un ápice de sitio, metí la mano en el bolsillo secreto y saqué la llave. Recordé que la abuela me había dicho que estaba oxidada, por lo que la hice girar despacito y con delicadeza. Lo único que me faltaba es que ahora se me fuera a romper.

En el armario se encontraban exactamente las mismas cosas y dispuestas en el mismo orden, como si nada hubiera cambiado. La alfombra, los vestidos blancos, los bombachos. Nada de bragas, sólo medias. No conseguía llegar al último estante. Me quité los zapatos, puse un pie en el estante de la alfombra de la oración, apoyé el otro pie en el estante de los bombachos y logré abrir, con una sola mano, los cierres metálicos de la maleta azul.

Apenas podía ver lo que allí había. Palpé con la mano unas toallas. ¿Pero cómo? ¿Sólo unas toallas? ¿Ese era todo su ajuar? ¿Unas toallas? Pero si toda la casa estaba llena de toallas. ¿Desde cuándo existen unas toallas especiales para el día de la muerte?

Corrí a la cocina, me llevé de allí una silla y me subí a ella. Justo en ese momento oí que sonaba el timbre de la escuela. Ya estaba, la siguiente clase iba a dar comienzo, pero esta vez no pensaba rendirme. Que me pusieran falta. Diría que había tenido dolor de barriga. Me creerían, porque era muy buen alumno. Así pues, me olvidé del timbre y me concentré en la maleta. Ahora, encaramado a la silla, podía llegar a ella con mucha más facilidad. Antes de cogerla hice acopio de todas mis fuerzas, pero la maleta era mucho más ligera de lo que había imaginado. No sabía por qué se me había ocurrido creer que el ajuar funerario pesaría mucho.

Depositó la maleta sobre la cama de la abuela y me puse a inspeccionar el contenido. Las toallas de encima se encontraban cuidadosamente dobladas. Las fui sacando una por una, fotografiando mentalmente cómo estaba dispuesta cada una de ellas, para devolverlas después a su lugar exactamente igual a como estaban antes. Había allí cinco toallas. Debajo de éstas se encontraba extendida una gran tela blanca en la que decía «Meca». Seguro que la abuela deseaba que envolvieran su cadáver solamente con esa tela. Debajo había decenas de jabones, todos fabricados en La Meca. Había también un perfume y una crema de manos, unas pinzas en un envoltorio cerrado, unas tijeras y un cepillo nuevo. Yo no sabía que el ajuar funerario estuviera formado por objetos de aseo. Me sentía muy decepcionado. ¿Por aquello me estaba perdiendo yo una clase de agronomía? ¿Por unas toallas y unos jabones?

Fue entonces, cuando todo se encontraba ya fuera de la maleta, cuando me di cuenta de que debajo había unos periódicos extendidos. Estaba seguro de que aquello era para proteger el ajuar funerario de la humedad, pero antes de que me diera tiempo a devolver todos aquellos objetos de aseo a la maleta, mis ojos fueron a dar con una foto que había en uno de los periódicos. Todo estaba escrito en hebreo, y yo no había alcanzado el nivel suficiente en esa lengua como para poder leer la prensa hebrea, pero en el periódico, que amarilleaba, se veía una pequeña foto de carné descolorida de un chico joven que me miraba.

Las manos se me paralizaron. Era una fotografía de mi padre. Aunque bien era verdad que estaba mucho más joven —yo nunca había visto una foto de mi padre a esa edad—, podía jurar que se trataba de él.

Saqué el periódico y debajo aparecieron más y más periódicos con la misma vieja fotografía de carné. Todos los periódicos estaban en hebreo, mientras que en clase nosotros seguíamos todavía atascados en el «¿Quién viene?

Papá viene. ¿Quiénes vienen? Papá y mamá vienen». Tengo que aprender hebreo, decidí. Tengo que poder leer el periódico en hebreo.

Seguí rebuscando un poco más y vi que debajo de los periódicos había metidas muchísimas tarjetas postales. Éstas sí estaban escritas en árabe. Al instante reconocí la letra de mi padre. Siempre quise tener una letra como la suya, elegante, preciosa, ligeramente redondeada, muy dibujada. Mi padre había sido siempre el mejor alumno del pueblo de Tira. Siempre quise ser como él.

Saqué una de las tarjetas y me puse a leerla:

Hola, Bashir, ¿cómo está mi hermana Faten? Espero que estéis todos bien. Yo, gracias a Dios, estoy estupendamente, así que dile a madre que deje de llorar. Pronto saldré. Besos a Sharifa, Faten, Ibtisam, Shuruq y los niños.

P.D. Dile a madre que en su próxima visita me traiga un cuaderno y dos lapiceros, unos calcetines y un par de calzoncillos.

Un abrazo de vuestro hermano

DARWISH

La postal tenía muchos triángulos rojos en los que decía algo en hebreo y por el anverso la fotografía en blanco y negro de una soldado comiendo falafel. Oí que el timbre volvía a sonar. Eso era que empezaba el recreo y que al poco rato daría comienzo la siguiente clase.

Ordené muy deprisa las postales y los periódicos, lo devolví todo a la maleta y la coloqué en el estante más alto. Después de echarle la llave al armario la metí en el bolsillo de la almohada y en unos segundos devolví la silla a la cocina, me puse los zapatos, cerré con llave la puerta de casa y corrí a clase.

Por el camino vi un entierro. Allí a lo lejos distinguí a mi abuela. Era Abu Ziyad quien había muerto, nuestro vecino, el abuelo de Ibrahim, el de mi clase. Mi abuela odiaba a muerte a Abu Ziyad y yo, por mi parte, odiaba a muerte a Ibrahim.

[...]

PARLAMENT

AQUEL FUE UN TIEMPO de bonanza: durante mi último año en la escuela primaria asfaltaron la carretera de Tira, llevaron la conexión telefónica al pueblo, el equipo de fútbol accedió a la liga, se inauguró la piscina y

alguien de Taibe se dedicó a conectar a los vecinos a la televisión por cable.

No quedó casa en el pueblo que no estuviera conectada y la gente no veía otra cosa por televisión que no fueran los programas por cable del pueblo. Sencillamente les gustaba ver a las personas que conocían salir por la tele. Las veían en los anuncios de las tiendas de ultramarinos que ponían en los intermedios de las películas indias y egipcias.

Durante el Ramadán, que entonces cayó en verano, decidieron hacer un gran concurso televisivo con premios en el que pudieran participar todos los habitantes del pueblo. Al cabo de dos días el concurso se había convertido en una cuestión de honor, y todas las familias del pueblo entraron a disputárselo tomándose muy en serio. Hubo familias que se reunían a diario con el fin de hacer el recuento de cuántos de sus miembros habían logrado dar con la solución de los acertijos y prepararse para el siguiente día de concurso. La fecha de las elecciones estaba ya próxima, y la pugna entre las familias en su punto más caliente. Cada familia pretendía establecer su posición de fuerza en el pueblo por medio del concurso. Nuestra familia era una de las más antiguas del pueblo, pero también de las más pequeñas, así que mi padre sabía muy bien que no teníamos posibilidad alguna en las elecciones. Cuando el concurso terminó, mi padre tenía ya muy claro a quién votar.

Y es que no se perdió ni uno solo de los programas del concurso. Al principio hicieron unas preguntas muy fáciles, como cuándo había nacido el profeta Mahoma, así que mi padre enseguida respondía. Seguía con los labios las palabras del presentador del concurso. Claro estaba que no tenía intención alguna de llamar para participar con todos aquellos bobos en ese ridículo juego; aunque la verdad es que mi padre no tenía una completa seguridad en sí mismo y siempre se quedaba esperando a oír la respuesta, avalada por la dirección del programa, que pronunciaba el presentador cuando otro oyente se encontraba al aparato.

Un buen día decidieron plantear preguntas difíciles, como las del famoso concurso israelí de acertijos de Hamitzer, cuyas respuestas debían averiguarse por medio de pistas. Eso fue ya a mediados del Ramadán y la lucha por ganar el concurso del programa se adueñó por completo del pueblo. La gente hablaba de ello por todas partes. Hubo quienes dijeron que el presentador sólo daba paso a las llamadas de sus parientes, por lo que exigieron que se estableciera una comisión con representantes de todas las familias del pueblo y que el programa se emitiera en directo.

Entonces fue cuando la pregunta más difícil de todas se planteó, preparada por el director de la escuela, que era el padre del presentador. Las familias más grandes tomaron cartas en el asunto y se pusieron a enviar al estudio de grabación a sus muchachos más fornidos, de esos capaces de

partirle la cara a cualquiera, para que vigilaran el programa de cerca. Esas demostraciones de fuerza fueron en aumento y el número de representantes de cada familia creció tanto que apenas podía verse ni oírse al presentador cuando formulaba las preguntas.

Se produjeron desavenencias en directo, ligeros empujones y, de vez en cuando, una sarta de insultos que podían oírse con toda claridad en todas las casas del pueblo. Los responsables de la emisión consideraron que aquello se les iba de las manos y decidieron retransmitir el concurso desde el campo de fútbol. Tan sólo los cerebritos y los de las distintas familias que llamaban por teléfono se quedaron a mirar el concurso desde casa, mientras que el resto del pueblo se hacía con un lugar en la cancha nada más levantarse el ayuno diario. Las gentes, apresuradamente, fluían por las calles en dirección al campo de fútbol, casi a la carrera, sin haber tenido tiempo de digerir la comida que acababan de hacer a toda prisa.

Hasta entonces, mi padre no había participado en el concurso. El director de la escuela había estudiado con él en la misma clase, y papá siempre nos había contado que para los estudios el director siempre había sido un cero a la izquierda, que luego había estudiado en un triste seminario para maestros, mientras que sus propias notas, es decir, las de nuestro padre, habían sido las mejores de la clase y que si hubiera tenido dinero suficiente como para terminar sus estudios universitarios, hace ya tiempo que sería médico.

La gran pregunta en forma de acertijo la formularon el mismo día en que el concurso pasó a desarrollarse en el campo de fútbol. Cuando mi padre oyó que el director de la escuela, su compañero de clase, era quien había ideado aquella difícilísima pregunta, se puso en pie y se dirigió hacia la televisión con paso pesado.

—Traedme un bolígrafo —ordenó—, y ahora, silencio, no digáis nada.

De manera que cuando el presentador repitió el acertijo, mi padre se lo escribió en la mano: «Del país del Tío Sam. Azul como el cielo. Sólo trae problemas. Puede empezar por dos letras y en él vive Abd al-Wahab». Ahora se lo tomaba como un asunto personal. Porque aunque nuestra familia fuera pequeña, se había hecho con la fama de «culta». Mi padre copió aquellas palabras de la palma de la mano a un cuaderno y se puso a escudriñar palabra por palabra.

—¿Alguien lo ha resuelto ya? —preguntó.

—No, todavía no, papá.

El tiempo iba pasando y la solución no aparecía por ningún lado. Mi padre se puso nervioso y dijo que aquel acertijo debía de ser, en realidad, de lo más tonto, y que él no quería romperse la cabeza como aquellos bobos. La retransmisión del programa continuó hasta la comida que precede al

ayuno, aproximadamente hasta las cinco de la mañana. Mi padre permaneció despierto y estuvo pensando en el acertijo. Nadie lo resolvió aquel día, y al siguiente empezaron ya a decir que el director había planteado una adivinanza que no tenía solución y que lo había hecho a propósito. No en vano era él quien representaba a su familia en las elecciones al consejo regional, así que iba a hacer todo lo que estuviera en su mano para que el resto de las familias fracasaran.

Por la mañana mi padre llamó a la empaquetadora en Kalmaniya y pidió vacaciones hasta el día de la Fiesta de Final del Ayuno, es decir, hasta que el concurso terminara. Después se sentó con todas las enciclopedias que teníamos en casa y se puso a buscar. Comprobó todo lo más íntimamente relacionado con cada una de las palabras del acertijo. Por el pueblo corría el rumor de que alguien ya había dado con la solución. Hubo montones de llamadas y de soluciones, pero todavía nadie había dado con la respuesta acertada. Entonces mi padre se puso a buscarle algún significado religioso a aquella adivinanza. De vez en cuando creía haber descifrado algo y nos decía su propuesta a gritos para que por lo menos nosotros le diéramos la victoria si alguien llamaba al concurso con la misma solución.

Pasaron unos cuantos días y mi padre fue borrando de la lista todas las respuestas en las que él había pensado y que los demás ya habían dicho. Después decidió comprobar las respuestas que quedaban. Él no iba a llamar jamás, porque no estaba lo bastante seguro de sí mismo, así que decidió presentarse ante el director de la emisora, preguntarle si alguna de las soluciones que llevaba era la correcta y, si resultaba que sí, renunciar al premio, mientras prometía no llamar más hasta el final del concurso. Cuando mi padre volvió de ver al director de la emisora, comprendimos que no lo había conseguido.

Faltaban dos días para la fiesta, y seguía sin darse con la solución. Los cabezas de familia empezaron a proponer grandes premios para quien consiguiera alzarse como vencedor en la festiva ceremonia de entrega que tendría lugar en el campo de fútbol la víspera de la Fiesta de Final del Ayuno.

Esa noche mi padre no salió de su habitación. Un momento antes de que diera comienzo la retransmisión, asomó por la puerta, se me acercó hasta donde yo estaba en el sofá y con voz y labios temblorosos me dijo:

—Ve a comprarme cigarrillos, que se me han acabado.

Cuando volvía a casa le eché una mirada a la cajetilla que llevaba en la mano. Una cajetilla de cigarrillos Parliament, los que le gustaban a mi padre. En el cartón decía en inglés: «*American Blue*», y había un cielo dibujado. De repente lo vi todo bien claro.

—Papá, es Parliament —le dije—, creo que la respuesta es Parliament.

Mi padre se me quedó mirando, me sentó en el sofá y se sentó a mi lado,

seguro de que ésa era la respuesta correcta. Tanto él como el director fumaban Parliament largo.

—Parlament es un cigarrillo americano —le dije—, la cajetilla es azul cielo, los cigarrillos no traen más que problemas, se puede escribir Parliament con *fá* o con *ba*¹, y Abd al-Wahab Daraushe es diputado, es decir, miembro del Parlamento.

Sin pronunciar ni una sola palabra mi padre se abalanzó sobre el teléfono y marcó el número del programa. Por la televisión se veía al director sentado en un sofá azul en el centro del plató. Junto a él se sentaba el presentador, y al fondo aparecían de pie los forzudos de las familias, supervisando la recepción de llamadas. La línea comunicaba. Mi padre se puso muy nervioso y marcó una y otra vez. Después salió de casa y corrió hacia el campo de fútbol. Tenía que llegar a tiempo para dar la respuesta correcta antes de que el director la revelara.

Un cuarto de hora más tarde vi a mi padre por la tele, intentando traspasar la barrera de forzudos que le cerraba el paso hacia el plató. Después el cámara se acercó hasta él y pude oír la voz de mi padre.

—Tengo la respuesta —dijo.

El director de la escuela también lo oyó. Lo vi levantarse de su privilegiado asiento, acercarse a su hijo y pedirle que enfocaran a mi padre.

—Quiero que todo el pueblo sepa que no ha conseguido dar con la solución —dijo.

El director de la emisora le habría hablado, por lo visto, de los anteriores intentos fallidos de mi padre para resolver el acertijo. El presentador le hizo una señal a uno de los forzudos y mi padre accedió al centro del plató todo jadeante, tomó el micrófono, se encaminó hacia el asiento del director, lo miró a los ojos y dijo:

—Parlament.

—¡Correcto! —exclamó al instante el hijo del director.

Pero éste se levantó, le arrebató el micrófono a mi padre y dijo:

—No hay solución sin explicación.

Mi padre volvió a coger el micrófono. En ese momento ya sabía que la victoria era suya. Miró a la cámara.

—Los cigarrillos Parliament son del país del Tío Sam, el cigarrillo es algo que sólo trae problemas, la cajetilla es del azul del cielo, Parliament se puede escribir con *fá* o con *ba* y Abd al-Wahab Daraushe es uno de los diputados del Parlamento.

¹ La lengua árabe carece del fonema /p/, de modo que para representar ese fonema en palabras extranjeras usa las letras *f* (*fá*) o *b* (*ba*). (N. de la T.)

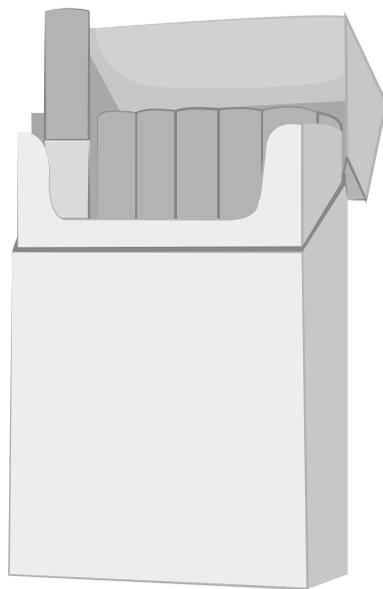
Al oír la respuesta, el público quedó más que convencido y no necesitó de ninguna otra confirmación. Todos rompieron en un fuerte aplauso. Hasta el hijo del presentador parecía contento de oír la solución que solamente él y su padre conocían, así que empezó a jalearse al público.

—Enhorabuena —felicitó a mi padre—. Ha ganado usted cinco kilos de carne picada de la carnicería El Triángulo.

Pero, entre tanto, mi padre y el director de la escuela seguían con la mirada clavada el uno en el otro y jadeantes. Ahora todo el público aplaudía, contento de que un miembro de una familia pequeña hubiera dado con la respuesta. Mi padre seguía allí micrófono en mano, mirando al derrotado director. La cámara lo centró en la imagen en el momento en que se acercaba el micrófono a la boca para decir con la sonrisa de un vencedor:

—Ha sido mi hijo, es mi hijo el que ha dado con la solución [...] •

TRADUCCIÓN DEL HEBREO DE ANA MARÍA BEJARANO



Ladrones [fragmento]

IORAM MELCER

LADRONES

Mi abuela me dijo que en este país no había ladrones. Íbamos en automóvil, del aeropuerto a Hibat Zion. El sol casi se había puesto, y los naranjos a ambos lados de la carretera amortiguaban el trayecto como lana oscura sobre el cuerpo de un animal impresionante. No fue lo único que mi abuela me dijo en ese viaje, pero esa sentencia quedó resonando en mí junto con el murmullo del motor, e incluso borró el resto de sus palabras.

En este país no hay ladrones. En la tierra de Israel no hay ladrones. Trato de reconstruir cuáles fueron las palabras exactas. Sé que fueron dichas en español. ¿Cómo llamó al país? ¿«La Tierra de Israel», en español? ¿Dijo sólo «esta tierra», como yo solía hacerlo? Quizás dijo: «Aquí no hay ladrones». Mis ojos estaban pegados al paisaje cambiante a través de la ventanilla del automóvil, y cuando estas palabras fueron pronunciadas estábamos ya cerca del pueblo. No pudo haber dicho «aquí», porque mi memoria habría conservado esas palabras vinculadas a los lugares que se deslizaban ante mis ojos: las aldeas yemenitas, los pueblos colectivos a lo largo del camino. No, yo entendía que mi abuela decía las cosas proclamándolas: que aquí, en la tierra a la que yo había llegado, en la tierra reconocida por todos como mía, en la tierra que sería mía en unas cuantas semanas, en este país cuyas carreteras estaban delineadas con naranjos y cuyos pueblos desfilaban delante de mis ojos, en todo este país no había ladrones: no en hebreo, no en español, no en esas vistas y no más allá de lo que mis ojos podían ver.

Yo no le creí a mi abuela, pero tampoco pensé que estuviera mintiéndome. Lo que mi abuela decía siempre tenía un estatus inmediato de verdad última. Pero en materia de ladrones no era meramente una cuestión de confianza y verdad. Cuando pronunció la sentencia volvió su amable rostro hacia mí, y sus palabras fluyeron desde la paz que

las envolvía. No recuerdo qué más dijo, pero sé que «no hay ladrones» fue parte de una serie de sentencias tranquilizadoras, dirigidas a familiarizarme con el país y a disipar mis miedos. Las palabras me decían que el país estaba dándome la bienvenida con una bendición, que era un buen lugar: ¿qué problemas podrían molestar a un niño que aún no cumplía nueve años en un país que ni siquiera tenía ladrones?

Sin embargo, durante ese trayecto, sentí que las palabras de mi abuela eran un poco raras. Yo nunca había temido a los ladrones. No habían estado entre los personajes que poblaban mis miedos. Los ladrones me parecían criminales no violentos, y por tanto no perturbaban mi paz. Y yo suponía que mi abuela debería saber qué podía molestarme o asustarme. Aunque, en efecto, un país sin ladrones parecía buena idea y un lugar agradable, yo no entendía por qué era ésa la cualidad que eligió resaltar para mis oídos. Íbamos camino a casa de los abuelos, un puerto seguro, libre de preocupaciones, cuyas puertas siempre estaban abiertas para nosotros y donde no había amenazas. Como el escenario cambiante por las ventanillas, pensé que, quizás, lo que me decía era que el país entero era como la casa en Hibat Zion. La idea me parecía maravillosa, pero también improbable, porque aunque el país podía ser bueno y reconfortante, yo sabía que la casa de mi abuela era especial y única.

Aprecié las palabras de abuela cuando empecé a descifrar los periódicos, en especial las gruesas letras negras de *Maariv*, con sus titulares rojos, que mi abuelo compraba cada día y en el que descubrí los crímenes comunes y generalizados. Mi abuela había tenido el poder de calmar el alma de un niño con un dicho que envolvía un conocimiento infinito y evidente. Con este poder borró cualquier crítica que yo pude oponer luego de descubrir cómo había facilitado mi llegada al país con una ilusión sin fundamento.

Pocas semanas después, unos terroristas japoneses aterrizaron en el aeropuerto internacional de Lod. Salieron del avión, fueron a la terminal por la que nosotros habíamos pasado, sacaron armas de sus bolsos y dispararon en todas direcciones. El Ejército Rojo, la aterradora organización japonesa, estaba en todas las páginas del periódico, e hizo estragos en mi imaginación. Ahí estaba la sala que yo tan bien conocía, ahí estaban las bandas transportadoras de maletas y las barreras metálicas y azules con las letras POLICÍA para contener a la gente que esperaba a los pasajeros recién llegados, ahí estaban las bolsas y las maletas como las nuestras, y también las manchas de sangre y la jungla de brazos y piernas, cuerpos disgregados, faldas levantadas, neceseres regados, pasaportes, pertenencias deformadas por los disparos y la

sangre, un caos total. Habían matado a los terroristas, salvo a uno, Kozo Okamoto, quien fue aprendido y se había vuelto el héroe del momento. Su cabeza afeitada y su mirada gélida dotaban al Ejército Rojo de una presencia tangible. Y yo me senté en Hibat Zion y miré las imágenes y escuché las noticias en la radio, y pensé acerca de lo que mi abuela me había dicho. No, no había ladrones en el país. ¿Y cómo podía ser? Si incluso el peor de los asesinos locos se las arreglaba para aterrizar y acercarse a las barreras azules, inmediatamente habría alguien que lo abatiría a balazos y atraparía a alguno que quedara libre. Mi abuela tenía razón. Y, en todo caso, ¿por qué preocuparse por los ladrones?

Pasaron más semanas, que sumaron meses. Terroristas con rostros encubiertos masacraron a nuestros deportistas en Múnich. Hubo aviones secuestrados, las Fuerzas de Defensa de Israel atacaron Beirut, en las carreteras por todo el país había letreros que advertían de bombas ocultas en hogazas de pan, sandías, juguetes y paquetes de correo. La cuenta sin fin comenzó, el cálculo que cada uno de nosotros llevaba del número de muertos y guerras de este país. Así era como el país te tenía en sus brazos. Y mi abuela debía de saber eso: ¿qué podía decirle a un niño de nueve años? Que no había ladrones.

Ahora sé que, de haber sido mi abuela una santa cristiana como el irlandés San Patricio, el país habría sido conocido por todos como el país que no tenía ladrones. Se cuenta que, desde que Patricio llegó a Irlanda, no había habido ahí serpientes venenosas ni ninguna otra alimaña dañina. Los irlandeses dicen que, cuando un barco se acercaba a la isla verde con un reptil mortífero a bordo, éste moría tan pronto la nave tocaba puerto, sin necesidad de barreras policiales ni de guardias vigilantes. La bondad de esa tierra y la santidad de Patricio bastaban. Pero mi abuela sólo era sagrada para sus hijos y sus nietos, y en un país como éste, inmerso en el asesinato y la matanza, los secuestros y las bombas, los charcos de sangre y los espantosos terroristas, se podía —y esto lo sabía mi abuela— dar la bienvenida a un niño de nueve años, suave y amablemente, con la ayuda de una pequeña mentira provisional. Tal mentira era una minúscula equivocación en un país cuyo miedo aullaba día tras día y año tras año, el mismo país donde un niño dormía quietamente y a salvo porque no había ladrones •

TRADUCCIÓN DE JOSÉ ISRAEL CARRANZA,
A PARTIR DE LA TRADUCCIÓN DEL HEBREO AL INGLÉS
DE NOURIT M. PADON

Muy pequeño

SHIRA GEFFEN

AHORA son algunos años desde que no habla con él. No porque hayan peleado o algo parecido, sólo porque no hay nada que los acerque. Han, incluso, pospuesto su encuentro alrededor de ocho veces. Al final, sucedió una tarde de un jueves. Exactamente mi día más ocupado. Pero tuve que ir, porque me lo pidió tan gentilmente, y él es mi padre —el hijo de Menachem.

Cuando me acerqué a la puerta automática vi a Menachem saliendo de su carro, acariciando su bigote encanecido y mirando alrededor. Pensé en ir y decir hola y luego ir juntos al departamento de papá, pero se quedó ahí parado por un largo tiempo, concentrado en la hilera de árboles.

No quise molestarlo.

Desaparecí escaleras arriba de una carrera.

«Lo vi. Estará aquí en un momento».

«¿Dónde estaba?».

«Aquí, abajo».

«¿Buscando dónde estacionar?».

«Ya había encontrado dónde».

«¿Cerca de aquí?».

«Junto al edificio».

«¿Te dijo algo?».

«No me vio».

«¿Entonces, dónde está?».

Papá estaba sentado y se levantó. «¿Me ayudarás con él?».

Me reí. Cuando entró se abrazaron. El tipo de abrazo con palmadita en la espalda. A mí me palmeó la mejilla.

«Entonces, ¿aquí es donde vives?», dijo Menachem, estirándose. «Sí», dijo papá.

«Sabes, es extraño. Es la primera vez que he estado en esta calle. Me asombra de verdad que no la conociera antes... de nuevo, ¿cómo se llama?».

«Hatam Sofer», replicó papá, *El sello del escriba*, una obra famosa de un famoso y viejo rabí. «Oh, ése debe de ser el nombre de algún escritor, ¿eh?», dijo Menachem, y se rió para sí.

«Porque, después de todo, conozco cada asquerosa roca en este país, pero esta calle... nunca había oído de ella en mi vida. En mi opinión, no está tampoco en el mapa, puedo apostar».

«Siéntate», dijo papá, y desapareció en la cocina. Me quedé solo con él, un hombre que no conocía. Pensé que podría ser de verdad lindo si de pronto empezáramos a hablar y yo le dijera todo acerca de lo que hago y él me hablara acerca de mi abuela, a quien no conocí, y acerca de su nueva familia. Tal vez incluso que tomara algo de dinero del *Hannukkah* de su bolsillo, del tipo de dinero para comprar chocolate, y me lo diera después de todos estos años en que no lo he visto.

«Entonces, mi niña, ¿estamos en la universidad?».

«Sí, termino mi último año».

«¿Qué estás estudiando?».

«Historia».

«No tienes que estudiar Historia. Sólo tienes que atravesar algunas buenas guerras, y eso es todo».

Mi padre entró con una bandeja de nueces.

«Siéntate ya. Hablemos un poco», dijo Menachem, pero mi padre se había ido de nuevo a la cocina.

«Dime, qué tal con el novio, ¿hay alguno?».

«Ah... sí», respondí.

«¿Un tipo bueno?».

«Sí, para mí».

«¿Qué hizo en el ejército?».

«Creo que algo secreto para Inteligencia».

«Bueno, tú sabes, me puedes decir».

«Sí», sonreí, «pero no lo sé».

Papá vino y puso un plato de tangerinas y otro de naranjas.

«Dime, ¿estarás entrando y saliendo así?», preguntó Menachem.

«No, me sentaré aquí ahora», y se sentó junto a mí y de inmediato preguntó: «¿Por qué no comes algo?».

«Fruta, nunca la toco».

«¿Y las nueces?», intentó papá.

«Quiébrame una nuez, entonces».

Papá puso una nuez entre sus dientes. La nuez era más dura de lo que pensó. La dejó y dijo: «¿Sabes a quién me encontré hace algunos días? Al gran Shlomo».

«Olvidate de él», interrumpió Menachem, «Gran Shlomo... es muy pequeño. Gran Shlomo viene a mi negocio y empieza a jugar juegos mentales. Me dice qué es mejor, entiendes, me dice».

Papá trató de nuevo de poner sus dientes alrededor de la nuez. Sin éxito. Menachem continuó y preguntó:

«¿Te dijo algo?». Y sin esperar una respuesta: «Déjalo que intente decir algo, no sabe con quién se mete, ese pedazo de...».

La nuez se hizo añicos en la boca de mi padre. Su boca estaba llena de pedazos de cáscara que escupió elegantemente, pero ofreció el interior que había permanecido entero, milagrosamente. Menachem miró la nuez, y dijo de inmediato a papá:

«¿No puedes ver que está completamente podrida? ¿Es la forma en que te eduqué? ¿Como a un granjero?».

Mi papá se levantó. «¿Quieres café?».



«Bueno, si vine de tan lejos merezco algo de té. Pon dos de azúcar en él».

Papá fue otra vez a la cocina. Traté de nuevo de tener una conversación, pero cada tema terminaba en el ejército.

«Dime, ¿cuánto tarda tu padre en hacer una taza de té?».

«Papá», llamé. No contestó.

«Manejar a una compañía entera, lo hace, pero una asquerosa taza de té no puede».

Me levanté y fui a la cocina. No estaba ahí. Fui a todas las habitaciones en el departamento. No podía sólo salir corriendo, pensé. Fui de nuevo a la cocina. El agua estaba en la tetera hirviendo, y al lado una taza estaba lista, con un bolsa de té y dos cubos de azúcar y mi papá dentro. Estaba sentado ahí, encogido dentro de la taza, ocultando su cara en la bolsa de té. «¡Papá!», grité. «¿Qué te pasó?».

«Nada», dijo, sin mostrar su cara. Su voz estaba rota.

«¡Tienes que volver a tu tamaño regular!».

«No puedo», suspiró. «¡Debes hacerlo!», grité dentro de la taza. «Eres mi padre y mira qué grande soy y qué pequeño eres, no es natural».

«No voy a salir de aquí», dijo papá, y unas lágrimas muy pequeñas corrieron por sus mejillas minúsculas, y fueron absorbidas de inmediato por la bolsa de té. Tomé una cucharita y traté de sacarlo. Pero mi padre se aferró al interior de la taza. «Déjame solo», chilló, agotado. Sus lágrimas empezaban a llenar la taza. «¡Te ahogará!», le dije, pero no respondió, sólo seguía llorando. La taza estaba llena de lágrimas. La tomé y de pronto sentí una mano pesada en mi hombro.

«Así que, ¿dónde está?», preguntó Menachem, y antes de que pudiera pensar una respuesta, dijo:

«Bueno, tengo que irme». Arrancó la taza de mi mano y, de un trago, vació su interior.

«Guac», dijo con asco. «Frío y salado. No es capaz siquiera de hacer una taza de té. Quién pensaría que estuvo en tres guerras» •

ÍCARO RECUERDA

A. EN ESTE LUGAR

¿Habrás sido aquí alguna vez otoño?
Siete aves malas, flacas
de carnes como agujas de coser
abrochan el firmamento al asfalto
picoteando una última migaja de
luz.

En los árboles, contenida vibración
como de amor;
algunos de los grandes silencios del corazón
me han acaecido en forma de terribles estremecimientos
en este lugar.

B. JUNIO SE VA FORMANDO

¿Existirá un tiempo en el que los niños no
se vean abocados a hacerse adultos?
¿Un momento en el que la ciudad se vea libre de colapsar
como las estrellas bajo la bota de las tropas de la aurora?
¿Un instante?

Tengo más tiempo del que quiero.
Bloque de luz impelido
contra las murallas de la respiración

de las noches
de los días
asedio maravilloso del transcurrir de las eras.

Más de lo que parece, tengo.
En ocasiones, incluso ahora
ceguera bruñida de calles de
junio
un nombre que no volveré a pronunciar,
junio, junio,
el mundo entero resuena a junio
pulimento intrigante de alas de curruca

susurro obstinado de ardientes dientes de león
en otra ciudad
sollozante se abre el mar
lo mismo que conocí desde niño
un momento antes del día
una única probabilidad, echada de nuevo a perder
hasta ahogarse.

C. SALVA

¿Me caí? Cual cobrizos grilletes el aire
resonó en un periplo
raudo amargo de crisantemos
abocados a su fin como
un primer coito
siempre inadecuado y vacilante
la carne más lenta que el sueño y más obstruida
que el cristal.

D. AÑORANZAS

¿Habré nacido demasiado tarde?
Era verano y algo se estremecía, cierta
lejanía emocionada y un tammuz
se anunciaba ya

en el movimiento de las estrellas al anochecer.
Esos
que yacen mirando hacia las vaguadas ya
se han acostado mirando
así
los rostros mudos y tensos
como sólo se le ocurre a un hijo
del crepúsculo.

E. ANATOMÍA

En este lugar junio se va convirtiendo en una salva de añoranzas.
La ceguera de la infancia sustituye
la caída de la tarde.
Un diente inesperado, tardío,
en la cavidad bucal de Sderot.

Lo que es mío lo recojo y lo quiebro
como al calor
las aspas del ventilador.

Cuchillas de diminutos pájaros en la carne amoratada
del horizonte.

Lo que está destinado a cambiar no cambia;
azotea eterna. Mi madre con su mirada detenida. Una pérdida
que va hasta estos árboles, hasta este parque.

Lo que la luz erosiona suavemente es fijado aquí
con unos clavos duros, las calles no se
retiran. Atardecer. Mueren como
la hierba, como todos
los impulsivos y espesos brotes
del verano.

«Si supieras qué intrincado infierno me permite el aire
recorrer en un viaje
con regreso».

Lo sé pero estoy
menos por el deseo, menos
por la eternidad. Más por
la ignorancia, más por la ignorancia

de la falta de capacidad para perdonar.
Incluso ahora
cuando bajo el abrasado cielo
todo el que amé es todavía
un gran viento y con fuerza derruye aprisionado montes en los
pulmones.
Respiro
despacio.

DÉDALO HABLA

Yo tenía un hijo y todo yo era un cansancio
malo. Mi hijo fue un retazo de humo.
No sucede en casa, ni en el jardín, ni durante las comidas,
no pasa en las canchas, en la escuela,
en las fotos.
Se disemina por el mar.

Una tarde lejana calculó calles, invirtió
brújulas abalanzándose contra él
un camión de estrellas y abandono.

דדלוס מדבר

קנה לי גלד וקניתי גנסות
רעה. החיסת קצו קנה.
לא מתרחש בבית, בקצה, באיחוזות,
לא קורה במגורים. בבית ספר,
במסגרות.
מתפזר מעל הים.

Yo tenía un hijo y ahora fábrica de
abril, cielo plumizo y pájaros maduros
para el plañido, aire calcinado en su florecer.
Todo eso
son los inútiles respiradores artificiales de la primavera.

VERSIONES DEL HEBREO DE ANA MARÍA BEJARANO

ערכב כחולק הששב החובות, הפך
מעשנים ונהר לעשנה
מעשיות של סוככים ותעשנה.

הנה לי גלד ועשקו העשנת
אפריל, קטני טוקרת נעפורים שהקשילו
לענותה, איר תרוד פריקה.
כל זה
סכנות התעשמה הפוקרות של האביב.

El resto de la vida

[fragmento]

ZERUYA SHALEV

CAPÍTULO PRIMERO

¿Habrá crecido la habitación o es ella la que ha encogido? Y eso que es la habitación más pequeña de un diminuto piso que cabría en la palma de la mano, aunque ahora que permanece ahí acostada en la cama de la noche a la mañana, se diría que el cuarto ha aumentado de tamaño, que necesitaría cientos de pasos para llegar a la ventana, infinitas horas, y quién sabe si ni siquiera le bastaría toda la vida para conseguirlo. Es decir, el resto de su vida, la recta final del corte de tiempo que le fue asignado al inicio y que ahora se le antoja absurdamente eterna, porque precisamente por ser tan estática parece que va a alargarse sin fin. Y aunque si bien es verdad que ya está flaquísima y consumida, que es más ligera que un suspiro, tanto que se diría que cualquier brisa podría desprenderla de la cama, y que es tan sólo el peso de la manta lo que le impide levitar por la habitación, o que cualquier pequeño soplo podría romper la última hebra de hilo del carrete que la mantiene unida a la vida, falta quien vaya a soplar, porque ni siquiera hay quien se moleste en hacerlo en dirección a ella.

Sí, año tras año seguiré ahí acostada bajo la pesada manta, viendo cómo envejecen sus hijos y sus nietos se convierten en personas adultas. Con esa indiferencia llena de amargura la condenarán a vivir eternamente, porque ahora, de pronto, le parece que hasta para morir hay que hacer un esfuerzo, que se necesita una especie de vitalidad por parte del futuro muerto o de su entorno, que es necesaria una atención personal, una agitación llena de preocupación, como la que se siente durante los preparativos de una fiesta de cumpleaños. Y para morir también es necesaria cierta cantidad de amor, y a ella ya no la aman lo suficiente; y puede que tampoco ella ame lo suficiente, ni siquiera para eso.

Y no es que no vayan a verla, porque casi a diario pasa alguno de ellos por el piso y se sienta en el sillón que hay frente a la cama, pero ella nota la presencia de esa especie de rencor viejo, se da cuenta de cómo miran el reloj de reojo, del suspiro de alivio que sueltan cuando les suena el teléfono. Al instante les cambia la voz, se vuelve animada y llena de vida, la risa les brota de la garganta, estoy en casa de mi madre, le comunican finalmente a su interlocutor poniendo los ojos en blanco, te llamo cuando salga, y entonces intentan mostrarse atentos con ella, se esfuerzan por preguntarle algo, aunque no escuchen lo que les contesta, mientras ella les paga con unas respuestas cansinas, informándoles hasta del más mínimo detalle de lo que le haya dicho el médico, recitándoles los nombres de los medicamentos ante la mirada vidriosa de ellos. ¿Quién siente más horror del otro, yo de vosotros o vosotros de mí?, se pregunta, convirtiéndose en un solo bloque a sus dos hijos, que son tan diferentes entre sí, aunque le parece que últimamente han conseguido unirse, sólo últimamente, frente a la madre anciana que yace de la mañana a la noche en la cama de la habitación pequeña, desconectada de la fuerza de la gravedad.

La habitación es compacta y cuadrada y su única ventana da al pueblo árabe de al lado; en el flanco norte tiene un escritorio viejo y en la pared sur un armario donde guarda la ropa, todas esas prendas de colores que nunca más se va a poner. Siempre le gustaron los colores estridentes, de los que luego se avergonzaba un poco; mientras que del corte nunca hizo demasiado caso, sino que le gustaban las camisas tipo túnica, largas y anchas, los vestidos ceñidos a la cintura, las faldas plisadas, y es que en realidad ni tan siquiera hoy sabe qué es lo que le sienta bien; y ya nunca lo va a saber. Pasea la mirada por la mesa de café redonda que su hija la obligó a comprar hace muchísimos años, llorando amargamente en la tienda, aunque ya no era tan niña, vosotros me habéis obligado a ir a vivir a ese asqueroso piso y encima me habéis dado la habitación más pequeña, así es que por lo menos compradme los muebles que a mí me gustan. Deja de llorar, le había reñido, que todo el mundo te está mirando, pero ni qué decir tiene que cedió, y entre las dos se llevaron la mesa, que resultó pesar muchísimo cuando la subían por las escaleras a esa misma habitación, que entonces era la de su hija, donde la pusieron en el centro, haciendo resaltar, por lo bonita que era, la vulgaridad de los demás muebles.

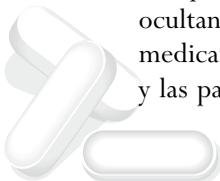
Pero ahora esa mesa también tiene sus años y parece haber absorbido el tiempo, de tan descolorida como está, sólo que las cajas de los medicamentos ocultan, de cualquier modo, la maciza madera de roble, tan compacta, unos medicamentos que le han curado la infección pero le han producido alergia; y las pastillas contra la arritmia; y los analgésicos; y los comprimidos para

bajar la tensión, que la debilitaron hasta el extremo de que se cayó y se hizo muchísimo daño, por lo que desde entonces apenas puede andar; y a veces le gustaría amontonarlas todas juntas, tan coloridas, y plantar unos arriates de pastillas en la cama, clasificarlas por colores y dibujar con ellas una casita, un tejado rojo, unas paredes blancas, un césped verde, un padre, una madre y dos hijos.

¿Qué fue de todo aquello?, se pregunta, porque ya no pretende saber por qué sucedieron las cosas como sucedieron, ni qué sentido tuvieron, sino simplemente qué fue lo que hubo, cómo es posible que los días hayan avanzado hasta hacerla llegar a esa habitación, a esa cama, con qué se llenaron las decenas de miles de días que fueron trepando por ese cuerpo como las hormigas por el tronco de un árbol, porque ahora que quiere recordarlo no lo consigue. Aunque se esforzara y reuniera todos sus recuerdos juntos como si se tratara de unas viejas notitas, y las juntara unas con otras, sólo conseguiría reconstruir unas pocas semanas, pero ¿dónde estaba todo lo demás?, ¿dónde estaban todos sus años?, porque lo que no recordara ahora ya no existiría más, y hasta puede que nunca hubiera existido.

Lo mismo que después de un gran desastre, se le impone ahora al final de la vida la lucha contra el olvido, el deber de que permanezca el recuerdo de los muertos y de los desaparecidos; y al volver ahora a mirar hacia la ventana, tiene la impresión de que ahí la está esperando ese lago que desapareció ante sus mismísimos ojos, el lago brumoso y los pantanos que lo rodeaban, tan suaves, con sus vapores, haciendo brotar cañaverales enteros de papiro, más altos que un ser humano, de los que salían volando las aves migratorias con su conmovedor batir de alas. Allí es donde estaba su lago, en el corazón del valle, sumergido entre las laderas del monte Hermón y los montes de Galilea, acorralado entre unos puños de lava petrificada; si pudiera acercarse a la ventana podría volver a verlo, así que intenta incorporarse, medir la distancia con los ojos, la mirada vagando de la ventana hasta sus doloridas piernas. Desde que se cayó, el hecho de andar se le hace una especie de levitar peligrosísimo, pero el lago está ahí, esperando su mirada, doliente como ella, levántate, Hemdeleh, oye que le dice su padre, venga, otro paso, sólo un pasito más.

**Lo mismo que después de un gran desastre,
se le impone ahora al final de la vida la lucha
contra el olvido**



Ella fue el primer niño que nació en el kibutz y por eso se reunieron todos los miembros en el comedor comunitario para verla dar sus primeros pasos. Se diría que todas las añoranzas por los hermanos pequeños que habían dejado en el extranjero, por su propia infancia, interrumpida por la terca ideología, las añoranzas también por el amor a sus padres, a los que no habían visto desde que se vinieron y los dejaron, a unos encolerizados y a otros con el corazón roto, era lo que los había reunido allí a todos, en el comedor que acababan de construir. Con los ojos resplandecientes la observaban animándola a que anduviera, por ellos, por sus ancianos padres, por los hermanos que entre tanto habrían crecido y que al cabo de unos años serían aniquilados; y ella, aunque asustada, quería complacerlos, así que se irguió sobre las vacilantes piernecitas agarrada a la mano de su padre, ¿le olerían ya entonces los dedos a pescado como más adelante, cuando se mudaron al kibutz de al lado, donde estaban el lago y los pantanos, el kibutz que fue creado para desecar ese mismo lago y sus pantanos? Y ella adelantando un pie tembloroso justo en el momento en el que su padre le soltaba la mano y todos los presentes gritaban de júbilo y le aplaudían armando un estruendo terrible, que es cuando se cayó de espaldas y se echó a llorar bajo la mirada celeste de su padre, que la insta a levantarse para volverlo a intentar, para mostrar a todos que puede superarlo, sólo un pasito más, pero allí está tendida, sabiendo que ese regalo no se lo va a poder hacer y sabiendo también que él nunca se lo va a perdonar.

Y desde entonces se negó a andar durante dos años enteros, hasta los tres años tuvieron que llevarla en brazos como si fuera paralítica, aunque las pruebas no revelaban nada, y ya estaban considerando si llevarla a un famoso médico de la lejana Viena, porque los niños que habían nacido después de ella ya correteaban y ella era la única que seguía echada de espaldas en el corralito, los ojos siempre alzados hacia la copa del pimentero, las bolitas rojas como pastillas colgándole de las ramas y ella sonriéndoles porque eran las únicas que no la animaban a que se echara a andar, las únicas que aceptaban su estática existencia, porque, lo que era su padre, no había renunciado, y con un fuerte sentimiento de culpabilidad la llevaba de médico en médico, no fuera que hubiera sufrido un daño cerebral en aquella caída, hasta que un especialista de Tel Aviv sentenció que en el cerebro no había ningún problema, que lo único que sucedía era que tenía miedo a andar, así que había que encontrar algo que le diera más miedo.

¿Pero por qué vamos a tener que meterle todavía más miedo?, le preguntó el padre, y el médico le respondió, no hay más remedio, si quiere que empiece a andar consiga que lo tema más a usted que a andar; y desde entonces su bien parecido padre le ataba a la espalda una toalla que sujetaba

como si fuera unas riendas, y la empujaba a caminar delante de él, pegándole sin piedad cuando ella se negaba. Lo hago por ti, Hemdeleh, dejaba él escapar entre dientes con voz ahogada, viéndole a su hija la cara hinchada por el llanto, para que seas como todos los demás niños, para que dejes de tener miedo. Y resultó que el médico tenía razón, porque a las pocas semanas ya andaba, aunque bamboleándose, su cuerpecito molido a golpes y horrorizada como lo estaría un animalito al que se entrena cruelmente y sin piedad y que cree imposible conseguir lo que se le impone, un ser sin propósito, sin alegría, que comprende vagamente que, aunque consiga llegar a andar, aunque consiga incluso correr, ya no va a tener a dónde.

Aunque sin propósito y sin alegría, esa mañana le parece sin embargo que sí tiene a dónde ir, a la ventana, Hemda, a ver tu lago que te susurra sus pensamientos. Si yo he venido hasta ti, murmura, si he reunido todas mis aguas verdosas, los peces, las plantas y las aves migratorias, si he conseguido volver a formarme en esta ciudad montañosa junto a tu ventana, a pesar del terrible cansancio en el que estoy sumido desde mi desaparición, ¿no te vas a levantar tú de tu lecho para acercarte a la ventana a verme? Y ella le contesta con un suspiro, hace tan sólo unas pocas semanas podía recorrer el pasillo a paso lento, ¿por qué no viniste entonces?, ¿por qué has tenido que venir precisamente ahora, tras la caída?, pero no eres sólo tú, desde siempre todo me llega o demasiado pronto o demasiado tarde; pero el lago le envía un soplo de brisa húmeda, hace decenios que me estoy formando de nuevo gota a gota, rama a rama, ala a ala, sólo por volver a aparecerme ante ti, para verte, ven a mí, Hemda, ven a la ventana, y ella mueve la cabeza maravillada, ¿adónde han ido todos esos años?, ¿para qué existieron siquiera si no han dejado rastro, si lo único que queda es una adolescente que ansía bañarse desnuda en su lago?

Con unos dedos deformados intenta arrancarse de la piel el camisón que, llena de resentimiento, recibió un día de su hija como regalo. Siempre se le avinagraba el semblante ante los regalos de ésta, aunque se trataba de regalos bonitos y generosos, siempre ofendía a su hija justo en esos momentos en los que quería agradecer. Ábrelo, mamá, la animaba, estuve dando vueltas durante horas por las tiendas hasta encontrar algo que te pudiera gustar, ábrelo ya de una vez, Pruébatelo, ¿te gusta? Y ella desgarraba el elegante papel de regalo, palpaba con recelo, porque el suave tacto de la tela, los aromas extranjeros que emanaban de ella, las imágenes que escondía detrás, los paisajes por los que había estado su hija sin ella, todo eso le despertaba una cólera repentina que la hacía mascullar, de verdad, gracias, Dina, no tenías que haberme traído nada, y estrujaba el envoltorio vacío, sorprendida ella misma por lo incómoda que se sentía. ¿Por qué cualquier obsequio que le

hiciera le provocaba un sentimiento tan grande de culpa?, mientras que eso no le sucedía con su verdadero y desproporcionado deseo, llévame contigo, le habría gustado decirle, en vez de traerme recuerdos de tus vivencias por separado, y Dina la miraba ofendida, ¿no te gusta, mamá?

Me encanta, me gusta demasiado, ¿sería ésa la respuesta correcta que nunca fue pronunciada?, me gusta demasiado o demasiado poco, demasiado tarde o demasiado pronto; y a continuación devolvía la prenda a su envoltorio y la metía en las profundidades del armario, y sólo después de mucho tiempo, cuando la ofensa era ya tan grande que resultaba imposible de reparar, se ponía con rabia aquel regalo olvidado —un jersey, una bufanda, un camisón estampado con unas flores grises, ¿dónde se ha visto una flor gris?—; y ahora lucha por liberarse de la manga que no sale, los ojos deteniéndose sorprendidos en el pecho desnudo, porque ve que sus pezones son unas flores grises de cabeza inclinada en la superficie de sus planos pechos, unas flores grises, arrugadas, marchitas. Los dedos palpan recelosos los pliegues de la piel y en ese momento se acuerda del más pequeño de sus nietos, de cuando se lo sentaron en las rodillas en la comida de un día de fiesta de hace unos meses y se tiró por encima un vaso de agua; ella le quitó la camisa y el niño estiró el brazo desnudo y lo examinó maravillado, como si lo viera por primera vez, moviéndolo hacia arriba y hacia abajo, y a continuación se tocó la suave piel del vientre disfrutando de su contacto. Aquello había sido un virginal baile amoroso, un himno al amor hacia uno mismo, si es que la conciencia del niño había llegado a captar que se trataba de su vientre, lo mismo que ella no sabía si su propia conciencia podría hoy reconocer que realmente era la dueña de ese debilitado cuerpo. Pero no, porque todavía le parecía que su vejez no era más que una especie de suciedad que se le había pegado con los años, o una enfermedad pasajera, una especie de lepra, y que en cuanto llegara al lago, en el momento en el que se sumergiera en sus aguas, su cuerpo se vería curado, como el general del ejército arameo que se bañó en el río Jordán siete veces y se curó de la lepra.¹

Venga, Hemda, pon el pie en el suelo, apóyate en la pared, intenta mantenerte bien recta, junto a la cama te espera el bastón, pero no lo necesitas, sólo me necesitas a mí, como entonces, cuando eras una garza en migración y buscabas cobijo entre los abanicos de las cañas de papiro. ¿Te acuerdas de que nadabas desnuda en invierno, buceando en el agua que parecía quemar de lo helada que estaba, hasta que enfermaste y tu padre no te dejó volver, pero tú te escapabas para venir a mí, y tirabas la ropa en

¹ II Reyes, 5, 1-8. (Todas las notas son de la traductora).

la orilla, y un día llegó y al encontrarte ahí te ordenó salir, y cuando saliste desnuda él echó a correr en estampida y desde entonces dejó de salir a buscarte y nos quedamos solos, aunque nos faltaba algo?

¿Y tu madre, dónde estaba? Una y otra vez es su padre el que intenta hacerle las trenzas con sus manos torpes que huelen a pesca, el que la empuja a que salga a correr y a subirse a los tejados del kibutz como los demás niños con los que nunca consiguió hacer buenas migas porque saltaban de tejado en tejado como unos pequeños simios mientras ella se moría de miedo y se negaba a intentarlo, hasta que él aparecía con su amenazante mirada azul clavada en ella, ¿de qué te da más miedo, del salto o de mí?, ¿la vida o la muerte?, y entonces ella empieza a trepar con gran esfuerzo, maldiciéndolo y llorando, malo, eres muy malo, se lo voy a contar a mamá.

¿Pero dónde estaba tu madre?, le pregunta su hija cuando se digna a escuchar esas historias que se sabe al detalle pero que no dejan de sorprenderla y de inquietarla cada vez que las oye otra vez, ¡te criaste sin madre!, le anuncia con gran satisfacción, y Hemda se rebela, no, estás completamente equivocada, yo quería muchísimo a mi madre y ella también me quería, nunca dudé que me quisiera; pero Dina no cede, porque las conclusiones que se derivan de ello son fáciles de deducir: como creciste sin madre no es de extrañar que no hayas sabido ser madre, y de ahí que yo tampoco tenga madre, y hasta mi hija ha sufrido las consecuencias, ¿ves cómo la ausencia de tu madre, con la que estabas enfadada, nos ha influido a todos?

Estás completamente equivocada, le dice negando con la cabeza, yo no estaba enfadada con mi madre, porque sabía que trabajaba muy duro. Trabajaba en la ciudad y venía a casa sólo los fines de semana, y cuando se fue un año entero, no la reconocí cuando volvió, creí que era una extraña que había asesinado a mi madre, pero tampoco entonces me enfadé, porque comprendí que no le había quedado más remedio. Vosotros, con vuestros enfados, Avner, tú y toda vuestra generación de caprichosos, ¿qué conseguís con eso de quejaros tanto? Aunque a veces le parece que ella también está enfadada, que siente una cólera terrible, asesina, y no sólo contra sus padres, no sólo contra su padre, que a su manera, aunque dolorosa, tanta entrega le demostraba; ni contra su madre, siempre ocupada; sino contra ellos, contra sus hijos, y sobre todo contra esa hija que ya tiene canas.

¿de qué te da más miedo, del salto o de mí?,
¿la vida o la muerte?

Ayer mismo le trenzaba la rizada y negra cabellera, los dedos vacilantes hundidos en sus profundidades, como los dedos de su padre en el pelo de ella, una cabellera que hoy se ve descolorida, metálica, porque su hija no se tiñe el pelo como hacen la mayoría de las mujeres de su edad, sino que como signo de protesta luce una melena gris que le ensombrece su cara de muchacha, y a Hemda le parece que también eso es algo que va dirigido contra ella, porque su hija es capaz de sufrir cuanto sea por torturarla a ella, sólo para demostrarle que aquellos días, los de la infancia, se han perdido ya indefectiblemente, y por eso se abandona, se mata de hambre, de año en año se la ve más demacrada, y eso que su hija ya es de por sí mucho más delgada y baja que ella. Las mujeres de la familia parecen irse anulando; tanto que se diría que dentro de dos o tres generaciones se extinguirán, mientras que su hijo se infla, hasta el punto de que a veces le cuesta reconocer en ese hombre tan orondo que se está quedando calvo y que jadea pesadamente a su guapísimo hijo que heredó de su abuelo esos ojos de un celeste muy poco común; y a veces lo mira con un escalofrío, porque le parece que ese hombre ha asesinado a su hijo y lo ha suplantado durmiendo en su cama, criando a sus hijos, lo mismo que sospechó que había hecho la mujer extranjera que regresó de Estados Unidos hacía ya muchos años y que corrió hacia ella para besarla arguyendo que era su madre.

Todo el kibutz la esperaba en el césped para recibirla a su regreso de una larga estancia en el extranjero como representante de su país, y solamente ella se había escondido en un árbol, como una monita a su pesar, y observaba desde allí la tensa expectativa que no era sentida, porque ¿cuál de aquellos niños se acordaba de su madre si ella misma la había olvidado, y cuál de aquellos adultos la esperaba, realmente, excepto su marido y un puñado de familiares y amigos? Porque la mayoría la envidiaba, sobre todo las mujeres que trabajaban horas y más horas en los turnos de la cocina, de la casa de los niños,² en la huerta, en la sala de costura, en el almacén, vestidas con una ropa de trabajo azul y las piernas moradas por las varices; mientras que solamente ella, la madre de Hemda vestía trajes ingleses y trabajaba en un despacho en la ciudad, y en ocasiones ni siquiera eso le bastaba y se marchaba del país para representarlo vete tú a saber ante quién. Todas esas palabras las oía oculta entre las ramas, y si no las oía, las adivinaba, y cuando no las adivinaba las pronunciaba ella misma, cómplice hostil de una

2 Hasta los años ochenta del siglo xx, los niños criados en los kibutz no vivían con sus padres, sino en unas casas especiales con otros niños de su edad y atendidos por unas cuidadoras. A medida que iban creciendo, iban pasando a otras casas en las que vivían con sus compañeros, hasta que entraban en el ejército. La idea consistía en que la educación de los niños y adolescentes era responsabilidad de toda la sociedad del kibutz.

expectativa hostil, porque no era a ella a quien esperaban, sino al fresco soplo de aire proveniente del gran mundo, la esperanza, el dulce recuerdo, todo eso que era lo único que podía llevarles la mujer que ahora se apeaba pesadamente del oscuro Hazzard. ¿Pero quién era? Incluso a través de las altas ramas veía que no era su madre, la larga trenza había desaparecido, tenía la cara más llena y muy pálida, los movimientos torpes, así que triste y compungida bajó del árbol y nadie se dio cuenta de que desaparecía, lo más deprisa y lo más lejos posible, hacia el lago.

Tú no eres mi madre, acabaría por gritarle cuando volvió a la habitación de los padres³ plantándose ante ella, y aquella mujer ajena la miró con pena, la mirada extrañamente clavada en los botones afilados que tenía por pechos a los doce años, cubiertos por una camisa sucia. Pobrecita mía, que abandonada estás, le dijo, como si no fuera ella misma la que la había abandonado, aunque enseguida intentó tranquilizarla: he estado enferma mucho tiempo, Hemdeleh, he estado internada en un hospital, por eso me han cortado la trenza, he tenido infección de riñones y se me ha hinchado la cara; y Hemda buscó en el rostro que tenía enfrente las conocidas marcas de la varicela, los dos pequeños hoyuelos que tenía entre la barbilla y el labio. Tú no eres mi madre, repitió decepcionada, no tienes las cicatrices, y entonces la mujer se palpó la barbilla, las tengo, sólo que no se me ven, mira, aquí, y Hemda se echó a llorar, ¿dónde está mi madre?, ¿qué le has hecho a mi madre? Y al instante se refugió junto a los delgados muslos de su padre, no lo toques, no le hagas lo mismo que le has hecho a mi madre, ahora sólo me queda él; y durante las primeras noches daba vueltas y más vueltas en su cama de la casa de los niños, viendo con los ojos de la imaginación a esa mujer que había poseído a su madre morderle ahora los muslos a su padre lo mismo que se come un pollo asado, chupándole los huesos, y pronto hasta le devoraría a ella la poca carne que tenía y los afilados brotes que tenía por pechos.

Dos pechos, dos muslos, dos padres, dos hijos y, en medio de todos, ella, más preocupada por sus padres muertos que por sus hijos vivos. Había tenido un hijo y una hija, la parejita, la imagen cada vez más patente de la pareja que la había creado a ella, mientras que la tercera pareja de la familia, ella y su marido, siempre le había parecido un apeadero en el que hacer el transbordo entre las dos grandes ciudades; y ahora, al posar los pies en el suelo todavía fresco, a pesar de que fuera el aire se está caldeando, la ve

3 Los que eran pareja, y también los que ya eran padres, tenían una vivienda muy pequeña en el kibutz que llamaban «habitación», ya que los hijos no vivían con ellos sino en la «casa de los niños».

ante ella, a la primera pareja, a su padre con la ropa de trabajo azul y a su madre con la camisa de seda blanca y la falda plisada, la trenza adornándole la cabeza como una blanda corona de reina, a la orilla del lago y sonriéndole, señalando con las manos hacia las tranquilas aguas de color café con leche.

Es muy tarde, Hemda, hay que bañarse y marcharse a la cama, le dicen, mientras señalan todavía con la mano hacia el lago como si éste fuera una bañera destinada solamente a ella, mira lo sucia que estás, y ella corre hacia ellos con la respiración entrecortada, si no se da prisa el lago volverá a desaparecer, desaparecerán sus padres, tan jóvenes, pero le pesan mucho los pies, que se hundan cada vez más en el espeso cenagal, mamá, papá, dadme la mano, me hundo, unos tentáculos viscosos le acarician las caderas, aspiran su cuerpo hacia las profundidades del pantano, mamá, papá, me ahogo.

Reptad sobre el vientre. Recuerda la orden que el profesor de Ciencias Naturales les dio cuando salieron en una ocasión a buscar nidos de golondrinas y se encontraron con que el barro les atrapaba los pies. La boca, abierta para prorrumper un grito, se le llena de gachas de tierra, se asfixia, dadme la mano, pero sus padres siguen allí frente a ella, inmóviles, con una sonrisa en los labios, como si estuvieran presenciando una comedia, ¿no verán que se está hundiendo o querrán que perezca? El cuerpo se golpea con fuerza contra el suelo a los pies de la ventana, se diría que se la llevan, que las entrañas del barro le digieren a Hemda los tobillos. Así es como la desean en las profundidades de la tierra, nunca se ha sentido tan deseada, pero sigue luchando, intenta agarrarse a las patas de la cama, todavía no ha llegado la hora, es demasiado pronto o demasiado tarde, todavía no es el momento, y con lo que le queda de conciencia se arrastra hasta el teléfono, reptad como cocodrilos, gritaba el profesor, si no os hundiréis, y ahora la destrozada garganta todavía gime, Dina, ven deprisa, que me ahogo [...] •

TRADUCCIÓN DEL HEBREO DE ANA MARÍA. BEJARANO

ELI ELIAHU

LOS COBRADORES

A mediodía tocaron a la puerta (resultado de un malentendido con el ayuntamiento referente al pago del impuesto predial).

Entraron con pistolas, lanzando las facturas:

tantos metros cuadrados, dijeron,

tantas deudas acumuladas, los intereses.

Los retrasos. Vieron los libros en los libreros,

en el sofá, en la mesa. El más alto preguntó

si yo estudiaba un doctorado. No, respondí,

soy un poeta. Vio mi libro sobre la mesa,

lo abrió y leyó en voz alta: «El mundo se pela hacia atrás

como la piel de una serpiente gigante». Es bello, dijo, el mundo

se pela hacia atrás. De veras bello. Aceptaron

programar la deuda en partes iguales. De entre todos

los libros escogieron la línea de un poema y se fueron.

LA COMIDA

Como en cada Sabbat
nos reunimos. El timbre anuncia
a los que llegan. No hay
más amor aquí que en otras partes.
Cosas extrañas se dicen
a veces. Sobre la mesa
yacen dispuestos los cuchillos.

Lo que no se dice
se ha vuelto más afilado con los años.

Lo que el ojo no ha visto
lo rebanan ahora las miradas.

Los niños se sientan
en las sillas de los muertos.

הסעודה

כבדל שבת אנו
מהתבשרים. פגמוז הנלת מבשר
על הבאים. אין
פה יותר אהבה מקסומות אחרים.
לשנים נאמרים דברים
קשים. על השלחן
בקר כנחיים
הסביבים.

מה שלא באמר
התחנך עם השנים.

מה שלא האתה העין
נחתה כמבטרים.

על סאוח
הקחים
התשובו הילדים.

EL POEMA

Como un caracol
abandonado en la orilla,
no conserva más que una sospecha de aquello que sucede
en los abismos.

Pero, de vez en cuando,
alguien se agacha, lo recoge entre los granos
de arena, y mientras lo hace rodar entre sus dedos
abisma la mirada, y un pensamiento mudo
tiembla en él, por un instante
esquivando luego
todas las redes.

VERSIONES DE JORGE ESQUINCA,
A PARTIR DE LAS VERSIONES DEL HEBREO AL INGLÉS
DE VIVIAN EDEN («LA COMIDA») Y DEL HEBREO AL FRANCÉS DE RACHEL
UZAN («LOS COBRADORES») E ISABELLE DOTAN («EL POEMA»)

La mariposa de cristal

[fragmento]

MIRA MAGEN

ASÍ QUE TU MADRE va a volver. Los cabos sueltos están por atarse, el ciclo de tu vida está por cerrarse.

Nada se cierra; donde se amarra un nudo, otro se desata.

Por ejemplo, «tu padre ha muerto», cuatro palabras en las que ella le resumió el destino de su padre, eran un ciclo estrecho. Por años se esforzó por caber dentro de ese ciclo, hasta que éste reventó. Estaba regando las rosas de Mamá Ruth y su madre lo siguió hacia el patio, con su vestido amarillo, y sacó a su héroe muerto de la torreta del tanque o del paracaídas, o de las miras del cañón, lo lanzó ignominiosamente hacia la calle y le dijo: «¿Tu padre? Cruzaba la calle camino a comprar cigarros y lo atropelló un camión de basura. El conductor ni siquiera abrió la puerta para mirarlo». Así, con un solo golpe arrancó la insignia del pecho del hombre caído y rompió en pedazos el orgullo del pobre huérfano. «¿Por qué te emberrinchas?». Alargó una mano para tocarle el hombro y una costura reventó en la axila de su vestido amarillo, y ella dijo «Mierda», y retiró la mano y se fue.

Él soltó la manguera, la manguera se alzó escupiendo un poco de agua y cayó estremeciéndose al suelo, y el agua se regó en el camino, en la reja, en el mundo. «¡No es verdad!», gritó, «Maldito sea el vestido amarillo, odio ese pinche vestido amarillo». Agarró un puñado de rosas por el tallo, las estrujó, lanzó las rosas blancas contra la pared de la casa y las espinas le lastimaron los dedos.

Mamá Ruth escuchó el ruido, y se asomó por la ventana, vio el daño y sin preguntar ni qué ni por qué, se enfocó en reparar lo que podría repararse. «Cierra esa llave de inmediato. ¿Crees que soy una Rothschild? ¿Sabes lo cara que llegará la cuenta?».

Él no cerró la llave, se dejó ir sobre el arbusto, y arrancaba las rosas mientras mascullaba: «Mentirosa. No fue un camión, es una mentirosa».

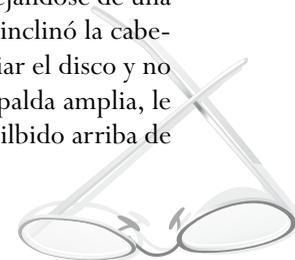
Mamá Ruth apretó el puño en la cornisa y anunció: «No te voy a quitar ninguna espina de las manos, ni una sola, escúchame bien».

Pero esa tarde, los dos sentados en silencio y frente a sus omelets, ella le dijo: «Déjame verte la mano un minuto», le extendió los dedos y le tocó la palma, «tienes todo un jardín plantado en tu mano. Dime, ¿lo que le falta a tu vida es una infección?». Se levantó, alcanzó la caja de costura con los cajones móviles, encendió un cerillo, calentó una aguja con la flama, se puso los lentes de lectura y se agachó sobre su mano y escarbó en la carne con la aguja, y él olía la berenjena frita que ella había comido, y se dijo: «No vas a hacer ningún sonido, cobarde. Agradece que nunca caíste de un avión sobre un campo de tunas, que tu paracaídas no se enredó en las espinas, que no te atropellara un camión». Pero cuando la aguja se clavó en la punta del pulgar y mordió como el diente de un perro, se tragó un grito y exclamó: «Es una mentirosa. No fue un camión». Mamá Ruth levantó la aguja de la piel y sus ojos del puente de sus lentes, y la expresión en su cara decía: «Eso no me incumbe. No voy a meterme entre tú y ella». Se levantó y le llevó dos malvaviscos color rosa: «Ten, come. Seguimos después». Él extendió su mano maltratada para que ella siguiera ahora, sin importar cuánto doliera, porque qué tanto es el dolor de una mísera espina comparado con el dolor de un huérfano de guerra que de pronto se convierte en un huérfano de un camión de basura. Si por lo menos fuera el huérfano de alguien que manejaba peligrosamente y volteó el coche. Pero, ¿un miserable peatón camino a comprar cigarros? Aplastó el malvavisco, redujo su volumen y se lo tragó junto con las lágrimas que le llenaban la garganta, y se atascó el segundo malvavisco en la boca también, para sofocar una grosería en contra del vestido amarillo que se hinchaba en su garganta.

«¿Necesitas un pañuelo?», le preguntó ella.

«No. Dos malvaviscos más», le respondió con la voz atragantada.

MANEJÓ HASTA EL ASILO de Mamá Ruth y se dijo a sí mismo que hoy la llevaría al patio trasero, que pondría la silla de ruedas entre los árboles, el viento era fuerte ahora y se haría más intenso y ella podría escuchar a los álamos que ya empezaban a llenarse de hojas. En sus años, cuando estuvo sana, cuando los vientos salvajes azotaban las ventanas y las persianas, salía a su jardín y se paraba entre los álamos, que se agitaban sonoramente. «Estos árboles hablan con inteligencia», decía, y disfrutaba de su conversación animada. Él pensaba en los álamos, y se acordaba de Iris. ¿Por qué se acordaba de ella? No sabía si era por la cara plateada de las hojas o por su lado oscuro. Ella no le había provocado nada cuando llegó a la clínica quejándose de una tos necia. Se quitó la blusa, lanzó su trenza hacia adelante e inclinó la cabeza. Él frotó el estetoscopio contra sus pantalones para entibiar el disco y no provocarle escalofríos, deslizó la moneda metálica por su espalda amplia, le instruyó para que respirara profundo y escuchó el delicado silbido arriba de



sus pulmones. Luego ella colocó su trenza sobre su nuca y él se aproximó hacia ella desde el frente, y le puso el estetoscopio en el pecho. Ella respiró profundo según sus instrucciones, y sus pechos se hincharon, se alzaron y se volvieron a hundir cuando ella exhaló. «Tiene bronquitis», le dijo a ella. «Vístase». Se sentó para teclear el diagnóstico y la receta en la computadora, y un minuto después de que ella salió del cuarto perdió la cabeza.

Esa tarde, cuando revisó la lista de pacientes, sus quejas y sus tratamientos, vio: «Iris Shalom, bronquitis aguda. Soltera. Treinta años». Su padre era Shalom Shalom, su paciente corpulento que sufría por ser asmático. Ella le ayudaba en la ferretería Todo Para la Casa y el Jardín. Recordaba que los dedos que abotonaron la blusa rápidamente estaban manchados en las puntas. No recordaba sus pechos. Después de poco tiempo, se dio una vuelta por Todo Para la Casa y el Jardín a comprar una calza para la puerta. Ella estaba parada detrás del mostrador y le explicaba a un cliente cómo instalar un grifo con dos salidas. Ella usaba un overol de mezclilla que escondía su figura y la hacía ver torpe. El cliente examinó el folleto que venía con el producto y ella recogió los tornillos, las argollas de hule, las baterías, los clavos, registraba el precio del lavabo, le regresó el cambio y volteó a mirar al doctor con una expresión que decía: «¿Y qué puedo hacer por ti?». Ella en sí no dijo nada. Y sus ojos eran como semillas de níspero. Él le dijo y vio cómo su padre se aproximaba desde el fondo de la tienda, respirando con trabajo, su camisa reventando sobre su pecho amplio. «Doctor Uriah. Qué honor. ¿Le ofreciste café al doctor, Iris?». Ella le dijo: «No», y sus nísperos reflejaron un silencio suave y terso. Las manos de ella, manchadas, estaban sobre el mostrador, jugando con un pequeño resorte de metal.

«¿Nu?», la animó el padre, y ella se quedó donde estaba. «Papá, vino por una calza para la puerta».

Si él hubiera sido un director de cine, habría obligado a la audiencia a permanecer sobre los dedos manchados de ella, y sobre el mostrador que la separaba a ella de su padre que respiraba trabajosamente en el fondo, para así impedirle relajarse en sus asientos.

«Siéntese, doctor». Shalom Shalom trajo un banquito, lo limpió con el dorso de la mano, «Nu, Iris, pon la tetera».

Ella se estiró para agarrar la tetera que estaba detrás de ella, y cuando escuchó: «NO, gracias, tengo prisa», regresó la mano al mostrador. Idiota, se reprendió él, por qué estás colaborando con este Shalom Shalom, como si no tener prisa te hiciera merecer café. Como si el hecho de que tú sepas algo sobre la infección de los tubos bronquiales te diera el derecho de recibir un banco y una taza de café. Una cucharadita de café cuesta más que la miserable calza que acabas de comprar.

Mamá Ruth amaba los nísperos. Pelaba la fruta y la comía sin lavar. Él se los comía como estaban, con el polvo en la cáscara, y cuando estaba hambriento se tragaba las semillas y todo. Durante el periodo de la calle Ben Yehuda 36, no se tragaba las semillas. Las guardaba y las recolectaba, y mientras que su madre limpiaba las escaleras o iba al departamento del profesor para «tomar un poco de aire fresco» las intercambiaba. Diez valían una canica usada, cinco valían la migaja de atención que le otorgaban estos intercambios fútiles.

«No es necesario, doctor, lléveselo gratis», le dijo Shalom Shalom cuando lo vio sacar su cartera.

Pero él mantuvo su cartera abierta y preguntó: «¿Cuánto es?».

«Cuatro shékels», le respondió ella, y barrió las monedas hacia dentro de la caja registradora, ignorando las protestas de su padre: «Iris, pero ¿qué te pasa? Un poco de respeto...». Él jadeó y ella abrió el cajón y le entregó un inhalador. «Aquí tienes, papá, inhala».

Él tomó su pequeña bolsa con la calza dentro, salió de Todo Para la Casa y el Jardín y se regañó a sí mismo: «Mira lo que has hecho, compraste una triste calza para la puerta y los obligaste a mostrar sus debilidades. Él se humilló ante ti, ella se rebeló, él se enfadó. Ella fue impertinente, él intentaba jalar aire, ella... ¿ella qué?». Él no sabía. En la tarde taladró un agujero en el piso y colocó la calza y recordó la vena que se estiraba en su cuello cuando ella se volteó para alcanzar la tetera. Después la olvidó. Algunos días después ella llegó a la clínica en pánico, se saltó la fila, le dijo que su padre estaba teniendo un ataque de asma y le pidió una referencia para ir a Urgencias, se hincó para amarrarse la agujeta y tiró todos los contenidos de su bolsa. Él se paró de su silla para ayudarla a recoger sus cosas y recogió las páginas de una partitura musical que se deshojaron bajo su silla. Ella le agradeció brevemente, dobló la referencia para Urgencias y salió. ¿Qué tenía que ver ella con la música?, se preguntó. Si tocaba el piano, sus dedos mancharían las teclas. Por otro lado, el cuello largo y la trenza modesta iban con el piano.

Shalom Shalom estaba hospitalizado en el quinto piso, dos pisos arriba de él Eliana estaba haciendo su residencia en neurocirugía. Él fue a visitarlo y se dijo que tendría que ir después a encontrarse con Eliana y comer con ella.

La panza inflada de Shalom Shalom se alzaba debajo de la sábana, su cuello estaba enrojecido y sus ojos hinchados. Él le hizo una seña para que se olvidara de las cordialidades y ahorrara su energía para respirar. Se inclinó sobre él y le dio la mano, y entonces ella entró cargando una botella verde de orina.

«Tráele una silla al doctor, Iris», le ordenó, toscó, Shalom Shalom. Ella se lavó las manos en el lavabo y regresó a pararse junto a la cabecera de la

cama, puso sus manos sobre el marco de la cama y él se dio cuenta de que las manchas en sus dedos se habían desvanecido.

Uno de los doctores del piso entró y lo reconoció de la escuela de Medicina. Le dio una ojeada al historial del paciente y dijo: «¿Así que eres un médico general? Es otro mundo. Algo completamente distinto. Un hospital, como sabes, no es una vacación en el campo. ¿Es tu paciente?». Sus ojos se detuvieron sobre el estómago que alzaba la sábana.

«Él es mi paciente», le dijo y no respondió a la mirada que lo invitaba a realizar una consulta susurrada en un rincón del cuarto, no quería que Shalom Shalom adivinara su prognosis no muy afortunada a partir de un entrecejo fruncido y que apresara su respiración dolorosa mientras discutían su destino entre ellos. El doctor escribió algo en el historial, miró brevemente la pantalla del monitor. Su localizador sonó y lo sacó al corredor y más allá. Shalom Shalom suspiró y cerró los ojos.

Él puso su mano sobre su hombro, le dijo «Adiós» y salió, y ella lo alcanzó en el corredor, se detuvo un paso enfrente de él y le preguntó cuáles eran las probabilidades que tenía su padre de recuperarse del ataque. Una luz sesgada penetraba por la ventana e incendiaba una brasa en sus semillas de níspero. Él le explicó la naturaleza del broncoespasmo de su padre y el daño que habían hecho los esteroides, le dijo que su condición se había agravado desde el ataque previo, pero que parecía que se recuperaría esta vez también. A la distancia vio a su compañero de clase caminando aprisa por el corredor con su bata ondeando. Hice bien al dejar este lugar, pensó. Hice muy bien. Se me sugirió que tenía excelentes posibilidades de avanzar y resistí la tentación y regresé a trabajar en una clínica de barrio. No había avance. No había aplausos de colegas elogiosos. Él estaba contento de que su bata no estuviera ondeando por estos corredores. Si se hubiera quedado aquí, no habría podido dejar de medir qué tanto más lejos había llegado que la persona abajo que él y qué tan pronto la persona de arriba lo sentiría respirándole en el cuello, y preocupándose por el asombro que inspira uno y la inferioridad del otro. Esto sin mencionar el hecho de que aquí las camas eran permanentes y los pacientes cambiaban; uno tocaba enfermedades, no personas.

Y aun así todo era extraño porque lo que en realidad quería ser era un director de cine, pensaba que crearía e inventaría nuevos personajes, y en cambio estaba cuidando de los males de los existentes.

«¿No exageran aquí con los esteroides?», le preguntó ella, y él vio que la luz se había movido de sus ojos y ahora trazaba una línea vertical en la pared. Por lo menos la tierra obedecía la ruta que estaba trazada para ella, sin retroceder o adelantarse.

«Los esteroides le están salvando la vida», dijo él. «¿Cómo te está yendo a ti sola con la tienda?».

«Ahí voy», ella deslizó su dedo por el estrecho canal de la ventana e insistió, «pero esas drogas lo están dejando hecho una ruina».

«La opción está entre ser una ruina o dejar de ser completamente», le dijo. Si ella hubiera sido más vieja o más fea, él le habría tocado el brazo o le habría apretado la mano para mostrarle su simpatía. Pero ella era joven, y sus ojos eran atemorizantemente serios, era probable que ella cometiera un error y entendiera una intención distinta a la que él habría querido.

«¿Tocas un instrumento?», se acordó de las páginas de la partitura tirada bajo su silla.

«Canto», le respondió seca y dejándole claro que nada la distraería del asunto por el cual estaban los dos parados junto a esta ventana. Él era doctor. Su padre estaba enfermo. Ella estaba tomando la parte de su padre en esta conexión. Ni más ni menos. Su dedo escarbó nerviosamente en el canal de la ventana y se detuvo. Ella miraba más allá de la ventana y dijo: «Estudié en la academia de música, pero desde que su asma... vendó materiales de construcción».

Él permaneció en silencio. No le dijo que lo sentía ni que ella podría ser lo que quisiera ser. Intentó imaginarla en un vestido de noche parada en un escenario cantando, y su imaginación no logró sacarla del mostrador de Todo Para la Casa y el Jardín, ni arrancarle los overoles de mezclilla y vestirla con ropas finas.

Ella regresó a estar junto a la cama de su padre, y él se fue al elevador y se decía a sí mismo: «Vas a ir a comer con la mujer a la que amas y tus pasos son pesados».

La bata blanca le iba bien a Eliana, estaba toda desabrochada y ondeaba, el gafete rebotaba sobre su pecho al tiempo que se acercaba a él. Él escuchó el golpeteo de sus tacones y pensó: «Es una de esas que ascenderán alto y de prisa, sus piernas nacieron para este ascenso, fornidas, decididas, bellas». Llena de energía y de vida, le contó acerca de un estudiante que había querido salvarse de ser reservista y fingió tener un problema neurológico en la columna, y engañó a los médicos hasta que una de las enfermeras se dio cuenta de lo fácil que se quitaba la pijama y comenzó a sospechar. Ella masticaba y mordía entre las palabras y él se comió un pescado frito e hizo un esfuerzo por escucharla. «Qué es lo que te tiene así de apesadumbrado, ella te está contando sobre los síntomas de un estudiante que puso en ridículo al sistema, describe la espalda jorobada y la cojera fingida, y tú, qué te está molestando, no dejes que el dedo que escarbó nerviosamente en el canal de la ventana escarbe en ti ahora». Los colegas de Eliana pasaron cargando

charolas de comida, se detuvieron a decir «Hola», «Adiós» y «Qué hay de nuevo» y mientras tanto él le miraba a ella las manos y examinaba el dedo que estaba enrollado al asa de la taza. Un dedo más delicado que el dedo de la joven que aprendió a cantar arias, y que ahora estaba vendiendo empaques de hule para los lavamanos y atornillando grifos que le habían hinchado los músculos, le habían engrosado los tendones y le habían endurecido la piel.

TENÍA TRES AÑOS cuando se dio cuenta de que su meñique izquierdo estaba permanentemente chueco, y desde entonces sus ojos han buscado los dedos de otros. Eva le dijo: «Ves, cariño, tienes un dedo con carácter, uno que no se alinea con los demás, que hace lo que quiere». Mamá Ruth estaba furiosa: «Cualquiera pensaría que las personas que no se alinean son más felices. ¿Qué es el carácter, a todo esto; puedes comprar pan en la tienda con él?». Ahora, las enfermeras en el asilo de Mamá Ruth le decían: «Tu abuela tiene carácter. Cuando no quiere algo, ni ir a juicio ayuda».

Hoy la llevaría hasta los álamos, y si no le daban espasmos en la mejilla y temblores en su mano, le diría que Eva está por regresar. Manejó su coche despacio. «Música para funciones», estaba escrito en el coche enfrente de él. Música. Iris entró de nuevo en su mente, como un espasmo, hizo que un nervio en su sien saltara y se apagara. «Qué tiene que ver ella conmigo», pensó irritado. Desde que compró la calza de la puerta no ha vuelto a Todo Para la Casa y el Jardín, cuando necesita algo va a otra tienda. «No me atrae», pensó, «no me interesa más de lo que muchas otras mujeres, y sin embargo te deja con una sensación de algo no resuelto, algo que no está completamente claro, como un libro que no te interesa particularmente pero que no puedes dejar hasta que no sepas en qué termina». Una vez ella iba caminando unos metros más adelante que él en la calle, y él apuró el paso para alcanzarla. Iba con un vestido negro. Él supuso que iba camino a alguna función del coro del barrio o de un ensamble local. Una bolsa lisa color café colgaba de su hombro, en la otra mano llevaba su abrigo. Su caminar era tan simple y decidido como su apariencia, sin ostentaciones ni refinamientos ni blanduras. Cuando estuvo cerca de ella caminó más despacio y ocultó su entusiasmo, le preguntó cómo estaba su padre y pensó: «Cobarde, si se tratara de su padre no habrías apurado los pasos». Ella emitía un delicado aroma a jabón, su trenza estaba mojada y dejó un marca oscura en la tela negra.

«Apenas sobrevive», contestó ella mientras caminaba.

«¿Y tú?».

«Tengo un asistente en la tienda, así que puedo respirar».

«Quieres decir, cantar».

Sonrió a medias y luego su expresión volvió a ser seria. Le preguntó que dónde cantaba. En el coro municipal. Sí, tenía algunos solos. ¿Qué cantaban? Todo. En ese momento estaban ensayando música romántica del siglo XIX. Chopin. Mahler. Intentó imaginarla en el escenario, estirando el cuello largo, abriendo mucho la boca como una cantante en una pintura de Degas de tal manera que la gente en la primera fila podía verle las anginas en lo profundo de la garganta. Se acordó de lo rojas y endurecidas que estaban sus anginas cuando fue a verlo con bronquitis, cuando respiró profundo y sus pechos se levantaron. «Hace el amor como canta», pensó, «seria, silenciosa, sin humor, a plena luz, con la misma naturalidad con la que canta y cambia un grifo». Ella cantaba música romántica y no había nada de romántico en ella. Nada de perfume, nada de maquillaje, estaba dispuesto a apostar que sus calzones eran blancos y de algodón. Caminó con ella hasta la esquina. Se paró en el cruce. «Doy vuelta aquí», le dijo. «Si de verdad te interesa, puedo conseguirte boletos para un concierto».

Los consiguió. Acudió a recoger las medicinas mensuales de su padre y puso los boletos en su escritorio. «No me costaron nada», se negó a tomar su dinero.

El día del concierto estaba cansado y desinteresado y fue a regañadientes. Se mezcló con la audiencia que entraba, fue engullido por ella, y se mezcló con ella al salir. «Ella no me vio, pero yo sí a ella. No es mala, pero, como pensaba, no es ninguna romántica».

«Estuviste muy bien», le dijo cuando fue por las medicinas de su padre. «Fui al concierto».

«Lo sé, te vi». Lo miró con sus dos semillas de níspero. «Cuando estoy en el escenario siempre hay alguien o algo para quien canto. Esta vez fuiste tú».

Estaba alarmado. «Burro. ¿Por qué la estás engañando?».

«No te preocupes», ella le adivinó el pensamiento. «No pienso que te hayas enamorado de mí ni nada, pero cuando estás frente a un público, siempre hay alguien en quien te concentras y por quien te esfuerzas. Y permíteme ser clara, yo tampoco me he enamorado de ti, simplemente eres nuestro doctor».

Se sintió aliviado y también sintió una punzada en el corazón. Si ella no fuera la hija de su paciente, él la habría llevado a algún lugar silencioso para tomar café, no en pos de algo en el futuro, sino en nombre del pasado. Su franqueza, su solidez, su estabilidad le recordaban a Mamá Ruth. Un día ella también sería el pilar de alguna familia, un apoyo para los endeblés, un ancla para los vacilantes.

Manejó despacio. Estaban comiendo sus papillas, y no molestaría a Mamá Ruth ahora, llegaría después de que la cambiaran. Y pensar en alguien

dándole de comer papilla en la boca y limpiándole la baba de la barbilla a su puerto seguro...

EN ESTA CALLE por la que manejaba ahora, como en muchas otras calles, Eva lo había arrastrado a él y sus triques y le había dicho: «¿Estás llorando? Olvídate de Mamá Ruth». Ella había colocado su puesto de madera en el pavimento y él se había sentado en un cojín a cuadros junto a sus pies, le contó los dedos, se durmió o lloró. Tenía cuatro años. El mundo era malicioso y abrasivo, y Mamá Ruth era su puerto seguro. Desde las alturas del cojín en el que se sentaba veía los pies de las personas que se detenían para ver a las mariposas, sus sombras caían sobre el cojín y lo arropaban, y cuando regateaban por alguna imperfección en el cristal, el intervalo de sombra se alargaba hasta que el cliente se rendía o se iba. Una vez se detuvieron un par de sandalias grandes, con dedos gigantes que salían de ellas. Las pulseras en el tobillo de Eva tintineaban frente a éstas. Él se durmió y despertó y las sandalias seguían ahí, y a la mañana siguiente estaban en el umbral de la puerta del cuarto de Eva y la puerta estaba cerrada. Él se robó las sandalias, las separó, las intercambió, la sandalia izquierda al lado derecho y la derecha al lado izquierdo, las apuntó hacia la salida, dijo «Sandalias loquitas», y se regresó a la cama.

Pero los zapatos de extraños no era ninguna sorpresa para él, frecuentaban su casa como la lluvia y el viento jazmín, pasaban una noche o se quedaban durante días o semanas. No soportaba a todos esos extraños, pero los esperaba. Durante esos días Eva estaba absorta en su felicidad y no tenía nada de atención para él: «Estoy ocupada, cariño, dormirás en casa de la abuela, ¿sí?».

«Sí». Apretaba el puño alrededor de su pequeño cepillo de dientes y no aflojó los dedos hasta que la reja de la casa de Mamá Ruth se cerró tras de él. Estos postes de madera con sus bisagras oxidadas garantizaban la seguridad del jardín, y todo era familiar y esperado. Después de que guardó su cepillo de dientes en el vaso con agujeros, junto al solitario cepillo de dientes de Mamá Ruth, buscó un lugar donde guardar sus miedos, y le preguntó: «¿Mamá Ruth, no es nada?»

«No es nada», respondió y su firmeza disolvió sus miedos, los vaporizó y liberó esa burbuja que le presionaba la mitad de las costillas. Ninguna serpiente se arrastró por su panza en la terraza, ningún bandido le apuntó con el cañón de su pistola en ninguno de los cuatro grandes cuartos, ningún ladrón se escondió en el segundo piso, donde estaban guardadas las escasas pertenencias de Eva, ningún gángster lo esperaba en el pasillo del baño y la muerte era una rara aflicción que afectaba sólo a los desafortunados. Mamá

Ruth puso un sillón en su cuarto, que iba bien tanto para un niño de cuatro años como para un hombre de cuarenta, y él durmió en él desde entonces, cuando su madre lo corrió de la casa y ese cuarto se convirtió en su hogar. Pasó todo el resto de su infancia, juventud y adultez temprana ahí. Como soldado y como estudiante de Medicina también durmió en ese sillón, miró por la ventana arriba de éste y veía las ramas oscuras del ciprés que cortaban el cielo y las matas de agujas de pino que cepillaban el aire y los cuervos que se apresuraban entre licencia y deber, graznando desde la punta del pino y dando de comer a sus crías en el ciprés.

En sus primeros años Mamá Ruth todavía se esforzaba: «Havaleh, puedes vivir con el niño en el segundo piso, podemos crear una entrada privada para ti. Este niño necesita un lugar permanente. ¿Quieres que termine completamente loco?». Eva respondía que era exactamente lo contrario, que los niños con lugares permanentes eran los que terminaban locos y no tenían ni idea de cómo lidiar con la vida. Su hijo, en cambio, podría manejarse sin importar a dónde lo llevara la vida.

Y la vida lo llevó a muchos lugares diferentes. Era demasiado pequeño para recordar todas las estaciones de camino al techo de la calle Ben Yehuda 36. Pero recordaba la calle Ben Yehuda. Una puerta en la cocina se abría hacia el techo, la balastrada de piedra que rodeaba el concreto era más alta que su cabeza y enmarcaba el cielo. No veía los árboles, ni los coches, ni a la gente, sólo el final de su mundo y el inicio del cielo, la morada transparente y flotante del Abuelo Nahum y de Dios. Y también todo lo que planeaba y volaba y se lanzaba en picada entre los dos mundos. Nube y ave, avión y pluma extraviada, humo de chimenea, bruma de la mañana, relámpagos radiantes, lluvia a medio camino, una luna verde pálido, vías lácteas y estrellas. Ahí aprendió a distinguir entre los susurros de los que planean en el cielo, y el ruido de aquellos que caminan por la tierra. Se acostaba en su colchón, bebía jugo de frambuesa de una botella y escuchaba los sonidos que se elevaban desde la calle. Risas y regaños, lágrimas, gritos, pleitos y chillidos. Ahí también aprendió los contornos de su madre en la oscuridad. Una silueta larga y delgada recargada contra la balastrada con el brillo de un cigarro centelleando en la comisura de los labios. Algunas veces una figura extraña se le unía y el brillo rojo se duplicaba, veía a las dos siluetas enredándose entre ellas, desapareciendo del horizonte para ser tragadas por la oscuridad en el techo, escuchaba risas y gorgoteos, suspiros y jadeos. Y sin importar qué tan entrelazados estuvieran sus brazos y piernas con los de quien fuera que estuviera con ella, al final siempre terminaba sola, recargada contra la balastrada saludando a alguien que desde abajo gritaba: «Adiós, cariño».

El día que llegaron a vivir ahí, ella dejó su mercancía en la tienda del

relojero. «Cuídamelos por unos minutos, voy a ver un departamento y regreso enseguida», le dijo. El relojero levantó un ojo de la lupa, la examinó con ojos entrecerrados y le dijo que estaba bien. Subieron las escaleras y en el tercer piso él se detuvo y dijo: «Me duelen las piernas».

«¿Y las mías no?», le respondió ella, y lo cargó hasta el quinto piso.

«Ouch, ya eres todo un hipopótamo», se quejó y él le preguntó qué era un hipopótamo y ella se quedó callada, porque se abrió la puerta y un hombre descalzo con un cuello muy largo estaba parado ahí, en playera y *shorts*, y dijo: «Sabía que vendrías».

«No sabías nada. Es absolutamente temporal, una semana o dos y me voy».

«Ya hemos escuchado eso antes», le dijo, «éste es el reino», e hizo un gesto con el brazo para abarcar todo el departamento y el techo.

«Vaya reino», se rió ella, y encendió un cigarrillo. «¿Quieres vivir en el techo, cariño?», se inclinó sobre él y lo paró derecho y miró alrededor hacia la cocineta, y el abarrotado rincón donde dormir y el rincón donde sentarse, abrió la puerta del techo y la luz la inundó. Sorprendida, dijo, «Ooh, hay una hectárea de techo, ven a ver, cariño, mira qué cerca estamos del cielo». Su pequeño zapato dio un pisotón en el piso y le susurró a ella «Ya, anda, dime qué es un hipopótamo».

Ella no le respondió porque en ese momento el hombre de los pies descalzos le tocó los rizos y le dijo: «Este castaño te va mejor que el negro».

«Entonces, cariño, ¿quieres vivir en el cielo?».

«Pero el hombre no vivirá con nosotros», le buscó la mano y oyó cómo el hombre se reía.

«Claro que no vivirá con nosotros. Sólo tú y yo», ella le tomó su manita, se inclinó hacia él y le preguntó si estaba dispuesto a quedarse con el hombre en lo que ella iba por las mariposas a la tienda del relojero, y él alzó los hombros y bajó los cinco pisos con ella, y subió con ella de nuevo, mientras ella cargaba una bolsa pesada y su puesto de madera.

Apretó la boca alrededor de un cigarrillo extinguido, sus nervios enviaban señales furiosas a sus pequeñas piernas, que intentaban mantener el paso que ella imponía.

El hombre no vivió con ellos. Se puso sus tenis, amontonó sus pertenencias dentro de su mochila y dijo: «Adiós, Señora Adán», y se fue.

Havaleh. Eva. Ella. Y ahora Señora Adán.

«¿Por qué te dijo eso?», le preguntó, y ella dijo: «Oh, no estoy de ánimo para todos tus porqués. Dormirás aquí», señaló un pequeño colchón cubierto con una manta roja, «y yo dormiré acá», puso su chal sobre un colchón largo, y los dos colchones estaban en ángulo recto entre los dos, dibujando una letra L. Él se sentó en su colchón y observó su nueva casa, la mesa endeble,

los extraños utensilios con los que comerían, el umbral inundado por la luz del techo y la penumbra en el interior. Ella le sirvió jugo de frambuesa en su biberón y él lo tomó y miró sus movimientos. Ella abrió y cerraba las puertas de las alacenas de la cocina, abrió los cajones y los azotaba, abrió y cerró la llave, tiró un poco de ceniza en el lavadero, sacudió la mesa rota, movió las dos sillas, corrió la cortina floreada que separaba al baño de la estancia. Ahí comerían, dormirían, ahí jugaría él y ella hilaría cuentas y fumaría. Ella abrió y cerró latas, levantó la tapa de una olla y la volvió a cerrar de golpe, abrió el refrigerador, se agachó para llegar a la repisa de abajo, sacó un tarro de crema de cacahuate, metió un dedo en la pasta amarillenta y se lo llevó a la boca, sacó una botella de vino medio vacía, tomó un trago largo y la regresó al refrigerador. Se levantó y vio los ojos del niño fijos en ella desde su colchón y se echó a reír.

«Estamos en el techo del mundo, cariño, ¿te das cuenta?».

Le hizo cosquillas en el estómago, y él se rió y de inmediato se puso serio. Se inclinó hacia él en el colchón. «¿Por qué estás tan berrinchudo? ¿Qué, crees que a Daffi le va a ir mejor en la vida? Tú tienes suerte. Cuando crezcas me vas a agradecer. Daffi va a ser tan cuadrada como un mosaico, y tú serás lo que quieras ser».

Él no entendió nada. Apenas tenía cuatro años. Daffi no tenía ni dos. Sabía lo que era un mosaico, peor no lo que era cuadrado. Siguió tomando su biberón y preguntó: «¿Por qué ese hombre te dijo Señora Adán?».

«Por qué, por qué, por qué», se reía ella, «todo el día por qué. ¿No te cansas de hacer preguntas?».

«¿Y qué es un hipopótamo?», recordó él.

El hombre descalzo que les había enseñado el reino no vivía con ellos, pero su silueta visitaba el techo por las noches y le hacía cosas a ella. Y quizá era la silueta de alguien más o de varios más. Él estaba acostado en su colchón pequeño y los miraba desde una grieta en la puerta, y cuando desaparecían en la oscuridad del techo, esperaba que reaparecieran, que se alisaran las ropas y encendieran cigarros.

«Cambias de departamento como otras personas cambian de calzones», le dijo Mamá Ruth a ella, y él la escuchó y se acordó de Daffi, a quien tenían que cambiar tres veces al día porque se hacía pipí, y un día sería un mosaico cuadrado o cuadrada como un mosaico. No sabía cuál de las dos.

No tenía ni idea de si vivieron en ese techo por dos semanas o por un mes, le parecía que no había sido más de un mes, porque sólo una vez la luna estuvo llena, el zepelín amarillo e inflado de Dios, como la llamaba Eva, y estuvo sobre el techo. «Apágala», le rogó a ella, «Apágala ya».

«Qué te pasa, cariño, para el final del mes se le habrá salido todo el aire y será del tamaño de tu ombligo». Ella le puso papel celofán azul sobre los ojos

y la luz amarilla se volvió más tenue y verde. Odiaba aquel ojo extraño mirándolo, se tocó el ombligo y mantuvo el papel celofán sobre los ojos hasta que una nube la cubrió y se elevó y se encogió y regresó a Dios.

Había setenta pasos de la calle al techo. En los primeros días sus piernas eran demasiado cortas, y en el tercer piso jadeaba y resoplaba y se detenía para recobrar el aliento. Su pie derecho se paraba en un escalón y esperaba al izquierdo. Y los dos se detenían en la piedra fresca hasta que el derecho se levantaba al siguiente escalón y esperaba de nuevo al izquierdo. «Vamos, qué es lo que te pasa», le gritaba ella desde el cuarto piso. Sus piernas largas devoraban los escalones y se saltaban uno cada tres. Con el tiempo sus piernas se acostumbraron a la pendiente, aprendió a sujetar el barandal, a colgarse de él para adquirir impulso, juntar las rodillas, doblarlas y saltar al siguiente escalón. Esta habilidad la fue perfeccionando con los años mientras ella lavaba escaleras y él la esperaba hasta abajo. Desde entonces odiaba los elevadores, no soportaba estar encerrado en una caja sellada y respirar las exhalaciones de las bocas y los estómagos de los extraños que estaban encerrados con él. Las escaleras, en cambio, eran su perdición. Le habrían dado las tomas iniciales de miles de películas si hubiera sido un director de cine, por ejemplo, un dedo llamando en vano a la puerta hasta que se desespera y desesperado escribe con la uña «Estuve aquí» en la puerta, o el Don Juan que llega sigilosamente y se va silbando «El descanso le pertenece a los exhaustos», o la puerta de Bauman abriéndose un poco, o mucho, dependiendo del humor del perro, o la grosería y la araña muerta lanzada a las escaleras desde la puerta del profesor, y la joven con el tatuaje y...

Eliana vivía en un edificio con un elevador y una escalera bien cuidada. Las puertas eran pesadas e impenetrables, con cerrojos de metal que caían al piso, y las caras de los residentes eran como las puertas, selladas y graves.

«Pueden besarme el culo», así desdeñaba Eva a los residentes de los edificios acaudalados que ella limpiaba. Ponía la cubeta en el escalón, tomaba el trapeador como una lanza. «Aferrados a sus diplomas y su dinero y sofocándose. Y tú, cómete tu durazno afuera, que si lo embarras en el barandal me las vas a pagar». Estaba nerviosa, el letrero de «No fumar» la hacía enloquecer. Detuvo el trapeador para no golpear las puertas y limpiaba la tierra de sus umbrales con sus manos y con una cara que decía: «Pueden besarme el culo o lo que sea».

Mamá Ruth le dijo alguna vez: «Espero que para la resurrección de los muertos tengas un trabajo normal, para que tu pobre padre no tenga que volverse a morir».

Mamá Ruth estaba avergonzada. La gente decía que ella tenía una casa propia con dos pisos y una hija que limpiaba pisos y que vivía con su bebé en

un departamento rentado. Que hablaran. Ella no iba a decirles que la había invitado a vivir con ella en el segundo piso y que le había prometido hacerle una entrada privada o que le había ofrecido ayudarla para tener un pequeño negocio con el dinero del seguro de Nahum, después de que se retiró de la vida. Que hablaran. Para eso tenían boca.

«Madre, es mi vida, seré lo que quiera ser».

«Crees que es tu vida, Havaleh, pero es la vida del niño también».

Él no entendía mucho, pero pensaba que era algo bueno que no hubieran iniciado un negocio porque Nahum necesitaría su dinero para empezar de nuevo cuando sucediera la resurrección de los muertos.

«¿El niño? Conmigo el niño está aprendiendo lo que ninguna escuela le podrá enseñar».

«Ya hemos escuchado eso antes», le dijo Mamá Ruth, «La autorrealización, el carácter y no sé qué tanto, que será lo que quiera ser. Todas esas palabras suman una rotunda nada. ¿Quieres saber lo que será? Será un loco. Eso es lo que será».

Las escuchaba y no sabía a quién creerle. Algunas veces sentía que Mamá Ruth tenía razón y que él estaba enloqueciendo, aunque no sabía qué quería decir eso.

En cualquier caso, agradecía que Eva no le hiciera caso, a él le gustaban las escaleras, especialmente las de los edificios viejos, y sobre todo la de Ben Yehuda 36. Las escaleras ahí eran suaves y sus bordes estaban gastados y redondeados. Se sentaba en el escalón más alto y se deslizaba cinco pisos, setenta escalones. La mujer del segundo piso le dijo que sus pompas hacían un muy buen trabajo y que no se necesitaba ni una aspiradora ni un trapeador.

Cada vez que se añadía una nueva escalera a la lista, se paraba en el escalón más bajo, ponía atención y sabía si había viejos en el edificio, si había niños, si había perros. En los edificios «de negocios» no había ninguno de éstos. Ahí había hombres con lentes, siempre apurados, ocupados y sombríos. Ella le dijo que eran abogados, que caminaban con la nariz alzada y que le sacaban la lengua al mundo. «Dios nos salve de que seas un abogado cuando crezcas».

«¿Y qué debo ser?».

«Por lo que a mí respecta, puedes ser un volador de papalotes o un conductor de trenes» [...] ●

TRADUCCIÓN DE PABLO DUARTE, A PARTIR DE LA
TRADUCCIÓN DEL HEBREO AL INGLÉS DE DALYA BILU

Historia del porvenir

SHACHAR MARIO-MORDECHAI

Ya terminaron esos sufrimientos.
No más llanto.
En un antiguo álbum ves el rostro de un niño judío
quince minutos antes de morir.
Tus ojos están secos.
Calientas la tetera,
tomas té, comes una manzana.
Vivirás.

«Sentencia de vida», Adam Zagajewski,
traducido del polaco por Renata Gorczynska

*Otra vez la promesa de una nueva era.
Ya está aquí, ovillada como un feto. A punto de nacer.
Se dice que es un nuevo mundo. Pero he aquí la historia de su
porvenir:*

*Alguna vez, dentro de cierto tiempo,
pedirán documentos y papeles.
Será un recepcionista de una oficina gubernamental
o un revisor aeroportuario, pero
en cada nueva era o algún lugar del mundo
un gendarme podrá exigir papeles.*

Esto quiere decir: Un pasaporte será falso en algún lugar del mundo.

*Y un buen día un ejército tomará una ciudad llamada
Praga, Bagdad
o Nueva York. Cualquier nombre es posible.
Pasarán muchas cosas al amparo nocturno.
Llamadas a la puerta.
Arrestos arbitrarios.
Un padre al que lo arrancan de los brazos del hijo,
su desaparición.*

*Muchas cosas ocurren a plena luz del día.
Saqueos
violaciones
matanzas.
En mercados de plaza y los bursátiles
continuará el comercio como siempre. Al igual
que el pogromo.*

*Muy pronto se les unirá la mafia:
rociando eslóganes contra una minoría
por la razón que sea. Habrá una petición
para prohibir la entrada al continente, al país
o a la tienda de abarrotes.
En la puerta un cachorro esperará a su amo.
Alguien olvidará libros y fotos,
una cobija antigua, una magnífica dicha de tercera.
Y una persona amada.
Pero no olvidará llevarse abrigo.
Con bolsillos. En tanto que se vaya a buena hora,
intacto. Y con dinero.
Muchos huirán a pie.
Unos lo harán en trenes.*

*No hay fujitivos sin perseguidores.
Ni tampoco refugio sin tormenta.
El mundo es la culata de un revólver,
la noche son patrullas centelleantes.*

*Una persona al menos —¿tal vez tú?— perderá
el rumbo, rezará para que esto termine. Ahí está, míralo,
parapetándose en la oscuridad;
botes que van río abajo
y coches en el puente
lo interceptan
por fracción de segundos.
Da un salto.
O se detiene. Pero consigue desaparecer
como lo que se ve por la ventana.*

¿Tu ventana, quizá?

VERSIÓN DE HERNÁN BRAVO VARELA,
A PARTIR DE LA VERSIÓN DEL HEBREO AL INGLÉS DE VIVIAN EDEN

La lengua del bridge

NOAM PARTOM

Mamá está jugando Bridge contra los turcos por internet.
Todo el imperio otomano se colapsa otravezportodaspartes
cuando mamá presiona el lado derecho del Mouse
pasa pasa pasa
se electriza—
estamos dándole una golpiza a estos turcos sin problema alguno
porque este bruto de Mustafá de repente ha decidido que tiene que hacer pipí
justo cuando es su turno.
Mamá y yo hablamos por teléfono y me cuenta cómo es que ella
está haciendo pedazos a
Sasrokawa de Argentina
Margarina de Serbia
Wiadek de Polonia.
Gracias al B.B.O. —Bridge Base Online— mamá hace docenas
de nuevos amigos y enemigos de un día para otro en todas partes del globo.
Mamá dice que el bridge la salva. La salva
en las mañanas, cuando atiendo mi vida de estudiante. Al mediodía
cuando mis hermanos crían a sus hijos y les limpian las narices. En las tardes
cuando no hay nada bueno en la TV. En la noche, cuando no hay nada bueno
por lo cual vivir. En la noche
las ansiedades reptan como pálidos camaleones desde debajo de la puerta
y por todas las esquinas de la casa que alguna vez
les perteneció a ella y a mi padre, que alguna vez
acogió a jugadores de bridge en tiempo real, como la pareja de Tamar y Gadi,
y un mantel verde, profesional,
adornado con cartas bordadas a color
con tréboles y corazones y diamantes
y reinas y príncipes.

Cuando mamá colocaba el surtido de cacahuates en platos de vidrio
 en la esquina de mármol de la sala
 yo me robaba sólo las nueces de la India. Esto era cuando Gadi todavía no
 estaba tan calvo ni tan gordo. Sí, Alguna Vez,
 cuando Tamar todavía no sufría del Mal de Parkinson y podía mantener el
 abanico de cartas
 como la cola extendida y suntuosa de un pavorreal
 con mano segura. Alguna vez,
 cuando me ocultaba bajo la pequeña mesa de los invitados sobre la alfombra,
 recargándome contra las rodillas de papá, haciéndole cosquillas en los pies,
 imaginaba que era la hija de algún aristócrata en el torneo real
 de cartas, en un musical,
 comiendo fresas y pastelillos, lamiéndome los dedos, cambiando de lugar
 como una bailarina
 con un voluminoso vestido plisado.
 Me repetía a mí misma, mientras ellos anunciaban
 As, doble triunfo, cuatro corazones, dos tréboles
 Blackwood
 espada.

En la noche, mamá se sienta en el cuarto que alguna vez fue mío
 con su bata rosa de florecitas medio abierta, frente a la luz intermitente de la
 pantalla de la computadora,
 para jugar con Leopold, de los Estados Unidos, y con Nicolette, que es una
 experta de Francia
 y con este idiota que se hace llamar Erótico,
 y con el gran bodrio, él es un tipo israelita de Ra'anana. En la noche
 mamá juega con todaclase, todaclase
 Yanna de Bulgaria y Khajundo de España y Arun Karnick 75 de India.
 Todaclase de todas partes del mundo
 rescata a mi mamá de noche.
 Mamá juega y juega y juega—
 mientras trata de olvidar que ella alguna vez tuvo
 un compañero constante en el juego.
 Algunas veces mi mamá y mi abuela se reúnen para jugar juntas como pareja
 contra la computadora
 y mi abuela se enfurece con mi madre, le grita
 que es una adicta al juego. Nuritel tiene el espíritu del jugador
 mi abuela me anuncia, radiante,
 Nuritel es una jugadora empedernida,

justo como su padre.
 Y se ríen hasta las lágrimas y se acuerdan de cómo el abuelo solía ser un
 diablillo travieso en el Bridge
 en aquellos días, oh papá, papito, gimen,
 oh, abue, me cuentan—
 el abuelo era un bromista.
 Y tu padre, por otra parte,
 tu papá era tan recto como una regla.
 Pronto, cuando aparezcan los primeros destellos plateados en mi cabeza
 pediré—madre,
 nana, que me leguen sus femeninos secretos familiares, que me den por
 herencia
 este conjuro de cartas,
 que me digan cómo cantar este hechizo—
 doble triunfo, cuatro corazones,
 blackwood
 espada—
 que me enseñen a hablar
 su lengua del Bridge.
 Tengo veintitrés, todavía sin novio a la vista,
 pero también le temo a la noche, mamá,
 también tengo miedo de estar sola, abuela,
 enséñame tu lengua privada del Bridge—
 también le temo
 a los hombres muertos.

VERSIÓN DE CRISTINA RIVERA GARZA,
 A PARTIR DE LA VERSIÓN DEL HEBREO AL INGLÉS DE DANNY NEYMAN

שפת הברידג'
 נגם פרטים

אמא משחקת ברידג' אונליין נגד התורכים,
 כל האינסטריות השחמאניות קורסת אילאובראניין
 כשאמא מקליקה עם הלחצן הימני של העכבר
 דאם דאם דאם

כמו זנב טווס פרוש מפואר

ביד בטוהה, פעם

כשהייתי מתחבאת מתחת לשולחן האורחים הקטן על השטיח, נשענת לאבא

על הברכיים, מדגדגת לו בכף רגל

מדמינת שאני בת אצילים בטורניר קלפים מלכותי במיזויקל

אוכלת תותים ועוגות קרם, מלקקת אצבעות, מסתובבת במקום כמו בלרינה בשמלת קפלים נפוחה

– הייתי שרה לעצמי ביחד איהם, בעודם מטרוזים

האם, דאבל טראמפ, מור הארטס, טו קלאבו

בלקוד

ספיד

בלילות אמא יושבת בחדר הנבודה שפעם היה החדר שלי

בחלוק רחצה ורוד פרחוני חצי פתוח, כשאור מסך המחשב נחבב

ומשחקת עם ליאופולד מארה"ב ועם ניקולט שהיא אקספרט מצרפת

ועם אידויט אחד שקורא לעצמו אירוטי

ואיך לא, הוא איזה ישראלי מרעננה. בלילות

– אמא משחקת עם כלטיני, כלטיני

מהודו75אנה מבולגריה וקחונדו מספרד וארו קנדיק

אני בת עשרים ושלוש, עוד אין חתן באופק

אבל גם אני פוחדת מהלילה, אמא

גם אני פוחדת מלכד, סבתא

– למדו אותי את שפת הברידג' הפרטית

גם אני פוחדת

מגברים מתים

– ומתלהבת

כמו כלום אנחנו מסמחים את התורכים האלה

כי מוסטפא הנק"ר נזכר פתאום שהוא צריך לפשתן

באמצע התור

אמא ואני מדברות בטלפון והיא מספרת איך היא קודעת ת'טוטי גם

לקקרזקאנואה מארגנטינה

למרג'רינה מסרבית

לחולדק מפולין

כזכות הבי.בי.אי, ברידג' בייס אוגליין, אמא השיגה לעצמה בן לילה

כמניות של חברים ואויבים חדישים מכל העולם

אמא אומרת שהברידג' מציל אותה. מציל אותה

– בבקרים – כשאני מנהלת לי חיים סטודנטיאליים, אחרי הצהריים

– כשהאחים שלי מגדלים תינוקות ומנגבים אפים מנוזלים, בערבים

כשאין שומדבר טוב בטלוויזיה, ובלילות – כשאין שומדבר טוב

לחיות בשבילו. בלילות

החרדות מזדהלות כמו זיקיות חיוורות מתחת לדלת ומכל פינות הבית שפעם

היה שייד לה ולאבא שלי, שפעם

היו בו משחקי ברידג' הילקיים עם הזוג ג'קטק, ומפה ידוקה

מקצועית מטושרת קלפים רקוסים צבעוניים

עם תלנים ולבבות ויהלומים

ומלכות ונסיכים

פעם אמא הייתה מניחה צלוחיות זכוכית עם לקט בוטנים בקצה השיש בסלון

ואני הייתי מפלחת בשקט רק את הקשיו. זה היה כשגדי גרטנר עוד לא היה

קורח ושמן כל כך. כן, פעם

כשלחמר גרטנר עוד לא היה פרקינסון והיא הייתה מחזיקה את מניסת הקלפים

Himno a la alegría

[fragmento]

SHIFRA HORN

Y LA VIDA ha vuelto a la normalidad.

¿Qué clase de vida y qué tipo de normalidad?

A pesar del absurdo cliché, me gustaría poderlo aplicar a mi vida, pero desde la convulsión por la que pasé esa mañana del domingo 20 de enero de 2002 mi vida no ha sido la misma, y la nueva, la que me fue impuesta, no podrá volver jamás a la normalidad.

«Un milagro», así es como los extraños definen por mí ese momento, ese instante de mi vida en el que todo se desmoronó. Pero incluso la gente cercana a mí trató de evitarme el horror y rehusó llamarle «espada» a la espada, como si incluso la mención de la palabra amenazara a la vida misma. Emplearon una extraña diversidad de nombres sustitutos. Nechama, mi amiga psicóloga, recurrió a su léxico profesional y al hipercargado término «trauma»; «el accidente» fue suficiente para mi madre; Luisa, mi colega investigadora, usó las palabras «el desastre»; el profesor Har-Noy, jefe de nuestro Departamento de Antropología y Sociología, habló acerca de mi «enfermedad», y por alguna razón u otra mi esposo, Nachum, le llamó «el episodio», mientras yo misma aún sufro la angustia de «ese día».

Desde «ese día» se ha fracturado mi sentido del tiempo. El anterior se desvaneció en el cielo en medio de una columna de humo. Sus latidos se debilitaron hasta la desaparición, y su lugar fue ocupado por un nuevo tiempo, que se burla de los principios de orden y organización y perturba la división normal en años y meses, día y noche, horas y minutos. Y esta nueva división del tiempo hace mofa de mí y se mide a sí misma en unidades que no pueden ser medidas por instrumento alguno. Desde «ese día» años largos se han reducido a momentos fugaces y lo que tuvo lugar en un instante nunca me abandona y en mi memoria figura como una eternidad.

Mil años atrás, el sábado previo a «ese día», la alarma del reloj interrumpió mi sueño. Me incliné por encima del dormido cuerpo de Nachum para alcanzar el despertador y mi mano tumbó el vaso de agua que él religiosamente coloca en su buró noche tras noche. El agua se escurrió y fue absorbida por las páginas del suplemento semanal que estaba tirado en el suelo, al lado de la cama. Cogí el reloj e interrumpí su repique, y con la piel erizada por el frío me apresuré a levantarme, tomé el pesado diario, empapado de agua, con las páginas pegadas entre sí, y lo colgué a secar sobre las todavía frías costillas del radiador. Chillidos y gruñidos salieron de éste, diciéndome que el agua caliente estaba aún en camino, ascendiendo tenazmente desde las ardientes entrañas del calentador ubicado en el sótano, a través de los ocultos tubos profundamente enterrados en las paredes, hasta el tercer piso y hasta nuestro departamento, desplazando agua fría y burbujas de aire en su largo viaje. Las tuberías de la calefacción que corren por debajo del piso gimieron y se estremecieron con el suave sonido del gorgoteo, como una cálida promesa de que secarían el periódico antes de que Nachum despertara. Prendí la luz del baño y un débil rayo de luz se deslizó hasta el suelo del dormitorio y deshizo las negras sombras de la oscuridad de mi clóset, mostrando mis ropas ordenadas. Cogí unos *jeans* y la camisa de franela a cuadros que Nachum odia y luego metí la cabeza debajo de la cama tanteando con mis manos la oscuridad hasta alcanzar las botas para caminar. Batallé con uñas y dientes con la maraña de ganchos y agujetas, y luego fui de puntillas a la cocina a hervir una jarra de café que bebí demasiado rápido; el oscuro líquido me quemó desde la garganta hasta el estómago. Cuando oí a Luisa tocando el claxon coloqué la taza caliente en el fregadero, corrí a la recámara y con los labios quemados por el café hirviente planté un sonoro beso en la frente de Nachum. Masculló algo acerca de que estaba arruinando su día de descanso y se volteó, recordó algo de pronto y su cabeza apareció de entre un montón de cobijas: «No olvides apagar la luz de la sala cuando salgas», murmuró. Corrí al cuarto de Yoavi. Él estaba durmiendo igual que mi padre: con los párpados entreabiertos, mostrando el blanco de los ojos. Acerqué mi nariz a su mejilla, rojiza por el contacto con la cama, aspiré su dulce fragancia de bebé y me dispuse a salir de casa. Entonces recordé que había olvidado apagar la luz de la sala, regresé, la apagué y bajé los escalones de dos en dos. Un viento frío me golpeó al salir y pude ver el cielo oscuro sobre las cimas de los cipreses que parecían inclinar sus cabezas y susurrar entre ellos como si chismorrearan sobre mí con el crujido de sus ramas.

La hermosa Luisa salió rápidamente del auto y sus pulseras me dieron la bienvenida con una tonada peculiar. Se tambaleó al acercarse a sus altos

zapatos de tacón, abrió los brazos y me metió en ellos mientras yo miraba sus zapatos: «¿Así es como vas a visitar un campamento beduino y escalar montañas?». Con una voz de niña consentida respondió que quería sentirse hermosa incluso en un viaje de trabajo de campo, y además, que no sabía a quién pudiera conocer. Me puse a su lado, agradecida de que me hubiera convencido de ir con ella, porque, como me dijo en el teléfono: «Tienes que alejarte un poco de tus extremadamente religiosos judíos y de toda su muerte».

Como dos jovencitas inexpertas embarcándose en la aventura de sus vidas nos reímos nerviosamente y escuchamos la estación de radio del ejército, uniéndonos a los cantantes a todo pulmón. El cielo gris, tormentoso, amenazante, quedó detrás de nosotros y fue engullido por las montañas. Poco a poco aparecieron en el cielo pequeñas grietas de luz hasta que un brillante firmamento azul se abrió completamente para nosotros y un invernal y tímido sol entibió mi brazo, que descansaba sobre la ventana de la puerta del auto, y dije: «Qué bueno fue haber salido de Jerusalén; ese pueblo me ha estado deprimiendo mucho últimamente». Y así, entre más conducíamos, Jerusalén se desvanecía a lo lejos, detrás de nosotros se perdían los edificios de piedra, se borraron los misteriosos callejones y las tumbas y los fantasmas de los muertos.

El auto de Luisa se deslizó por las cintas de asfalto, parcialmente cubiertas por el aluvión de las recientes inundaciones. Ante nuestros ojos ondulaban como senos jóvenes las colinas redondas cubiertas por el verdor provocado por la lluvia tardía y los angostos caminos creados por los miles y miles de años de las afiladas y duras pezuñas de los rebaños. Pensé que era una pena que Yoavi no estuviera conmigo. Seguramente se habría deleitado con las ovejas en las colinas, que a lo lejos parecían sólo pequeños puntitos blancos. Comencé a tararear su canción favorita: «¿Qué hacen los árboles? Crecer», y cuando llegué al verso «¿Y qué hacen las ovejas?», al que se responde «Polvo», Luisa preguntó qué era lo que estaba cantando. Yo repetí las palabras y ella se rió, satisfecha.

De pronto, el paisaje se volvió más escarpado. Riscos de puntas filosas aparecieron encima y alrededor de nosotras, por todas partes, y rocosos cráteres abrieron sus áridas, serradas mandíbulas. El Mar Muerto estaba ante nosotras, aceitoso, respirando pesadamente, y el olor de su aliento era el aroma del azufre que había llovido siempre sobre las ciudades del pecado. El vapor se levantó de la tierra como el humo de un horno caliente y la dispersa vegetación apenas se aferraba a la tierra maldita que cubre las ciudades destruidas, y la esposa de Lot miró desde arriba, fosilizada y rígida. Pensé en la maldición que pesaba sobre este lugar, «Porque su pecado es sumamente

grave», y las palabras de Abraham resonaron en mis oídos: «¿Destruirás tanto al justo como al impío?». Le dije a Luisa que Dios hizo bien cuando convirtió a la esposa de Lot en una estatua de sal. A veces es mejor fosilizarse que atestiguar lo peor.

Los riscos se levantaron todavía más, como en un ruidoso *crescendo* llegando al clímax; desde todo lo alto clavaron una furiosa mirada sobre nuestro pequeño auto mientras éste se deslizaba entre ellos a lo largo de sinuosos caminos, y amenazaban con derribarnos junto con piedras y rocas, y con piedras y rocas sepultarnos. Se hizo un repentino silencio debido a que el volumen de la radio disminuyó casi hasta la desaparición, y Luisa gruñó, ofendida: «La radio siempre se me muere justo aquí», dijo, mientras escaneaba en busca de estaciones, con sus pulseras tintineando, y una estación tras otra se iba sintonizando, pero sólo para inundar el auto con el ruido estridente de la estática. La vi luchando contra las elusivas notas y quise decirle que la envidiaba, pero no lo hice. Envidio esa ligereza suya, su sonrisa perpetua, que se ve tan contenta, hermosa y elegante incluso en un viaje de trabajo de campo. Sentí que Luisa me había invitado a acompañarla en este viaje por piedad, y el veneno empezó a quemarme por dentro al comparar su tema de tesis con el mío. No tenía ningún pretexto para ir tan lejos con ella, porque mientras Luisa va a los espacios abiertos del desierto del Néguev en sus altos zapatos de tacón yo deambulo por los fantasmales campos funerales de Jerusalén, como Sanhedria, el Monte de los Olivos y Givat Shaul —el Monte del Descanso—, con mi ropa modesta y zapatos que se hundían en el lodo y las pilas de estiércol de los callejones de los barrios ultraortodoxos de Jerusalén. Como alimentándome de carroña visito las morgues, aguardando los funerales y perfumándome con las lágrimas de mujeres llorosas en sitios asfixiantes, tratando de persuadir a los estudiantes de yeshivá, que estudian la Torá y el Talmud, quienes no se atreven a devolverme la mirada, de que hablen conmigo. Estoy tentada a culpar de algún modo a Nachum por la elección de este depresivo tema de las costumbres del entierro y el luto en Jerusalén, porque de no haber sido por él ciertamente yo hubiese escogido un tema exótico y viajado alrededor del mundo, recorriendo grandes distancias para estar entre tribus lejanas y misteriosas, y mis estudios antropológicos hubiesen sido publicados en la literatura profesional y serían historias magníficas de interés humano. Pero debo admitir que si mi padre no hubiera decidido ser sepultado en el Monte de los Olivos yo nunca hubiera escogido este tema.

ME HABÍA PREPARADO para su muerte por muchos años. Había imaginado dónde me colocaría en su funeral, me había preguntado si miraría la tumba mientras lo sepultaban, cuáles flores le llevaría, y si lloraría, y cuáles lentes

oscuros me pondría y cuál blusa vestiría para la rasgadura ritual. Había aprendido versículos de la Biblia para recitarlos en su memoria, al lado de su tumba, ya que ese libro había sido tan amado por nosotros dos. Pero nada me preparó para lo que realmente pasó. Antes de que partiera la procesión funeraria un hombre vestido de negro se me acercó con una navaja de rasurar, cortó el cuello de mi blusa y me pidió que ampliara la abertura con mis dedos, lo cual hice, y de inmediato supe que esa desgarradura, que simbolizaba la ruptura de mi mundo interior, nunca sanaría. Entonces la gente de la organización funeraria Hevra Kadisha me dijo que debido a «la prohibición Joshua Ben Nun» yo, la hija del difunto, tenía prohibido unirme a la procesión desde el inicio, y que tendría que quedarme atrás. Pedí una explicación pero sólo me dijeron vagamente que ésa era «la costumbre de Jerusalén».

Tan pronto como el cuerpo de mi padre, envuelto en un raído chal de oración, fue descargado de la carroza fúnebre y colocado en una camilla estrecha, la gente de Hevra Kadisha se abalanzó sobre él con ojos parpadeantes y barbas desordenadas. Y yo, con mi blusa de cuello rasgado, fui detrás de ellos. Pero ya estaban muy lejos de mí, llevando el cuerpo de mi padre en una frenética carrera hacia arriba de la colina, cubierta con lápidas nuevas y con otras ya derruidas. Y yo, sin aliento, corrí detrás de ellos, rogándoles que fueran más despacio, más despacio, que pararan, que me esperaran y esperaran a las otras dolientes, pero ellos se mantuvieron firmes, corriendo, corriendo, y pude ver sus espaldas subiendo y bajando, y pude oír sus pies azotando las rocas al unísono, *cronch-cronch-cronch*. Y el cuerpo de mi padre fue sacudido una y otra vez de arriba abajo, como si lo estuvieran molestando intencionalmente, y entonces un marchito brazo casi se sale del sudario y yo, respirando pesadamente, les rogué: «Judíos, respeten la muerte, ¿a dónde van tan rápido?», pero no se dieron cuenta, no se enteraron.

Lejos de mí, detrás de mí, mi madre y Nachum encabezaban el grupo luctuoso que había sido abandonado atrás, caminando despacio como por despecho, como si estuvieran dando un paseo en la tarde del sabbat.

La gente de Hevra Kadisha condujo la ceremonia y finalmente, cuando todo había acabado, uno de ellos colocó una pequeña piedra en el túmulo y lo escuché decir en plural: «Rogamos por tu perdón, tal vez no lo hicimos todo en tu honor». Quise gritar que pedir perdón no era suficiente. Que ésa no era la manera de tratar a mi padre. Pero ellos ya estaban ocupados diciéndoles a los dolientes que se colocaran en dos filas, y mi madre y yo caminamos por entre ambas, y ellos murmuraron: «Dios las consolará junto con los otros deudos de Sion y Jerusalén», y yo en realidad pensé en la danza infantil «Tenemos un macho cabrío», y cómo solíamos bailar, una pareja tras

otra, dando saltos entre las dos filas de niños que cantaban «¡Tenemos un macho cabrío! ¡Tenemos un macho cabrío y el macho cabrío está barbón!». Contuve una sonrisa y grabé las columnas de gente en mi memoria, tomando nota de quienes estaban presentes y los que estaban ausentes, y los ojos como de borrego de Luisa me siguieron. Ella dejó la fila y vino a tomarme en sus brazos, y yo palmeé su hombro, como si fuera yo quien la tuviera que consolar a ella, y dije: «Estoy bien, estoy bien, no te preocupes».

Luego de dejar el cementerio, cerca de la fuente, uno de esos hombres vestidos de negro que habían estado corriendo con la camilla vino hacia mí, y con ojos amables, puros como los ojos de los niños que jamás han visto mal alguno en el mundo, me sonrió al decirme que yo debía lavarme las manos tres veces y no secarlas. Le pregunté cuál era el sentido de esta costumbre y respondió, divertido: «Disipar los espíritus malignos». Le dije que no creía en esa clase de sandeces, pero de cualquier modo me las lavé tres veces, píamente, y con las manos mojadas les indiqué a Nachum y a mi madre, quienes estaban esperándome cerca del puente, que tardaría un poco más. Por poco seco mis manos en la blusa, y sólo entonces me impactó darme cuenta de que en honor del funeral, por alguna razón, había usado mi elegante blusa de seda negra y no la vieja camiseta que uso en las noches y que había planeado tirar en cualquier oportunidad. De nuevo el hombre vestido de negro me dirigió su pura, casi infantil sonrisa y dijo: «Que no conozcas ya más tristeza». Le dije que quería hacerle una pregunta más y respondió: «Con gusto», y le pregunté por qué tenían ellos que correr tan rápido con la camilla mortuoria y contestó: «La tradición de Jerusalén». Le pregunté cuál era el significado de esa tradición y él balbuceó y se sonrojó y bajó los ojos, mirando sus zapatos, cubiertos de lodo, y musitó: «Se debe a una gota de odio». Desde luego le pedí una explicación, y me dijo que un hombre derrama gotas de odio durante el curso de su vida, y que si los hijos de los muertos vienen a la tumba a llorar a su padre los hijos de las gotas de odio desearán también venir. Millones y millones de ellos rodearán al muerto y le exigirán su parte de la herencia, y pondrán así en peligro su situación en el siguiente mundo. Le dije que no entendía y me explicó: «Se trata de los hijos sin cuerpo». Le pregunté su nombre y respondió: «Yosef Warshavsky, mucho gusto», a pesar del hecho de que yo no le había dicho mi nombre.

Cuando fuimos al cementerio el trigésimo día después de la muerte de mi padre, pregunté por él y me dieron el número de teléfono de Hevra Kadisha en Jerusalén. Durante nuestra conversación le recordé nuestro encuentro en la fuente que está a la salida del cementerio y luego de pensarlo un momento dijo: «Sí, sí te recuerdo», y yo sospeché que mentía debido a su amable temperamento; después de todo, él ve demasiada gente afligida todos los días.

Le dije mi nombre y que estaba interesada en los rituales de entierro y luto en Jerusalén, y le pregunté si podía hablar con él sobre el tema en extenso, por una investigación en la que estaba metida en la Universidad y respondió: «Desde luego, claro, pero primero tengo que hablar con el jefe», y me sorprendí de escucharlo decir esa palabra. Le dicté mi número telefónico y él prometió hacer algunas consultas y buscarme. Me llamó al siguiente día y solemnemente anunció que estaba invitada a ir y hablar con ellos. También prometió que me notificarían las fechas y los horarios de los funerales para que pudiera asistir, e incluso me daría un pase especial para entrar a los cuartos de purificación de los muertos. «Y yo que creía que eran una cerrada sociedad secreta», le dije a Warshavsky, quien fue mi primer contacto profesional con ellos. «Es cuestión de relaciones públicas», replicó, «Hevra Kadisha tiene una mala imagen en el mundo secular. Nos dicen cuervos y pregonan que nos hacemos ricos gracias a los muertos».

Esa misma semana fui a ver al profesor Nar-Hoy y le dije que había encontrado un tema para mi tesis doctoral, y le repetí lo que nos habían enseñado en el departamento, que la manera en la que las naciones se ocupan de sus muertos ofrece una clave para entender los valores básicos de su cultura. El profesor hizo una ligera mueca y se preguntó en voz alta cómo una chica tímida y sensible como yo lidiaría con ese altamente cargado tema; asumió que la muerte de mi padre estaba probablemente relacionada con esta elección y sugirió que podría ser mejor que esperara un poco, hasta que la crisis del luto hubiera pasado y entonces estuviese lista para elegir, con buen y sano juicio y con la debida consideración, un nuevo tema. Pero no cedí.

DE PRONTO Luisa interrumpió y revolió mis pensamientos. «¿Sabías», me dijo, «que de acuerdo con la leyenda beduina, Agar, la madre de Ismael, se circuncidó a sí misma y desde entonces se convirtió en una práctica común entre las tribus beduinas?». «¿Y qué dice el Corán sobre eso?», pregunté. «En el Corán mismo no se hace mención de la circuncisión femenina. Sólo el llamado del profeta Mahoma, quien nació circuncidado, a sólo circuncidar a los hombres. Hay una referencia indirecta a la circuncisión femenina en la ley no escrita, en el *hadith*, que se atribuye a Mahoma, que afirma que “la circuncisión es obligatoria para los hombres y opcional para las mujeres”. Lo creas o no lo creas», añadió con los ojos fijos en la carretera, «todas las culturas que deforman el núcleo de la feminidad de una mujer creen que en última instancia están protegiendo a las mujeres de sí mismas», y agregó que la remoción de una parte central del deseo sexual de una mujer debería mantenerla alejada de sostener relaciones sexuales prohibidas, particularmente si su esposo tiene muchas esposas o hace largos viajes por

mucho tiempo. «En algunas sociedades tribales las relaciones extramaritales pueden terminar en el asesinato de la mujer para preservar el honor de la familia». Entonces me contó del doctor Isaac Baker-Brown, presidente de la Sociedad Médica de Londres en los años 1850, quien, al final del siglo XIX, recomendaba la clitoridectomía como remedio para la histeria o la melancolía en la mujer.

Y miré su hermosa cara y sus manos como de marfil blanco, y el ojo de mi mente pudo leer los largos artículos escritos sobre ella y su investigación, y pude verla situada en el escenario de los congresos antropológicos internacionales, y pude oír su voz hablando con un suave y sensual acento francés, y sus pulseras acompañando sus conferencias con un suave y cautivante cascabeleo.

Y una vez más pensé en mi propia investigación, y supe que no me aguardaba la fama eterna.

Arribamos a Beerseba muy pronto y nos estacionamos al lado de un edificio bajo, con el enjarre desgajándose, rodeado de escasa y gris vegetación desértica, con un letrero polvoso que decía «Organización General para el Mantenimiento de la Salud». Tocamos el timbre y un guardia de ojos cansados nos abrió la puerta y nos preguntó con un pesado acento ruso: «¿Qué desean? Está cerrado hoy. Sabbath. ¿A dónde quieren ir?». Luisa le mostró de inmediato su deslumbrante sonrisa, agitó sus exuberantes rizos e hizo sonar sus pulseras especialmente para él. Vi cómo el adusto semblante del guardia se suavizaba. Revisó superficialmente nuestros bolsos y nos indicó que subiéramos al segundo piso, donde Luisa tocó con sus dedos a la puerta de la que colgaba un pequeño letrero, escrito a mano con letra desigual: «Dr. Khalil Abu-Yusuf». La espalda del doctor Abu-Yusuf se hizo visible entre los estribos de la mesa ginecológica, una oscura y calva cabeza se volvió en nuestra dirección y unos confundidos ojos negros se posaron en nosotras. Una profunda cicatriz, con puntadas hechas descuidadamente y que había sanado dejando bultos oscuros, cruzaba su mejilla. Al parecer notó mi mirada, pues cubrió la cicatriz con la palma de su mano y se levantó. Luisa danzó hacia la mesa delicadamente, se le acercó, le estrechó la mano y le dijo: «Luisa Amir. Ya hemos hablado antes. Usted es amigo de Yael Maggid, un colega mío del departamento», y sus pulseras tintinearón alegremente. Él se levantó de su asiento, la silla de doctor, acercó otra silla, me hizo un gesto para que la tomara y preguntó que si queríamos café. Nos negamos amablemente y él se paró a nuestro lado, como apenado, y Luisa le preguntó: «¿Y usted? ¿No se va a sentar?». Él lo pensó un momento, hizo a un lado los estribos metálicos de la mesa y con cuidado se sentó en ella, lo que me hizo recordar que desde que tuve a Yoavi no había visto a mi médico. El doctor

Abu-Yusuf miró las baldosas del piso y se quedó callado, y nosotras también nos quedamos calladas hasta que Luisa finalmente dijo: «¿Recuerda nuestra última conversación?». Él se apresuró a interrumpirla y dijo, incluso antes de que se lo preguntáramos, que había visto su último caso de circuncisión cerca de dos años atrás, cuando una joven mujer acudió a él para dar a luz a su primer hijo.

«¿Y desde entonces no ha visto pacientes que hayan sido sometidas a la circuncisión?».

El doctor bajó de nuevo los ojos y sus dedos comenzaron a golpear las correas de cuero de la mesa. Finalmente contestó que la práctica aún existía en algunas tribus, principalmente aquellas que se originaron en la región del Nilo, pero que hoy la circuncisión femenina entre los beduinos era menos severa y casi indetectable, limitada al «arreglo» de la altura del punto de encuentro de los labios menores. Luisa le pidió que le mostrara una fotografía de unos genitales femeninos que hubieran sido circuncidados, dado que ella había escuchado que él contaba con esa imagen en su poder, pero él se disculpó tímidamente, frotándose los dedos, y dijo que no recordaba dónde la había dejado. Pero Luisa naturalmente no iba a rendirse y le rogó diciéndole: «Pero hemos venido hasta acá para ver esa fotografía». Él se encogió de hombros, indiferente, y yo me alegré de que Luisa, quien estaba acostumbrada a obtener lo que quería inmediatamente, enfrentara una negativa. Ella lo miró fijamente y le pidió: «Al menos dígame de qué tribu es la mujer», y sin mucho entusiasmo él concedió: «Abu Madian». Luisa levantó los ojos y le pidió que le dibujara un mapa, y él dijo que según recordaba la tribu se había ido al norte, pero que bien podía ser que algunas familias se hubieran quedado, y preguntó qué clase de auto traíamos porque sólo un Jeep podría llegar al campamento. Entonces tomó una receta médica decorada con dibujos de úteros, ovarios y trompas de Falopio, dibujó un mapa al reverso y nos dijo que si llegábamos al campamento preguntáramos por Umm Mohammed, quien sin duda cooperaría.

EL AUTO, usado para viajar sobre caminos de asfalto, gimió y gruñó y derrapó sobre las rocas a lo largo de una vía que se enrollaba en el desierto, y un desértico polvo rojizo se posó sobre el parabrisas, adornándolo con patrones caprichosos. Dos tiendas aparecieron a la distancia, en un pequeño barranco, y le dije a Luisa que para llegar ahí tendríamos que ir a pie, señalando en el mapa un camino retorcido que nos había dibujado el doctor al reverso de los úteros y los ovarios. Niños descalzos y harapientos aparecieron de repente en el barranco y corrieron hacia nosotras, seguidos por nubes de polvo amarillento levantadas por sus pies desnudos. Les preguntamos si ésa era la

tribu Abu Madian y ellos asintieron y nos llevaron a una de las tiendas. Los guijarros rechinaron y crujieron bajo nuestros pies en el *wadi*, el arroyuelo que desde hacía mucho se había secado, y Luisa, con sus pulseras sonando como tubos de viento, torpe en sus tacones altos, tropezó detrás de mí, gritó «Merde!» y se los quitó, comenzó a caminar lenta y dificultosamente con los pies desnudos, quejándose y maldiciendo cada vez que pisaba una espina o una piedra afilada. Yo me regodeé. Su cotidiana manera de andar, el paso seguro, ligero, elegante que hacía que los hombres volvieran la cabeza, era ahora un esforzado gateo, y las plantas de sus blancos y bien cuidados pies estaban cubiertas de polvo.

En la gran tienda, como dijo el doctor, se encontraba Umm Mohammed, sentada en un cojín rojo, chupando el humo de la boquilla de una de esas pipas llamadas *narghileh*. Su cara morena con profundas arrugas recordaba un antiguo pergamino estriado. Me recordó una fotografía de una vieja mujer india en uno de mis libros de texto. Sus quijadas y mejillas estaban profundamente hundidas en su boca ajada y sin dientes, y su barbilla, de la que brotaban algunos pelos blancos y largos, sobresalía angosta y picuda. Dejó la boquilla de la pipa y gritó: «*Tfadalu, tfadalu!*», y nos llevó a una salita en una esquina de la tienda con tapetes de pelo de camello y nos convenció de que nos relajáramos en los grandes y coloridos cojines que decoraban las esquinas.

Me acomodé en uno de los cojines y Luisa se sentó a mi lado. Con ojos tristes revisó las lastimadas plantas de sus pies, y en un árabe-judío trastabillante, aprendido en la casa paterna, comenzó a platicar. Umm Mohammed respondió con un «*Hamdulillah*» y añadió en hebreo: «Así está bien». De nuevo Luisa se enganchó en una inocua charla y la anciana contestó con una sonrisa, y una vez más admiré la paciente y profesional manera en la que Luisa realizaba su trabajo de campo. Después, luego de un largo silencio, Luisa hizo una pregunta y la anciana se inclinó hacia nosotras tal como lo hacen quienes padecen problemas auditivos y luego se rió nerviosamente y dijo en hebreo: «No entiendo». Luisa repitió la pregunta en voz alta.

Instantáneamente la anciana mudó su expresión sonriente, su cara se puso rígida y agitó los brazos, y con un fuerte grito mandó salir de la tienda a las dos jovencitas que habían estado mirándonos detrás de la cortina, cubriendo sus bocas con sus manos tratando de disimular su risa. Después la anciana pareció retirarse a las profundidades del cascarón de su piel marchita, con sus mandíbulas desnudas moviéndose como si estuvieran masticando constantemente. «*Taher el-banat*», musitó, «purificación de niñas. Ahora ya no lo hacen. Alguna vez lo hicieron. Alguna vez lo hicieron a todas las mujeres beduinas», continuó, mientras Luisa se apresuraba a traducirme en un murmullo.

«¿Cómo se lo hacían?», preguntó Luisa, con los ojos fijos en el tapete como para no avergonzar a la anciana.

«Así», dijo la vieja, y sin ningún asomo de pena se levantó el vestido hasta sus caderas, revelando un par de piernas oscuras, reseca como pasas, y separó sus rodillas, exponiendo un sexo caído y casi sin pelo, y pasó un cuchillo imaginario por entre sus piernas. «Así», repitió, y añadió: «Necesitas una navaja de rasurar», y con su ruda mano tomó repentinamente uno de los delgados talones de Luisa, me hizo un llamado con el codo y me hizo tomar el otro tobillo, y así con una de sus manos sosteniendo el tobillo de Luisa describió con movimientos corporales y ruidos guturales que parecían chillidos cómo dos mujeres sujetaban de los pies a una niña, y cómo abrían a la fuerza sus piernas y cortaban. «No es nada», nos aseguró en su entrecortado hebreo, «Nada, sólo un pedacito de carne».

«¿Y hoy, ahora, todavía lo hacen hoy?».

«Aunque lo quieran, no».

«¿Pero hay tribus que lo hacen?», insistió Luisa en su hebreo, sin pronunciar explícitamente las palabras terribles.

«Sí», dijo la anciana, contenta de poder hablar de otra tribu, y dijo los nombres, y añadió que la costumbre prevalecía entre aquellas que habían llegado al Néguev desde Egipto.

«Umm Mohammed», dijo intencionadamente Luisa, chocando y tintineando sus pulseras de manera coqueta, «¿Por qué necesitan hacer eso?».

«Te tienes que purificar para casarte», dijo la anciana, mirando codiciosamente las pulseras, y yo pensé en Yoram, el compañero de Luisa, el socio de Nachum en la clínica, quien es el hombre más guapo y dulce del lugar, y recordé cómo esa noche, cuando los presentamos, él la miró totalmente fascinado, y durante la cena quería contar sus pulseras una por una, y las hizo sonar con gran estruendo, y cuando llegó a treinta fingió haberse confundido y quiso empezar de nuevo. Entonces oí su risa franca, vi su cuerpo inclinarse hacia él y sus brazos con la piel chinita y supe que ellos se casarían antes de que ellos mismos lo supieran.

Umm Mohammed desvaneció mis recuerdos y llamó a las chicas que antes había sacado de la tienda, y ellas regresaron y nos ofrecieron dos vasos de té dulce en una bandeja de cobre, y Luisa las miró con curiosidad y me susurró que se moría por hablar con ellas, pero la vieja bruja seguramente no las dejaría expresarse libremente.

Nuestros ojos, que se habían acostumbrado a la penumbra de la tienda, quedaron algo cegados al salir a la luz. La bola naranja del sol ya estaba acomodándose en el oeste sobre una cama de nubes rojizas cuyos bordes estaban entrelazados con hilos dorados, y Luisa dijo que necesitábamos darnos

prisa porque no quería conducir en la oscuridad. Caminamos hacia el auto y un repentino viento comenzó a soplar, y como si repeliera a los invasores nos propulsó por detrás y nos hizo acercarnos a un montón de arbustos espinosos. Como áspero papel de lija, la arena quemante se estrelló contra nuestros rostros, invadiendo nuestros oídos, apilándose en nuestras narices e incluso penetrando hasta nuestras tráqueas. Despeinadas y polvosas llegamos al carro y Luisa se dejó caer pesadamente en el asiento, sacudió las plantas de sus pies y dijo que sus zapatos se habían arruinado y sus pies se habían arruinado, y miró su cabello en el espejo retrovisor y dijo: «Ugh, mira cómo luzco», y agregó que ese viaje no había tenido ningún sentido ya que no había obtenido nada. Una capa lechosa cubrió el parabrisas y opacó el mundo exterior. Luisa echó agua sobre el parabrisas hasta que el polvo se convirtió en lodo, y entonces encendió los limpiaparabrisas, que chirriaron y se movieron e hicieron surcos, y dos semicírculos devolvieron el paisaje a sus colores naturales.

Condujimos en silencio hasta que alcanzamos el camino principal. Poco tiempo después Luisa estaba nuevamente de buen humor y volvió a tocar su tema favorito. Me contó que había tres métodos para realizar la circuncisión femenina, y que los beduinos de Israel emplean el más sencillo, probablemente como resultado del proceso de refinamiento por el que habían pasado, viviendo en la cultura moderna a la que están expuestos en Israel. Este método, explicó, era análogo a la circuncisión masculina, e implicaba sólo la remoción de la piel exterior, llamada prepucio clitorideo. Luego siguió con la descripción de los otros métodos: el método suní, en el cual el clítoris entero es extirpado, y el método faraónico, que era el más demandante, practicado sólo en niñas pequeñas. Con este método el clítoris y los labios menores son extirpados enteramente, y a veces dos tercios de los labios mayores también. Luego de la escisión, los genitales son cosidos y se inserta un pequeño trozo de madera entre ellos, para permitir el paso de la orina y la sangre menstrual.

Como áspero papel de lija, la arena quemante se estrelló contra nuestros rostros, invadiendo nuestros oídos, apilándose en nuestras narices e incluso penetrando hasta nuestras tráqueas.

Me horroricé. «Luisa, ya es suficiente, ya es suficiente, siento que me voy a desmayar con tu descripción», le rogué, y sentí que se me revolían las tripas, y quise pedirle que detuviera el auto al lado del camino unos minutos para salir y poder respirar un poco de aire fresco, pero me dio miedo que ella le contara a todos los del departamento acerca de mi debilidad momentánea, así que tragué saliva y cambié al tema de su inminente boda, y se puso muy contenta de poderme dar una descripción completa del ajuar de novia que el dueño de esa boutique de Tel Aviv cosería especialmente para ella, y del traje de Yoram...

Llegamos pronto a Jerusalén. La ciudad nos dio la bienvenida con amenazadoras nubes oscuras y bajas que disparaban negras sombras sobre los grises edificios de piedra. Luisa se detuvo en mi casa, alzó su cabeza hacia los oscurecidos cielos y como un primordial profeta furioso anunció: «Mañana habrá una tormenta horrenda, el fin del mundo». Yo me sentí de pronto llena de miedo, como si la profecía estuviera dirigida a mí.

En la caja de la escalera, de camino a casa, los aromas del *hamin* del *sabbat* flotaban grasositos y fuertes, y pensé en los huevos y la carne que se deshacen en la boca, y en los frijoles blanditos, y mi estruendoso estómago me recordó que excepto por el par de sándwiches rancios que devoramos de regreso en una gasolinera no había comido nada en todo el día.

Pero no había olores de cocina en la casa. Nachum me dio un beso en la mejilla y pude oír el reproche en su voz cuando me dijo que Yoavi me había extrañado y me había esperado toda la tarde, hasta que cayó exhausto. Corrí a su cuarto y estaba dormido sobre su estómago, con el traserito levantado. Retiré los animales de peluche y los muñecos apilados en su cama, besé sus cachetitos dorados y suaves como duraznos y aspiré su dulce perfume. Regresé a la sala y Nachum, quien se encontraba absorto con el programa de noticias del mundo, me preguntó como por obligación: «¿Cómo te fue?», y yo le conté sobre la tormenta de arena y le dije, en el tono de voz chiqueado que le había pedido prestado a Luisa, que estaba muy hambrienta y me sentía sucia. Devoré rosbif frío y papas en la cocina, directamente de la cacerola, sobras de la noche anterior, fui al baño y llené la tina. Como un hipopótamo feliz reposé en el agua caliente, examinando mis grandes dedos de los pies y mirando el techo lleno de negruzcas manchas de moho y pensé en cómo convencer a Nachum de que ya era tiempo de que renováramos nuestro nido.

En la cama Nachum me dio la espalda diciendo que Yoavi le había quitado toda la energía y que tenía que dormir porque el siguiente sería un día pesado en la clínica. Cuando se durmió salí de la habitación, fui al estudio y llamé a Nechama. Le conté del día que había pasado con Luisa, y sobre el

ginecólogo y de Umm Mohammed, y ella me pidió que le describiera cómo se realiza la circuncisión femenina. Con un susurro le contesté que no podía, y Nechama se rió un poco de mí y dijo: «No seas tan quisquillosa», y me recordó cómo luego del *brith* de Yoavi, el rito de circuncisión de los niños, ella tuvo que venir a cambiarle los pañales porque yo no podía atreverme siquiera a mirar su herida.

Arriba, en el cuarto piso, los vecinos estaban moviendo muebles. Las patas de su comedor estaban rechinando pesadamente en nuestro techo mientras lo arrastraban a una esquina de la sala. Las delgadas patas de la pequeña mesa de centro rechinaron al ser hecha a un lado, y pude oír el golpe del ruido que hace el sofá cuando se convierte en una cama doble por las noches. «Dormimos en la sala para que cada uno de los niños tenga su propio cuarto», me explicó apenada Levana, nuestra vecina, cuando una noche, mientras trataba de concentrarme en el trabajo, esos ruidos me taladraron el cráneo y subí al cuarto piso a golpear su puerta con mis puños. Ahora el sofá estaba gimiendo arriba de mí, chillando y chillando, y la voz de Levana rogaba «más-más-más». Cuando el ruido paró regresé sigilosamente a nuestra cama y sentí la rítmica respiración de Nachum. Me acomodé cerca de su espalda y despertó, se volteó quedando boca abajo pero tomó mi muslo, que estaba sólo cerca de él, y lo puso encima de sus piernas. Le chupé el lóbulo de la oreja y murmuré: «¿Qué te parece si tenemos otro hijo?», y él, con el miembro bien protegido en las profundidades del colchón, dijo con una voz nasal que disparó a la almohada: «¿Ahorita? ¿Estás loca? Es tarde, mañana hablamos de eso». Pero no me rendí y dulcemente le dije: «¿Quizá una niña? ¿Una hermanita para Yoavi? Siempre he querido una nena», pero él no respondió. Sentí cómo sus músculos se relajaban y su pecho subía y bajaba a un ritmo lento, y murmuré: «¿Nachum?», pero él ya no contestó. Esperé unos minutos, y entonces me di la vuelta y caí profundamente dormida [...] ●

TRADUCCIÓN DE LUIS ALBERTO PÉREZ AMEZCUA Y ARTURO MOISÉS
ROSALES ORNELAS, A PARTIR DE LA TRADUCCIÓN DEL HEBREO
AL INGLÉS DE ANTHONY BERRIS

SÓLO UN POETA CIEGO

sólo un poeta ciego
podría comparar
una rueda de la fortuna con un sol

tras sumergir su pluma
en la boca del lobo
escribe en su diario:

esta mañana decidí
robarle fuego
a los ojos de mi amada

ella desde el umbral de la cocina
me miró fijamente
se fundieron mis alas

tuve que conformarme con ensalada y omelette de
nuevo

EL ÁRBOL DE LA CIENCIA

Bien
Muy bien
Qué bien
Mejor que no se ponga
Mejor de lo que está
Aunque sí está mejor
Mucho mejor que bien
Y eso está un poco
Un poco mal
Porque ya es demasiado
Sin embargo
Todavía está bien
Muy bien
A pesar de lo malo
Ya que el mal es difícil
Difícilmente malo

Pero malo
Ni hablar

Y no está bien
Que esté mal
Porque lo bueno ahora
Lo es un poco menos
Debido al mal
Aunque no exista
Punto de comparación
Mucho mejor el bien
El mal es menos
Mucho menos
Pero el mal
Está mal
Aunque mal
Casi no haya
No obstante hay un poco
Luego el bien ya no es más
Y lo malo es mayor
Y es menos bueno
Y de lo bueno poco
Es más malo que nada
Y lo que está más mal
Resulta peor
Estábamos mejor
Cuando peor estábamos

DONÉ MI CUERPO A LA OFICINA

La oficina me espera. La oficina
me abre los párpados y se pone feliz
al descubrir que existo.
La oficina se come mis uñas
tensamente, esperando mi recuperación.

La oficina utiliza un termómetro corriente
para verificar a qué temperatura está el formol
en que me baño.

La oficina considera
que, dadas mis estadísticas vitales,
tanto físicas como de otra índole,
puedo hacer mucho más.
La oficina me exige
que dé más.

La oficina me coloca
las nalgas
en una silla tapizada y rota.

La oficina me extiende
los dedos a lo largo
del teclado.

La oficina me hace
mirar
de arriba abajo la pantalla de la computadora.

La oficina dibuja un blanco en el periódico mural
y estrella mi cabeza contra él.
La oficina me exige que dé más.

La oficina me pone un collarín
para identificarme.
Enrolla fajos de dinero
en mi boca.

La oficina me pone una cola de burro
para que la menee con placer.
La oficina me manda a casa.

La oficina me exige que dé más.

VERSIONES DE HERNÁN BRAVO VARELA,
A PARTIR DE LAS VERSIONES DEL HEBREO
AL INGLÉS DE MARCO SERMONETA

La familia Yassin y Lucy en el cielo

[fragmento]

DANIELLA CARMÍ

Quizá nada de esto hubiera sucedido si las monjas hoy en día fueran tan sólo un poco más moralistas.

Porque, como ves, lo único que necesitaba para quedar embarazada era un poco de la hormona que ellos llaman *Pergonal*.

Me dijeron: Si no la tienes de manera natural, podemos obtenerla para ti porque hay un poco en la orina de cada mujer. Sólo que debe estar limpia, la orina. La mujer no debe ser una de esas que se tragan pastillas y todo tipo de hormonas.

«¿Dónde se puede encontrar una mujer así?», le pregunté al doctor.

«Una monja», me dijo.

Pero cuando regresé, dos semanas después, para recibir la inyección, resultó que no habían encontrado suficiente orina pura.

«En realidad no puedo comprenderlo», le dije a Salim, mi marido. «Tal vez ni siquiera los conventos de hoy sean lo que solían ser. Se podría pensar que las monjas son fieles a su único amor, ya sabes quién, y guardan su cuerpo para la vida eterna del cielo. Pero no es así».

«Porque, ¿qué pasa mientras tanto?», dijo Salim, «tal vez ellas quieran disfrutar también de un pedacito del cielo en la tierra, tener un pájaro en la mano, ya sabes...».

De cualquier manera, yo tenía ya treinta y siete años, así que Salim y yo decidimos adoptar un bebé.

**«Tal vez ni siquiera los conventos de hoy
sean lo que solían ser».**

DURANTE TRES AÑOS estuvimos en lista de espera para la adopción, y durante tres años no supimos nada. Entonces un día nos llamaron y nos hablaron sobre una bebé que había nacido de una chica de Galilea y un hombre del West Bank que no podía conseguir un permiso para vivir en Israel. Después de eso nos investigaron por algunas semanas, a Salim y a mí. ¡Todo ese papeleo! Había una montaña en la mesa, todo aquello sobre la historia de nuestra vida.

Pero cuando fui a su oficina, una mañana después de todas las investigaciones, me dijeron: «Llévese a este niño y váyase, señora Yassin, es tan sólo una adopción temporal. De otra manera dejamos todo el asunto».

En esa oficina había tensión en el aire. Algo estaba revuelto, y yo no estaba segura de lo que era. Los vi empujar una maleta en mis manos y no vi señales de ningún bebé. Yo quería preguntar pero no lo hice. Tres mujeres empleadas del lugar estaban ahí, sentadas, pero no dijeron ni una palabra. Sólo trajeron a un niño pequeño de un cuarto, y sin darme ni siquiera un momento para verlo, nosotros —él y yo y la maleta— estábamos ya dentro del autobús y su silencio pesó sobre mí durante todo el camino.

Tenía miedo hasta de verlo de reojo. Sólo cuando tomamos una avenida por donde unos árboles con flores moradas rozaron el autobús, sólo entonces me atreví a mirar.

Sus hombros no se han desarrollado aún, debo decir, y su cuerpo es más bien una rama pequeña, que quizá se sacude de repente, porque tampoco sabe qué hacer con sus manos. El autobús se detiene en la ciudad, y él... nada: mirando afuera, por la ventana. Con sus dedos moviéndose como si tocaran una música en el aire, como si hubiera un piano volando alrededor.

Lo llamo. Le toco el hombro. El conductor ha apagado el motor y viene hacia atrás y lo mira. Todo el autobús está mirándolo. Yo pensé que moriría. No sé cómo él se levantó finalmente y salió del autobús.

Voy hacia nuestro patio, y Salim no está lejos de la reja, inclinado, dándole la espalda a la pared. Camino adelante con la maleta, el niño viene atrás de mí, y Salim se queda inmóvil, sólo su cigarro está temblando.

El niño está corriendo de aquí para allá. Aleteando con sus brazos todo el tiempo. Y, si se para junto a la reja, no mira hacia arriba. Sólo se queda clavado allí, frente a la reja, como si los barrotes de acero estuvieran adornados con joyas o algo así.

La cara de Salim no muestra nada. Sólo sus lentes transpiran. Yo salgo y luego vuelvo a entrar, únicamente para alejarme del silencio. Traigo una jarra con agua y rodajas de limón para el niño. A Salim le doy café. Pongo los tomates y el *labaneh* en la mesa y pan pita y una olla de arroz, porque para entonces ya es la hora del almuerzo. Pero Salim se ha sentado dando la

espalda a la mesa, fumando un cigarro después de otro, sin mirar al chico. Y bien, ya sea que le eche un vistazo o no, el niño sigue corriendo alrededor, agitando los brazos.

Lo llamo para que se siente a la mesa. Su nombre es Natanel, regalo de Dios. Lo llamo por su nombre y él da pasos más grandes y se va más lejos, hasta el árbol de mandarinas. Examina las hojas como si nunca en su vida hubiera visto un árbol.

No tocamos la comida. Salim abrazaba su taza de café, calentando sus manos. Y, como sabes, es tan caliente como un horno de barro en el patio.

Preparé la cama plegadiza, en el cuarto que habíamos preparado para el bebé. En el muro había un póster que había pegado Salim. De una película de Disney. En su lugar colgué una pintura de la Cordillera de Líbano, dibujada con líneas finas. En lugar de la alfombra colorida puse una alfombra de rafia en el suelo, para que no se sintiera como un bebé.

Y Salim se sienta en el patio sin decir nada. Llamo a Natanel, pero parece no escuchar. Un crío sordo, me dije a mí misma, y un marido tonto.

Al final voy hacia el chico. Le pongo una toalla en los hombros y parece despertar. Por un momento me mira y me sigue hasta la regadera. Abro su maleta para que tome la ropa por sí mismo.

Después de la ducha sale vistiendo una sudadera de color claro con una pelota de fútbol roja en el pecho, y le pregunto si no está hambriento. Él me pasa corriendo y se asoma a los dos cuartos. Cuando ve la cama plegable en el cuarto del bebé se recuesta en ella y se duerme. Afuera es de día.

Lo miré mientras dormía. La inocencia de su rostro. Y bajo el pelo que colgaba de su frente un rizo amarillo florecía, como las plumas de un pollito.

DOS DÍAS PASARON y el niño no comía. Tampoco nos hablaba, ni a mí ni a Salim. Sólo caminaba alrededor, ondeando los brazos. Algunas veces le pregunté si había algo que él quisiera, y una vez levantó los brazos y los dejó caer, como si imitara la lluvia o una cascada. Balbuceando palabras incomprensibles, pero sin mirarme a los ojos.

Y ya sabes, en la oficina no nos habían dicho ni una palabra acerca de dónde venía. Quizá no era de aquí en lo absoluto. No me sorprendería que el chico no pudiera escuchar, pensé para mí.

Después de tres días tuve que ir a mi trabajo. Por suerte, Salim se hallaba trabajando en el cobertizo en el patio trasero, porque Natanel estaba caminando alrededor del patio y ni siquiera levantó la cabeza cuando cerré la reja detrás de mí.

Cuando regreso, lo veo bajo el árbol de mandarinas. Su cabeza entre las hojas y su cuerpo saliendo del árbol.

Traigo un poco de fruta afuera, al patio. Manzanas, higos y algunas semillas de lupino. Abro una lata con galletas, también tengo dulces de sésamo. Pero él galopa alrededor en una ruta fija, como si yo no estuviera parada allí. Hacia la reja y de regreso. Con una parada en el árbol de mandarinas.

Le digo a Salim: «Lo de la comida me preocupa, pero no es menos inquietante que él no nos mire a los ojos. El problema es que si lo regresamos a la oficina, pueden cambiar de opinión, como hicieron con el bebé. Pueden quitárnoslo...».

Salim fue y quitó la cama que había hecho para el bebé. Durante meses recolectó tablas. También hizo una linda cabecera de madera tapizada, con un colchón. Días y noches lo escuché lijando la madera hasta que quedara suave al tacto. Luego la pintó de azul claro.

Lo vi allí parado junto a la cama, sin moverse. Quise lanzarle una palabra bonita, pero no se me ocurrió nada.

Al final me acerqué a él, pero Salim estaba pegado a la pared como una roca. Pensé que iba a convertirme en piedra junto a él, hasta que me recompose y salí corriendo a conseguir una toalla para Natanel.

Él se está bañando y yo estoy detrás de la puerta y creo escuchar palabras en inglés fluyendo con el agua. Me doy cuenta de que es urgente y le digo a Salim que venga rápido. Él no se mueve. Así es a veces.

Agarro a Salim de la mano y él se suelta y se aleja en otra dirección. Como en los días en que quería que nos separáramos, porque era difícil para él ser relegado por mi padre cristiano, que jamás entendió cómo podía yo vivir con Salim, el musulmán. Sí, Salim solía alejarse de mí frecuentemente. Huía y luego regresaba.

De pronto, no sé qué me sucedió, me acerqué a él y lo empujé con el codo. Para mí, era el mismo Salim que solía escaparse. Se puso rígido, y me encontré golpeando su espalda con el puño, asustándome de mí misma. Luego vino conmigo a la ducha.

«Ahora dime lo que está diciendo», le pregunté a Salim, «porque tú eres mejor que yo para el inglés».

Él puso su oreja contra la puerta y dijo: «Está tarareando algo sobre las fresas. Campos de fresas».

«Tal vez él comería fresas», dije. «Ya sabes, otro día de este ayuno... incluso el Ramadán es más difícil».

«Si una persona está hambrienta, ¿no es suficiente con una corteza de pan seca?», preguntó Salim.

«El chico está asustado. No tiene idea de por qué está aquí».

«¿Alguien de nosotros, los humanos, sabe por qué estamos aquí?». Salim

pensó que estaba siendo muy listo y trató de atrapar mi mirada, pero no tuvo ganas de sonreír.

YA ERA TARDE cuando Salim estuvo de acuerdo en ir y comprar fresas a su primo, que las cultiva. Ahora iría a cualquier parte, pensé, sólo para descansar un poco del chico.

Bien, pues ya no regresó esa noche. Llamó de la estación de policía. Lo arrestaron en la colina, mientras recogía fresas, porque allí ahora hay un proyecto de casas, pero su primo ya había sembrado las fresas antes de que construyeran aquello.

Por suerte, Salim pudo zafarse. Hubo un allanamiento en un banco local y la policía estaba ocupada, por eso lo dejaron ir. Pero no ha dicho una sola palabra sobre el hecho de haber sido arrestado. Siempre se olvida de hablar de las cosas más importantes. Tan sólo cuando le pregunto admite que no le dijo a la policía que es abogado. Cerró su práctica porque no había trabajo. Porque es muy orgulloso, así es Salim.

Le digo: «Y tú probablemente pensaste que obtendrías algún descanso del chico, en prisión». «Ningún descanso justifica una noche en la cárcel», me dice.

Entonces nos sentamos ahí en el patio, en la mañana. Natanel frente al plato, devorando fresas, conmigo y con Salim del otro lado. Sonríó a Salim: «Esto ciertamente vale la pena una noche en la cárcel». Y ambos reímos.

A LA MAÑANA SIGUIENTE, Salim estaba trabajando en el viejo tractor y Natanel estaba corriendo, agitando los brazos. En el almuerzo, Salim lo llamó para venir a comer, pero Natanel no lo escuchó. Salim puso algunas fresas en un tazón en la mesa y regresó al trabajo.

Esa tarde pensó en enseñarle al niño cómo revisar la llanta. Tamborileó en la llanta con ambas manos y silbó. Natanel echó un vistazo en el cobertizo.

Salim remojó la llanta en una tina con agua, y cuando Natanel lo veía, Salim estaba feliz. Pero entonces observó que la mirada del chico divagaba hacia el árbol de mandarinas. Y sus ojos danzaban, como si hubieran visto un milagro.

«Pregúntame por qué», Salim me cuestionó esa tarde, y se contestó a sí mismo: «Toda esa felicidad vino del hecho de ver el árbol de mandarinas desde un ángulo distinto».

EL MISMO DÍA, en la unidad de asistencia social donde trabajo, yo estaba supliendo a una trabajadora social que se había ido con permiso de maternidad.

Por primera vez me habían dado una familia a la cual cuidar. Nunca completé las prácticas de mi profesión después de graduarme, hasta el momento sólo me han dejado escribir cartas para rechazar las peticiones de asistencia financiera que hacen las familias. Sólo me han permitido escribir rechazos. Espero que exista una mujer que escriba cartas aprobando las peticiones. La he buscado mucho, pero todavía no la encuentro.

Bien, sentada frente a mí está una mujer rusa y la historia de su vida está escrita en un documento sobre mi escritorio. Vive en el asentamiento de la colina, y su nombre es Marina. Da ocasionalmente clases de piano en el centro comunitario. Su esposo está desempleado y está sentado en la casa, deprimido. Ya perdió el apetito. Desde que el marido se queda en la casa, su hijo de seis años ha perdido la vitalidad. También tienen un bebé.

La mujer se ve cansada. Su boca está fruncida, como si ninguna sonrisa hubiera alumbrado su rostro por años.

Estoy tratando de concentrarme con tal fuerza que siento una presión en la sien.

«¿Puede hablar, su marido?», le pregunto finalmente.

«Antes jamás callaba ni por un momento. Ahora está en silencio».

Me atrevo a decir: «Cuando los niños se vayan a dormir, intente sentarse junto a él. ¿Puede entonces tratar de sacarle alguna palabra?».

«No hablamos mucho, él y yo», dice, encogiendo los hombros.

Digo: «Desde el silencio, uno puede empezar a golpear».

Ella dice: «Él no es violento».

«Al final será usted la que empiece a golpear», le explico. «Yo», recordando los silencios de mi esposo, «le di unos puñetazos en la espalda hace dos días».

Marina ríe. Hasta tiene lágrimas en los ojos. Ahora veo que esta mujer realmente tiene facciones.

«Sobre el asunto de su apetito, intente darle fresas». No pensé para nada antes de decirle esto.

Ella se sorprende. «¿Darle qué?».

Entonces abro la bolsa de fresas que había comprado para Natanel el día anterior y pongo algunas en una bolsa pequeña para el esposo de Marina.

CUANDO LLEGUÉ A LA CASA del trabajo, Natanel estaba ocupado con el árbol de mandarinas y Salim estaba fumando, dándole la espalda, sentado en el viejo tractor que perteneció a nuestro vecino y que Salim tercamente intentaba arreglar.

Lavé las fresas y fui con el chico. Me sujetó del brazo por un momento,

como si fuera una rama. Todavía las tragaba, cuando ya estaba de pie y corriendo alrededor.

Le pregunté a Salim: «¿Qué dices, traemos ahora otra comida distinta?».

Y Salim dice: «¿Para qué tirar un viejo tractor si todavía puede arreglarse?».

¿Comprendes ahora cómo hablamos? Así son las cosas entre Salim y yo. Él está en su mundo y yo en el mío.

Más tarde, la voz de Natanel flotaba desde la regadera y le pedí a Salim que pusiera su oreja contra el muro. Pero la corriente del agua se tragó sus palabras.

ESA NOCHE, cerca de las once, pensábamos que Natanel estaba dormido, pero de pronto salió al patio. Nos arrastramos fuera de una cama tibia y Salim apaga las luces de afuera, tal vez esto ayudaría al chico a darse cuenta de que es hora de dormir, pero él corre alrededor como si el demonio lo persiguiera.

En la oscuridad nos miramos el uno al otro. La cabeza de Salim casi cayendo en la mesa, está tan cansado.

«Vete a la cama», le digo. Salim no se mueve.

Mientras, la tensión en mis sienes empieza a aumentar. Esos días vuelven a mí, días del silencio de Salim, cuando solíamos huir de mi padre y las posibilidades de quedarnos juntos no eran buenas.

«Trata de hablar con él», le pido. «Yo ya hablé demasiado hoy en el trabajo». Pero a Salim es como si le hubieran cerrado y cosido la boca.

Luego, de pronto, le grita a Natanel: «Escucha, ¡escúchame!».

Y para escuchar a Salim gritar debes levantarte muy temprano en las mañanas.

El chico también está sorprendido. Sacude la cabeza como una culebra drogada.

Salim no se detiene. «Yo soy Salim Yassin. ¿Me oyes? ¡Y ésta es Nadia Yassin! Queremos que comas algo, además de fresas. Y que duermas por la noche. ¡Queremos que te sientas en tu hogar!».

Natanel se aleja de Salim y lanza tales gemidos que tres callejones más allá nadie podría estar dormido.

Fueron tiempos muy complicados, para Salim y para mí, cuando solíamos encontrarnos por la noche y no sabíamos a dónde ir para que nadie que conociéramos fuera a toparse con nosotros y regara la sopa con mi padre.

Salíamos de excursión en la oscuridad, hacia los barrios en la periferia de la ciudad, y por error terminábamos en lugares extraños. Ni siquiera los perros se veían en aquellas calles, y de pronto hombres de pelo negro, parados

en grupo, hablándole a la luna. No era la gran diversión, quizá, pero al menos estábamos seguros que no encontraríamos allí a nadie conocido.

Una vez estuvimos buscando un lugar donde mi padre no pudiera aparecerse ni en sus sueños más salvajes. Fuimos a un bar gay en una calle alterna y nos adentramos a empujones entre parejas que bailaban. Hombres, casi todos.

Teñidos de morado por las luces, nos restregamos con todo tipo de hombres medio desnudos, y yo podía ver a Salim tratando de ocultarse. Yo sólo me reía, no podía evitarlo. Yo estaba riendo y Salim se encogía, justo entre mis brazos, tratando de desaparecer.

En el patio, esa noche, recuerdo y pongo mi brazo sobre el hombro de Salim, riéndome. Y Salim trata de sonreír por un segundo, desde las profundidades del agotamiento.

«**COMIÓ FRESAS**», dice Marina, dos días después. Sus ojos están un poco menos hundidos.

«¿Hablaste con él?»

«Después de que los niños se fueron a dormir, lo intenté. No sabía qué decir. Luego me pidió que trajera el acordeón del desván. Entonces lo traje, pero él no lo tocó. En Rusia él era músico. Ahora sólo toma el acordeón en su regazo. Un bebé que no ha sostenido en largo tiempo».

«Bien», digo. «No por el bebé, sino por el acordeón».

Marina me mira. Imagino que veo un brillo encendiéndose en sus ojos, e inmediatamente apagándose.

«Si tan sólo lo tocara», murmura.

EN LA NOCHE, a la hora de la ducha, una idea surge en mi cabeza. Llamo a Jamila, la hija de los vecinos, una estudiante de preparatoria. Su ventana se abre hacia nuestro patio. Le pido que venga y que ponga atención a la ducha mientras Natanel se baña. Ella se desliza desde su ventana hasta nuestro patio.

Jamila no logra escuchar las palabras, sólo la tonada le resulta familiar.

«Voy a tarareársela por teléfono a mi amiga», promete. «En nuestro grupo, ella es la experta en pop. No habrá problema».

Todavía en esa noche, Jamila está en la ventana: «Es del periodo de los Rolling Stones y los Beatles», nos grita.

«Los vecinos pensarán que estamos locos», murmura Salim.

«Eso no es nada nuevo», le digo. «Debemos buscar discos o alguna película sobre esas bandas de música».

Salim sugiere: «Mañana, en tu camino de regreso del trabajo, pasas por la ciudad. Hay una tienda de videos y una librería Video Speed».

Estoy sorprendida: «¿Desde cuándo sabes tú algo sobre tiendas de video?».

«Ya sabes, mantengo los pies en la tierra y los ojos abiertos», se ríe.

A veces me sale con cosas así; no sé de dónde. Pero ve que me gusta y se siente tímido. Porque, desde que llegó Natanel, casi no nos hemos visto, Salim y yo. Su timidez le hace empezar a correr alrededor del patio, como Natanel.

De lejos me dice: «El carro que yo reparé en invierno, el Mercedes blanco, pertenece al dueño de esa tienda».

Natanel come fresas y se sube a la higuera y allí descansa. Salim y yo tomamos nuestras tazas y bebemos café bajo el árbol. Natanel arriba de nosotros, arriba de él el cielo con sus millones de estrellas, y nosotros dos abajo sobre la tierra.

Otro día pasó y otra noche y Natanel no comió nada más que fresas. Después de la ducha corrió hacia el patio, y créanme que hubiera seguido así, de no haber sido por Salim, que supo cómo cogerlo del brazo y llevarlo a la cama. No quiere decir que el chico se durmiera en seguida: hubo chillidos como de un cachorro, y si esto no acababa en una hora, de pronto había un lamento como de chacal que desgarraba el silencio de la noche justo hasta el final del pueblo. Entonces nosotros nos revolvíamos y nos volteábamos en la cama toda la noche, y quién sabe cuántos vecinos se revolvían y se giraban con nosotros.

Fue hasta el viernes después del trabajo que encontré el momento para ir a la tienda de videos. El propietario me vendió algunos casetes de los años sesenta, con precios de descuento.

NOS SENTAMOS bajo la higuera, Salim y yo, como adolescentes, con la vieja casetera entre nosotros, conectada en la cocina con dos extensiones. El patio estaba lleno con los gritos y sonidos del *rock'n'roll*, y los vecinos estaban frente a sus ventanas. Los chicos de la cuadra se juntaron alrededor de nuestra reja.

El líder del grupo era Bassam, un chico de dieciséis años al que le gusta jugar con niños pequeños que huyen de él. Después de que lo dejaron solo, metió la cabeza entre los barrotes de la reja y soltó una horrible carcajada. Como un león herido, rugió.

Natanel no escuchó las canciones, ni la carcajada de Bassam. Comimos sin apetito Salim y yo. Natanel ni siquiera tocó una aceituna.

Era de noche. Incluso Bassam se había cansado y se había ido a casa. Una pálida luna viajaba por encima de nuestro patio, y el silencio cayó en las casas alrededor de nosotros. Yo le pedí a Salim que lo intentara poniendo un último casete.

Salim se reclinó en la pared, los ojos cerrados. Yo también me sentía somnolienta, pero la música le llegó a Natanel porque de pronto él se arrojó contra el árbol de mandarinas y abrazó el tronco y se puso a llorar. Era el llanto de un niño pequeño, no de un adolescente. Y los sonidos de la canción se derramaron en el patio, como la mantequilla fresca sobre la miel. Una gran banda estaba tocándola, con violines y un chelo.

Salim recostó su cabeza en el respaldo de la silla y se concentró en el cielo, y las notas cayeron al piso como una lluvia bienvenida.

«Ve con él», me susurró Salim. Pero yo no quería detener el llanto de Natanel.

Tocamos la misma canción una y otra vez. Salim ya casi se sabía perfectamente la letra, pero aún no sabía lo que esas palabras significaban.

«Mis estudios de Derecho no sirven mucho aquí», dijo, y yo miré a la luna que estaba tratando de liberarse detrás de un montón de nubes. Entre las palabras de la canción, el nombre de un tipo de comida resaltó para mí, yo no sabía si era hojaldre o pastel. Un tipo de comida del que nunca había escuchado en mi vida.

ERA CASI DE MAÑANA cuando Natanel vino con nosotros. Nunca antes había ocurrido que él viniera y se sentara con nosotros por su propia voluntad. Las lágrimas se habían ido de su rostro. Sus ojos eran extraños cuando no estaban moviéndose alrededor infatigablemente. Se sentó ahí, desolado, como si no hubiera nadie más que él en el patio.

Todos los vecinos estaban dormidos y una niebla espesa colgaba del aire. Desde el silencio llegó el cacareo de un gallo ronco.

«Quizá consiga algo de pastel, para ti...», le dije.

Y él, sin mirar hacia arriba, dijo: «Pay para Natanel».

Sentí que mi corazón caía. «Claro. Pay. Pero ¿de qué tipo?».

El chico se puso de pie y ya estaba corriendo en círculos otra vez, y Salim atrapó mi brazo para que no pudiera moverme ni echar a perder nada. Cuando Natanel regresó, y circuló alrededor de la mesa, me atreví a preguntar: «¿Qué clase de pay?».

Él regresó al árbol y sostuvo la cabeza contra el tronco y respiró hondo varias veces.

Caminaba con cuidado entre las hojas. Con un dedo marcaba las ramas, como un pequeño reptil en un mundo inmenso. Caminé detrás de él, y pude ver cada detalle. Cada grieta y cada poro en las ramas, también algunos cortes que habían sanado y una grieta cubierta con resina. Descubrí algo blanco en una parte del árbol y temblé. Quizá un relámpago había golpeado este árbol en el último invierno, pensé.

Con un dedo toqué la herida en el árbol, y Natanel puso ahí sus labios. Desde lo profundo de una nube escuché decir al chico:

«Pay de malvavisco. Nadia lo cocinará. Pun-to».

«**NO, ÉL NO JUEGA**, mi esposo, Roman», dijo Marina algunos días después. Sus ojos recorrían las paredes. «Sólo se sienta allí con su acordeón en las rodillas. Pronto se le lastimarán. Y el bebé llora. Y el niño llega de la escuela, molesto».

«¿Y tiene apetito?».

«El apetito ahora está bien», recuerda. «Antes de cada comida come fresas y luego está listo para probar mi comida. Pero ¿qué hago con el chico?».

¿Cómo ayudar a esta mujer con su hijo de seis años? La presión en mis sienes empezó a mandarme señales. Córtenme la garganta, pero sigo sin saber qué decirle a esta mujer.

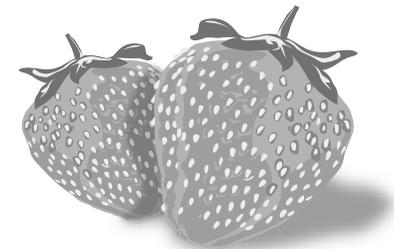
«Qué puedo hacer cuando el niño llega a la casa de la escuela y ve a su padre sin moverse, y al bebé llorando».

Traté de imaginar a todos estos personajes juntos y perdí el aliento. «Quizá tú sabes en dónde puedo conseguir malvavisco», me escuché preguntar. «Debes hacerle algo rico de comer al chico», reflexioné en voz alta. «Un buen pastel, ¿o un pay?». Marina me observó con ojos cansados. Toda su fatiga desbordaba de ellos.

«No me hagas caso», le pedí. «Ven conmigo, y pensamos juntas en el camino».

EN EL CENTRO COMERCIAL no sabían nada de malvaviscos. Pero uno de los clientes dijo, en un hebreo mascullado, que su familia solía asar estos dulces en largos palillos en las fogatas de los *picnics*, en algún lugar de Australia. Le pregunté si podría describir estos dulces al tendero.

El tendero escuchó perplejo, y me ofreció un caramelo. También me mostró gomitas.



«¿Se puede hacer un pay con esto?», le pregunté.

El tendero no sabía nada sobre esos pays, pero me recomendó que lo intentara.

No me di por vencida, Marina y yo nos subimos al autobús y nos fuimos a la ciudad.

«¿Qué estoy haciendo?», Marina se quejó durante el camino. «Mi esposo está allá sentado con el bebé y yo me voy de paseo...».

«En la ciudad mis ideas estarán más claras», le prometí. Durante el trayecto también tuve tiempo de sobarme las sienes.

Algunos paseantes nos mandaron a una tienda especializada en fiestas de cumpleaños. Nos perdimos un poco en las calles aledañas. Pero no me arrepentí, porque en el instante en que nos metimos a la tienda Marina se veía mejor.

Había papel decorado y chucherías por todas partes, y estrellas plateadas y doradas nos cayeron del techo. Caminamos alrededor, entre pantallas de papel brillosas, con una luz como de navidad, y también había dulces, con forma de fresas, paletitas de dulce, enanos de chocolate y conejos de mazapán.

«En una semana es el cumpleaños del niño», recordó Marina, y yo no pude evitar aventarle un puño de confeti.

«¿Qué estás haciendo?», dijo, impresionada, y el vendedor me lanzó una mirada fulminante, como de rayo mortífero; quizá fue esa mirada la que nos hizo reír, y vi que, debajo de todo ese agotamiento, Marina tenía grandes carcajadas dentro de ella que aún debían reírse.

En la tienda había coronas plateadas y doradas, y Marina compró dos para sus hijos.

A pesar de todo aquello se quejó: «¿Y esto va a solucionar mis problemas?».

Nunca supe lo que yo iba a decir, pero esto fue lo que salió: «Con las coronas sobre sus cabezas, los llevas al bosque; caminas entre los árboles. ¿Cuándo fue la última vez que observaste la rama de un árbol?».

Marina me miró como si yo fuera hierba seca.

«Lo que tenga que pasar, pasará», le expliqué. «Lo más importante es que los niños y tú caminen en el bosque». Yo misma ya no sabía de lo que estaba hablando.

Estábamos solas en la tienda. Había una sensación de que el lugar estaba casi siempre desierto. Los ojos del vendedor eran lúgubres, ahí entre las lentejuelas lustrosas. El hombre se veía como si sus problemas estuvieran colgando de su ropa. Pero cuando nos mostró dulces rosados y blancos dentro de bolsitas transparentes, las palmeó como un niño.

Yo no sabía si comprar una o dos bolsitas de dulce, así que compré tres. En el camino de regreso Marina estaba silenciosa, y mi corazón era como una piedra.

Me regañé a mí misma: en lugar de ayudar a la gente, la confundes. Deseaba que la experimentada trabajadora social ya estuviera de regreso.

Era difícil ver a Marina a los ojos.

«Esconde las coronas hasta el cumpleaños», le dije al despedirnos. «Y luego pon las coronas en sus cabezas y llévalos al bosque, a los árboles». Coloqué en su mano una bolsita de malvaviscos y me fui corriendo.

NATANEL SE SENTÓ toda la mañana junto a la casetera y escuchó las canciones. Corrió alrededor del patio un poco menos, y Salim pudo concentrarse en el tractor.

Salim pintó las partes oxidadas con una primera mano de pintura, después de lijar las esquinas. Encima de eso pintó dos manos de verde y el tractor se veía como nuevo. Todavía tenía que trabajar en el motor, pero le resultaba más fácil aplicarse en esas partes cuando la carrocería estaba de pie, brillando bajo el sol.

Me senté en la cocina entre bolsas de malvaviscos y pensé: «No debo poner estos dulces en el horno por un largo tiempo. Aquí hay algo crudo, que debe protegerse como a la niña de mis ojos».

Eventualmente, hice una capa de masa con verduras y especias, y después de sacarla del horno la cubrí con malvaviscos.

El sol estaba poniéndose y un aura roja envolvía el patio. Sobre las copas de los árboles había una capa de nubes rosadas. Natanel me miró directo a los ojos y de pronto retrocedió como un bebé con los dedos quemados: «¡Nadia tiene ojos de caleidoscopio!».

Aquello me sonaba a que el chico me había coronado como la reina de Inglaterra.

NOS SENTAMOS A LA MESA, yo acá y Salim allá y Natanel en medio. Salim puso un pedazo de pay en cada plato y Natanel estiró el brazo y ondeó sus dedos y tocó el piano invisible que flotaba sobre la mesa, un acorde al norte y el otro hacia el sur. El occidente era aún una mancha de luz cuando empezó a comer [...] ●

TRADUCCIÓN DEL INGLÉS DE LAURA SOLÓRZANO, A PARTIR
DE LA TRADUCCIÓN DEL HEBREO AL INGLÉS
DE RONNIE HOPE

Nurit Zarchi

I

Adiós, adiós, las niñas me agitan sus brazos.
No, no hace falta que te internes
es nomás una ola remolcándonos del mar
espumeante, cadenciosa. Entiende
todo pasa adelante—

Adiós —reverberan las niñas, no hay tiempo libre.
Desde aquí ya no podemos verte más.
En frente una ola multipisos se nos acerca, se dobla, devora,
y tú no puedes ayudar nada,
nada, como siempre.

Con tus navíos hechos de papel de libro
sal a la orilla, muévete.
La revolución francesa no fue sobre ti, mamá.
Por fin serás tú el público, nos mirarán a nosotras
me gritan ellas de los Estados Unidos de América.
Estamos todos sanos: los niños, el presidente
todos toman tapioca.

Shhh, soy yo en lengua extranjera
y quizás no me puedan oír
hay ruido en los Estados Unidos de América.

Shhh arrulla el mar.
¿Soy acaso San Francisco para predicar
a gaviotas, caracolas y bagres.
Un litoral desnudo se extiende frente a mí—
será que el Nuevo Mundo llegó a mí?

2

Hubo una o dos razones
por las cuales no descubrí América

salvo tempestades, miedo a las aguas profundas
y unos cuantos marineros que huyeron a las islas,

salvo los ratones corriendo sobre la cubierta
los llamados roedores en la literatura realista—
salvo estos pequeños detalles

siempre sentí que el navío se hundía.
Quizás por eso haya apoyado a
los indios, a los españoles
y distribuido chocolate a las prisioneras en la sección inferior.

Pero en el fondo de mi alma yo también codicié el oro de Cajamarca
yo también soñé con descubrir los países maravillosos
tal como descubrí lo descubierto—
ya tarde—
y yo aquí.

VERSIÓN DEL HEBREO DE TAL GOLDFAJN

Oh madre

ANAT LEVIN

1

Hubo varios métodos:

cintarazos en el dorso de las manos si llegabas tarde a casa,

cintarazos en la espalda si reñías con tus hermanas,

cintarazos en cualquier parte del cuerpo (de repente, en una
[fracción de segundo),

si olvidabas sacudir la sala de estar los jueves, justo antes de ir
[a la escuela,

si una de las tazas anaranjadas que habían traído de «ese lugar»
[estaba rota,

si te sorprendían soñando despierta mientras te vestías en la
[mañana,

cuando leías un libro (*Angélique se revela*, una y otra vez) en la
penumbra del pasillo,

después de la hora de dormir.

(Denunciar siempre fue alentado.

La hermana-delatora recibía un caramelo, una blusa nueva, una
[caricia apenas insinuada).

La bofetada era lo peor, dividía el aire súbitamente, hería la
[distancia

entre la rigidez de la palma y la suavidad de la mejilla.

Esto no requería de un motivo especial.

2

Y se dijo:

honra a tu padre y a tu madre

y te honrarán con una tunda doble

y con dos golpazos en la espalda

para que tus días sean largos

y placenteros sobre la tierra

y dolorosos debajo de las cobijas; permanece inmóvil

para que las estrellas no

atormenten tus heridas.

7

Son personas inflexibles, dijiste años más tarde.

Tú permaneciste blanda:

el cuerpo,

la piel,

la nuca,

el cabello,

la cabeza,

el rostro,

las palmas,

la sangre,

los vasos sanguíneos,

las aurículas del corazón,

los ventrículos del corazón,

el corazón,

los ojos,

las pestañas,

los párpados,

las orejas,

las lágrimas

8

A los dieciocho años llegó el momento de contraer matrimonio.
Se encontró un novio, se hizo un vestido
(Un poco apretado. La costurera dijo:
Aletea los brazos como un pájaro —se ensanchará).
Rentaron un salón y contrataron un conjunto musical, tocaron
[Aris San
y bailaste, agitaste los brazos hacia arriba, hacia abajo
y en todas direcciones. Pero no sirvió de nada.
Parecías un pollo.

VERSIONES DE LUIS PANINI,
A PARTIR DE LAS VERSIONES DEL HEBREO AL INGLÉS
DE ANAT LEVIN (POEMAS 1, 2 Y 7)
Y VIVIAN EDEN (POEMA 8)

ANAT ZECHARIA

UNA MUJER CON VALOR

*Treinta y cinco soldados en activo y varios empleados civiles
de una base aérea mantuvieron relaciones sexuales con una niña
de catorce años durante el pasado año. Muchos de los sospechosos
sostuvieron durante el interrogatorio que la chica dijo
tener la edad para enrolarse.*

HANNAN GREENBERG, *Ynet News*

El primero
coloca tu cabeza en su regazo desnudo
y uno puede pensar
que no has sido forzada sino
bien recibida y tu cabeza acariciada.
El segundo se desliza despacio
por tu espalda y las sensaciones
son nuevas
y aún puedes concentrarte.
El tercero inserta tres dedos, dice
«No te muevas». No lo haces,
el mapa de un Israel más grandioso

Nota de la traductora del hebreo al inglés: «Una mujer con valor» («Eshet Hayil» en hebreo) es un himno a la mujer de la casa que es regularmente recitada en la noche del viernes, después de volver de la sinagoga y antes de sentarse a la cena del Sabbath. Es un poema de veintidós versos largos (Proverbios, 31:10-31) y comienza: «¿Dónde encontrar una mujer con valor? Su precio es mayor a los rubíes» (*Publicación de la Sociedad Bíblica Judía*).

en tus ojos.

El cuarto mueve a un lado una pila de reportes
de accidentes aéreos en el sur
y te toma por detrás.

Un gran amor, piensas
un gran amor me abrasa
y no cesará.

Subes y bajas tus brazos
tu cuerpo se estira hasta el límite del cielo
tus manos se ahuecan para recibir la lluvia.

Los imparables quinto y sexto
en trayectoria hacia dentro de ti.

La arrogante sal de la tierra, evitando los ojos,
aquellos que esperan su turno. Pronto tu cuerpo
lucirá hermoso
incluso para ti.

TODA ESA CARNE Y GRASA

Toda esa carne y grasa, el café y los panecillos
semillas de girasol en sal del Atlántico,
todos esos objetos que combinan, las almohadas
con una cabeza de tigre dibujada.

Todas esas sombras revelando belleza en movimiento,
revoloteando como murciélagos
bajo una fuente de luz fría,
con papel tapiz de arrecife de coral
para una ilusión de profundidad.

Todas esas mujeres cuya carne está unida
por tiras de traje de baño,
las guirnaldas apropiadas, esplendor de pavorreales,

las dulzuras. Todos esos abanicos
peleando por su vida,
sus espaldas colgando de techos,
partes de metal reciclado,
seguros, un clavo limado, cuchillo, tornillos,
y la tinta oscurecida que mancha
las ropas de los niños.

Todos esos platos de vidrio que construyen
una nueva ciudad transparente,
la formada escalera que se curva en la esquina,
los avisos puestos encima de avisos,
puestos ilegalmente,
«Los infractores serán consignados.
¡Están advertidos!»

Todas esas botellas de cerveza vacías, bolsas negras de basura,
gente de color de África
rojo que es también algo marrón
y amarillo que es también algo blanquecino.
Y la luna rebosante por televisión
y un charco de agua en el piso
y silencio.

Una manada de perros tras un solitario gatito,
todos los ratones en campos amarillos,
y rascar y despellejarse, revelando una luz creativa y aniquilante
miel y leche bajo nuestras lenguas.
Y el viento que sopla antes de partir,
y la geometría la simetría y el «¡Doctor, doctor!»
y el Caballo de Troya de la muerte.

VERSIONES DE LUIS ALBERTO ARELLANO,
A PARTIR DE LAS VERSIONES DEL HEBREO AL INGLÉS
DE LISA KATZ («UNA MUJER CON VALOR»)
E IRIT SELA («TODA ESA CARNE Y GRASA»)

El poeta de Gaza

[fragmento]

YISHAI SARID

a Raheli

ME QUEDÉ SENTADO en el coche un rato más para mirar la antigua fotografía de ella, y también para escuchar «Here Comes the Sun» hasta el final. No es frecuente escuchar a Harrison en la radio, y hay pocas canciones matinales tan buenas como ésta. Para mí es importante saber cómo es una persona antes de encontrarme con ella por primera vez, para no tener ninguna sorpresa. En la fotografía se veía muy guapa, el pelo recogido hacia atrás, una frente inteligente, sonriendo a un árabe en algún mitin de gente progresista.

Era una mañana de finales de julio. En la calle había la tranquilidad urbana de las vacaciones de verano. Unos gatos trepaban para buscar comida en los contenedores de basura, dos amigos paseaban hacia el mar por la avenida de los tamariscos, riendo despreocupadamente y con unos patines debajo del brazo. Vivo en el tercer piso, me había dicho ella por teléfono. Los buzones del correo tenían muchas capas de etiquetas, inquilinos jóvenes que llegaban y se marchaban, y nombres con letras latinas de gente que ya no estaba viva. El edificio estaba muy descuidado y el yeso de las paredes desconchado. Las ventanas de la escalera, altas y estrechas como las de un monasterio abandonado, estaban opacas de tanta suciedad. Dafna abrió la puerta descalza, el pelo recogido, la mirada penetrante. Es lo que capté a primera vista.

—Estoy al teléfono. Pasa —dijo. Escuché algo de la conversación, una risa breve y algunas informaciones prácticas—. Ahora tengo que colgar; hay alguien que me espera.

Eché un vistazo a la sala: dos confortables sofás de los años setenta, un gran ventanal a través del cual se veía la copa de un ficus, un pequeño

televisor y, en las paredes, algunas obras interesantes que no tuve tiempo de ver bien. El departamento daba a un patio interior y tenía mucha luz. No sé por qué, me esperaba un lugar oscuro.

—Ven, nos sentaremos en la cocina —me gritó.

Sobre la mesa redonda había un montón de papeles, un cuenco con melocotones para que maduraran, un mantel de colores hecho a mano. La radio emitía una música clásica suave, quizá de Chopin o de alguien que yo no conocía.

—¿Por qué has venido? —preguntó. Tenía una voz sorprendentemente juvenil.

—Me han dicho que podrías ayudarme a escribir; me recomendaron que viniera a verte. Quiero aprender a escribir.

—¿Es importante para ti? ¿Estás dispuesto a invertir tiempo? —me preguntó tranquilamente y con una sonrisa contenida mientras se sentaba en una silla, con una pierna doblada debajo de ella. Entonces vi que llevaba un pantalón de tela ancho.

—Sí, para eso he venido.

—¿No trabajas? ¿De qué vives? —inquirió. En ese momento su rostro era duro y tenía una expresión concentrada, casi como de hombre.

—Ya he trabajado bastante. Ahora quiero escribir. Es lo que de verdad me importa. —Sujeté con fuerza mi guión. Ahora de ninguna manera podía soltarlo.

—Los hay que vienen para que les haga el trabajo —dijo, poniendo las manos sobre la mesa, de lado. Tenía las uñas cortas y limpias—. Y eso no lo hago. Si quieres publicar tendrás que trabajar mucho. Yo no escribiré por ti.

En el alféizar de la ventana de la cocina, cerrada, había macetas de hierbas aromáticas. En las paredes, los años de lluvias y de salpicaduras de agua de mar habían hecho grietas. El techo también se pelaba.



Me preguntó dónde trabajaba y cruzó las piernas.

—Durante trece años he sido consejero en una compañía de inversiones —dije—. Han sido unos años muy buenos en el mercado. Pero lo he dejado. Quizás algún día vuelva a ese trabajo. Tengo suficiente dinero. Ahora me interesa más la creación. Desde pequeño sueño con escribir un libro.

No podía creer que aquellas palabras salieran de mi boca. Elige un empleo, me dije; decide quién eres.

—Has elegido un tema extraño para un consejero de inversiones. ¿Cómo llegaste a él? —me preguntó.

—Estudiaba historia en la universidad —contesté—, pero lo tuve que dejar para ganarme la vida. Por casualidad cayó en mis manos este artículo que habla de un vendedor de cidras en la época antigua, y el relato me enganchó. Busqué las fuentes y vi que aparecía en diversas formas, tanto en la Mishná como en la literatura helenística. Mi imaginación vuela sin cesar hacia este hombre.

Tenía las manos morenas y delgadas, adornadas con muchos y delicados anillos de oro, y los ojos muy hundidos; me costaba mucho mirarlos sin sentirme turbado. Tenía el cuello largo y delgado, con unas arrugas delicadas, pero eso no me molestaba, en absoluto. Según los papeles, tenía siete años más que yo. Cuando fue al ejército yo estaba en quinto.

—Eso sólo es un esbozo —dijo—. Estás muy al principio.

—No tengo ninguna prisa —dije.

—Estas hojas no irán mañana a la imprenta. Dime qué expectativas tienes. No quiero decepciones terribles. Ninguno de los dos lo resistiría —se rió—. Hay más gente que se ha colgado por falta de talento que por un desengaño amoroso.

—No te preocupes —me reí—. Entre los agentes de bolsa es más frecuente tirarse desde la azotea. No me colgaré. Sólo quiero escribir un buen libro. Ya no soy un niño, y tengo paciencia. Soy un nadador de largas distancias.

—Yo también nado —dijo animándose y volviendo a reír. Había conseguido romper el hielo—. ¿A dónde vas a nadar? —me preguntó con interés.

Le expliqué que de pequeño iba a la piscina del Instituto Weizmann, que quedé quinto en el campeonato de jóvenes israelíes de los quinientos metros crol. No era un gran nadador, pero tenía resistencia. Entrenábamos tres o cuatro veces por semana y nunca dejaba de ir. A mucha gente le aburre pasarse horas y horas en el agua, pero a mí me gustaba desconectarme.

—Yo voy a nadar varias veces por semana —dijo Dafna—. Dos kilómetros cada vez, a veces con aletas, a veces con flotadores en las piernas.

Cambiamos impresiones sobre distancias, piscinas y estilos de natación. Entonces comprendí de dónde le venía aquella reposada vitalidad. Siempre me había gustado la gente que se toma en serio la natación.

Me preguntó de dónde era.

—De Rejovot —le respondí—. Mi padre es profesor de agronomía y mi madre es maestra. La historia normal en Rejovot.

—No hay ninguna historia normal. Sólo sobre esta frase podrías escribir mil novelas. Estoy convencida de que tienes cosas que decir.

Me hizo sonrojar y ella, al darse cuenta, se rió. Ten cuidado, me dije, es mucho más inteligente que tú.

—¿Por dónde quieres empezar? —preguntó. En la ventana de la cocina había un pájaro, encima de una de las plantas, cantando a placer.

—Dímelo tú.

—Hablemos un poco de tu protagonista —propuso.

—He escrito todo lo que sé de él —dije—. Es un comerciante judío que, tras la destrucción del Templo, se va a una isla griega a buscar cidras para llevarlas a la Tierra de Israel.

—¿Lo conoces? —me preguntó.

—Creo que sí. He madurado mucho con él antes de ponerme a escribir. Hubo una época en la que a menudo viajaba al extranjero por trabajo, y siempre me acompañaba. A veces yo era el hombre de las cidras. En la biblioteca he examinado todas las versiones del relato. También he hecho investigaciones sobre la isla. Estuve allí el año pasado. Si existe un paraíso, es Naxos. Allí todavía cultivan cidras.

—¿Cómo es tu comerciante de cidras? ¿Qué piensa? ¿Qué cosas lo motivan? ¿Qué desayuna? —dijo Dafna, disparando las preguntas. Conservaba su juventud: en el pequeño espacio entre los dientes, en los movimientos flexibles, en el hablar rápido.

No sé por qué azar me encuentro en este juego, me dije; habría tenido que proponer una historia diferente desde el principio. Pero no había otra.

—Es un superviviente —dije—. No piensa demasiado. Ha pasado una tragedia terrible y sólo intenta seguir viviendo en su pequeño rincón, llevando cidras para la fiesta de los Tabernáculos. Es un hombre práctico.

—No hay nadie que no piense demasiado —dijo con determinación—. Lo embarcas en un crucero de dos semanas y te aseguro que la cabeza le explota de tanto pensar. Pensamos mucho más de lo que actuamos.

No estaba de acuerdo. Hay gente que se mantiene permanentemente ocupada para no tener que pensar.

Se levantó a preparar café. En su cocina no había nada nuevo: los fogones eran viejos, el horno era como el de mi abuela en Rejovot, la nevera era una Amcor de los años sesenta. Pero todo estaba limpio y la luz era suave, como si penetrara del exterior a través de un filtro.

—Seguro que tomas el café con leche —dijo—, pero no tengo.

—No —me reí—. Lo tomo solo.

—No pareces un banquero —dijo, dándome la espalda—. Hay algo en ti que no me encaja. ¿Cuánta azúcar quieres?

Seguimos hablando de mi hombre, que ahora zarpaba del Asia Menor hacia la isla. Le describí la estructura de los barcos de vela en aquella época; todos los detalles los había comprobado cuidadosamente con anterioridad. Ella me ayudó con los pensamientos.

—¿Es casado? —preguntó—. ¿Ama a alguien?

—Tiene treinta y cinco años —respondí—. En aquella época los hombres de treinta y cinco años no eran solteros. Tiene mujer y muchos hijos. Pero le gusta viajar. La Tierra de Israel pasaba por una situación terrible cuando se hizo a la mar.

—¿Añora mucho a su esposa o mira a otras mujeres durante el viaje? —rió.

—¡Uy! Sabía que faltaba algo —dije, coqueteando—. Hace falta sexo para que el libro se venda. Quizás haré que se acueste con alguna prostituta en el puerto de Esmirna, antes de zarpar.

—No, no —dijo riendo y moviendo la mano en señal de protesta—, no lo hagas y, por supuesto, no la llames prostituta.

Anoté los puntos de nuestra conversación en un bloc de color amarillo que me parecía literario. Le prometí reescribir el comienzo de la historia para el próximo encuentro.

Me levanté para irme y dejé cien shékels sobre la mesa, como habíamos acordado por teléfono. Me acompañó a la puerta, y cuando ya tenía la mano en la manija, me dijo en voz baja:

—No te prometo nada. No puedo prometer que el libro se publique. Podría ser que me pagaras en vano, que no saliera nada de todo esto.

—De acuerdo. Te lo he dicho: ya soy un chico mayor.

—No quiero que te decepciones —me repitió—. Hay cosas que no puedo prometer.

—De acuerdo, Dafna —por primera vez la llamé por su nombre. Quedamos en encontrarnos al cabo de una semana.

Al volver al despacho envié un corto informe por correo electrónico interno e inmediatamente me llamó Jaim pidiéndome que fuera a verlo. Fui a su oficina, al final del pasillo, saludando a los que veía en los otros despachos. Como siempre, Jaim estaba enterrado detrás de la computadora y los papeles, y sentado flojamente.

—¿Cómo te fue? —me preguntó. Iba sin rasurarse por alguna prescripción religiosa.

—Como en una clase particular —dije—. Ha hecho añicos mi historia. Me parece que no lo aguantaré.

—Tienes que hacerlo —dijo Jaim con una sonrisa torcida—. Tu historia es realmente inconsistente, ya te lo había dicho. No sé de dónde la sacaste. Las cidras se cultivaban en la tierra de Israel; nunca fue necesario enviar a nadie a Grecia para ello.

Volví a mostrarle la Mishná, pero él la apartó con desprecio.

—Eso es lo que pasa cuando los profanos leen la Guemará —dijo—. Le quitan el alma y sólo le dejan los hechos. Ven a clase conmigo una vez por semana y entonces comprenderás el fundamento.

Me preguntó cuándo sacaríamos de Gaza al individuo.

—La próxima semana —dije—. Quizá dentro de dos semanas. Cuando me haya vuelto a encontrar con ella. Si es que está de acuerdo en colaborar con nosotros.

—¿Crees que querrá? —Jaim me miró con sus ojos enrojecidos.

—Me parece que no tendrá más remedio —dije.

—Sigue informándome. No somos los únicos involucrados, lo sabes bien. Quiero estar al corriente de cada detalle.

EN EL DOSSIER de ella encontré, principalmente, recortes de periódicos viejos; críticas buenas de su primer libro en los suplementos literarios, indiferentes del segundo; una fotografía suya en la revista *HaOlam Hazeh*, una chica de veintidós o veintitrés años, con una falda corta, comiendo sandía junto a Dan Ben Amotz en una de las terrazas de la ciudad vieja de Yafo, con unos lentes grandes, y debajo, el pie de fotografía sacado de una página de chismes.

También había fotografías clandestinas hechas de lejos con un zoom; todas parecían preparativos de atentados: una reunión judeo-árabe en Nazaret en

1981, una manifestación contra el establecimiento de un nuevo asentamiento en Samaria. Ella salía en cuatro o cinco fotografías de eventos similares, pero sólo en una, impresionante, la cámara la había enfocado y aparecía en el centro, con los ojos abiertos de par en par, brillantes, de pie en una carretera estrecha y hablando con un viejo árabe, con el trasfondo de un olivar y llevando en la mano una pancarta escrita en hebreo y en árabe. Alguien había hecho un trabajo negligente, porque en ninguna esquina de la foto se mencionaba el lugar ni la fecha. En ninguna fotografía se veía enfadada, ni cuando a su alrededor había gente alborotando ni cuando tenía la boca abierta para gritar. Ella era una estadística. Hasta que empecé a trabajar en el asunto, no tenía ningún expediente propio; tuvieron que buscarme los documentos en los expedientes de otras personas más importantes que ella.

Su primer libro trataba de su infancia en Tel Aviv, cerca del mar, no muy lejos del mercado del Carmel; hija de padre búlgaro, obrero de la construcción, y de una madre que llegó sola de Europa después de la guerra. Cuando la trajeron al mundo ya eran mayores y conocían el sufrimiento; sin embargo, el libro irradiaba la alegría de vivir, era un libro resplandeciente. Por ejemplo, había un capítulo espléndido sobre el mar, sobre cómo su padre, cogiéndola en brazos, se metió en el agua con ella por primera vez. Se publicó en 1978, cuando tenía unos veintitrés años, y obtuvo unas críticas magníficas que hablaban de una nueva y sorprendente voz femenina en la literatura hebrea, una voz que inmolaba vacas sagradas sin renunciar a la compasión. Tuve que buscarlo en la biblioteca de la universidad porque en las librerías no quedaba ni rastro.

El segundo libro salió al cabo de dos años; era una historia de amor entre una mujer joven y un hombre casado. Al parecer, fue un libro demasiado sombrío y pretencioso, publicado por una editorial marginal y no especialmente querido por las críticas. No conseguí encontrarlo en ninguna parte, ni en las bibliotecas. Luego no publicó nada más, pero se encargó de la edición de bastantes libros y también hizo traducciones del inglés. Durante cierta época dio clases de literatura en secundaria.

POR EL MOMENTO se trataba de una misión secundaria a la que no podía dedicar demasiado tiempo. Cada día interrogaba detenidos, como en una cinta transportadora. Les dedicaba toda mi atención. Hablaba con ellos, los tocaba, respirábamos el mismo aire sofocante y sin mirar el reloj. A veces me quedaba en el trabajo de noche porque se hacían grandes redadas y en el

aire se notaba el olor de un ataque terrorista. Intentaba hablar por teléfono con Sigui dos veces al día. Ella me transmitía breves comentarios sobre el niño. Cuando le preguntaba qué le pasaba, sólo obtenía evasivas. Sabía que yo tenía la cabeza en otra parte, que en realidad no la escuchaba. Volvía a casa a horas extrañas, muerto de cansancio. Sigui dormía, o lo hacía creer. Al día siguiente, muy temprano, cuando yo aún dormía, si había vuelto a casa, ella llevaba al niño a la guardería y se iba directamente al trabajo.

Pedí que me trajeran las últimas grabaciones. Me llevaron resúmenes escritos de todas las conversaciones, pero a mí me gustaba escuchar personalmente lo que decía el objetivo, acercarme a él, intentar comprender a la persona. Me trajo las grabaciones una mujer, mayor y con una trenza blanca, que parecía una bibliotecaria. Se sentó frente a mí sin que se lo pidiera. Generalmente trabajaba con grabaciones en árabe, así que casi no conocía este departamento de audiciones.

—Normalmente los investigadores no piden escuchar las grabaciones ellos mismos —dijo.

—Parece que yo trabajo de otra manera —repliqué.

—Espero que no se las dé a nadie —me dijo con una expresión seria.

Levanté la cabeza de los papeles del interrogatorio de aquella noche. Un chico de Siquem hacía tres días que había desaparecido de casa, y su padre, durante el interrogatorio, insistió en decir que no sabía dónde estaba.

—Perdón, ¿qué decía? —dije, mirándola a los ojos.

—Quizá no hacía falta —intentó explicarse—, pero trabajar con judíos es diferente, completamente diferente. Me permito decírselo porque es la primera vez que usted trabaja con nuestra oficina. Hay más peligro de filtraciones. Es imposible saber quién conoce a esta mujer. Quizás alguien que vive cerca de ella, o alguien que hizo el servicio militar con ella; no podemos saberlo. Por eso somos más estrictos con los procedimientos.

—Tiene razón, no hacía falta —dije—. No he empezado hoy a trabajar aquí, y no me llevaré esto a ninguna parte [...] ●

TRADUCCIÓN DEL HEBREO DE ROSER LLUCH I OMS

La prosa hebrea actual: *una gran literatura en formación*

MARIO WAINSTEIN

1) *Los condicionamientos del idioma*

La caracterización de la literatura de un grupo étnico o nacional, o incluso la de una época, es imprescindible e imposible al mismo tiempo. Todos los encasillamientos en literatura son doblemente odiosos: por generalizar y por diluir lo que caracteriza a cualquier escritor: su individualidad, su unicidad en estilo y en trama —es decir, en forma y contenido. Sin embargo, solemos hacerlo porque pese a todo encontramos algo en común en la diversidad: Jeremías e Isaías son sin duda muy diferentes, pese a lo cual podemos hablar de un estilo bíblico profético que alberga a ambos, y estamos en lo cierto.

Solemos catalogar a esos escritores tan individuales en diversos grupos de pertenencia: por su nacionalidad, su etnia, su religión, su época, su circunstancia histórica, su ideología, su generación. En literatura, sin embargo, uno de los condicionantes más evidentes y determinantes es el del idioma. En el caso de la literatura hebrea moderna, y por ende en la literatura israelí, el idioma ha cumplido un rol protagónico insoslayable y en gran medida lo sigue cumpliendo hasta el día de hoy.

En una entrevista reproducida en la revista *Araucaria*, el escritor Amos Oz sostiene que «sesenta años de la lengua hebrea equivalen a cuatrocientos del idioma español». Oz sintetiza así un periplo especial, único en muchos aspectos, que es determinante a la hora de clasificar a esta literatura: el hebreo es una de las lenguas más antiguas del mundo y, al mismo tiempo, una de las más nuevas. Es también una lengua venerada, sacra, llena de giros y expresiones consagrados y enriquecidos por ser de raíz bíblica o por tener siglos de uso litúrgico. Ese lenguaje se fue mezclando obligatoriamente con otro nuevo, renovado según algunos, inventado de acuerdo con otros, ampliando el marco de las posibilidades

no sólo en significados, sino también en la mezcla orgánica que se ha creado y ha inventado nuevos espacios, como por ejemplo la posibilidad de insertar expresiones o palabras totalmente nuevas en un giro extraído de un pasaje bíblico.

La prosa de los primeros escritores provenientes de un ambiente y una educación no religiosos sentía muchas veces la necesidad de exhibir la erudición, el dominio de la lengua en todo su ancho espectro. Fue el caso del escritor Yizhar Smilansky —conocido por el seudónimo S. Yizhar, y quien reconoció en mirada retrospectiva que «sentíamos que éramos los primeros que llamábamos al sol por su nombre en hebreo»— desde su primer cuento, «Efraim vuelve a la alfalfa» (1938), y del ya citado Amos Oz, cuyo periplo a través del idioma parece una síntesis y una alegoría de toda la generación.

El primer libro de Oz (1965) fue una colección de cuentos con el título de *Las tierras del chacal*. Lo primero que salta a la vista en esa *opera prima* del novel escritor de 25 años es la enorme riqueza idiomática. Muchos años más tarde, el propio Oz vería en ese despliegue indiscriminado, sobre todo de vocabulario, un alarde propio de la juventud y un defecto que fue corrigiendo con el tiempo, andando de un extremo a otro hasta llegar a un equilibrio. Pero entonces había sentido, según su propia confesión, que debía demostrar que tenía en su ropero todos los vestidos de gala, exhibiéndolos como en un escaparate.

El lenguaje de Oz se fue puliendo, fue dejando atrás los elementos barrocos pero continuó siendo rico, con idas y venidas. La puntada final en esa búsqueda se encuentra en la novela que en hebreo se llamó *La tercera situación* y en español y otras lenguas llevó por título el sobrenombre de su personaje central: *Fima*. Ese personaje, *alter ego* del autor, tiene la característica de ser obsesivo con el lenguaje, de corregirse a sí mismo y a otros cuando incurren en errores de expresión o de gramática. Sobre el final, cuando todos y cada uno de los nudos temáticos llegan a la opción de desatarse o romperse, Fima piensa en un problema que le espera e inmediatamente corrige su formulación pensada, expresada en idioma común y coloquial, «porque el idioma hebreo no tolera una construcción de ese tipo». Pero enseguida piensa también: «¿No tolera? ¡Pues que no tolere!». Esa actitud constituye quizás la gran victoria, la definitiva, de Oz en pos de su idioma, inconfundible, singular, preciso y precioso, maleable, moderno y claro, y al mismo tiempo lleno de poesía, de imágenes y metáforas enriquecedoras. Es también la victoria de generaciones de escritores que buscaban un equilibrio entre lo antiguo y lo nuevo, lo sublime y lo terrenal, lo sacro y lo profano.

2) *Contenidos: judío, israelí, universal*

La prosa hebrea moderna configuró, en sus comienzos, una forma de literatura judía, y la definición amerita una explicación. Hay escritores judíos en casi todo el mundo y en casi todos los idiomas. Algunos de ellos escriben sobre temáticas variadas no judías, como la sudafricana Nadine Gordimer o el estadounidense Paul Auster, y por ello, para muchos, no son escritores judíos, sino judíos que son escritores. Otros, como por ejemplo el argentino Alberto Gerchunoff o el estadounidense Saul Bellow, son judíos también en los temas de sus obras y son considerados cabalmente como «escritores judíos». Por supuesto, están aquellos otros que serán fuente de interminables dudas y discusiones, cabalmente judíos en sus obras para algunos, totalmente universales en ellas para otros. Ejemplo clásico: Franz Kafka.

Hay otra categoría, que estuvo siempre fuera de toda discusión y cuyos escritores eran considerados judíos completos por donde se los mire, en su vida y en su obra: son aquellos que escribieron en una lengua judía a lo largo de los siglos: hebreo, arameo, árabe judío (en dicho dialecto escribió Maimónides su *Guía de los descarriados*), ladino, yídish. Por más universal que sea un cuento de Sholem Aleijem, siempre será un cuento judío: está escrito en yídish, sus protagonistas serán siempre judíos y su ambiente será siempre el de un entorno judío. De manera que en las definiciones podríamos decir que no todos los escritores de origen judío escriben literatura judía, pero todos los que lo hacen en una lengua judía son (o mejor dicho: eran) indefectiblemente escritores judíos que hacen literatura judía.

La primera generación de escritores de la literatura hebrea moderna fue necesaria y completamente judía. Eran los protagonistas de esa crisis que había dejado a grandes masas de judíos flotando entre dos mundos: el de la ortodoxia, al cual ya no pertenecían, y el de la vida judía secular, al cual no terminaban de adaptarse. Se habían rebelado contra una forma de vida anquilosada que les marcaba una identidad estrecha pero clara, y buscaban ansiosamente un nuevo contenido judío con el cual identificarse. Al amparo de esta crisis surge una notable prosa de introspección, una narrativa que ha quedado en parte desbordada por el vertiginoso ritmo de la historia y del desarrollo de la lengua.

Esta literatura «judía» fue reemplazada en las letras hebreas por otra «israelí», en los albores del Estado. Los nuevos escritores ya eran nacidos en Israel o en la Palestina del Mandato Británico, o habían llegado siendo niños, y su lengua vernácula era el hebreo. Aquí comienza la gran

revolución de la lengua, el idioma se hace cada vez más genuino, auténtico, sin impostaciones forzadas, con diálogos que se asemejan a la realidad. Pero los contenidos no se liberan de la epopeya, del objetivo a lograr y, después, del logrado: la creación del Estado. Esta literatura, enmarcada en lo que se suele llamar «la Generación del 48», es colectivista, habla del «nosotros» más que del «yo», abunda en la búsqueda del héroe, de la esencia del «judío nuevo». Es también una literatura en la cual no hay dudas: hay un pueblo, el judío, que lucha por una causa justa y la defiende con las armas frente a quienes le nieguen sus derechos elementales.

Recién en la década de los años sesenta del siglo pasado comenzará a revertirse esa situación, con una literatura que pasará del realismo al simbolismo y de la convicción a la duda. En forma casi simultánea surgen tres poderosos escritores jóvenes —Amos Oz, Abraham B. Yehoshua y Yehoshua Kenaz—, que inauguran una nueva era en la prosa israelí. El centro de la escena vuelve a ser el yo, los personajes son individuos que se debaten en su circunstancia y ésta tiene toda la apariencia de realista. Pero una segunda lectura revela significados que van más allá de las vicisitudes particulares de los personajes y pasan a simbolizar la situación existencial de la sociedad entera.

Al mismo tiempo, se instala la duda en los mismos temas en los cuales hasta hacía poco tiempo había sólo convicciones firmes e incuestionables. Por ejemplo la actitud hacia el árabe en estas ficciones es decididamente más compleja y polivalente que en la generación anterior. En el año 1968 se publican la novela *Mi Mijael*, de Amos Oz, y el cuento «Frente a los bosques», de A. B. Yehoshua. En la primera aparecen dos enigmáticos mellizos árabes que pueblan el mundo onírico de la protagonista con una mezcla de miedo y atracción erótica en la que se reflejan sentimientos encontrados y conflictivos frente a la figura que hasta hace tan poco era «el enemigo». En el cuento de Yehoshua, un estudiante crónico se emplea como cuidador de un bosque con la esperanza de aprovechar el aislamiento para escribir un trabajo que debe a la universidad. Allí encuentra a un cuidador estable, un árabe sordomudo con su hija. La dificultad del diálogo, las preguntas acerca de lo que el bosque era antes de ser administrado por las autoridades israelíes, que quedan sin respuestas, van instalando las dudas en el joven estudiante y lo llevan a lugares impensados.

Estos dos ejemplos, circunscritos a sólo uno de los grandes problemas que caracterizan a la sociedad israelí —el del conflicto árabe-israelí—, revelan uno de los motivos por los cuales la literatura hebrea actual es poderosa y atractiva. Las grandes literaturas se generan en momentos de crisis, de intranquilidad, de búsqueda, de disconformidad. La literatura

se alimenta de interrogantes más que de certezas. Cuanto más profunda la crisis, más vital la literatura. El conflicto es uno de los focos de confrontación no sólo con el afuera, es decir, con el mundo árabe circundante, sino con la propia condición israelí y con su identidad. Es probable que no haya en ningún otro lugar del mundo escritores a quienes se les cuestiona el derecho a ser quienes son, en este caso: judíos israelíes.

El conflicto no es el único foco de crisis y cuestionamiento. La tensión entre la rica tradición judía elaborada en la diáspora y la ambición de generar algo nuevo, que ha llevado a una suerte de confrontación entre lo judío y lo israelí; la consabida actitud solidaria judía a lo largo de siglos frente a una economía capitalista de libre mercado; la actitud históricamente pasiva, respondiendo a estímulos de otros que los persiguen, o los toleran, frente a la posibilidad de generar activamente su propia historia; el enorme peso del Holocausto, el genocidio más grande de la historia moderna: todos estos son aspectos de la conflictividad de la existencia israelí que se manifiestan en su literatura.

Es por ello singular que durante los últimos años se haya desarrollado en Israel una literatura joven que prescinde del vínculo estrecho con lo judío. Nuevos y excelentes escritores, entre quienes destacan Etgar Keret, Orly Castel-Bloom y Uzi Weil, escriben muchas veces relatos que podrían tener como escenario París, Nueva York o Tel Aviv, en los cuales los temas son la soledad, la enajenación, el absurdo, el sinsentido de la vida actual. De alguna manera, estos escritores constituyen la mayor de las victorias del movimiento sionista, en cuanto éste pretendía convertir al pueblo judío en un pueblo «normal», como los demás pueblos del mundo.

Todo esto es esquemático, y los escritores no obedecen a esquemas. En cada época ha habido escritores que no responden a la catalogación, han sido lo opuesto, o tan personales que son imposibles de catalogar y, en algunos casos, han anticipado a la generación futura, de manera que han sido redescubiertos por la posteridad.

Es así que en medio del festival épico de las loas por la creación del Estado, hubo un personalísimo escritor de inclinaciones místicas, preocupado por la condición humana frente al mundo y la divinidad, llamado Pinjás Sadé; u otro, Aharón Appelfeld, cuyos personajes dibujados con exquisita sensibilidad actúan en Europa, con el trasfondo del Holocausto pero sin escribir directamente sobre él.

Entre quienes anticiparon a la generación posterior, haciendo las veces de bisagra, cabe nombrar a dos muy destacados: el ya mencionado S. Yizhar y el recientemente fallecido Yoram Kaniuk. Yizhar escribió sobre la guerra de 1948 pero de una manera diferente: cuestiona la conducta

moral y ética de los propios soldados israelíes, utilizando para ello la contradicción que supone el estado de guerra a los principios morales: ¿debe una persona de principios éticos acatar la orden de trasladar a un simple pastor a un lugar de detención para su interrogatorio, o la de deportar a los habitantes de una aldea árabe? Quizás haya razones que esa persona desconoce, y por lo tanto debe acatar la orden. Pero quizás ese razonamiento no sea más que una excelente excusa para no asumir la debida desobediencia. La duda, las tribulaciones del protagonista de los relatos de Yizhar, maestro de la literatura de introspección, constituyen el elemento disonante respecto a su generación y la puerta de entrada a la que le sigue.

En cuanto a Kaniuk, es el escritor que instala la ironía, el sarcasmo, en temas que son considerados sagrados. En uno de sus cuentos, por ejemplo, toca el tema de los caídos en la guerra, relatando cómo una persona llega a vivir de perpetuar en libros la memoria de los caídos. En su novela *Jimo* presenta otro de los temas propios de la guerra: el de los heridos. Pero aquí no hay glorias, se trata de un herido que ha perdido todos sus atributos como persona, y entre sus vendas, que lo tapan por completo, apenas puede pronunciar reiteradamente y con dificultad la palabra «Dispárame», pidiendo que lo maten. Pocos años antes de la muerte de Kaniuk se publicó el libro *1948*, sobre la guerra de aquel año y en la cual participó: ahí los soldados son mostrados en toda su vulgaridad, su cotidianidad, su rudeza, su patriotismo, sus miedos, y también su heroísmo.

La generación actual, los jóvenes de hoy, redescubrieron a Kaniuk, que pasó a ser algo así como un escritor de culto. Es el escritor de la generación anterior que escribe como ellos.

¿A dónde va la literatura hebrea? Probablemente continúe unos años más recibiendo influencias y modismos extranjeros, para plasmar las dudas y las contradicciones de una sociedad en formación y en crisis que vive una situación límite en forma constante •

נש לום

Jerusalén en el imaginario de intelectuales iberoamericanos

LEONARDO SENKMAN

El Premio Jerusalén —o Premio Jerusalén por la Libertad del Individuo en la Sociedad (*Jerusalem Prize for the Freedom of the Individual in Society*)— es un galardón literario que la Alcaldía de esa ciudad otorga cada dos años a intelectuales cuya trayectoria y obra destacaron por su lucha en pos de la libertad en sus respectivas sociedades nacionales y en el mundo. Viene entregándose desde 1963 en el marco de la Feria Internacional del Libro de Jerusalén, y lo han prestigiado escritores de fama internacional como Eugène Ionesco, Simone de Beauvoir, Isaiah Berlin, Graham Greene, Milan Kundera, António Lobo Antunes, Susan Sontag y Arthur Miller, entre otros. Los escritores iberoamericanos premiados hasta ahora han sido Jorge Luis Borges (1971), Octavio Paz (1977), Ernesto Sabato (1989), Mario Vargas Llosa (1995), Jorge Semprún (1997) y Antonio Muñoz Molina (2013).

¿Qué figuraciones se hacen estos escritores iberoamericanos sobre los judíos, el acervo espiritual del judaísmo, la cultura y la sociedad israelí? ¿Qué representaciones se hacen de los dilemas de la guerra, la paz y del futuro del conflicto israelí-palestino? ¿Cómo han reaccionado algunos de estos intelectuales ante el prejuicio y la violencia simbólica del boicót cultural antiisraelí?

Jorge Luis Borges fue el primer escritor latinoamericano galardonado en 1971. No se ha conservado su discurso de agradecimiento, pero esta ausencia la compensan con creces los textos y alocuciones del gran escritor argentino sobre Israel y su cultura, antes y después del premio, además de los ensayos publicados acerca de la relación de Borges con el judaísmo, con los textos bíblicos y místicos y con Israel.¹

¹ Entre los ensayos, véanse: *El tejedor del Aleph. Biblia, kabala y judaísmo en Borges*, de Edna Aizenberg (Madrid, Altalena, 1986); *Borges y la Cábala*, de Saúl Sosnowski (Hispanamérica,

En *Ensayo autobiográfico*, Borges afirma, luego de haber recorrido Israel durante su visita en 1969: «Volví con la convicción de haber estado en la más antigua y la más joven de las naciones, de haber venido de una tierra viva, alerta, a un rincón medio dormido del mundo».² En el reportaje que le hizo la revista *Raíces* en vísperas de viajar a recibir el Premio Jerusalén, a la pregunta de qué representaba para él esta distinción, Borges contestó: «Es estar en el sitio más antiguo del mundo, y a la vez en el más nuevo y viviente. Un lugar tan abarrotado de tiempo, pasado y actualidad, que al volver a Buenos Aires tuve la impresión de haber pasado de la vigilia al sueño; no, al sueño es demasiado: a la *siesta*».³

En 1969, Borges le confió a Bernardo Ezequiel Korenblit, de la Sociedad Hebrea Argentina:

Cuando fui invitado por el gobierno de Israel, sentí en primer término esa sensación de volver a un manantial, a un manantial sagrado [...] cuando supe que esos nombres, esos sonidos del Antiguo y del Nuevo Testamento, ya no serían nombres y sonidos para mí, sino que se convertirían en imágenes [...]. Alguien dijo que Francia es una idea necesaria a la civilización. Yo digo que Israel no sólo es una idea necesaria a la civilización, sino que es una idea indispensable.⁴

El viaje en 1969 no fue el primero que realizó Borges a Israel. En 1958 ya había sido invitado por el primer ministro Ben-Gurión en reconocimiento a su prestigio literario, además por su solidaridad con Israel. El primer texto de Borges, «Testimonio argentino: Israel», apareció en el número especial de la prestigiosa revista *Sur*, dirigida por Victoria Ocampo, dedicado a la cultura y literatura israelíes.⁵

En 1966 fue invitado a integrar la comisión directiva de la Casa Argentina en Israel-Tierra Santa.⁶ Un año después, el Israel combatiente durante la primera jornada de la Guerra de los Seis Días mereció un poema, ya tan famoso como el otro que Borges le dedicó al triunfo fulminante al final de esa contienda bélica —luego de la incertidumbre en el inicio, que también angustió al poeta.

Buenos Aires, 1976); *Borges: el judaísmo e Israel*, comp. de Mario Cohen (Buenos Aires, Sefárdica, 1999).

² *Autobiographical Essay*, de Jorge Luis Borges, en *The New Yorker*, 19 de septiembre de 1970, p. 257.

³ «Todos, de alguna manera, somos griegos y judíos», entrevista a Jorge Luis Borges en revista *Raíces*, Buenos Aires, febrero de 1971, pp. 36 y 37.

⁴ Revista *Hebraica*, Sociedad Hebrea Argentina, Buenos Aires, 1969, p. 36.

⁵ *Sur* núm. 254, septiembre-octubre de 1958, pp. 1-2.

⁶ «Un reportaje a Jorge Luis Borges», de Juan Rodolfo Rosenberg, en *Eretz Israel* núm. 290, marzo-abril de 1969.

El primer poema, «A Israel», Borges lo inicia interrogando sobre una presentida biografía de sangre compartida entre el poeta y el destino de Israel en peligro:

¿Quién me dirá si estás en el perdido
Laberinto de ríos seculares
De mi sangre, Israel? ¿Quién los lugares
Que mi sangre y tu sangre han recorrido?

Los dos versos finales del poema auguran la victoria para defender lo que Borges creía ver en el Estado de Israel amenazado, esa empalizada «sagrada» que preservaría al occidente judeocristiano de su destrucción:

Salve, Israel, que guardas la muralla
De Dios en la pasión de tu batalla.⁷

En el segundo poema, «Israel», de 1969, Borges epitomiza el tránsito del judío escarnecido en el destierro del Galut en el valeroso guerrero que triunfa en la guerra para defender no sólo su existencia nacional amenazada, sino también la de Occidente, tropo que persistirá en otros textos borgianos. El final del poema condensa este tránsito:

un hombre condenado a ser el escarnio,
la abominación, el judío,
un hombre lapidado, incendiado
y ahogado en cámaras letales,
un hombre que se obstina en ser inmortal
y que ahora ha vuelto a su batalla,
a la violenta luz de la victoria,
hermoso como un león al mediodía.⁸

Ahora bien: en el imaginario borgiano, los antiguos judíos inermes de la Diáspora son convertidos en ciudadanos-soldados del nuevo Israel; tal metamorfosis viene acompañada de una imagen no sólo espartana sobre el hebreo israelí. Borges poetiza el mandato sionista de borrar todo vestigio de nostalgia de diásporas seculares, estetizando el deber de olvidar la lengua de los padres a fin de que sus hijos hebraizados sean capaces de hablar la lengua del Paraíso.

Borges finaliza un tercer poema, «Israel, 1969», con los siguientes versos emblemáticos en imperativo, que blindan y transforman la añeja promesa al judío de la tierra prometida, ahora prometida y destinada a la batalla:

⁷ «A Israel» fue publicado en *Davar* núm. 112, 1967, que anticipó en dos años su publicación en *Elogio de la sombra*, de Jorge Luis Borges (Emecé, Buenos Aires, 1969).

⁸ «Israel» fue publicado en *Davar* núm. 114, 1967, y luego en *Elogio de la sombra*.

Israel les ha dicho sin palabras:
olvidarás quién eres.
Olvidarás al otro que dejaste.
Olvidarás quién fuiste en las tierras
que te dieron sus tardes y sus mañanas
y a las que no darás tu nostalgia.
Olvidarás la lengua de tus padres y aprenderás la lengua del Paraíso.
Serás un israelí, serás un soldado.
Edificarás la patria con ciénagas; la levantarás con desiertos.
Trabajarás contigo tu hermano, cuya cara no has visto nunca.
Una sola cosa te prometemos:
tu puesto en la batalla.⁹

El Premio Jerusalén 1977 fue otorgado a Octavio Paz, quien, en su discurso, titulado «Exaltación de la libertad», atribuía al antiguo Israel el haber aportado a la humanidad la doble idea de libertad e historia:

Al enfilar el avión hacia Jerusalén, volví a comprobar la correspondencia de mis movimientos con la orientación de mi pensamiento: regresaba al origen, al lugar donde la palabra humana y la divina se enlazaron en un diálogo que fue el comienzo de la doble idea que ha alimentado a nuestra civilización desde el principio: la idea de libertad y la idea de historia. Ambas son inseparables de la palabra judía y, especialmente, de uno de los momentos centrales de esa palabra: el Libro de Job. Con el diálogo entre Job, sus amigos y Dios, comienza algo que después se prosiguió en otras tierras y ciudades —Atenas, Florencia, París y Londres—, algo que todavía no termina y que hoy ha regresado al lugar de su nacimiento: Jerusalén, «la ciudad de las hermosas Colinas», como la llamó Yehuda Ha-Levy, que no llegó a verla con los ojos de la carne pero que la contempló con los ojos de la imaginación. Jerusalén, la antigua ciudad de la palabra, ahora se ha convertido en la ciudad de la libertad.¹⁰

Muy curiosamente, Octavio Paz descubre el fundamento de la libertad no en la tradición libertaria y rebelde de los profetas de Judea (que tanto inspiró al exiliado español León Felipe), sino en la vindicación del Job bíblico por el carácter irreductible y singular de su ser, al mismo tiempo único y desdichado. «Job reclama el reconocimiento de su particularidad, y en esa exigencia, simultáneamente justa e insensata, reside el fundamento de la libertad y su carácter indefinible: la libertad es lo particular frente a lo general, la partícula

⁹ En *Elogio de la sombra*, 1969.

¹⁰ «Exaltación de la libertad», de Octavio Paz, en *Dispersión y Unidad*, núm. 20-21, Jerusalén, 1977, p. 5.

de ser que escapa a todos los determinismos», afirma Paz.¹¹

Borges también se interesó por el destino de Job, pero básicamente porque percibía en la historia del antihéroe bíblico el modo en que se conectaba el enigma de su existencia con una literatura de símbolos enigmáticos que para algunos críticos, como Edna Aizenberg, prefiguraría futuros textos del género fantástico y una imaginación mitopoética tan afín al argentino.¹² A diferencia del abordaje ideico y filosófico de Octavio Paz al Libro de Job, Borges identificaba ese discurso lógico y abstracto con lo griego, mientras que el pensamiento con metáforas de personajes como Job lo asociaba a la imaginación hebrea.¹³

Ahora bien: no es por azar que el gran ensayista mexicano de *El laberinto de la soledad* haya elegido a Job entre todos los personajes bíblicos a fin de meditar sobre la singularidad histórica de Israel, país que también reclama el reconocimiento de su particularidad colectiva contra todos los determinismos. Afirma Paz en su discurso:

La libertad no es una esencia ni una idea en el sentido platónico de estas palabras, porque es, como no se cansa de repetirlo Job, una particularidad que dialoga con un determinismo y que, frente a él, se obstina en ser distinta y única [...]. Y la historia es el lugar de la manifestación de la libertad [...]. La historia no es una filosofía ni puede extraerse de ella una filosofía, salvo la filosofía antifilosófica de lo particular y lo imprevisible —la filosofía de la libertad. El caso de la historia moderna de Israel ilustra de un modo insuperable lo que acabo de decir. Nuestro siglo ha sido y es un tiempo sombrío, inhumano. Un siglo terrible y que será visto con horror en el futuro —si los hombres han de tener un futuro. Pero también hemos sido testigos de momentos y episodios luminosos. Uno de estos momentos fue el de la fundación de Israel; otro, el del combate por la existencia y la independencia de esta nueva nación; otro más, la unificación de Jerusalén y su actual renacimiento cívico y cultural.¹⁴

11 *Ibid.*, p. 7.

12 Véase el estudio de Edna Aizenberg (*op. cit.*, pp. 87-94), donde analiza la interpretación de Borges sobre Job y las menciones del personaje bíblico en su obra.

13 Borges dictó una conferencia sobre el Libro de Job en el Instituto de Intercambio Cultural Argentino-Israelí de Buenos Aires, puntualizando que Job y sus amigos emplean imágenes y palabras abstractas, de ahí que considerara que su lectura es difícil, «pero el autor es, ante todo [...] un gran poeta [...]. En el Libro de Job el poeta está razonando, pero, felizmente para nosotros, está poetizando». «El Libro de Job», de Jorge Luis Borges, en *Conferencias* (Buenos Aires, Instituto de Intercambio Cultural Argentino-Israelí, 1967, pp. 93-102).

14 Octavio Paz, *op. cit.* 7.

La exaltación de la libertad de Paz no podía terminar sin un llamado a una solución justa al conflicto israelí-palestino, y en la que tengan cabida las legítimas aspiraciones de los distintos pueblos y comunidades, «sin excluir a las de los palestinos». Sin embargo, Paz recordaba que sería «un error histórico dividir nuevamente a Jerusalén». Más aún: la exaltación del «ejemplo israelí» constituye la coda en su discurso:

Termino: la historia no demuestra: muestra. La lucha de Israel por su existencia y su independencia no se resuelve en una doctrina o en una filosofía política o social. Israel no nos ofrece una idea sino algo mejor, más vivo y más real: un ejemplo.¹⁵

Ernesto Sabato, Premio Jerusalén 1989, retomará la palabra en el umbral donde Paz se detuvo. «La función de la literatura es comunicar el saber trágico», tituló su discurso de agradecimiento. Aunque toda la profunda reflexión del famoso autor argentino de *Sobre héroes y tumbas* estuvo consagrada a la crisis de la contemporaneidad y al desamparo de hombres y mujeres en un mundo desilusionado por las promesas incumplidas de la razón y la ciencia, el intelectual humanista habló esperanzado de que la paz pusiera fin al saber trágico del conflicto que ensangrienta Tierra Santa. Ya habían sido traducidas al hebreo tres de las más importantes novelas de Sabato, quien entonces era reconocido en Israel, como en todo el mundo, por haber encabezado valientemente la Comisión Nacional por la Desaparición de las Personas, en la transición del terrorismo de Estado a la democracia argentina renovada. Además de sus méritos literarios, Sabato mereció el Premio Jerusalén (el jurado estuvo compuesto por Aba Eban, el profesor Shimon Zandbank y el escritor Aharon Appelfeld) como mérito a su figura emblemática de defensor de los derechos humanos y su concepción trágica de la vida. No extraña, pues, su reclamo de la paz, causa a la cual dedicó el premio.

Ha sido para mí un altísimo honor recibir el Premio Jerusalén, de prestigio en el mundo de las letras. Pero también ha sido motivo de una profunda emoción por provenir de esa justamente llamada Tierra Santa, vinculada tan entrañablemente a la historia espiritual y al destino de la humanidad. Desde

15 Octavio Paz, *ibid.*, p. 8. Significativamente, en ocasión de la recepción del Premio Jerusalén, Paz se pronunció en rueda de prensa contra la condena antisionista del Tercer Mundo inspirada por la resolución de la ONU de 1975: «Si fuera judío, sería sionista. Porque el sionismo no es racismo y hay que acabar con esa especial propaganda antisemita que iguala los dos términos. El sionismo es, simplemente, la expresión filosófica, histórica y política de la autodeterminación de los judíos». «Octavio Paz: “Si yo fuera judío, sería sionista”», de Rosa María Pereda, en *El País*, 26 de abril de 1977.

lo más profundo de mi corazón ansío que en este territorio sagrado pueda reinar por fin la paz, y que los dos pueblos hoy separados y enfrentados puedan convivir armoniosa y fraternalmente, concretando sus anhelos nacionales y sus destinos históricos. A ese ideal dedico el premio que hoy se me concede.¹⁶

La posición de Sabato ante el conflicto árabe-israelí ya la había reiterado luego de su visita a Israel en 1969 como invitado de un comité internacional para la preservación de Jerusalén. A su regreso, afirmó en la conferencia titulada «Mis impresiones sobre mi viaje a Israel»:

Hay que partir de un hecho irreversible: el pueblo judío tiene derecho definitivo a su Estado. Cualquier declaración como la de Nasser, en que se pide su destrucción, debe ser rechazada sin discusión. El pueblo judío ha ganado el derecho a ese Estado a sangre, sudor y lágrimas. Pero hay un millón o más de palestinos que han tenido que abandonar sus hogares. Yo no puedo ver con indiferencia el destino de estos seres humanos pobres y desamparados. No se puede iniciar nada importante y mucho menos en el Estado de Israel, que tiene un significado tan trascendente, sobre la base de la injusticia y el dolor.¹⁷

También se expresó de modo similar en vísperas de su participación en un comité de intelectuales por la Universalidad de la UNESCO, reunido en marzo de 1975 en París para interceder en el conflicto que excluyó a Israel del Grupo Regional Europeo.

Quiero dejar bien establecido que, al menos para mí, y seguramente para intelectuales como Sartre o Simone de Beauvoir, este repudio que hacemos no significa en modo alguno tomar partido por Israel contra los pueblos árabes en el gravísimo conflicto del Cercano Oriente. Y mucho menos contra el desventurado pueblo palestino. Lo he dicho en muchas oportunidades: sin justicia para ese pueblo no habrá paz. Lo que aquí se repudia es que el Estado de Israel haya sido excluido de un organismo que se fundó sobre el respeto de las ideas, la difusión de la cultura y la educación, por encima de

16 «La función de la literatura es comunicar el saber trágico», de Ernesto Sabato, en *Sefárdica* núm. 8, Buenos Aires, 1990, pp. 105. Véanse en ese número los fundamentos del Premio Jerusalén (p. 101); la comparación de Sabato con los profetas bíblicos hecha por Marcos Aguinis (pp. 125-29); la valiente posición pública asumida por Sabato ante el secuestro de Eichmann en Argentina (pp. 165-117), y el análisis de Santiago Kovadloff sobre lo judío en la ensayística de Sabato (pp. 37-49).

17 «Mis impresiones sobre mi viaje a Israel», de Ernesto Sabato, en *Revista Hebraica*, Sociedad Hebraica Argentina, Buenos Aires, diciembre de 1969, p. 18; reproducido en *Sefárdica*, año 5, núm. 8: «La temática judía en la obra de Sabato» (Ed. Cidicsef, Buenos Aires, octubre de 1990, p. 161).

cualquier vicisitud política [...]. La exclusión de Israel, de confirmarse, es un episodio que invalidaría los fundamentos mismos de la UNESCO.¹⁸

Sabato creía no sólo en la singularidad histórica de la experiencia israelí: también valoraba al kibutz como un «experimento trascendental»:

La experiencia del kibutz es el experimento más trascendental que ha emprendido la humanidad. Y éste es otro de los motivos para pensar que el Estado de Israel está adquiriendo un significado trascendente. El kibutz es una comunidad a la escala del hombre, que permite que siga siendo un ser de carne y hueso y no un número en una sociedad abstracta, un engranaje en una maquinaria estatal, como es la realidad norteamericana o la rusa. Es la posibilidad de establecer una comunidad en que los seres humanos dialoguen entre sí, que tengan nombre y apellido. Una comunidad donde se puede establecer la relación entre el yo y el tú, como diría Martin Buber, donde la justicia social realmente existe, donde prácticamente se ha realizado el ideal de los viejos comunistas anárquicos, en el más noble sentido de la palabra.¹⁹

Desde la recepción del Premio Jerusalén en 1995, meses antes del asesinato del primer ministro Itzjak Rabin, el escritor hispano-peruano Mario Vargas Llosa se contaba entre los intelectuales amigos más entusiastas de Israel por las perspectivas abiertas a partir de los Acuerdos de Oslo. Pero luego del derrumbe de esas esperanzas con el magnicidio y la irrupción del terrorismo de la segunda Intifada, Vargas Llosa radicalizó su crítica a la política de los gobiernos de la derecha israelí. Sin embargo, nunca dejó de cumplir su promesa de seguir siendo un amigo del pueblo de Israel. Esa promesa ya la había enunciado en el discurso de agradecimiento del premio en 1995:

Los pioneros sionistas [...] no sólo querían construir un país, crear una sociedad segura, libre y decente para un pueblo perseguido. Soñaban también con trabajar hombro a hombro con sus vecinos árabes para derrotar a la pobreza y emprender, juntos, en la amistad, con todos los pueblos de esta región, la más rica en dioses, religiones y vida espiritual que haya conocido la civilización humana, la lucha por la justicia y la modernidad. En la convulsionada etapa que ha vivido Israel desde su independencia, este aspecto del sueño quedó disuelto entre los nubarrones de la confrontación y

18 «Ernesto Sabato, que concurrirá a la UNESCO, sostiene que no debe cederse a la presión de carácter político», en *La Opinión*, marzo de 1975.

19 Ernesto Sabato en *Revista Hebraica*, op. cit., p. 20.

la violencia. Pero ahora, en la difícil aurora de la paz, aquella noble ambición vuelve a asomar, por detrás de los montes de Edom, en ese cielo límpido que desconcierta tanto al forastero que llega por primera vez a Jerusalén y siente, ante la luminosidad que lo recibe, en la delicadeza translúcida que baja desde lo alto, una sensación extraña, como el roce de alas invisibles que sentimos al contacto de la gran poesía.²⁰

Diez años después, Vargas Llosa publicaría un libro muy crítico a la política de seguridad israelí, titulado *Israel / Palestina, Paz o Guerra Santa*: conjunto de reportajes, conversaciones libres, monólogos desordenados, frases sueltas, además de las propias impresiones del autor tras quince días de recoger testimonios de palestinos de la Franja de Gaza y los territorios ocupados de la Cisjordania, y de israelíes militantes en el campo de la paz.

Vargas Llosa ya había visitado Israel durante un mes en 1975, y confraternizó con israelíes del campo pacifista y progresista a un grado tal que, por su influencia, afirmarí en varias ocasiones posteriores: «El único país del mundo donde me siento “de izquierda” es en Israel». La crítica del escritor peruano al maniqueísmo y sectarismo de la izquierda latinoamericana («esa izquierda hemipléjica latinoamericana que condenaba a los dictadores si eran de derecha, pero los adulaba y bañaba en incienso si se proclamaban comunistas como Fidel Castro») era bien conocida, y estaba nutrida por sus posturas políticas afiliadas a la derecha neoliberal.

Curiosamente, esta visión del liberal Vargas Llosa durante su visita a los territorios palestinos ocupados en 2005 se lee a través de la lente de un reportaje político de escritor de izquierda. Ahora bien: las confesiones personales de Vargas Llosa sobre sus contactos con el campo israelí de la paz, en algunas secciones de *Israel / Palestina*, lo retratan como auténtico amigo de Israel —no enemigo, como muchos lo catalogaron después de publicar sus críticas a la política oficial de Israel respecto a los palestinos.

Transcribo un fragmento del capítulo titulado, muy significativamente, «Los justos», en el mencionado libro de reportajes:

Para mi sorpresa, la primera vez que fui a Israel, en 1974 o 1975, descubrí que yo, pese a todo, seguía siendo de izquierda. Llevaba ya buen número de años criticando el sectarismo y la cerrazón ideológica de una izquierda que defendía el populismo y se negaba a aceptar que el estatismo y el dirigismo no sólo arruinaban la economía y condenaban a la pobreza a una sociedad, sino hacían proliferar la corrupción, instalaban la censura intelectual y de prensa, y acababan por suprimir hasta el último resquicio de libertad [...]

20 Fragmento del discurso que pronunció Mario Vargas Llosa al ser galardonado con el Premio Jerusalén de Literatura en marzo de 1995. Archivo personal de Leonardo Senkman.

Pero, en aquel mes que pasé en Israel, descubrí una izquierda que carecía de las taras dogmáticas, anacrónicas y reñidas con la libertad, de la izquierda en América Latina y en Europa. Allí, la izquierda, por lo menos en el amplio grupo de israelíes que la representaba con el que tuve ocasión de alternar (¿qué habrá sido de mi compañero de viaje por el Neguev, Julio Adín...?), todavía actuaba movida por razones más morales que ideológicas, era profundamente democrática —tolerante, pluralista, antiautoritaria— y entendía que su primera obligación no era capturar el poder de cualquier modo, sino criticarlo, limitarlo y corregir sus estropicios. Por las particulares características de la historia de Israel, allí, la izquierda, que denunciaba los abusos contra los árabes y militaba a favor de la paz y el abandono de los territorios ocupados, y por la democratización del Estado israelí, había conservado aquel idealismo libertario y el sentido ético de la política que a mí, de joven, me habían seducido tanto. Desde entonces, las cinco veces que he vuelto allí he confirmado esta impresión inicial y por eso siempre digo que el único lugar en el mundo en el que, pese a mis convicciones liberales, todavía me siento de izquierda, es Israel.

Esta vez, más que las otras. Pese a que, lo que merece el nombre de izquierda se ha reducido en Israel a su más mínima expresión, acaso apenas a unos pocos centenares de «justos», en el sentido en que usaba esta palabra Albert Camus. Un puñado de mujeres y hombres excepcionalmente íntegros y valerosos, que dan una batalla política, intelectual, cultural y periodística poco menos que quijotesca, porque el grueso de la sociedad se ha ido enquistando más y más, sobre todo a partir del año 2000, cuando el fracaso de Camp David, el inicio de la segunda Intifada y la proliferación de los atentados terroristas del islamismo fundamentalista contra blancos civiles, en un conservadurismo nacionalista, chauvinista y xenófobo, con una fuerte impronta religiosa. Nada da una idea más cabal de esta derechización extrema de Israel que imaginar que las próximas elecciones enfrentarán, prácticamente como únicas estrellas, a Ariel Sharon y Benjamín Netanyahu. Amos Oz tiene razón: el surrealismo no está en Israel en la literatura, sino en la política.²¹

Jorge Semprum, Premio Jerusalén 1999, tituló su discurso de agradecimiento «Entre utopía y realidad», un entramado de reflexiones y preguntas cardinales que atañen al pasado espiritual del pueblo judío, pero también a los acuciantes dilemas de negociar una salida al conflicto israelí-palestino:

Sin duda podríamos hallar en la Biblia o, sin ir tan lejos, en la novela de anticipación de Theodor Herzl, *Altneuland*, pasajes y descripciones que

21 *Israel / Palestina*, de Mario Vargas Llosa (Aguilar, Madrid, 2006, capítulo VII, «Los justos»).

justificaran ideológicamente nuevos barrios judíos en una Jerusalén mítica o legendaria. Pero ¿es realmente inteligente hacer de los libros sagrados o canónicos una referencia exclusiva para los problemas de hoy? ¿No es Jerusalén una realidad histórica más compleja que la de los libros sagrados que cada uno puede esgrimir? ¿Se puede concluir el conflicto recurriendo a derechos ancestrales y a relatos míticos? ¿No será mejor una solución negociada, y por lo tanto intermedia? ¿No será esa solución, difícil pero posible, la mejor conclusión a la utopía realista de vuestros antecesores?,

preguntó a los israelíes en un auditorio abarrotado por muchos de los mil doscientos editores y escritores de sesenta países. Semprún, el antiguo comunista deportado al campo de concentración de Buchenwald, y que escribió *La escritura o la vida* (1994), había iniciado su discurso evocando algunas de las frases que pronunció en 1989 al recibir el doctorado *honoris causa* de la Universidad de Tel Aviv. «No habéis escrito todavía la palabra *fin* en esta enorme e histórica novela de la creación de Israel», les dijo a los israelíes el escritor, guionista, dramaturgo y exministro de Cultura de España en uno de los gobiernos del PSOE. «No habéis sobrevivido a tanta guerra de exterminio para atrincheraros en vuestra razón de ser, permanecer inmóviles en ella. Habéis sobrevivido para inventar una solución a lo que no parece tenerla. Habéis sobrevivido para escribir una nueva *Guía de perplejos*, el *More Nabukim* de nuestros tiempos».

El último Premio Jerusalén fue conferido en febrero de 2013 al escritor español Antonio Muñoz Molina, quien lo aceptó no obstante las infructuosas presiones de intelectuales y artistas para sumarse al boicot cultural antiisraelí en solidaridad con la causa palestina. La honestidad intelectual y el rechazo a «simplificaciones ideológicas o políticas» del ensayista, autor de *Sefarad*, y del novelista de *El jinete polaco*, fueron determinantes al resistir el chantaje antiisraelí de autores reconocidos como el británico John Berger, el sudafricano Breyten Breytenbach y el español Luis García Montero. «He recibido cientos de cartas, la mayor parte de ellas de gente que me felicitaba por el premio, otros que no estaban de acuerdo y otros que decían que soy cómplice de la ocupación, e incluso que voy a tener las manos manchadas de sangre: eso me parece un poco absurdo», afirmó al periódico *El País* horas antes de recibir el premio.

El escritor, que acababa de publicar su profundo desasosiego por la sociedad española en el ensayo *Todo lo que era sólido*, subrayó que respeta «profundamente el derecho a la libertad de expresión de cualquiera», pero añadía enseguida que una de las tareas de los escritores es «luchar contra los

estereotipos» y que «cuando uno recibe una carta llena de ellos piensa que podrían haberse esforzado un poco más». «No creo que la mejor manera de ayudar a la causa palestina sea el boicot a Israel. Puedo estar equivocado, pero ésa es una cuestión de fondo con la que no estoy de acuerdo», agregó, al tiempo que se mostraba sorprendido por «la virulencia y el lenguaje de ciertas personas».

Ya antes de su arribo a Jerusalén, y en conferencia telefónica desde Nueva York, Muñoz Molina condenaba el chantaje, tanto desde su autonomía de escritor como ciudadano libre que rechaza imposiciones externas:

Piden el boicot para Israel en su conjunto, como país, y sostienen que si yo acepto la invitación eso implica que apruebo la política del gobierno israelí hacia los palestinos; todo esto me parece desmedido y, como escritor, me está afectando muchísimo: incluso he recibido anónimos, esto es increíble [...] Israel es un país plural donde, que yo sepa, de la misma forma que hay gente muy reaccionaria e integrista, hay mucha gente progresista muy crítica con la ocupación de los territorios, gente que dentro de Israel milita por la solución del conflicto, y desde luego es gente con la que yo me identifico, personas como, por ejemplo, David Grossman, Daniel Barenboim o Amos Oz. Hay gente que cree que Israel es sólo colonos ultra ortodoxos, pero se equivoca. Es un lugar donde se da un debate cultural y político intensísimo [...] Hay personas y organizaciones no gubernamentales en Israel que trabajan para que haya una solución a este conflicto, y que desde luego tienen un compromiso ético con los palestinos igual, si no mayor, que el de muchas organizaciones que actúan desde fuera del país», aseguraba el escritor español, claramente molesto, argumentando así su decisión definitiva de acudir a Jerusalén: «Me lo he pensado muy detenidamente y no pienso rechazar un premio que es concedido por una feria internacional del libro, y que ha sido aceptado y recibido por escritores a los que admiro, como Coetzee, Ian McEwan, Susan Sontag o Jorge Semprún... ¿es que también son o fueron cómplices de la ocupación de los territorios por haber aceptado el premio?»²²

El tono de estas declaraciones públicas, contundentes e inequívocas, se diferencia completamente de su discurso ante la audiencia congregada en el acto de recepción del Premio Jerusalén. Muñoz Molina había anticipado que en su discurso de recepción del premio haría una «defensa de la literatura y de lo que ésta lleva consigo de ejercicio de la libertad de conciencia y de antídoto contra las simplificaciones ideológicas o políticas y las obsesiones identitarias, sean las que sean». Pero sorprendió el contraste, por un lado, después de leer sus declaraciones políticas, y, por el otro, al oír su habla en semi tono intimista

²² «El escritor y académico Antonio Muñoz Molina», de Uly Martin, en *El País*, Madrid, 8 de febrero de 2013.

y su profesión de fe en la soledad que acompaña el oficio literario de todo escritor auténtico. Sin embargo, citando al escritor israelí David Grossman, Muñoz Molina rehusó las etiquetas y clichés que separan ambos campos, el de los amigos y el de los enemigos. Al final de su alocución, afirmaba el autor de *La noche de los tiempos*:

Las ideologías y las religiones establecen identidades fijas y separan a las personas detrás de impenetrables líneas rectas: cristiano, musulmán, judío, español, negro, blanco, salvado, condenado, ortodoxo, hereje, uno de los nuestros, uno de ellos, amigo, enemigo. Tanto los creyentes fanáticos como los oportunistas políticos gustan de alimentar y sacar provecho de lo que David Grossman ha llamado «los prejuicios, ansiedades mitológicas y crudas generalizaciones en las cuales nos dejamos atrapar nosotros mismos y encerramos a nuestros enemigos». A lo que anima la buena literatura es exactamente a lo contrario. Leyendo literatura he aprendido a recelar de las certezas y a apreciar ambigüedades y matices, diferencias menores pero significativas, afinidades ocultas, lo muy similar que está debajo de lo extraño, lo misterioso que hay en lo familiar. Los mejores escritores son contrabandistas vocacionales que cruzan clandestinamente las fronteras siempre bien vigiladas de lo establecido y lo respetable, socavando la solemnidad con ironía y la conformidad colectiva con sarcasmo ²³ ●

23 Véase en *Letras Libres* de abril de 2013 el discurso íntegro de Antonio Muñoz Molina en el acto de recepción del Premio Jerusalén.

YVES BONNEFOY

UNA FOTOGRAFÍA

¡Qué infortunio, esta fotografía!
Un color burdo desfigura
Esta boca, estos ojos. Burlar la vida
Con el color, era entonces la moda.

Mas conocí aquél de quien se atrapó
En las redes el rostro. Creo verlo
Descender en la barca. Listo
El óbolo en su mano, como cuando uno muere.

¡Que un viento se eleve en la imagen, que su lluvia
La deslíe, la borre! ¡Que se descubran
Bajo el color los cursos chorreantes!

UNE PHOTOGRAPHIE

Quelle misère, cette photographie ! / Une couleur grossière défigure / Cette bouche, ces yeux. Moquer la vie / Par la couleur, c'était alors l'usage. // Mais j'ai connu celui dont on a pris / Dans ces rets le visage. Je crois le voir / Descendre dans la barque. Avec déjà / L'obole dans sa main, comme quand on meurt. // Qu'un vent se lève dans l'image, que sa pluie / La détrempe, l'efface ! Que se découvrent / Sous la couleur les marches ruisselantes ! // Qui fut-il ? Qu'aura-t-il espéré ? Je n'entends / Que son pas qui se risque, dans la nuit, / Gauchement, vers en bas, sans main qui aide.

¿Quién fue él? ¿Qué habrá esperado? No escucho
Sino su paso que se arriesga, en la noche,
Torpemente, hacia abajo, sin mano que ayude.

UN RECUERDO

Parecía muy mayor, casi un niño,
Iba lentamente, la mano crispada
Sobre un retazo de tela llena de lodo.
Sus ojos cerrados, sin embargo. Ah, ¿no

Que creer acordarse es el peor engaño,
La mano que toma la nuestra para perdernos?
Me pareció pese a todo que él sonreía
Cuando de pronto lo envolvió la noche.

¿Me pareció? No, cierto, me equivoco,
El recuerdo es una voz quebrantada,
Se le oye mal, incluso si uno se asoma.

Y no obstante uno escucha, y por tanto tiempo
Que a veces la vida pasa. Y que la muerte
Le anticipa un no a toda metáfora.

UN SOUVENIR

Il semblait très âgé, presque un enfant, / Il allait lentement, la main crispée /
Sur un lambeau d'étoffe trempée de boue. / Ses yeux fermés, pourtant. Ah,
n'est-ce pas // Que croire se souvenir est le pire leurre, / La main qui prend la
nôtre pour nous perdre ? / Il me parut pourtant qu'il souriait / Lorsque bientôt
l'envelopa la nuit. // Il me parut ? Non, certes, je me trompe, / Le souvenir est
une voix brisée, / On l'entend mal, même si on se penche. // Et pourtant on
écoute, et si longtemps / Que parfois la vie passe. Et que la mort / Déjà dit non
à toute métaphore.

NINGÚN DIOS

Ningún dios lo habrá querido, ni tampoco sabido,
Ninguno la acompañó en su fatiga,
Un sueño, ese niño sobre el bulevar
Que camina cerca de él, ceñido de luz.

Ninguno murió a la hora en que él murió,
No tomó su mano en las sábanas en desorden,
Ninguno habrá trabajado nunca cerca de él
En el taller que reemplazó la vida.

Remonta, en las palabras que dicen el mundo,
Su silencio, que las niega, que me pide
Imaginar otras, pero yo no puedo.

Nadie ha puesto su mirada en él.
Lo que hubiera podido ser no será.
La palabra no salva, a veces sueña.

AUCUN DIEU

Aucun dieu ne l'aura voulu, ni même su, / Aucun ne l'a accompagné dans sa
fatigue, / Un rêve, cet enfant sur le boulevard / Qui marche près de lui, ceint
de lumière. // Aucun n'est mort à l'heure où il est mort, / N'a pris sa main
dans les draps en désordre, / Aucun n'aura jamais travaillé près de lui / Dans
l'atelier qui remplaça la vie. // Remonte, dans les mots qui disent le monde,
/ Son silence, qui les dénie, qui me demande / D'en imaginer d'autres, mais
je ne puis. // Personne n'a posé son regard sur lui. / Ce qui aurait pu être ne
sera pas. / La parole ne sauve pas, parfois elle rêve.

UNA FOTOGRAFÍA MÁS

¿Quién es él, que se asombra, que se pregunta
Si debe reconocerse en esta imagen?
Es el verano, probablemente, y un jardín
Donde cinco o seis personas se reúnen.

¿Y cuándo era, y dónde, y después de qué?
Esas gentes, ¿quiénes fueron, los unos para los otros?
¿Se preocupaban, siquiera? Indiferentes
Como entonces su muerte les precisaba ser.

No obstante éste, que mira a ese otro,
¡Intimidado, a pesar de ello! ¡Extraña flor
Este vestigio de fotografía!

El ser brota al azar de las calles. Una hierba pobre
En lucha entre fachadas y la acera.
Y esos cuantos transeúntes, ya sombras.

VERSIONES DEL FRANCÉS
DE SILVIA EUGENIA CASTILLERO

ENCORE UNE PHOTOGRAPHIE

Qui est-il, qui s'étonne, qui se demande / S'il doit se reconnaître dans cette
image ? / C'est l'été, vraisemblablement, et un jardin / Où cinq ou six personnes
sont réunies. // Et c'était quand, et où, et après quoi ? / Ces gens, qui furent-ils,
les uns pour les autres ? / Même, s'en souciaient-ils ? Indifférents / Comme déjà
leur mort leur demandait d'être. // Toutefois celui-ci, qui regarde cet autre, /
Intimidé, pourtant ! Étrange fleur / Que ce débris d'une photographie ! // L'être
pousse au hasard des rues. Une herbe pauvre / À lutter entre les façades et le
trottoir. / Et ces quelques passants, déjà des ombres.

Adiós a Álvaro Mutis / ¡Salve, Maqroll el Gaviero!

MARTHA L. CANFIELD

El pasado 22 de septiembre, en la Ciudad de México, donde vivía desde 1956, atendido por su esposa Carmen Miracle, constante y fiel compañera desde los primeros años sesenta, falleció Álvaro Mutis, voz única y punto de referencia fundamental en la literatura contemporánea europea y americana. Creador de un personaje inolvidable por cuanto es extraordinariamente emblemático de las vicisitudes y de la «desesperanza» de nuestros tiempos, Mutis ha perseguido a Maqroll el Gaviero y ha dialogado con él y ha aprendido de él, a la manera de Pirandello o, quizá más todavía, en el signo de su admirado Unamuno. Maqroll recorre, en efecto, la poesía mutisiana desde las primeras composiciones juveniles y, en determinado momento, a mitad de los años ochenta, se configura como protagonista de un ciclo de novelas, dejando para siempre el espacio poético a la voz íntima y personal de su creador. La obra de Mutis nos enseña, nos ilumina y, como todas las grandes obras, no terminará nunca de ser «abierta», en el sentido que auguraba Umberto Eco, y por lo tanto no terminará jamás de revelar nuevos significados ni de sugerir distintos mensajes iluminantes. El hecho de que esta obra haya recibido algunos de los premios internacionales más importantes —el Medicis en Francia, el Grinzane Cavour en Italia, el Cervantes en España— es sólo una prueba más de cuán importante es la herencia que Mutis nos deja. Otra prueba es el hecho de que los estudios críticos dedicados a él constituyen ya una imponente bibliografía.

El pasado 25 de agosto Álvaro Mutis festejó sus noventa años, y a su casa llegaron muchos amigos, además de sus hijos y sus nietos. Entre los amigos estaba su compatriota y cómplice en tantas aventuras, Gabriel García Márquez. Álvaro logró festejar con alegría su último cumpleaños y solamente pocas semanas más tarde, tras haber contraído un virus que le debilitó el sistema respiratorio, fue internado y pocos días después falleció.

Álvaro nos ha dejado. El adiós a su persona —a su maravillosa cualidad humana, a su profundo sentido de la amistad, a su humorismo hilarante, a su sa-

biduría, a su capacidad de sorprenderse y sorprendernos, a su vitalidad, a su joie de vivre—, el adiós a todo esto, por cierto, es definitivo. Pero lo que nos ha dejado queda para siempre, empezando por su compañero de viaje, creatura y creador, personaje que ha sabido buscarlo y encontrarlo, Maqroll el Gaviero.

Como estudiosa de la obra mutisiana, siempre he querido subrayar que Maqroll no es Mutis, que son muy distintos y que leyéndolos atentamente no es difícil distinguir las dos voces. Como amiga de Mutis he hablado largamente con él de su relación con Maqroll —algunas de estas muchas horas de conversación grabadas han sido publicadas, muchas otras permanecen todavía inéditas—, y en una de ellas me contaba que todas las veces que había querido hacer morir a Maqroll en una de sus narraciones, recibió protestas y lamentaciones de amigos y colegas que no aceptaban en absoluto que Maqroll pudiera morir. Al final parecería que Mutis hubiera empezado a sentir que, si hacía morir a Maqroll, el vacío dejado por su ausencia habría sido insoportable para él mismo. Y agregaba que ya lo único que esperaba era que Maqroll viviera tanto como él. «Sólo con mi muerte podrá morirse él», me decía. Y bien, nosotros, lectores fieles y admiradores de las dos voces tan distintas de un solo gran poeta, la voz mutisiana y la voz maqrolliana, ahora que no podremos escuchar más la voz de Mutis, sabemos —y es un gran consuelo saberlo— que Maqroll no nos dejará jamás.

En tu libro *Caravansary* (1981), y más precisamente en la composición homónima, hay una serie de fragmentos que constituyen como otras tantas novelas en ciernes, que podrían ser desarrolladas, pero que tú dices que ya se quedaron así, pues no volverías sobre ello. En uno de estos fragmentos se describe a un personaje anónimo que, por lo menos para mí, lectora incansable de Maqroll el Gaviero, es Maqroll. No me cabe duda. Dice, en el fragmento octavo de «Caravansary»: «En Akaba dejó la huella de su mano en la pared de los abrevaderos. En Gdynia se lamentó por haber perdido sus papeles en una riña de taberna, pero no quiso dar su verdadero nombre. En Recife ofreció sus servicios al obispo y terminó robándose una custodia de hojalata». Y luego, esta hazaña digna sólo del Gaviero: «En Abidján curó la lepra tocando a los enfermos con un cetro de utilería y recitando en tagalo una página del memorial de aduanas».

Bueno, sí, ése es Maqroll y ésas son experiencias esencialmente maqrollianas.

Según como se describe aquí a Maqroll, se diría que surge una especie de personaje sagrado, dentro del cual vive secretamente un dios, insospechado pero existente, un dios imperfecto, un dios menor.

Es un dios destronado; en el fondo, acuérdate bien, los hombres todos somos dioses destronados. También Lucifer es un dios destronado, de cierta

forma. Me parece un hallazgo ver así a Maqroll; nunca lo había yo pensado, pero es evidente que hay en él algo de divino degradado, inclusive en el hecho de no saber cómo es físicamente, cómo fue su niñez, de no tener lugares de referencia, dónde nació; ni sabemos qué espacio cronológico ocupa. Lo que a él le pasa puede suceder en diversas épocas del mundo. Por otro lado, hay algo de taumaturgo en él. Y creo que, en cada libro, hay momentos en donde eso se vuelve evidente.

¿Has leído la novela de Anatole France *La rebelión de los ángeles*?

Sí, claro, cómo no, *La révolte des anges*.

¿Cuándo la leíste, de muchacho? ¿Y qué te pareció?

Era un libro que tenía mi madre y que a mí me gustó muchísimo.

Después de leerlo, uno no puede desprenderse nunca más de esa idea de los dioses destronados, ¿cierto?

Es que los dioses que el hombre ha creado a través de su paso por la tierra no están olvidados totalmente, no pueden estarlo; y forman parte de nuestro presente. Y si nuestro presente quiere, como es evidente, reemplazarlos por la razón, por el respeto a la ciencia, por la devoción absoluta al materialismo, entonces estamos matándonos a nosotros mismos. Los dioses no se inventaron en forma gratuita, o para solucionar una situación pasajera; son una invocación de fuerzas que nos trascienden y que en cada momento han tenido un nombre y una evidencia. Y habrá que volver a ellos, no hay otro camino.

No queda otro camino que recuperar lo sagrado del mundo.

Por cierto. Ahora, vale la pena recordar, respecto a esa condición de Maqroll, que el primer verso que yo escribí es precisamente «Un dios olvidado mira crecer la hierba».

Ese «dios olvidado» siempre me pareció Maqroll. Ahora mismo lo estaba recordando mentalmente y estaba pensando que ese dios era Maqroll, que estaba surgiendo dentro de ti.

Ése es el nacimiento de Maqroll.

Es su primer asomo, la primera imagen que viene a ti de él, que luego se irá desarrollando. Es el primer aviso que dio de sí mismo: «Un dios olvidado mira crecer la hierba».

Exacto.

Siempre en esa serie de fragmentos de «Caravansary», hay otro que es fundamental, el número nueve, y, como tú me has confirmado en otro momento, define tu manera de ver el mundo. Dice: «Siempre iremos más lejos que nuestra más secreta esperanza, sólo que en sentido inverso».

Esa frase es una de esas que resumen muy concreta y —me atrevo a decir— muy felizmente un carácter de Maqroll y una convicción mía. O sea, toda esperanza —acuérdate que él niega toda orilla— es finalmente un *leurre...*, un señuelo, que nos ponemos a nosotros mismos, para nada. Porque no tenemos nada que esperar, lo único que podemos esperar es lo que vivamos y la autenticidad con que lo vivamos. Ahí está la clave de una cierta felicidad. Pero ni vamos a ser mejores, ni hay progreso, ni hemos progresado en nada. Ni en el conocimiento de nosotros mismos hemos avanzado un paso: todo el psicoanálisis está ya en la mitología griega, en forma simbólica, con una fuerza inmensa.

O sea que no esperar nada es la clave de una cierta serenidad, el destino como fracaso de las ilusiones.

Obviamente, porque una vez obtenida esa convicción se adquiere la serenidad del que sabe que no hay ninguna lucha que enfrentar, nada que ganar, ningún gol que hacer, para decirlo en términos deportivos.

La esperanza, entonces, como causa del ansia y del dolor: «diuturna enfermedad de la esperanza», la llamaba Sor Juana; y estoy segura de que te acuerdas de los versos de Vallejo: «Hasta cuándo estaremos esperando lo que no se nos debe...».

Por cierto, versos inmortales, de *Los heraldos negros*.

Sí, es el comienzo de «La cena miserable». Muchas veces me parece que tú representas el mundo como si fuera una especie de teatro desarmado, de cuyo escenario han desaparecido los ritos, o se ha perdido la memoria del rito.

Claro que sí. El instante en que eso sucedió está consagrado por la historia, es el instante en que la gente que hace la Revolución Francesa reemplaza a Dios por la diosa Razón. Mayor locura no se le había ocurrido nunca al hombre: pensar que su razón, que es tal vez el instrumento más endeble que tiene y que más se equivoca y más cae en trampas, sea el dios al que haya que rendirle tributo y que de allí se derive toda verdad. Eso es falso, y es la razón del horror que estamos viviendo, el haber entrado en ese túnel y confiar ciegamente en la ciencia, en el progreso, pensar que seremos mejores. No somos ni mejores ni peores, somos los mismos; si

hemos acabado en Hiroshima y en Buchenwald, no hemos dado un paso adelante.

Sin embargo, se conserva en el hombre como una nostalgia del recuerdo de estos antiguos ritos.

Desde luego, porque los ritos eran propiciatorios y le daban al hombre una relación mucho más sana, más de acuerdo con su destino, y que le creaba en parte la idea de un paraíso. Eran la invocación de ciertos aspectos de ese paraíso. Yo he sido un admirador y un ferviente seguidor de todo rito. Eliminar lo ritual, que ha sido la característica de esta época siniestra, nos va a costar probablemente la existencia del mundo. Estoy seguro. Es decir, si somos capaces de destruir selvas enteras y actuamos contra el árbol —que es una manifestación de la vida de una sabiduría y una belleza infinitas—, si somos capaces de atentar contra lo vegetal... pues estamos muy mal. Antes lo que se hacía era bendecir los árboles, rendirles tributo y crear un dios que los cuidara. Eran ritos propiciatorios y la palabra misma lo dice: *propiciaban* nuestra relación con el mundo. Hoy día no tenemos nada con qué propiciar esa relación, que se ha despedazado.

Lo que queda es una nostalgia de ritos que ya no recordamos, y una gran tristeza.

¡Una tristeza terrible! Y una culpa.

Por eso es recurrente en ti esta imagen de ritos olvidados, que puede aludir a cualquier situación pasada, no importa de qué época o civilización. Incluso puede aludir a relaciones con dioses de muy distinto tipo, como los dioses del mundo egipcio y del mundo griego, entre los cuales hay una diferencia enorme.

Sin duda, pero todos ellos delegaron con mayor o menor certeza su destino en los dioses. Los egipcios, de forma ciega y entregándose a un mundo que era la muerte, que era la desaparición del individuo. Los griegos, al crear el diálogo y al crear ese mundo dorado de la filosofía y de la tragedia, que es la representación en los estrados del teatro del destino del hombre, crean unos dioses a la imagen del hombre. Eso es de una inteligencia extraordinaria, porque repiten, ya en seres de conducta y forma humana, todos los pasos del destino del hombre sobre la tierra. Y a esos dioses, que realmente son hombres, les delegan la decisión. Pero lo que los griegos cumplían, hay que acordarse muy bien, no era una ciega obediencia a esos dioses, sino una ritualidad que creaba y certificaba el vínculo de ellos con dioses que eran su propia creación.

¿Quieres decirme que no anulaban la voluntad sino que la trascendían? No anulaban la voluntad, la delegaban en seres que tenían conducta humana y tenían caídas, pero de todos modos la delegaban en ellos como imágenes arquetípicas trascendentes.

En esa nostalgia de ritos pasados a veces mencionas a las mujeres como las mejor destinadas a officiar estos ritos. Es como si existiera en ti la idea de un antiguo matriarcado, que debió regir el mundo. O que algo se mantiene de esa antigua relación entre el hombre y la Naturaleza a través de la mujer.

A mí, entre otras cosas, me ha parecido siempre, desde muy niño, que la relación de la mujer —que es quien transmite la especie— con la Naturaleza y con las fuerzas ocultas o evidentes y conocidas de la Naturaleza, es muchísimo más profunda que la del hombre. La relación de la mujer es más directa, más eficaz y más certera. A mí me parece muy lógico que hayan existido sacerdotisas, pitonisas y, en general, imágenes femeninas vinculadas al mundo religioso. Lo vemos en los romanos —las vestales, por ejemplo—, o en los celtas; y siempre he comprobado que la mujer sabe más que el hombre, está más cerca de la tierra misma. El conocimiento que ella tiene del mundo que la rodea y de la Naturaleza es muchísimo más directo y veraz que el que tiene el hombre. Cuando una mujer ve una flor está viendo muchas más cosas que las que ve un hombre. Cuando una mujer ve un animal y trata de ayudarlo o de comunicarse con él, cuando está con un niño, o con su propio hijo, es mucho más directa. Respecto del hijo sabe estar más cerca y sabe más que el padre. El primer gesto del niño lo interpreta de subconsciente a subconsciente, en una comunicación profunda; y lo mismo pasa en la relación que tiene con la Naturaleza. Por eso cuando una mujer te dice: Esto no me gusta, esta situación o esta persona no me gustan, hay que oírla. Aun más, aunque estuviera movida por impulsos egoístas o condicionada por cualquier interés, su primera intuición es absolutamente atendible y hay que tenerla en cuenta.

Por eso dice el Gaviero que las mujeres no mienten jamás, porque en lo que dicen hay siempre una verdad profunda.

Así es. El Gaviero lo dijo antes que yo •

Álvaro Mutis, las tierras bajas

(Bogotá, 1923-Ciudad de México, 2013)

JUAN MANUEL ROCA

A la par que en los paisajes del trópico y de un lenguaje que los celebra aun en su aspecto más febril y destructivo, la poesía de Álvaro Mutis tiene su veta más atrayente en el hombre que habita en ese clima de derrota: hospitales, hoteles desvencijados, guerreros destinados a la derrota y la muerte, toda una historia clínica del mundo. De un mundo por el que atraviesa la figura mítica y por momentos excesivamente literaria de Maqroll «El Gaviero», que husmea en las heridas del mar y las ciudades, en salas de espera, en cuarteles y estadios, donde el hombre se mira a sí mismo como si estuviera despidiéndose de todo, como si él mismo fuera una despedida.

Cuando Mutis adopta la máscara de Maqroll, cuando se la pone sobre su rostro para despersonalizar su yo poético, ya sabemos que vendrán el miedo y el horror a visitarnos. Pero también que en esas dos estancias limítrofes que son como precipicios para el hombre —miedo a lo desconocido y horror de sí mismo— encontraremos una lección de lo que es capaz todo auténtico lenguaje: de hacernos participantes del milagro y el tedio de vivir a un mismo tiempo, de ver cómo la poesía está atravesada por la imaginación, la ficción y la fantasía. Mutis, en estas tres materias, es uno de los poetas más dotados de nuestro país y del continente.

Por la imaginación llega a ese amplio surtidor de imágenes que encabalgan en sus poemas. Por su litigio con la realidad logra crear unas ficciones que fundan una nueva realidad. Por la fantasía pasa de un mundo miserable, agónico y brutal, a la belleza de los trenes devorados por las yerbas y a un amplio catálogo de tesoros encontrados en lugares imposibles.

Mutis vive atento a encontrar, aun en los hospitales y en los paisajes visitados por la peste o la malaria, un milagro. En verdad, el milagro suyo está en cómo puede ver belleza en lo terrible, algo que, como decía Rilke, también está en la naturaleza de los ángeles.

Mutis nos muestra la llaga, la pústula, la miseria humana, todo aquello

que en su poema «Pregón de los hospitales» llama con dureza «el noviciado de la muerte».

Si el mundo agónico que nos presenta Mutis no estuviera severamente castigado por un lenguaje punzante como un bisturí, cubierto de un fasto verbal que a veces desemboca en letanías pero, sobre todo de un virtuoso cuidado musical, posiblemente terminaría por asfixiarnos en un banquete de catástrofes.

Lo que Fernando Charry Lara llama «los prejuicios de la tradición», esto es, el recetario, las buenas maneras lingüísticas, los temas consabidos y «lo comúnmente calificado como poético», no entra en la poesía de Álvaro Mutis.

Como Baudelaire o como Lautréamont, el poeta de «Los elementos del desastre» reúne, a veces en prosa y otras en verso, un concilio de hechos que hermanan la rosa y la herida, el cafetal y «los rincones donde los mendigos / inventan una temblorosa cadena de placer», un concilio de luces y sombras del que proviene su permanente misterio.

En su visión del trópico —que, por supuesto, está emparentada en el lenguaje con el de Saint-John Perse, el deslumbrante poeta traducido del francés a nuestra lengua por Jorge Zalamea—, hay también un entronque con la temática de buena parte de la poesía de su coetáneo Héctor Rojas Herazo, en la que se nos revela, de igual manera y con distintos procedimientos, que todo lo que toca el trópico se vuelve ruina, desastre, tierra de nadie, mundo a punto de ser devorado.

Afirma el mismo Rojas Herazo: «Los elementos del desastre, parece decirnos Mutis en estos cuadros sonoros, son nuestros elementos. Estamos hechos de destrucción y de duda».

A su vez, el poeta y crítico Guillermo Martínez González afirma que «los personajes de Mutis son la antítesis del paradigma heroico, son ordinarios Ulises que han sucumbido en el destierro, marchitos empleados de sordidas pensiones [...] guerreros carcomidos por el trópico y alucinados por recientes derrotas».

He vuelto a leer con atención la poesía de Mutis. Durante un tiempo, tiempo de juvenil radicalismo, me molestó una estancia de su poesía, aquella que, al unísono con esta herida que es su visión del mundo, sacralizaba a los reyes, festejaba una dinastía de monarcas, y que se proclamara monarquista. Ahora creo, a lo mejor, que eso fue un mal chiste suyo hecho a espaldas de Maqroll «El Gaviero», un aventurero y marino que parece siempre un rey destronado por las fiebres, un reyezuelo de sí mismo que no respeta jerarquías, una especie de anarquista de callejones, un paria de tabernas y de muelles.

Pido disculpas por la infidencia, pero fueron precisamente las declaraciones, la profesión de fe de Mutis en la monarquía, lo que me llevó al intento de un regicidio poético que se llama «Epigrama del poder»: «Con coronas de nieve bajo el sol / cruzan los reyes». Quise, sin conocerlo y con la petulancia de poder mortificarlo, dedicarle el epigrama. Pero preferí no hacerlo, pues ya había hecho un tratado de paz con su poesía, con lo dominante de ella: su preocupación por el hombre, por el destino de barro animado que es el hombre, por su eterna falta de armonía, por el exilio que vive en la propia soledad de su cuerpo.

Es curiosa la paradoja de este «monarquista» que por momentos parece tener más un espíritu anarquista. Su poesía es desobediente, insumisa, no pide permiso a nadie para ser. Hay también algo de anarquista en sus declaraciones y ya sabemos que muchas veces somos distintos de lo que creemos ser.

Valga de ejemplo: cuando a Nicolái Gógol, el gran novelista ruso, fueron a decirle que su espléndida novela *Las almas muertas* era la demolición del zarismo, una diatriba contra ese mundo miserable engendrado por los zares de Rusia, el primer sorprendido y molesto fue él mismo, que se creía zarista.

Sirva la digresión para decir que cuando Mutis dice: «Nunca he participado en política, no he votado jamás y el último hecho político que me preocupa de veras es la caída de Bizancio en manos de los infieles en 1453», con todo lo de exageración y mofa que pueda tener su declaración, con todo lo que de humorada y evasión encierra, tiene sin duda un sesgo anarquista.

Ruego al dios de Maqroll, que a veces les quitaba «a los ciegos su bastón» («Oración de Maqroll»), que me perdone por no haberle creído del todo su pregonado amor por la monarquía —y si esto fuera verdadero, sus poemas sobre ese tema resultan tan políticos como los de algunos poetas de su otra orilla ideológica, de Nazim Hikmet a César Vallejo, de René Char a Juan Gelman, de Miguel Hernández a Yannis Ritsos.

De manera que si algunos críticos condenan a los poetas libertarios por mezclar ideología y poesía, también podrían empezar a hacerlo con los autores de la estirpe de Mutis.

Muy otra cosa es su más decantada poesía, la que, oscilando entre la descripción narrativa y el lirismo, da cuenta de nuestro paisaje. Quizá él, en la compañía indudable de Aurelio Arturo, sea quien mejor ha atrapado nuestra naturaleza.

Hay un poema suyo en *Los trabajos perdidos*, titulado «Nocturno», que recomiendo a todo viajero o a todo exiliado colombiano. Abrir un libro suyo en estos versos es recibir una rebanada de paisaje, un olor a humedad y a tierra caliente, como si él mismo fuera una especie de talismán, de documento

lórico que, desde su raigambre y autenticidad, logra hacernos entender que pertenecemos a un lugar, a un paisaje no sólo físico sino también espiritual.

Es un poema sensorial, que entremezcla el olor y el oído con una visión conmovedora de la zona cafetera:

Esta noche ha vuelto la lluvia sobre los cafetales.
Sobre las hojas de plátano,
sobre las altas ramas de los cámbulos,
ha vuelto a llover esta noche un agua persistente y vastísima
que crece las acequias y comienza a hendir los ríos
que gimen con su nocturna carga de lodos vegetales.
La lluvia sobre el zinc de los tejados
canta su presencia y me aleja del sueño
hasta dejarme en un crecer de las aguas sin sosiego,
en la noche fresquísima que chorrea
por entre la bóveda de los cafetos
y escurre por el enfermo tronco de los balsos gigantes.
Ahora, de repente, en mitad de la noche
ha regresado la lluvia sobre los cafetales
y entre el vocerío vegetal de las aguas
me llega la intacta materia de otros días
salvada del ajeno trabajo de los años.

Álvaro Mutis en sus propias palabras: «olvido así quién soy, de dónde vengo, / hasta cuando una noche / comienza el golpeteo de la lluvia / y corre el agua por las calles en silencio / y un olor húmedo y cierto / me regresa a las grandes noches del Tolima» («Exilio», en *Los trabajos perdidos*, 1965) ●

GERARDO DENIZ

S'AGAPÓO

**Te me mueres de seria, cual chiquilla,
estoy convicto, amor, estoy confeso
de que, evitando algún desleal beso,
te acaricié el cariz de una orejilla,**

**donde una chispa de oro en seda brilla;
mas desde aquel dulcísimo suceso,
la aurícula, de escrúpulo y de peso
rojea y se enfurruña, la muy pilla.**

**Flor: di a Miguel Hernández que he olvidado
sus tercetos, con íntimo decoro
(supones) y te apartas de mi lado**

**a sestear en la Mezquita Azul
de Estambul, mientras yo mi culpa ignoro
—ay, corola del Cruzeiro do Sul.**

Qué importa cómo seas si eres tú.

PALINODIA DEL ROJO

No cantes ésa, rojo, porque ya no se estila.
Sólo algunas pazguatas piden perdón por ti,
pero la mayoría te reciben serenas
y hacen bien. Saben oscuramente
que, si bien a unas cuantas das algún dolor,
en desquite haces a muchas más ardientes [confidencia de dos]
y pones una fascinadora inflexión
en los deleitosos alientos femeninos.
Jáctate mejor, rojo, de que fue el doppleriano
batocrómico corrimiento de las líneas espectrales
en conjunto hacia ti
lo primero que reveló la expansión del universo
(lo cual no es una cuestión de poca monta).
Piensa también, oh rojo, que si en ruso tu nombre
se funde con lo bello
(lo cual no es, por supuesto, lo que cree gente babosa)
es por algo —dímelo a mí, que vehemente acuso todavía
a la que siempre de rojo iba vestida
y cuyos ojos, oscuros teobromos deseados,
aún llevo en mis entrañas dibujados.
Para no ser prolijos, en fin, oh rojo contempla a tu poeta
confiando en que lo ayudes en su triangulación
de la topografía divinal de un blanquísimo Chaco,
ruega por nosotros los rojos y los verdes,
así como por algún Rangoni malhadado.

EL PERFECTO AGONOTETA

Cuando la vanguardia de los corredores asomó en la distancia,
un inmenso clamor se alzó de la multitud
y creció aun más al ver cómo la Marratoncita iba alcanzando el
[primer lugar,
hasta cruzar, veloz pero serena,
la línea anaranjada de la meta.
Marratoncita giró 180° y anunció, sosegada —Victoria.

El viejo adivino etrusco

se acercó a ella:

—Entre los varones que viven en el orbe,
escasamente una docena te merecemos. Por desgracia, todos
rebasamos los setenta, y hay que aguantarse.
Que te acompañe pues este agonoteta cántabro favorecido. [A éste:]
Conduce a Marratoncita al penthouse del templo, sudorosa pero
[sensata,
extiéndela a gusto y acéitale con la lengua todas sus divinas bisagras,
levántala entonces y sométela, horizontal, a la ducha fría;
cuando el coxis deje de saberle a sal,
hazla rodar sobre un gran secante verde, sin solución de continuidad
y échatela al plato.

Deja a los persas alzar torres al silencio.

El llamado palestino

LINA MERUANE

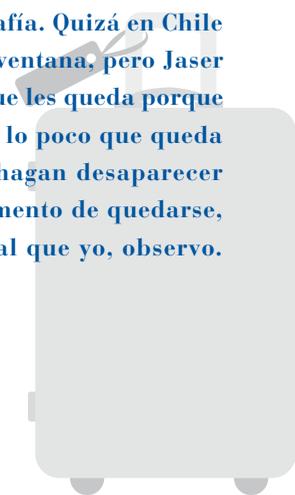
DIRECCIÓN: PALESTINA

No es regresar pero la idea del viaje aparece con ese verbo a cuestras. Ese verbo y todos sus sinónimos empiezan a abrirse espacio a codazos. Una sucesión de eventos fortuitos me empuja en dirección palestina. Ocurre así la aparición del primer emisario: me subo a uno de los cientos de taxis llamados gitanos que circulan por mi barrio neoyorquino. Tomándolo por dominicano o ecuatoriano me dirijo al taxista en español para pedirle que me lleve al aeropuerto, pero escucho en su respiración un leve acento que tampoco es gringo. Afino el oído, detecto entre sílabas una inflexión árabe. Antes de preguntar y acaso equivocarme me fijo en la tarjeta de identificación adosada al respaldo de su asiento: tiene un nombre inequívoco, un nombre unido para siempre a la resistencia palestina. Jaser. Árabe de dónde, le pregunto, y en el retrovisor reconozco los ojos de mi abuelo que me sonrían. Es un palestino de un pueblo al norte de Jerusalén que no identifico. Cerca de Ramallah, agrega. Un pueblo del West Bank, aclara en inglés por si tampoco sé de esa ciudad. No debe de estar tan lejos de Beit Jala, le digo yo, y él dice que no está nada lejos en distancia, aunque en tiempo todo depende, y deja la frase en suspenso. Y entonces le digo que de ahí proviene una parte de mí. Le pregunto si conoce mi apellido pero él no lo conoce. Le menciono otros apellidos palestino-chilenos y a continuación le cuento que en Chile vive la mayor comunidad palestina fuera del mundo árabe. Que los primeros palestinos inmigraron desde cuatro ciudades cristianas de Cisjordania. Que a Chile siguen llegando los suyos, sólo que ahora vienen en calidad de refugiados. Que los últimos en llegar venían de Iraq. Ahora son todos musulmanes, como usted, le digo. Y le digo además que aunque la

comunidad es fuerte yo fui criada como una chilena común y corriente. Veo desde atrás su cabeza asintiendo a todo lo que digo, pero cuando llego a la última línea Jaser da vuelta la cabeza y me corrige. Usted es una palestina, usted es una exiliada. ¿Usted no conoce su tierra?, me dice sin recriminación. Debería ir allá, usted. ¿Para dónde viaja ahora? Oye, dice, dejándose de formalidades, desde España los territorios no están tan lejos. Unas cinco horas en avión. Debería ir, insiste, volviendo a lo formal, le va a encantar, y empieza su campaña del porqué del regreso. Volver a Palestina, imagino mientras habla, y comprendo que nunca se me había ocurrido ese destino. Lo pienso un momento más al tiempo que me meto en el bolsillo la tarjeta de Jaser pero al llegar al aeropuerto descarto la idea y la tarjeta. Archivo ambas como una curiosidad, como una extraña anécdota.

OTRA VEZ RAMALLAH

Regreso a Nueva York de ese breve viaje europeo y preparo las maletas para partir a Chile. Pido, otra vez por teléfono, un taxi-gitano y al subir al auto veo aparecer al mismo viejo genio de la lámpara anterior. Hay cientos de taxistas latinos que circulan por el norte de Manhattan pero es Jaser quien en el instante de mi llamada circula más cerca de mi casa que ninguno, él es quien llega, por eso, a recogerme. ¿Y para dónde va ahora?, me dice levantando mi maleta y los labios en una sonrisa. ¿Ahora sí Palestina? Algo así, le contesto, pensando que Chile es mi único Levante. De mi familia en Beit Jala no quedan más que un par de mujeres que llevan en algún lugar el Meruane. Los demás detentores del apellido viven desperdigados por nuestra loca geografía. Quizá en Chile usted también tenga a alguien, le digo, abriendo la ventana, pero Jaser no tiene a nadie allá. Su familia se aferró a lo poco que les queda porque eso es lo que hay que hacer ahora, dice. Aferrarse a lo poco que queda de Palestina para evitar que desaparezca. Que la hagan desaparecer porque dejamos las puertas abiertas. Éste es el momento de quedarse, es el momento de volver. Pero usted está aquí, igual que yo, observo.



¡Alguien tiene que mandarles la plata!, responde en su castellano dominicano lleno de arabescos. Veo sus grandes ojos en el retrovisor, su cabeza que gira cuando el auto se detiene en la luz roja, su mano extendiéndome unas galletas de almendra que su mujer le prepara para su largo día de autopistas. ¿Y entonces, dice, tragando con dificultad la masa dulce, cuándo va para nuestra tierra? En marzo, le digo por decir cualquier cosa y aunque no tengo fondos para ese viaje empiezo a imaginar que lo que digo es cierto.

MONEDA AL AIRE

Lanzo al aire una moneda mental: si alguna invitación me lleva a Europa yo me estiraré hacia el Oriente por mis propios medios. La moneda gira sobre sí misma mientras pienso en tantas restas. El regreso frustrado de mis abuelos. La negativa de mi padre. La integración que acabó por aplanar la diferencia palestina en mi país. La invisibilidad de la causa en el lugar donde resido. La censura del escritor-en-Jaffa y la necesidad de tachar su relato. Una historia llena de agujeros. Tengo que sumarle a esa resta, pienso. Volverme Palestina. Volver. Echo al aire otra moneda y ahora suena a metal: en mi buzón pronto aparece una carta de invitación a Londres.

UN MUCHACHO CASI PALESTINO

Hamza se presentó el primer día de clases como jordano pero al descubrir el origen de mi apellido corrige su relato: yo también soy palestino, un palestino nacido en el exilio. Sonríe complacido de haber encontrado a alguien como él. ¿Y cómo es que no conoces Palestina si puedes entrar?, pregunta, asombrado, en un inglés tan exacto que suena impostado. Un inglés tomado como préstamo de algún libro. Le digo que Palestina me ha mandado emisarios, señuelos, incluso una invitación que me dejará a medio camino. Hamza me mira intrigado, sin entender que él ahora es otro de esos enviados y que cada mención suya se volverá una referencia. Una nota en un cuaderno. El motivo de una búsqueda. No deje de ir a Yalo, deja caer Hamza; a Yalo o Yalu, agrega. En las afueras de Ramla, la ciudad de la arena. (anoto Ramallah; después, sobre un mapa, comprendo mi error). Hamza me dice que la familia de su padre salió de Yalo el mismo año en que la guerra le impidió a mi abuelo regresar a Beit Jala, el año en que Israel anexó Yalo y cientos de palestinos

huyeron a Jordania. La familia de su madre se había exiliado veinte años antes en la primera estampida. Hamza lo dice con despojo británico aunque debajo se estremece la espina del refugiado que mantiene esta condición política como modo de reivindicación nacional. Hijo y nieto de desplazados, Hamza se entusiasma con ese regreso, el mío, porque regresar es lo que se le ha negado a su familia desde la Intifada de 1987. Él no había nacido todavía para el primer levantamiento pero ya carga con la herencia de un exilio, sueña, me dice, no puede evitarlo, con esa Palestina tan ajena y tan propia. Quiero preguntarle a qué Palestina se refiere, a qué trocito de esa tierra fracturada. Decido no hacerlo. ¿Qué hay ahí, en Yalo o Yalu?, le pregunto en vez, sin saber qué otra cosa preguntar. Nada, dice, no hay nada más que biografías trucas y muros de piedra rebanados a ras de suelo. Sobre lo que fue su casa y la de tantos vecinos hay ahora un parque nacional. Un parque, dice, es decir, una zona protegida bajo una premisa ecológica donde esos palestinos, aun si pudieran regresar, no podrían volver a construir. Un parque donde la historia quedó tapizada de árboles. Todavía se pueden encontrar ahí las huellas del desalojo, los cimientos de esas casas arrancadas de cuajo. Porque los olivos, dice Hamza, continúan creciendo donde quedaron, siguen cargando las ramas de aceitunas aunque no haya quien las coseche. Hamza se va y yo me voy también esa tarde a casa, a la pantalla en busca de ese cementerio urbano que alguien describe como «tierra de nadie». Alguien contesta que de nadie no es, que es tierra palestina usurpada violando la legislación internacional, y alguien más denuncia que el parque fue financiado por alguna adinerada comunidad sionista canadiense. Ir a Yalo a visitar la casa desaparecida de Hamza, pienso, y esa construcción incorpórea se queda dando vueltas y vueltas hasta que mi alumno regresa la siguiente vez. Ahora trae un mensaje de su madre desde Jordania. Una sugerencia culinaria para cuando yo esté en mi tierra. La recomendación tiene un nombre que nunca he oído y que suena entre sus labios a *loos* o quizás *loss*, la palabra inglesa de la pérdida. Pero *loos* o *loss* en árabe significa almendra cruda cubierta de una piel verde aterciopelada y muy gruesa que se come sin pelar, con un poco de sal y quizás aceite. Almendra que mi padre tampoco identifica cuando le pregunto. Ninguna de mis tías sabe. Anotaré esta palabra tal como suena, y la encontraré semanas más tarde en un mercado de Belén, sobre un carrito de metal, en medio de una callejuela. Compraré un paquete

de esas almendras ásperas y se las traeré a Hamza sin confesar que fue imposible tragarme el grueso terciopelo de su madre.

WHO ARE YOU

Se acerca la fecha de Londres casi sin preparaciones y empieza a darme vértigo el viaje. Mi tía-la-mayor me manda a decir con mi padre que debo ir a visitar a esas tías lejanas y llevarles un regalo. Que compre unos chalecos de lana, o unos pañuelos, o una carterita que no pese en mi maleta: ella me pagará después. Y que las llame cuanto antes, manda también a decir. Mi padre dicta un número de teléfono y me pide que se lo repita. Pero pensar esa llamada me da más vértigo: en qué lengua vamos a entendernos. En castellano, por supuesto, dice mi padre, porque esa tía vivió unos años en el sur de Chile; fue hace mucho, me asegura, pero dicen que todavía algo habla. Dejo el número sobre mi mesa un par de días o tres, indecisa. Se va cumpliendo un plazo que no me deja alternativa. Me obligo a marcar y a preguntar por Maryam. Hola, digo, ¿Maryam? Maryam, oigo como eco del otro lado, y luego una larga frase en árabe que podría ser una pregunta o un cántico mortuorio. Hola, repito, hello, repito, ¿english?, y trato de decir marjaba pero se me enreda la lengua. Repito: Maryam. Quien atiende debe ser la otra hermana, la que no estuvo nunca fuera de Beit Jala, la que no habla más que árabe pero que me lanza algunos pedazos de inglés y me da a entender o yo interpreto que Maryam fue a ver a un pariente enfermo y que volverá a alguna hora, o al día siguiente. Hay un silencio seguido de un lento who are you, y yo trato de explicarle quien creo ser. Hay entonces un momento de agitación al otro lado de la línea, la agitación de una lengua que intenta traducir lo que le digo y que bajo presión por contestar algo empieza a gritar la única palabra que tiene a mano. ¡Aaaaaa! ¡Family!, dice, entre grandes aspavientos, ¡family!, ¡family!, y yo sin saber qué más decir, le contesto, yes, yes, y empiezo a reírme porque hay estruendo y hay exageración y hay confusión en esa palabra, y hay también un vacío enorme de años y de mar y de pobreza, pero a cada family que ella grita más me río yo, diciendo yes, family, yes, como si hubiera olvidado todas las demás palabras y sus significados. Y en ese tiroteo telefónico no sé si llego a decirle o si ella habrá entendido que estoy por viajar o por volver y que me gustaría ir a visitarlas •

JULIO EUTIQUIO

SARABIA

IGUAL QUE EL HOMICIDA oculto tras la puerta
reaparece
con el hierro brumoso de su crimen
y, ya en la mesa, apura
en silencio la sopa que le ofrecen,
apagados –como están– el horno y el televisor,
no pronuncié *yo* entre quienes ansiaban
los detalles de la trama.
Callé en ese momento
y reparé en mis fallas y en mi tino.

A la sombra de los cipreses
que descuellan en el parque,
nos sentamos a traducir a lenguas muertas
el canto de las aves.
Por pereza –les dije– desconocen cuanto enarbola
mi nombre y cuanto calla,
cuantas imágenes ingresan lastradas por la tierra
y cuantas confunde el viento con orquídeas
al rozarlas, de paso, en el poema.

Estemos atentos a la pureza del oxígeno
que inunda los pulmones,
los metros cúbicos invertidos al sentarnos
y al avanzar en busca de las uvas
para suplir el gusto por el vino.
Si observan con cuidado los ingredientes en la mesa
—las provisiones dosificadas por el hambre—,
advertirán el óxido en la manzana
y los residuos de pulpa en el cuchillo.

Ningún testimonio recuerdo de sus bocas,
las más veloces en la afrenta y la calumnia;
las menos prudentes en el dislate o el titubeo.
Tampoco pregunté por la causa de esos lapsus
ni esperé salmodia alguna desde el cielo.

Nosotros —les dije— fuimos los tráfugas por malolientes
callejones.
Nosotros, los perdedores, nos levantamos también
de la ceniza.

Autobiografía póstuma

[fragmento]

LUIS ZAPATA

Nunca me han gustado los homenajes. O al menos eso es lo que *hipócritamente* declararé en algún momento, porque ¿quién que sea no tiene vanidad? Y ¿quién que no sea también? Todos los artistas la tenemos en mayor o menor grado, por más que a veces nos hagamos los humilditos, los muy modestitos: ¿no es el narcisismo, según dicen los psicólogos, el motor de toda creación? No nos hagamos de la boca chiquita, pues, que no nos queda.

Por mi parte, sí, agradezco este homenaje, aunque sea en estas circunstancias: *bien lo merezco*.

Veo algunas caras conocidas entre la gente que empieza a llegar, aunque la mayoría parece pertenecer a otras generaciones; unos vienen vestidos de luto, otros no tanto, y otros más bien como para una fiesta: esas señoras de vestidos floreados que tanto abundan por acá. Son pocos los que asisten puntuales: se me olvidaba ese defecto de mis coterráneos, su informalidad. Para muestra, baste este botón: cuando uno de los más conocidos escritores del estado recibió una invitación para participar en un congreso de literatura (ya se sabe que no sólo en San Mateo del Río somos afectos a institucionalizar el arte; en todo el país está de moda, a tal punto que ya no se sabe si uno es escritor o político o simplemente un funcionarillo menor de la burocracia literaria: congresos, festivales, mesas redondas, presentaciones de libros, homenajes —*ejem*— y lo que se guste agregar), aceptó gustoso y quedó de estar en la ciudad de Allendia, donde se celebraría el congreso, la siguiente semana (otra característica: siempre se hacen las cosas con precipitación y de manera desorganizada). Llegó la fecha, y no se presentó. Cuando, tiempo después, el que lo había invitado se lo encontró y le dijo: «Ya no fuiste al congreso de escritores», el escritor de marras sólo atinó a contestar: «No, pues». Ninguna disculpa, ninguna excusa; sólo un lacónico «No, pues» zanjó la cuestión.

Los conocidos se saludan, e incluso fijan citas para encuentros posteriores, arreglan pendientes, comentan sucesos recientes: «A ver cuándo pasas a la Dirección: ahí te tengo guardado tu diploma del taller de poesía al que fuiste» (se me olvidaba otro rasgo de la cultura sanmateana: la afición por los diplomas, que dan a la menor provocación: por haber participado en algún concurso, por haber declamado en alguna festividad, por haber...; casi casi se otorgan hasta por haber nacido: el diploma como premio, a falta de otra cosa: no dudo de que vayan a dar también a los que han colaborado en la realización de este homenaje).

La ceremonia da inicio con la participación del poeta Ignacio María Alegre, que ha cosechado algunos laureles (al menos eso es lo que dice el presentador) en los fértiles campos de la literatura, aunque no tantos como yo (y esto lo añado yo, que me he despojado de la falsa modestia como la mariposa que desecha su ya inservible capullo, para seguir con las metáforas bucólicas).

El poeta toma la palabra, y, con las cuartillas temblorosas en la mano que le deja libre el micrófono y con voz titubeante por el nerviosismo (¿o por la emoción del momento?), dice:

—La precipitación de los acontecimientos me impidió escribir un poema más elaborado, con rimas consonantes, como me habría gustado y como sin duda merecería nuestro admirado Zenobio Zamudio. Es posible que también me haya pasado inadvertido uno que otro ripio, así como alguna cacofonía menor, por lo que les suplico sean benévolos.

Aquí, como en la famosa escena de los «Comicios» flaubertianos, al menos dos discursos se sobreponen entre sí (quizás está mal que yo lo diga, pero no es un mérito que pretenda adjudicarme: en ésta, al igual que en muchas ocasiones, la realidad imita al arte, ya se sabe): el del poeta Ignacio María Alegre, que lee ante el micrófono las «Coplas a la muerte de Zenobio Zamudio», y el de dos —¿qué diré?, ¿ignaros?, ¿imbéciles?, ¿igualados?, para no hacer uso más que de la *i*— individuos incapaces de aceptar la alabanza a la grandeza ajena, que hablan en voz baja:

*—Canta, oh musa, nuestra cólera,
Nuestra tristeza infinita;
Compón, si puedes, una ópera,
Pues ha muerto un gran artista.*

*Famoso allende y aquende,
Aquí, allá y acullá,*

*Al gran estado de Allende
Le dio universalidad.*

*—Dicen que nuestra gloria local era puto.
—Sí, pues. Aunque nunca se le comprobó nada.
(Pinches pendejos culeros, / Zafios, ruines
pelagatos. / Con razón odio a mi pueblo: / Ya se
me estaba olvidando —y perdóneseme también
la simple asonancia, debida igualmente a
la precipitación de los acontecimientos).*

*—No fueron sus pies ligeros,
Como los de Aquiles, aunque
La rapidez de sus dedos
Supo consagrar al arte.*

*Con su preclaro talento,
Nos dio El salto de la muerte,
Nos dio ¿Soy o me parezco?,
Nos dio libros más de siete.*

*—Pero nomás había que verlo. O leer sus
libros: son denigrantes: ¿qué van a pensar de
nuestro estado? (Dicen bien que por sus obras
/ Conoceréis a los hombres. / La posteridad,
carroñas, / Ignorará vuestros nombres).*

*—Canto a Zenobio Zamudio
Y a su prosa memorable:
¿Lo harán objeto de estudio
En las universidades?*

*No perderás tu fulgor,
Pero nos dejas muy solos.
Zenobio Zamudio, ¡adiós!
¡O, mejor dicho, hasta pronto!*

*—¿Tú los has leído?
—No, yo no. Pero eso dicen. (Ya con ésta me
despido. / Sólo deseo que los parta, / En un
rato de descuido, / Un buen rayo de caçada).*

Viene luego la parte musical del programa, en la que un trío canta canciones del estado: «Te quiero, sanmateana», «Mejillitas de arrebol», «Caleidoscopio suriano». ¿La disfruto? No, para nada: si me encontrara ya en mi tumba, estaría revolcándome en ella, como dicen que hacen los muertos cuyos designios se ven contrariados. Pero como aún estoy en una de las salas del MEA, sólo me queda decir que, ¡puta madre!, cómo me repatean las canciones de los tríos, las vocecitas chocantes y pseudoarmoniosas de sus integrantes, y, si mucho me apuran, también detesto los mariachis, sus canciones y sus voces, sí, yo no he de ser mexicano, ni mucho menos sanmateano, qué asco, me dan ganas de vomitar, aunque no tenga nada en el estómago, más bien he de ser saturnino, o de algún otro planeta, uraniano, me cagan la madre todas esas cursilerías, la barca en que me iré lleva una cruz de olvido, para hacerte tres regalos: son el cielo, la luna y el sol, ya agarraste por tu cuenta las parrandas, ¿cuándo me traes a mi negra, que la quiero ver aquí?, ¡Por Dios, qué borracho vengo!, a quién se le ocurrirán tantas pendejadas, a mí qué chingados me importa, y justo música de tríos habían de estar tocando, cómo no tuvieron el buen tino de preguntar mis gustos a algunos de los que me conocieron, pinches burocratitas de mierda, han de creer que las pinches cancioncitas que escuchan en sus pinches borracheritas les gustan a todos, no sólo eso, las han de considerar la música más adecuada para la ocasión, habráse visto, pinche pueblo de mierda, pinche país de mierda.

¡Y ese sonsonetito de la música regional! ¡Qué odioso me parecía antes, y qué odioso me sigue pareciendo ahora! Afortunadamente, es la última vez que lo oigo. Sí, doy fe: el purgatorio existe.

Los brasileños, entre otros pueblos, parecen sentirse muy orgullosos de su país y de su música: «Meu Brasil brasileiro», cantan, «Cidades maravilhosas, cheias de encantos mil», dicen, no sólo de Río de Janeiro. No les falta razón. Nosotros, en cambio, ¿cómo podemos enorgullecernos de tanto tamborazo, de tanto trompetazo, de tanto violín chirriante, de tanto grito pelón? Ahora puedo decirlo, pues en vida me habría causado la animadversión de todos. Bueno, y es posible que en muerte también me la cause, pero ¿ya qué me puede importar? No faltará, claro, el nacionalista que encuentre chiste y hasta señas de identidad, dijera el buen Goytisolo, en ese primitivismo o en la pretensión que quisiera ser poesía de las mal llamadas canciones románticas (¡pues ni que las hubieran escrito Hölderlin o Jean Paul!). ¡Qué tortura para los oídos! Se diría que esa música encuentra una correspondencia en la cocina mexicana, también mal llamada gastronomía: ese gusto por lo irritante, tanto en el sabor como en el sonido... ¡Cómo pueden compararse las voces de Elis Regina y João Gilberto con los gritos destemplados de nuestros cantantes de cantina, a quienes mejor habría que llamar cantinantes! ●



MUCHACHOS
ADINÉS
SOLDADOS

◀ *Sin título, 2000*
De la serie *Muchachos*
Impresión cromogénica



Sin título, 2000
De la serie *Muchachos*
Impresión cromogénica



Sin título, 2000
De la serie *Muchachos*
Impresión cromogénica

ADI NES, como todos los jóvenes israelíes, cursó los tres años obligatorios de educación marcial. Eso le permitió conocer de primera mano el flujo homoerótico que subyace en la vida castrense y captar la cotidianidad de una sociedad que vive en una zona de permanente conflicto.



Sin título, 1996
De la serie *Soldados*
Impresión cromogénica

Sin título, 1999
De la serie *Soldados*
Impresión cromogénica

Su padre, iraní, y su madre, kurda, inmigraron a Israel en los años cincuenta. Ella era bibliotecaria, por lo que, desde pequeño, Adi Nes tuvo una relación cercana con los libros, entre ellos los clásicos griegos. En esas lecturas él encontraba un homoerotismo latente, un sentimiento que los griegos llamaban «amistad». «En mi imaginación, la amistad siempre era algo más», confesó en una entrevista.



Sin título, 1994
De la serie *Soldados*
Impresión cromogénica



El homoerotismo era patente en la mitología griega, y así ahora está presente en sus fotografías.

En su libro *Ante el dolor de los demás*, Susan Sontag hace un recuento de las guerras que, al ser registradas por la fotografía, permanecen en la memoria colectiva. Al hablar del trabajo de un fotógrafo que fue enviado a la guerra de Crimea, Sontag dice que, por las limitaciones propias



Sin título, 2000
De la serie *Soldados*
Impresión cromogénica

de los primeros años de la fotografía, únicamente se podía mostrar «a los oficiales británicos departiendo al aire libre o a los soldados rasos ocupándose del mantenimiento de los cañones sólo después de pedirles que se pusieran de pie o se sentaran juntos, siguiendo sus indicaciones [del fotógrafo], y se quedaran quietos». Es decir, por más que deseara estar en el frente de guerra, el fotógrafo se limitaba a tomar



Sin título, 1999
De la serie *Soldados*
Impresión cromogénica



Sin título, 2000
De la serie *Soldados*
Impresión cromogénica

la vida militar que se daba en los cuarteles. En su caso, Adi Nes, con un gesto subversivo, ha vuelto al cuartel para mostrar los ritos de fraternidad y de camaradería viril, no exentos de muestras de afecto. En la serie de fotos que apareció en la edición masculina de la revista *Vogue*, Adi Nes utiliza composiciones clásicas de la pintura renacentista: *La última cena* de Da Vinci,



Sin título, 1996
De la serie *Soldados*
Impresión cromogénica



Sin título, 1998
De la serie *Soldados*
Impresión cromogénica

La muerte de Marat de Jacques-Louis David, *La balsa de la Medusa* de Géricault y la *Piedad* de Miguel Ángel; pero también una célebre fotografía que apareció en la portada del número de junio de 1967 de la revista *Life*: después de la Guerra de los Seis Días, un triunfante soldado israelí es captado cuando sostiene en una mano un rifle Kalashnikov automático, mientras emerge de las aguas del Canal de Suez.



Sin título, 1999
De la serie *Soldados*
Impresión cromogénica



Sin título, 1995
De la serie *Soldados*
Impresión cromogénica



Sin título, 1994
De la serie *Soldados*
Impresión cromogénica

La foto «se volvió el símbolo de la fortaleza del victorioso conquistador israelí», dice el poeta Ilan Sheinfeld. Adi Nes sabe que, desde entonces, el ejército es una institución fundamental del Estado de Israel y que la vida está marcada por esta circunstancia.

SERGIO TÉLLEZ-PON



Sin título, 2003
De la serie *Soldados*
Impresión cromogénica

IMÁGENES CORTESÍA DEL ARTISTA
Y DE JACK SHAINMAN
GALLERY, NUEVA YORK

LUVINA / INVIERNO / 2013

XVI



Cine israelí para principiantes

● HUGO HERNÁNDEZ VALDIVIA

Las noticias que recibimos de Israel, por lo general, giran alrededor de los conflictos que este país no ha dejado de alimentar con sus vecinos. Los noticieros hacen hincapié en las agresiones que unos y otros se prodigan con odio ancestral. Comprender lo que pasa por aquellos rincones del orbe no es sencillo, y para ir más allá de la superficie es preciso diversificar las fuentes. Hace falta revisar lo que la historia consigna, remitirse mucho más atrás del parto complicado del Estado de Israel. Pero, para tener una visión íntima, el cine es acaso el mejor vehículo —el único, cabe aventurar. Si bien es cierto que la producción no es particularmente abundante ni circula con fluidez por estos rumbos, es la herramienta más lúcida con la que contamos para iniciar el proceso de entendimiento. Pero si las cintas no son muchas, sí son agudas; y los realizadores asumen un rol político y crítico. El acercamiento a algunas de ellas resulta, así, tan deseable como necesario.

El cine de un país como Israel, que vive en permanente estado de guerra —y cuya

población recibe instrucción militar *de a veras*—, bien podría asumir el rol de la distracción o del entretenimiento (como Estados Unidos y su industria, dicho sea de paso). No faltan las películas que apuestan por esta función; sin embargo, el cine israelí más valioso es el que revisa con agudeza el *statu quo*, el que no se autocensura y ventila los abusos del pasado y las consecuencias que esto ha acarreado a un país en el que los veteranos de guerra son abundantes. Una de las películas más notables en este renglón es *Vals con Bashir* (*Vals Im Bashir*, 2008), de Ari Folman. En ésta, un exmilitar, que vive atormentado por su participación en la invasión a Líbano de 1982 y ha borrado el episodio de su memoria, busca a algunos de sus compañeros, y conforme recaba sus testimonios va cobrando forma la abyección en la que se involucró. El cineasta plantea su asunto desde la animación, recurso prodigioso que permite, sorprendentemente, un acercamiento provechoso a la realidad.

No menos valioso es el aporte de Samuel Maoz con *Líbano* (*Lebanon*, 1982). Éste regresa a los mismos eventos —la invasión israelí del país epónimo— y hace una apuesta de una economía y una osadía meritorias: toda la cinta transcurre dentro de un tanque en el que viaja un equipo de novatos que pierde el camino cuando se dirige a una misión. Maoz exhibe no sólo la impericia del grupo de jóvenes, sino su ignorancia respecto de lo que están haciendo. El caos se convierte en miedo, y desde la perspectiva de los tripulantes de este tanque (¿metáfora de Israel?) descubrimos el terror que ellos provocan, pero también el que sufren.

Eran Riklis ha examinado en dos películas las miserias que reserva la cotidianidad en la frontera, donde la hostilidad es asunto corriente. En *La novia siria* (*The Syrian Bride*, 2004) recoge las contrariedades de una mujer que vive en territorios sirios ocupados por Israel y va a casarse con un actor de Damasco. Las complicaciones son abundantes: para empezar, al pasar la frontera la mujer no podrá volver con su familia; para acabar, el cruce —controlado por soldados de la ONU— es un verdadero vía crucis. Con todo y el tono de farsa que el cineasta imprime, el drama adquiere proporciones inverosímiles. En *El limonero* (*Etz Limon*, 2008) el asunto no permite mayores ligerezas: sigue la gesta de una mujer palestina que defiende sus limoneros después de que se instala junto a su propiedad el ministro de defensa israelí. La cinta va más allá de la metáfora y plantea la tragedia que viven los vecinos de Israel, que no han dejado de sufrir la ocupación y la expansión de ese país en sus tierras.

En sus películas, Eytan Fox ha ido de las penas históricas a la revisión de la cotidianidad. En *Caminando sobre el agua* (*Walk on Water*, 2004) acompaña a un agente del Mossad —el sanguinario servicio de inteligencia israelí— al que se le asigna la misión de rastrear y asesinar a un exoficial nazi. En la ruta conoce a un nieto de aquél, con el que inicia una relación que cambiará su forma de encarar la venganza. En *Solos contra el mundo* (*Ha-Buah*, 2006) va de la comedia al drama mientras registra los problemas emocionales de un grupo de jóvenes de Tel Aviv, quienes viven entre la despreocupación, la indiferencia... y el miedo.

Si bien los cineastas citados han obtenido la atención internacional, el que más aplausos y reconocimientos ha conseguido es Amos Gitai. En sus más de cincuenta realizaciones —entre cortometrajes y largometrajes documentales y de ficción— se ha ocupado de un amplio abanico temático. En todas ellas ha dejado ver una búsqueda estilística constante, y los riesgos formales que asume son tan valiosos como los políticos. Es un invitado frecuente a Cannes, desde donde ofrece una actualización de la situación israelí. Entre sus películas más conocidas están *Sagrado: Kadosh* (1999), *Kippur* (2000), *Kedma* (2002) y *Zona libre* (*Free Zone*, 2005), pero también el cortometraje que aporta a *11'09"01* (2002), en el que, mediante un maravilloso plano secuencia (es decir, sin cortes de principio a fin), muestra cómo el impacto del terrorismo está sujeto a las leyes de la relatividad y la oportunidad. En *Sagrado: Kadosh* da cuenta de la cerrazón de los judíos ortodoxos aun en las cercanías del año 2000. En *Kippur* regresa a 1973, a la guerra de Yom Kippur, que involucró a su país, a Egipto y a Siria. En *Kedma* va un poco antes, a 1948, cuando una serie de migrantes viajan desde Europa a las tierras donde habrá de formarse el Estado de Israel. En *Zona libre* hace convivir a una mujer de origen norteamericano con una israelí y una palestina; el encuentro permite tener un acercamiento íntimo a la complejidad de la realidad que se vive en aquellos territorios. En todas ofrece revelaciones atendibles, desmitifica algunos pasajes históricos y ofrece elementos para enriquecer la comprensión de la actualidad, para iluminar el presente desde el pasado y ayudar a tener una visión libre de engaños.

En este breve —e inevitablemente parcial— repaso es posible apreciar cómo los realizadores israelíes han sido constantes en su afán de ocuparse de su singular cotidianidad. El ánimo crítico que muestran contrasta con los puntos de vista de su gobierno, que sigue explotando en otros medios de comunicación el pretexto de la defensa ante la amenaza palestina y árabe, la imagen de la víctima. En la pantalla grande queda claro que hay aristas ocultas, que las autoridades israelíes también han cometido una serie de atropellos y vejaciones a sus vecinos, mientras mandan al frente de batalla a jóvenes que no saben controlar el miedo ni tienen la pericia para manipular el sofisticado arsenal que poseen. El cine cumple así una función de información, de denuncia y reflexión: constituye un valioso contrapeso al discurso oficial, lo mismo para el interior que para el exterior. Ya quisiéramos ver algo similar en otras latitudes: en el bélico Estados Unidos o en el abúlico México, para no ir muy lejos ●



¿Adónde van las ilusiones, Lucha? (Algunas notas sobre *Me llaman la Tequilera*)

● SANDRA LORENZANO

Si me lo permiten, quisiera empezar recordando una frase que usan los holandeses para referirse a su país. Como ustedes saben, Holanda es un país muy pequeño, cuyo territorio ha ido creciendo gracias a las tierras ganadas al mar. Por eso los holandeses dicen: «Dios hizo al mundo, pero a Holanda la hicimos los holandeses».

¿Qué tiene que ver esto con el libro que hoy presentamos? Pues que yo quisiera decir algo similar; algo así como: Dios les dio a todos ustedes su mexicanidad, pero la mía me la he ido construyendo yo misma.

Desde que llegué a vivir a este país maravilloso, hace ya treinta y siete años, me propuse, como buena adolescente que era, intentar ser lo más parecida posible a los otros adolescentes con los que me encontré. Y ahí empezó la construcción de mi mexicanidad; empezó como un ejercicio consciente y se fue volviendo algo afectivamente inconsciente, o inconscientemente afectivo; a veces resulto excesiva, lo sé, como nos pasa a todos los que nos volvemos fanáticos de una causa. Como nos pasa a todos los conversos. Lo

que quiero decir es que soy de las que se emocionan escuchando el himno o saludando a la bandera, de las que cantan en Garibaldi a todo pulmón las canciones de José Alfredo Jiménez (que, por cierto, otro escritor argentino enamorado de México, Manuel Puig, ya se había aprendido de memoria y cantaba con devoción, sospecho que de manera bastante más entonada que la mía, pero con igual pasión), soy de las que quisieran echarse caminando la ruta de Cortés y aprender todas las lenguas indígenas.

En fin, que por eso no dudé ni tantito en aceptar la invitación que me hizo la querida Alma para presentar *Me llaman la Tequilera*. Imagínense qué oportunidad de oro para ponerle un ladrillito más a mi mexicanísima identidad.

Si no fuera porque de verdad tengo que creerles que Lucha Reyes sí existió, estaría segura de que es un invento de Alma Velasco. ¡Qué personaje fascinante! Encontrar un personaje así es el sueño de todo novelista. Díganme si no: una mujer humilde que nace con un don —una voz maravillosa— y todo lo demás en contra. Su origen, las circunstancias que la rodeaban (un padre ausente, o más que ausente, desconocido; una madre alcohólica y violenta, un entorno de pobreza y desprecio). Y esta mujer, que bien podría ser la heroína contemporánea de una tragedia griega, se inventa a sí misma. Ella sí que lo hace. Se inventa desde el puro deseo de ser alguien, de ser libre, de encontrar un hogar para su voz, de reconstruir una y otra vez la autoestima que su madre (y muchas veces también el resto del mundo) se dedica a destruir.

Cuando Lucha Reyes tenía diecinueve años y se había hecho conocida ya de ambos lados del Río Bravo, nació en el sur de la República otra niña, y aunque sus circunstancias fueron mucho más favorables que las de nuestra tequilera, fue sensible a la miseria que la rodeaba, y vivió en carne propia las dificultades a las que tiene que enfrentarse cualquier mujer, no importa cuál sea su origen, su clase social, el color de sus ojos o de su piel. Y esta otra niña también tuvo un don: el don de la palabra, el don de la escritura. Se llamaba Rosario Castellanos y había nacido en Comitán, Chiapas.

Y esto viene a cuento porque la gran Rosario escribió un poema que me conmueve enormemente y en el que habla de sí misma, pero también de las otras mujeres, incluida nuestra María de la Luz Flores Aceves. El poema se llama «Entrevista de prensa» y comienza así:

Pregunta el reportero, con la sagacidad que le da la destreza de su oficio:
—¿Por qué y para qué escribe?
—Pero, señor, es obvio. Porque alguien (cuando yo era pequeña) dijo que la gente como yo no existe. Porque su cuerpo no proyecta sombra, porque no arroja peso en la balanza, porque su nombre es de los que se [olvidan.
Y entonces... Pero no, no es tan sencillo. Escribo porque yo, un día, adolescente, me incliné ante un espejo y no había [nadie.
¿Se da cuenta? El vacío. Y junto a mí los otros chorreaban importancia.

¿Acaso no es por esto mismo que comienza a cantar la pequeña Luz: para descubrirse en el espejo, para saber que sí existe, para encontrar su propia sombra?

La música es su sostén, su compañía, su único y verdadero amor. Como lo fueron para Rosario las palabras. Ahí se saben únicas, reconocidas, queridas. De ahí nace la fortaleza que les marca el camino. Luz se transforma en Lucha, porque ése es su sino. Porque no hay otro modo de que pueda encontrar su rostro cada mañana.

Pero ¿cómo olvidar que hay un vacío amenazante que está esperando siempre el momento propicio para llevarlas nuevamente a su desaparición? ¿Cómo vivir con ese fantasma que las agobia? La reina del mariachi encontrará en el alcohol el único modo de enfrentar la amenaza de la propia angustia. Sabiendo que se destruye en cada trago, que destruye sus sueños —como el del hijo que siempre deseó—, que destruye amores y certezas. Pero cómo enfrentarse a los propios abismos sin una botella en la mano.

Rosario escribe y escribe sin parar para no llorar el desamor, la inseguridad, la miseria. Las dos tienen un final doloroso. ¿Elegido tal vez? Quién puede saberlo.

Lucha cae una y otra vez. El alcohol confirma su destino de fracaso. Aun cuando la realidad más la consiente, la reconoce y la mima, ella avanza hacia su propia destrucción. Por eso es un personaje trágico. O mejor dicho: por eso, Alma construye una protagonista trágica; porque ve más allá, es la demiurga piadosa que quisiera otro destino para su heroína, pero sabe que no se puede burlar a los dioses.

Al finalizar el año de 1937, Lucha Reyes ya es considerada la mejor intérprete de la canción mexicana. Se ha convertido en la cantante consentida de los políticos más poderosos, incluso el Presidente de

la República, general Lázaro Cárdenas, quien disfruta enormemente con la interpretación de «Juan Colorado» en la garganta de Reyes y se la pide siempre que la tiene enfrente (p. 229).

Y ahí está la compenetración con su personaje, la absoluta complicidad con esta mujer irreverente, transgresora, burlona, un tanto altanera de pronto, un tanto violenta y aguerrida, enamoradiza, respondona, pero dueña de una voz única. O habría que decir: dueña de dos voces únicas (si conocen la historia, o ya han leído la novela, entenderán esta frase). Aunque, desde mi perspectiva, su verdadero don no es la voz, sino la fortaleza para reconstruirse ante cada derrota. No basta —lo sabemos— tener una gracia o un talento especial; hay que tener la voluntad para cuidarlo, desarrollarlo, enriquecerlo.

Y está también, frente a la protagonista de esta historia, la compasión de la autora. La mirada compasiva de una igual, de una mujer frente a otra. Una mirada que no es paternalista, ni sobreprotectora; que no juzga: acompaña.

Pero hay algo más que me gustaría destacar y es la estructura de la novela: está armada fundamentalmente con dos voces narrativas. Una de ellas va relatando de manera digamos que objetiva los hechos; lo que vive Lucha, el entorno en el que se mueve, cómo es el mundo de los artistas de la época, cómo es México. En esta parte, quienes amamos este país vamos aprendiendo, o algunos quizás recordando, recuperando la memoria de una sociedad difícil, contrastada, desigual, pero en permanente ebullición. Pintores, escritores, productores, músicos, cómicos, bohemios, auténticos artistas y farsantes, todos se

dan cita en las calles de un Distrito Federal que recuerda las imágenes maravillosas de Nacho López, por ejemplo. El libro es así, además de todo, un homenaje a una ciudad viva, vital, tan irreverente, atrevida y contradictoria como la propia Lucha Reyes.

Se antoja, después de leer estas páginas de Alma Velasco, hacer una suerte de recorrido memorioso-musical por los rincones de la ciudad, en especial del Centro Histórico, que tanta importancia tuvieron en la cultura de esa época. Escuchen esto, por ejemplo, y díganme si no les da un poco de esa nostalgia extraña que nos provoca lo que no hemos vivido:

En esas rondas circula Lucha Reyes... y las disfruta. En la calle se escuchan los *fordsitos* de aquellos que madrugan, los cláxones suenan con sordina. Alegra verlos pasar.

En los variados puestos que se acomodan sobre las banquetas, resguardados más tarde por algún árbol frondoso para cuando el sol se vuelve moles, se puede platicar con algún vendedor amigable, no importa que no se comparta nada. A muchos les divierte jugarse la mercancía con un volado, en especial a los merengeros. A esas horas, el tiempo no se siente tan apretado. La calle la ocupan cantantes, trovadores, amistades momentáneas, grupos pequeños de mariachi que regalan, por iniciativa propia, pasajes líricos entrañables, y agradecen, si alguien es generoso, una propina (p. 231).

Y, claro, es la época en que las políticas del Estado buscan mostrarle al mundo la fuerza de México; se favorece así la corriente nacionalista de la cultura, dentro de la cual la música ocupa un lugar sumamente importante. Lucha Reyes es, ni más ni

menos, que la creadora de un nuevo rostro. Como lo dice la autora:

De manera sobresaliente, impactante, sin precedente, Luz consigue conjuntar una milagrosa fuerza vocal con un alma que no teme mostrar sus sentimientos —ninguno— al desnudo. Forjadora de escenografías vocales inéditas, impensables, con desplantes de soldadera, juega igual a dirigir su canto a un hombre que a una mujer. Contadora de historias, historias tejidas con melodías que conmueven los nervios del alma popular... (p. 246).

Pero yo había dicho que hay dos voces narrativas, y hasta ahora sólo he hablado de una de ellas: de esa voz de una especie de narrador omnisciente que nos va contando la historia. Había una vez una niña que soñó con cantar... y a partir de aquí nos engancha con su relato y no queremos dejar de escucharla. Como seguramente nuestros abuelos, cuando eran niños, no querían dejar de escuchar los cuentos de sus mayores, todos sentados alrededor del fuego. Finalmente, éste es el origen de la literatura. Y lo revivimos —cada uno de nosotros— en los relatos con que nuestra madre nos hacía dormir, y buscamos hacerlos continuar ahora en cada uno de los libros que abrimos.

La segunda voz narrativa es la que le da a esta novela su perfil más atractivo: aparece como la voz de la propia Lucha Reyes contando su historia. Como si presenciáramos una larga confesión, Alma logra meterse en la piel de su protagonista, y desde allí, como en un verdadero ejercicio de transmigración, va desgranando las anécdotas, los cuestionamientos, las alegrías, los dolores, los claroscuros de una vida

completa. Es tan fuerte el propio relato de Lucha que se nos mete en las entrañas y no quisiéramos que terminara. Como no queremos que se termine su vida (y otra vez esa nostalgia por lo que no conocimos, que los portugueses llaman *saudade*). Pero dijimos que la llamada «Emperatriz de la Canción Mexicana» es un personaje trágico. Para ella no hay salvación.

Permítanme cerrar con el último fragmento de este largo monólogo que articula el libro:

Suponían que por la bebida andaba sombría, tontos, imbéciles, la bebida me ayudaba a quitarme el ardor que me estaba hiriendo dentro... Entre sueños se me aparecía aquella niña que tuvo muchas ganas de que su vida fuera alegre, distinta, cuando de cariño me decían Lucía... veía a la huerfanita, la muda, la pelona, la malquerida por su mamá... y entonces la niña me hacía llorar cuando ella lloraba... ¡Lucha Reyes! ...me importaba ya bien poco... vueltas, vueltas, como hoja aventada al aire... qué podrido perder, perder y perder... como aquel hijito en Estados Unidos... ese que sí era de mi cuerpo... tú sabes, Dios, que fue lo que más quise, pero no se te dio la gana dármele... perdí... ¡tú ganaste, Dios!... gané tu capricho de dejarme seca... acepta que fuiste mezquino...! (p. 274).

La moneda cae. Lucha Reyes muere haciéndose esa pregunta que quizás marque el final de toda vida: «¿...adónde se van las ilusiones, carajo...?» (p. 277). Se cierra el círculo de la escritura, se cierra el círculo de una vida ●

● *Me llaman la Tequilera*, de Alma Velasco. Suma de Letras, México, 2012.
(Presentación leída en la Feria Internacional del Libro de Minería, el 24 de febrero de 2013).

Aparece un instante, Nevermore, de Malva Flores

● MAYCO OSIRIS RUIZ

The more things change, the more they are the same. That is the terrible stability of the world.

MARTIN ESSLIN

En uno de los versos más célebres —y sin duda más oscuros— de *Una temporada en el infierno*, Arthur Rimbaud sentenciaba: «Hay que ser absolutamente moderno». Algunos años más tarde, hacia 1905, Hermann Bahr tomaría una resolución parecida: «El único deber, ser moderno». Tal parece que las cosas no han cambiado demasiado en nuestro siglo. La aspiración del poeta, y algo habrá de sintomático, marcha todavía paralela al esfuerzo, muchas veces cuestionable, de instalar a la poesía en los inciertos y deformados dominios de lo que se estima moderno. Lo que en principio fue una actitud se ha transformado, hoy día, en una necesidad casi condicionante.

La regla, por supuesto, no es aplicable ni a todos los poetas ni a toda la poesía. Existen, junto a todos aquellos que confunden lo moderno con la

irreverencia, con la búsqueda a ultranza de una engañosa originalidad, quienes comprenden que lo verdaderamente nuevo consiste, si acaso, en cuestionar la manera en que entendemos y habitamos esa modernidad. Con *Aparece un instante, Nevermore*, Malva Flores (Ciudad de México, 1961) no sólo se inscribe en esta última categoría sino que también nos enseña que la escritura del poema es, ante todo, una labor de reconocimiento, una apuesta permanente por la renovación.

Si en *Luz de la materia* podemos encontrar un libro luminoso, guiado por la secreta convicción de que toda poesía encarna un regreso a lo esencial, un esfuerzo por recuperar los fragmentos de un universo en dispersión, en *Aparece un instante...* asistimos, más bien, al nacimiento de una contraparte oscura y teñida por el desencanto. La ausencia de asideros reales, la angustia ante el presentimiento de que la palabra poética no alcanza a desmenuzar el complejo y convulso espesor del mundo, dan como resultado un libro en el que las interrogantes sobre lo poético, sobre la forma que el poeta tiene de afrontar el vértigo y la multiplicidad de lo real, se convierten en las directrices que articulan los poemas que lo integran.

La preocupación latente viene con una pregunta que bien pudiera ser el origen de las obsesiones que rondan todo el poemario: me refiero, por supuesto, a aquella que pone en entredicho la mera posibilidad de continuar hablando, en un universo cada vez más propenso a lo inmediato, desde la voz de esa poesía que, quizá sin proponérselo, hace visible el revés de las cosas, su cara oculta o desdibujada

por el trasiego y la rapidez del mundo. Tal vez por ello, en un intento desesperado en el que responder importa menos que comprender, Malva Flores apuesta por una escritura que, para mostrar el carácter falible y transitorio de lo nuevo, primero lo encarna y lo interroga: «*Make it new / pero / qué es new. / En dónde lo buscamos*».

Esa búsqueda, permeada por la convicción, acaso dolorosa, de que en realidad «Ya no hay *new*» sino «*news*», implica, a su manera, un descenso, un viaje en vertical a través de los sinuosos laberintos del lenguaje, de la forma en que se piensa y se concibe la escritura del poema. A la renovación del verso, a la llegada de un aliento fresco y cercano al de la poesía más contemporánea, corresponde también una preocupación por señalar que el camino a la originalidad no está en ninguna parte, que renovar(se) no necesariamente significa rendirse ante los riesgos del experimento gratuito: lo nuevo siempre es repensarse a uno mismo, repensar la manera en que la poesía debe hacerle frente al mundo en que se desenvuelve. En eso el libro triunfa por *knock-out* y, al mismo tiempo, es descarnadamente claro. De hecho, uno de sus mayores aciertos reside precisamente en la capacidad de evidenciar la falibilidad de lo «moderno» a través de un ejercicio de «modernización» del verso, pero también en su soltura al momento de agrupar todos esos ecos sueltos de la poesía más nueva en el seno de otra poesía de raigambre más bien clásica. De allí que se concluya hacia el final de la primera parte: «*escribe con la lengua / que te sea familiar*».

La lengua familiar, sin embargo, es la de la nostalgia («*Raven / raven / ¡Nevermore!* /

—que vuelva con Leonora el cuervo / de románticas plumas»), la de la palabra inerme que no alcanza a traducir el horror de la muerte («Cero / cloro / piélagos / de sodio puro. / Palabras / descompuestas en un mismo / cordón umbilical»), la del eco irónico que nos recuerda, con una sonrisa amarga, que la poesía parece, hoy más que nunca, insuficiente: «Y sólo veo fracciones / de aquel oro bruñido pues ya no atisbo / lianas / ni letras / que con su abrazo traduzcan / la luz de la materia». Malva Flores ha escrito un libro sombrío, desencantado, cuya terrible verdad radica en el hecho de saberse a la deriva («Y todo me da miedo / porque no escucho voces / sólo sílabas mancas»), en la posibilidad de haber equivocado la forma de estar en el mundo: «*Me equivoqué / de río / de ahora / y es de agua / la cortina sin aire / que se hincha*».

Con todo, la labor del poeta —y Malva Flores lo sabe muy bien— no consiste en entregarse al flujo endemoniado de la angustia sino en afrontarlo valientemente, en retenerlo dentro de sí para brindarle exactitud y forma, para otorgarle el don de una palabra justa. Quizá por ello el depurado juego rítmico, la pureza y sonoridad de las imágenes que recorren el poemario, sugieren una restitución, un apego a la idea del pasado como entidad nutricia y, con ello, una confianza en los poderes del ritmo como vehículo para rehacer el mundo, para salvar los escollos de lo percedero y lo banal. «Las cosas», leemos en el último poema del volumen, «están siempre en su lugar». Si el poeta las transforma, si nombrando les otorga nuevos rostros, no es para desfigurarlas

sino, precisamente, para reafirmarlas en su estabilidad. La tarea, a final de cuentas, consiste en eso: en intentar (*Make it new / dijo Pound: / «Oigo crecer / la selva a ras del tragaluz / y recomienzo*»); el resto —ya lo anunciaba el epígrafe del libro— no es asunto nuestro ●

● *Aparece un instante, Nevermore*, de Malva Flores. Bonobos, México, 2012.

Desterrados, de Eduardo Antonio Parra

● HUGO VALDÉS

En *Desterrados*, Eduardo Antonio Parra presenta quince relatos con registros deliberadamente distintos en los que, al igual que en sus libros anteriores, figuran los marginados de un mundo que los arroja al destierro, a despecho de que algunos de ellos habrán de revelarse para demostrar que existen. Tal es el caso de «En la orilla», donde, con inocencia brutal, los habitantes de algún páramo del país descubren que vandalizando a los vehículos que pasan por una carretera cercana pueden ganar importancia ante ese progreso que, contrario a sus propósitos oficiales, acabó pasándolos de largo. En este cuento, al

igual que en «El caminante», Parra parece ahora comprometerse con cadencias o patrones rítmicos que se presentan a manera de voz sibilina que, por sí sola y sin la intervención del autor, pareciera urdir el destino de un hombre: en «El caminante», el innominado protagonista, alguien deseoso de remontar el Río Bravo para mejorar su fortuna en Estados Unidos, se revela como un ser poseído por el camino, el cual no sólo es infinito, sino que vive y esconde una verdad que los caminantes perennes aceptan reconfortados: el viaje jamás termina.

El hombre del costal, en el relato así titulado, vivirá un hondo desencuentro al contrastar su idea y recuerdo de la ciudad de Monterrey que conoció décadas atrás —justo antes de ser encarcelado por un cuantioso robo— con la que, atónito y desilusionado, observa ahora. La solución paradójica va más allá de esa nota irónica que muestra al ladrón enterándose de que los billetes que recupera son inoperantes: el hombre atestigua inermemente el sino vertiginoso de una ciudad cada vez menos comprometida con sus tradiciones formativas, en un franco proceso de norteamericanización que lo aturde.

En un par de relatos más, los personajes serán o buscarán ser literalmente anonimizados por el peso de la gran ciudad capital a fin de sobrevivir en ella; las criaturas de *Desterrados* se convierten en puntuales chivos expiatorios que, gracias a esa visceralidad que frecuenta Parra para imprimirle verismo a la narración, somatizan su angustia como inescapable condición existencial. En «Un diente sobre el pavimento» se impone como tema el

poder del instinto, la vieja sabiduría del cuerpo, en una trama donde un excisario sentirá un auténtico alivio al constatar que no ha perdido su aura premonitrice, pese al ataque que sufre por parte de un nuevo tipo de agresores, simples aficionados con los que debe ahora familiarizarse. «No hay mañana» complementará esta propuesta, pues una pareja de ancianos se convertirá en depredadores de ocasión, satisfechos de recoger los frutos de la violencia —las posesiones del hombre que en apariencia los victimaría y que finalmente cae emboscado por sus rivales—, con la convicción de que lo mejor y único que tienen es su capacidad de supervivencia. El relato más desmoralizador de esta serie es sin duda «Nadie», la saga del destino cíclico del Vikingo, alguien a quien los usos y costumbres ciudadanos marginan y desgastan hasta la despersonalización absoluta.

Esta desdicha permea incluso uno de los títulos de índole erótica: «Calor callado». Allí, los rituales a los que accede la insatisfecha Tania, potenciados por los maullidos de una gata callejera en celo y el encuentro sexual de su hermano con otro hombre en la habitación contigua, la confrontan con el absurdo de permanecer sola, resignada al placer que le procura una sesión de autoerotismo en la que la figura del macho es encarnada por un vecino físicamente indeseable. En contraste, «Mal día para un velorio» narra la evolución del incesto civil que, en vista de la frigidez de Lorena, consorte de Marcos, cometen éste y su suegra Ofelia a lo largo de varios años, desplegando una carnalidad que no admitirá culpas ni aun

ante el cadáver de la joven esposa. Por otro lado, «Paréntesis» brinda una acabada lección de erotismo basada en la sugestión sensual y, sobre todo, en la contención física, lo cual contrasta esencialmente con el cuento anterior. Sus practicantes, dos desconocidos que comparten mesa en un restaurante, se dejarán llevar por una suerte de seducción hipnótica que inicia el hombre y que la mujer acepta, lo que deriva en un acto sexual virtualizado para solaz de los amantes, siempre impolutos.

Desterrados le da cabida también a dos reposadas historias de amor. «Nunca había oído la letra» transcurre en una cantina en la que una elegante dama madura se propone dar, en la canción, con la divisa que el esposo ausente le compartía a modo de súplica para que lo sobrelleva durante su fase terminal. Una vez identificada la pieza, servirá como puente entre la pareja, subrayando con ella un profundo amor que la dama no dudará en ir a tributar hasta el mismo cementerio. No una canción, sino una carta, en «La madre del difunto», tendrá esa misma función conciliatoria. Un botarate termina en la cárcel de un pueblo minúsculo de Nuevo León, donde al cabo morirá por congestión etílica. La custodia del cadáver por parte de Lauro lo enfrentará a indagar en las zonas que el olvido veló hasta hacer desaparecer años completos de la relación con su madre. Frustrado por no haber llegado a tiempo a despedirse de Josefa, Lauro accede a un ejercicio catártico al leer la comunicación que atribuye al hombre muerto: la misiva opera como un bálsamo que, en tanto variación de la magdalena proustiana, le ayuda a recuperar sus propios recuerdos

perdidos. Gracias a ese puente inesperado —en realidad de la autoría del jefe de la policía, quien la escribió para su propia madre—, Lauro hallará más sentido a las lecturas que frecuentaba Josefa y, sobre todo, podrá recordarla tal como era de joven. Sin imaginarlo, durante su largo vagar, ha encontrado, en el mismo villorrio donde nació, la anhelada tierra prometida y, al fin en paz consigo mismo, el destino final de su existencia ●

● *Desterrados*, de Eduardo Antonio Parra. Ediciones Era, México, 2013.

Homosexualidad, literatura y decadencia hace cien años

● JOSÉ MARIANO LEYVA

La **vigencia** de los clásicos muchas veces se debe a características poco esperadas. Es el caso de *Alas*, novela escrita originalmente en la Rusia de principios del siglo xx, y rescatada por la editorial Quimera. En una presentación que, tal vez por mi formación de historiador, me pareció demasiado breve, casi tacaña, Nayar Rivera nos cuenta que el padre de Mijaíl Kuzmín era noble, que el hijo siempre cuidó con neurosis que su apellido estuviera bien escrito, que estudió composición musical, que vivió la época de

oro cultural de San Petersburgo, que uno de sus grandes amores se voló la tapa de los sesos, que su libro *Alas* fue recibido con mucho escándalo y, con toda probabilidad, no menos temor.

Mijaíl Kuzmín, hay que decirlo, no era la excepción, sino la norma del momento. Un tipo de escritor de lo más común en la Europa de ese lapso histórico. Cercano a la violencia, al escándalo, y afecto a crear un personaje que la gente imagine sofocado por alguna maldición. *Alas* fue publicada en 1906. Así, resulta perentoria la contextualización de esta ficción que de manera inevitable refleja realidades que ya no nos resultan cotidianas. Debo decir que siento mucho respeto por el arte atemporal, prístino y ecuménico, pero cuando una novela se ensucia de la realidad inmediata, y despide un tufo que hace arrugar la nariz a los puristas más estrictos, también obtenemos segundas lecturas no menos importantes, tal vez más históricas, pero igual de elegantes.

De esta manera, Kuzmín se sube a uno de los trenes más concurridos de la literatura del cambio de siglo XIX al XX: el decadentismo. Y toma como furioso estandarte uno de los gritos de guerra decadente: la defensa de la belleza. La belleza incluso por encima del bien, querían los postulantes más furibundos. Nuestro autor ruso aprehende bien un mote —que sin duda era anzuelo para el escándalo— y lo explota a lo largo de su historia. Sin embargo, no estoy completamente seguro de que el buen Mijaíl Kuzmín fuera un escritor decadente en forma. Una cosa era apoltronarse en el centro de la invectiva decadente, con varias obras, con una

estricta visión ética que arremetía contra los pilares de la sociedad, y otra diferente era utilizar sólo algunos de los elementos decadentistas para emprender otras batallas. La corriente había impregnado algunos rincones del mundo con varios furores morales establecidos a partir de la literatura. De la estética. Había construido una queja contra la modernidad y sus diversiones vulgares. También un refinado pesimismo. Cierta rabia por la esclavitud de la opinión pública. Nostalgia por orbes pasados que imaginaban más civilizados. Repudio ante un mundo cuya confianza se basaba en las capacidades de la tecnología, y que fincaba su amabilidad en la hipocresía. Ahí estaban Gabriele D'Annunzio en Italia, Antonio de Hoyos y Vinent en España, Oscar Wilde en Inglaterra, Joris Karl Huysmans en Francia (y Baudelaire y De L'Isle-Adam y Verlaine y Gautier). En Rusia, Kuzmín bordea con diferentes pasajes de su obra los edictos decadentistas. Sin embargo, *Alas* tiene un propósito más contundente y tal vez más moderno: dar legitimidad a la homosexualidad.

Aquel cambio de siglo incorporó a su literatura muchas de las revelaciones que se hicieron en el campo de la psicología. Es en el momento decadentista que Freud se estaba convirtiendo en el tótem que terminó siendo. Pero antes de él varios biólogos, médicos anatomistas o neurólogos comenzaban a preguntarse por el origen de las perversiones y variaciones sexuales. Filias y fobias eróticas que se revisaban por vez primera sin el estricto velo de la moral religiosa. En este sentido, en muchos países, el razonamiento laico sucedió más con estas discusiones científicas que con la

previa determinación política de separar la Iglesia, el Estado y la intelectualidad. Los decadentes entonces hablaban de neurosis, de mujeres sádicas, de niños crueles —es hasta este momento que, gracias a Freud, los niños son imaginados con capacidad sexual, por ejemplo. Pero su literatura no tenía intenciones médicas o de indagación científica, más bien quería ser despiadada. Dura para poner en relieve las incoherencias de un momento que no le gustaba. La brutalidad, aunada al amanecer de muchos conceptos psicoanalíticos, era un tono muy recurrido.

Y en medio de este contexto, Kuzmín habla de su homosexualidad. No es el único, varios autores son tanto decadentistas como declarados homosexuales. El caso más contundente tal vez sea el del francés Jean Lorrain, seudónimo de Paul Duval. Lorrain era escandalosamente público. Era adicto al éter, droga que, junto con el ajeno, formaba parte de la constelación mítica decadente. Fueron varios los caricaturistas que lo retrataron con sus ademanes afeminados y afianzados tanto en el dandismo como en la homosexualidad. Sus manos repletas de anillos y sus labios rojos combinaban con unos párpados caídos, como si el autor estuviera ya en medio del viaje eterómano. La perversión, la elegancia y una sexualidad más amplia se mezclaban en la ficción decadente. Y todo ello le calzaba a la perfección a nuestro Kuzmín para su defensa específica.

La historia es la de un joven quien, guiado de la mano por un par de maestros, va descubriendo argumentos que plantean la homosexualidad como forma de amor más válida incluso que la heterosexualidad.

Alas, como muchas otras novelas del momento, tiene alma de ensayo, de diatriba, de convencimiento. El líder de la cruzada es un noble rico y, para colmo, guapo. Los frustrados intentos de algunas damas por acercarse terminan en chismes susurrados sólo entre ellas, y hablan de prohibiciones, de impulsos *contra natura*. La amistad cada vez más próxima entre el noble maestro y el aprendiz, a puerta cerrada, aumenta las suspicacias.

Pero Kuzmín, a diferencia de los decadentes más afianzados, no es explícito. En *Alas* no está la violencia casi gráfica de un Lorrain, ni la brutalidad en las paradojas de Huysmans, ni la zoofilia del decadente mexicano Ciro B. Ceballos. La sutilidad es el convencimiento. Ésta es la diferencia máxima: el incesto que narraban los decadentes no significaba que lo alentaran. Podían jugar a alentarlos, pero ése no era el propósito final, sino más bien demostrar que, por más civilización y tecnología, la brutalidad y las contradicciones humanas se mantendrían vigentes. Era la dolorosa indagación del alma humana, la que muchas veces es cruel con los que más quiere, autodestructiva, poco ordenada, a veces dañina. Kuzmín no incluye en esa terrible constelación a la homosexualidad. No la convierte en algo monstruoso. Eso sólo hubiera significado reiterar lo que se pensaba de la homosexualidad antes de su tiempo. Por el contrario, la coloca como un acto validado por la belleza. El aprendiz lee una historia medieval:

...a la hora del máximo calor, tomó su báculo y caminó, ciego de lujuria, hasta el lugar donde pensaba encontrar a esa mujer, y cómo en su exaltación vio que la

tierra se abría y había allí tres cadáveres putrefactos: una mujer, un hombre y un niño. Y una voz dijo: «He aquí una mujer, un hombre y un niño, ¿quién puede distinguirlos? Ve y realiza tu lujuria». Todos son iguales, todos son iguales ante la muerte, el amor y la belleza, todos los cuerpos son igual de bellos, sólo la lascivia obliga al hombre a perseguir a la mujer y a la mujer a ansiar al hombre.

La intriga de las mujeres aparece más monstruosa en la pluma de Kuzmín que cualquier acto brutal. *Alas* asesta un golpe a la moral. La elegancia está en lo que se considera raro. La norma es no sólo vulgar, sino carente de sustento. Y esto se rescata, se sea homosexual o no. El particular grito de Kuzmín se vuelve universal sin importar las preferencias sexuales. *Alas* es la novela decadente más antidecadente que existe ●

● *Alas*, de Mijaíl Kuzmín, traducción de Nayar Rivera y Bela Méndez, Quimera, México, 2013.



Eduardo Chirinos y sus novedades antárticas

● VÍCTOR CORAL

Tener a un poeta peruano vivo con una obra poética tan sólida que cuenta con consenso en el Perú y en el extranjero, no es nada fácil en estos tiempos. Pero si agregamos a ello que este poeta —que no es otro que Eduardo Chirinos— tiene una constante y seria preocupación por la poesía como fenómeno creativo y por las poéticas tanto de sus contemporáneos como de aquellos que han influido en su trabajo, nos hallamos frente a una verdadera *rara avis* poética y académica.

Nueva miscelánea antártica confirma y amplía esta visión de un poeta no sólo dedicado a la creación, sino preocupado por los caminos sinuosos y ocultos del fenómeno poético y su forma de darse en el mundo. El libro se abre con «Las resquebrajaduras de Babel», un texto a mi juicio esencial, donde se discute la ya venerable y poco resuelta (en la cabeza de muchos poetas en ciernes) idea de que existen, o coexisten, dos tipos antagónicos de crítica literaria: la impartida desde los estrados universitarios, y aquella interpretativa, y por ende más ideológica,

apoyada en el marxismo, la fenomenología, el psicoanálisis, entre otras disciplinas. Entre estos dos muros opuestos y a la vez cercanos, se cree que no cabe la figura del poeta. Vale la pena citar, entonces, lo que piensa Chirinos sobre las famosas reticencias de Northop Frye a que el poeta ejerza la crítica: «No se trata de algo reprochable: un escritor que hace crítica hace uso legítimo de su saber literario y de sus propias experiencias de lectura. Un escritor no debe temer el ejercicio de la crítica, ni dejar que los críticos se lo impidan en nombre de la especialización de los saberes». Este texto, sumado a lo dicho por el autor en su prefacio («si alguna unidad tiene este libro, debe buscarse en mi vieja pasión por la poesía. Ella está presente como sabe estarlo: sin obedecer planes ni programas»), son los remos que hacen avanzar, bordeando costas y vadeando ríos insospechados, novedosos y sorprendentes, esta miscelánea nueva.

El volumen, efectivamente, aduna textos de los más variados. Da a conocer en el Perú poetas valiosos como la norteamericana de origen hindú Prageeta Sharma, o los mexicanos Silvia Eugenia Castillero, Blanca Luz Pulido y Ernesto Lumbrellas; pero también nos recuerda, en clave testimonial, a coterráneos fundamentales: Javier Heraud, Javier Sologuren, Antonio Cisneros. Y, por supuesto, afina la puntería poética y traductora con Robert Pinsky y el sorprendente José García Villa, poeta filipino traducido por primera vez al español. Completa la colección, que sólo en apariencia podría percibir el lector como iniciática, un puñado de reseñas sobre

libros de jóvenes poetas latinoamericanos, como Diego Otero, Andrea Cabel, David Cruz y Luis Alvarado.

El libro, por si fuera poco, no está exento de ideas brillantes. Como cuando el autor alucina una antología de poesía peruana dividida entre poetas histéricos y poetas perversos, siguiendo una división filosófica hecha por Slavoj Žižek en *El sujeto espinoso*, siguiendo las divisiones de la música del siglo xx impartidas por el esteta y filósofo alemán T. W. Adorno. Pero, si un valor agregado más tiene la deliciosa miscelánea de Chirinos, es su amor por mostrar al lector las aguas lejanas de ese vasto mar que es la poesía de este mundo manifestado. Por ello agradecemos su conocimiento y su amorosa paciencia para traducir poemas de la neoyorquina Louise Glück y del turco Metin Altıok, pero sobre todo los textos del ya nombrado García Villa, de quien me apresuro ahora a buscar en internet todo lo que encuentre, y a sumergirme en las cada vez más numerosas librerías de viejo de la vieja Lima, en busca de algún libro suyo.

Acaso sea ésta la mejor prueba de que un volumen de crítica poética ha tocado realmente tu alma, tu corazón o tu mente. O los tres: miscelánea interior que empata con la entusiasta y maravillante *Nueva miscelánea antártica* que nos regala el poeta y crítico Eduardo Chirinos ●

● *Nueva miscelánea antártica*, de Eduardo Chirinos. Universidad Católica Sedes Sapientiae / Borrador Editores, Lima, 2012.

Del asombro al espanto: un juego de azar

● LUIS ARMENTA MALPICA

Porque todo y nada pueden explicarse en la poesía, en medio del sendero de la vida me he encontrado con algunos libros con los cuales, sin que lo mencionen en portada, uno, como lector, abandona toda esperanza de salir con la misma mirada con la que empezó el trayecto. En esta tónica, hay autores para quienes publicar es todo un drama. Para otros, su divina comedia. Así, *Era un juego* lo que trazó el camino, el tercero, de manera formal, en la vida literaria de Gustavo Íñiguez. Pero *No le llamen poesía a nuestro lamento*, nos inquiera el autor de *Espantapáramos*. «Soldaditos» lo juegan en las «Islas» que Paz comunicara como puentes y que desde el inicio se leen como poemas. Al principio no me gustaba el título: parecía predecir más juegos de palabras que discurso: *Palabredas volátiles, contradicción del tiempo*. Sin embargo, el poema que da título al libro y aparece al inicio (es el tercero), antes de la presentación de los cinco apartados que estructuran el libro, maneja con soltura una voz en plural (la tercera persona) y cuatro demarcaciones:

Sur, Oriente, Poniente y Norte. Esto es arquitectura sin grandes pretensiones y, por lo tanto, enorme como el espacio entero, mensurable. *Salieron a espantar todos los páramos*, endecasílabo que muestra filiación por la eufonía española clásica, es un verso de consistencia bífida: los páramos salieron a espantar o son los espantados. Este juego de espejos, rosa de los vientos, señala y desubica al mismo tiempo el tensor del poema: la venganza. Pertinente al iniciar el ciclo y en el vértice final: fluida como el río mencionado varias veces en el libro y arteria principal de un corazón dividido que en seguida se nombra. Hasta aquí, sin esfuerzo, Gustavo ha traído a mi memoria los rastros (a él debidos) de Gironde y de Huerta. Por mi parte, me encontré con Cavafis en el momento Norte de este poema, y con Merwin en el justo tratamiento de la brújula cardiaca. Sístoles en el riesgo. Diástoles, el arraigo.

Y *Cuando digo río*, quiero decir Heráclito. Si nunca nos bañamos dos veces en el mismo sueño (de la memoria), el Páramo primero acude, como en los cuatro páramos, a otro poeta: Pessoa, que no fue sino un niño que jugaba. En «El río astillero», otro de los grandes momentos de este libro, aparece el otro, la primera persona, la que *ríe cuando digo lo que dije*. Para entonces confirmo que los primeros poemas, antes del primer apartado, se van desarrollando lentamente. Aquí aparecen los poemas «Barcos de papel», «Hormiguero», el trompo (uno de los «Juguetes»), las morusas del pan (en «Tragicómicos»): cuatro versos continuos en el Sur. «Puerta que se abre y cierra» rompe con este ritmo, aunque

es la consecuencia lógica de este modo aritmético y astral de concebir el mundo. Y qué más puede hacerse luego de una venganza: *Quisimos ser irremplazables y nos prendimos fuego*. Ni la madre es capaz de conseguir la salvación para quien *El tiempo encontró [su] cuerpo y lo ha crecido*. Este páramo es la «Puerta que se cierra» con espanto.

Devuélvanme la muerte que yo tenía al nacer, son las palabras que Gustavo consigna de Eduardo Lizalde en el epígrafe de su segundo páramo: un apartado en el cual el Azar es un dios y es el asombro, una «Intuición de Luces» con sesgo espiritual y religioso. Un Cantar casi bíblico, «Oscura geografía» de un niño de los Altos de Jalisco, castigado en la fe, y quien predica en vano el «Sermón del cerro», ya no me extraña, en otros cuatro tiempos. Páramo que remite al desierto de cuya tentación se libraré Jesús y que tan bien retrata Saramago en *El evangelio según Jesucristo*. Puesta en escena actual, como lo fuera *Dogville* de Von Trier hace unos años, con su diálogo entre el Azar y el hombre: el asombro... el espanto.

El Páramo tercero es consecuente: una Espina de Luz, con el Eclesiastés por referencia y una serie de cuadros (gobelinos) desmienten la ceguera del momento anterior. Aquí la luz se esfuerza por resolverlo todo, no obstante que *piedra y palabra no pueden ocupar el mismo espacio*. Nos acercamos de más, tan cerca y tan lejos, diría Wenders, a esas cosas que no son [pero] *levantan su imagen con palabras*. Nada es lo que parece en este páramo: las palabras, su *polvo de sentencias en voz baja*, sobreviven al hombre, lo rebasan,

transustancian y crean y en cada nueva fruta de este árbol prodigioso de saber ser poeta. Del saberse poeta. No creerse poeta, que son otros terrenos.

El páramo cuarto da seña de la muerte también desde su epígrafe. Me parece muy cercano a Raúl Bañuelos en «Algo dondequiera» y tal vez lo «Trashumante» de su hechura. Versos muy bien cortados, si bien, lo señalamos antes, *Nadie se baña dos veces en el mismo río*, por largo, ancho y tremendo que resulte. Conectado con *Un páramo de tierra estéril* (salvada la obviedad), aparece el único poema, «David», con tres momentos, que pudo formar parte inicial del *Vinagre de la vida*. No es la parte más intensa del poemario porque, si *Con sólo decir ventana apareció el naranjo*, el final de un libro así de hospitalario debiera ser, supongo, el cerrar *con silencio la ventana*.

Después de la *plaquelette Dromedario* (2008) y su incursión en un libro colectivo, puedo señalar, entusiasmado, que *Espantapáramos* es uno de los mejores primeros libros que he leído en los años recientes. Lo que ocurra con Gustavo Íñiguez de ahora en adelante será fruto, impertinente, del Azar más divino.

● *Espantapáramos*, de Gustavo Íñiguez. Consejo Estatal para la Cultura y las Artes de Jalisco, col. Becarios, Guadalajara, 2013.





De lo que hablamos cuando hablamos de edición: la historia de Raymond Lish

● JUAN PATRICIO RIVEROLL

a Laureana Toledo

En agosto de 2009, Library of America publicó *Raymond Carver: Collected Stories*, lo que causó revuelo por dos motivos: primero, por ser la edición definitiva en un solo volumen de todos los cuentos de Carver —no son sus obras completas, pues la poesía y otros textos quedaron fuera (prólogos, reseñas de libros y demás colaboraciones sueltas)—; los cuentos y un puñado de ensayos casi rebasan las mil páginas; la cronología y, sobre todo, las notas sobre la historia de cada uno de sus libros y el destino de varios relatos en sus distintas versiones son imprescindibles para cualquier ávido lector de la obra de Carver: es un recuento arqueológico exhaustivo de la obra de uno de los cuentistas estadounidenses más importantes del siglo pasado, para muchos equiparado con el propio Chéjov. La segunda razón por la que el libro suscitó gran interés, tanto de manera positiva como negativa, es la inclusión de *Beginners* (la versión original de *What We Talk About*

When We Talk About Love). La edición, las notas y la bibliografía corren a cargo de William Stull y Maureen Carroll, con la aprobación de la poeta Tess Gallagher, viuda y heredera de Carver.

La controversia gira en torno a los cambios editoriales de Gordon Lish, quien no sólo cortó más de la mitad del manuscrito original, sino que además cambió varios finales y otros cuantos títulos, y añadió palabras u oraciones completas. Tras la lectura de *Beginners* podríamos decir que *What We Talk About When We Talk About Love* (1981) es, en cierto sentido, una coautoría Carver-Lish. La polémica es ineludible porque trata sobre un libro fundamental dentro de la bibliografía del escritor: a partir de ahí no cupo duda de que Carver es uno de los grandes.

Para poner en perspectiva la discusión cito un fragmento de un editorial¹ sin firma de la revista *The New Yorker* publicado dos años antes, cuando este tomo apenas estaba en proceso. «Ahora Tess Gallagher espera republicar todos los cuentos del segundo libro de Carver en lo que ella cree que son su forma “verdadera y original”. El que publicamos aquí, “Beginners”, era el borrador de un cuento del que Lish cortó en más de un tercio y retituló “What We Talk About When We Talk About Love”. Gallagher está impaciente por que la gente lea “Beginners”; sin embargo, el trabajo de Lish ayudó a transformar un relato más bien convencional en un ejemplo de estética austera y original, la estética que

¹ «Rough Crossings. The Cutting of Raymond Carver», en *The New Yorker*, 24 de diciembre de 2007.

le ganó a Carver sus primeros lectores». El error fue publicar, previo a la edición del libro, ése y no otro cuento como muestra de lo que dejó fuera Lish. Fue una decisión desafortunada en la que quizá Stull, Carroll y Gallagher tuvieron que ver, aunque también es posible que alguien dentro de la revista haya tomado la decisión de publicar el cuento que da título al libro.

Antes de *Collected Stories*, *Where I'm Calling From* (1988) era el compendio más cercano a sus cuentos completos. De un total de treinta y siete, treinta fueron seleccionados por Carver —sus predilectos—, y sólo siete eran nuevos. La edición del libro coincidió con su cumpleaños número cincuenta, y murió de cáncer de pulmón ese mismo año. Así, *Where I'm Calling From* se convierte en una suerte de testamento.² En esas páginas incluyó «What We Talk About When We Talk About Love», la versión de Gordon Lish, y no el texto previo. Lish cortó la mitad de «Beginners» y le cambió el título, que a fin de cuentas sería el nombre del libro: un gran acierto. Se podría especular sobre qué habría pasado si esa colección se hubiera titulado *So Much Water So Close to Home*, como tenía pensado Carver.³ Quizá no

² «Cuando le quedaba muy poco tiempo, (Ray) me escribió para decirme que los relatos de su último libro, *Where I'm Calling From*, que representaban veinticinco años de trabajo, eran los relatos con los que creía que podría vivir. Y por lo que creía, sí, que le recordaría», escribe Maryann Burk Carver, su primera y abnegada esposa, en un libro estremecedor que cuenta cómo fue su vida con Carver: *Así fueron las cosas (What It Used to Be Like)* (Circe, Barcelona, 2007, p. 387).

³ Stephen King, «Raymond Carver's Life and Stories», en *The New York Times*, 19 de noviembre de 2009.

estaríamos hablando de él.

Giles Harvey afirma,⁴ con algunos ejemplos concretos, que el manuscrito de *Beginners* desprestigia a Carver y enarbola los dotes editoriales de Lish. «En cualquier caso, el principal problema con la decisión de publicar *Beginners* es más directo: el libro no es muy bueno». Algunas de esas historias palidecen ante las editadas por Lish, pero, como suele suceder, es un error generalizar. Creo que Lish no siempre tomó las mejores decisiones.

Los diecisiete cuentos de ambas versiones se pueden separar en tres categorías: primero, las versiones de Lish que Carver incluyó en *Where I'm Calling From*: «Why Don't You Dance?», «Gazebo», «The Third Thing That Killed My Father Off», «A Serious Talk», «The Calm», «Popular Mechanics», «What We Talk About When We Talk About Love» y «One More Thing». Ocho piezas cuyos cambios y recortes Carver no sólo aceptó de buena gana, sino que incluso creyó que superaban a las originales. En una carta⁵ fechada el 8 de julio de 1980, Carver le escribe a Lish: «Eres maravilloso, eres un genio, no hay duda de ello. No me olvido de la inmensa deuda que tengo contigo, una deuda que nunca podría pagar», en un tono similar al de T. S. Eliot hacia Ezra Pound, quizá el caso más cercano al de Carver y Lish. De los poco más de mil versos originales de *The Waste*

⁴ Giles Harvey, «The Two Raymond Carvers», en *The New York Review of Books*, 27 de mayo de 2010.

⁵ La carta se puede encontrar en la red, además de en *Collected Stories*. Vale la pena leerla completa: hay lágrimas en esas palabras. Raymond Carver, «Letters to an Editor», en *The New Yorker*, 24 de diciembre de 2007.

Land, Pound dejó cuatrocientos treinta y cuatro. La dedicatoria a Pound dice: «El mejor artesano».⁶

Esos ocho cuentos son el punto en que ambas sensibilidades confluyen: su mejor colaboración. Aunque a Carver nunca le gustó el título «Popular Mechanics», para *Where I'm Calling From* tampoco usó «Mine», el original, sino que inventó uno mejor: «Little Things».

Sin embargo, esa carta no fue escrita para alabar la capacidad editorial de Lish, sino para rogarle que no publicara el libro en la forma en que finalmente salió —Carver se vio forzado a rogar por haber firmado un contrato que le daba facultades extraordinarias a Lish a través de la editorial Alfred A. Knopf. En ella, Carver expresa deseos puntuales: «Los cuentos que no puedo dejar ir en su totalidad son los siguientes: “Community Center” (“If It Please You”) y “The Bath” (“A Small, Good Thing”). No me gustaría que “Mr. Fixit” (“Where Is Everyone?”) se publicara en el libro en su estado actual. Al relato “Distance” no se le debería cambiar de título a “Everything Stuck to Him”». Hay otras objeciones específicas en cuanto a trama y detalles en algunos personajes, pero éstas son las más significativas porque hablan de los cuentos completos, pues aunque sólo menciona el cambio de título de «Distance», la versión que seleccionó para *Where I'm Calling From* es casi idéntica a la de *Beginners*. En este caso particular, las dos versiones no varían tanto como otras, pero como ejemplo transcribo el último párrafo de cada uno:

⁶ Para un análisis de la dedicatoria, véase: <http://wasteland.windingway.org/dedication/il-miglior-fabbro>

But he stays by the window, remembering. They had laughed. They had leaned on each other and laughed until the tears had come, while everything else—the cold, and where he'd go in it—was outside, for a while anyway.

«Everything Stuck to Him»

But he continues to stand at the window, remembering that gone life. After that morning there would be those hard times ahead, other women for him and another man for her, but that morning, that particular morning, they had danced. They danced, and then they held to each other as if there would always be that morning, and later they laughed about the waffle. They leaned on each other and laughed about it until tears came, while outside everything froze, for a while anyway.

«Distance»

En mi opinión, pero sobre todo en la opinión de Carver, el segundo es superior.

Antes de abordar los otros tres, hay uno que no menciona en la carta, pero que seleccionó para *Where I'm Calling From* en su versión original: «So Much Water So Close to Home». Ahí la huella de Lish llega a un extremo abrumador: además de cortar el setenta por ciento (los porcentajes están en las notas de *Collected Stories*), reescribe un final feliz, como si no hubiera pasado nada, mientras que en la versión de *Beginners* el rompimiento de la pareja protagónica es inevitable. En el de Carver la mujer se niega a tener relaciones sexuales con su marido por una cuestión ética irresoluble, pero en la versión de Lish accede. A Carver se le debe de haber revuelto el estómago con esa alteración. Lo

mismo sucede con «Where Is Everyone?». El personaje principal, que habla en primera persona y es muy cercano a Carver, termina durmiendo en el sillón de casa de su madre, cuando en «Mr. Coffee and Mr. Fixit», la versión de Lish, además de ser setenta y ocho por ciento más corta, el protagonista acaba de regreso en su casa con su mujer. De nuevo un final más o menos feliz que en el original hubiera sido impensable.

«If It Please You» apareció en *What We Talk About...* como «After the Denim», ya no como «Community Center» (Lish dejó también títulos suyos en el tintero; éste no es el único). Aquí el corte es del sesenta y tres por ciento, y una de las omisiones más relevantes es que el protagonista de Carver es alcohólico, como lo era él. En «Where Is Everyone?» el narrador también es alcohólico recuperado, y en la versión de Lish apenas se menciona ese detalle, pero no se omite. Imagino que, para alguien que ha pasado por eso y después logra ponerlo en el papel, un cambio de esa magnitud debe de ser una concesión demasiado profunda. Escribe Carver en la carta: «Ahora tengo miedo, miedo mortal. Siento que si el libro fuera a ser publicado en esta forma editada, quizá nunca vuelva a escribir otro cuento, así de cercanas son algunas de estas historias para mi sensación de recuperar mi salud física y mental». Por ejemplo, al final de «After the Denim» el protagonista se sienta a tejer, un rasgo completamente gratuito si no se explica antes que aprendió a tejer debido al tratamiento de recuperación de su alcoholismo. En la versión de Lish el acto de tejer no tiene ningún sentido, y así termina. Carver revisó la última frase de «If

It Please You» al menos tres veces, en tres publicaciones distintas,⁷ ninguna de las cuales aparece en «After the Denim». En el texto de *Beginners* dice así: «“If it please you,” he said in the new prayers for all of them, the living and the dead».

Lish se vio forzado a cambiar varios títulos porque después de su intervención ya no había rastro de esas palabras, como en este caso. La combinación del párrafo final de «Distance» citado arriba y esta última frase podría ser un homenaje a «The Death», el mejor cuento de James Joyce, que cierra así: «His soul swooned slowly as he heard the snow falling faintly through the universe and faintly falling, like the descent of their last end, upon all the living and the dead».

Tal vez el caso que merezca más atención sea «A Small, Good Thing», titulado «The Bath» en *What We Talk About...*. Cómo un título simple y delicado fue sustituido por uno tosco y anodino escapa a mi entendimiento. Es evidente que Gordon Lish tuvo un ojo clínico para la ficción. Fue él quien descubrió a Carver años antes de entrar a Knopf. Eran buenos amigos, y no cabe la menor duda de que al inicio de su carrera le prestó un servicio invaluable. Pero cambiar ese título por uno ramplón me parece increíble, y lo hizo porque prefirió quitar, de nuevo, todo el final. Carver le tuvo tanto cariño que lo restituyó apenas dos años después en *Cathedral* (1983), otra obra maestra en la que Lish casi no intervino. Incluyó en esa colección una versión prácticamente

⁷ Las notas de *Collected Stories* contienen estos acercamientos.

igual a la de *Beginners*, salvo un *flash-back* que eliminó. De las treinta y siete páginas del texto original quedaron treinta y tres, tanto en *Cathedral* como en *Where I'm Calling From*. Después de la tempestad que se desata en esas páginas, el cierre es un desenlace necesario. Lish cortó el setenta y ocho por ciento, al igual que en «Where Is Everyone?», y dejó una trama un tanto triste con un final ambiguo, mientras que el otro es desgarrador. Ésta es la opinión de Stephen King:

El contraste entre «The Bath» (editado por Lish) y «A Small, Good Thing» (Ray Carver *unplugged*) es aún menos aceptable. El día del cumpleaños de Scotty su madre ordena un pastel de cumpleaños que jamás va a ser comido. El niño es golpeado por un auto en su camino de la escuela a casa, y termina en coma. En ambos cuentos el pastelero hace llamadas telefónicas molestas a la madre y a su marido mientras su hijo agoniza en el hospital. El pastelero de Lish es una figura siniestra que simboliza la inevitabilidad de la muerte. Lo último que oímos de él es por el teléfono, todavía queriendo cobrar lo que se le debe. En la versión de Carver, la pareja —personajes en vez de sombras— va a ver al pastelero, quien se disculpa por su crueldad no intencional cuando entiende la situación. Les da a los desconsolados padres café y panecillos dulces. Los tres toman juntos esta comunión y hablan hasta el amanecer. «Eating is a small, good thing in a time like this», dice el pastelero. En esta versión hay una gratificante simetría que no está en la versión deslavada de Lish, y además tiene algo más importante: corazón.⁸

⁸ Stephen King, «Raymond Carver's Life and Stories».

Estos cinco cuentos pertenecen a una segunda categoría: los que Carver restauró a su estado original. Un fragmento del libro de Burk Carver arroja cierta luz sobre el tema:

Gordon modificaba algunos relatos de Ray, y solía hacer incluso correcciones con las que yo no estaba de acuerdo. Pero sabía lo mucho que valoraba la obra de Ray... y lo mucho que le habría gustado haber escrito él los relatos.

Me explicó sonriendo que «Would You Please Be Quiet, Please?» no terminaba como lo habría terminado él.

—La cuestión es que no es un relato tuyo, sino de Ray —le dije.

En realidad, Ray lo apreciaba mucho, por el buen trabajo que hacía como editor. Estaba de acuerdo a menudo con sus correcciones, y pensaba que podría eliminar algún día las que no le gustaban. Lo importante, de momento, era publicar. Había que aceptar que la influencia que Gordon Lish tenía con agentes y editores excusaba sus manías.⁹

Años después de las disputas con Lish, el autor logró lo que siempre quiso: total libertad, sin concesiones. La etiqueta de Carver como un escritor minimalista se debe a esa etapa temprana en la que Lish tuvo una influencia sobrecogedora en su obra. Sus cuentos posteriores son más largos, los rasgos de cada personaje están más desarrollados y el entorno está mejor definido. Las siete historias nuevas publicadas en *Where I'm Calling From*, las últimas que escribió, son un vivo ejemplo. Finalmente sobran cuatro cuentos, la tercera categoría, de los que ignoramos la opinión de Carver, que es la que importa,

⁹ Maryann Burk Carver, *Así fueron las cosas*, pp. 251-252.

por más que la crítica y los lectores en general los sientan suyos. Cada lector tendría que compararlos para forjarse una opinión.

El problema no son tanto los recortes, que en ciertos casos les sientan bien a los cuentos, sino los cambios de significado. Ése, para mí, debe ser el centro de la controversia, y sólo al comparar *What We Talk About...* con *Beginners* es posible darse cuenta. Quienes opinan que fue un error haber sacado a la luz el manuscrito van en contra de la verdad.

De los textos críticos disponibles en la red existen dos posturas irreconciliables: quienes defienden a capa y espada la versión original y quienes argumentan que Lish fue quien hizo a Carver, que le debe todo y que, por ende, *Beginners* debió haberse quedado en el cajón. Creo que hay un poco de las dos: si Lish hubiera acatado todas las objeciones de Carver escritas en esa carta, *What We Talk About...* sería un mejor libro aún, y no habría discusión. Lo cierto es que Lish no escuchó sus súplicas, y ahora, treinta años después, los esqueletos salen del armario.

La relación entre un autor y su editor es un intercambio complejo, por decir lo menos, que puede adquirir distintos matices. Depende del temperamento de cada uno, del estilo, de la política de la casa editorial. La gama de posibilidades es interminable. Por eso el caso de *Raymond Lish* es un fino sujeto de estudio que está en el extremo de la intervención y que incluso cuestiona la autoría individual. Sirve también para regresar a una obra vital ●



Zona intermedia

Ciudades y palabras: una bitácora literaria de Israel

● SILVIA EUGENIA CASTILLERO

Llegar a las puertas de la ciudad sagrada de Jerusalén es una experiencia de peregrinaje. La Ciudad Vieja, con sus calles milenarias y sus murallas que resguardan tres barrios: el judío, el musulmán y el cristiano. Y al centro la Roca del Templo al interior de la Cúpula Dorada. Piedra sagrada tanto para los musulmanes como para los judíos, desde la cual Mahoma ascendió a los cielos y donde estuvo erigido el templo de Salomón y luego el de Herodes, roca que para los judíos es la Piedra Fundacional, el lugar donde comenzó el universo, donde Adán nació del polvo (*Adán* quiere decir «tierra roja») y Abraham se preparó para sacrificar a su hijo Isaac. Más allá de sus símbolos y sus misterios desvelados, esta piedra se vuelve un punto que concentra las formas posibles de lo inalcanzable. Estamos frente a una manera de significar, frente a esa gran parábola que es la Biblia y su lenguaje. Un mundo de códigos y significados. Según la Cábala —que es tradición y recepción—, cuando Dios entregó la Ley al profeta Moisés, en el Sinaí, hizo una

segunda revelación sobre su significado secreto acerca de cómo debería ser leída la Torá. Esta interpretación bíblica de los cabalistas está destinada a analizar el texto de las Escrituras en hebreo. La doctrina de la Cábala parte de la teoría de las emanaciones divinas, o *sefirot*, que unen a Dios trascendente con el mundo. Al combinar las diez *sefirot* con las veintidós letras del alfabeto hebreo, se inicia el camino cabalístico. Así —lo dice Angelina Muñiz Huberman (*Las raíces y las ramas*, FCE, 1993)— «la Torá y el pueblo de Israel forman una unidad paralela, siendo la primera el alma y el segundo el cuerpo».

Nava Semel, periodista y escritora israelí, nos relata cómo su madre —quien perdió a su marido y a su hijo en un campo de concentración— tuvo que aprender el hebreo y sólo en los momentos secretos o tristes utilizaba el alemán, su lengua natal. El Estado de Israel adoptó la lengua bíblica como idioma oficial. Su joven literatura tiene tanta fuerza porque proviene de las raíces de un libro fundacional cuyos contenidos son metafóricos: un libro-parábola.

En Yemin Moshe, el primer barrio construido extramuros de la Ciudad Vieja, vive Uri Orlev, escritor de relatos juveniles. Su casa es como una cabaña que estuviera a medio bosque en un cuento de los hermanos Grimm. Pero Ya'ara —su encantadora esposa— y Uri habitan en el corazón de Jerusalén cerca de las murallas, y su literatura narra las aventuras que vivió seis de sus años infantiles, en los campos de concentración. Como los granos de arena sobre la mano, que algunos caen a la nada y otros permanecen, así fue su

infancia: muerta su madre y llevado preso por los rusos su padre, sobrevivió junto con su hermano. En Bergen-Belsen, en 1944, a la edad de trece años, fue escribiendo cada noche a escondidas, sin luz, sobre una libreta, un poemario donde iba dejando constancia de los miedos y emociones que vivía en ese lugar: «Al principio, el cuchillo apenas arañó, / Luego se hundió con brutalidad, / Desgarró, cavó, perforó; / Al final el golpe terrible, / ¡Oh Dios! Me quitaron a mi madre. / Ahora la sangre brota / corre y corre eternamente».

Sobre la ancha avenida HaMelekh David —que otrora fuera un valle divisorio entre la Jerusalén Oriental y la Occidental y que en los tiempos de la guerra sufriera el abandono de diecinueve años, y es ahora una zona comercial con casas residenciales y monumentos sobresalientes, como donde está la YMCA (Young Men's Christian Association)— nos encontramos con el novelista David Grossman, miembro de la primera generación de niños nacidos en Israel. Sonriente y agudo nos habla de su familia —su mujer y sus hijos, pero sobre todo de Uri, muerto en la guerra con Líbano cuando hacía su servicio militar—, de cómo su literatura nace de las historias reales de la gente, y también de su propia vida. Mi literatura —nos dice— me tiene que devastar, cuestionarme, llegar más lejos que mi propia voz. Aunque de una familia tradicionalista, nos cuenta que fue un joven rebelde: cuando la mayoría de los muchachos se afanaba por aprender inglés o francés, él aprendió árabe, formó parte del primer grupo de jóvenes que lo estudiaron intensivamente. Consideraba al árabe como la verdadera lengua hermana

del hebreo, porque los israelíes viven rodeados de árabes, y la escritura funciona también de derecha a izquierda; además quería poder leer el Corán y comprender la cultura árabe. En ese momento no sabía que el Mossad lo adoptaría para cumplir su servicio militar (que en Israel es obligatorio, tanto para hombres como para mujeres) en el desierto del Sinaí, trabajando para el servicio de inteligencia. En *La vida entera* (2010) narra algunas de las vivencias de aquellos días. En una entrevista con Silvia Cherem (Khalida Editores, 2013), dice, a propósito de su escritura: «La prueba de fuego de cualquier escritor es con cuánta calidez puede ir labrando a sus personajes, moldearlos en barro y convertirlos en seres reales. Qué tan grande es el horno interno para crearlos. Soy un escritor muy físico, no apelo a escribir sobre metáforas. Cuando escribo sobre un personaje necesito saber todas sus características, sea hombre o mujer: cómo es su piel, cómo es su cabello, si es rizado, si es suave, cómo es su cuerpo, cómo se siente al interior de su cuerpo, cómo duerme, cómo come, cómo hace el amor. Todo. Cada detalle».

En un suburbio de Jerusalén, en el barrio Mevaseret Sión, donde también cohabitan residentes que migraron del norte de África, está la residencia de otro de los escritores icónicos de la literatura israelí: Aharon Appelfeld. Nos recibe en su biblioteca: libros, papeles, revistas en libreros, mesas, sillones. Appelfeld es un escritor herido por la Shoá, como nombran al Holocausto. En su rostro se nota la tragedia, la orfandad, la vida que se fue desdibujando cuando a su madre y a sus abuelos se les fue asesinando en los

campos de exterminio nazis. El exilio, el desplazamiento y la migración son parte del estado en que Appelfeld fue sobreviviendo a los horrores de la guerra. En *Historia de una vida* (2005), relata: «Es fantástico con qué claridad pueden presentarse mis más distantes y ocultos recuerdos de infancia, en particular aquellos relacionados con los Montes Cárpatos y las amplias llanuras que se extienden a sus pies. Durante aquellas vacaciones antes de la guerra, nuestros ojos devoraban las montañas y las llanuras con un anhelo temible, como si mis padres supieran que éstas eran nuestras últimas vacaciones y que a partir de ahora la vida sería un infierno. Cuando estalló la Segunda Guerra Mundial tenía siete años. La secuencia del tiempo llega a ser confusa —no más veranos e inviernos, no más largas visitas a mis abuelos en el país. Nuestra vida estaba ahora hacinada en una estrecha habitación. Durante algún tiempo estuvimos en el gueto, hasta el final del otoño en el que fuimos expulsados. Durante algunas semanas estuvimos en la carretera, y luego, eventualmente, en el campo, del cual yo logré escapar».

De regreso a la parte céntrica de Jerusalén —en una zona residencial— visitamos al poeta Haim Gouri. Un amplio y bello departamento, rodeado de árboles, siendo que Jerusalén es más bien piedra y senderos. Bebemos chocolate caliente y comemos pastelillos y galletas que su esposa nos ofrece. También Gouri está marcado por la gran herida, pues, aunque nació en Tel Aviv, en 1947 llegó a Hungría con la misión de organizar a los supervivientes del Holocausto para la emigración a Israel. La triste situación

de los judíos y sus historias penetraron en su vida y esa influencia se refleja más tarde en sus obras. Nos platica del pasado desastroso y nos lee un fragmento de uno de sus poemas más famosos, «Aquí yacen los cuerpos»: «Aquí están las alambradas de púas, las trincheras, aquí estamos todos juntos. / Un nuevo día, ¡no nos olvides, no nos olvides! / Ya que llevamos tu nombre hasta que la muerte los ojos nos cegó. / Aquí yacen nuestros cuerpos. En una larga fila. Ya no respiramos más, / pero el viento fuerte en los montes... sopla. / Nace la mañana y el brillo de los rocíos alegre. / Todavía volveremos a encontrarnos, volveremos como rojas flores, / en seguida nos reconoceréis como la muda "compañía del monte". / Entonces floreceremos, cuando se haya apagado el último disparo en la montaña».

A diferencia de Jerusalén, Tel Aviv es una ciudad blanca. Y su arquitectura sobria, geométrica, funcional. Una arquitectura Bauhaus. Rodeada de verde, se concibió desde su construcción como un parque — un gran kibutz—, pues fue erigida en medio del desierto.

Sonriente y carismático, llega a vernos al hotel Ronny Someck. Supe que era el poeta que esperábamos porque esa misma mañana lo había visto en el periódico, recién lanzado su nuevo poemario. Él, para que lo reconociéramos, traía un grabado que hizo con la imagen de César Vallejo. Pintor y poeta, nacido en Bagdad, llegó a Israel a la edad de dos años. Es por ello una voz muy singular en el panorama de la literatura, pues confluyen en ella el árabe de su procedencia, lo israelí y lo

occidental europeo y norteamericano, a donde ha viajado y ha trabajado junto con músicos y pintores. Cercano al cine y al arte *pop*, Someck es contemporáneo en su búsqueda formal. A Jordi Font Estrela le cuenta: «Mi máscara se llama Bagdad y mi cara creció para encajar en ella durante la Guerra del Golfo de 1991. Nací allí. Un médico alemán ayudó a traerme a este mundo en un hospital judío y mi niñera fue una chica árabe. Mis padres me trajeron a Israel cuando era un bebé y la "caja negra" de mi memoria está vacía. Pero ahí estaban las historias de mis padres sobre el café cerca del Tigris, el aroma de las frutas del mercado Shugra. [...] En Israel intenté borrar, cancelar Bagdad del mapa de mi vida. [...] Sentía que había echado Bagdad por la ventana de mi vida, pero Bagdad regresó para llamar a mi puerta durante la Guerra del Golfo. [...] En ese momento sentí que añoraba el lugar donde había nacido; añoro el lado oriental de mi vida, y me gustaría mezclarlo con la historia del lado oeste».

Enseguida llegó Agi Mishol, con su cercanía a la vida diaria, a las historias íntimas. Con mirada aguda nos cuenta de los poetas jóvenes que deben darse a conocer más allá de las fronteras de su país. Nadie más que ella sabe de los jóvenes poetas porque dirige una escuela de escritores. Llega con ella otra poeta, Tal Nitzan, y nos habla de los migrantes que tienen que cruzar por el desierto, de cómo los detienen los beduinos para asaltarlos y secuestrarlos. La misma historia que en América Latina, la misma migración por el mundo entero. Tal habla castellano, así que me lee su propia poesía: «Felices aquellos cuyo ojos se posan / en los rincones de su

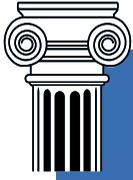
cuarto, / los que miran la carne de la urbe sin ser vistos, / los que sus distancias miden en sonoras ondas, / los que por propia voluntad desgarran sus ventanas / pues ellos heredarán / la plenitud toda de lo oscuro / y lo que allí se oculta».

Más tarde encontramos a A.B. Yehoshua, ícono de las letras israelíes y maestro de David Grossman. Lo vemos en un café cerca de su casa en el barrio Givataim, un moderno suburbio de Tel Aviv. De mirada apacible, nos habla del panorama de la literatura israelí, nos da consejos para formar nuestro número de *Luvina*. Y nos habla de su obra maestra, *Mr. Mani*, un tejido de varias generaciones que confluyen y hablan, porque —nos dice— «mi obsesión es la necesidad de definir una identidad, por eso escribo». Y continúa diciendo que no tolera que lo encasillen en clichés y que como autor israelí se considere que su escritura parte de una herida: «mi literatura no es autobiográfica, mi vida es ordinaria y mi creación viene de una buena imaginación, pienso, cuestiono e imagino».

En el centro de Tel Aviv, calle arriba, lejos del mar, nos encontramos con Etgar Keret, plácido, tranquilo. Nos cuenta de su mujer, que es cineasta y escritora, Shira Gefen, y de su pequeño hijo. Nos cuenta cómo a él sí le interesa más que la imaginación, escribir sobre las historias que la gente le va contando. También Keret lleva la herida del Holocausto marcada en su historia. Su madre estuvo en el Gueto de Varsovia desde los cinco años y vio asesinar a su madre y a su hermano, y luego perdió también a su padre, quien

transportaba armamento en la resistencia polaca. Padeció hambre, tristeza y soledad. Lo mismo el padre de Keret fue un sobreviviente, así que de niño —nos relata— tenía miedo. Tal vez por eso, como en un ejercicio para desdoblarse la realidad, inserta elementos mágicos en sus historias, con personajes oníricos como hombres sin cabeza, magos con sombreros de donde surgen animales incompletos, enanos. La literatura es parte de un ejercicio para confesar la impotencia, y para no mentir como se miente en la vida.

Finalizamos nuestra estancia en casa de Yoram Kaniuk, un departamento modesto, él muy mayor, enfermo de un mal incurable pero con una gran energía para relatarnos sus aventuras cuando luchó en la guerra por la independencia del país en 1948. Tras resultar herido, abandonó el recién fundado Estado de Israel para irse primero a París, donde se hizo pintor, y después a Nueva York, donde se dedicó a la escritura y donde se quedaría durante una década. Allí trabajó una amistad entrañable con Charlie Parker y Billie Holiday y llegó a venir a México. Generoso y vital nos compartió sus fotos personales y sus pinturas. Nos habló de su literatura, de cómo había ido escribiendo el mismo libro en cada nueva publicación: «Escribo la guerra, no sobre la guerra, escribo cosas terribles sobre las leyes judías; aunque admiro profundamente la cultura judía no soy religioso porque no creo en Dios». Al salir de su departamento en la calle Bilu, escribí en mi libreta de apuntes: «En sus ojos, en su forma de mirar vi que ya está preparado para morir». Un mes después, el 8 de junio de 2013, Yoram Kaniuk, moría, víctima de cáncer ●



Visitaciones

La Lotería de Arturo Rivera

● JORGE ESQUINCA

Hay pintores que, debido a la naturaleza misma del núcleo desde el que surgen sus visiones, escapan a toda clasificación. Es éste, me parece, el caso de Arturo Rivera. Lector de Blake y de Artaud, Rivera encontró muy pronto la gradación que debía tomar su paleta para pintar aquello que vislumbraba en el interior de sí mismo y que, por ende, podía extenderse al resto de sus congéneres. No se trataba de elegir el camino de la mera gratificación formal, sino de elevarla a una suerte de perfección para hacer encarnar, con el mayor detalle posible, a la visión misma —por terrible, por oscura, por devastadora que ésta fuese. De aquí que, a lo largo de los años de ejercer el oficio de la pintura con *ostinato rigore*, fue quedando plasmada en sus cuadros una galería de personajes —alimentados por una substancia marginal y nocturna— que parecen surgidos de un teatro equívoco, cuya puesta en escena es sólo posible gracias a la incontestable realidad de la pintura.

Una parte de ellos han sido congregados en las sesenta cartas que

componen esta *Lotería de Arturo Rivera* (Editorial Resistencia, México, 2013). Se trata de una asociación singular, si se tiene en mente el juego popular mexicano, pues, en principio, podría pensarse que en la pintura de Rivera hay escaso lugar para el azar y la ligereza de ánimo que suelen intervenir de manera importante en el juego tradicional. Resulta entonces de particular interés la apuesta de los editores al realizar esta *Lotería* cuyo escenario ideal para llevar a cabo el juego estaría lejos de la habitual kermés o del patio doméstico y más cerca de la catacumba o del quirófano. No obstante, los editores han puesto particular cuidado al identificar los elementos que en la pintura de Rivera pueden coligarse de manera inmediata con los que componen la imaginería del juego popular. Están ahí, entre otras presencias: La rosa, La luna, La mano, La araña, La calavera, El corazón, El sol, La pera y El alacrán.

Un juego paralelo consistiría en establecer, mediante un ejercicio de libre asociación, una relación menos evidente entre las cartas de las dos loterías. Así podríamos convenir que algunas imágenes de la lotería popular —La muerte, El valiente, El diablito, El pájaro y La sirena, por ejemplo— hallarían sus espejos equivalentes —iba a escribir: a su hermanos siniestros— en El gimnasta, El verdugo, El cabrón, La paloma y La seducción, contenidos en la *Lotería de Arturo Rivera*. Más allá de similitudes y diferencias, los editores nos invitan a mirar con una particular atención la pintura de Rivera y a descubrir en ella, por intercesión de sus personajes, una zona —la menos visible, acaso— de nosotros mismos.



Polifemo bifocal

La mano y el cerebro

● ERNESTO LUMBRERAS

Todo juego pide el seguimiento de ciertas reglas y al mismo tiempo solicita la intervención directa de los participantes, quienes, al inmiscuirse de manera decidida, pueden aportar nuevos derroteros, de imprevisible resultado, al juego mismo. Tal es la naturaleza del azar involucrado en todo lance de dados. Queda una interrogante: ¿cómo habría de proceder el *Gritón* de esta nueva lotería, qué coplas tendría que improvisar para acompañar y darle fluidez al juego en seguida del insustituible «corre y se va»? Propongo unas cuantas posibilidades.

El verdugo

El tiempo pasa y la muerte
en mi cuchillo te aguarda,
no escaparás a tu suerte,
ve preparando tu alma.

El gimnasta

Como te ves yo me vi,
como me ves te verás,
no puedes juzgarme mal:
vine, vi, jamás vencí.

La guerra

De iguana me como un taco,
de lengua me como dos,
si quieres hablar de amor
deja las trampas a un lado.

La seducción

De Lolita yo aprendí
a verme siempre coqueta,
no me mires de perfil
o te bajo la bragueta.

El hechicero

Me llamo Arturo Rivera,
me dicen mago mayor.
Vine a la vida pintor
y lo seré hasta que muera ●

En el ámbito de la lengua castellana son tantas las palabras que derivan de la misma raíz etimológica del sustantivo *mano*. Personalmente, el verbo *manifestar* —de *manus*, «mano», y de *festare*, «festejar», es decir, «hacer fiestas con las manos»— se me revela con una generosa insubordinación semántica, dado que exterioriza sentidos y significados no sólo relativos a los gestos o a algún proceso o producto de elaboración manual. En las reuniones espiritistas, tomados de las manos en un círculo voltaico, los asistentes piden a las almas en pena que «se manifiesten» escribiendo palabras en un platón de arena, o también, saliendo de la boca del médium, que sus voces se escuchen con un acento de ultratumba, o sus figuras aparezcan bocetadas con trazos de niebla sobre la superficie de un espejo.

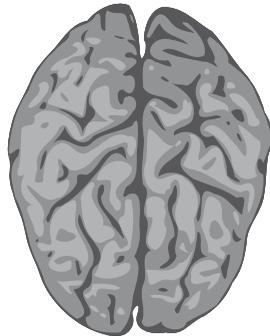
En otras coordenadas, el verbo *festare* bien pudiera derivar hacia una acepción etimológica distinta, por ejemplo, en la familia de *infestare*, para significar hostilidad y amenaza. En ese nuevo ámbito, la palabra *manifestar* proyecta en mi mente

el paisaje de las grandes concentraciones humanas que piden la caída de un tirano o la derogación de una ley injusta. La imagen de la mano alzada y cerrada, arengando a otras manos a marchar con ese mismo gesto de franca protesta, se convirtió en un icono de las revoluciones y revueltas de todo el siglo xx; así desfilan los grandes contingentes de obreros y campesinos, de estudiantes y maestros, la masa estudiada por Elias Canetti y pintada por José Clemente Orozco en el mural de la Biblioteca Gabino Ortiz de Jiquilpan, Michoacán. Manos levantadas a modo de banderas, antorchas o armas, inducidas por bocas que ordenan seguir adelante sin reflexión alguna, hechizadas muchas veces por el verbo fanático de las ideologías.

En otra área de las relaciones sociales, el sustantivo *manutención* —de *manus* y *tenere*, prácticamente «tener tomado de la mano»— contiene un gratitud legendaria respecto a los buenos oficios de la mano para proveer de alimento y cobijo a la humanidad, en especial a los niños desamparados. La riqueza de las expresiones populares y gremiales en torno de la mano también resaltan el calado en la realidad lingüística de la *finisterre* de nuestros brazos. Si hay «mano negra» para los lodazales del poder, también existirá «la mano santa» en las faenas para dar con la oveja perdida del rebaño. Después de «llegar a las manos» es necesario, y de manera conciliatoria, «quedar a mano». Si compartimos «a manos llenas» los frutos de la vida, «la mano de Dios» será benevolente a la hora de sumar nuestros pecados con nuestros deseos. En cuanto a mi «buena mano» para repartir las reinas locas de la

baraja española, ninguno de los lectores que recorren estas divagaciones meterá «la mano al fuego» para llegar a esta conclusión de Emmanuel Kant: «La mano es la parte visible del cerebro».

Lejos de la tautología bizantina del huevo y la gallina, comparto la opinión de varios antropólogos y neurólogos respecto a que el primer cerebro del hombre fue la mano. Una vez que algunos primates decidieron bajar de los árboles, sus primitivas manos rompieron piedras y ramas e instruyeron al cerebro en la construcción de las primeras herramientas y armas. En los confines de la cuenta larga, la anatomía de la mano evolucionó con su dedo pulgar oponible a los otros dedos, lo que permitió empuñar un instrumento y controlar la fuerza y la dirección del mismo. A esta metamorfosis se la conoce como «falange darwiniana», según nos cuenta el poema de José Ángel Leyva con ese título: «Cuando el pulgar se alza frontal ante los cuatro / toca sus puntas y vuelve a recordar la hazaña / Él deshizo la ruta del mono y lo llevó al entendimiento / No hay vuelta atrás / La vida es una cuenta regresiva / El futuro es esta luz perdida en las cenizas» ●



Nodos

Una sola solución: un solo Estado en Israel-Palestina

● N A I E F Y E H Y A

Vivo en una de las ciudades más judías del planeta y todos los días me siento orgulloso de recorrer las mismas calles que han pisado miles de pensadores, artistas, humanistas, comunistas y anarquistas judíos a los que la cultura occidental y yo en lo personal debemos tanto. Nueva York es un gran calderón de culturas y su carácter está en deuda con todas sus comunidades, ya sea la puertorriqueña, la china, la italiana, la paquistaní, la árabe, la dominicana, la polaca o la rusa. Pero más allá de los hermanos Marx, del recientemente desaparecido Marshall Berman, Saul Bellow, Clement Greenberg y Woody Allen, el espíritu judío de la ciudad está presente en los museos, comercios, instituciones (un ginecólogo judío trajo al mundo a mis hijos en el hospital Beth Israel, donde también trabaja el cardiólogo egipcio de mi esposa), empresas, arquitectura y, por supuesto, en los *bagels*, emblema culinario de la urbe.

Pero mi admiración y respeto por la cultura judía en abstracto y el cariño por mis amigos judíos en concreto no me impide criticar al Estado de Israel y su

política expansionista. Si bien estoy de acuerdo en que es la única democracia del Medio Oriente, me parecen inaceptables la ocupación de los territorios palestinos, el despojo de la tierra y los derechos de un pueblo y el hecho de que cuatro millones de seres humanos vivan en un limbo legal, en pavorosas condiciones de hacinamiento infrahumano a la sombra de un Estado poderoso, rico y altamente educado. Aparte de eso está la diáspora palestina, alrededor de quince millones de seres humanos que viven dispersos por el mundo sin patria ni derecho de retorno. La violencia entre árabes y judíos ha dejado cicatrices profundas a ambos lados del conflicto, y la cadena de recriminaciones y culpas no tiene fin. Guerras, ataques terroristas, invasiones, bombardeos, secuestros, asesinatos, humillaciones cotidianas y provocaciones incansables han convertido a la región en el símbolo mismo de la imposibilidad de reconciliación entre pueblos en conflicto. Difícilmente podemos imaginar un desenlace medianamente justo a este problema, ya que se trata de una compleja telaraña de disputas por tierras, ideología, cultura y religión.

Desde la década de los treinta hubo quienes especulaban con la noción de que dos países, uno judío y otro árabe, podían compartir el territorio palestino. Hace unas tres décadas esa idea regresó con renovada fuerza y se nos quiso convencer de la viabilidad de la Solución de dos Estados, la cual proponía la coexistencia de dos naciones independientes viviendo lado a lado. A cambio de la promesa y garantía de paz por parte de los palestinos, los israelíes regresarían las tierras ocupadas

suficientes para crear un Estado viable, aunque inconexo, en la franja de Gaza y la Cisjordania o en la orilla oeste del río Jordán. Pero el sueño de dos naciones vecinas, Palestina e Israel, capaces de establecer relaciones diplomáticas, comerciales y culturales, parece cada vez más improbable y remoto. Los asentamientos en las tierras ocupadas se siguen multiplicando, Israel controla básicamente todos los accesos al agua y otros recursos naturales, así como las fronteras y el espacio aéreo. Por supuesto que, ante la frustración y el desconsuelo, la violencia y el resentimiento siguen aumentando. Toda buena voluntad y expectativas generadas por los acuerdos de Oslo hoy han desaparecido. Por su parte, la autoridad palestina se ha caracterizado por ser una entidad corrupta e incompetente que explota el *statu quo* para obtener privilegios.

Como escribe Ian Lustick en *The New York Times*: «El eslogan de la solución de dos Estados sirve ahora como una cómoda venda en los ojos hecha de dos fantasías enteramente contradictorias. La actual versión israelí de los dos Estados considera que los refugiados palestinos abandonen su sagrado "derecho de retorno", una Jerusalén controlada por Israel y un archipiélago de gigantescas colonias judías, entrecruzado por carreteras de acceso únicamente para judíos. La versión palestina imagina el regreso de los refugiados, la evacuación de casi todos los asentamientos ilegales y Jerusalén Este como la capital».

La mayoría de las negociaciones en la actualidad se reducen a negociar cómo y cuándo tener la próxima negociación. Y, de poder hablar, cualquier tema termina

estrellado contra obstáculos inamovibles. El debate sobre límites territoriales es una pérdida de tiempo cuando en realidad deberían discutirse los términos de igualdad, democracia, justicia y tolerancia en cualquier configuración estatal resultante. Ya hemos visto lo que significa la *separación* en el atroz laboratorio que es Gaza, una gigantesca prisión, sobrepoblada y completamente dependiente del exterior, un prodigioso caldo de cultivo para la rabia.

La única solución al conflicto, aparte del exterminio de los débiles, es por ahora olvidarse de fronteras, utilizar los «hechos en el terreno» como base para descalificar la fantasía de los dos Estados y negociar los términos de la integración de la población de los territorios ocupados a la nación israelí. Una vez que los palestinos dejen de ser apátridas sin derechos, a la merced de la caridad internacional, de políticos incompetentes y egoístas que mantienen el cruel fraude de posponer cualquier auténtica solución, podrá entonces comenzar una discusión civilizada acerca de la coexistencia. Si más tarde los Estados se separan, como sucedió en el caso de Irlanda y el Reino Unido, entonces el debate tendrá otra naturaleza.



La convivencia es posible, como lo demuestra Nueva York. Lo difícil es abandonar las fantasías, los mitos y los temores apocalípticos. El Estado palestino (que cada día es imaginado menos como un Estado árabe, democrático y abierto, y más como un bastión fundamentalista radical) y el Estado sionista (en el que cada día los fanáticos y ultraortodoxos ganan terreno sobre los moderados) pueden dar lugar a un Estado unificado realmente democrático, laico y respetuoso de la diversidad. Nadie dice que será fácil, pero será un camino en el que la generosidad y la apertura abrirán más puertas que los misiles, la paranoia y los atentados suicidas.

Es ahora cuando realmente necesitamos de la gran tradición intelectual y humanitaria judía, así como de la visión pluralista y la imaginación de la cultura árabe (hoy tan desprestigiada). Esto puede parecer ingenuo, pero no más ingenuo que predecir la súbita desaparición de la Unión Soviética. Hay una sola solución al conflicto más punzante de la modernidad y no consiste en muros ni cercas electrificadas ni humillantes puestos de control, sino de igualdad y justicia para todos ●



LA PALABRA
y el **HOMBRE**
REVISTA DE LA UNIVERSIDAD VERACRUZANA

NÚMERO 26

JEAN-MARIE LASSUS • LEOPOLDO ALAFITA • LÉO IVO • EUGÉNIO DE ANDRADE • DOSSIER DE GUILLERMO OLGUÍN

VISITANOS EN FACEBOOK: <https://www.facebook.com/LaPalabraElHombre> TWITTER: @PALABRAHOMBRE

PASODEGATO

DOSSIER
55
EL CABARET en México

Encuéntrala en librerías Educal, librerías Gandhi, teatros, cafeterías y en las oficinas de PASODEGATO

5688-9232, 5601-3699,
difusion@pasodegato.com,
www.pasodegato.com

UNA TRADICION 100% TAPATIA

Restaurante Kamilos 333
DESDE 1976

LA CASA DE LA KARNE EN SU JUGO

Clemente Orozco #333 Santa Teresita
Guadalajara, Jal.

Contamos con estacionamiento propio

Red Radio Universidad de Guadalajara

No te pierdas nuestra cobertura

FIL 2013 30 NOV 8 DIC 2013 ISRAEL

Inauguración / Como en Feria / Especiales / Ciencia / Espectáculos / Charlas
Conciertos / Radiocuentos / Musicales / Clausura / Podcast / mucho más
a todo el estado por:

Ameca XHUGA 105.5 FM
Autlán XHAUT 102.3 FM
Ciudad Guzmán XHUGG 94.3 FM
Colotlán XHUGC 104.7 FM
Guadalajara XHUG 104.3 FM
Lagos de Moreno XHUGL 104.7 FM
Ocotlán XHUGO 107.9 FM
Puerto Vallarta XHUGP 104.3 FM

TENDIENDO PUENTES

www.radio.udg.mx / RadioUDG @radioudg

Kathie

TEATROESPAÑOL



y el hipopótamo

DE **MARIO VARGAS LLOSA**

DIR. **MAGÜI MIRA**



Ana Belén

Ginés García Millán

Jorge Basanta

Eva Rufo

David San José

2 DE DICIEMBRE

21:00 HRS.

TeatroDiana

Centro Cultural

*Encuentro con el autor
y directora de la obra*

FOTOGRAFÍA: SERGIO PARRA

Boletos en taquilla y
ticketmaster.com.mx



Feria
Internacional
del Libro
de Guadalajara



cultura **UDG**